

BIBLIOTECA
DE
AUTORES
ESPAÑOLES

VARONES
ILUSTRES
DE INDIAS

HA

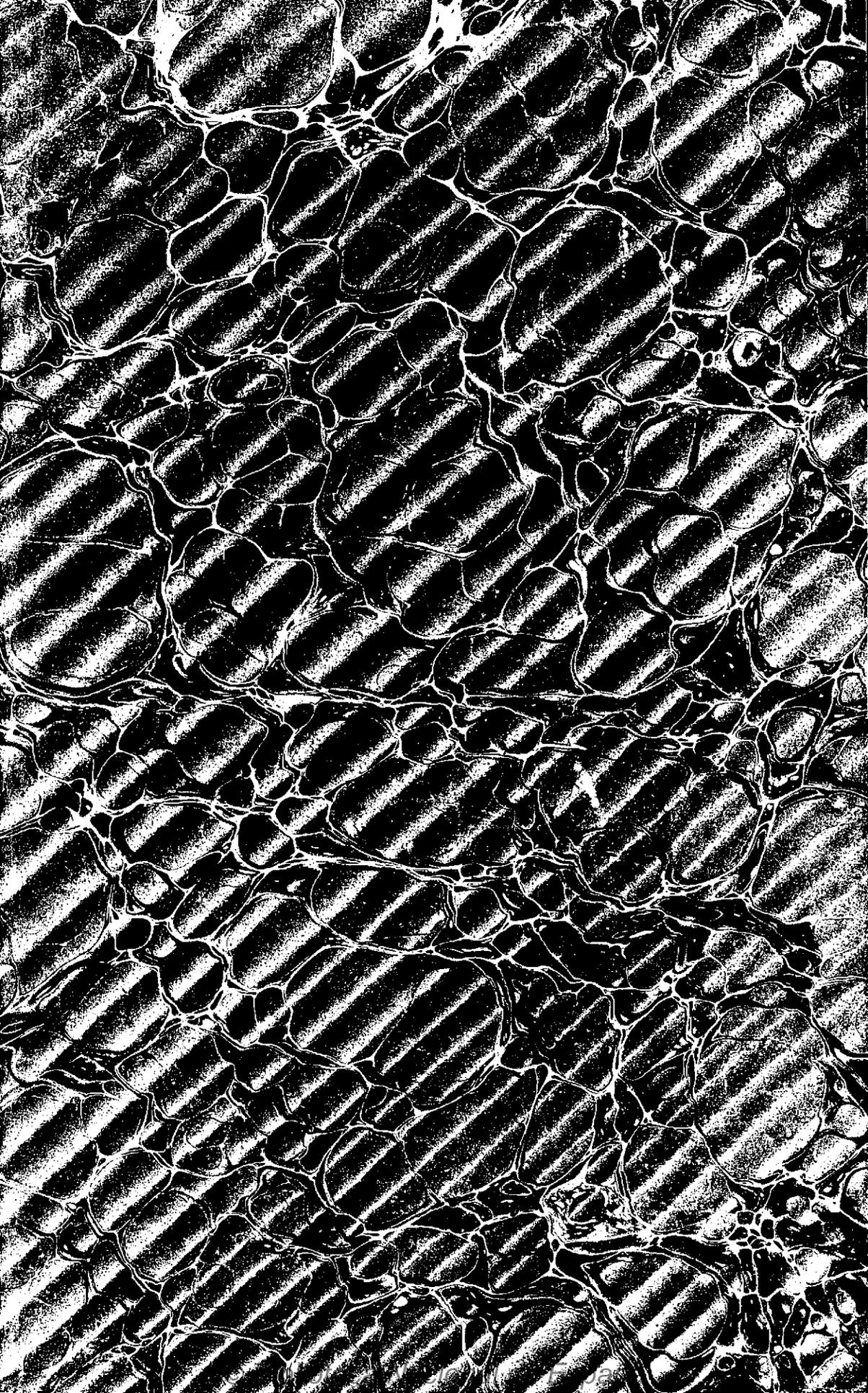
7747

LEITZMAN

BU
7712

HA
7747

HA
7747



~~100~~ 100
100

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO CUARTO.

PROLOGO.

LA presente obra ha llegado á ser, por su rareza, una de aquellas curiosidades bibliográficas de que pocos tienen noticia, y cuya reimpression llena un gran vacío en nuestra literatura antigua. La misma suerte han tenido otras muchas producciones relativas á nuestros descubrimientos marítimos y á las primeras épocas de nuestras colonias, probándose por este medio la historia de un sin número de hechos curiosos y datos interesantes, relativos á una de las páginas mas instructivas y brillantes de los anales de la humanidad.

Si este desprecio de tan copioso tesoro de conocimientos útiles es poco honorífico á nuestro gusto literario y á nuestro amor propio nacional, no es menos digno de censura el olvido en que se sumergen los nombres de los varones ilustres que han contribuido eficazmente con sus trabajos á las glorias de la literatura española. Increíble parece que casi todo lo que se sabe de CASTELLANOS es lo poco que de sí mismo habla en sus Elegias; y que, por mas investigaciones que hemos hecho en archivos y bibliotecas, solo hemos hallado mencion de su nombre y de sus obras en la de don Nicolás Antonio, y en los apuntes que Muñoz ha dejado en la Academia de la Historia.

El primero de estos escritores da á entender que CASTELLANOS nació en Tunja; habla de la primera edicion de la primera parte de las Elegias, la cual vió la luz pública en 1589, sin lugar de impresion; se refiere á una cuarta parte, celebrada por don Tomás Tamayo, en su *Collectio librorum hispanicorum*, y cita la *Bibliotheca indica* de Antonio Leon, donde se habla de un ejemplar de la segunda parte, que poseyó Luis Tribaldo de Toledo, cronista real de las Indias, de cuyas manos pasó á las de Lorenzo Cocco, secretario de N. Compegio, nuncio apostólico en España.

Las noticias de Muñoz son todavía mas escasas y menos importantes. No se refieren á la persona del autor, sino á ciertas peculiaridades del ejemplar de ellas que Muñoz habia visto. En él hay una nota manuscrita que dice: « Librería de la catedral de Palencia: donada (*la obra*) por el doctor Pedro Fernandez del Pulgar, natural de Rioseco, penitenciario de dicha iglesia». Al fin de la segunda parte, observa Muñoz que se lee la firma de Miguel de Ondarza Zavala, con su rúbrica, la cual va también al pié de todas las planas. « Sin duda, dice Muñoz, este fué el secretario por quien se despachó la licencia para la impresion, á consecuencia de la aprobacion de Ercilla. Por último, Muñoz advierte que falta un plano en el ejemplar susodicho, y es el de la laguna de Venezuela, y que hay otro en la tercera parte, con este título: « Traza corográfica de lo contenido en los tres brazos que cerca de la equinoccial hace la cordillera de las sierras, que se continúan desde el estrecho de Magallanes.»

Por manera que la única biografía que de CASTELLANOS existe, queda reducida á las escasas noticias que de él mismo injiere en su obra. De ellas se colige que siguió desde luego la carrera militar, y que se halló en reñidos encuentros y corrió grandes peligros en las diferentes campañas á que dieron lugar las conquistas de los vastos territorios de que se formó, en tiem-

pos muy recientes, la república de Colombia. Después abrazó el estado eclesiástico y obtuvo el beneficio de Tunja, en lo que se llamó entonces nuevo reino de Granada. En una y otra situación contrajo relaciones íntimas y tuvo frecuente trato con muchos de los hombres mas distinguidos que figuran en aquellas grandiosas hazañas.

Este descuido de los contemporáneos de JUAN DE CASTELLANOS es tanto mas notable, cuanto que su obra está muy lejos de esa trivial medianía que justamente desdeñan los hombres de saber y buen gusto. El autor no quiso elevarse á la altura de la poesia épica; no quiso revestir su narracion con las galas de la fantasia, ni darle esas formas artificiosas que nunca se emplean sino á costa de la verdad. Menos ambicioso que Lucano y Ercilla, solo consagra sus esfuerzos á preservar del olvido hechos notables y circunstancias graves y curiosas. No es un poeta creador: es un historiador escrupuloso, que prefirió la octava rima á la prosa, quizás para recrear con este agradable ejercicio los últimos años de su vida, ó quizás también, porque á ejemplo de Ovidio, *quod tentabat dicere versus erat*. A esta segunda opinion nos inclinan su facundia inagotable; la increíble facilidad de su versificacion, la cual, generalmente correcta y fluida, aunque á veces demasiado trivial y desaliñada, no se detiene en los obstáculos que le ofrecian la exactitud numérica de las fechas, ni los extraordinarios nombres de los indios y de los puntos geográficos de las regiones que habitaban. Las escenas terribles y las graciosas; las batallas mas sangrientas y las caminatas mas difíciles; fiestas lucidas, cultos solemnes, paisajes floridos y voluptuosos, espectáculos naturales, llenos de horrorosa grandiosidad, todo se presta con igual holgura y lijereza al ritmo de este grande y fecundo versificador; para todo encuentra en su imaginacion fértil y variada ritmos sonoros, cortes de verso naturales, consonantes propios y escogidos, y frases, si no eminentemente poéticas, á lo menos elegantes, bien construidas y muy raras veces torcidas de su prosodia, para formar la cadencia legitima y llenar el número requerido.

Sus defectos son los comunes en su siglo; los mismos en que incurrieron los que mas lustre le dieron con sus producciones inmortales: anacronismos insignificantes, ostentacion pedantesca de importuna y mal traída erudicion, ignorancia de las ciencias naturales envueltas todavia en la infancia, inversion no motivada de sucesos, y esa propension á retruécanos y antítesis que bajo diversas formas se reproduce en todas las épocas literarias, y de que no supieron preservarse los mayores ingenios de la antigüedad.

Mas estas imperfecciones están mas que suficientemente compensadas por algunas dotes, tanto mas gratas á la generacion presente, cuanto mas escasean algunas de ellas en los trabajos literarios de nuestro siglo. Distinguimos entre estas cualidades preciosas la paciencia investigadora que supone la acumulacion de tantos sucesos, el interés dramático de tan extraordinarias virtudes, la exactitud en la descripcion de las localidades, el arte con que escita la curiosidad del lector, graduando diestramente el desarrollo de los incidentes con que la satisface; por último, esa sencillez candorosa que toda la obra respira, reflejo de un alma recta y pura, consagrada al culto de la verdad y ajena de todo lo que pudiera torcerla y ofuscarla.

Prendas de tanto valor y tan justamente apreciadas por los aficionados á la buena lectura, nos autorizan á creer que el público aceptará las Elegias de CASTELLANOS, como uno de los mayores esfuerzos que á costa de grandes dispendios y trabajos improbos hemos empleado para desempeñar las condiciones de nuestro programa, y continuar mereciendo la acogida benévola que han merecido los tomos precedentes de nuestra coleccion.

ELEGIAS

DE

VARONES ILUSTRES DE INDIAS,

COMPUESTAS

POR JUAN DE CASTELLANOS.

DEDICATORIA AL REY DON FELIPE II.

SEÑOR.

Entre las cosas notables, que autores antiguos nos dejaron escritas, hicieron memoria de aquella gran locura de Corebo, cuya cuenta, no estendiéndose á mas número de hasta cinco, presumia contar las ondas del mar y las arenas de sus riberas; y desta misma podria yo ser agora redarguido; pues, en confianza de tan pobre talento como es el de mi ingenio, propuse cantar en versos castellanos la variedad y muchedumbre de cosas acontecidas en las islas y costa de mar del norte destas Indias occidentales, donde yo he gastado lo mas y mejor del discurso de mi vida, presumiendo levantar sus edificios desde los primeros fundamentos, en todos aquellos puertos que conocemos poblados de españoles. Y aun esta osadia fuera tolerable si no me levantara á otro muy mayor atrevimiento, que fué aventurarme á ofrecer y consagrar mis trabajos al felicísimo nombre de vuestra Majestad, en cuyo esclarecido entendimiento naturaleza puso toda aquella perfeccion á que sus fuerzas podian estenderse; mas como sea comun uso de los hombres, y costumbre heredada de los primeros buscar excusas á los yerros que cometen, deseo que se me permita que ansimismo (con algunas razones, aunque criadas á los pechos de mi confuso parecer) procure dar mis disculpas, y descargarme de los cargos que acerca desto se me podrian poner. Pues es así que la flojedad y descuido de muchos, que con la elegancia y primor que al sujeto desta obra se debe la pudieran tomar á su cargo, puso sobre mis hombros la pesadumbre deste cuidado, muy mas grave de lo que ellos pueden llevar, no sin consejo y estímulos de amigos, que se dolian de ver hazañas esclarecidas quedarse para siempre encarceladas en las escuridades del olvido, sin haber persona que movida deste justo celo procurase sacallas á luz, para que con la libertad que ellas merecen corrieran por el mundo, y fueran á dar noticia de sí á los deseosos de saber hechos célebres y grandiosos. Pues como ya tuviese escrito el descubrimiento deste Nuevo Mundo, y lo acontecido en las conquistas de las islas, y alguna parte de la costa de tierra firme hasta el mar de Venezuela, parecióme (por ser el volumen de lo compuesto algo crecido) que seria justo hacer en aquel pasaje pausa, para que desde allí comenzase segunda parte, con intencion de no publicar lo uno sin lo otro, por haber andado ya la mayor parte del camino; y aunque en este propósito habia dado fondo, importunidades de personas á quien debo respeto me hicieron levar las áncoras y salir con solo el trinquete, mandándome cometer esta primera al beneplácito de fortuna, que así en esto como en otras cosas no siempre suele ser apacible ni favorable. Pero revolviendo los ojos del entendimiento á una y otra parte, para buscallo lugar donde la adversa no se atreviese ni pudiese lastimalla, memoria y voluntad me pusieron delante la fortísima coluna y atlante de la religion cristiana, que es vuestra Majestad; debajo de cuya sombra y á cuyos reales piés estos mis trabajos se humillan para poderse valer entre los

impetuosos vientos de detractores; pues el mayor y mejor salvoconducto que se les puede encaminar es el autoridad de tan potentísimo monarca, que como vicedios en la tierra no se desdeñará de recibir el cornadillo del pobre á vueltas de los preciosos dones que suelen ofrecer los poderosos, así como aquel gran Artajerjes que no se desdeñó (pasando el río Ciro) inclinarse á la cabeza, para beber el agua dél en las palmas de Sinetis, pobre y rústico villano. Movióme también á hacer esto, considerar que cosas de Indias, mayormente tan oclusas y olvidadas, á ninguno se debían dedicar ni consagrar sino al señor universal de aquellas tierras, que así en oriente como en poniente gozan deste nombre, á cuya grandeza humilísimamente suplico ponga los ojos no en la bajeza del estilo, sino en el sujeto de la obra y voluntad con que yo la ofrezco, para que otros muchos, cuyos ingenios podrían con pluma delicada en estas partes llevar adelante estos principios, se animen y alienten á poner en escrito hechos dignos de ser eternizados, en servicio de vuestra Majestad, cuya real persona y escelsos estados prospere nuestro Señor con perpetuo aumento de su divina gracia y celestial gloria. Amen.

JUAN DE CASTELLANOS.

CENSURA DE AGUSTIN DE ZARATE AL CONSEJO REAL.

Agustin de Zárate, contador de mercedes que he sido de vuestra Alteza, digo, que por los del vuestro muy alto consejo me fué mandado que viesse y examinase un libro que ha compuesto Juan Castellanos, beneficiado en la iglesia de Tunja del nuevo reino de Granada, en que trata de los ilustres varones que en compañía de don Cristóbal Colon, y después dél, descubrieron la navegacion del mar del norte, que los autores llaman Atlántico, y conquistaron y redujeron al conocimiento de nuestra santa fe y la corona real de Castilla los indios naturales de tan estendidas insulas como en él conquistaron, que comunmente se nombra el Nuevo Mundo, mandándome que pusiese en la dicha obra la censura que requiriese para imprimirse, en caso que para ello se le diese la licencia que el autor pedía. En cumplimiento de lo cual, yo he leído y pasado todo el dicho libro, y advertido con diligencia si habia en él alguna cosa que requiriese enmienda; y ante todas cosas veo que la materia de que trata, por ser tan descada, sería muy bien recibida en todos estos reinos, especialmente en el Andalucía y lugares marítimos de aquella costa, donde se tiene mas noticia y comercio con las Indias y navegacion dellas. Porque con haber tantos autores que han compuesto libros del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú, y de tantos y tan varios sucesos como en ella ha habido, entre los cuales se puede contar la historia que yo compuse tocante á esta materia, y otros que han trabajado en lo que toca á la Nueva España, todos estos libros que habian defectuosos y sin principio, por no haber habido quien tomase á su cargo declarar cómo y cuándo, y por quién se comenzó á descubrir tanta anchura de mar como hay así norte sur, como leste hueste, desde el estrecho de Gibraltar hasta las provincias de la tierra firme donde va á parar, y lo mucho que los siglos presentes, y los que están por venir, deben principalmente á don Cristóbal Colon, por cuya industria y esfuerzo y diligencia, mezclada con infinitos peligros y riesgos de la vida, y de los demás que le siguieron y acompañaron en aquel descubrimiento, se haya navegado un piélago de tanta longitud y latitud con la conquista de tantas insulas que en él hay, y la dificultad y peligro de su persona, con que resistió y confundió á muchos de los suyos que le contradecían, y aun casi resistían el pasar adelante; que algunos dellos debían ser ejercitados en letras y razones matemáticas, pues se fundaban en autoridades de gravísimos autores, como eran Plinio y Strabon, Tolomeo y Pomponio Mela y otros que refiere y aprueba san Agustin, que afirman no haber habitacion pasada la

línea equinocial. Lo cual Colon contradijo, alegando autoridades que habia leído de autores auténticos, y señaladamente del divino Platon, en el diálogo que intitula *Thiméo ó de natura*, y en el siguiente á este, que se nombra *Atlántico*, que en ambos trata largamente de una isla nombrada Atlántica, que se dice haber sido mayor que Asia, y duraba desde las columnas de Hércules hasta la tierra firme, la cual, con una creciente de la mar en un día y una noche se anegó y quedó toda hecha mar, que reteniendo el nombre de cuando fué isla, se llamó mar Atlántico; é yo supe de persona que habia oído al mesmo Colon, que en confianza de esta autoridad de Platon habia emprendido tan nueva y peligrosa conquista. Pero teniendo contra sí autores tan graves, y con ellos á san Agustin y á san Isidoro, se puede tener por cierto, que no se pudo mover Colon á proseguir tan difícil navegacion sin inspiracion ó revelacion divina. En cuya confianza se opuso á tantas dificultades y peligros y costas, por alcanzar cosa tan nunca vista ni oída, antes comunmente contradicha. Pero las particularidades y sucesos tan varios y notables como para conseguir su pretension pasaron, y las bazañas que hicieron, y las victorias que consiguieron, que parecen casi increíbles, estaban sepultadas en las tinieblas del olvido, y defraudadas del honor y gloria que merecian los insignes varones que las alcanzaron, sin que sus hijos y descendientes tuviesen dellas noticia, ni con sabellas se encendiesen sus ánimos á imitalas.

El remedio para todos estos daños é inconvenientes halló Juan Castellanos, consumiendo muchos años de su vida en sacar por rastro las verdades de negocios tan antiguos y recónditos y sin luz, con tan inmenso trabajo como se puede considerar, pues escribió primero el discurso desta historia en prosa. Con lo cual la república tuviera entera satisfaccion, conforme á lo que escribe Ciceron, y después del Cayo Plinio, que aunque las obras de poesia y oratoria no tienen gracia, ni deben ser admitidas sin mucha elocuencia, la historia (dicen) *quoquo modo scripta delectat*; esto es, *de cualquier manera, y en cualquier estilo que se escriba, deleita y agrada*; porque mediante esta alcanzan los hombres á saber cosas nuevas, las cuales por natural inclinacion se huelgan oír de boca de un rústico por palabras groseras y sin arte. Pero Castellanos pasó adelante, porque después de haber escrito esta historia en prosa, la toró á reducir á coplas, y no de las redondillas que comunmente se han usado en nuestra nacion, sino en estilo italiano, que llaman octava rima, por mostrar á costa de mucho trabajo la emi-

nencia de su ingenio, porque estoy informado de hombres fidedignos que gastó mas de diez años en reducir la prosa en verso, en que infiere á sus tiempos muchas digresiones poéticas y comparaciones, y otros colores poéticos con todo el buen orden que se requiere. Y cuando trata en materia de astrología, en las alturas de la línea y puntos del norte, y sol y estrellas, se muestra ejercitado astrólogo, y en las medidas de la tierra muy cursado cosmógrafo y geógrafo, y cursado marinero en lo que toca á la navegacion, que es lo que principalmente le ayudó; finalmente, que ninguna cosa de la matemática le falta. Y en lo que mas muestra la facundia de su ingenio es, en injerir en sus coplas tanta abundancia de nombres bárbaros de indios, sin fuerza ni violencia del metro y cantidad de sílabas, con ser los tales nombres tan difíciles que apenas se pueden pronunciar con la lengua; y en fin, son de los que llama Marcial odiosos á las musas, que es el loor que principalmente se atribuye á don Alonso de Ercilla, en aquella famosa obra que en este estilo compuso, llamada *Araucana*. Y aunque he puesto diligencia en buscar si habia en este libro cosa señalada que requiriese enmienda, no la ha alcanzado la mediania de mi

ingenio, ni dónde el autor pueda usar de la dispensacion que Horacio concede á los autores de tan prolifas obras, diciendo en un verso de su arte poética:

Verum opere in longo fas est obrepere somnum,

en que da licencia á los escritores de tan largos libros que algunas veces se puedan dormir y descuidar en lo que escriben. Algunos errores de pluma de poco momento he hallado, y estos van enmendados, porque no haya en el libro cosa que sea digna de reprehension.

Y así, teniendo consideracion á todo lo susodicho, parece que vuestra Alteza (siendo dello servido), no solamente podria mandar dar licencia al dicho Juan Castellanos para imprimir y publicar esta obra, pero teniéndole en servicio el trabajo que en componer tan largo libro ha gastado, por solo servir á su república, sin otro interese alguno; pues sin los principios de los descubrimientos que aqui trata, los demás libros que se han compuesto de todas las provincias y regiones de las Indias quedan oscuros y defectuosos, como obras que carecen de los principios de donde dependen.

AGUSTIN DE ZARATE.

ELOGIOS DE LA OBRA POR VARIOS INGENIOS.

Reverendi ad modum Patris Magistri, fratris ALBERTI PEDRERO, ordinis Prædicatorum concionatoris eximii ad candidum et pium lectorem

EPIGRAMMA.

Hactenus Indorum terris, quas fortis Hiberus
Inventas dedit, et calcat vitricibus armis,
Non fuit Hispanus qui prælia carmine vates
Conderet, æterna cum sint dignissima laude.
Attamen externis est semper maxima cura,
Ferre super summum cælum sua facta minorâ.
Namque duces Phrygium decantant musa Maronis,
Mæonidesque suos divino condidit ore,
Et veris miscens passim mendacia multa,
Ipse sibi laudum magnos cumulavit æceros.
His bene perspectis, quisquis verissima pandit,
Mittit et in lucem, quæ sunt detenta tenebris,
Carminibus comptis, laudis quoque dignus habetur,
Ut Castellanos hic, qui fortissima bella
Narrat, et eventus rerum, variosque labores,
Qui superant omnes, quos doctus pingit Homerus,
Extenuantque viri prois discrimina Teucri.
Nam non errores arctos, quos passus Ulysses,
Non freta Troiani fugientis parva recenset,
Sed neque forma datur triplex pastoris Hiberi,
Nec ramosa quidem centeni gutturis Hydra,
Hesperidumque draco, non custos velleris hydrus,
Sed tamen Oceanus serpens prælongus, et ingens,
Ceruleis magnum, qui cingit nexibus orbem,
Victus ab Hispanis, nam iam sunt undique visi
Æquoris immensi sinus, anfractusque viarum,
Flumina vastâ nimis, montes, amplissima regna,
Gens celeris pedibus, sumptis nos tarda sagittis
Et miranda novus, quæ continent Indicus orbis,
Nullis visa prius, sed cunctis condita priscis.
De quibus hoc nobis ostendit multa volumus,
Quod Castellanos, qui quondam bella sequuntur,
Ut testis fidus, descripsit: candidè lector
Accipe pacato nec duro perlege vultu,
Ut noster vates (sannæ formidine postâ.)
Historiis aliis sincerâs impleat aures.

Interpretatio ejusdem.

Hasta agora faltaba quien cantase,
En verso sonoro castellano,
Las tierras que halló gente de España,
Y tiene ya rendidas á su Marte,
Con hechos dignos de inmortal memoria.

No suelen ser así los extranjeros;
Pues aunque sus hazañas son menores,
Procuran levantallas hasta el cielo,
Como hizo Virgilio las de Eneas,
Y con heróico verso y elegante
Homero celebró las de los suyos;
Y con decir allí cosas fingidas
Pudo bien merecer eterno nombre.
Segun esto, quien canta cosas ciertas,
A luz sacando hechos olvidados,
Y los celebra con hermosos versos,
No se le debe menos alabanza.
Tal es nuestro poeta Castellanos,
Pues va cantando hechos escelentes;
Trabajos increíbles y sucesos
Que sobrepujan cuantos pinta Homero,
Y esceden los naufragios del Troyano.
Porque no canta los angostos mares
Del que huyó de Troya, ni de Ulises,
Ni pinta á Gerion con tres cabezas,
Ni la serpiente Hydra con sus ciento,
Ni el dragon que guardaba las manzanas,
Ni aquel de quien Jason sembró los dientes;
Mas canta el gran dragon del Oceano,
Que ciñe con sus roscas todo el orbe,
A quien el español tiene sujeto,
Hollando sus riberas y sus playas,
Sus amplisimos reinos, campos, rios,
Y sus feroces gentes ya domadas,
Con otras increíbles maravillas
De todos los pasados nunca vistas.
Las cuales aqui cuenta Castellanos,
Que como validísimo guerrero,
De muchas cosas es fiel testigo.
Recibelo, lector, con rostro claro,
Para que sin temor de lo contrario
Deleite tus oidos con historias
Que va pintando con heróica mano.

Perquam colendi Patris fratris PETRI VERDUGO Præsentati ordinis Prædicatorum concionatoris facundissimi in laudem auctoris

EPIGRAMMA.

Indorum bellis nulla formidine tentus,
Castellane, tuus fervidus ensis erat.
At nunc accinctus divini cuspidè verbi,
Expugnare doces culmina sancta Dei.
Et commissâ tibi, moderantis nomine templa,

VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

Muneribus multis continuare facis,
 Insuper et curis aliis ingentibus æger,
 Carniibus comptis fortia gesta canis.
 Scilicet et Martis clypeo protectus et hasta,
 Tunc tibi propitius pulcher Apollo fuit.
 Sic puer et longo iam fractus membra labore
 Ordiue conspicuo tempora rapta teris.

Ejusdem interpretatio.

Fieras naciones, de quien no te espantas,
 Conquistaste por indias regiones,
 Y agora con católicos sermones
 A conquista del cielo las levantas.
 Iglesias sirves, y con obras santas
 Las enriqueces, y con muchos dones,
 Y en medio de cien mil ocupaciones
 Heróicos hechos de varones cantas.
 Siguiendo con valor al fiero Marte,
 Alcanzaste favor del claro Febo,
 Queriéndote probar en otra esgrima;
 Y dióte de sus partes tanta parte,
 Que tu vivir de viejo y de mancebo
 No pudo ser mejor medida rima.

*Domini MICHAELIS DE ESPEJO, præfecti ærarii Ecclesiastici
 Ecclesiæ Sanctæ Fidei Novi Regni,*

EPIGRAMMA.

Exornat nullum corpus præclarus etenclus,
 Dum manet in conchæ pectore mersus aquis.
 Dumque tenent aurum compressum viscera terræ
 Non inter pulchras enumeratur opes.
 Omnia nigrescunt absenti lumine Phœbi,
 Et cæco noctis tegmine cuncta manent.
 Non aliter scimus magnis contingere factis,
 Docta scriptoris deficiente manu.
 Et sic Indorum terris oblita labascunt,
 Defectu calami grandia gesta virum.
 At nunc præ dulci versu certamina sæva
 A Castellanis, candide lector, habes.

CYPRIANI FERNANDEZ DE CEA, *in laudem operis,*

EPIGRAMMA.

Pegaseis vectus pennis superare chimæram
 Bellerophon potuit, viribus ille valens.
 Zetes et Harpyas Phineis sedibus ales
 Cum Calai petunt, ense petente latas.
 Tectus Abantiadæ clypeo Perseus utrisque
 Gorgonis anguicomæ gutture diro secat.
 Si Castellanos conscendens æthera mersus
 Numine Pegasidum, maxima gesta canit.
 Scindit oforinis impostis vertice pennis
 Indorum errores, ore sonante Deum.
 Robore tum clypeo fidei protectus, inermem
 Inscitiam reddit OEdipus alter ovans.
 Viribus Herculeis præcinctus, dirigit inde
 Gressum in Hispanum fortia facta virum
 Non ibi Mæonicæ desunt præconia linguæ,
 Non Maronis ibi copia summa deest.

Non tibi Pindariæ suavis facundia versus,
 Non Flacæi numerus, dulcior ullus erit.
 Non sacratis lumen ninium lustrasse videbis,
 Cum tecum evolvas, grandia sensa viri:
 Denique non unquam resplendens forma Latini
 Eloquii deerit, singula quæque docens.

*Del licenciado CRISTÓBAL DE LEON, vecino de Santa Fé
 en el Nuevo reino.*

Del griego vemos hoy la lanza fiera,
 Del troyano la fama muy abierta
 Por sonora musa que despierta
 Aquello que pasó y entonces era.
 Destos agora nunca se supiera
 Cosa que conociéramos por cierta,
 Si la pluma de Homero fuera muerta,
 Y la del mantüano no viviera.
 Obligados al uno los romanos,
 Obligados al otro los argivos:
 Oblíguense también à Castellanos
 Los varones en Indias mas altivos,
 Pues con sus versos dulces y galanos
 Honra mucho los muertos y los vivos.

De SEBASTIÁN GARCÍA, natural de Tunja en el Nuevo reino.

A todas gentes es cosa notoria
 Deberse galardón à hechos buenos;
 E yo creo que no se debe menos
 A quien los comunica por historia.
 Pues valen lo que vale la memoria
 Que luz sacó de los oscuros senos;
 Luego quien ambos cursos hizo llenos
 Terná segun razon doblada gloria.
 Tener en escribir ingenio y arte,
 Y en las conquistas hechos no livianos,
 Partes son en quien pocos tienen parte.
 Mas abrazólas ambas Castellanos,
 Pues sabemos que en uno y otro Marte
 Ha meneado bien entrambas manos.

*A la excelentísima historia del señor Juan de Castellanos
 de GASPARD DE VILLARDEL Y CORUÑA, su muy servidor.*

Dichoso en vida y muerte à quien destina
 Tan bien el largo cielo, que levanta
 El alma à lo que el vulgo vil espanta,
 Y el monte yerto de virtud camina.
 Pues la tierra al Antártico vecina
 Apenas ha tornado en sí, de cuanta
 Gente cubre los cuerpos, cuando canta
 Sus hechos vuestra trompa peregrina.
 Con verdad, sin afeite, con dulzura
 No vista, ilustres versos y cristianos
 Engrandeceis la estrecha sepultura,
 Y eternizais valor, consejo y manos
 De los que en hambre, sed y guerra dura,
 Los hechos vuestros vieron soberanos.

ELEGIAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

PRIMERA PARTE.

ELEGIA I.

CANTO PRIMERO.

A cantos elegíacos levanto
Con débiles acentos voz anciana,
Bien como blanco cisne que con canto
Su muerte solemniza ya cercana ;
No penen mis amigos con espanto,
Por no lo comenzar mas de mañana ;
Pues suelen diferir buenos intentos
Mil varios y diversos corrimientos.

Para dar órden á lo prometido,
Orbe de Indias es el que me llama
A sacar del sepulcro del olvido
A quien merece bien eterna fama :
Diré lo que me fuere permitido
Por la que descompone nuestra trama,
Pues para correr vias tan distantes
Había de tomallas mucho antes.

Iré con pasos algo presurosos,
Sin orla de poéticos cabelllos
Que hacen versos dulces, sonorosos
A los ejercitados en leellos ;
Pues como canto casos dolorosos,
Cuales los padecieron muchos dellos,
Parecióme decir la verdad pura
Sin usar de ficion ni compostura.

Por no darse bien las invenciones
De cosas ordeuadas por los lados,
Ni los dioses de falsas religiones,
Por la via lactea congregados,
En el Olimpo dando sus razones
Cada uno por sus apasionados ;
Ni por mi parte quiero que se lea
La deshonestidad de Citera.

Ni me parece bien ser importuno
Recontando los celos de Vulcano
Ni los enojos de la diosa Juno,
Opuestos al desigmo del Toyano ;
Ni palacios acuosos de Neptuno,
Ni las demás deidades de Oceano,
Ni cantaré de Doris y Nereo,
Ni las varias figuras de Proteo.

Ni cantaré fingidos beneficios
De Prometeo, hijo de Japelo,
Fantaseando vanos edificios
Con harta mas estima que el efeto ;
Como los que con grandes artificios
Van supliendo las faltas del sujeto ;
Porque las grandes cosas que yo digo
Su punto y su valor tienen consigo.

Son de tan alta lista las que cuento,
Como vereis en lo que recopilo,
Que sus proezas son el ornamento,
Y ellas mismas encumbran el estilo,
Sin mas reparos ni encarecimiento
De proceder sin mácula el hilo
De la verdad de cosas por mi vistas
Y las que recogí de coronistas.

Porque si los discretos paran mientes,
De suyo son gustosas las verdades,
Y captan atencion en los oyentes
Mucho mas que fingidas variedades ;
Demás de ser negocios indecentes
Matizar la verdad con variedades,
La cual no da sabor al buen oido
Si lleva de mentiras el vestido.

Así que, no diré cuentos fingidos,
Ni me fatigaré pensar ficiones
A vueltas de negocios sucedidos
En indicas provincias y regiones ;
Y si para mis versos ser polidos
Faltaren las debidas proporciones,
Querria yo que semejante falta
Supliese la materia, pues es alta.

Mas aunque con palabras apacibles,
Razones sincerisimas y llanas,
Aquí se contarán casos terribles,
Rencuentros y proezas soberanas :
Muertes, riesgos, trabajos invencibles,
Mas que pueden llevar fuerzas humanas,
Rahiosa sed y hambre perusina
Mas grave, mas pesada, mas continua.

Vereis romper caminos no sabidos,
Montañas bravas y nublosas cumbres.
Vereis pocos é ya casi perdidos
Sujetar increíbles muchedumbres
De bárbaros crúeles y atrevidos,
Forzados á tomar nuevas costumbres,
Do flaqueza, temor, desconfianza
Aftaban los filos de la lanza.

Vereis ganarse grandes potentados
Inespugnables peñas, altos riscos,
No con cañones gruesos reforzados
Ni balas de fumosos basiliscos ;
Mas de solos escudos ayudados,
Y puntas de acerados obeliscos,
Siendo solos los brazos instrumentos
Para tan admirables vencimientos.

Vereis muchos varones ir en una
Prosperidad que no temió caída,
Y en estos esta misma ser ninguna,
De su primero ser desvanecida,
Usando de sus mañas la fortuna
En los inciertos cambios desta vida ;
Otros venir á tanta desventura
Que el suelo les negaba sepultura.

Ya pues que cosas de Indias celebramos,
Para no proceder sin fundamento,
Parece cosa justa que digamos
Algo de su primer descubrimiento :
Porque de la raiz saquemos ramos
Que hagan al lector estar atento ;
Pues edificio de cimiento falta
Mal se puede subir á lo muy alto.

¡ Oh musa celestial ! Sacra Maria,
A quien el alto cielo reverencia,
Favorecedme vos, Señora mia,
Con soplo del dador de toda ciencia,
Para que con socorro de tal guia,
Proceda con bastante suficiencia ;
Pues como vos seais presidio mio,
No quiero mas Caliope ni Clio.

Sucedén entre tanto que vivimos
Casos que razon pide que notemos ;
Los cuales si pesamos y medimos,
A gran admiracion nos moveremos :
Y mas si grandes cosas que no vimos
Presentes y palpables las tenemos,
Como fué descubrir un nuevo mundo,
Que yo tengo por hecho sin segundo.

No porque sean dos ; pues sola una
Máquina se rodea de elementos,
Un solo sol y una luna sola,
Unos mismos etéreos movimientos,
Sin tener mas ó menos cosa alguna
Sus cursos naturales ó violentos :
Una fábrica es, y un mundo solo
Cuanto ciñen el uno y otro polo.

Mas la tierra, morada provida
A los hombres y brutos animales,
Quedó desde el diluvio dividida
En dos partes que quasi son iguales :
La una nunca vista ni sabida
Sino fué de sus mismos naturales ;
Y aquesta tiene tan capaces senos
Como la otra, ó harto poco menos.

Hay infinitas islas y abundancia
De lagos dulces, campos espaciosos,
Sierras de prolijísima distancia,
Montes escelsos, bosques tenebrosos,
Tierras para labrar de gran sustancia,
Verdes florestas, prados deleitosos,
De cristalinas aguas dulces fuentes,
Diversidad de frutos excelentes.

Rios que cuando llegan á lo llano
Llevan sus aguas tan potente hilo,
Que son pequeños Ganjes y Eridano,
Y en su comparacion el turbio Nilo ;
Son arroyos Idaspes y el Rodano,
Ybragada que va siempre tranquilo,
Menos tienen que ver Cidnus y Reno
Eufrates, Danubio y Amaceno.

En riquezas se ven gentes pujantes,
Grandes reinos, provincias generosas,
Auríferos veneros, y abundantes
Metales de virtud, piedras preciosas,
Margaritas y lúcidos pinjantes
Que sacan de las aguas espumosas ;
Templanza tan á gusto y á medida,
Que da mas largos años á la vida.

Pues porque nuestro mundo poseyese
Un mundo tan remoto y escondido,
Y el sumo Hacedor se conociese
En mundo donde no fué conocido,
Levantó Dios un hombre, que lo diese
A rey que lo tenia merecido,
Y así los dos y sus distantes gentes
Vinieron á ser dandos y parientes.

El actor pues de tan heróico hecho
Dicen tener oscuros nacimientos,
Lo cual repugna tan ardiente pecho
Y tan engrandecidos pensamientos :
Prueba bastante para su derecho,
Y para deshacer falsos intentos ;
Y así creemos ser esclarecido
Y en las tierras de Jénova nacido.

También le dan estirpe generosa,
Afirmando por cierto que venia
De Pelestieles, gente valerosa,
Familia principal en Lombardia ;
Mas sea como fuere la tal cosa,
Fué Cristóbal Colon su nombradía ;
E yo, cierto, generoso llamo
Al tronco que nos dió tal alto ramo.

O con inquietud ó con sosiego
Siempre tuvo consigo dos hermanos,
Uno Bartolomé y el otro Diego :
Manchos valerosos y lozanos,
Que desde sus principios dieron luego
Muestras de pensamientos soberanos ;
Al Cristóbal le daban obediencia
Por ser mayor en dias y esperiencia.

Cada cual dellos era marinero,
Vivienda de peligros mal segura,
Y el que dijimos que nació primero,
Tan único varon en el altura,
Que en Portugal se tuvo por esmero
En aquella sazón y cojuntura,
El cual seguía mucho la carrera
De la isla que llaman la Madera.

Aquella con sus tratos frecuentaba,
Allí lo mas del tiempo residia,
Y dicen que do quiera que moraba
Su vida por buen modo componia :
A pobres peregrinos hospedaba
Dándoles de lo poco que tenia,
Y entre ellos hospedó con pia mano
Una vez un piloto castellano,

El cual era también gran navegante ;
Pero (segun entonces se decia)
Tempestioso viento de levante
Lo hizo navegar do no queria,
Forzándolo pasar tan adelante,
Que de poder volver duda tenia,
Corriendo hasta ver tierras no vistas,
Ni puestas por algunos coronistas.

El cual hombre llegó destas regiones
Con gran enfermedad debilitado,
Y así murió con los demás varones
Que de la mar habian escapado ;
Pero dejó cumptidas relaciones
Del prolijo discurso navegado,
Las cuales, como cosa de su ciencia,
Colon notó con suma diligencia.

Otros quieren decir que este camino,
Que del piloto dicho se recuenta
Al Cristóbal Colon le sobrevino,
Y él fué quien padeció la tal tormenta ;
La cual no me parece desatino
Segun por boca dél se representa
Hablando con los suyos cerca desto,
Como mas adelante vereis presto.

Para confirmacion de lo contado,
Algunos dan razon algo fundada,
Y entrellos el varon adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada ;
Pues no teniendo menos de letrado
Que supremo valor en el espada,
En sus obras comprueba por razones
Ser estas las mas ciertas opiniones.

Hay gente de valor también que quiere
Decir que lo halló por escritura
De tal antigüedad cual se requiere
Para ser infalible conjetura ;
Mas, sea la tal cosa como fuere,
Diligencia parió buena ventura,
Pues prometió de darnos monarquia,
Y fué mayor de la que prometia.

Para ballarnos pues los moradores
De tan esclarecida maravilla,
Necesidad tenia de favores
De reyes que pusiesen allí silla ;
Y así tomó del mundo por mejores
Los reyes de Leon y de Castilla,
Que entonces en la guerra de Granada
Mucha gente tenían ocupada.

En aquesta sazón que voy contando,
Desarraigando toda mala planta
Reinaban Isabel y don Fernando,
Rev todo valeroso, reina santa ;
Colon estos designios publicando,
La fama, como suele, se levanta,
Y de las novedades que pregonaba
Quiso hablar al rey en su persona.

Para lo cual con término discreto,
Trató con cortesanos y señores
Sus altas pretensiones y conceto,
Rogándoles le fuesen valedores ;
Lo cual ellos pusieron en efeto
Con llenos cumplimientos de favores ;
Y así delante el rey con esta gente
Habló Colon, y dijo lo siguiente :

« Invictísimo rey, cuya grandeza
De ninguno mortal es escedida,
Querria dar razon á vuestra Alteza
De cierta novedad jamás oida ;
Lo cual por ser con sombra de estrañeza
No sin dificultad será creida ;
Mas ¿ quién apuntará por falso tiro
Al blanco de virtudes donde miro ?

» Quién podrá concebir atrevimiento
Si tiene discrecion de seso sano,
Que delante vuestro acatamiento
Afirmé por verdad negocio vano ?
Lejos desta maldad mi pensamiento
Profese de servir á rey cristiano,
Y mis servicios han de ser tan llenos
Que queden atrasados los mas buenos.

»En cumplimiento de lo cual, me atrevo,
Sin gran copia de velas ni de remos,
A daros en poder un orbe nuevo
No menor que la tierra que sabemos:
Mucho prometo, pero no me muevo
Por humo de fantásticos estremos;
Autes, si mis intentos han favores,
Las promesas serán después mayores.

»Adonde voy asienta mucha gente
Zona de las que son inhabitadas,
Las cuales mostrarán palpablemente
Que fueron opiniones engañadas:
Pues al setentrion y al occidente
Hay grandeza de tierras ocultadas,
Que tienen mas templanza que aspereza,
Y gozan de grandísima riqueza.

»Que no son parte frios ni calores
Para hacer region inhabitable,
Pues la costumbre vuelve los rigores
En condicion templada y agradable,
Y donde yo prometo moradores,
Rica tiene de ser y saludable:
Es impresa que muchas escurece,
Y por esta razon os pertenece.

»Por tanto cuya os tomé la mano,
Poniendo las espuelas al intento;
Y no permita rey tan soberano
Que se deje de ver el cumplimiento;
El gasto que hareis será liviano,
Y los provechos dél de gran aumento:
Tenemos de por medio la ventura
Vuestra que mis promesas asegura.

»Y si para hacer el esperiencia
Vuestro real favor fuere propicio,
En mi no faltará la diligencia
Que se requiere para tal servicio:
En este caso tengo suficiencia;
Porque cursado soy en el oficio.
He dicho la verdad y lo que quiero;
Respuesta con favor de rey espero.»

A la breve razon así propuesta
El santo rey mostró claro semblante,
Prometiéndole de dale la respuesta,
No de su buen deseo discrepante:
Ansimismo la reina manifiesta
Querer que su blason pase adelante;
Consultan sus negocios en secreto,
Y huelgan de poneilos en efecto.

A gusto de Colon y sus hermanos
Estas cosas los reyes proveyeron;
Besóles el Colon luego las manos
Por la merced y bien que le hicieron.
Usó de cumplimientos cortesanos
Con los señores que favor le dieron,
Y hacen los poderes y recados
Con bastantes firmezas ordenados.

Libran dineros para sus avíos,
Aquellos que le fueron suficientes;
Danle bien pertrechados tres navíos,
Real conducta para hacer gentes;
Desde la misma hora mostró bríos
De bajas condiciones diferentes;
De la corte partió con su destino,
Y á Palos y á Moguer hizo camino.

Comienza por allí de llamar gentes,
Pendon real por plazas estendido;
Pero mil opiniones diferentes
De loco le llamaban y perdido,
Por ir donde pasados ni presentes
No fueron, ni trataron, ni han oído;
Y de todas las cosas que decía
El indiscreto vulgo se reía.

Como quien va por costa navegando,
No con viento cabal ni conviniente,
Que procura con bordos ir doblando
Puntas que por allí se ven enfrente;
Y cuanto por un bordo va ganando
Por otro pierde con la gran corriente,
Y cuando por aquí piensa que llega
Por allí la llegada se le niega;

Bien por este nivel acontecia
Al inclito Colon cuando hablaba,
Pues tanto cuanto mas encarecia
Tanta menos creencia se le daba;
Y el vulgo de las gentes abatía
Lo que con sus pregones levantaba;
Sufria su desdén con mansedumbre,
Puesto que recibía pesadumbre.

Mas, aunque tan contrarias intenciones
Al Cristóbal Colon causaban pena,
No faltaban discretas opiniones
Que juzgaban la cosa por muy buena,
Como fueron los Niños y Pinzones,
Y el doto fray Joan Perez de Marchena,
A quien por ser cursados navegantes
El envió sus cartas mucho antes.

Los cuales acetaron el mensaje,
Y después le llegaron compañía,
Y algunos dellos fueron el viaje
Porque les pareció que convenia;
Aderezaron pues matalotaje
Segun larga jornada requeria,
Nombráronse sarjentos, caporales,
Y los demás restantes oficiales.

Teniendo pues navíos preparados,
Bizcocho, vino y otros bastimentos,
Con velas y aparejos duplicados
Contra tempestuosos movimientos,
Vinieron á la playa los soldados,
Vencidos de sus altos pensamientos;
Y estando ciento y treinta en la ribera,
El Colon les habló desta manera:

«Todas las cosas que no son palpables
Y á los comunes usos contingibles,
Puesto caso que sean razonables,
A muchos les parecen imposibles;
Y cuanto mas las pintan admirables,
Tanto mas se les hacen increíbles;
De lo cual al presente nos dan muestra
Contrarias opiniones de la nuestra.

»Mas ya que pierden estos los provechos
Por alegar imposibilidades
(Bendito Dios), vosotros tenéis pechos
Tan anchos como son mis voluntades;
Y así seréis *ad plenum* satisfechos,
Viendo que mis promesas son verdades,
Porque yo no convoco tantos buenos
A jornada de poco mas ó menos.

»A hechos importantes he llamado,
A cosas no dudosas os provoqué,
Negocio no fingido ni soñado,
Y si prometo mucho no doy poco;
No voy de mí salud desesperado.
Ni me muevo con furias de hombre loco;
Caso dudoso es por ser extraño,
Mas dél mismo saldrá su desengaño.

»Empresas en valor tan eminentes,
Tan encumbrados hechos y hazañas
No son para varones negligentes,
Ni hombres que se dieren malas mañas:
Sus herederos son cristianas gentes,
Y á estas preferidas las Españas;
Y consta por razon, que los primeros
Serán los principales herederos.

»Deseche pues pobreza sus enojos,
Huyamos de ser pobres y mendigos,
Y para que goceis de los despojos
Volemos, fidelísimos amigos;
Que quiero presentar á vuestros ojos
De las cosas que digo por testigos;
Que ya yo hago cuenta que poseo
Las cosas do me guía mi deseo.

»Páreceme que vemos hombres brutos,
Que vienen á servir á vuestras gentes;
Páreceme que voy comiendo frutos
De los de nuestro mundo diferentes;
Y páreceme ver pueblos polutos
De mil idolatrías insipientes;
Páreceme que vamos á contiendas
Dignísimas de leyes y de enmiendas.

»Paréceme ver rito de gentíos,
Que para le comer al hombre mata;
Paréceme ver otros señorios
Do con razen y peso se contrata;
Paréceme que ya vienen navíos
Lastrados de oro, perlas y de plata;
Paréceme que veo tal riqueza
Que no puede medirse su grandeza.

»Paréceme ver uno y otro seno
Bien proveido de cualquier regalo,
Y gentes en un vicio tan osceno
Que por su fealdad no lo señalo;
Mas dándoles consejos de lo bueno
Quitaremos costumbres de lo malo;
Al fin, que sacaremos deste hecho
Merecimiento y honra con provecho.

»Es Dios el que gobierna, y es la guía
Y el principal autor de la jornada;
Y aquella benditísima María,
A quien siempre tomé por abogada:
En confianza suya se desvía
De tierras conocidas el armada;
Mediante sus favores navegamos,
Y ellos nos han de dar lo que buscamos.

»Estais los marineros y soldados
En cosas necesarias instruidos,
Nuestros navíos bien aderezados,
De todos bastimentos proveídos,
Los ánimos se muestran esforzados
A célebres hazañas conmovidos.
De lo demás tened duda ninguna,
Pues próspera se muestra mi fortuna.»

Dió fin á su primer razonamiento,
Atentos los soldados venturosos,
Del cual nació tan alto movimiento
Que hizo de cobardes animosos.
Embarcarse con gran contentamiento
Así los ciertos como los dudosos,
Ancoras se levaron y razones
Con santas y devotas oraciones.

Viérades marineros diligentes,
Y todos los dispuestos al pasaje,
Saltar por las cubiertas y las puentes,
Por las trabadas jarcias ir el paje,
Viérades desferir velas pendientes
Diciendo «buen viaje, buen viaje,»
Del cual, por ser historia que contenta,
En el segundo canto daré cuenta.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno habló atrevidamente contra Colon, y lo que mas sucedió. — Primero viaje de Colon á las Indias.

En tiempo que carece de bonanza,
Como no se mitigue la tormenta,
Mudable suele ser el esperanza;
Del hombre que con ella se sustenta;
Y una represa grande de tardanza
El pecho hinche tanto que revienta,
Principalmente si teniendo duda
Dudosos por lo mismo dan ayuda.

Año de cuatrocientos y noventa
Con mil un año mas era pasado,
Quando los argonautas desta cuenta
Iban á conquistar vellon dorado;
Mas no donde Medea la sangrienta
Al padre, viejo rey, dejó hurlado;
Pues es otra riqueza tan crecida,
Que de sí sola puede ser vencida.

Callen Tifis, Jason, Bites, Teseo,
Anfon, Echion, Erex, Climino,
Castor y Polux, Testor y Tideo,
Hércules, Telamon, Ergino;
Pues vencen á sus obras y deseo
Los que tentaron ir este camino,
Haciendo llanas las dificultades
Que pregonado han antigüedades.

Las naciones mas altas y escelentes
Callen con el valor de la española,
Pues van con intenciones de hallar gentes
Que pongan piés contrarios en la bola;
Espanto no les dan inconvenientes,
Ni temen del dragon ardiente cola,
Deseando hacer en su corrida
De mas precio la fama que la vida.

Por capitanes van los tres Pinzones,
Para tal cargo dinos y bastantes,
Y en marear las velas y timones
Muy pocos que les fuesen semejantes;
De Palos y Moguer salen varones
Admirables y diestros navegantes;
Con tanta prevencion, con tal avlo,
Salieron al remate del estío.

Con gran concierto guían el armada,
Inflada toda vela y estendida;
Vereis espumear agua salada
De las agudas proas dividida;
A tierra van no vista ni hollada,
Huyendo de la tierra conocida;
Ya no ven edificios torreados
Porque por alta mar van engolfados.

Al occidente van encaminados
Las naves inventoras de regiones;
Pasando van las islas Fortunadas
Y Hespérides que dicen Ogorgones:
No curan de señales limitadas
Que ponen las antiguas opiniones,
Y el trópico, que fué duro viaje,
No quiere limitar este pasaje.

Antípodas ignotos van buscando,
Cuya razon ha sido variable,
Y por aquella parte navegando
Que nunca se creyó ser navegable,
Tórrida zona van atravesando
Que se juzgaba por inhabitable;
A todos los presentes y pasados
Me parece que son aventajados.

Otras estrellas ve nuestro estandarte.
Y nuevo cielo ve nuestra bandera,
Por acercallos ya náutico Marte
En continuacion de su carrera;
Al regulado círculo que parte
En dos partes iguales el esfera,
Equidistantes dél por clara muestra
Los polos de la diestra y la siniestra.

Notaban ya la poca diferencia
Que el hijo de Latona les hacia,
O sobre el horizonte su presencia,
O cuando ya debajo se metia;
Pues era poco menos el ausencia
Que el curso de sus carros con el dia,
Y ser cuasi equinocio sempiterno,
Esto me da el verano que el invierno.

Del largo caminar los marineros,
Y cada dia ver mares mayores,
No iban en sus fuerzas tan enteros,
Ni faltos totalmente de temores:
Acá y allá les dan mil aguaceros
Y con ellos hochornos y calores,
Y viendo no hacer algun efeto
Unos con otros hablan en secreto.

Pues como fuesen temples mas ardientes
De los de nuestras tierras y regiones,
Algunos se sentian ya dolientes,
Otros meneaban mil alteraciones;
Comienzan á nacer inconvenientes,
Murmuraciones hay de los Colonos,
E uno de vergüenza descompuesto
Al Cristóbal Colon le dijo esto:

«Dudo que pueda ser hombre nacido
En todas las naciones conocidas,
Que sin ser agraviado ni ofendido
Procure ver el fin de tantas vidas,
Sino sois vos que nos habeis vendido,
Por patente verdad cosas fingidas;
Quien tiene pues á tantos en tan poco,
Menos tiene de cuerdo que de loco.

VARONES ILUSTRES DE INDIAS, ELEGIA I, CANTO II.

»Traernos vos ha sido desatino;
 Quien os siguió mayor desatinado,
 Y todos intentamos un camino
 A nadie de los hombres revelado,
 Segun que claro consta de Agustino
 En lo que destas cosas ha tratado,
 Y otros van tan ayunos y tan secos
 Que niegan con antipodes antecos.

»Leemos cerca desto maravillas
 En Plinio y Estrabon, varon anciano,
 Y niégalo también á pié juntillas
 La pluma de Latancio Firmiano;
 Pues tales opiniones encubriellas
 Seria de malísimo cristiano,
 Y cosas de poetas san Isidro
 Las tiene por mas flacas que de vidrio.

»Pues dicen ser antipodas novela
 Compuesta como muchos desatinos,
 Ajenos del sentido del escuela
 De los peritos griegos y latinos;
 Y entre ellos Aristóteles y Mela,
 Escoto, y con Durando sus vecinos:
 Pues ¿quién me negará no ser errores
 El no querer creer estos doctores?

»Los que con cinco cientos han reglado
 Del mundo lo que vemos y no vemos,
 Afirman no poder ser habitado
 El medio ni los dos de los estremos:
 El medio por calor demasiado,
 Dos por inmenso frio no podemos,
 Los dos solos entre estos situados
 Se pueden habitar por ser templados.

»No deja pues de ser gran osadía
 Teniendo por verdad aquesta traza,
 Sacar de vuestra vana fantasia
 Tan vanas opiniones á la plaza,
 Y que perseveréis en la porfia
 Adonde no podemos matar caza,
 Y donde, segun vemos de presente,
 No tiene de quedar hombre viviente.

»Vos con vuestros hermanos y cuadrilla
 Traéis la redondez alborotada,
 Ingleses burlan desta maravilla,
 No quiso Portugal daros armada,
 Y quiso nuestra reina de Castilla,
 Para creerlos menos recatada;
 Y el bien que sacará de aqueste hecho
 Será crecida costa sin provecho.

»Con ser favorecidos de los vientos
 El tiempo que tenemos navegado,
 No acaban de llegar los cumplimientos
 De lo que nos habeis certificado;
 Faltan á mas andar los bastimentos,
 Está todo podrido y estragado,
 Abrense los navios como viejos,
 Las jarcias se quebrantan y aparejos.

»Y pues sabemos bien el paradero
 De las indotas tierras que buscamos,
 O por mejor decir, el matadero
 De nuestras tristes vidas fenezcamos,
 Una, dos y tres veces os requiero,
 Dejemos el camino que llevamos,
 Que bien claro se ve que devanea
 Quien lo que nunca fué quiere que sea.»

A muchos la razon pareció buena
 De todos los doctores alegados,
 Y Cristóbal Colon recibió pena
 De términos que tuvo mal criados;
 Y así mandó colgallo del entena
 Por alborotador de sus soldados;
 Mas como fuesen muchos en librallo
 Paró la furia con estropeallo.

Pasadas ya las furias y accidente
 De aquel alborotado movimiento,
 Movianse las ondas mansamente
 Sin las alborotar furia de viento;
 Colon vista sazon tan conveniente,
 De principales hizo llamamiento,
 Y llegados adonde los espera,
 A todos les habló desta manera.

«Entre todas las cosas desta vida,
 Que pretenden regir humanas gentes,
 Ninguna puede ser mas mal regida
 Que donde mandan muchos diferentes;
 Lo cual por esperiencia conocida
 Suele parir cien mil inconvenientes,
 Y mas adonde hay entonamientos
 Que se suelen mudar á todos vientos.

»Dígoles por los hombres importunos,
 Maestros de la grita sucedida,
 Que á los que de buen seso son ayunos
 Han hecho facilmente dar caída:
 De cuya causa ya piensan algunos
 Que están en el remate de su vida,
 Y que por hallar tanto mar en medio
 Totalmente carecen de remedio.

»Espántanme mudanzas tan estrañas,
 Y tan alborotadas condiciones,
 Y que el valor y ser de las Españas
 Engendre tan enfermos corazones,
 Temblando de sus hechos y hazañas
 Los mas feroces brios de naciones,
 Por hechos que hicieron afamados
 En los siglos presentes y pasados.

»No deja pues de ser trabajo fuerte,
 Que siendo todos ellos animosos,
 Cayesen en las manos de mi suerte
 Los que de la tener están quejosos;
 E ya con pensamientos de la muerte
 Quieren menospreciar nuevos reposos:
 Insinias son de viles pecadores
 Temer do faltan causas de temores.

»No hizo hechos dignos de memoria
 Aquel que se cebó de blanda cama,
 Ni alcanzará ninguno la victoria,
 Opresso de los brazos de su dama;
 No gozan hombres flojos de la gloria,
 Ni cobran los cobardes buena fama;
 Trabajos son las alas y los vuelos
 Con que cristianos suben á los cielos.

»Cuanto mas que por toda la jornada
 No vistes desventura sucedida;
 La gente si se siente fatigada,
 Todos (bendito Dios) tenemos vida;
 El agua no la damos limitada,
 Ni navegamos faltos de comida;
 Los navios están bien preparados
 Y estancos de las quillas y costados.

»No como los pintó nuestro soldado
 Con oracion mas suelta que fundada,
 La cual pusistes en mas alto grado
 Que si fuera por ángel pronunciada;
 Aunque yo como viejo mas cursado,
 De cierta ciencia sé que dijo nada,
 Y entiendo bien que sus autoridades
 Son ajenas y faltas de verdades.

»Y no me espanto yo ser engañados
 Los dotos á quien él ha referido,
 Por no ser destas cosas obligados
 A saber lo que nunca fué sabido;
 Y tratando de hombres no hallados
 Les parecia ser buscaruido,
 Por no poder probar tal gente nueva
 Venir *sicut et nos* de Adán y Eva.

»El alegó dotísimos varones,
 Engañados de falso pensamiento,
 E yo puedo también dar opiniones
 Que sienten con lo mismo que yo siento,
 Bando bastantes causas y razones
 No fuera de razon ni fundamento,
 Pero lejos están mis conjeturas
 De sueños, opiniones y leturas.

»Que no me dan á mí gloria ni pena
 Los muchos á quien tengo de mi mano,
 Como son Averrois y Avicena
 Y el inclito doctor Alberto Mano;
 Pues autoridad sacra, que es la buena,
 Dice no hacer Dios tierras en vano,
 Y aquestas os daremos brevemente
 Fértiles, apacibles y con gente.

» Quiero decir un encarecimiento
Que con dificultad será creído:
Y es que fuera del santo nacimiento,
Y Dios de humanidad andar vestido,
Es este caso de mayor momento
Desde la creación acontecido,
Estraña cosa de las mas estrañas,
Suma de humanos hechos y hazañas.

» Si aquesto tengo yo por cosa cierta,
Como claro veremos, Dios mediante,
Mal hago si me vuelvo de la puerta,
Y vos peor si no pasais delante;
Enfermos hay, mas no persona muerta,
Ni tal enfermedad que nos espante;
Y que sucedan muertes destes males,
No somos los humanos inmortales.

» Do quiera se rodea la caída,
Do no pensais hallais una tormenta,
No sé del mundo yo cosa nacida
Que pueda de la muerte ser exenta;
Guerra mortal es toda nuestra vida,
Y la guerra de hombres se sustenta,
Y todos los achaques desta guerra
También corren la mar como la tierra.

» ¿Estoy yo por ventura bien dispuesto
El tiempo que vosotros estais malos?
Si por angustia grande teneis esto,
¿Hallaisme rodeado de regalos?
Si tanto trabajar os es molesto,
¿Está de mi mas largos intervalos?
Bien claro conoceis de mis porfias
Que no paro las noches ni los días.

» Los ásperos trabajos son mi cebo,
Vigilias de las noches son mis fiestas,
Sobre mis afligidos hombros llevo
El peso de los días y sus siestas;
Ya para mí no es negocio nuevo
Llevar las pesadumbres á mis cuestras,
Las cuales de otros males son defensa,
Por esperar bastante recompensa.

» Todos me conoceis por marinero,
En negocios de mar bien instruido,
Y porque no dudeis agora quiero
Decir lo que jamás habeis oido:
Debeis saber que yo soy el primero
Que por adonde vais se vió perdido:
Lo cual es infalible conjetura
Segun pintan los grados del altura.

» El negocio pasó desta manera:
Haciendo yo de Portugal camino
Para la insula de la Madera,
Terrible temporal nos sobrevino;
Y sin saber el fin de mi carrera,
Fué tan tempestuoso, que convino
Irnos forzados destes movimientos
A voluntad de aguas y de vientos.

» Sin ver aguja ya ni hacer cuenta
De otros instrumentos que son guías,
Y el proceloso tiempo representa
Prolija duracion en sus porfias;
Durónos finalmente la tormenta
Por espacio de seis ó siete días,
Trabajos, sobresaltos y congojas
Cuanto mas espaciosas menos flojas.

» La furia deste tiempo mitigada,
Puesto caso que no sin daño mio,
Quedó luego la mar tan sosegada
Como remanso de potente rio;
Pero mi flaca gente descansada
En sueño convirtió todo su brio,
Tendido cada cual por la cubierta
A semejanza de una cosa muerta.

» Estando por momentos en espera
De viento que viniese refrescando,
Acaso vi pedazos de madera,
Por cima de las ondas flutuando.
De lo que combatiendo su ribera
El agua de la mar va despegando;
Pudo juzgar cualquier entendimiento
No ser lejos de allí su nacimiento.

» Horruras ansimismo de avenidas
Que llevan las corrientes enhiladas,
Hojas y yerbas nunca conocidas
Ni de piés de español jamás bolladas;
Aves vi por los aires esparcidas,
Que de las nuestras son diferenciadas
Contento recibí, mas después desto
En perplejidad grande me vi puesto.

» En mi pecho se traba grande guerra
En consideracion de lo que via,
Dispúsemme de veras por ver tierra
Si por alguna parte parecia,
Y díome por los ojos una sierra
Con ciertas enhilladas que hacia,
Y aunque de espeso núbulo muy cubierta
En no se deshacer se hizo cierta.

» Miréla muchas veces, y tornaba
Por no ser de los ojos engañado;
Porque también á veces sospechaba
Ser marinos vapores ó nublado;
Y hecho lo posible, mas quedaba
En mi primera vista confirmado,
Deseando saber razon alguna
Del lugar do me trujo la fortuna.

» Bien cierto de que no fué fantasia,
Estuve muchas horas en mi popa,
Recorriendo por mapas que traia
El Africa, y el Asia con Europa;
Y en todos los discursos que hacia
La tierra que yo via no se topa,
Y tales discreciones nunca veo
En las trazas de Mela y Tolomeo.

» Perdía muchas veces la paciencia
En no conocer tierra semejante,
Sabido pues habeis de cierta ciencia
Que no soy destas cosas ignorante,
Y no tan sin vigor de suficiencia
Que muchos no me tengan por bastante,
También sé que sabeis que yo vivia
De hacer *mapas mundi* que vendia.

» Y en efeto, por dalles adiciones,
Vi cómo convenia hacer lista
De nuevas y admirables relaciones
Que puse de la tierra nunca vista;
Porque no me faltaban intenciones
De procurar volver á su conquista;
Pues por entonces no me convenia
Llegar allá con poca compañía.

» Los mapas otras mil veces rodeo
Bojando penitísimas naciones,
Y anduve hartas horas á rastroo
De las pisadas viejas y opiniones:
Como Platon en Cricias y Timeo
Y el otro de las trágicas ficiones
De tierras que tuvieron por muy ciertas,
Que en sus días no fueron descubiertas.

» Estas cosas y otras contemplando
Cerca de los peligros en que estaba,
El sol iba sus rayos aportando,
Y á mas andar el viento refrescaba;
Y mi cansada gente descansando
Que uno ni ninguno recordaba.
Llamélos no sin voces ni demuestos,
Y mandéles que todos estén prestos.

» Levántanse los flacos navegantes
A poner en efeto lo mandado,
Los ojos de dormidos inorantes
De todo lo que tengo razonado;
Dan velas á los vientos como antes
Para desnavegar lo navegado,
Y fué servido Dios omnipotente
Que nos sirviese viento conviniente.

» Fueron nuestras jornadas mas tardias
Por impedirme calmas la carrera,
Y así tardamos número de dias
En volver á la insula Madera;
Con gran debilidad de fuerzas mias,
Mi peregrina nave mal entera,
Salimos todos flacos, macilentos,
Con falta de salud y bastimentos.

» Holgámonos de ver cristianas gentes
Y amigos conocidos en el puerto;
Salimos mal parados y dolientes,
Pero (bendito Dios) ninguno muerto;
Los marineros todos inocentes
De lo que, como veis, he descubierto,
Ni hasta ya me ver en estos mares
Quise cosas tratar particulares.

» Porque desde este cielo nos volvimos
Segun me certifica conjetura,
Por suma diligencia que tuvimos
En asentar los grados del altura;
Así que, de la tierra que decimos
Estar puede mi gente bien segura,
Firmísimos en esta confianza
Que no puede ser mucha la tardanza.

» Por tanto cese vano sentimiento
En flaco corazón y alborotado,
Y por un poco más de sufrimiento
No quiera perder bien tan deseado;
Pues así me dé Dios todo contento,
Que esto no fué fingido ni soñado,
Sino cosa real, clara, patente
Y negocio que pasa realmente.

» Podeis seguros ir á los navios,
Porque lo dicho presto lo veremos,
Y con sombrías plantas, frescos rios,
De los cansados cuerpos recreemos;
Con gran cuidado ya, señores míos,
Porque soplan los vientos que queremos,
Velando cada cual por los cuarteles,
Y lévense por popa los bateles.»

Dada de su discurso larga cuenta
Para poner sus iras en templanza,
La gente que vivía descontenta
Hizo de sus palabras confianza;
Con cuya dulcedumbre los alienta
Revalidando más el esperanza;
Pero durarán poco sus sabores,
Segun verán agora los letores.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra, y cómo la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo Vicente Yañez Pinzón.

En aqueste mundano movimiento
La risa y el placer á nadie sobra;
Duran los regocijos un momento,
Permanecen desgustos en su obra:
Y tras un poco de contentamiento
Suelen venir mil horas de zozobra;
En la no tal y en la mayor grandeza
Los remates del gozo son tristeza.

A los que proseguían su camino
De la suerte que dijo nuestro canto,
De la misma manera les avino
Hecho su blando gozo duro llanto,
Por un tempestuoso torbellino,
Incitador de lloros y de espanto,
Que fué tan riguroso cual escribo;
Mas ¿quién podrá contallo muy al vivo?

Cuando la destemplanza comenzaba,
El sol á mas andar se despedía;
La braveza del mar tal se mostraba
Que todo corazón entristecía:
El austro que sus soplos aumentaba
A pesado temor los convertía,
Ninguna cosa por las ondas suena
Que de pavor mortal no venga llena.

Si tiemblan con temor los marineros,
No menos los pilotos y patrones;
Andaban todos prestos y lijeros
Asegurando velas y timones;
Pero poco después los más enteros
Poseídos de grandes turbaciones,
A causa de las ondas espantables
Que no se les mostraban navegables,

Llevan un solo papo de mesana,
Porque tendida no pueden sufrilla;
Párecelos á todos que se gana
En calafetear el escotilla;
Si les hace farol la capitana
No se les da lugar para seguilla,
Porque de todas partes soplan vientos
De varios y contrarios movimientos.

Cuanto la noche más escurecía,
Para mayores daños abre puerta;
Un español á otro no se vía,
Ni determinar puede cosa cierta:
El agua de las ondas embestia
A todos los que van sobre cubierta;
Veréis de los que van asegurando
Unos caídos y otros tropezando.

Las naves al profundo sumergidas,
A veces á las nubes encumbradas,
Por uno y otro bordo combatidas
Y del olaje cuasi zozobradas;
Desconfiaban todos de las vidas,
Las manos á los cielos levantadas,
Y de los sobresaltos y temblores
Nacían grandes gritos y clamores.

Comienzan á rezar Avemarias,
Y acaban en diversas oraciones,
Unos dellos prometen obras pías,
Los otros romerías y estaciones;
Otros hasta dar fines á sus días
Permanecer en santas religiones;
Otros también en estas apesrezas
Se dejaban decir muchas flaquezas.

Pues decían llorando de sus ojos
Recitando maneras de provechos:
«Oh rocas, oh cañadas, oh rastrojos,
Oh tierra de mis fértiles barbechos!»
Dichoso quien halló vuestros abrojos
Y ve pacer el buey por los repechos!
«Oh morada segura, do las camas
Son hechas de tomillos y retamas!

Otros decían á sus compañeros
Cuando golpe de mar los cuerpos baña:
«¿Quién por inquietud de marineros
Dejó la quietud de su cabaña!»
«¿Quién olvidó cabritos y corderos
Por ver aquesta loba que se ensaña
Del aire, cuya voz puede movella,
Y el halago mejor es nunca vella!»

Esto decían viendo sumas cumbres
De las ondas que van en crecimiento,
Y andando con aquestas pesadumbres
Medidas por rigor de bravo viento,
En mástiles y entenas vieron lumbres
Que dieron esperanza de contento,
Las cuales saludaron á su modo
Los marineros y consorcio todo.

El regocijo, grita y algazara
Al desmayado hace que despierte;
A bendecillas cada cual se para
Por parecerles venturosa suerte,
Diciendo ser san Telmo y santa Clara
Que vienen á librallos de la muerte;
Y son las lumbres que ellos tanto aman
Lo que Castor y Polux otros llaman.

Pues la gentilidad ciega creía
Ser dos hermanos de la reina Helena;
Una lumbre por mala se tenía,
Pero si vian dos por señal buena:
La una los navios sumergía,
Dos los hacían libres desta pena;
Y creo que presentes y pasados
En este caso viven engañados.

Pues tales apariencias de candela
O representación de resplandores,
En las oscuras noches se congela
De las exhalaciones y vapores;
El cómo la natura nos lo ceta,
Y no dan razón cierta los doctores,
Porque también se ven las lumbres tales
En los guerreros campos y reales.

Y con nacer las lumbres mucho antes
Que navegase mar vela ni remo,
Dicen que son algunos navegantes
San Telmo, san Erasmo, san Eremo;
Pues gentes en la lengua discrepantes
Pronuncian el vocablo con estremo;
Mas aunque diferentes nombres canto
Consta todos tres ser un mismo sauto.

El marinero pues mas avisado
Aquestas devociones mas encumbra,
Y en las noches que el mar anda turbado
Mirar por él mas veces acostumbra;
Y ser el santo bienaventurado
Juzga cualquier cosilla que relumbra,
Y entonces acontecen á la gente
Cosas que después rien grandemente.

Pues yo vi cierta noche de aguaceros
Llena la mar de harta destemplanza,
Hincarse de rodillas marineros
A san Telmo segun comun usanza;
Y vimos claramente compañeros
Reverenciar el hierro de una lanza,
Que en popa del navio se traía,
Y con la escuridad resplandecía.

Otra noche decian ser venido
Cuerpo santo, y así lo saludaban,
Mas bien puede juraros quien lo vido,
Ser gotas de la mar que relumbraban,
Encima de un estrenque recogido
Acia la proa donde señalaban,
Y conocieron ser juicio vano
Por los desengañar mi propia mano.

En daros destas cosas larga cuenta
Pudieramos gastar algunos dias,
Y echáramos algunos en afrenta
Contando semejantes boberías;
Pero volvámonos á la tormenta
Que llevan estas nuestras compañías,
Cuyo furor á todos espantable
La noche y otro dia fué durable.

Cesando pues los bravos movimientos,
Y estando ya la mar muy sosegada,
Tornaron á hacer ayuntamientos
Las principales gentes del armada;
Hicieron al Colon requerimiento
Con furia de respetos olvidada;
Perplejo no sabia qué hacerse,
Ni si perseverar ni si volverse.

Temíase de alguno gran revuelta,
Y en ella los peligros de su vida,
La casa de razon andaba suelta,
Y sola voluntad obedecía;
Los pensamientos son de dar la vuelta;
Aprestar querían la partida;
Hubo también diversas opiniones,
Y fué la principal de los Pinzones.

Porque Vicente Yañez el anciano,
Que entre los navegantes de su era,
En todo lo sabido de Oceano
Habia bien corrido la carrera,
En esta confusion tomó la mano,
Y á todos les habló desta manera,
Y por sus canas y merecimientos
Tienen todos por bieu de estar atentos.

«Si con razon las cosas son pesadas,
Vereis que son injustas las querellas,
De aquel que se buscó las cuchilladas,
Si tuvo gran temor de padecellas;
Y desatino ya después de dadas
El no querer sufrir la cura dellas,
Y débiles las fuerzas y denuedo
De aquel que de su sombra tiene miedo.

» Y así de los trabajos padecidos,
Que no quiero tener por muy pesados,
Sereis, si teneis sanos los sentidos,
Vosotros de vosotros agravados;
Pues todos los que sois aquí venidos
No fuistes compelidos ni forzados,
Antes las fuerzas fueron voluntades
Dispuestas á sufrir calamidades.

» Pues en hacer la gente vez alguna
No fuimos importunos ni molestos.
E infinitas veces, que no una,
Dijistes que veníades dispuestos
A cualesquier desmanes de fortuna,
Y entrastes con aquestos presupuestos,
De los pechos poner á cualquier plaga.
Diga, señores, pues barba que haga.

» ¿ Pensábades hallar fijos cimientos
En medio de las aguas turbulentas?
¿ Pensábades tener los aposentos
Segun que por mesones ó por ventas?
¿ Pensábades tratando con los vientos
Poderos escapar de sus tormentas?
Con estas condiciones arrendamos
Los que las altas ondas navegamos.

» Quien dellas sule ser mas confiado
A trances rigurosos se convierte;
Que el improbo furor del mar airado
No suele respetar flaco ni fuerte;
Mas antes el que va mas apartado
Está solos tres dedos de la muerte,
Y casos al vivir tan importantes
Es mucho menester mirallos antes.

» De hombres sabios es y de prudentes
Vivir por este peso y esta tasa;
Pero llegados los inconvenientes,
El cuerdo como puede se los pasa,
Sin intentar remedios indecentes
Estando ya las manos en la masa,
Y sin considerar el paradero
Dejar la sogá ir tras el caldero.

» Porque en venceros tal desconfianza
Perdeis honores y ganais afrenta,
Mayormente gozando de bonanza
Y habiéndose pasado la tormenta;
Y á trueco de bien poca mas tardanza
Hacer de alegre vida descontenta,
Causada y engendada de la pena
De sospechas que queda cosa buena.

» Y es por cierto torpísima manera
De duros y robustos labradores,
Estando de sazón la sementera
Dejalla de coger por las calores,
Huyendo los sudores, como quiera
Que estaban ya pasados los mayores,
Y no gozar los frutos y gasajo
Por ahorrar un poco de trabajo.

» Pues si hemos de medir estas verdades
Con esto que tratamos y que vemos,
Grandes serian nuestras poquedades,
E yerros insufribles cometemos;
Si ya vencidas las dificultades,
Del arte que venimos nos volvemos;
¿ Qué cuenta demás desto se daría
Al rey nuestro señor que nos envía?

» Decidme ¿ qué disculpas ó razones
Podemos dalle siendo preguntados?
¿ Qué juzgarán de nuestras intenciones
Los sabios y los bien intencionados?
Podrán dar su disculpa los Colonos;
Nosotros no, seyendo tan culpados,
Que para perfeccion de sus intentos
Ponemos siempre mil impedimentos.

» No conoceis, señores, otros males
Por no juzgar el cielo de colores,
Que no todos los tiempos son iguales,
Pues tienen sus templanzas y rigores;
Y así, huyendo destes temporales,
Habemos de ballar otros peores,
Cometiendo navios al gobierno
En costa de Castilla por invierno.

» El escorpion agora mentiroso
Imprime desmedidas frialdades;
Los nimbos del orino proceloso
Levantán rigurosas tempestades,
Impiden á las ondas el reposo
Las hiadas lluviosas y pleyades;
El mas seguro puerto y acogida
Promete grandes riesgos de la vida.

» ¿Qué sentireis volviendo tan á sordas
Al tiempo que llegades al paraje,
Y no serviros áncoras ni cordas
Con la soberbia grande del olaje;
Y naufragar en las arenas gordas,
Dando tan malos fines al viaje,
Y que viendo los pueblos deseados
Quedeis en sus riberas ahogados?

» ¿A qué varon tan fuerte no desmaya
Pensar que vemos ir aquel nadando,
El otro ya no ver adónde vaya
Con las bebidas aguas arqueando;
Otros al rebalaje por la playa,
Otros con la resaca peleando,
Otros que vereis ir de mar en fuera,
Asidos á pedazos de madera?

» Así que, por no vernos en estrecho
Con otros riesgos mas particulares,
Debemos esperar un tiempo hecho
Primero que partamos destos mares;
Ya que no reparáis en el provecho
De islas, tierras nuevas y lugares,
Que pienso de ver antes de dos días,
Y no serán fingidas profecías.

» Porque en aquel nublado que se cierra
Adonde reverberan arrebóles,
Tengo por imposible faltar tierra,
Montañas, promontorios y peñoles,
Supremas cumbres, gran altor de sierra
Que tienen de hollar los españoles;
Y no quiero decir mas cerca desto,
Pues todo cuanto digo vereis presto.»

Colon de ver tan buen razonamiento,
Y que fué tan á gusto como quiso,
Quedó lleno de gran contentamiento,
Los otros cada cual muy arrepiso,
Y como ya ventaba manso viento,
Mandóles navegar con gran aviso,
Y así continuó la compañía
Su carrera de mar y larga vía.

Alguna vela llevan abatida,
Aunque la mar estaba bonancible;
A medio mástil otra recogida
Pareciéndoles ser cosa posible,
Que la prolija tierra prometida
Ótro día podría ser visible;
Mas dejémoslos ir con su recuesta,
Que yo diré después lo que me resta.

CANTO CUARTO,

Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes nuevas de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron.

No puede la verdad jamás ser muerta,
Y cuando por malicia se oscurece,
En tal escuridad, es cosa cierta,
Que nunca para siempre permanece;
Antes por muchas vías abre puerta
Por donde como rayo resplandece;
Mas agora volviérale la cara,
Faltando quien aquí perseverara.

Pero Colon, insine navegante,
Aunque desmayan otros, él no cesa,
Al cual para pasar mas adelante
Tardía se le hace toda priesa,
Diciéndoles: «señores, Dios mediante,
Mañana cumpliré con mi promesa.»
Burlaban de negocio tan prolijo,
Pero salió verdad lo que les dijo.

Pues cuando con justo movimiento
Venía por sus cursos el Aurora,
Y tenía Titán el aposento
Octavo de los doce donde mora,
Quiso Dios enviar el cumplimiento
De los deseos santos desta hora,
Porque tan gran grandeza como esta
A los humanos fuese manifiesta.

Habiendo pues rompido la mañana
Aquel velo que nuestra vista cierra,
El grumete Rodrigo de Triana
A grandes voces dice tierra: tierra:
Oyeron esto tan de buena gana
Que toda pesadumbre se destierra,
Sale para mirar toda la gente
Y conocieron sello claramente.

Alégranse con tierra los terrenos,
Danle vital aliento sus olores,
Te Deum laudamus cantan, y no menos
Tocaban en las naves atambores,
En las cuales los bordos iban llenos
De regocijadísimos clamores,
Y do cualquiera dellos se volvía
Sonaba regocijo y alegría.

Oían infinitas bendiciones,
Capitanes, soldados, marineros,
Todos decían: «Vivan los Colonos,
Vivan tan valerosos caballeros;
Vivan dichosos años los Pinzones,
Sus buenos y leales compañeros,
Vivan los marineros y soldados,
Y Dios los haga bienaventurados.

» Cristóbal, pues por tí Cristo nos vale,
Válgate Dios, el rey y tu cuidado;
Con grandes señoríos te señale
Aquel que te formó tan señalado,
Con gloria de los cielos te regale,
Pues has el mundo todo regalado;
Hereden señoríos prepotentes
Los hijos que ternás y decendientes.

» Sea tu fama con eternos cantos
Por todas cinco zonas estendida,
Tu nombre solenicen todos cuantos
Hoy viven y después tuvierén vida;
Déte su bendición Dios y sus santos
Con premios no sujetos á caída;
Goces de tus trabajos años largos
Con mas insines y mayores cargos.»

Sonaban por las naos panderetes
Con sonajas que hacen maravillas,
Besábanles las manos los grumetes,
Y las demás personas no sencillas;
Los lejanos quitaban los bonetes
Hincando por las naves las rodillas,
Y cada cual confuso y afrentado
Le pedía perdón por lo pasado.

Diciendo van aquello que veían
Haciendo con las manos dulces señas,
Los árboles sus ramos descubrían,
Víanse las montañas y las breñas,
Sonaban ya las hondas que herían
Los cóncavos y huecos de las peñas
Ven prados y frescuras ser anienas,
Ven blanquear las playas con arenas.

Ven cómo sus descansos adereza
Puerto que divisaban atalayas,
Y ven desde los piés á la cabeza
Andar hombres desnudos por las playas,
Mujeres do la vista se endereza
Sin arrees de mantos ni de sayas,
Por ser sus pelicias y conciertos
Andar galán y danía descubiertos.

Salían á mirar nuestros navios,
Volvían á los bosques espantados,
Huían en canoas por los rios,
No saben qué hacerse de turbados:
Entraban y salían de buhios,
Jamás de estraña gente visitados;
Ningun entendimiento suyo lleva
Poder adivinar cosa tan nueva.

Ansimismo de nuestros castellanos
Decían, viéndolos con tal arreo,
Si son sáturos estos, ó silvanos,
Y ellas aquellas niñas de Aristeo:
O son faunos lascivos y lozanos,
O las nereides, hijas de Nereo,
O driades que llaman, ó nayades
De quien trataron las antigüedades.

Así todas las ninfas como ellos
 Son bien proporcionados y bien hechos,
 Sacados son de hombros y de cuellos,
 Y mas pecan de anchos que de estrechos:
 ; Cuán luenga hermosura de cabellos!
 ; Qué gran tabla de espaldas y de pechos!
 Los galanes, las damas y los pajes
 Jamás deben mudar ropas ni trajes.

Por cierto todos ellos son dispuestos,
 Y ellas por consiguiente bien dispuestas;
 Pero los trajes son muy deshonestos,
 Aun para las mujeres deshonestas,
 Pues los unos y otros andan prestos
 Para solenizar vendreas fiestas:
 Ellos no rozarán las agujetas,
 Y ellas no romperán muchas faldetas.

No debe remordelles la conciencia,
 Ni quieren evitar inconvenientes,
 Pues tan sin empachosa reverencia
 Incitan empachosos accidentes;
 Pues no son en estado de inocencia,
 Que hijos son de Adán y descendientes;
 Estas cosas y otras van diciendo,
 Las islas de Lucayos descubriendo.

No hace destas islas Fenescies
 La valerosa gente que camina,
 Porque dejando va Guanahanies
 Y otras de mas momento determina;
 Descubrese la isla de Haities,
 Y Cuba que llamaron Fernandina,
 En gracia y honor del rey Fernando,
 Cuyas partes seguia nuestro bando.

Navegaron la parte que pudieron
 Los dinos de preciosa laureola,
 Y á estas dichas islas se volvieron,
 Y no tomaron dellas la mas sola;
 Porque la de Haities escogieron
 A quien por nombre dieron Española,
 Porque su nombre dé por cosa cierta
 Que fué por españoles descubierta.

Puestos pues en buen orden y concierto,
 A tierra determinan de llegarse,
 Mirando si conocen algun puerto
 Donde puedan surgir y repararse,
 Y descubrir en tierra lo cubierto
 Para poder mejor desengañarse,
 Y saber quién serán estas naciones,
 Sus ritos, sus costumbres y opiniones.

Buscando, como digo, puerto bueno,
 De vientos desabridos amparado
 Ofrecióse delante cierto seno
 De frescas arholadas rodeado;
 El circuito dél de casas lleno
 Y por todas sus partes cultivado;
 Llegáronse las naos á la boca
 Que entrambos lados cieñe dura roca.

Adentro contenia gran anchura,
 Con playa limpia bien acomodada,
 Y por todas las playas hay fondura
 Donde puede surgir nave cargada;
 No tienen las entradas angostura
 Pero hajios hay en el entrada,
 Y en ciertas partes hay limpias canales,
 Mas entonces no vieron las señales.

Colgaban de las rocas ornamentos
 De yerbas diferentes en verdores,
 Dulces aguas y claros nacimientos
 Que formaban murmurios y clamores,
 De tofos, socarrenas y aposentos,
 Descansos de los indios labradores,
 Con otras cosas mas de gentileza,
 Segun quiso pintar naturaleza.

Muchas ninfas andaban por las aguas
 Nadando, los cabellos esparcidos,
 E indios en canoas y piraguas
 De sus arcos y flechas proveidos;
 Pintados con el jugo de las aguas,
 Que son sus ornamentos mas pulidos;
 De narices y orejas dependian
 Algunas joyas que resplandecian.

Por gran contentamiento se tenia
 Mirar tales verduras y decoro,
 Mas fué mucho mayor el alegría
 De ver que descubrían joyas de oro;
 Porque cualquiera dellos entendia
 Ser muestras de riquezas y tesoro,
 Y así luego embocó la capitana
 Que siguen las demás de buena gana.

Vendo por allí con buen avio
 Con sonda y el timon bien atentado,
 Dió Cristóbal Colon en un bajo
 O piedra do lo vieron encallado;
 Huyeron los demás deste navio
 Asegurándose por otro lado,
 Acudiendo bateles prestamente
 Para sacar las ropas y la gente.

Todos de ver aquellos perdimientos,
 A su vuelta y salud perjudiciales,
 Quedaron por estremo descontentos
 Y con sospecha de mayores males;
 Echan juicios varios, dicen cuentos
 Pronosticando mal de las señales,
 Llorando muchos dellos y diciendo
 Que su ganar entraban ya perdiendo.

Colon, puesto que pena recebia,
 Con un raro valor disimulaba,
 Y con aquel calor que convenia
 A los desconsolados consolaba,
 Dando reprehension al que temia
 Y al que por mal anuncio la juzgaba,
 Diciéndoles: «Yo puedo dar razones
 Con que confunda vuestras opiniones;

»Pues tengo por suceso placentero
 Aqueste que teneis por lamentable,
 Y lo que sospechais ser mal agüero
 Aqueso juzgo yo por favorable;
 Cuya declaracion y paradero
 Después lo contareis por admirable;
 Porque nave quedar en este suelo
 No fué sin provision del alto cielo.

»Desto daré razon no mal fundada,
 Sino mejor zanjada que la vuestra,
 Pues la nave que vemos encallada
 Quiere decir que con felice diestra
 Hemos de tener aqui plantada
 La nave de la Iglesia madre nuestra,
 Y queda sobre piedra por indicio
 De que es lo principal del edificio.

»De manera, que si para lo visto
 Católicos sentidos dan la llave,
 Diremos ser la piedra Jesucristo
 Y el reino de la Iglesia ser la llave;
 Y así será pesar con placer misto
 O por mejor decir todo suave,
 Pues se pierde navio de madera
 Y se gana la nave verdadera.

»A la cual con la lumbre recebida
 Veremos acudir en nuestros dias
 Aquesta gente bruta, divertida
 En diabólicas idolatrías;
 Y acá no la veremos combatida
 Con las olas de falsas herejías,
 Por caer estas tierras en las manos
 De reyes fidelisimos cristianos.

»Que bien pudiera Dios dar estas gentes
 A muchos otros reyes y señores
 De los pasados siglos ó presentes;
 Mas escogió los nuestros por mejores:
 Queriendo dellos y sus descendientes
 Hacer para su Iglesia protectores,
 Porque la suerte del primer talento
 Vaya sin reparar en crecimiento.

»Aqui tendrán riquisimos reinados
 Y gozarán amplisimos imperios,
 Donde sus capitanes y soldados
 Ternán do bien usar sus ministerios;
 Habrá también por tiempos obispados
 Católicos y santos monasterios;
 La fe del Redentor y su manada
 Aqui tiene de ser muy ampliada.

»También habrá civiles competencias
 Contenciones, bandos y porfías,
 Que debajo de falsas apariencias
 Sus maldades dirán ser obras pías;
 Pero verán júeces con audiencias
 Por freno de las tales tiranías,
 Porque las tales son congregaciones
 Prestas á deshacer rebeliones.

»Así que, si mirals con vigilancia
 Lo sucedido, hallareis por cierto,
 Que pérdida no fué sino ganancia
 La nave que dejamos en el puerto,
 Y negocio de muy gran importancia
 El orbe que tenemos descubierta;
 Por tanto todos nos aderezemos
 Y sepamos quién son estos que vemos.»

Dijo; y á ver navios tan potentes,
 Cuales jamás tuvieron por vecinos;
 Acudia tal número de gentes
 Que cubrían las playas y caminos;
 Miran con atención y paran mientes
 Si son hombres humanos ó divinos,
 Contemplan las espadas, las adargas,
 Y espántanse de ver barbas tan largas.

Venían los mas dellos embijados
 Desde los bajos piés á los cabellos;
 De plumas de colores estampados
 Acudían también algunos dellos;
 Joyeles de oro fino mal labrados
 Pendientes de narices y de cuellos,
 Otros con brazaletes y con petos
 Que fueron á la vista mas acetos.

Tocaban unos grandes atambores,
 Caramillos y flautas imperfectas,
 Sonaban por encima los altos
 Caracoles á modo de cornetas;
 Dan otros alaridos y clamores,
 Otros hacían gestos y pernetas;
 Segun lo que se ve cada cual piensa
 Ser todas amenazas de defensa.

Van nuestras gentes pues encaminadas
 A estas, mas mejor apercibidas,
 Pues iban con escudos y celadas
 Y ansimismo banderas estendidas;
 Retumbran grandemente las espadas
 De los rayos del sol siendo heridas;
 Saltaron con valor en la ribera
 Donde la gente de indios les espera.

Delante de los cuales se mostraba
 Un indio sobre todos eminente,
 Que Goaga Canari se llamaba,
 Segun después se supo claramente,
 El cual á pelear los animaba
 Y á defender sus tierras y su gente,
 Y á todos los soldados que tenía
 Semejantes palabras les decía:

« Por causas evidentes conocemos,
 Amigos, compañeros y soldados,
 Haber necesidad de que velemos
 Y no vivamos punto descuidados,
 Pues no sabemos quién son los que vemos,
 Ni de parte de quién son enviados,
 Si son hombres marinos ó terrenos,
 Si son varones malos ó son buenos.

» Si tienen de caribes propiedades,
 O condiciones otras mas horrendas;
 Si quieren con nosotros amistades;
 O vienen para guerras y contiendas;
 Si son tan grandes sus necesidades
 Que quieren que les demos las haciendas;
 De qué tierras podrán haber venido,
 En qué lejanos reinos han nacido.

» Si son gentes de buenos pensamientos
 A bien es recebillos; si son gratas,
 Si vienen fatigados de hambrientos,
 Darémosles comidas bien baratas;
 Darémosles de nuestros alimentos
 Guamas, auyamas, yucas y batatas,
 Darémosles cazahis y maices,
 Con otros panes hechos de raices.

» Darémosles huitias con agües,
 Darémosles pescados de los rios,
 Darémosles de gruesos manatíes
 Las ollas y los platos no vacíos;
 También guaraguajajes y cories,
 De que tenemos llenos los buhios,
 Y curaremos bien á los que enferman,
 Colgándoles hamacas en que duerman.

» Y conocidos ya sus pareceres,
 Seyendo con nosotros residentes,
 Darémosles las hijas por mujeres
 Para hacellos deudos y parientes;
 Hariamos comunes los placeres
 De campos y de rios y de fuentes,
 De cazas y de pescas las usanzas,
 Y de las sementeras y labranzas.

» ¿Quién pudiera saber lo que desean
 Con certidumbre de su pensamiento,
 Con qué fines agora se menean?
 Pues bien no juzgo deste movimiento;
 Deseo finalmente que no sean
 Causa total de nuestro perdimiento,
 Que no por ser compañía tan estrecha
 Dejaré de tener mala sospecha.

» El número que vemos es pequeño
 Aunque vengan mejor aderezados,
 Mas no por ser tan pocos los desdénio
 Con yo tener millones de soldados;
 Porque quiero dar cuenta de mi sueño,
 Segun que lo soñé dias pasados,
 O cosas sustanciadas del historia,
 Si quiere socorrerme la memoria.

» Al tiempo que las gentes de dormidas
 Están de sus trabajos olvidadas,
 Via volar dos águilas asidas
 Con diademas de oro coronadas;
 Las alas aunque no muy estendidas,
 Mares y tierras tienen abrazadas,
 Y por crecida que su presa fuese
 Faltaba quien las uñas les hinchese.

» Parecióme volar al alto cielo,
 Y al tiempo que las alas estendían,
 De solo ver aquel umbrroso velo,
 Hasta las bestias fieras les temían;
 Reales aves de subido vuelo
 A estas respetaban y servían,
 Y muchos gavilanes diligentes
 Eran sus adalides y sirvientes.

» Aquestos sus ministros ó falcones
 Andaban con las alas levantadas,
 Escudriñando reinos y regiones
 De sus tierras remotas y apartadas;
 Y deshaciendo cuantas religiones
 Están á nuestros dioses dedicadas,
 Haciendo ser por todo lo criado
 Un solo Dios creído y adorado.

» Entre sueños oí mil aullidos
 Que dábamos por campos y collados,
 Por ver los sautuarios encendidos,
 Y todos nuestros idolos quemados;
 Aquestos naturales destruidos,
 Sus poderosos pueblos asolados,
 Y no paraban nuestras compañías
 Sirviéndoles las noches y los dias.

» Las águilas asidas coronadas,
 Que yo via volar desta manera,
 Allí las traen estos dibujadas
 Por parte principal de su bandera;
 Los tiempos y las horas son llegadas
 Si mi revelación es verdadera;
 Conviene pues que cada cual defienda
 Sus hijos, sus mujeres y hacienda.»

Dan grita como gentes de albornoce:
 Resuenan increíbles alaridos,
 A vuelta de los gritos y las voces
 Empúñanse los arcos encogidos;
 Todos iban lozanos y feroces,
 De jáculos agudos prevenidos;
 La briosa postura y el denuedo
 A muchos españoles puso miedo.

Viendo pues tan inmensa compañía
 Por no ponerles el estorbo tarde,
 Por alto tiran el artillería
 La cual hizo que nadie los aguarde;
 Antes quien de la mar menos huía
 Era tenido por el mas cobarde,
 Metiéndose por bosques y por breñas
 Y por concavidades de las peñas.

Como nube que grande crecimiento
 De pluvias á los ojos representa,
 Pero la fuerza seca de algun viento
 Sus oscuros vapores ahuyenta,
 Dejando sin aquel impedimento
 Los campos con el sol que los calienta,
 Ansi la batería de los truenos
 Ahuyentaron indios destos senos.

Fué la rústica gente divertida,
 Sin que su rey pudiese detenellos;
 Y los nuestros siguiendo la huída
 Para poder tomar alguno dellos,
 Mujer ven en el monte detenida,
 Cuyas prisiones fueron los cabellos,
 Que siendo por los aires esparcidos
 Fueron de ciertas ramas detenidos.

Metióse por el monte mas cerrado
 Destos inconvinientes escondidos,
 Como vivace ciervo fatigado
 De la rapace fiera perseguido;
 Y fué por espesuras emboscado
 De sus ramosos cuernos detenido;
 Ansi que su decoro y ornamento
 La causa fué de su detenimiento.

Clamores grandes daba la doncella
 En balde, que no deben ser oídos,
 O si la oyen, para socorrela
 Por ventura no son tan atrevidos;
 Al fin los españoles asen della,
 Y entonces dió mayores alaridos,
 No haciendo ya cuenta de su vida
 Por ver gente de barba tan crecida.

Colon, que de la presa se holgaba,
 Y dió de buena gana las albricias,
 Con señas de amistad la halagaba
 Haciéndole regalos y caricias,
 Como quien grandemente desea
 Hacer con estas gentes amicitias;
 En efeto, cesaron los clamores,
 Aunque no totalmente los temores.

Diéronle de comer como convino,
 Sacando de su buen matalotaje
 Frutas secas, cecinas y tocino,
 Y otros regalos mas de su viaje;
 Hiciéronle beber de nuestro vino,
 Que no le parecía mal brevaie,
 Y en ciertos ademanes representa
 El alegría del que se calienta.

Después de la comida halagóla
 Con señas á los ojos apacientes,
 Vistiéndola de blanca camisola,
 De mas de dalle dijés transparentes;
 Y hechas estas cosas, envióla
 A que llamase deudos y parientes;
 Ella correspondiendo con las señas
 Emboscóse por medio de las breñas.

A grandes voces dice por la senda:
 « Venid, parientes míos, nadie huya;
 Pues no vienen á guerra ni contienda,
 Ni quieren que la tierra se destruya;
 Y no solo no piden la hacienda,
 Mas antes quieren darnos de la suya;
 Perded recelo de cualesquier males
 Que honestos hombres son, y liberales.»

¿Qué vas, mujer liviana, pregonando,
 Juzgando solamente lo presente?
 Mira que con las nuevas dese bando
 Engañas á los tuyos malamente;
 El dicho vas agora publicando,
 Mas tú verás el hecho diferente,
 Verás gran sinrazon y desafuero,
 Y el sueño de tu rey ser verdadero.

Verás incendios grandes de ciudades
 En las partes que menos convenia;
 Verás abuso grande de crueldades
 En el que mal ninguno merecia;
 Verás talar labranzas y heredades
 Que el bárbaro sincero poseia,
 Y en su reinado y propio señorio
 Guardarse de decir es esto mio.

Y ansi fué que los hombres que vinieron
 En los primeros años fueron tales,
 Que sin refrenamiento consumieron
 Innumerables indios naturales:
 Tan grande fué la prisa que les dieron
 En usos de labranzas y metales,
 Y eran tan escesivos los tormentos
 Que se mataban ellos por momentos.

Lamentan los mas duros corazones,
 En islas tan *ad plenum* abastadas,
 De ver que de millones de millones
 Ya no se hallan rastros ni pisadas;
 Y que tan conocidas poblaciones
 Estén todas barridas y asoladas,
 Y destos no quedar hombre viviente
 Que como cosa propia lo lamente.

Los pocos baquianos que vivimos
 Todas aquestas cosas contemplamos,
 Y recordándonos de lo que vimos,
 Y cómo nada queda que veamos,
 Con gran dolor lloramos y gemimos,
 Con gran dolor gemimos y lloramos;
 Miramos la maldad entonces hecha
 Cuando mirar en ella no aprovecha.

Pudiera de lo visto y entendido
 Entrar en laberinto de maldades,
 Indinos del varon bien instruido
 En nuestras evangélicas verdades;
 Mas no será razon ir divertido
 Contando semejantes crueldades:
 Volvamos prosiguiendo la carrera
 Desde donde dejé la mensajera.

Todas aquellas gentes escondidas,
 Temblando con temores de su vida,
 Acuden á las voces conocidas
 De quien ya sospechaban ser comida;
 El rey que la contó con las perdidas
 Holgó de su salud y su venida,
 Y ella trató fiel y buenamente
 Aquello que entendió de nuestra gente.

Los nuestros recogieron estandartes
 Por ya no parecer inconviniente,
 Y con reguardo de guerreras artes
 Se refrescó la fatigada gente;
 Tomaron posesion de todas partes
 Llamándoles las Indias de occidente,
 Once de octubre, años cuatrocientos
 Con mas noventa y dos y dos quinientos.

Pues como luz de Febo ya hacia
 Absencia natural de luz humana,
 Y por medidos cursos se venia
 La menos clara lumbre de Diana,
 Cada cual á su nao resolvía,
 Hasta ver resplandor de la mañana,
 Donde Colon estuvo vigilante;
 Y lo demás diremos adelante.

CANTO QUINTO.

Cómo vino la india mensajera y con ella el rey Coaga Canari con gran número de gente, con el cual hizo amistades, y lo demás que allí se hizo.

Bien podemos decir que si contento
 En esta breve vida se granjea,
 Es cuando llega dulce cumplimiento
 De lo que grandemente se desea;
 Pues no halla lugar el sufrimiento
 Hasta que ya la cosa se posea;
 Y ansi les fatigó noturno ocio
 Por esperar el fin deste negocio

Mas el oscuro manto desviado
Con luz de la mañana placentera,
Vieron todos venir por un collado
La deseada ninfa mensajera ;
Y un escuadron de indios que cargado
De sus comidas toma la ribera ,
El rey con otros muchos capitanes
De paz haciendo señas y ademanes.

A la siniestra mano y á la diestra
Tocaban muchos dellos caramillos :
Mirándolos esta la gente nuestra
Subidos por las popas y castillos ;
Y viendo que de paz era la muestra ,
Acuerdan de venir á recebillos ;
Unos á otros huelgan ya de verse ,
Y de se saludar sin entenderse.

Pero los nuestros van como sagaces
A ver hombres que no son conocidos ,
Y no tan confiados de las paces,
Que no fuesen muy bien apercebidos :
Con muestras de placeres y solaces
A la ribera verde son venidos ,
Do saltan principales coroneles,
Dejando bien á punto los bateses.

Luego como las partes se acercaron
En lugar y postura conveniente ,
Al Goaga Canari señalaron
Cuál era capitán de nuestra gente :
Por señas como mudos se hablaron
Falta de rugas una y otra frente ,
Supliendo por señales esta mengua
Que cada cual tenia de su lengua.

Y como les faltaban las razones
Para que sus concelos publicasen ,
Las dádivas presentes y los dones
Fué cosa necesaria que hablasen ,
Y las magnificas ostentaciones
Aquestas amistades confirmasen ;
Y así nuestro Colon primeramente
Dió al Goaga Canari lo siguiente :

Una camisa de ruán labrada ,
Un sayo nuevo de color bermejo ,
Una gorra pequeña colorada ,
Segun el uso fué de tiempo viejo ;
Una escofieta buena perfilada ,
Ciertas cuentas de vidrio y un espejo ,
Cintillas y otras cosas menos que ellas ,
A quien puso valor no conocellas.

El rey recompensó por muchas veces
Las dádivas con otras no menores ,
Pues dió , por enseñar sus alliveces ,
Piedras ricas diversas en colores ,
Granos de oro , tales como nueces ,
Y tales como pomos y aun mayores ,
Copia de frutas varias y alimentos
Con los cuales servia por momentos.

Colon , que tales granos de oro via ,
Tan ricos y tan prósperos presentes ,
Con el contento grande que tenia
Con gran sabor hablaba con sus gentes :
Facecias , gracias , cuentos que decia
Causaban gran placer á los oyentes ;
Pues el gusto y sabor que al alma toca
Destilla sus dulzores por la boca.

Y así hablaba con los indios rudos
Sin dalle propia voz á sus oidos ,
Diciendo : « Poco va veros yo mudos ,
Como hablen presentes tan lucidos ;
Pues con lo que nos dieren los desnudos
Mejorarán el pelo los vestidos .-
Y mas me holgaré cuantos mas vengan ,
Por llevallas adonde en mas se tengan.

» Mas os hago saber que soy sabueso
De tales propiedades y costumbres ,
Que con el grano de oro de mas peso
Recibo mucha menos pesadumbre ;
E yo prometo de tenello preso
En cárcel donde nunca vea lumbre ,
Hasta que con bigornia y con martillo
Le demos rostro muy mas amarillo.

T. IV.

» Ya que vuestras vergüenzas anden fuera ,
Falten para sacármelos á plaza ,
Que para mí será carga lijera
Eso que vuestras casas embaraza ;
Y quiero mas volver desta manera
Que tomar á bordon y calabaza ;
Crecen con esto mis contentamientos
Y no menos salir con mis intentos.

» Pero tratar ya desto son extremos
Que refrescan pasados accidentes ;
Bastará de presente lo que vemos
Para desengañar los insipientes ;
Y agora será bien que convidemos
A este rey y algunos de sus gentes ,
Dalles hemos algunas cosas buenas
Que ellos las pagarán con las setenas .»

Los vocablos allí fueron baldíos ,
Pero hicieron señas con las manos ,
Diciéndole que viese los navios
Con otros cinco ó seis de sus hermanos
Y porque se dejase de desvios ,
En tierra se quedaron diez cristianos :
El indio sin poner impedimento
Manifestó por obras ser contento.

En la nao los huéspedes noveles ,
Aderezóse luego la comida ,
Ponen la tabla , tienden los manteles ,
Segun la voluntad del que convida :
La mesa toda fué por sus cuarteles
De náutico bizcocho proveida ,
Los vasos proveidos en el banco
De buen vino haloque , tinto y blanco.

De cosas á los indios peregrinas
Sirvieron alimentos suficientes ,
Muy gentiles capones y gallinas
Guisados con sus ciertos adherentes ;
Hubo muchas maneras de cecinas ,
Conservas ansimismo diferentes ,
Pero mucho mas gusto les ponía
El sabroso licor que se bebía.

Porque el comer es poco , mal asado ,
Desta gente de bajas esperanzas ,
Mas su beber es tan demasiado
Que vence las mayores destemplanzas ;
Y para tal efeto mal reglado
Hacen las sementeras y labranzas ,
Pues por un cierto modo peregrino
De lo que hacen pan hacen el vino.

Estaban pues los nuestros espantados
De la rudeza desta compañía ,
Y estímulos de hambre mitigados ,
Negocio que la nuestra pretendia ;
Quedaron estos nuevos convidados
Puestos en posesion del alegría
Que crian los licores de Metina
Y viñas de la tierra surrentina.

Así que , levantados de la cena
Sin uso de merced ni besamanos ,
Volviéronse los indios á la arena
Donde dejó Colon los diez cristianos ,
Alaban ellos la comida buena ,
Los nuestros la riqueza de los granos ,
Y viendo coyuntura conveniente
Habló Colon con todos lo siguiente :

« Muchas veces ofrece la ventura
A los hombres empresas de sustancia ,
Y la posesion dellas asegura
El que sabe tener perseverancia ;
Pero cuando se pierde coyuntura
Con ella desaparece la ganancia ,
Pues ocasion que fué menospreciada
De todo lo que trajo deja nada.

» Por no saber tomar consejo sano
Antes que de si tenga la querella ;
Y así tenia yo por muy liviano
A quien en busca fué de cosa bella ,
Si la bolló , dejalla de la mano
Con intenciones de volver por ella ,
Porque podria ser que sus amores
Hallasen luego nuevos poseores .

2

» Aquí hallamos pues gentil amiga,
Y á mi que semejantes cosas miro,
Lo que podría ser me da fatiga
Antes de ver la causa del sospiro :
Desto conoceréis sin que mas diga
El blanco do camina nuestro tiro,
Y es, á mi parecer, intencion cuerda
Querer que lo ballado no se pierda.

» Solo Dios sabe casos venideros,
Y por su voluntad todo se guía,
Mas son negocios acontecidos ;
Y por asegurarlos yo querria
Que quedasen algunos compañeros
En posesion de aquesta monarquía,
Porque no quede de españoles sola
La que por ellos se llamó Española.

» Este negocio no lo procurara
Ni en semejante riesgo los pusiera,
Si por lo que ya vemos no constara
Ser esta natural gente sincera ;
Ni tiene que temer el que repara
En mi vuelta, pues ha de ser lijera,
Y para proveer á su defensa
Mayor la brevedad de lo que piensa.

» Para lo que durare la carrera
Usaremos de todas prevenciones,
Haremos un buen fuerte de madera
Por menos necesarias municiones ;
Y para no buscar comida fuera
Dejaremos bastantes provisiones,
Pues las seguridades principales
Será no molestar los naturales.

» En esto cumplirá ser advertidos,
Y estas serán las mas seguras prendas,
Porque todos los males sucedidos
De guerras, de rencillas, de contiendas,
Nacen de ser los hombres ofendidos
En mujeres, en hijas y haciendas ;
Los robos, los agravios, la violencia
Gastan al mas paciente la paciencia.

» A todos y aun á sí será molesto
Cualquier hombre bestial que en esto ande;
Y así quedais aquí con presupuesto
De que tengais recogimiento grande,
Sin divertirse nadie deste puesto
Y sin que mas adentro se desmande,
Pues el tratar y andar con estas gentes
Pariria cien mil inconvenientes.

» Con mujer no se use desacato,
Aunque carezcan ellas de defensas ;
Usad de sus comidas con recato
Si dellas rehiciédes la despensa ;
Y si trajeren algo por contrato,
No vuelvan sin bastante recompensa,
Pues quedarán espejos y bonetes,
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

» Guiar manos y piés por esta vía
No puede ser mejor salvoconduto ;
Y verdaderamente yo querria
Coger de mis razones algun fruto ;
Pues hemos de dejar la compañía,
Y estoy en este caso resoluta,
Considerando ser inconveniente
Que falte ya de aquí cristiana gente.

» Al hombre valeroso y esforzado
Que responder quisiere con mi pecho,
Crea que le será tan obligado
Cuanto merece tan heroico hecho ;
Y ansimismo será galardonado
Con eminentes honras y provecho ;
Debajo de los cuales presupuestos
Deseo ya saber quién serán estos.»

Dijo nuestro Colon lo que queria,
Y ninguno de los con quien hablaba
A tales intenciones respondia,
Antes el uno al otro se miraba ;
Y fuerzas de temores deshacia
Aquello que vergüenza fabricaba ;
Pero Martin Pinzon tomó la mano,
Diciéndole no ser consejo sano.

Y así dijo : « Hacerse lo posible
Todos lo deseamos y queremos ;
Pero no me parece conveniente
La cosa que se hace con estremos ;
Tengo pues por negocio muy terrible
Division en la gente que traemos,
Para que los dejemos en aprieto
Que no puede parar en buen efeto.

» Quanto mas que region tan apartada,
Toda seguridad está con ella,
Y dudo yo que pueda ser ballada
De quien eternalmente supo della ;
Y (lo que no será) si es salteada,
Los que dejais no pueden defendella ;
Y aun plega á Dios que sostenerse puedan
Entre los moradores donde quedan.

» Pues aunque todos estos naturales
Muestran sinceridad y buen intento,
No me podreis negar el ser bestiales,
Sin fe, sin ley, sin buen conocimiento,
Sin peso, sin razon ; y siendo tales
También se moverán a cualquier viento :
Un indiezuelo vil que los atice,
No dudarán hacer lo que le dice.

» Demás de que golosas ocasiones
Por horas y momentos nos recrecen,
Donde las mas constantes intenciones
Puestas entre los lazos desfallecen ;
Y contareis á dedo los varones
Que si no caen en ellos no tropiecen,
Y para con tan vil y baja casta
En se descomponer la menos basta.

» Hecha pues destas cosas conjetura
Y muchas mas que siento cerca desto,
No debe pareceros gran cordura
El no mudar aqueste presupuesto,
Donde no conoceis cosa segura,
Y al ojo veis el riesgo manifiesto,
Ordénelo mejor quien tiene mano,
Porque yo doy consejo de cristiano.»

Oida la razon viva y entera
Aunque muchos loaron su buen seso,
Alteróse Colon en gran manera,
Y dicen que tentó tenello preso ;
Mas el Martin Pinzon se hizo fuera ;
Colon disimuló con justo peso,
Y con graciosa carta, viva, grave,
Le hizo que volviese con su nave.

Después que vino con su compañía
De mal y de prision asegurado,
Colon ni mas ni menos insistia
En aquel parecer determinado ;
Sobre lo cual tuvieron gran porfia
Pareciéndoles ser mal acordado ;
También hubo personas principales
Que en esto se mostraban neutrales.

Estando pues la gente castellana
Adivinando malos paraderos,
Un capitán y cordobés, Arana,
Que en buenos hechos fué de los primeros,
Dijo : « Yo quedaré de buena gana
Como me den cuarenta compañeros,
Y para resistir los adversarios
Las armas y pertrechos necesarios.»

Colon de ver aquel comedimiento,
Engrandeciolo bien con mil loores,
Haciéndole solemne juramento
De le hacer mercedes y favores ;
Y en el hacer algun repartimiento
Que sus partes serian las mejores,
Y así por voluntad del que pedia
Fué luego señalada compañía.

Sacan á tierra pues lo que convino
Para tener bastante pasadia,
Barriles de bizeochos y de vino
Y de rescate quanto se traia :
Cantidad de jamones y de tocino,
Pólvora, municion y artilleria,
Pescados, bacallaos y cecinas
Y hasta dos docenas de gallinas.

Sierras, azadas, hachas sacan fuera ;
 Abrieron luego zanja bien fundada,
 Hacen fuerte de tierra y de madera
 Con sus troneras por la palizada ;
 Y en estas partes fué casa primera
 Por manos de cristianos fabricada ;
 Hicieron sus alturas como muros
 A fin de que quedasen mas seguros.

Los indios diligentes y contentos,
 Mas por sus voluntades que por ruegos,
 Hicieronles pajizos aposentos
 Que presto deshará rápido fuego ;
 No son agora tales sus intentos,
 Mas turban ocasiones el sostego ;
 Y porque destos hay largo proceso
 Después os contaremos el suceso.

Aquesta fortaleza concluida,
 Do pareció quedar seguramente,
 Colon puso por obra su partida
 Con el demás restante de su gente ;
 Refiéreles el orden de su vida
 Y despidióse dellos blandamente :
 No hubo rostros unos ni ningunos
 Que quedasen de lágrimas ayunos.

Pero disimulando sus desmayos,
 Embarcóse Colon con sus soldados,
 Y piedras, oro, micos, papagayos
 De diversos colores variados :
 Diez indios destos, y otros de Lucayos
 Que con ellos se van sin ser forzados,
 A pique ponen pues las carabelas
 Y al manso viento dan todas las velas.

Dejando ya la gente deste bando,
 Segun que ya dijimos con mancilla,
 Las inquietas ondas navegando
 Los otros van la vuelta de Castilla,
 Juicios diferentes consultando
 Acerca desta nueva maravilla,
 Cuya diversidad con sus estremos
 En el canto que viene cantaremos.

CANTO SESTO,

Donde se trata cómo durante el tiempo de su viaje, la vuelta de España, decian varias opiniones cerca destas partes. Y cómo llegando á España se divulgó con gran admiracion el descubrimiento susodicho.

Do faltan fundamentos de escrituras,
 Y vamos atentos á razones,
 Nacen de las humanas conjeturas
 Varias y diferentes opiniones :
 Las cuales no caminan tan seguras
 Que no tengan sus ciertos tropezones,
 Que para mil porfias abren puerta
 Y al cabo nunca dan con cosa cierta.

Ansí por el discurso que hacian,
 Mostrándose la mar sin aspereza,
 Tratando van de quién procederian
 Gentes de tan grandísima rudeza ;
 Con quién ó por adónde pasarian
 A tierras tan inmensas en grandeza,
 Pues es parte distinta, como vemos,
 De aquellas tres del mundo que sabemos.

Porque decian ser estas naciones
 Faltas de los orgullos y los brios
 Que mueven los humanos corazones
 A trastornar los mares y los rios ;
 Y no pueden hacer navegaciones
 A causa de estar faltos de navios,
 Y que canoas, balsas y piraguas
 No podian arar prolijas aguas.

Entre tales porfias y reyertas,
 No faltó curioso que decía,
 Que estas tierras ya fueron descubiertas
 Por gente que en Cartago residía ;
 Y viéndolas ser buenas y desiertas
 Allí dejaron cierta compañía,
 Y que por las derrotas era cierto
 Ser las mismas que habian descubierto.

La vuelta destos hombres que las vieron
 Cartago defendió con duro mando,
 Pero los que dejaron (si vivieron)
 Fueron segun razon multiplicando ;
 Y por las tales tierras se estendieron
 Gentes y poblaciones ensanchando,
 De suerte que Cartago fué comienzo
 Para tejerse tan inmenso lienzo.

Después que en la tal isla vieron canas
 Habría disensiones y querellas ;
 Y estando llenos campos y zavasas
 De viejos, de mancebos y doncellas,
 Pasaron á las islas comarcanas
 Y á la gran tierra firme desde aquellas,
 Y acá y allá por grande negligencia
 Olvidaron las letras y la ciencia.

Pues aun en el labrar su bastimento
 Eran muy apocados, torpes, flojos,
 Y en ejercicios del entendimiento
 Ningunos eran mas mancos ni cojos ;
 En las inclinaciones y el intento
 Ajenos de concetos ortodoxos,
 Y tal debía de ser la demás gente
 Siendo de la que vieron descendiente.

Entre las variedades que refiero,
 Que porfiando va nuestra compañía,
 Hubo también un cierto compañero
 Que dijo por grandísima hazaña,
 Ser estas las Hespérides de Hespero
 Rey de las dichas islas y de España,
 Aurífero caudal de Hesperetusa,
 Que tanto celebró la vieja musa.

No faltaron aquí contradicciones
 De nuestros navegantes castellanos,
 Y aun el dia de hoy hay opiniones
 Y un no sé qué de pareceres vanos :
 Diciendo que estas tierras y naciones
 Mandaron algun tiempo los romanos,
 Por un cierto dinero que labrado
 En las minas de Acla fué hallado.

Esta tal invencion ó burlería
 A muchos extranjeros dió gran gusto,
 Y es porque por sus letras se veía
 Moneda ser de Octaviano Augusto ;
 La cual hubo sospecha que corria
 Entre gente de seso tan robusto.
 ¿Cómo, si fueran usos desta gente,
 No hallaron mas desta solamente,

Sino cantidad dellas copiosa,
 Pues funden oro, y veis plata labrada ?
 Ó ¿ cómo, si de gente tan curiosa
 Como fué la romana ya nombrada,
 No halláramos hoy alguna cosa
 Que esta biciera mas certificada ?
 Ó ¿ cómo, si grandeza tan notoria
 No la pusieran ellos en historia ?

Ansí que por no ver aqueste uso
 De dinero por estos naturales,
 En gran admiracion á muchos tales,
 Este que se halló sin otros tales ;
 Y mas tan singular y tan recluso
 En no jamás labrados minerales ;
 Echaban pues juicios á montones
 En aquella sazón muchos varones.

Mas por entendimientos no mal sanos
 Fué la pura verdad investigada,
 Y hallóse que dos italianos
 Hicieron esta burla señalada,
 Echando la moneda por sus manos
 En la mina que tengo ya nombrada ;
 Declararon entrambos esta suerte
 En el último trance de la muerte.

A semejanza desta compostura
 Se fingen otros cuentos y novelas,
 Y no van fuera de su conjetura
 Las gentes de las dichas carabelas,
 En aquella sazón y coyuntura
 Que navegando van á todas velas
 Hablando destas cosas muy sin miedo
 Cada cual en derecho de su dedo.

Como porfias van por un rasero,
Y corren las parejas sano y manco,
Puesto que nunca den en el terrero
A ninguno podeis poner estanco;
Como lo de Cartago y lo de Hespero,
Opiniones también fuera del blanco,
Acerca de lo cual á circunstancias
Colon dijo razones semejantes.

« Esos cartaginenses pareceres
Convieniene tener por cierta cuenta,
Pues fueron (segun dicen) mercaderes
Que no sé dó se fueron con tormenta,
Y no llevaban hijas ni mujeres
Por quien aqueste mundo se acrecienta,
Pues venir á lo que hemos descubierto
Bien podemos tenuello por incierto.

» Pero finjamos ser, aunque se yerra,
Por ir mal arrimados á verdades,
Está claro haceltes cruel guerra,
Hambre, temor, dolor, calamidades;
Al fin los consumió la misma tierra,
Do no suelen faltar enfermedades,
Y mas, segun afirman los leidos,
No siendo de los suyos socorridos.

» Así que nunca fué multiplicada
Tal gente por la cuenta que yo hago,
Pues no hallamos rastro ni pisada,
Ni un olor tan solo de Cartago;
La gente, como veis, es desbarbada
Y amigos como niños de halago,
De letras no señales ni memoria,
Ni cosas esculpidas por historia.

» Fueron cartagineses mas agudos,
Tuvieron mas altivas condiciones,
No fueran tan bestiales ni tan rudos,
Antes mas allegados á razones;
No viéramos andar hombres desnudos
Teniendo tanta copia de algodones,
La gente que hemos visto deshonesta
República tuviera bien compuesta.

» Y puesto que la gente separada,
Que destas dichas islas procedía,
Fuera por largos tiempos olvidada
Del culto que primero conocía,
Aqui permaneciera conservada
Aquella su primera policía;
Pues procuran los niños y los buenos
Venir á mas y no venir á menos.

» Perdone pues cualquiera compañero
Porque este parecer yo le reprobé,
Y otra cosa también deciros quiero,
A la cual por razon sola me muevo:
Y es ser aquestas islas lo postrero
Que se pobló de aqueste mundo nuevo,
Siendo sus mas antiguos pobladores
Vecinos de la costa pescadores.

» A cada cual de nos se nos alcanza,
Por experiencia larga que tenemos,
Poder atravesar con mar bonanza
Con aquestas piraguas que les vemos;
Y mas estos que tienen confianza
En ir siempre desnudos y con remos,
Poniendo sus destrezas y primores
En ser buzos y grandes nadadores.

» Así que los primeros que surgieron
En estas islas grandes y menores,
Vecinos de la tierra firme fueron,
Y como dicho tengo, pescadores;
Pero resta saber por dó vinieron
A la tal tierra firme pobladores,
Pues lo que la ventura nos ofrece
De principio y origen no carece.

» Los que las tales tierras han poblado
Acá pasaron por algun estrecho,
Huyendo de algun caso desastrado,
O ya buscando tierras de provecho,
Entonces el estrecho muy cerrado,
Y hubiese mayor boca después hecho;
Pues suelen en tormenta y en bonanza
Hacer por tiempos mares gran mudanza.

» No merece yerro que se crea
Tener el tal estrecho por muy cierto,
Tiempos podrán venir en que se vea
Mas no por navegante mas esperto;
También digo que puede ser que sea
Antes de muchos años descubierto;
Porque la tierra nueva descubierta
Para grandes empresas abre puerta.

» Por aquí pues pasaron estas gentes
Sirviéndose de balsas por navios,
O ya fuesen los tales descendientes
De linajes gentiles ó judios;
O indio y gentil hechos parientes
Mezclándose las aguas de los rios,
Y aun esta misma creo que sería
Gente de confusion y behetria.

» Fueron estas naciones divididas
De las partes do fueron procedentes,
Antes de ser las letras estendidas
Ni se comunicara á todas gentes;
Como tampoco son hoy conocidas
De infinitos hombres insipientes;
Porque puesto que corren buenas artes,
Aun no pueden llegar á todas partes.

» ¿ Cuántos pueblos hay entre cristianos
Por Italia, por Francia, por España,
Do no halleis lectores ni escribanos
Ni pueden á las letras darse maña?
Ved vuestros mas vecinos y cercanos,
Ved la rusticidad de la montaña:
¿ Qué sería, si hoy están tan botos,
Por siglos de memoria tan remotos!

» Así que letras nunca hallaremos
En este nuevo mundo descubierto,
Puesto que no dudamos que hallemos
Gente de mas razon y mas concierto;
Después que mas adentro lo caemos,
Y el curso del se muestre mas abierto,
Reyes se hallaran y emperadores,
Potentes y riquísimos señores.

» En lo demás que Hespero nos ofrece,
Si consentis que diga lo que siento,
Cosa ridiculosa me parece
Y fuera de razon y fundamento;
Pues un tan gran olvido no merece
Un orbe de riquezas tan sin cuento,
Ni nuestros españoles son varones
Para se lo dejar entre renglones.

» Orbe tan principal, tan señalado
Tan lleno de riquísimos tesoros,
No pudiera no ser tan frecuentado,
Que cosa no supieran mas de coro;
Y no solo en navios, mas á nado
Vinieran á coger manzanas de oro;
Las Hespérides pues del Oceano
Mas cerca las teneis y mas á mano.

» Puesto que se renuevan las naciones
Por tiempos, y los nombres se varian,
Nunca se pierden las contrataciones
Ni curso de los que iban y venian,
Mayormente ballando ricos dones
Con que mas su caudal enriquecian;
Y en estos ricos reinos y tan buenos
Bien podemos creer no fuera menos.

» Pudiéramos también hallar señales
Que fueran mas patentes ó bastantes,
Como son edificios ó animales
De los que llevar suelen contratantes;
Pero cosa no vemos de las tales,
Perros, gatos ni otros semejantes;
Al fin tal opinion ó tal sospecha
Con esta que es mejor queda deshecha.

» Y si quien esto dijo se movía
Por duracion de las navegaciones,
No goza de victoria su porfía,
Ni me confundiré con sus razones;
Pues navegar entonces se hacia
Con muchas mas prolijas dilaciones,
Como el nuestro sera de otra manera
Desque mejor se sepa la carrera.

» Así que destas tierras, caballeros,
Nunca jamás nació tuvo memoria,
Sino que sois vosotros los primeros
Y los que merecis toda la gloria;
Habeis de ser sus ricos herederos
Y origen y principio de la historia;
Y pues medida fué por vuestro vaso,
No se hable ya mas en este caso.»

Con semejantes temas y porfías
Caminan por la mar nuestros hispanos,
Sin que perturben sus derechas vías
Occidentales vientos ni solanos;
Y al cabo de correr cincuenta dias
Llegaron á los reinos castellanos;
Supose todo desde la ribera,
Y agora cantaré de qué manera.

En un monte no menos levantado
Que el fuego que la máquina rodea,
Fingen un edificio fabricado
Que los lugares della señorea;
Pues no lo puede ser tan apartado
Que desde sus alturas no se vea
Y sean percebidas claramente
Las voces del oriente y el poniente.

Sus cercas y sus torres trasparentes
Y en ellas varias cosas esculpidas,
Hay negociantes de diversas gentes
Que hacen las ignotas conocidas:
Los males y los bienes son patentes,
Exentas las entradas y salidas,
Pues con tener gran número de puertas
A todas horas las vereis abiertas.

La palabra que hablan al oído,
Pasando por allí tan alto suena,
Que no puede hacer mayor ruido
En cóncavos lugares la voz llena;
Es luego lo secreto divertido
Así de cosa mala como buena,
A causa de ser todos pregoneros
Locuaces, fanfarrones y parleros.

Cada cual puede ser libre y exento,
Eso me da los malos que los buenos,
Y en las repeticiones de algun cuento
Siempre se dice mas antes que menos;
Los que frecuentan mas el aposento,
De chismes y novelas andan llenos,
Del murmurio y ardores desta llama
Nace la gran gigante dicha Fama.

Hermana fué de Ceo y Encelado,
En fuerzas y grandeza mas pujante,
De cuanto puede ser en lo criado
Escucha singular y vigilante:
Su cuerpo tan terrible y encumbrado
Que por menos se juzga ser Atlante,
Pues su conversacion es en el suelo
Y junta la cabeza con el cielo.

A lo mas alto sube sin escala,
No tiene su mirar impedimento,
De pluma son sus joyas y sus galas,
De ver y de mirar es el intento;
Ayúdase de muy lijeras alas,
Veloces mucho mas que las del viento;
Tienen todos sus plumas y cañones
Ojos á la manera de pavones.

Y siempre vigilantes y advertidos
Harto mas que de Argos se nos cuenta;
Anisimismo posee mil oídos
Por do percibe lo que representa;
Cuantos nacieron son sus conocidos,
Ó ya con gran honor ó gran afrenta,
A veces es feroz, á veces mansa,
Y cuanto mas camina menos cansa.

Tiene desde los ojos á las plantas
En voces y murmurios muy enteras
Cien mil bocas y lenguas y gargantas,
Que lo que fué y no fué tratan de veras;
Tiene por las espaldas otras tantas
Locuaces, habladoras y parleras,
Dicen lo cierto, hablan falsedades
Y mentiras á vueltas de verdades.

La vista deste monstruo tan terrible
Penetra las paredes y rincones,
Percebiendo lo mas imperceptible,
Hasta los mas ocultos corazones;
Hácese muchas veces invisible,
Atalayando plazas y cantones,
Y así lo que pensais ser occultado
Por muchas partes anda derramado.

Con los efectos pues de tales mañas
A pregonar comienza los misterios,
Engrandecidos hechos y hazañas
Deste que descubrió nuevos imperios,
No solamente por nuestras Españas
Pero por otros muchos hemisferios,
Y puesta de rodillas y postrada
A nuestros reyes dió tal embajada:

« Príncipes de virtud pura y entera,
Católicos y bienaventurados,
Yo soy aquella Fama pregonera
De todos los presentes y pasados.
Entre ellos fui nacida y en la era
Que los primeros fueron engendrados,
Haciendo manifiestos los renombres,
Hechos y condiciones de los hombres.

» Porque sin respetar quiénes ni cuáles
Ellos mismos me dieron por oficio
Decir siempre los bienes ó los males
De todos cuantos fueron *ab initio*;
Y en los estados altos y reales
Uso con mas vigor tal ejercicio;
Pregono de los malos mas ó menos,
Mas en quien mas reparo son los buenos.

» Destos dije grandezas y no pocas
En edades presentes y pasadas,
Así de las espadas como tocadas,
Mas ya no pueden ser rememoradas,
Por tener sin cesar lenguas y bocas
En vuestras escelencias ocupadas,
Callando los loores de otras gentes,
Delante vos y vuestros descendientes.

» Heróicos hechos son claros y bellos
Los de otros capitanes y señores,
Mas no me dan lugar á tratar dellos
Los vuestros y de vuestros sucesores;
Y aun dudo si podrá comprehendellos,
Porque monarcas son emperadores,
Por quien tengo de ser esclarecida,
Y á quien he de servir toda la vida.

» De mas del gran imperio de romanos,
Imperio ternán otro, del distinto,
Aquestos sucesores soberanos,
Que mayores serán de lo que pinto:
Verná Filipo Magno, rey de hispanos,
Hijo del invencible Carlos quinto,
Señor universal de las regiones
De árticas y antárticas naciones.

» De todo lo sabido y encubierto
Aqueste regirá la monarquía,
Lo mas incierto desto hago cierto,
Sin olor de lisonja ni falsía;
Porque vuestro Colon ha descubierto
El mundo que mil veces prometia:
Llegado es ya con hombres de estrañeza,
Y muestras de grandísima riqueza.»

Encareció las nuevas que reporta
Con otro rrazonar muy mas prolijo;
Pero con todo esto quedó cortas,
Pues era mucho mas de lo que dijo:
Los reinos conociendo lo que importa,
Bendicen al que todo lo bendijo,
Y al inventor de los descubrimientos
Estaban esperando por momentos.

Colon dió gracias al Omnipotente
Cuando desembarcó donde queria;
Y en Palos donde estaba de presente
Causó sumo contento y alegría,
Ocurriendo gran número de gente
A ver los hombres nuevos que traía,
Los granos de oro, piedras escelentes,
Las aves de las nuestras diferentes.

Con las recreaciones que convino,
De todos recibia gran deporte,
Del consorcio fiel que con el vino
Ilegalaron también cualquier consorte;
Mas él, no dilatando su camino,
Luego se despachó para la corte,
Para le dar al rey las relaciones,
Y conseguir merced y galardones.

Efetuando pues aquesta vía,
Que con todo hervor continuaba,
Gran número de gentes acudia
A cualquiera lugar donde llegaba,
Y con admiracion se detenía
En contemplar las cosas que llevaba;
No solos los vecinos populares,
Pero también personas singulares.

Como mozuelos rústicos nacidos
En el cortijo vil ó pobre villa,
Que en su rusticidad fuesen traídos
A ver las excelencias de Sevilla;
Y de tan grandes cosas conmovidos
Juzgasen ser estraña maravilla,
Y estuviesen de tratos tan inmensos
Atónitos, pasmados y suspensos;

Ansí también por campos ó poblados
Do quiera que guiaba sus pisadas,
Hacia los humanos espantados
De ver gentes destotras estremadas;
Admiranse los dotos y letrados,
Las gentes simples y las avisadas,
Los mozos, los de trémulas querellas,
Las viejas, mozas, niñas y doncellas.

Pues el aumentador de la corona,
En continuacion desta porfia,
Llegó con los demás á Barcelona,
Adonde nuestro rey cortes tenia,
Y donde recibieron su persona
Con nunca jamás vista cortesía,
Porque los altos reyes de Castilla
En su presencia mandan dalle silla.

Reciben deste hecho gran consuelo
Aquellos benditísimos cristianos;
Y el gran Colon con el honesto velo
Que usan avisados cortesanos,
Hincadas las rodillas por el suelo
A sus Altezas les besó las manos,
Y dió la relacion de su ventura
Por bastantes razones y escritura.

Holgó la reina mucho de la cuenta
Que daba, y de las cosas que decía;
Mas sin comparacion fué mas contenta
Viendo la nunca vista compañía,
Y mucho mas de ver que le presenta
Aquellos granos de oro que traía,
Y aquellas aves verdes, coloradas,
De hombres jamás vistas ni halladas.

Las damas, los galaues mas polidos,
Los que tuvieron esto por patrañas,
A gran admiracion son conmovidos
Cuando miraban cosas tan estrañas,
Juzgando por varones escogidos
Los que supieron darse tales mañas,
Y juntamente con los que se espantan
Los ánimos de muchos se levantan.

Porque por acudir á lo que debe
El varon de prosapia generosa,
Viendo proezas otras él se mueve,
Con impulso de envidia virtuosa;
Y hace que su gloria se renueve
Con alguna hazaña grandíosa,
Sin que cosa se ponga por delante
De riesgo ni peligro del espante.

Ansí también el noble cortesano,
Oyendo tales cosas se destierra,
Encendido de brio mas lozano,
Y lleno del deseo de tal tierra,
Para probar allí la fuerte mano
Que piden los rigores de la guerra,
Gozando los despojos y preseas
Que esperaban sacar destas peleas.

Hablaban al Colon, y respondía
A voluntad de todos y á medida,
El cual ya deseaba ver el día
En que se despachase su partida,
Por ir á socorrer su compañía,
Y ansimismo dar orden á su vida;
Están desto los reyes advertidos,
Y del deseo mismo poseídos.

Mas luego dieron á la nueva planta,
O plantas nuevas de la tierra rica,
La norma que las ánimas levanta
Y á riquezas eternas las aplica,
Haciéndolas lavar con agua santa
Que culpas y pecados purifica,
Siendo los mismos reyes sus padrinos
Como testigos ciertos lidedinos.

Luego consultan la romana sede,
Mediante peticion en todo pía,
Para que les conceda como puede
El mando desta nueva monarquía;
Lo cual el padre santo les concede,
Y sus bastantes letras les envía;
Y el que les concedió las bulas desto
Fué Alejandro, deste nombre sexto.

Teniendo pues la rueda con el clavo,
Con el Colon hicieron el concierto,
Que fué, si le durara, harto bravo,
Ó con salud ó ya después de muerto;
Pues de sus rentas daban el dozavo
De lo por descubrir y descubierto,
Y mandan que se parta brevemente
Con copia de navios y con gente.

Mas para que volviese mas pujante
Y fuese de la gente respetado,
Nombráronlo también por almirante,
Por ser honorosísimo ditado;
Ansimismo con honra semejante
Bartolomé Colon, adelantado,
Mandáronle las cosas que convino
Y sobre todas el honor divino.

Enviaron también estos señores,
Como reyes en todo proveídos,
Bastante copia de predicadores
En costumbres y letras escogidos,
Para que de tan buenos precatores
Fuesen los naturales instruidos,
De quien por provisor vino conscrito
Fray Buil, catalan, fraile benito.

Demás de catalanes y soldados
Instrutos en el uso de las guerras,
Envían hombres llanos y casados
Para labor y culto de las tierras,
Y muchas diferencias de ganados
Que huelen ansí llanos como sierras,
Y á vuelta de los hombres principales
Mecánicos y diestros oficiales.

Porque la majestad sacra quierá,
También entre banderas y estandartes,
Entrejerir razon y policia,
Divina religion y buenas artes;
Y todo lo que el mundo producía
Sembrar y trasplantar en estas partes;
Dar á los naturales beneficios
De provechosas artes y de oficios.

Quisieran estos reyes singulares
En aquestos sus amplios señorios,
Que hasta las zavasas y manglares
Y todas las riberas de los rios
Se les tomaran viñas y olivares,
Y no campos inmensos tan vacios,
Sino hacer las tierras provechosas
Y en ellas jamás ver gentes ociosas.

Debióles parecer impedimento
Para civiles guerras y contiendas,
Total, porque lo es segun yo siento
A los que están asidos destas prendas;
Y canino de grande movimiento
El carecer de tierras y haciendas,
Porque gentes baldías y perdidas
No temen de perder almas y vidas.

Habian otras cosas ordenado,
Segun disposicion de aquella era,
Y dados navios y recado
A los que de correr han la carrera;
Pero quedémonos en este estado,
Y aquesta parte sea la primera:
Vamos á las elegias prometidas
Donde estas gentes van entrejeridas.

ELEGIA II.

Ala muerte del capitán RODRIGO DE ARANA, en la cual ansimismo se prosigue el descubrimiento de las Indias.

CANTO PRIMERO.

Cante Clio los hechos soberanos
De la gente segunda vez venida,
Melpómene los casos inhumanos,
Desastres de españoles y caída,
Y la primera sangre de cristianos
Que en este nuevo mundo fué vertida;
Ponga su caudal pobre mi memoria
En el banco comun, que es el historia.

Pues para ver aquesta maravilla
Se tiene por cobarde quien se queda
De los gentiles hombres de Castilla,
Sujetos á las vueltas de la rueda:
Van dos hermanos Porras de Sevilla,
Mosén Pedro, y Alonso de Hojeda,
Anton de Torres, y Roldán Jimenez,
Y otros de quien diré males y bienes.

Audaluces y gentes castellanas
Con varias invenciones de ropajes,
De sedas, de brocados y de granas
Vestidos los señores y los pajes;
Guarnidos los galanes y plumajes,
Hervian juveniles accidentes
Que huyen de sus deudos y parientes.

Diferenciados van en los arreos,
Pero conformes en el esperanza,
Pues que para hacer estos empleos
Ninguno rehusaba la mudanza;
A los temores vencen sus deseos,
Y así los fatigaba la tardanza,
Colocando su próspera ventura
En su viaje ser de poca dura.

De Palos y Moguer van capitanes
Diestros en todos cursos del esfera,
Como Pinzones, Niños, y Beltranes,
Que dieron grande luz á la carrera;
Vuelve Martín Pinzou, Vicente Yañez,
Por parte principal de la bandera;
La gente tiene Cádiz recogida
Para poner en obra la partida.

Mil y quinientos eran los soldados.
Diez y siete fornidos galeones,
Y en ellos buena copia de ganados,
Que son de diferentes condiciones,
Para poblar los campos despoblados
Y aprovechar en otras ocasiones,
Segun que nueva tierra requeria
Para orden, razon y policia.

Todas las cosas pues aderezadas,
Recogida la gente de la flota,
Las corvas anclas fueron elevadas
Y asidos los extremos del escota:
Las velas sinuosas desplegadas
Con viento hecho para la derrota,
Guián agudas proas los timones
Con santas y devotas oraciones.

El inclito Colón sale delante
En poderosa nao capitana,
A quien por nombre dió *Marigalante*,
Por ser no menos fuerte que galana;
Y aquesta le dió nombre semejante
A la isla que vido comaricana;
La otra isla dicha Guadalupe
Fué por él Almiranta, segun supe.

Dejando pues los puertos y riberas,
O con mesanas solas ó trinquetes,
O puestas hasta velas cebaderas,
Peligrosas á pajes y grumetes,
Recogen por entonces las banderas
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Por derrotas mas cómodas y retas
Arando van las aguas inquietas.

Puesto caso que son almiadados
Del olor y marinos movimientos,
En gran manera van recogijados
Alegres, placenteros y contentos,
Por ser á todas horas ayudados
De prósperos aflatos de los vientos,
Y mucho mas desgusto les causaba
Lo poco que lo mucho que ventaba.

Destá manera guían el armada;
Y habiendo cuatro meses navegado,
Dieron en una isla despoblada
Algun alivio para su cuidado:
Pusiéronle por nombre Deseada,
Por ser su hallamiento deseado,
Luego la Guadalupe mas avante
De aquella que nombró Marigalante.

Luego Domingo, de la cual se nombra,
Al austro demoró la Dominica,
Que con atroces hechos nos asombra,
Segun el experiencia certifica;
Como Matimino de cuya sombra
Huir el marinero se publica;
Pues estas dos con sus pequeñas barcas
Han puesto confusion en las comarcas.

Salen de aquí caribes con armadas,
Corriendo los confines comarcanos
En sus piraguas bien aderezadas,
Ayudadas de velas y de manos;
Hacen á tierra firme sus entradas,
Acometen á pueblos de cristianos,
Son tan bravos, feroces y tan diestros
Que hacen poca cuenta de los nuestros.

Sus flechas son de yerba tan insana
Que mueren cuantos della son llagados,
La gente destas islas es lozana,
Altos, fornidos, bien proporcionados,
Y todos ellos comen carne humana,
Mejor que la de puercos ó venados;
Acometen con mas atrevimiento
Que tigre que á la caza va hambriento.

Esta ferocidad que se recita,
Porque no la juzgueis por desvario,
La certidumbre della nos incita
A decirnos de un amigo mio,
Vecino de la isla Margarita,
A quien tomaron estos un navío,
Todos sus hombres muertos y captivos,
Pues él y otro no mas quedaron vivos.

Y pues quiero tratar de cosa cierta,
Si con buenos alguna cosa valgo,
No te pese, lector, que me divierta,
Para que deste pueda decir algo;
Pues casi nos estamos en la puerta
Y de las dichas islas no me salgo;
Recogeréme bien en el estílo,
Y volveré después á nuestro hilo.

Este que padeció fortunas malas,
Y el hado por allí le fué siniestro,
Sabrás que se llamaba Joan de Salas,
Antiguo capitán, soldado diestro;
Y en medio de los tiros y las balas
En mocedad fué compañero nuestro,
Ejercitándonos por tierra y agua
En las crúeles guerras de Cubagua.

Año de tres quinientos y cinquenta,
Estando Joan de Salas en Guayama,
Puerto del Boriquén, con mas de treinta
Mancebos de valor y buena fama;
Esta caribe gente, vil, sangrienta,
A hacer sus entradas se derrama,
Para hartar de carne razonable
Aquella hambre toda detestable.

Guiaron las piraguas y el armada
Al dicho Boriquén con diligencia,
Isla por todos tiempos infestada
De tan abominable pestilencia;
A parte van sabida y asechada,
Sin recelo de mucha resistencia,
Tan secretos y fuera de ruidos,
Que nunca fueron vistos ni sentidos.

Esperaron la noche que los ceta,
Para dar en el puerto ya nombrado;
Entrando dieron en la carabela,
Donde Salas dormía descuidado,
O confiado de la centinela:
Descuido no de hombre tan cursado,
Era su sueño tal, que la reyerta
Y el golpe de macana los despierta.

Bien como delincuente que se esconde
En casa que pensó tener propicia,
Como de duque, de marqués ó conde,
Y allí también lo cerca la justicia,
Procura de huir, no ve por dónde,
Ni puerta satisface su codicia,
Y como no le cuadra lo que piensa,
A sus manos comete la defensa;

Destá suerte la gente recogida
De nuestros desdichados castellanos,
Viendo que se les veda la huida
Por aquellos salvajes inhumanos,
El amparo y defensa de su vida
Pusieron en la fuerza de sus manos:
Mas para tanta lanza, dardo, flecha,
Ninguna cosa ya les aprovecha.

Turbólos mal tan repentino trueno,
Con lluvias tan espesas y pesadas,
Que no pueden hacer efeto bueno
Las armas del asalto descuidadas;
Mas las macanas duras dan en lleno,
Rompiendo piernas, brazos y quijadas,
Pues fué sin segundo la tal pieza
Hender de un golpe solo la cabeza.

Reencuentro de descanso muy avaro
Sostuvo Joan de Salas hasta el día,
Y á sí y á otro hizo gran amparo
Con unos cuerpos de armas que tenia:
Mas descubrióle luego con lo claro
Sin vida la restante compañía;
Añojan de defensa los motivos,
Viendo que solos ellos quedan vivos.

Visto tan grande número de gente,
Y cierto su morir si se defienden,
Hablóles Joan de Salas blandamente
En lengua guarquerí que bien entienden;
Respóndele también incontinente
Diciendo que comello no pretenden,
Sino que se les dé por su captivo,
Si quiere desta guerra quedar vivo.

Aunque sabía bien la destemplanza
Destas bestiales gentes y naciones,
De las manos largó la corta lanza
Y las pesadas armas de algodones;
Con una mas que firme confianza
De se poder librar destas prisiones,
Llamando siempre con cristiano pecho
A Dios, que lo librase deste hecho.

Recogen los caribes el pillaje
Con aceleracion de gente suelta,
Rehacen su crüel matalotaje,
De los que muertos son en la revuelta,
Y sin dilatar punto su viaje,
A las infames islas dan la vuelta,
Y antes que se hiciesen á la vela
Mandaron abrasar la carabela.

Todos los labradores y vaqueros
Que residian por aquel partido
Huyeron en caballos muy lijeros,
Luego como sintieron el ruido;
Y atalayando bien por los oteros,
Después que el claro día fué venido
Reconocieron ser las gentes malas,
Y en las piraguas ven á Joan de Salas.

Por mar y tierra van la triste nueva
Amigos y parientes lamentando,
Y á su querida madre se le lleva,
Que estaba por momentos esperando;
No hay duro corazon que no se mueva
Oyendo los clamores que está dando:
Tales y tantas lástimas decia,
Que el pecho mas crüel enternecia.

« Hijo mio! ¿ Qué nuevas tan estrañas
De las que tú, mi bien, enviar sueles?
; Hijo! ¿ Dó están las fuerzas y las mañas
Que tenias con estos infieles?
; Hijo! que te trajeron mis entrañas,
Y agora las de bestias tan crüeles!
; Hijo! ¿ Quién te llevó? cómo me dejas?
¿ Dó estás? cómo no oyes estas quejas?

» Perdite yo, dejáste me perdida,
Sin vida tú, yo della mal pagada.
; Oh madre para tanto mal nacida!
; Oh hijo de la madre desdichada!
Pues que sin ver la tuya ve su vida
Con tanta desventura rematada,
Eclipsí padeció mi llena luna,
Menguada por mal órden de fortuna.

» La cual no se compone ni concerta
Segun pide razon que se concierte,
Antes á sinrazones abrió puerta
Cuando su variedad echó la suerte;
Dilatando los días á la muerta,
Y al merecedor dellos dando muerte,
Para que en la morada deste suelo
Eterno llanto sea mi consuelo.»

Sus venerales canas van sin toca
Ante la imagen del Juez eterno,
A dolorosas lágrimas provoca
A cuantos viven en aquel gobierno;
Y así los golpes de su blanda boca
El duro corazon toruaban tierno,
Y en tres años continos de demora
El templo visitaba cada hora.

Allí hablaba con la Virgen pia,
Cuyos brazos tenian su maestro;
Las palabras formales que decia
Aquí se ponen sin color siniestro:
« Dadme mi hijo ya, señora mia,
Y por seguras prendas ese vuestro.»
Fué tal el gran hervor desta batalla,
Que tuvo Dios por bien de consolalla;

Y así fué que después del vencimiento
En esta miserable servidumbre,
Le hicieron un blando tratamiento,
Fuera de lo que tienen de costumbre;
Valióse de su buen entendimiento,
Y Dios que fué servido dalle lumbre,
Para saber ganar las voluntades
A gentes llenas de cien mil maldades.

Quando guerra con indios se movia
Daba su parecer en el viaje,
Arco, macana, flechas se ponía,
Sus meneos, posturas y su traje;
Sucedióles bien lo que decia,
En señalar lugar, tiempo, paraje,
Y así no rehuyó mozo ni viejo
De tomar en la guerra su consejo.

Con brío varonil, fuerte, robusto
Hizo venturosísimos empleos,
Puesto caso que no le daban gusto
Semejantes victorias y trofeos;
Pues á su libertad y á lo mas justo
Iban encaminados sus deseos,
Y descubria siempre sus motivos
A indios que con él están captivos.

Deciales « que gran cosa seria
Una noche hurlar una piragua,
La cual en breve tiempo yo porria
En los puertos y playas de Cubagua;
E yo confío en Dios que nos daría
Socorros en los vientos y en el agua:»
Persuadiales cada momento,
Pero faltábales atrevimiento.

Estando pues en vida tan molesta,
Y en tierra de costumbres inhumanas,
Hicieron los caribes una fiesta
Con los de aquellas islas mas cercanas,
De todas piedades descompuesta,
Ritos y ceremonias mas que vanas;
Y para mas maldad en sus excesos
Mataron destos indios los mas gruesos.

Vista por todos esta desventura
De los indios captivos cuarteados,
Vió Joan de Salas buena coyuntura
Para persuadir sus aliados,
Diciendo: « no teneis hora segura,
Y todos morireis despedazados,
Huyámonos á tierras de cristianos,
Que buen tiempo tenemos en las manos.

» Vámonos esta noche venidera,
Que mucho bien podeis sin ser sentidos,
Pues en la fiesta desta borrachera
Todos estos están embebecidos;
E yo tengo piragua muy lijera,
Comida y aparejos prevenidos.»
Respondió la compañía temerosa,
Que ya no deseaban otra cosa.

Habia por la isla deramadas,
Parece ser de naos allí perdidas,
Número de machetes y de espadas,
Barriles, lienzos, ropas ya podridas,
Y otras algunas armas enastadas,
Que perdieron sus dueños con las vidas:
Desto tomaron lo que les convino,
El y aquel español que con él vino.

No se torció fiel de las balanzas,
Para lo barruntar las gentes fieras;
Porque cuando tenían sus holganzas
Y aquellas mas que torpes borracheras,
Los esclavos hacían las labranzas,
Rozando montes para sementeras,
Demás de ser la isla montuosa,
Sin que de campo raso tenga cosa.

Llegada pues la hora competente,
Sin claridad, por selles odiosa,
Recógese la fugitiva gente
Con quietud en todo temerosa:
Hicieron oracion devotamente,
Invocando la Virgen gloriosa;
Fueron do están varadas las piraguas,
A meter una dellas en las aguas.

Con aquel gran silencio que convino,
La meten en la mar todos alerta;
Y como no tuviesen tanto tino
Para la componer en orden cierta,
Un golpe de la mar que sobrevino
Quitóles de la proa la compuerta:
Los indios desmayaron grandemente,
Y quisieran huir incontinente.

Como ladrón que va por los rincones
A robar ó matar hombre dormido,
Y con los piés dió tales tropezones
Que pudieron causar algun ruido,
Huyó luego de tales ocasiones,
Teniendo ya por cierto ser sentido;
Y aunque el otro no viene ni despierta,
Se sale por pared ó por la puerta;

Así también con el desmán que hubo,
Estos porque creían ser sentidos,
Huía cada cual, y no mantuvo
Palabras ni conciertos prometidos;
Empero Joan de Salas los detuvo,
Diciéndoles: « volved, que vais perdidos,
Si no, yo buscaré vias y modos
Para que de mañana murais todos.»

Percebido tan ásperas razones,
Volvieron, como dicen, á la danza
Y adelante de las reventazones
Sacaron la piragua con bonanza:
Jamuran, ponen ahí festinaciones,
Asientan la compuerta sin tardanza,
Con aceleracion jamás oída,
Metén armas, barriles y comida.

Arde la diligencia como fragua
Mas que de marineros y grumetes,
Sin saludar los huéspedes al agua
Salen y sin iguala de los fletes;
Gobierna Joan de Salas la piragua,
Toman los otros ocho canaletes,
No corre sino huye la galera
Bien puesta, lozanísima, lijera.

Los puños cada cual dellos aprieta,
Ella ni mas ni menos apretaba,
Y en alta mar le ponen la veleta
Con la cual no corría, mas volaba:
El agua con bonanza se aquieta,
El viento lo que quieren eso daba,
A vela y remo llevan la porfia
Hasta que ya llegó la luz del día.

No vian ya la tierra que dejaban,
Ni vella deseaban ni querían,
Un punto solamente no cesaban
Aunque los flacos cuerpos lo pedían:
Si los unos un poco descansaban,
Los otros con mas fuerzas andaban,
No paran con la luz ni con oscuro,
Hasta poder hallar lugar seguro.

Con esta diligencia que replico,
A cabo ya de tres ó cuatro días,
Llegaron á San Joan de Puerto-Rico
Donde vieron cristianas compañías,
Y donde no quedó grande ni chico
Que no hiciese grandes alegrías,
Desterrando la pena recibida
Con ver su libertad y su venida.

Y así como milagro descubierto,
Que tal les parecia lo que escribo,
Infinidad de gentes van al puerto
A ver el libertado de captivo,
Habiéndolo llorado como muerto,
Y ahora lo gasajan como vivo,
Cada cual ofreciendo su posada
Con una caridad bien ordenada.

A todos ellos Salas respondía
Haciendo cumplimientos cortesanos;
Y con la fatigada compañía
Que se escapó de las crueles manos,
A la iglesia se fueron recta vía
A dar gracias á Dios como cristianos,
Y en ella se quedaron nueve días
En santas oraciones y obras pias.

El tiempo que estuvieron recogidos
Del pueblo todo fueron visitados,
Y regaladamente proveídos
De nuestros alimentos deseados;
Ansimismo de copia de vestidos
Con gran magnificencia reparados,
Y luego Joan de Salas apareja
Ir á regocijar su madre vieja.

Para se despedir hidalgamente
A todos en su casa los visita,
Al puerto fué con él ilustre gente
Con aplauso, placer y grande grito;
Y en una carabela conviniente
Partió para la isla Margarita,
Adonde se tenía por muy cierto
Nunca vello jamás vivo ni muerto.

En la tierra saltó desconocido
Como tomó la isla conocida;
La venida del hijo bien venido
A la madre tentó quitar la vida:
Pues en el mismo punto que lo vido
Cayó delante dél amortecida,
Por no saber tomar el hijo bueno
El aviso que cuentan de Galeno.

Y no dejó de ser gran desatino
Llegar sin avisar su buena suerte,
Pues lo pudo hacer desde el camino,
Porque con el aviso se despierte;
El gozo finalmente repentino
En extremo la puso de la muerte;
Pero volvió después, y así gozaba
De la cosa que tanto deseaba.

Preguntándole siempre muchas cosas
A su captividad yendo y viniendo,
Sus días y sus obras trabajosas
Entre vulgo bestial y tan horrendo ;
Y de todas las islas peligrosas
Que va Colon agora descubriendo,
De do me divertí contando esto ;
Mas ya quiero volver al mismo puesto.

Porque pasando van por la Barbada,
Y el Aguja, que tal al marinero
Le parece por ser punti-delgada,
Las Virgenes, los Santos, el Sombrero,
San Cristóbal, después del Anegada
San Juan del Boriquén, Fuerte-Guerrero,
Ven otra que por ser en aquel dia
Por nombre le quedó Santa Lucia.

Dando pues sus reguardos y desvíos
A piedras y hajos ocultados,
En una destas islas y sus rios
Tomaron agua para los ganados
Que traian en todos los navios,
Puesto caso que ya menoscabados ;
Pues, por las que en sus aguas perecieron,
El golfo de las Yeguas le dijeron.

Su próspera carrera navegando
Los diestros y fieles marineros,
Por muchas otras islas van pasando,
De vellas tan viciosas placenteros ;
Fuéronse pues las naves acercando
A do dejó Colon sus compañeros ;
Y en el canto que viene se procura
Deciros algo desta desventura.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta la muerte del capitán Ronrico de Arana, cordobés,
y de lo que hizo Colon llegado á la Española.

No vive todas veces con sosiego,
Ni da seguridad á sus placeres,
El que hace cabeza de su juego
Sin admitir ajenos pareceres :
Huye de la razon el amor ciego,
Y ciegan las lascivias de mujeres ;
En todos los principios indecentes
Los fines tienen mil inconvenientes.

Si fuera de pasion Colon mirara
Aquello que Martin Pinzon decia,
Agora ni gimiera ni llorara
La muerte de su noble compañía ;
La cual también de muerte se librara.
Usando de las reglas que él ponía ;
De manera que bien mirado todo
En ambas partes hubo no buen modo.

Pues para ver el mal no descubierto
Que concebían imaginaciones,
Entrando van agora por el puerto
Las naos y capaces galeones ;
Entrando por buen orden y concierto,
Fondo dan á las anclas y resones,
Luego disparan tiros á porfia,
Y nadie de los suyos acudia.

No vian cruces puestas ni señales
De aquellos españoles deseados,
Tuvieron certidumbre de sus males
En ver los aposentos abrasados,
Y acá y allá correr los naturales
Con gran solicitud, sobresaltados,
Ocupando las sierras y los llanos,
Con sus arcos y flechas en las manos.

Reconocida bien la desventura,
E ya sin esperanza de hallallos,
Rogar á Dios por ellos se procura,
Y á los que los mataron castigallos ;
Y así por selles buena coyuntura
Con oscuro sacaron los caballos,
Y con aquel silencio que cumplía
Sacaron municion y artilleria.

Gastada pues la noche con porfia
De sacarse las cosas principales,
Venida ya la luz del claro dia,
Acude cantidad de naturales ;
Desechando temor y cobardia,
Como sabian ya que son mortales,
Y aquel acometer fué tan estraño
Que todavía recibieron daño.

Visto cómo les daban tanta priesa.
Por las zavasas, por el arboleda,
Salió luego Colon, salió Nicuesa,
Salió también Alonso de Hojeda,
Torres, Roldán, Jimenez, que no cesa,
De rociar con sangre su vereda ;
Aqui y allí se juegan las espadas
Ejecutando fieras cuchilladas.

Vestidos de su vana confianza,
Los indios golpes dan y los esperan,
La dura partesana, dardo ó lanza
No quieren permitir que pocos mueran ;
Cristianos van haciendo gran matanza,
Indios en su locura perseveran,
Traspasan pechos, jaras y gorgüeces,
Calles haciendo van los arcabuces.

Mas si crüel espada cortadora
Infel escuadron hace sangriento,
Infinidad acude cada hora
Cebados del pasado vencimiento ;
Pero cristiana parte se mejora ;
A los contrarios fatales aliento,
Y mas viendo diez hombres en caballos,
Gran espanto del rey y sus vasallos.

Como quien vió fantasma con oscuro
Que se le figuró con cola y cuello,
El cuero del temor áspero duro,
Erizados los pelos y cabellos,
En el lugar mejor y mas seguro
Queda sin pulso, había ni resuello,
Por ser tales visiones tan feroces
Que tapan los caminos de las voces :

Así con el aspeto repentino
De bestia nunca dellos conocida,
Ocupalos tan grande desatino
Que su mayor furor dió gran caida ;
Estrecho se tornó qualquier camino,
Aliento les faltó para huída,
Los mas valientes, sueltos, mas espertos
Pasmaban y quedaban como muertos.

Largaron ofensivas municiones
Viendo sus tristes hados y siniestros,
Luego pusieron dellos en prisiones
Los mas aventajados y mas diestros ;
Tomáronles después sus confesiones
Acerca de la muerte de los nuestros,
Los cuales declararon maravillas,
Y á riesgo suyo quiero yo decillas.

Porque, segun dijeron los mayores,
Por indios que traian ya ladinos,
Toda su perdicion fué por amores
Andar deshonestisimos caminos ;
Y es de creer, que son tales errores
Causa de muy peores desatinos ;
Pues nunca lujurioso fué bien quisto,
Segun lo que leemos y hemos visto.

Así que, segun orden que se puso
En hacer el negocio manifiesto,
Dicen traer mujeres á su uso,
Quiero decir, á uso deshonesto ;
También otro negocio mas confuso
Que diré, pero todo pende desto ;
Y si, lector, dijerdles ser comento,
Como me lo contaron os lo cuento :

Entre los prisioneros desta gente
Un indio fué de buen entendimiento,
Y en todas buenas partes de valiente,
Decian no tener menos talento ;
Aqueste confesaba claramente
El daño y el origen y el cimiento,
Y fué su confesion la que se sigue,
Segun de los procesos se colige.

El indio dijo : «Luego como vimos
Que destas tierras érades ausentes ,
A cuantos nos dejastes los tuvimos
Por hombres inmortales , escelentes :
Y ansí como su gusto conocimos
Les dimos bastimentos suficientes ;
Con obras , con palabras y semblante
Bailándoles andábamos delante .

» El rey y capitanes acudían
A hacer y cumplir lo que mandaban ;
Ansímismo mujeres los servían ,
Que todos los enfermos regalaban :
Muchos vocablos nuestros entendían ;
Los indios muchos vuestros ya hablaban :
Juzgárades , con ser negocio fresco ,
Ser liga y amistad de parentesco .

» Estando todos pues en tal estado ,
Ajenas de nosotros falsedades ,
El invido , crúel y duro hado
Usó de sus antiguas propiedades ,
No siendo bien contento ni pagado
De que durasen estas amistades ;
Y el infernal furor que no dormía
Luego nos revolvió por esta vía .

» Una señora principal había
Entre todos los nuestros celebrada ,
De la cual vuestra noble compañía
Era por muchas veces visitada ,
A quien Goaga Canari bien quería ,
Y era dél por extremo regalada :
Allí tenía puestos pensamientos ,
Deleites , pasatiempos y contentos .

» Entre todas las cosas , la natura
Esta ninfa crió por mas lozana ;
No sabré dibujaros su figura ,
Por parecer divina mas que humana ;
Mas quiero comparar su hermosura
Al claro resplandor de la mañana ;
Pues aunque la cubría mortal velo
No parecía cosa deste suelo .

» Las gracias de las otras eran muertas
Delante dones tan esclarecidos ;
Suspensos se quedaban por las puertas
Pasando , sus cabellos esparcidos ;
Y aquellas proporciones descubiertas ,
Cadenas de potencias y sentidos ;
Ablandaban también sus condiciones
Los mas endurecidos corazones .

» Diana vuestra gente la llamaba ,
Teniéndola por cosa milagrosa ,
A ella nunca desto le pesaba
Ni fué de sus loores desdeñosa ,
Antes en gran manera se holgaba
Que todos la loasen de hermosa :
Enamorábanla vuestros varones
Con amorosas señas y razones .

» Uno principalmente la servía ,
De sus amores harto lastimado ,
El cual nunca de noche ni de día
Cesaba de decille su cuidado ;
Y á ella nada mal le parecía
Aqueste su fiel enamorado ;
Y aunque este su querer disimulaban ,
Con la vista mil veces se encontraban .

» Al fin que la señora y el sirviente ,
Con ciertas medianeras interpuestas ,
Vinieron á tratar secretamente
Aquellas pretensiones deshonestas ,
Y sin que lo supiese nuestra gente
Tenían sus demandas y respuestas ,
Y el afición usando de sus artes
Corría con empresas ambas partes .

» Tocada pues la ninfa destas llamas
Envió mensajera diligente ,
Avisando que sola con dos damas
Se bañaba por aguas de una fuente ,
Cubierta con las sombras de unas ramas ,
Secreta y apartada de su gente ;
Si quiere ir , mas es mejor no vella ,
Pues nada bueno ve que ver en ella .

» Porque veais la dama cuál estaba ,
Con qué querer que mas al claro fuese ,
Que decir el lugar do se lavaba
Y la señal en que lo conociese ;
Y con ser lo que mas ya deseaba ,
Decir al amador que no viniese ;
Y cierto muy mejor le sucediera ,
Si de las dos tomara la postrera .

» Al fin , la concesion nada dudosa
Llegó con negacion disimulada ,
Por ser ya de mujer , siendo hermosa ,
Antigua condicion y averiguada ;
Que puesto que se muera por la cosa
Quiere con ella ser importunada :
Determinóse pues el sin ventura ,
De no perder tan buena coyuntura .

» Hurtóse de su buena compañía ,
Sin que la dama viese su respuesta ,
Sería poco mas de mediodía
En el resistidero de la siesta ;
Y viendo que ninguno parecía
Emboscóse por medio la floresta ,
Y brevecillo espacio caminando
Llegó donde lo estaban esperando .

» Diana la princesa que lo vido
Mostróse con furor acelerada ;
El mozo desto fué tan afligido
Que fué luego su alma traspasada :
Cayó con el dolor amortecido
Encima del escudo y el espada ;
La ninfa , mal compuesto su cabello ,
Determinó de ir á socorrello .

» Decía contemplando su figura :
« Hermano mio , dime , si me quieres ,
» ; Por qué quieres sin mí la sepultura ,
» Sabiendo que no vivo si tú mueres ,
» Y quedaré sin tí mas sin ventura
» Que cuantas han nacido de mujeres ?
» Recobra ya , señor , tu bello brio ,
» Pues ya junto tu rostro con el mio .

» ; Haces eclipsi , hijo de Latona ?
» ; No oyes , alma mía , lo que digo ?
» ; Oh ninfas de Haities y Saona !
» A cada cual de vos bago testigo
» De cómo tomaré de mí persona
» Un mas que crudelísimo castigo ;
» Maldad mia será si mas aguardo ,
» Y con razon direis que ya me tardó . »

» Viendo del sentimiento cuál se para ,
Una señora desta compañía
Recoge con las manos agua clara
Que por doradas piedras descendía ,
Y roció los pechos y la cara
Del buen enamorado que yacía ,
El cual tocado de amoroso tiro
Volvió con un grandísimo suspiro .

» Con esta breve muestra de bonanza
Aflójó la tormenta del tormento ,
Teniendo de su vida confianza ,
Viendo cómo mostró vital aliento :
Si en las tristezas hubo destemplanza ,
Agora lloran todas de contento ;
Y el mozo sin saber con quién estaba
Con aquestas palabras se quejaba :

« ; Oh Diana crúel mas que serpiente ,
» Y mas que pedernal endurecida !
» ; Qué crúeldad habrá que no lamente
» El trabajoso curso de mi vida ?
» El hombre de razon de amor se siente .
» La fiera suele dél estar vencida ;
» Solo tu corazon de diamantes
» No siente lo que sienten los amantes .

» Aquí pereceré con la tormenta
» Del proceloso mar de mi tormento ,
» Donde tu disfavor es el que vienta ,
» Sin que jamás se vea manso viento ;
» Y aun si supiese que esto te contenta
» Sería para mí sumo contento ;
» Pero por ajenarme de placeres
» No quieres que yo sepa lo que quieres .

» En aquestas terribles aficiones
 » El dulce galardón que mas espero
 » Es un reconocer tus intenciones,
 » Y que conozcas tú que por ti muero ;
 » Y que si te dan gusto mis pasiones ,
 » Son estos los deleites que yo quiero
 » Mas ; ¡ ay de mí , que no sé qué pretendes ,
 » Ni si de voluntad sueltas ó prendes ! »

» La ninfa respondió : « bien conocido
 » Se tiene ya de mí lo que pretendo ;
 » Tú solo no serás el entendido ,
 » Al menos por tus quejas no te entiendo :
 » Pues viéndote de mí tan bien asido ,
 » Dices que ni te suelto ni te prendo ;
 » Pero ternás por cosa conocida ,
 » Que del mismo que tengo soy tenida .

» Y con que la piedad experimentas
 » De señora de punto tan activo ,
 » Me dices que naufragas en tormentas
 » Por un amor del tuyo muy esquivo ;
 » Y huelgo de sufrir tales afrentas ,
 » Que las deshace todas verte vivo ,
 » Por ser tu vida ya , luz de mi día ,
 » El principal sustento de la mía . »

» Oída del amante la serena
 » Que no para matar lo regalaba ,
 » Con un alivio grande de su pena ,
 » A las razones della discantaba :
 » ¡ Oh voz suave de mi Filomena ,
 » A quien amor rindió flechas y aljaba !
 » ¿ Qué lugar puede ser en lo terreno
 » Que iguale con la gloria de tu seno ?

» ¡ Oh aves , que con lenguas esparcidas
 » Soleis regocijar las alboradas ,
 » En estas selvas frescas y floridas
 » Por los umbrosos ramos derramadas !
 » Cantad , que mis pasiones recibidas
 » Con gran ventaja son recompensadas ;
 » Pues veis que sobrepujan los favores
 » Las mas crüeles penas y dolores .

» Vencia mi dolor y mi tormento
 » Los mas bravos escesos de tormentos ,
 » Y agora sobrepuja mi contento
 » Al mas süave gusto de contentos ,
 » Aunque con gran temor de movimiento ,
 » Pues hay en todas cosas movimientos ,
 » Por ser fortuna tal y tal su rueda
 » Que no pudo jamás estarse queda .

» Abate pujantísimos poderes ,
 » Deshace señorios de pujanza ,
 » En cosas mayormente de mujeres
 » Jamás tuvo segura la balanza :
 » Allí son mas inciertos los placeres ,
 » Y está mucho mas cierta la mudanza ;
 » Y así creo será de poca dura
 » Esta mi felicísima ventura . »

» La ninfa respondió : « de lo que sientes
 » Está tan apartado lo que siento ,
 » Que del Cibau río las corrientes
 » Revolverán sobre su nacimiento ,
 » Y Ozama cesará de sus crecientes ,
 » Primero que yo tenga movimiento ;
 » Mas esas desventuras que decías
 » Podrían venir por otras vías .

» Que bien sabes que rey es mi marido ,
 » El cual en guarda mía se desvela ,
 » Y está de mis amores tan vencido ,
 » Que hasta de los aires me recela ;
 » Y al rey lo mas oculto y escondido
 » Por mil vías y modos se revela ,
 » Debajo de lo cual es lo mas cierto
 » Que será nuestro caso descubierto .

» Sabido , ¿ dónde piensas esconderte
 » De flechas y flecheros violentos ?
 » O dó me defender y defenderte
 » Si tienes de defensa los intentos ?
 » Pues el mayor amparo será muerte
 » Con varias invenciones de tormentos ;
 » Porque estos que tú llamas infieles
 » Son cuanto mas cobardes mas crüeles .

» ¡ Oh , cuán alharaquientos , cuán livianos
 » Cuán alborotadores y apocados
 » En las ejecuciones inhumanos !
 » Porque te llevarán por sus mercados ,
 » Unas veces sin piés , otras sin manos ,
 » Asido por los labios horadados ,
 » Cortándote los miembros por mitades ,
 » Gustando mucho destas crüeldades .

» Si quieres que contigo yo me vaya ,
 » Iré ; mas no haremos cosa buena ,
 » Porque defensa flaca me desmaya ,
 » Y aunque la tuya fuera muy mas llena ,
 » Será como vencer la de la playa
 » Un pequeñuelo grano del arena ;
 » Pues contra multitud de gente dura
 » Los pocos pocas veces han ventura .

» Si viera yo tus naves en el puerto ,
 » Y dentro dellas todos tus hermanos ,
 » Creyera que escaparas de ser muerto ,
 » Pues ellos te librarán de sus manos ;
 » Pero ya que ellos faltan , lo mas cierto
 » Es olvidar tus pensamientos vanos ,
 » Aunque cosa será desafortada
 » Que pueda yo de tí ser olvidada .

» Y así no sufriré que se despida
 » Amor que con el mío tengo preso ;
 » Menos podré creer que quien olvida
 » En algunos negocios tanta peso ;
 » Mas donde corre riesgo tanta vida ,
 » Querría , si pudiese , mayor seso ;
 » E ya que no huimos lo que daña ,
 » Que supiésemos darnos buena maña . »

» El mozo muchas cosas respondía
 » Para satisfacer á sus amores ;
 » Y al tiempo que lo tal acontecía
 » Llegamos por allí diez cazadores ,
 » Que , como ya la sed nos affigia ,
 » Buscábamos las aguas y frescores ,
 » Y estaban ellos tan embebecidos
 » Que nunca fuimos vistos ni sentidos .

» Encubrimonos pues entre las ramas
 » Para hacer mejor nuestros acechos ,
 » No sin admiracion de ver las damas
 » Con las patentes muestras de sus hechos ;
 » Creciendo fué la ira , cuyas llamas
 » Tal incendio causaron en los pechos ,
 » Que procuramos sin detenimiento
 » Tomar venganza del atrevimiento .

» Al fin , como varones enojados ,
 » Hicimos nuestras armas luego prestas ,
 » Sabiendo los que estaban ocultados
 » En las espesas selvas y florestas
 » Los arcos á los pechos entelados ,
 » Y en ellos las agudas flechas puestas ;
 » Ellos con el ruido del asalto
 » Recibieron pesado sobresalto .

» Las ninfas por el monte y aspereza
 » Huyeron con el paso bien agudo ,
 » El mozo con su presta lijereza
 » Armóse del espada y del escudo ,
 » Y con terribles muestras de braveza
 » Rompiendo fué por escuadron desnudo :
 » De diez los seis tenía ya tendidos ,
 » Los otros escapamos mal heridos .

» Habiéndonos tratado desta suerte ,
 » Y puestonos en áspera huida ,
 » Encaminó los pasos á su fuerte
 » Sin esperanza cierta de la vida ,
 » Antes con certidumbre de la muerte
 » Por una crudelísima herida ,
 » Cuyo golpe de sangre señalaba
 » Los pasos y camino que llevaba .

» Llegado pues al fuerte do venía
 » Los pechos de su sangre rubricados ,
 » Aquellos de su noble compañía ,
 » De semejante caso descuidados ,
 » Mirando de la suerte que venía ,
 » De gran temor se vieron rodeados :
 » Juzgaban de lo ver sus compañeros
 » Los males y trabajos venideros .

» Tendieron sus banderas y estandartes,
Recógese la gente derramada,
Fortalecian bien sus baluartes
Con una prontitud acelerada ;
Procuran reparar por todas partes
Las cercas de su fuerte palizada ,
Alistan castellanos y andaluces
Las balas de humosos arcabuces.

» Aquellos que escapamos mal heridos
Los unos y los otros lamentando,
Y unos dando grandes alaridos,
Venganza con rigor apellidando ;
Tocaron nuestros gustos los oídos
De los que nos estaban esperando :
De vemos los mayores y menores
Alzaron grandes gritos y clamores.

» De todo lo pasado dimos cuenta ,
Ya casi sin alientos ni resuellos,
Y Diana de culpa ser exenta
Les hacía creer á todos ellos :
Al fin que convencida , por afrenta
El rey mandó cortalle los cabellos :
Mas no pudo hallar quien se moviese
Ni tal atrevimiento concibiese.

» Disculpas dió también de los de España
Por términos y modos escelentes.
Y en el decir se dió tan buena maña
Que casi mitigó sus accidentes ;
Mas no pudo templar la grande saña
De los que muertos vian sus parientes ,
Que como principales hombres eran
Decian por los vuestros : mueran , mueran.

» Aquestos de mil pueblos diferentes
Convocaron amigos y aliados,
Acude Guarionex con tantas gentes
Que cubria cabañas y collados ;
No quieren los de Haina ser ausentes,
Ni los de Nigua quedan rezagados ,
Anacaona la libidiosa
Ansímismo llegó muy poderosa.

» Acuden de la costa de ambos mares
Armadas compañías inhumanas ,
Y los mediterráneos lugares
Con flechas venenosas y macanas :
Convites , borracheras y cantares
Se hacían á las noches y mañanas ;
Los rostros variados de pinturas
Hacían mas feroces sus figuras.

» Innumerables eran los plumajes
Que llevan en colores variados ,
Y cada cual con dos ó tres carcajes ,
A las espaldas puestos y á los lados ,
Diciendo van trecientos mil ultrajes
A los barbudos nuestros desbarbados ,
Aparte cada cual se señalaba
Con las parcialidades que llevaba.

» Así que con coraje duro , fiero ,
Que cria los concursos de la guerra ,
Aviva sus alientos el guerrero
De ver juntos los llanos y la sierra :
Hervían como grande hormiguero
Quitada la cubierta de la tierra :
O como las langostas si son tantas
Que cubren los sembrados y las plantas.

» No viérades quebrada ni sobaco
De monte que no huelen muy espesos,
Y á sombra de las velas y en opaco
Usaban los piaches sus escesos ,
Consultando con humo de tabaco
Al demonio que diga los sucesos ,
Gozando de tan buena medicina
Con una cerimonia tan malina.

» Oímos la razon del adevino ,
Y fué de favorables respnsiones ;
Todo lo necesario se previno
Por las alborotadas intenciones ,
Y luego nos pusimos en camino
Contra los affigidos corazones ,
Los cuales, aunque enfermos y llagados,
Un punto no vivieron descuidados.

» Llegados donde estaban, al momento
Que vimos el lugar y palizada ,
Hacen arremetida los que cuento
Con furia de temores olvidada :
A modo de leon que va hambriento
Y ve la viva presa reparada ,
Con grita y alaridos parecia
Que el universo mundo se hundia.

» Comiénzase la guerra de tal suerte ,
Que no se vió jamás igual braveza,
Juntámonos de golpe con el fuerte
Do parecia menos fortaleza ;
Pero por ampararse de la muerte
Arana sacó fuerzas de flaqueza ,
Teniendo sanos , cojos ó tullidos
Por orden y concierto repartidos.

» Bien así como planta que derrama
Sus raíces con poco fundamento,
Que suele de la mas subida rama
Enviar mas raíces y sustento,
Para poder con semejante trama
Valerse contra gran fuerza de viento ,
Y al fin padece casos y desmanes
Con los tempestuosos huracanes ;

» Desta manera vimos al Arana,
Que por la poca fuerza que tenia
De los enfermos hizo gente sana ,
Y aqui , y alli , y allá los repartia
Con gentil apariencia , pero vana,
Segun la gran tormenta que venia ;
Pues su mas obstinada resistencia
Valia poco contra gran potencia.

» Pero reconociendo cuán de veras
Les cumplia mostrar buenos alientos ,
Como dicen , de buenas á primeras
Encienden los humosos instrumentos ,
Y derribaron dos ó tres billeras
De indios de hermosos ornamentos ;
Los vivos viéndolos allí tendidos
Quedaron poco menos que vencidos.

» Quien cerca se halló de la ruina
Paró como pasmado de confuso,
Pero ninguno dellos adevina
Qué viento huracán los descompuso ;
Por los que no los vieron se camina
Adonde el español está recluso ;
Intentan de subir , y en las subidas
Pocos se retiraron con las vidas.

» Así como voraces tiburones ,
De cortadores dientes preparados ,
Que pocos causan grandes confusiones
En espeso cardumen de pescados ;
Y hieren , cortan , parten á montones
Mucho mas que cuchillos afilados ,
En los cuales marinos movimientos
Dos pueden mucho mas que setecientos

» Así los que mandaban las espadas
A pocos atrevidos dejan sanos ,
Hiriendo con terribles cuchilladas
A los que se hallaron mas cercanos :
Derrribanse cabezas y quijadas ,
Córtanse piernas , piés , brazos y manos ,
Cercénanse los huesos de cañillas
Los pescuezos , las barbas y mejillas.

» Y cuanta sangre mas se derramaba,
Tanto mas el coraje se encendia ;
De nuestra gente mucha peleaba ,
Y mucha mas por horas acudia :
El día ya sus cursos acababa ,
La noche tenebrosa se venia ,
Cansados los heridos y los buenos ,
Y los cercados ya ni mas ni menos.

» Aunque mil veces van al flaco muro ,
Uno ni ningun palo le quitaron ,
Menos á él llegar pudo seguro
Ninguno de los muchos que llegaron ;
Finalmente , que todos con oscuro,
Del cercado cruel se retiraron ,
Para volver á nuestra pesadumbre
Cuando febeo rostro diese lumbre.

»Quitados los oscuros embarazos
Con resplandor del sol recién venido,
Henchimos cantidad de calabazos
Vuelta ceniza con agü molido;
Porque si les hiciésemos pedazos,
Volados al lugar fortalecido,
Los polvos que tocasen las narices
Pudiesen menealles las cervices;

»Reconocido por negocio cierto,
Que con la fuerza de los estornudos
No tenía vigor el mas esperto
Para se reparar con los escudos;
Y así podrían dar en descubierto
Las flechas y los jáculos agudos,
Porque tales industrias son artides
De que caribes usan en sus lides.

»En este parecer determinados,
Hecha de muchedumbre viva rueda,
Teníamos los vuestros rodeados
Como cories en el arboleda:
Vuelan los calabazos, y quebrados
Dentro se levantó gran polvareda;
Todos en estornudos son iguales,
No siendo salutíferas señales.

»Por entre palos hacen buen empleo
Los que quieren estar con advertencia;
Pues cuando de los cuerpos hay meneo,
Impelidos de aquella violencia,
Los bárbaros cumplian el deseo
Que daba prontitud y diligencia,
Para poder encaminar la flecha
Donde con harto daño se desecha.

»El breve batallón anda turbado,
Unos heridos, otros ya sin vida;
Quitamos luego palos del cercado,
Por donde se metió tal avenida
Que ningún español hallaba vado,
Remedio, ni esperanza de huida;
Sólos diez alentados de buen brio
Por defensa tomaron un buhío.

»Pareciónos tenellos en pibuelas,
Y dado fin á la cruel reyerta;
Mas ellos con espadas y rodela
Defienden el entrada de la puerta:
Cortan á tantos las vitales telas,
Que huellan todos sobre gente muerta;
Arana y maestre Joan, un cirujano,
A quien alcanzan no lo dejan sano.

»Viendo pues tantos indios en el fuerte
Que de vivir quitaban esperanza,
Jugaron ambos la postrera suerte,
Acrecentando siempre la matanza:
En tal manera ya, que de su muerte
Tomaron antes della la venganza,
Encaminando sus crüeles manos
A los que se mostraban mas lozanos.

»Viendo Quarionex, señor segundo,
En sus vasallos flacos movimientos,
Les dijo: «no vivais mas en el mundo,
»Soeces y de bajos pensamientos,
»Pues me sacais los pejes del profundo
»Y las aves que vuelan por los vientos,
»Y agora solos dos mancos y tuertos
»Se quedan vivos y vosotros muertos.»

»Oyéndolo sus gentes, de corridas
Procuraron mostrarse con ventaja;
Y así por acabar las tristes vidas
De aquellos por quien tanto se trabaja,
Tiraron muchas flechas encendidas
Para quemar la casa que es de paja,
La cual, como tuviese flacas ramas,
Consumieron en breve vivas llamas.

»Ardor de valentia se mitiga
Porque desconfianza los ligaba;
Impetüosa llama y enemiga,
Los bajos y los altos ocupaba:
Calor intolerable los fatiga,
El fumoso vapor los ahogaba;
Eso me da lo flaco que lo fuerte,
No tenía que ver sino la muerte.

»Como nos acontece si cazando
Cercamos las zavasas en el fuego,
Que lo que aquí y allí se va juntando,
Y varios animales salen luego
Algun lugar seguro rebuscando,
Uno medio quemado y otro ciego,
Y adonde quiera halla cazadores,
Opuestas llamas, humos y calores;

»Así los tristes desaventurados
Las puertas del vivir tienen cerradas,
Pues se vian de fuego rodeados,
Por indios las salidas ocupadas:
Y así cayeron todos chamuscados,
De flechas las entrañas traspasadas,
Y aun en los cuerpos ya sin sentimiento
No cesaban castigos y escarmiento.

»Con esto dimos fin á la revuelta
Y concluimos toda la jornada,
Muerta de nuestra gente la mas suelta,
Y la que quedó vida lastimada:
Enterramos los nuestros, y á la vuelta
A Diana hallamos ahorcada,
Que viendo de los vuestros la caída
No quiso sin su vida tener vida.

»El vivo finalmente, y el difunto,
Ha metido las manos en la masa,
El poder de la isla vino junto
Sin señalarse número ni tasa;
Y aquesta es sin exceder un punto
La cierta relacion de lo que pasa,
No los querais vengar, pues está claro
Que cada cual nos cuesta harto caro.»

Oidos los sucesos inhumanos,
No dichos por semejas ni barruntos,
Sino por quien metió los piés y manos
Relatando la guerra por sus puntos,
Hicieron diligencias de cristianos,
Que fué rogar á Dios por los difuntos;
Y en el lugar do fueron descompuestos
Pusieron cuatro versos, que son estos:

*Hæc Cruz ostendit factatum sanguine litus
Gentis, quæ ignotus primum migravit ad Indos,
Sæpe preces longas pro vicis fundite, namque
Unius ob noxam cunctos mata tulerunt.*

Este lugar adornó
Aquesta cruz salerana,
Porque aquí se derramó
La primer sangre cristiana
Que al nuevo mundo pasó.

Con oración, con ayuno,
Sé por ellos importuno,
Y con piadosos modos;
Pues por la culpa de uno
Aquí perecieron todos.

ELEGIA III.

A la muerte de FRANCISCO BOYADILLA, donde ansimismo se cuenta cómo Colon continuó su descubrimiento, con otras muchas cosas que sucedieron en aquella sazón.

CANTO PRIMERO.

Engrandezca Melpómene su llanto
Con discursos de mas calamidades,
Alentando mi voz y ronco canto
En otra multitud de variedades;
Aunque no cantaremos tanto cuanto
Han menester particularidades,
Solamente daremos orden cómo
Se digan las que fueren de mas tomo.

Hecho pues por Colon el sentimiento
Que á los amigos muertos se debía,
Luego determinó buscar asiento
Donde poner la gente que traía:
Las velas manda dar al manso viento,
Por la banda del norte hace vía,
Hasta tanto que vió lugar decente,
Do sacó los ganados y la gente.

Puerto seguro fué donde procura
Largar las anclas y amainar la vela,
De buenas playas y cabal fondura
Para nave mayor que carabela;
Por entonces allí hacen cultura
De ciudad que llamaron Isabela,
A la contemplación que el nombre muestra
Por Isabel la santa reina nuestra.

Luego nombró de la mayor nobleza
Para regir personas fidedinas,
Y vista desta isla la grandeza,
Dió tierras á las gentes peregrinas :
En el Cibao hizo fortaleza
Para los que labrasen en sus minas ;
Dicha Santo Tomás, porque creyeron
Habellas desde que ya los ojos vieron.

Mandándole que dellas no se quite,
Para la defension de sus partidos,
Al alcaide don Pedro Margarite
Con cincuenta soldados escogidos ;
Y que para labrallas ejercite
Indios en tales usos instruidos,
Los cuales y ansimismo gente nuestra
Cada dia sacaban mejor muestra.

Todo lo necesario se les lleva
Para desentrañar estos veneros,
Y hecha dellos conuiente prueba,
A nuestros reyes hizo mensajeros ;
Un Pedro Gorvalán llevó la nueva
Con cantidad crecida de dineros :
Muéstranse favorables y propicios
A tan heróicos hechos y servicios.

Acabados de dar estos asientos,
El Hércules insine y animoso
Tomó de sus soldados los doscientos,
Consortio principal y valeroso
Para continuar descubrimientos,
Pareciéndole mal mucho reposo ;
Y para gobernar las demás gentes
Quedaron sus hermanos por tinientes.

Apartado Colon destos lugares,
Todos los españoles que quedaban
En sus repartimientos de solares
Con un vivo fervor edificaban,
No sin graves pasiones y pesares
De los indios, que todo lo notaban ;
Los cuales, viendo cosa tan de veras,
Dieron en no hacer sus sementeras.

A lo cual estas gentes conmovian,
Porque faltándoles mantenimientos,
Ansi los que de España se traían
Como los que ellos daban por momentos,
Los nuestros morirían ó se irían,
Viendo que perecian de hambrientos ;
Y ansi, por alfojar en su cultura,
Sobre todos cayó la desventura.

Porque los alimentos consumidos
Que de nuestra nacion por mar venían,
Para ser de los otros socorridos
Los nuestros á los indios acudían ;
Los cuales, por estar desproveídos,
De pestilencial hambre perecian.
¿ Qué palabras serán aquí bastantes
Para decir miserias semejantes ?

Pues á cualquiera parte donde fueres
Hallarás por los campos divertidos
Hambrientos los maridos sin mujeres,
Las mujeres hambrientas sin maridos,
Los hijos sin regalo, sin placeres,
De paternal regazo despedidos,
Chupados, consumidos, y de suerte
Que eran propio retrato de la muerte.

Bien como las abejas en enjambre
Yagaban, olvidados sus asientos ;
Sin alimento fresco ni fiambre,
Sin sentido, sin fuerzas, sin alientos :
Al fin, debilitados de la hambre,
Caían de quinientos en quinientos,
Tendidos por los campos y riberas
Por cebo de las aves carniceras.

No hizo mortandad tan gran cadena
En la ferocidad del rey Atiá,
Ni tanta por los campos de Ravena,
Gente que España y Francia recopila,
Ni turco por Belgrado ni Viena,
Cuando sus moradores aniquila,
Ni del gran Taborlán la brava hueste,
Cuantas aquí causó tan grave peste.

Pueblos pudieras ver sin moradores,
Que todos los dejaban y huían ;
Intolerables eran los hedores
Que purisimos aires corrompian ;
Y ansimismo los nuevos pobladores
No menos desventuras padecian ;
Pues sus mejores ratos y mas ciertos
Era hacer fosados para muertos.

Allí los arrojaban á montones,
Juntos los principales y notables.
¡ Oh cuántas quejas, cuántas maldiciones
Sonaban en la furia destos males,
Abominando todos los Colonos,
Por les hacer dejar sus naturales !
En tratos, en palabras, en figura
De hambre cada cual era pintura.

Traían los cabellos erizados,
Los ojos en las cuencas muy metidos,
Los labios en color amortiguados,
Los dientes descarnados, carcomidos :
Los cueros á los huesos van pegados,
De pálido color como teñidos ;
Sin ninguna cubierta las esillas,
Y claras y patentes las costillas.

Otros hubo tan gordos de hipatos
Como si prometieran nuevos partos,
Comiendo hasta suelas de zapatos
Con el grande hervor de verse hartos ;
Y consumidos ya perros y gatos,
Daban tras las culebras y lagartos ;
Sumos regalos eran los cories,
Hutias, mohuyes y quemies.

Al tiempo que lo tal acontecia
En el lugar que tengo referido,
Don Pedro Margarite padecia
No menos confusion en su partido ;
Pues de la poca gente que tenia
Las dos partes habian perecido,
Y creése por vello desta suerte
Que le pudieran indios dar la muerte.

Pues para defension no son cabales
En tiempo tenebroso ni con lumbre,
Mas dióle gran seguro destos males
Su buena condicion y su costumbre :
En ser bien quisto destos naturales
A quien no consintió dar pesadumbre,
Pues viendo que comida no tenian,
No les importunaban, ni pedian.

Pero viéndolo tan enflaquecido,
Secas y consumidas las mejillas,
Un indio principal, de comedido,
Le presentó dos vivas tortolillas ;
Mostrósele muy bien agradecido,
Dando por recompensa mil cosillas ;
El indio no las dió con tal intento,
Mas en efeto se volvió contento.

Viendo las pajarillas y presente,
Entre tanto que Dios mas proveyese,
Fué muy importunado de su gente
Las mandase matar y las comiese,
Y que se holgarian grandemente
De que por ellos esto se hiciese,
Pues era poco cebo para uno
Y para tantos menos que ninguno.

En esta tempestad que tantos doma
El mosén Pedro dijo como bueno,
« Pues todos padecemos la carcoma,
No es justo proveer un solo seno,
Y que mireis vosotros, y yo coma,
Y esteis todos vacíos é yo lleno. »
E luego por un término galano
Soltó las tortolillas de la mano.

No van las tortolillas al desgaire
Estendiendo sus alas por los vientos,
Antes con lherisimo donaire
Volaron y dejáronlos hambrientos ;
Y todos con los papos llenos de aire
Quedaron como hartos y contentos,
Encareciendo de comun sentencia
Su valor, su virtud y su prudencia.

Entre las otras cosas sucedidas
 Donde estaban las otras compañías,
 Flacas, atribuladas y afligidas,
 Con hambre de gran número de días,
 Un hombre padeció graves heridas
 Dadas por un mancebo, Miguel Diaz,
 El cual tuvo por bien, visto su cargo,
 Hacerse por los montes á lo largo.

Huyendo por aqueste desatino
 La pena del delito recelando,
 Por tierras nunca vistas peregrino
 De gentes enemigas confiando,
 A la parte de sur hizo camino,
 Isla de mar á mar atravesando,
 Adonde halló gente mas lucida,
 Muy sana y abundante de comida.

Por las orillas va de fresco rio,
 Bien puesta poblacion y populosa,
 De cierta mujer es el señorío
 No menos avisada que hermosa:
 Parecióle ya grande desvario
 Jornada tan al claro peligrosa;
 Pero viéndose dentro de la danza,
 Destos salvajes hizo confianza.

La hambre lo sacó de la montaña,
 Cuyos extremos son muy atrevidos,
 Los indios de ver cosa tan estraña
 A gran admiracion son conmovidos:
 Con señales de paz los desengaña,
 Y con grandes suspiros y gemidos,
 Haciendo conocer por los meneos
 Su gran necesidad y sus deseos.

Los indios lo bajaron de aquel viso
 No sin alborotada compañía,
 Deseando del tal tener aviso
 Si viene contra ellos por espia;
 Diéronle de comer como lo quiso,
 Cosa que bien al caso le hacia,
 Y con el gran rumor que se publica
 Lleváronlo delante la cacica.

El cual, con una muestra mesurada,
 Por señas ofrecia su servicio,
 Y es cierto que después de su llegada
 En estas gentes hubo gran bullicio;
 Porque por ser preseas señalada
 Quisieran hacer della sacrificio;
 Pero la dicha reina destas gentes
 Mirábalo con ojos diferentes.

Pues con gran aficion de su captivo
 Juzgaba por pesado desconcierto
 Matar al miserable fugitivo
 Que viene por hallar seguro puerto;
 Y deseaba mas gozallo vivo
 Que por sus santuarios vello muerto:
 Es mozo, gentil hombre, desbarbado,
 Y así quiso tomallo por criado.

Favorecia mucho su partido,
 Y libre ya del mal que represento,
 Mostróle por semblante conocido
 Su muy libidinoso pensamiento;
 Finalmente, tomollo por marido,
 Y celebró con él su casamiento,
 Y el tiempo que duró peregrinando
 En ella y en sus tierras tuvo mando.

Dijole que hiciese paz y guerra
 De preseas, riquezas y tesoro,
 Descubrióle secretos de la tierra
 Y entre ellos caudalosas minas de oro;
 Notaba de los llanos y la sierra
 Su gran fertilidad y su decoro,
 Y el dicho Miguel Diaz grandemente
 Deseaba traer allí su gente.

En aprender vocablos cada dia
 Vivía con grandísimo cuidado,
 Ella con gran regalo le servia,
 Y fué por su respeto respetado;
 Mas aunque por extremo la quería
 Deseaba salir de mal estado,
 Y de tan gran grandeza dar noticia
 Con alcanzar perdon de la justicia

Andando pues con este presupuesto
 Buscaba coyunturas y sazones
 Para por algun modo bien compuesto
 A la india decir sus intenciones;
 Ella que via bien su triste gesto,
 Le dijo: «si valiesen mis razones,
 Grande deseo tengo que me digas
 La causa de tus penas y fatigas.»

El Miguel Diaz dijo: «pues, señora,
 Mi tristeza tenéis tan conocida,
 Yo conozco que sois merecedora
 De principes, y dellos ser servida;
 Pero Miguel cristiano, Haxa mora,
 Entrambos juntos hacen mala vida,
 Es menester que cumplas mi deseo
 Creyendo firmemente lo que creo.»

Ella le dijo: «luego se concluya
 Aquello que, señor, por bien tuvieres,
 Para que tu salud no se destruya,
 Y de mi voluntad no desespere
 Creyendo ser ajena de la tuya;
 No queriendo yo mas de lo que quieres,
 A tí cumple decirme de qué suerte,
 Que yo te seguiré hasta la muerte.

«El efeto tenemos entre manos,
 Si quisieres mostrarte diligente
 En ir á llamar luego tus hermanos
 Llevando compañía de mi gente;
 Porque teniéndolos aquí cercanos
 Yo los sustentaré bastantemente,
 Que bien sé cómo viven y sus modos,
 Y cómo ya de hambre mueren todos.»

Pues como la cacica respondia
 Con lo que Miguel Diaz tiene gana,
 Semejantes palabras le decia
 Con rostro y apariencia cortesana:
 «¿Cuándo podré servir, señora mia,
 Oferta de merced tan soberana?
 De mas de que la vida que sostengo
 Es vuestra, pues que yo por vos la tengo.

«Quiero cumplir aquese mandamiento
 Para poder gozar merced tan llena,
 Que yo sé que vernán en el momento,
 Y todos lo ternán á dicha buena;
 Con ellos no terné detenimiento
 Por me tirar acá de la cadena.»
 La india se holgó de la respuesta,
 Y mucha gente hizo luego presta.

Aderezóse buen matalotaje
 De joyas y preseas, ricos dones,
 Por ablandar la furia y el coraje
 Que contra él tenían los Colonos;
 Púsose con los indios en viaje
 No sin dolor de entrambos corazones,
 Y como fué por via bien guiada,
 En pocos dias hizo la jornada.

Con oscuro llegó como discreto,
 Y atrás dejando gente que llevaba,
 A tales intenciones va sujeto
 De primero saber lo que pasaba;
 Y aquel con quien trató de su secreto
 Cualquiera sinsabor aseguraba,
 Porque su contendor estaba sano
 Y sin necesidad de cirujano.

Destos negocios bien asegurado
 Y cierto de la vida del paciente,
 Luego se vió con el adelantado
 Bartolomé, caudillo desta gente;
 Que como de su casa fué criado,
 Fué luego perdonado blandamente,
 Y hizo, dando fin á novedades,
 Entre los enemigos amistades.

Hechas aquestas cosas, otro dia
 Que después desta noche fué siguiente
 Llegó la gran caterva que traia
 Con el necesarísimo presente:
 Alentóse la triste compañía
 Con muestra de comida tan patente,
 Al Miguel Diaz dueñas y varones
 Echaban un millon de bendiciones.

Dió mas á los Colonos embajada
De parte de su dama la cacica,
Y en totuma de oro bien labrada
Muestra de mina grandemente rica,
Y para la nacion desconsolada
Hartura y abundancia les publica;
Y así por ver socorro tan divino
Deseaban volar este camino.

A cabo ya de tres ó cuatro días
Que dió la relacion tan verdadera,
Bartolomé Colon con Miguel Diaz
Determinaron ir á la lijera,
Por no mover aquestas compañías
Sin hallar los asentos y ribera;
Fueron también soldados codiciosos
Y fray Buil con ciertos religiosos.

Caminaron por pasos conocidos
De quien guiando va por la floresta;
Fueron por el camino proveidos
Siempre con abundante mesa puesta:
Llegados todos fueron recibidos
Con grandes aparatos y gran fiesta,
Las calles y las plazas enramadas
Y de flores y rosas tapizadas.

Ver la señora luego se procura
Dentro de su cercado de dos puertas,
A quien no le faltaba hermosura
Con un no sé qué don de gracias ciertas:
Cubierta por de yuso la cintura,
Las demás proporciones descubiertas,
Muy llena y adornada su persona
De lo que por acá llaman cacona.

Allá por ciertas formas los copetes
Compuestos por encima de la frente,
Que parecían crestas en almetes,
Sembrada mucha perla trasparente;
En los molledos ricos brazaletes,
Fino collar con águila pendiente,
Riquisimos pomares de chaquiras
Con piedras esmeraldas y zafirás.

Habia muchas dueñas y doncellas
En la casa real, que la servían,
Y eso me da las feás que las bellas
Por el mismo nivel se componían;
Y así generalmente todas ellas
De grande desengaño se vestían,
Pues no cubrían sayas ni ropones
Las buenas ó las malas proporciones.

Entrando pues Colon al aposento
Con aquella no vista compañía,
Ella los recibió con el contento
Y término que vió que convenia,
Sin le faltar razon ni cumplimiento
De llena y acabada cortesía;
Y estas primeras vistas acabadas,
A todos hizo dar buenas posadas.

Otro día la vieron ansimismo,
Y el padre fray Buil, como debia,
Dijo las excelencias del batismo
Por un indio ladino que traia,
Con aquella razon de catecismo
Que tan alto negocio requeria;
Ella mostró contento de sabello,
Y sintió bien y estuvo bien en ello.

Puesta con contrición en buen camino,
El sobre dicho padre determina
De dalle sacramento tan divino
Y de llamalla doña Catalina;
Bartolomé Colon fué su padrino;
Honróse de la gente peregrina,
Regocijense los padres y los hijos
Con bailes y con otros regocijos.

Acabada la fiesta y el sarao,
Determinó la nueva convertida
De enviar á las minas del Cibao
Gente con abundancia de comida,
La cual acompañó micer Girao
Con gente nuestra bien apercebida,
Y fué necessarísimo convite
Al noble mosén Pedro Margarite.

T. IV.

Después de socorrer estos varones
Con fortuna mejor y mano diestra,
Conocidas las grandes aficiones
De que los dos amantes hacen muestra,
El fray Buil les dió las bendiciones
Por orden de la Iglesia madre nuestra,
Y fueron los mestizos que este tuvo
Los primeros que en estas tierras hubo.

Visto por el Colon ser todo cierto
Lo que mis breves versos han contado,
Determinó también mirar el puerto,
Y lo halló ser bien acomodado;
Hizo con la cacica su concierto
Para traer su pueblo fatigado,
Con que el río tuviesen de por medio
Hasta poder hallar mejor remedio.

Pues como quien padece gran aprieto
Con larga dilacion se desconsuela,
Bartolomé Colon, como discreto,
En socorrer los suyos se desvela;
Y para dar el orden con efecto
Determinó volver á la Isabela,
Haciendo cortesana despedida
Del Miguel Diaz y de su querida.

Recebió de la india ricos dones
Ansí de oro como pedrería;
Tuvo sus cumplimientos de razones,
Ni cortos ni de grande demasia;
Dióle regalos, dióle provisiones,
Y para las llevar gran compañía,
Con la cual, que sus pasos fué guiando,
Llegó donde lo estaban esperando.

Dió nuevas á la gente castellana
Diciendo: «ya cesó la desventura,
Pues habemos hallado tierra sana
Y llena de grandísima hartura;
Por tanto disponeos de mañana
Para ir á hacer nueva cultura,
Desterrando de vos toda tristeza,
Pues tenéis entre manos gran riqueza.»

Aquel que mas entonces desconfia
Despierta con tan buena confianza;
No se puede decir el alegría
Que el pueblo recibió de su mudanza;
Y para ir á ver lo que decia
Cualquiera brevedad era tardanza;
Pues al son de los sonos que esto cantan
Hasta los mas enfermos se levantan.

Como presos que en cárcel envejecen
Estando detenidos tras las redes,
Esperando las penas que merecen
Sin otra confianza de mercedes;
Y en un momento todos desaparecen
Si por ventura rompen las paredes,
Y no les dan fatigas ni cuidados
Las mantas y colchones rezagados;

Ansí por ir en ciertas carabelas
Porque por mar hacían el viaje,
Dejaban setecientas alhajuelas
Sin querer esperar otro pasaje;
Antes apriesa dan todas las velas
Hasta que ya llegaron al paraje,
Donde surgieron quinto dia justo
Del mes que nos nombró César Augusto.

El año fué de mil y cuatrocientos
Con otros cuatro mas sobre noventa;
Desembarcaron todos muy contentos
En la parte que ya se representa:
Puerto bien amparado de los vientos
Y poco combatido de tormenta,
Y aquella gran distancia de ribera
Labrada y cultivada donde quiera.

Ozuma por allí tiende su boca,
Y hace la ciudad bien proveída,
Y hoy es imperio donde se convoca
Incógnita nacion ya conocida;
Rodeála la mar con fuerte roca
Que de sus bravas ondas es herida,
Santo Domingo ponen al asiento,
Porque tal día fué su fundamento.

3

Comienza cada cual con prestas manos
De fabricar adonde se metiese,
Y allí se recogieron los hispanos
Por querer la cacica que así fuese:
Pero por movimientos soberanos
Colon no quiso que permaneciese,
El almirante digo, y sus soldados,
Que vino después destos ya mudados.

Holgó de las mudanzas y concierto
Hecho con Catalina la cacica;
Gran contento le dió también el puerto,
Y muestra de oro grandemente rica;
Dió cuenta cómo había descubierto
La isla que se dice Jamaica,
Y otras muchas que no son memoradas
Por ser secas y desaprovechadas.

Después que descansó con sus varones
Dejó por algún tiempo los navios,
Por calar mas adentro los rincones
Y desta isla ver los señorios;
Descubrió prepotentes poblaciones,
Magníficas riberas, ricos rios,
Y luego consultó con sus hermanos
Poblar otros dos pueblos de cristianos.

El uno fué la villa de Bonaó,
Y el otro Santiago de la Vega,
Donde fué capitán micer Girao,
Y catedral iglesia se congrega;
Sacó de los peligros del Cibao
Al noble mosén Pedro su colega,
Mas por alcaide de la fuerza queda
El capitán Alonso de Hojeda.

Ordenadas las cosas en que toco
Segun la brevedad nos encamina,
Al pueblo de la Ozama me convoco,
Do Cristóbal Colon se determina
Que dél se pasen todos poco á poco
A la parte de doña Catalina;
Mas el efeto principal fué cuando
Ya gobernaba Nicolas de Ovando.

Mas comenzó Colon la tal mudanza
A las otras riberas de la Ozama,
Debajo voluntad y confianza
Del dicho Miguel Diaz y su dama,
Por ser asiento de mejor templanza
Y que por mas llanura se derrama;
Y así hicieron en aquel asiento
Casas con mas zanjado fundamento.

El bosque su lugar desembaraza,
Escómbranse las playas destos mares,
Dan á su poblacion graciosa traza,
La gente principal y populares,
Señálase la iglesia, dase plaza,
Repártense por orden los solares:
En los cuales andaban negociados
Capitán, escuadrones y soldados.

En esto colocaban pensamientos,
Porque la principal plática era:
«Terná mi casa tantos aposentos —
Aquí será zaguán, allí escalera.»
Otros andan abriendo los cimientos,
Otros acarreaban la madera,
Otros igualan sabios oficiales
Y buscan necesarios materiales.

No se ve por allí floja la mano
De la mayor edad ni mozo tierno,
Porque ya por la sierra, ya por llano,
O van ó vienen con hervor eterno,
Ansí como hormigas en verano
Buscando los sustenios del invierno:
Bajos y altos, rústicos, discretos,
A la justa labor están sujetos.

Vereis llenos caminos y calzadas
De hombres naturales y novicios,
Vereis en muchas calles señaladas
Usarse diferentes ejercicios,
Vereis levantar casas torreadas,
Vereis crecer los altos edificios,
Vereis cómo la isla se hacia
Principio desta nueva monarquía.

Vereislos ansimismo mal parados
Con males que la nueva tierra cria,
Vereis algunos tiempos ya pasados
Volver á su lozana gallardía,
Vereis arastrar sedas y brocados
De que galán y dama se vestía,
Vereis ir en aumento los caudales
Y las sagradas rentas y reales.

Vereis labrar madera con estremos,
Talar el alto monte y arboleda,
Traella por la mar con vela ó remos,
O ya con torpe rastra, ya con rueda;
Pero porque después proseguiremos
Desta ciudad ilustre lo que queda,
Vamos á lo que mas en pronto llevo,
Haciendo para ello canto nuevo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta las revoluciones que hubo en la Española entre Colon y los que allí estaban, y cómo las reyes proveyeron sobre ello, y lo que mas aconteció en las guerras que de indios tuvieron.

No les puede dañar benevolencia
A los que fueron bien afortunados;
Mas tengo yo por cierta la sentencia
Dicha por los presentes y pasados,
Que prósperos sucesos con prudencia
Pocas veces están acompañados;
Y en estos menos veces hay mudanza
Guiando sus negocios con templanza.

Esta dicen faltar á los Colonos;
Pues como sus riquezas van creciendo,
Y van en crecimiento hinchazones,
Mil buenos alientando y abatiendo;
Y así las españolas condiciones
Con llena libertad de gran estruendo
Formaban cada día gran querrela,
No sé si con razon ó fuera della.

Mas sé que de las tales turbaciones
Y pesadumbre que se padecía,
Hubo muertes, azotes y prisiones
Que el doto fray Buil reprehendía,
Pareciéndole mal las sinrazones
Y aquel rigor notable que corría;
Encontráronse todos ellos luego
Avivando las llamas deste fuego.

Pues visto no bastar reprehensiones
Para templar aquellos movimientos,
Con entredichos y descomuniones
El fray Buil seguía sus intentos;
Para satisfacerse los Colonos
Privábanlo de todos alimentos;
Unos y otros andan de mal arte,
Y con harta pasión de cada parte.

No falta susurron que el fuego ceba,
Y así prevaleciendo desafueros,
Las orejas del rey tocó la nueva
Dada por diferentes mensajeros;
Mas como no constó bastante prueba
Por tener cada parte sus terceros,
El rey mandó venir á Joan Aguado,
Que no lo fué para cualquier cuidado.

El rey le dió sus cartas de creencia,
Poder para las causas copioso
Despachóse con grande diligencia,
Por ser perjudicial mucho reposo;
Despidióse de la real presencia,
Prosigue su viaje trabajos,
Vidose con la gente descontenta
Año de cinco sobre los noventa.

Pregónanse reales provisiones
Con otros bastantísimos recados,
Obedecido fué destos varones,
Ansi de libres como de culpados;
Hizo con rellitud informaciones
Con hombres buenos desapasionados,
Resultaron de las litispencias
Contra Colon algunas impaciencias.

El Joan Aguado, visto que le daña
Al Cristóbal Colon algun mal seso,
Mandó que se partiese para España
Y en corte se presente como preso;
Desto se recibió pasion estraña
Por la balanza del contrario peso,
También, aunque por términos mejores,
Fué fray Buil y otros competidores.

Partieron finalmente destos mares,
Las inquietas ondas navegando,
Y delante los reyes singulares
Llegó Colon y su contrario bando;
Tuvieron muchos dares y lomares
Ante la majestad del rey Fernando;
Fué Cristóbal Colon reprehendido
Y á su primer honor restituído.

En tanto que el Cristóbal padecía
Estas inquietudes y vaivenas,
Bartolomé Colon acá regia
Siendo coadjutor Roldán Jimenez,
Entre los cuales no menos había
Algunos sinsabores y desdenes,
Porque las cosas que Roldán ordena
Bartolomé por malas las condena.

Conocidos aquellos movimientos
En las parcialidades de los nuestros,
A las armas dirigen sus intentos
Caciques poderosos y hombres diestros,
Creyendo que serán sus vencimientos
No dudosos, oscuros, ni siniestros,
Siendo desta consulta la persona
De aquella gran mujer Anacaona.

Aquesta fué mujer de Coanabo,
Hermana del cacique Bebechio,
Querida destos dos por todo cabo
Y respetada del demás gentío;
Y aunque de castidad fué menoscabo,
Para guerras no tuvo pecho frio;
Esta pues, el negocio conocido,
Determinó hablar á su marido.

« ¿ Es posible tener tanta blandura
Los tristes y afligidos corazones?
¿ Es posible que pierda coyuntura
Venganza de tan grandes sinrazones?
¿ Y que para matar á gente dura
De la mano solteis las ocasiones,
Siendo la mayor parte dellos idos,
Y los que restan ya mal avenidos?

» Volved, volved las armas á las manos
Y cóbrese la libertad perdida,
Acaben crudelísimos tiranos,
Causadores de nuestra mala vida;
Esfuércense los mozos y los canos
Para tomar enmienda merecida;
Porque si buscan horas convenientes
Mejores no las hay que las presentes.

» El campo tienen ellos por seguro,
Pues de nosotros nadie se recela,
Solamente se velan con oscuro,
Y aun esto con turbada centinela;
Aquellos baluartes de su muro
Bien puede deshacellos la candela;
Quitemos de nosotros esta plaga
Antes que mas por tiempo se rehaga.

» Si muerte temporal estais temiendo
Con juicios de vanas opiniones;
Y ¿ qué mayor que estar siempre muriendo,
Con tantas y tan grandes afliciones?
¿ No veis cómo nos vamos consumiendo?
¿ No veis desiertas nuestras poblaciones?
¿ No veis lamentaciones de viudas
Y casadas, de todo bien desnudas?

» ¿ No veis todas las sierras y los llanos
Llenas de calaveras y de huesos,
De hijos, y de padres, y de hermanos,
Muertos en tan tiránicos escesos?
¿ Qué diré de los vivos y los sanos,
Cuyos agravios vemos mas espresos,
Pues que de muerte son sus esperanzas,
Sirviéndoles en minas y labranzas?

» Oh grave sujecion, oh gran afrenta
Para quien libre della se gozaba!
¿Cuál es el corazón que no revienta
Llorando?» Y aun también ella lloraba
Al tiempo que estas cosas representa,
O ya de compasion, ó ya de brava;
De tal suerte, que el indio su marido
De su persuasion quedó vencido.

Doliéndose de vivos y defuntos
Y de la sujecion de nuestras leyes,
Concertáronse pues en breves puntos,
Para dar libertad á tantas greyes;
Y sin mas dilacion partieron juntos
A convocar los principes y reyes,
Con determinaciones mal seguras,
Pues no daban seguro sus venturas.

Hay en la gran provincia de Jaragua,
Entonces de grandísimo gentío,
Un bello y admirable lago de agua
Cerca del cual moraba Bebechio,
Hermano de la ninfa que esto fragua
Y rey de muy estenso señorío,
Belicoso varón, sabio, prudente,
Y en valor de riquezas eminente.

Y estando por ventura descuidado
De semejantes guerras y pasiones,
Llegaron la hermana y el cuñado
A darle cuenta de sus intenciones;
Y para perfeccion de lo tratado
Ella supo decir tales razones,
Que pudo despertar para su hecho
Olvidados furoros en su pecho.

Holgóse de lo ver Anacaona
Con tan impetuosos accidentes,
Y de cómo juró por su corona
De convocar sus deudos y parientes,
Y de no le faltar por su persona
Con dos ó tres mil buenos combatientes;
La cual, visto que estaba de su banda,
Por otros reinos lleva su demanda.

Otro lago demás de lo que cuento
Hay en las altas sierras encumbradas,
Donde Nizao hace nacimiento,
Las orillas del lago des pobladas
Por el alborotado movimiento,
Y voces espantosas, mal formadas;
La terribilidad del cual estruendo
A todos los mortales es horrendo.

Es tal aquel murmurio, que no pueden
Comportar sus ruidos los humanos,
Ni menos entender de qué proceden
Las voces los vecinos comarcanos;
Y aun el dia de hoy también esceden
Los mas altos ingenios castellanos,
Y huyen con recelo de la pena
De llegar á la parte donde suena.

Mas dos se concertaron cierto dia
De ver aqueste lago muy de veras:
Un hidalgo llamado Joan Mejia,
Con otro mozo Pedro de Lumbreras;
Fueron aquestos dos en compañía
Subiendo las aspérrimas laderas;
Y aquel ruido, como vocería,
Cuanto mas se llegaban mas crecía.

Con ruido de tanta pesadumbre
El Mejia paróse de turbado,
El Pedro de Lumbreras con mas lumbre
Hizo su paso mas apresurado,
Hasta que ya llegó sobre la cumbre
Y vido bien el lago memorado,
Tiempo que dijo tres veces el credo
Con gran temor y descompuesto miedo.

Tendió la vista por los derredores;
Pero no vido mas que el agua y cielo,
Y las terribles voces y clamores
Que le hacian erizar el pelo;
Crujiante los dientes con temblores,
Y así se bajó luego con recelo,
Al lugar do dejó la compañía,
Del cual bajaron ambos á portía.

Las tierras pues del lago temeroso
En aquella sazón señoreaba
Un Biautex, cacique poderoso,
A quien la isla toda respetaba ;
Aquí llegó Coanabo congajoso
Con la mujer insigne que llevaba ;
Fueron de Biautex bien recibidos
Y muy acariciados y servidos.

Después de grandes siestas y comida,
La gran Anacaona representa
La causa principal de su venida,
Dando de todas cosas larga cuenta,
De su disminución, de su caída,
Pérdida general y gran afrenta,
Ocasión que tenían de presente
Para poder matar á nuestra gente.

Fueron tan eficaces persuasiones
Las desta reina contra los cristianos,
Que no sin furiosas turbaciones
El indio se hería con sus manos ;
Dióse de golpes, dióse bofetones
Despedazando sus cabellos canos,
Y en efecto promete de soldados
Tres mil ó cuatro mil bien pertrechados.

Esto concluso con tan buena mano,
Fueron á Guarionex, indio potente,
Cacique que mandó todo lo llano
Siendo su general y su teniente
Mayor Banex, del Guarionex hermano,
Para cualquiera guerra suficiente,
El cual formaba ya sus escuadrones
Movido de las mismas intenciones.

El Coanabo con su compañera
Dejando prevenida va la sierra,
Holgaron en grandísima manera
De ver los de los llanos tan de guerra ;
Mayormente que fué la mas guerrera
De todas las provincias de la tierra .
Y el Guarionex con toda su potencia
Los recibió con gran benevolencia.

Dióles por su trabajo grande loa
Y dijo : « Los demás, señores míos,
Déjamelos á mí de popa á proa,
Que yo tengo por cierto sus avisos ;
Pues Goaga Canari y Cayacoa
Me consta no tener menores bríos,
Antes están metidos en la danza,
E ya con gran pesar de la tardanza.

» Y pues mandáis tan bravas señorías
De los ciguayos, gentes inhumanas,
Despierten las antiguas valentías
De sus potentes arcos y macanas,
Y estemos todos de hoy en veinte días
Juntos en estos campos y zavañas,
Do, como cada cual su gente tenga,
El orden se dará que mas convenga. »

Habiendo bien oído los intentos
De cosas que á las suyas no son varias,
Y hechos cortesanos cumplimientos
Por razones que van aquí sumarias,
A sus reinos se fueron muy contentos
A prevenir las cosas necesarias,
Y de los que llamaron fué primero
Un Uxmatex, su general guerrero.

Aqueste capitán era bisojo,
De tal suerte, que siempre parecía
Que estaba con furor de gran enojo
Segun el mal aspeto que tenía ;
Finalmente, miraba de tal ojo,
Que quien mas lo trató mas lo temía,
Y el Coanabo le hablaba largo
En las cosas tocantes á su cargo.

El Uxmatex llamó las compañías
Que tenían lugares diferentes ;
Ocurren luego por diversas vías
Crecidísimo número de gentes ;
Allegáronse pues en pocos días
Ocho mil escogidos combatientes
Ciguayos, que hallaron los cristianos
Descender de caribes comarcanos.

También del Coanabo que regia,
Ser natural caribe se pregona
Y en esta isla por su valentía
Y excelente valor de su persona
Alcanzó los imperios que tenía,
Y por mujer la gran Anacaona,
Del cual nunca se supo que perdiese
En guerras y contiendas que tuviese.

Haciendo pues Coanabo su consulta
Con este capitán de furia brava,
Y congregada ya la turbamulta
Que los vecinos campos ocupaba,
No le pudo tal guerra ser oculta
Al capitán Hojeda donde estaba,
En el Cibao desde donde quiso
A los otros cristianos dar aviso,

Diciendo que venían á matallos
Un número de gentes increíble ;
Por tanto que viniesen á librallos
En la furia de trance tan terrible :
Vinieron pues peones y caballos
Aquella cantidad que fué posible ;
Preparóse de muchos alimentos,
Y esperaba los indios por momentos.

Visto por Coanabo que el guerrero
Hojeda se prepara de tal arte,
Determinó de dar allí primero,
Y allanar aquel fuerte báñarte,
Sin temor de los golpes del acero,
Ni dar á Guarionex ni á otra parte,
Consejo de Uxmatex, por dar la gloria
Al Coanabo de cualquier victoria.

Convocó capitanes y varones,
Hizo hacer alardes y reseñas,
Visitó las guerreras municiones
Con rigor ó palabras halagüeñas,
Mandó poner en orden escuadrones,
Con los ojos y manos hizo señas,
Atenciones captando desta gente,
La cual atenta, dijo lo siguiente :

« Valerosos guerreros, gentes mías,
Bien creo que terneis en la memoria
Que en todas nuestras guerras y porfías
Jamás hemos perdido la victoria ;
No quiero recitar las valentías,
Pues á todos os es cosa notoria,
Que de todos los del contrario bando
Ningunos se nos fueron alabando.

» Y aunque eran guerras por las sementeras
Y términos de pescas y labranzas,
Por donde las personas mas enteras
Perdían sufrimientos y templanzas,
Agora van las cosas mas de veras,
Y corren mas peligro las tardanzas,
Y se debe guardar mas la mollera,
Por no ser los contrarios como quiera.

» Porque bien entendeis no ser ignavos,
Sino sagaces, sabios, diligentes,
Astutos, ferocísimos y bravos,
Con tan grandes extremos de valientes,
Que pretenden hacernos sus esclavos,
No deudos, no consories, no parientes ;
Antes serán los ciertos galardones
Morir en miserables sujeciones.

» Pues para refrenar la tiranía
De tan cudiciosísimos tiranos,
Entre tanto que dura la porfía,
Es menester que os auden bien las manos
Agora quiero yo la valentía,
Las fuerzas y los hechos soberanos ;
Aquí quiero que buenos se señalen
Y muestren los valientes cuánto valen.

» Animen á caídos dulces prendas
De hijos y mujeres atligidas ;
Anime la defensa de haciendas
En vuestras propias tierras adquiridas ;
Animense de ver que las contiendas
Son por guardar las honras y las vidas,
Y que va la razón de vuestra banda,
Pues no lleváis injusta la demanda.

» El esfuerzo pasado se renueva
Con aumento mayor de valor nuevo,
El cual terná cualquiera que se mueve
Con el justo dolor que yo me muevo;
Y entonces cumplirá con lo que debe,
Y verá que yo cumpla lo que debo;
Pues de los golpes destes desafíos
Verá cómo primero son los míos.

» Así que, pues que todos estáis prestos,
Y cada cual bien puesto y ordenado,
Querria no perdiédeses con estos
Lo que con los demás habeis ganado:
Vengad vuestras injurias y denuestos,
Veamos este fin tan deseado,
Que contra cantidad tan importuna
A pocos mal ayuda la fortuna.»

Con aquestas razones que recita
Este señor, á su feroz alarde,
A tan inmensa saña los incita
Que concibió furor el mas cobarde:
El campo se hundia con la grita
Diciéndole que mas no se detarde,
Porque verá la cosa cómo pasa
Desde que tengan las manos en la masa.

Anacaona, que en los trances tales
Tenia su lugar harto cercano,
Llamó los capitanes principales
Y dióles ciertas flechas de su mano,
Con las puntas de agudos pedernales
Que rompen y traspasan lo mas sano,
Diciendo: «pues la doy á quien bien miro,
No deseo que hagan flaco tiro.»

Llenos de las mercedes y favores
Que sabia hacer Anacaona
Á estos principales y señores
Con el autoridad de su persona,
Avivanse las sañas y furoros,
Y con lo que qualquier de sí pregona,
Ninguna cosa mas es deseada
Que la gran brevedad de la jornada.

Concebidas pues estas valentias
El Uxmátx que dije, medio tuerto,
Luego mandó marchar las compañías
Puestas en gentil orden y concierto,
Llevando por delante sus espías
Y gente que descubra lo cubierto:
Ampare Dios las gentes castellanas
De tantos dardos, flechas y macanas.

Como la sazónada y ancha haza
Que recompensar quiere las fatigas,
De quien tales labranzas embaraza,
E ya le son las aguas enemigas,
Porque por el descurso desta plaza
Encubren secas raspas las espigas,
Y ellas, terrones, yerbas y otras piezas
Sin que podáis mirar sino cabezas;

Destá misma manera parecía
La gran congregación destos salvajes;
Pues de los campos nada se veía
Sino cabezas, rostros y plumajes,
Con aquella potente flechería
De que llenos venian los carcajes,
Y dardos acutísimos tostados
Piernas, brazos y rostros embijados.

Prosigue pues Coanabo su camino
Con gente de tan áspera braveza,
Marchando hasta tanto que ya vino
A vista de la dicha fortaleza;
Pero después diremos lo que avino
En el combate lleno de dureza:
El aprieto y angustia de los nuestros,
Maravillas y lances de hombres diestros.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo tuvo Coanabo cercada la fortaleza, y lo que sucedió durante el cerco y después que los indios se retrajeron.

Suele desbaratar pobre vecino
El hombre poderoso comarecano:
La gran pujanza vence lo mas dino
Si no tiene socorros á la mano;
Mas do quiera que hay favor divino
Nada puede valer tropel humano,
Pues cuando su potencia viene presta
Abátese la lanza mas enhiesta.

Con aquestos respetos al Hojeda,
Cercado de tan áspera pujanza,
Puesto que para furia tan aceda
Jamás mostró desmayos á su lanza,
El principal remedio que le queda
Es en Dios una viva confianza;
Y así, cuando la gente parecía,
A los suyos riendo les decía:

«Cantidad de gandules hay al ojo
Que no distan de nos gran intervalo;
Mas no teneis por qué tomar enojo
De lo que yo recibo gran regalo,
Pues con lo que cogierdes del despojo
Podemos desechar el pelo malo;
Aguilas de oro traen por gorgueras,
Ricos carcuries y orejeras.

» Presto se tenderán por plaza rasa,
Con pena de la rústica cuadrilla,
Sus altos chapiteles serán basa
Y el basto ganaréis con espadilla,
Porque lo que quereis traen á casa,
Y por lo que venistes de Castilla:
Atrevimiento son malas enmiendas;
Pagarán con personas y haciendas.

» Apriete cada cual entrambos puños,
Haciendo lo que vierdes á Hojeda,
Porque si sienten bien nuestros rasguños,
Pavones son que desbarán la rueda,
Y aun dejarán metal para los cuños,
Viendo cómo se bate la moneda:
Muy follonazos vienen y muy locos;
Pero yo les haré que vuelvan poros.

» Poca pena me dan las gentes rudas
Ni sus desatinados alborotos,
Pues donde las espadas son agujas,
Y los hierros de lanza nada botos,
No hay para qué temer gentes desnudas,
Ni de risa y placer estar remotos:
Cárguense los tres versos y la pieza,
Que al fin han de llevar en la cabeza.

» Las rodelas y armas estén prestas,
Soldados repartidos por sus trechos,
Requíeránses las cuerdas de ballestas,
Estén á punto todos los pertrechos,
Guárdese cada cual de las molestas
Flechas en los amparos que están hechos;
Y cuando con furor ellos empiecen,
Harémosles la salva que merecen.»

Mostraba finalmente gran contento
Cuando palabras tales le decía;
Mas era diferente sentimiento
El otro que de dentro padecía,
Por ver aquel tumulto turbulento
Y el orden y concierto que traía,
Porque bien entendia ser de loco
A tanta multitud tener en poco.

Llegaron pues los indios, y á sabiendas
Rodearon la fuerza que ya cuento,
Y antes que se comiencen las contiendas
Formaron á su gusto el asiento:
Hacen aprieta ranchos, arman tiendas,
Sin ponelles algún impedimento,
Y como ven que callan los cristianos
Piensan de los tomar vivos á manos.

Como les pareció que convenia,
Nombran velas segun guerreras artes:
Gastaron el restante de aquel día
En ojear los fuertes baliartes:
A mas andar la noche se venia,
La cual velaron bien entrambas partes,
Dando peor que gente de mezquita
Al rendir de los cuartos grande grita.

Los vaporosos nublitos apartados
Que suele producir noturna hora,
Cuando ya por los montes ensalzados
Tiende sus ojos bellos el aurora,
Ilustrando los campos y collados
De aquellos hemisferios donde mora;
Coanabo mandó sin que discorden
Que sus gentes se pongan en buen orden.

Allega luego Goacayarima,
Varon en estos trances bien instruto,
Después del Uxmatex de gran estima,
Vina Pani también, varon astuto,
Y Amiguayagua, de flecheros prima,
Con aquel gran varon dicho Baoruto,
Y el otro que se dijo Guarocuya,
Cada cual con la gente que era suya.

Venian con aquel hervor ardiente
Que hambriento leon tras el ganado,
Componiendo las armas y la gente
En el puesto que tienen señalado;
Andaba Coanabo diligente
Y el Uxmatex también con gran cuidado,
Y en haciendo la seña que tenia
Comienza la potente flecheria.

Rompiendo van los aires alaridos,
Y tales que á los hombres mas enteros
Atruenan y atormentan los oidos,
Por ser tan importunos y tan fieros;
Las cuerdas de los arcos dan crujidos,
Heridas de los brazos de flecheros;
No para, no reposa, jamás cesa
El protervo furor de tanta priesa.

Así como la muy prolija llama,
De limite compuesto descompuesta,
Que con terrible fuerza se derrama
Por los espesos bosques ó floresta,
Quemando verdes hojas de la rama
Que una después de otra halla presta,
Y son enajenados de reposos
Aquellos estallidos presurosos;

Así la cantidad y la viveza
De presurosos golpes y sonidos
Fatigaban aquella fortaleza,
Y á los que están en ella recogidos:
Era de flechas tanta la grandeza,
Que están por sus reparos escondidos,
Sin osarse mostrar los que están dentro,
Hasta pasar aquel primer encuentro.

Mas al lugar que juzgan por seguro
Los indios que los tienen mas opresos,
Asiestan un terrible pasamuro
Que hizo temerosos sus escesos;
Pues usando la bala de su juro
Llevó piernas y piés, deshizo huesos,
Derramó sesos, dientes y quijadas,
Y lastimó personas señaladas.

Segundan con los versos al rebaño
Que del fuerte distaba menos trechos,
Y ansimismo hicieron grande daño
Quebrando huesos, barrenando pechos:
El temor que conciben es extraño
De ver caidos sin hallar pertrechos;
Reparaba la grande muchedumbre
De ver lo que no tienen de costumbre.

Luego salieron siete caballeros
Con armas de algodón encubiertos;
Ellos y los caballos van lijeros
Rompiendo por los indios mas armados;
Luego como noventa ballesteros
Con jaras y harpones alizados,
Un rodetero cada cual delante,
Y desto cada cual hombre bastante.

Aprietan una y otra vez las llaves
Para poder hacer algun ojeo,
No por cierto de temerosas aves,
Que no las hay en tan cruel torneo;
Quedábanles las manos muy suaves,
Y es porque no hacian mal empleo;
Pues hay quien su lugar desembaraza
Y de lo mas cerrado hace plaza.

Al tiempo que estos hacen esta mella,
Los de caballo vuelan sin tardanza,
No divididos ni por una huella,
Ni fuera de concierto y ordenanza;
Cada cual hiere, mata y atropella
Rompiendo pechos duros con la lanza
De aquellos escuadrones y cuadrillas
Do Hojeda hacia maravillas.

Como tigre, si halla la manada
Sin guarda ni defensa de provecho,
Que no cura de tasa limitada
Para henchir aquel vorace pecho;
Mas una y otra deja degollada
Y con muchas no queda satisfecho,
Antes con pertinacia y osadia
Cuantas mas reses mata mas querria;

Así Hojeda con los seis que lleva,
En herir y matar encarnizados,
Con tanto mas furor la lanza ceba
Cuantos mas indios tiene derribados;
Y los vivos de ver cosa tan nueva
Estaban poco menos que pasmados;
Mas Coanabo viendo tal injuria
Revuelve sobre sí con grande furia,

Diciendo: «¿Qué haceis, gentes perdidas
Que mas muertos estais que los caidos,
Y mas ciertas tenéis vuestras caidas,
Si destes estranjeros sois vencidos?
Pelead, y perded antes las vidas
Que seais deste puesto removidos,
Valientes son y rigurosos vienen,
Mas hombres son, y de cansarse tienen.

» El mas valiente dellos también muere,
Y le faltan alientos y resuellos:
La fortuna dé ya lo que nos diere,
O quede por nosotros ó por ellos;
Y caiga de nosotros quien cayere
A trueco de matar algunos dellos.
Venid, apresurad esta carrera,
Que yo quiero llevar la delantera.»

Así como terribles torbellinos
Con gran fuerza de vientos furiosos
Que sacan con los vientos repentinos
Gran polvo de lugares arenosos
Perturbando los pasos de caminos
Que llevan caminantes presurosos
Haciéndoles los pasos tan estrechos
Que suelen del espada hacer pechos;

Así tan gran ruido y algazara
El Coanabo hizo se levante,
Que en el acometer nadie repara
Con furia de temor tan discrepante,
Que el feroz español volvió la cara
Y no pudo pasar mas adelante;
Antes como podia va hiriendo,
Y á mas andar su gente recogiendo.

Parecióle bastar la buena suerte
Ya hecha, pues quedaban mil tendidos,
Y así siguió los pasos á su suerte,
Sus soldados por orden recogidos:
Aunque esto no se hizo sin la muerte
De dos ó tres, con muchos mal heridos,
Por haber en aquesta coyuntura
En el entrar grandísima presura.

Pues viendo cómo ya se retraía,
Haciendo lo que mas les aprovecha,
Era tanta la gente que venia
Con piedra, con macana, dando ó flecha,
Que en grandísimo riesgo los ponía,
A causa de la puerta ser estrecha,
Principalmente Goacayarima
Que con gran pertinacia los lastima.

Hojeda , con deseo de venganza
Viéndolo gloriarse de tales hechos ,
Batió las piernas y enristró la lanza ,
Rompiendo por los indios mas estrechos :
Y salióte tan bien su confianza
Que lo pasó por medio de los pechos :
Salió la dura lanza bien tenida ,
Y con ella también salió la vida .

El bárbaro furor y su grandeza
Turbóse con el lance bien formado ;
Hojeda con grandísima presteza
Volvió do lo tenían deseado :
Entraron todos en la fortaleza
Y ocuparon los puertos del cercado ,
Do con tiros y armas que tenían
Con gran fuerza y vigor se defendían .

Pero con un furor luciferino
Procuraban las gentes helicosas
Romper las cercas y hacer caminos ,
Diciendo mil palabras afrentosas ;
Hasta que ya la noche sobrevino ,
Que les hizo hacer treguas forzosas ,
Dejando con oscuro los cercados
Poco menos que muertos descansados .

Ya las noturnas horas acabadas ,
Al tiempo que la Aurora por las cumbres
Mostraba sus mejillas coloradas ,
Faltas de resplandor las otras lumbres ,
Volviéron á las obras comenzadas ,
Y aquellas tan sangrientas pesadumbres ,
Combatiendo los fuertes baluartes
Con crecido furor de entrambas partes .

Venían siempre nuevas compañías
De indios que tenían por mas diestros ;
Duraron los encuentros y porfias ,
O con prósperos hados ó siniestros ,
En este cerco mas de treinta días ,
No con poca fatiga de los nuestros ;
Y así Hojeda , ya viendo sus daños ,
Determinó valerse por engaños .

Los cuales no condeno yo ni alabo ,
Pues también hay labores de dos haces ,
Mas al fin se trató con Coanabo ,
Mediante dos intérpretes sagaces ,
Que no fuesen las guerras tan al cabo ,
Y tuviese por bien de hacer paces ;
Pues si se fuese sin hacer mas guerra
También le dejarán ellos la tierra .

Los indios , como gente toda vana ,
Cesaron de tan áspero denuedo ,
Oyendo la razon de buena gana ,
Aunque mas con cautela que con miedo ;
Por los poder tomar en la zavana ,
Y no tras baluartes á pié quedo ;
Y así Coanabo dijo ser contento ,
Si se cumpliese tal prometimiento .

Las lenguas por quien esto se decía
Aseguráronle todo denuedo ;
Satisfizose dellos , y otro día
Hizo salir la gente deste puesto :
Por la parte que vino hizo vía ,
Debajo del ya dicho presupuesto ;
Pero nuestro Hojeda , mas anciano ,
Determinó ganalle por la mano .

Porque dejando guardas en su muro
De hombres vigilantes , recatados ,
Partió calladamente con oscuro ,
Seis caballos con él y cien soldados ;
Y estando Coanabo muy seguro ,
De gran sueño los suyos ocupados ,
En la quietud mejor , cerca del alba ,
Con terrible furor les hizo salva .

Diciendo , Santiago , Santiago ,
Anda lista la lanza y el espada ;
No se podían dar golpes en vago
Ni se tira baldía cuchillada ;
Hacían en los indios mas estrago
Que lobos en manada descuidada ,
A causa de su grande desatino ,
Causado del asalto repentino .

Viendo pues tan terrible menoscabo
Y el tropel de los golpes desiguales ,
Huyendo van por uno y otro cabo ,
Metiéndose por montes y breñales ;
Prendieron á Uxmatex y Coanabo ,
Con otros muchos indios principales ;
Quedaron de oro fino muchas piezas ,
Que después repartieron por cabezas .

Conclusa desta suerte la revuelta
En la zavana fértil ó dehesa ,
Con la velocidad de gente suelta
Recogieron despojos y la presa ;
Y al fuerte do salieron dan la vuelta ,
Donde tuvieron abundante mesa
Con gran pena y dolor de Coanabo ,
Que sintió su prision por todo cabo .

Al cual , en la cadena donde estaba ,
Nadie lo vió con brio descaído ,
Puesto que grandemente se quejaba
De no cumplir con él lo prometido ;
Pues él no se veló ni se guardaba ,
Debajo del concierto referido ;
Pero que lo soltasen con su gente ,
Que él prometía paz perpetuamente .

Mas eran diferentes intenciones
Las de Hojeda con sus compañeros ;
Y así se señalaron cien varones ,
Suetos y valentísimos guerreros ,
Para llevarlos ante los Colonos ,
Y presentalles estos prisioneros ;
Los cuales sin ningun detenimiento
Holgaron de cumplir el mandamiento .

Colon tomó los nuevos indios que vinieron ,
Encarceliendo mucho la hazaña ,
Y en un navio luego los metieron ,
Que estaba de camino para España ,
Los cuales brevemente perecieron ,
Enflaquecidos de pasión estraña ,
Porque no viendo mas que agua y cielo
No querían regalo ni consuelo .

A los indios causó temor horrendo
Aqueste pesadísimo desvío ;
Y Anacaona luego fué huyendo
Al reino de su hermano Behechio ,
Nada de su furor disminuyendo ,
Antes estimulada de mas brio ,
Todavía debajo de esperanza
De ver llegar un tiempo de venganza .

Hacia tolerables los cuidados
Del invencible corazón guerrero ,
Ver prepotentes reyes congregados ,
Donde Guarionex mandó primero
Con cantidad inmensa de soldados ,
Bastante , cada cual vivo y entero ,
Con quien también juntó su señorío
Y el campo del hermano Behechio .

Con determinacion poco discreta ,
Debajo cada cual del interesse
Que al corazón humano mas aprieta
Concertaron que el campo se moviese ,
Pero no fué la junta tan secreta ,
Que gente de Colon no lo supiese ,
El cual con pensamientos nada ciegos
Quiso jugar de mano tales juegos .

Juntó quinientos hombres escogidos ,
Los ciento de caballo bien armados ,
De petrechos de guerra proveidos ,
Caminaron por pasos señalados ,
Y con oscuridad , sin ser sentidos ,
Dieron en los caciques congregados ,
Deshaciendo tan áspera mudanza
No sin terribilísima matanza .

Pues corrían zavasas como rio
Con tanta sangre como fué vertida ,
Sin poderse decir el gran gentío
Que por aquel lugar quedó sin vida :
Prendióse Guarionex y Behechio ,
Mucho gente notable conocida ,
Con la cual los varones belicosos
Volviéron á su pueblo vitoriosos .

Deshecha de caciques esta trama,
Para cristiana gente peligrosa,
Por amplisimas tierras se derrama
La suerte de los nuestros venturosa;
Bartolomé Colon ganó gran fama,
Quedó toda la tierra temerosa,
Y el dicho, viéndose tan adelante,
Se hizo mas soberbio y arrogante.

Usaba no de términos discretos
En algunos negocios sustanciales,
Sin aquellas decencias y respetos
Que se deben á hombres principales;
Y muchos á paciencia mal sujetos
Solian blasfemar de cosas tales:
Aquel Roldán Jimenez mayormente
En muchas cosas suyas no consiente.

Y un dia con un término mal sano
Rebosaron los dos furias del seno,
Notándolo Roldán de hombre liviano,
Y su gobierno ser sin orden bueno;
Bartolomé Colon alzó la mano
Para le sacudir de lleno en lleno;
Y para no llegarse fué remedio
Meterse gente noble de por medio.

Apartado Roldán de su presencia,
Con ira y con pasion y hartos fieros
Determinó negarle la obediencia,
Con sesenta ó setenta compañeros:
Protestando hacer la tal ausencia,
Por no poder sufrir los desafueros,
Abusos, corruptelas, sinrazones,
Que con todos usaban los Colonos.

Andando desta suerte la mañana,
Roldán en su motin perseverante,
El Cristóbal Colon llegó de España,
Con cargo de virey y de almirante:
Procurólos traer por buena maña,
Mas ninguna promesa fué bastante;
Y visto no cesar en sus errores
Mandó que los pregonen por traidores.

Este tercer viaje se comete
Con naos de hermosos ornamentos,
Y fué por marzo de noventa y siete
Años, sobre los mil y cuatrocientos;
Vino haciendo lo que le compete
En el continuar descubrimientos,
Y en ver la tierra firme se desvela,
E islas basta el mar de Venezuela.

Estuvo desta vez en esta silla
El Cristóbal Colon hasta dos años,
Y en ellos el Roldán y su cuadrilla
Huyendo por los bosques mas estraños,
Escribiendo por horas á Castilla
Los unos de los otros grandes daños,
Porque el Roldán tenía valedores,
Y secretos avisos y favores.

Mitigar el furor desta rencilla
El santo rey Fernando deseaba,
Y así vino Francisco Bobadilla,
Comendador que fué de Calatrava:
El cual hizo probanza no sencilla,
Para verificar lo que pasaba;
Y como ya jugaban otro juego,
Roldán con sus secuaces vino luego.

Constaron pues por las informaciones
Cargos algo cargados en escesos,
Por los cuales prendió los tres Colonos
Y enviólos á España mal oprimos;
Y para que constasen las razones
También se remitieron los procesos:
Llegaron á la corte con embargos,
Y ante los reyes dieron sus descargos.

Oyéronlos los reyes sin afrenta,
Antes con voluntad y amor paterno:
Gastaron en aquesto que se cuenta
El florido verano y el invierno;
Dióles libres sus bienes y su renta,
Pero no quiso dalles el gobierno,
Viendo ser ya para su regimiento
Necesario mas alto fundamento.

Dejemos los Colonos en Castilla
Libres, mas no del odio que les daña;
Volvamos á Francisco Bobadilla,
Que en gobernar se daba buena maña;
Movamos los letores á mancilla
Con el remate dél y su compañía,
Haciendo para ello nuevo canto,
Con que remataremos este llanto.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la venida del comendador NICOLAS DE OVANDO, la viuda de CRISTÓBAL COLON, y muerte de BOBADILLA, con otras muchas cosas que en aquella sazón acontecieron en estas partes.

Los cuerdos mozos y los sabios viejos
Jamás atribuyeron á demencia
Usar de pareceres y consejos
De varones que tienen esperiencia,
Mayormente si tales son añejos
En el ejercitar alguna ciencia;
Pues vemos muchos sabios y prudentes
No ser en todas cosas suficientes.

Consta pues Bobadilla ser bastante
Hombre de gran razon, peso y medida;
Pero, como diremos adelante,
No supo dar reguardos á su vida,
Por no querer creer al almirante
Cuya perencia fué bien conocida,
Y en todo lo demás ya digo como
Fué persona cabal y de gran tomo.

Así con él cesaron variedades,
Sin darse mas lugar á la malicia,
Habia muy fundadas amistades,
Gozábase de paz y de justicia;
En gran aumento van prosperidades,
De muchas minas otras hay noticia,
No ven murmuraciones ni lelijos,
Sino fiestas y grandes regocijos.

Toda la pesadumbre se destierra,
Procuranse las cosas convenientes,
Cesaron los reencuentros de la guerra,
Hambres y mortandades tan terribles:
Calando mas secretos de la tierra
Descúbrense riquezas increíbles;
Grecían mercaderes y tratantes,
Haciendo sus caudales mas pujantes.

Vercis campos incultos cultivados,
Grandes heredamientos deleitosos,
Potentísimos hatos de ganados,
Que hacen sus señores poderosos,
E ingenios de azúcar fabricados,
Contratos cerca desto caudalosos,
Pues que para llevar de lo que tienen
Gran suma de navios van y vienen.

El oro que la gente deseaba
Daban quebradas ricas, campos llanos;
La vista por allí se deleitaba,
De ver cómo sacaban gruesos granos;
Y alguno dellos hubo que pesaba
Tres mil y setecientos castellanos;
Al fin vian los bados mas aviesos
Convertidos en prósperos sucesos.

No hay persona una ni ninguna,
Que en todo su vivir ponga dolencia;
Y estando con tan próspera fortuna
Sin ver en la contraria resistencia,
A los benditos reyes importuna,
Que para se volver le den licencia;
Hicieron nuestros reyes lo posible
Por dalle sucesor tan apacible.

Con deseo de no perder los frutos,
De que los españoles van gozando,
Consultaron con hombres bien instrutos,
Nuestra reina y el santo rey Fernando:
Quedaron en efeto resolutos
En enviar á Nicolas de Ovando,
Comendador de Lárez, que venido
Nombraron por mayor de su partido.

La eleccion fué digna de tal seno,
Pues en venir persona semejante
Enviaron mejor sobre muy bueno,
Y que en el bien pasó mas adelante:
De principales hombres vino lleno,
Y entró por estos mares muy pujante,
Abundancia de lienzos, sedas, paños,
Por abril de quinientos y dos años.

La gente chapetona recebida,
Y el buen comendador obedecido,
Ordenó Bobadilla su partida
Con cantidad de oro recogido;
E ya la flota bien apercebida,
Y lo mas necesario proveído,
Llegaron de Castilla los Colonos,
Que no causaron pocas confusiones.

Con insignias por do los conociesen
Al puerto se llegaban velas llenas;
Mas antes que las tales recogiesen
Ni bajasen por orden las antenas,
Ovando les mandó que no saliesen
Con auto de rigor, so graves penas;
Bien recibió Colon los de la nave,
Mas el mando juzgó por cosa grave.

Sin embargo de penas que sentia,
Le respondió Cristóbal al Ovando
Que él obedecia y cumpliria
Las duras condiciones de su mando;
Puesto caso que poco se perdia
En mostrarse con él algo mas blando;
Y en dejalle siquiera tomar puerto
En tierra que él habia descubierta;

Pero que le rogaba grandemente,
Que por ninguna via consintiese
Desamparar el puerto de presente
La flota, sino que la detuviese;
Porque seria gran inconveniente
Si Bobadilla por entonces fuese;
Finalmente tenia por locura
Salir en semejante coyuntura.

Ovando reparó con el aviso,
Por dallo quien tan bien la mar sabia;
Empero Bobadilla no lo quiso,
Burlando de lo que Colon decia;
Mas presto lo veremos arrepiso,
Con su desventurada compañía,
Y fué para Colon cosa molesta
Ver cómo su consejo nada presta.

Los tres hermanos, harto descontentos
De ver lo que con ellos se hacia,
Tornaron á dar velas á los vientos,
Buscando puerto tal cual convenia,
Por esperarse bravos movimientos,
Segun de la señal se conocia;
Pues ven llegar el sol al occidente
Mayor de lo que suele comunmente.

Demás de que sacó rayos cetrinos,
Después vieron correr muchas cometas,
Dieron gritos los pájaros marinos,
Del agua se salieron las cercetas,
Barriendo van el agua golondrinos
Y otras ciertas señales mal acetas:
Salvaron finalmente su partido
En puerto que hallaron escondido.

Pues en aquesta parte que se cuenta
Estaban sus navios amparados,
Donde furia de olano revienta,
Y limpio fondo va por todos lados;
Esperaron allí la gran tormenta,
Con bastantes amarras anclados,
Mas Bobadilla, ya que estaba presto,
Ninguna cuenta quiso hacer desto.

Burlando pues de todos los desvios
Y mal que el almirante le revela,
Se viste de marinos atavios,
Y manda que se hagan á la vela;
Salieron á la mar treinta navios
Con sospecha del mal que se recela,
Representando cada cual figura
Aquella verdadera desventura.

No van con el clamor recogijado
Que suelen los que hacen la tal via;
Anton de Torres anda demudado,
Roldán Jimenez va sin alegría;
El diestro marinero y el soldado
Con una gran tibia se movia:
Todos en general iban de suerte
Que parece llevarlos á la muerte.

Mas nadie dellos iba descuidado,
Antes cualquiera bien apercebido,
Y espacio de diez leguas navegado,
Debajo de las aguas hay ruido;
El cielo se mostraba muy nublado,
El mar se hace mas embravecido,
Grandes olajes ven que se levantan,
Tanto que los mas diestros mas se espantan.

A mas andar la noche se venia,
Pesada, grave, llena de temores,
Setentrion los mares revolvia,
Y el cáefro también mostró fureros;
Boreas con gran furia combatia,
El oto revolvió bravos rigores;
Vereis entre estos sobredichos vientos
Asperos y crúeles movimientos.

A los desventurados navegantes
Cualquiera de los cuatro desatenta,
No son humanas fuerzas ya bastantes
A resistir el agua turbulenta:
Jamás se vieron furias semejantes,
Ni tan terribles trances de tormenta;
Por una y otra parte hacen danza,
Lloro, temor, dolor, desconfianza.

Aquellos gritos y lamentaciones,
Que vuelan por los aires esparcidos,
De todos los humanos corazones
Ablandaran los mas endurecidos;
No sirven ya las velas y timones
De las soberbias olas embesuidos;
Do quiera que cualquiera se convierte,
No tiene que mirar sino la muerte;

Porque tenían mástiles quebrados,
Y así vereis nadar las gaviás solas
De navios abiertos por los lados,
Andaban fuera jarcias y gisolas,
Suenan gritos de hombres anegados
Que gustan ya de las amargas olas,
Y procuraban con mortal querrela
Tener salud sin esperanza della.

En confusion tan llena de mancilla,
Una balsa compuesta de madera
Habia recogido Bobadilla,
Si buena diligencia le valiera;
Asido va Roldán del escotilla,
Flaca defensa para que no muera;
Y así las olas ensoberbecidas
En breve dieron fin á tantas vidas.

De todas estas naos, seis habia
Que de salvarse tienen esperanza,
Aunque la mar mostraba todavía
De vida y de salud desconfianza;
Vino la claridad del turbio día,
Llegó ninguna muestra de bonanza,
A tierra van las dos con la corriente,
Sin amparo de velas ni de gente.

De velas ni de remos ayudado,
Huye del mar el triste navegante.
¿Adónde vas, adónde, desdichado?
¿No ves cien mil peñascos por delante?
En mar estás de muerte rodeado,
Y en tierra hallarás la semejante;
La fuerza de los vuestros aniquila
Peligros de Caribdis y de Cila.

Ningunos claman ya de enronquecidos,
Los ojos solamente van al cielo,
Son ya con duras peñas embestidos,
Los efectos se ven de su recelo,
Deshechos los navios y partidos.
¿Ay Dios, y qué terrible desconsuelo!
Por el embate van de la ribera
Barriles, cajas, trozos de madera.

Aquí vereis timón, allí la quilla,
Acullá diferentes materiales,
Cuerpos van ahogados por la orilla
De muchos caballeros principales,
Que iban con el dicho Bobadilla
Con prósperas riquezas y caudales;
El rey perdió grandísimo tesoro,
Y también aquel grande grano de oro.

De los cuatro navios (segun fama)
Miraculosamente reservados,
Dos dellos arribaron á la Ozama,
De los embates graves mal parados,
Donde la triste nueva se derrama
Por parientes, por deudos, por criados;
Y visto tan atroce perdimiento
Hicieron doloroso sentimiento.

No se podian ver rostros enjutos,
Porque los ojos son manantiales,
En lágrimas eternas resolutos
Por el discurso destes funerales;
Los cuales, no sin gran pompa de lutos,
Celebraron los hombres principales,
Y porque fuese la razon notoria,
En cuatro versos suman el historia.

Plangimus Indorum diris submersa procellis
Corpora, iussa gravem non preparare viam.
Non nocuit nobis longævus credere dictis,
Sed nocuit semper spernere consilium.

Lora nuestra compañía	Nunca dañó sabio viejo
Los primeros ahogados	En el vuto de cancejo
En la nueva monarquía,	Cuando se da buena maña;
Siendo antes avisados	Mas no nunca veres dañá,
Que detuviesen la vía.	El huir de su consejo.

ELEGIA IV.

Muerte de CRISTÓBAL COLON, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje,

EN UN SOLO CANTO.

Quien hizo cosas dignas de memoria
Poniendo su vivir en detrimento,
En multitud de riesgos tan notoria
Cuantos pare la guerra, mar y viento,
Añade grandes colmos á su gloria
Gozar después de buen acabamiento,
Mayormente si en riesgos persevera
El espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colon el almirante,
Pues aunque con vejez y fatigado,
Siempre quiso llevar mas adelante
Aquel descubrimiento comenzado:
Sin que mal tropezon fuese bastante
A lo volver atrás de su cuidado,
Y de tantas fatigas en ninguna
Se consintió vencer de la fortuna.

Agora pues conclusas las procelas,
Y la soberbia grande del olaje,
Al manso viento hizo dar las velas
Con prevencion de buen matalotaje;
Y en cuatro bien fornidas carabelas
A tierra firme hizo su viaje,
Para ver sus ancones y riberas,
E illa costeano mas de veras.

Y porque brevedad fué necesaria
En una variedad tan infinita,
Su tercera venida fué sumaria;
Pues casi por semejas se recita
De cómo descubrió costa de Paria
La Trinidad, Cubagua, Margarita,
Hasta llegar al mar de Venezuela,
Y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,
Por puertos, por bahías, por ancones,
La costa bajo llevan su derrota,
Comunicando varias naciones,
Que salian á ver la breve flota,
Holgándose de sus contrataciones;
Y en este tiempo ya se halló muestra
De habellos visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda
A Colon, por las causas repetidas,
El capitán Alonso de Hojeda
Recorria también estas partidas:
Después del cual en blanco no se queda
El capitán Rodrigo de Bastidas,
Que siendo Colon preso vino aposta
A descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tierras á la carta,
No juntos sino cada cual distinto,
Descubren el ancon de Santa Marta,
De Chengue, de Naguanje con Chacinto;
Rescataron de oro copia harta,
La cual por no sabella no la pinto;
Pasan el rio de la Magdalena
Y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron mas adelante,
Pues de Uraba sacaron gran provecho;
Mas Cristóbal Colon el almirante,
Que no se contentaba con lo hecho,
Llevó sus velas muy mas adelante,
Pensando de hallar algun estrecho
Que para mar del sur le diese via
Aunque para navios no le habia.

Para tomar la costa mas de veras
A Jamaica van atravesando,
Y conocida punta de Higueras,
Fueron la costa arriba navegando:
Ven playas, ven ancones, ven riberas,
La tierra de Veragua costeano,
Y en estas dilaciones y desvios
Perdieron de los cuatro dos navios.

Lo visto por los pasos ya contados
Por gran prolijidad no se replica,
Mas vistos sus navios abromados
Del tiempo que bajó la Costa-Rica,
Determinaron él y sus soldados
De volver á la isla Jamaica,
Faltos ya de salud y bastimentos,
Y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías
Dejando ya las bocas de los rios,
Y aquellas ensenadas y bahías
Con puntas peligrosas y bajios;
Y habiendo navegado muchos dias
En Jamaica meten los navios,
Y porque no podian sostenellos,
En tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconveniente
Hicieron los Colonos su salida;
Trataronlos los indios blandamente
Y diéronles socorros de comida:
Adoleció gran parte de la gente,
Y toda se juzgaba por perdida;
Colon investigaba muchos modos,
Buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojosisimo cuidado
Con ningunos descuidos interpola,
Y de vacilaciones rodeado
Se quiso resumir en una sola,
Que fué rogar á Mendez su criado
Intente de pasar á la Española,
En canoa de un palo que tomasen,
E indios desta isla que bogasen.

Mendez, con fidelísimos respetos,
Loables en los siglos venideros,
Tuvo tan grandes riesgos por acetos
A trueco de salvar sus compañeros;
Fióse de los mares inquietos
Y de los infieles marinoeros;
Muchos desconfiaban de su vida,
Mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios pues gente salvaje,
En navio de una sola planta,
Meten agua y algun matalotaje
Para quien del peligro no se espanta;
Favorézcale Dios en el viaje,
Que bien ha menester ayuda santa,
Partióse finalmente con bonanza,
Debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,
 Por imitar aquesta maravilla,
 A Colon le negaron obediencia,
 Apartándose del cierta cuadrilla:
 Siendo caudillos desta competencia
 Los dos hermanos Porras de Sevilla,
 Que por ir á la isla ya nombrada
 Hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera
 Embarcóse gran copia de soldados,
 Y al tiempo que iban ya de mar en fuera
 Algunos dellos fueron anegados;
 Tornaron á volver á la ribera,
 Del inquieto mar siendo forzados,
 Espadas y rodelas en las manos
 Con temor de Colon y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra
 Las cosas que el contrario suyo piensa,
 Después que estos saltaron en la tierra
 Temian el castigo de la ofensa;
 Y así los ven poner en son de guerra
 Dispuestos á morir por su defensa;
 Alteráronse mucho los Colonos,
 Reconocidas estas intenciones.

Armaron luego todos sus tallidos
 Con espadas, rodelas ó con lanzas;
 Los rebeldes son acometidos
 Que de vencer tenían esperanzas;
 Mas con facilidad fueron vencidos
 Sin usarse con ellos de venganzas,
 Puesto que en los primeros desconciertos
 Cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla
 De golpes que se dieron inhumanos;
 Fué poco mas sangrienta la batalla
 Después que ya vinieron á las manos;
 Y es esta la primera que se halla
 En Indias de cristianos con cristianos;
 Los indios, por los ver tan diferentes,
 Ya tenían en poco nuestras gentes.

Cumplian antes bien sus mandamientos,
 Y eran sus voluntades ya contrarias,
 Pues no venían á los aposentos
 A los ver y servir en cosas varias;
 Tampoco les traían alimentos
 Ni cosa de las cosas necesarias,
 Y para los volver mas á su mano
 Un remedio pensó que no fué vano.

El astucia que digo fué pues esta,
 La cual salió tan bien como quería:
 Entendia por regla manifiesta
 Que la luna, según astrologia,
 Por la sombra del globo contrapuesta
 Se habia de eclipsar en cierto día,
 Y por ser el eclipse por entero,
 Habia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues á su presencia,
 Y dijo: «por no darnos alimento,
 Verná sobre vosotros pestilencia,
 La luna hará grande sentimiento;
 Y aquesta no será vana sentencia,
 Pues tal día vereis el cumplimiento;
 Por tanto, si quereis salud y vida,
 Mirá que no nos falte la comida.»

Los indios estuvieron muy alerta;
 Y, el tiempo señalado ya venido,
 Pudieron conocer por cosa cierta
 Lo que Colon habia conocido;
 La luna dicen todos estar muerta
 De cuya causa dan gran alarido,
 Y según otras muchas veces vemos,
 Comienzan á hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdon á los Colonos,
 Del pasado rigor arrepentidos;
 Acuden con preseas y con dones
 Como si fueran dioses conocidos;
 Y así, pasadas estas turbaciones
 Fueron bastantemente proveidos,
 Dándoles de comer sin interese,
 Entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Mendez sus intentos
 Por las ondosas aguas proseguia.
 Sin ver zozobras dellas ni de vientos,
 Que fuesen turbadores de su via;
 Los indios muy alegres y contentos,
 Sin se cansar de noche ni de día,
 Hasta que ya hicieron su llegada
 A la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un rio descubierto
 Adonde se estuvieron refrescando,
 Y luego por buen orden y concierto
 Se fueron por la costa navegando,
 Hasta tanto que dieron en el puerto
 Adonde estaba Nicolas de Ovando,
 Al cual con la debida cortesía
 Dió Mendez los recados que traia.

Como bueno, fiel y vigilante,
 En contalle trabajos se desvela;
 Mas no sintiendo bien del almirante,
 Ovando concebía ser novela;
 Todavía, debajo buen semblante,
 Mandó llevalles una carabela;
 Mas dicen que no fué con intenciones
 De traer á la isla los Colonos.

El Mendez, sospechando tal desvío,
 Como bien comedido y avisado,
 Compró de sus dineros un navio,
 De cosas convinientes pertrechado:
 El cual les envió con buen avio,
 Y la razon de todo lo pasado;
 Y despachado con matatoteaje,
 El hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,
 Con próspero suceso tomó puerto;
 Su prolíjo viaje representa
 Escrito por buen orden y concierto,
 Ante los reyes, dando larga cuenta
 De lo mucho que habian descubierto,
 El riesgo que corrieron sus vasallos,
 Y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,
 Como dicen acá de popa á proa,
 Por parecelle bien al rey guerrero
 Aquella lealtad digna de loa,
 Al Diego Mendez hizo caballero
 Con rentas, y por armas la cañoa;
 Que suelen reyes dar honores tales
 A los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues apercebidas
 Que para los Colonos enviaban,
 Tomaron las riberas conocidas
 Por los indios que dentro se tornaban
 Fueron con gran contento recibidas
 De los que sus socorros esperaban,
 Y por estar el mar todo quiéto
 La partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las antenas
 Ayudados de vientos principales,
 Apartanse del puerto no sin penas
 De aquellos moradores naturales,
 Que los tenían ya por gentes buenas,
 Y casi que por hombres celestiales;
 Por la derrota pues de claro tino
 A la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido
 Metió Colon su gente destrozada,
 Fué con aplauso grande recibido
 De toda la ciudad conmemorada,
 Y el buen comendador de comedido
 Lo quiso regalar en su posada;
 Vió sus haciendas, minas y cuadrilla,
 Y luego se partió para Castilla.

Embarcóse con gracia del Ovando,
 Guió las velas ácia la Saona,
 Llegaron á Castilla, y en llegando
 Fué donde estaba la real corona;
 Recibiólo muy bien el rey Fernando,
 Y hizo gran caudal de su persona;
 Procuró de hacer su causa blanda
 Con pio de volver á su demanda.

Mas como ya de tan prolijas vias
De salud se sintiese no bien sano,
Ocupó su vivir en obras pias
Con pia, liberal y franca mano;
Y dende á poco dió fin á sus dias,
Haciendo diligencias de cristianos;
Y así se remató tan santamente
La vida de varon tan escelente.

A gran admiracion, á gran espanto
Pensando sus grandezas me provoco,
Y su mayor loor en cualquier canto
No se podrá decir exceso loco:
Pues Castilla y Leon le debe tanto,
Que cuanto puedo yo decir es poco;
No procuró deleites ni gasajos,
Mas sufridor fué grande de trabajos.

De Nervi natural, lugar honesto,
Que dicen descender de Lombardia,
Severo, rojo, de pecoso gesto,
Feroz en muchas cosas que hacia;
Alto de cuerpo, pero bien compuesto
En cuantas proporciones poseia,
Varon en sus intentos fué notable,
Y en el salir con ellos admirable.

Dejó dos hijos, dignos de su nombre:
Don Fernando, que nunca fué casado,
En letras, en virtud, insigne hombre;
Don Diego, sucesor en el estado,
De duque y almirante con renombre,
Segun después dirá nuestro tratado,
Con quien casó la gran doña Maria
Que de la casa de Alba descendia.

Los funerales desta maravilla
Honraron valerosos caballeros;
Y no tan solamente de Castilla,
Pero también de reinos extranjeros;
Y dentro de las cuevas de Sevilla
Lo hacen sepultar sus herederos,
Y dicen que en la parte do yacia
Pusieron epigrama que decia:

*Hic locus abscondit præclari membra Coloni,
Cuius sacratissimum nomen ad astra volat.
Non vultis unum erat sibi mundum notus, et orbem
Ignotam præcis omnibus ipse dedit.
Divitias summas terras dispersit in omnes,
Atque animas costo tradidit innumeratas.
Invenit campos divinis legibus aptos,
Regibus et nostris prospera regna dedit.*

Este poco compás que ves en tierra
Aquel varon que dió tan alto vuelo
Que no se contentó con nuestro suelo,
Y por darnos un nuevo se destierra,
Dió riquezas inmensas á la tierra,
Innumerables ánimas al cielo.
Halló donde plantar divinas leyes,
Y úrosperas provincias á sus reyes.

ELEGIA IV.

A la muerte de don DIEGO COLON, segundo almirante,
donde asimismo se cuentan otras muchas diversidades
de cosas acontecidas en la Espanola después que murió
don Cristóbal Colon.

CANTO PRIMERO.

Mi voz enronquecida se levante,
Y avive lo posible sus acentos,
Para que con heróica lengua cante
Los varios y diversos movimientos,
Que tengo de decir mas adelante,
Y a vueltas de contentos descontentos;
Pues no fué tan constante la ventura
Que nos pueda vender hora segura.

Pues así como nuevas amistades
No ponen su fiel muy en lo cierto,
Nacen en tierras nuevas novedades
Primero que se pongan en concierto,
Hasta tanto que destas variedades
Se hace quien las riges mas esperto,
Do buen juicio y buenas intenciones
Valen mas que Felinis y Jasones.

No condono, letor, lo que barruntas,
Ni me parecen mal estas escuelas,
Porque con ley de Dios andando juntas
Es, como dicen, miel sobre hojuelas;
Pero si das razon á mis preguntas,
Por ventura ternás dolor de muelas,
Tornarás en hablar alguna pieza
Rascándote sin gana la cabeza.

Si fuesen mas al claro mis razones,
Venias á taparte los oidos,
Tratando de júeces mocetones,
Grandes de gorra, largos de vestidos,
Que salen solemnísimos ladrones,
Desvergonzados, sucios, atrevidos,
Que no hallan en ley mas fundamentos
Que sus antojos, gustos y contentos.

Unos vienen con sed de los infiernos,
Y tal que cosa no se les escapa,
Otros con grandes cofres de cuadernos,
Y son de necedades gran solapa,
Y acontece tener buenos gobiernos
Sin letras un varon de espada y capa,
Porque su buen juicio le da ciencia,
Con el temor de Dios y su conciencia.

Sin usar de ninguna demasia
Podremos decir esto del Ovando;
Pues con el santo celo que tenia
Todo lo mal digesto hizo blanco:
Dichoso le llamaron aquel día
Y tiempo que en las Indias tuvo mando;
Porque sin los reveses de malicia
Se besaban la paz y la justicia.

Entonces, como ya dicho tenemos,
Del todo se pasó con sus oficios
La próspera ciudad donde la vemos,
Con todas sus familias y servicios;
Hicieronse las casas con estremos
De grandes y soberbios edificios
Iglesia catedral de gran nobleza,
Fuente y esclarecida fortaleza.

Renta se señaló para servilla
A hombres que podian merecilla,
Y fué don fray Garcia de Padilla,
Franciscano, primer obispo della;
No tomó posesion en esa silla,
Por morir antes de venir á ella;
Sucedíole Alejandro Geraldino,
Varon romano y hombre della dino.

Esta isla no fué la menor pieza
La Concepcion, que dicen de la Vega,
Pues ella de por sí tuvo cabeza
Do catedral iglesia se congrega;
Fué don Pedro Suarez, el de Deza,
El obispo primero que le llega,
Hombre que de sus rentas tuvo largo,
Y el primero que vino con tal cargo.

Fué la renta después menoscabada,
Y porque ya cumplia que así fuese,
Hicieron de las dos una manada
Debajo de un pastor que las rigiese;
Y fué prior, y de la Mejorada
Primero que gozó del interese,
Dijose fray Luis de Figueroa,
Varon á quien se debe mucha loa.

En estos sobredichos hemisferios
Y por aquellos tiempos venturosos,
Se fundaron insignes monasterios,
Con santos y con dotos religiosos,
En parte no vacante de misterios,
Pues sucedieron casos milagrosos,
Y mas en esta Vega que señalo,
Noble por devocion del santo palo.

Y así fué la verdad, que en estos llanos
Por ser de poblacion enoblecida,
Mandaron el Colon y sus hermanos,
En la segunda vez de su venida,
Levantar una cruz á los cristianos,
Planta de sanidad, árbol de vida:
Fueron á ello doce marineros,
Con otros tantos nobles caballeros.

Señalóles Colon una ladera,
Opuesta por delante de su viso,
Do se manifestaba muy afuera
Un árbol bien compuesto, limpio, liso,
De una hermosísima madera,
Y tal en proporción cual él lo quiso;
Y dicen muchos que después ni antes
No se hallaron plantas semejantes.

El Cristóbal Colon mandó hacella
A honestos y devotos oficiales;
Salió después de hecha cosa bella,
Plantáronla los hombres principales;
Postráronse después delante della,
Presentes muchos indios naturales;
Adorábala nuestra compañía,
Después que la pusieron, cada día.

Después de muchos días, cierto día
Un indio hechicero y adevino
Quiso, según costumbre que tenía,
Hablar con un espíritu malino;
Allí, como la cruz reconocía,
A sus invocaciones nunca vino,
Hasta tanto que por camino vario
Pasó después á otro santuario.

Hizo sus ademanes y semblantes
Con un nefando y execrable canto,
Quejóse del por no le venir antes
Habiéndolo llamado tiempo tanto;
El diablo le dijo: «no te espantes,
Que aquella cruz me da muy gran espanto;
Por tanto quien contento me desea
Póngala donde nunca yo la vea.»

El infiel bestial incontinente,
Oída del demonio la respuesta,
Hizo juntar gran número de gente
Para quitar la cruz que estaba puesta:
En lo cual trabajaron grandemente,
Pero su vehemencia nada presta,
Pues cuanto mas trabajo se ponía
Mucho menos efecto se hacía.

Pues como no pudieron arrancalla,
Tan grande muchedumbre como era,
Determinaron luego de quemalla
Con cantidad de leños y madera;
Mas vianla quedar destá batalla
Mas sana, mas lucida, mas entera;
Al fin como bestiales engañados
Pecaban con quedar maravillados.

Después que por los nuestros fué sabida
Reliquia de tan gran manifiencia,
Hicieronle capilla recogida,
Adonde se guardó con gran decencia;
Y en estos nuestros tiempos es tenida
En gran honor y grande reverencia,
Y corren por el mundo cantidades
Para salud de mil enfermedades.

Destos regalos pues están gozando
Los desta isla ya bien proveída,
Con el justo gobierno del Ovando,
Medido por justísima medida;
Y la ciudad entonces era cuando
Se vido mucho mas engrandecida;
Está su poblazón tan compasada,
Que ninguna sé yo mejor trazada.

Pues por aquel lugar do la veis puesta,
Que desde el río hace las subidas,
Es una llana mesa bien compuesta
Con maravillosísimas salidas:
En todas proporciones bien digesta,
Amplas calles, graciosas, bien medidas;
Es finalmente toda su postura
Un peso y un nivel sin torcedura.

Ninguna cosa, por menor que sea,
Hay en cualquiera parte de la vía,
Que desde un cabo á otro no se vea,
Según la retitud con que se guía:
De norte á sur Ozama la rodea,
Combátela la mar al mediodía,
Con un roquedo tal y tan seguro,
Que no puede formarse mejor muro.

Los que labraron casas con aviso
Francisco de Garay es el primero,
Después un frey Alonso fué del Viso,
Comendador y noble caballero;
Y el piloto Roldán, que nunca quiso
Perder aquí renombre de tercero,
El cuarto Joan Fernandez de las Varas,
Con curiosidades harto raras.

Después por el concierto regulado
Labraron otros muchos sus mansiones,
Y á la boca del puerto memorado,
Reparado de cubos y bastiones,
Hay un castillo fuerte fabricado,
Con pertrechos de grandes municiones,
Y cualquiera bajel que allí se encierra
Se puede descargar la plancha en tierra

Alcaide del castillo que se tapia,
Encima del fortísimo roquedo,
Fué un hidalgo noble de prosapia,
Dijose Diego Lopez de Salcedo;
Después otro hidalgo dicho Tapia,
El tercero después el buen Oviedo,
Que es Gonzalo Fernandez, coronista,
Que yo conocí bien de trato y vista.

Insanas furias de contraria gente
Con gran dificultad pueden entralla,
Porque ya por la parte del poniente
La cerca potentísima muralla;
Es limpio puerto, fondo suficiente,
Ribera tan cabal cuanto se halla,
Con huertas, con jardines y heredades
De frutos de cien mil diversidades.

Otras riberas hay por excelencia,
La tierra mas adentro, muy amenas,
Porque ella tiene de circunferencia
Trescientas y cincuenta leguas buenas;
Los templos son de gran benevolencia,
Pues frios ó calores no dan penas;
Hácela sobre todo mas loable
Estrella principal y favorable.

Porque todos los mas, allí nacidos,
Para grandes negocios son bastantes,
Entendimientos hay esclarecidos
Escogidísimos estudiantes;
En lenguas, en primores, en vestidos
No menos curiosos que elegantes,
Hay tan buenos poetas, que su sobra
Pudiera dar valor á nuestra obra.

Hay Diego de Guzmán y Joan su primo,
Y el inclito canónigo Liendo,
Que pueden bien limar esto que limo,
Y estarse de mis versos sonriendo;
Quisiera yo tenellos por arrimo
En esto que trabajo componiendo,
Y aun Arce de Quirós me fuera guía
Para salir mejor con mi porfía.

Otros conocí yo también vecinos,
Nacidos en el orbe castellano,
Que en la dificultad de mis caminos
Pudieran alentarme con su mano;
Y son por cierto de memoria dinos,
Villasinga y el doto Bejarano;
No guiara tampoco mal mi paso
El desdichado don Lorenzo Laso.

Hay linajes ilustres de varones
Descendientes de grandes capitanes,
Como son los Villorrias y Lebrones,
Agüeros y Verdecias y Bazanes,
Los Avilas, los Vargas, y blasones
De Mendozas, Manriques y Guzmanes,
Con otros generosos que no cuento,
A causa de faltar conocimiento.

Aquella nobilísima influencia
Hace la gente grata, comedia,
Con gracia, con facundia y elocuencia,
Jamás á demasia convertida;
Hay una natural magnificencia
De gente forastera conocida,
Pues allí sin dineros y sin renta
En el punto que trajo se sustenta.

Quien entra por buen orden y concierto
No lo dejan caer por ningún arte,
En aquesta ciudad y en este puerto
Ha tenido valor el duro Marte;
Pues todos los que bien han descubierto
De aquí salieron por la mayor parte,
Y muchos en el tiempo del Ovando
De cuyas alabanzas voy tratando.

El cual rigiendo varias condiciones
Por vías justas, santas y discretas,
Anacaona llena de pasiones
Usaba todavía de sus tretas,
Intentando mover rebeliones,
Las cuales no pudieron ser secretas:
Destos primeros fueron los higüeyes,
Con quien usó de rigurosas leyes.

Llana ya la provincia que se apunta,
La dicha, con astucias no menores,
Solicitó después crecida junta
De muy grandes caciques y señores;
Mas como su designo se barrunta,
El Ovando prendió sus valedores,
Y á ella, que sin fuerza ni conflicto
Confesó claramente su delito.

Conocía ser cosa conviniente
Asegurarse guerra tan molesta;
Mandaron ahorcar públicamente
Esta mujer lasciva, deshonesta,
Puesto que varonil, sagaz, prudente,
Y á quien todos hacían grande fiesta;
Dejó hija que dicen Aguaymota,
No de sus condiciones muy remota.

Hacia mil asaltos Guarocuya,
Con gentes y poder nada sencillo,
Por ser Anacaona tía suya;
Y fueron luego para destruílo,
Y para que la guerra se concluya,
Diego Velázquez, y un Rodrigo Trillo,
Y no valiéndole su valentía,
Al fin murió la muerte que la tía.

Ovando, recelando los vaivenes
Que causan estos tales movimientos,
Conociéndolos ser flacos de sienes
Y mudables á cualesquiera vientos,
Tomó de los demás grandes rehenes,
Que tuvieron en mas que juramentos:
Venció los de Guahava Amiguayagua,
Pobló pueblo en el lago de Jaragua.

Santa María Pacis la llamaron,
O de la Paz en lengua castellana,
Pues en ella las guerras acabaron,
Y allí gozó de paz gente cristiana;
Mas estos moradores se pasaron
A la villa que llaman la Yaguana:
Fué gente de valor y gran concierto,
Y pasaron allí por ser buen puerto.

Luego la isla toda se dilata
Aquí y allí con población cristiana,
Pobló Puerto Real, Puerto de Plata,
Azua, Buenaventura, la Maguana:
Aguahava, de quien atrás se trata,
Ayaquino, confin del Ayaguava:
Es finalmente cosa muy notoria
Que hizo hechos dignos de memoria.

Al tiempo que esta isla se gozaba
Con el gobierno santo que tenía,
El don Diego Colon en corte estaba
Con su bella mujer doña María,
Y con instancia grande negociaba
El cargo que su padre poseía,
Y el duque de Alba, príncipe potente,
Favorecíale como pariente.

Pues como mucha priesa se le diese
Al rey en estas cosas que discernió,
Y también en memoria se tuviese
Servicio de los tios y paterno,
Al Ovando mandó que se viniese,
Y al don Diego dejase su gobierno;
La cual mudanza toda nuestra gente
No dejó de sentir pesadamente.

Todos generalmente lo tuvieron
Por persona cabal, santa, bendita;
Comuniqué con hombres que lo vieron
El tiempo de quien esto se recita:
Conoci muchos que lo conocieron,
Vecinos de Cubagua y Margarita,
Como Rojas el viejo, y Villafranca,
Riberos natural de Salamanca.

Fué hombre grave, pero tan modesto,
Que no pasó de lo que convenia;
Para cualquier trabajo bien dispuesto,
Pues como buen soldado lo sufría:
Caritativo, sabio, casto, honesto,
Dignísimo del cargo que tenía,
Y así mucho después desta partida,
La muerte dél fué tal fué su vida.

El tiempo que en las Indias fué vecino
Partió su renta con necesitados,
Y así, para volver adonde vino,
Buscó quinientos pesos emprestados
Para matalotaje del camino,
Y la comida dél y sus criados,
Que fué para juez cosa muy nueva,
Y de su buen vivir bastante prueba.

Es cosa que se vido raras veces,
Y que podreis contar por maravilla,
Venir hombres á ludias por jueces
Y no llevar diucros á Castilla;
Pues muchos en juguetes y belheces
Gastan mas que demanda su costilla:
Montó su sueldo quince, gastó treinta,
Y al fin lo veis después con larga renta.

Por ventura vereis muchos varones,
Que por los intereses que pretenden
Están muy fuera destas opiniones,
Aunque bastantemente las entienden;
Pero si fueren vanas mis razones,
Los bien intencionados las enmienden;
Que si personas tales lo miraren
Bien hallarán aquí donde reparen.

Aquí no vereis estos señalados,
Sino por unos términos medidos,
Los buenos por sus nombres alabados,
Los malos en comun reprehendidos:
Honro los que merecen ser honrados
Reprehendo perversos atrevidos,
Que sin ley, y sin rey, y sin enmienda
A cualquiera maldad sueltan la rienda.

Mas no paremos mas en este fuego,
Que podía quemar al circunstante;
Dejemos al Ovando con sosiego
Y en gracia de sus reyes adelante;
Digamos lo que resta de don Diego,
Hijo de don Cristóbal, almirante,
Y por poder echar mejor el sello
Hagamos nuevo canto para ello.

CANTO SEGUNDO,

Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida
de la audiencia real, y muerte de don DIEGO COLON.

Suelen parir cien mil inconvenientes
Diversos pareceres en un seno,
Donde hay parcialidades diferentes
Lo bueno hacen malo, y malo bueno.
De todos los pasados y presentes
Envidia fué pestífero veneno;
Los cargos y los prósperos caudales
Andan acompañados destos males.

Pues como los jueces ya pasados
Tuviesen diferentes condiciones,
Tenía cada cual apasionados,
Públicas y secretas aliciones,
Y no todos estaban olvidados
Del soberbio mandar de los Colonos;
De manera que destos cambios hechos
Algunos no quedaron satisfechos.

Mas don Diego Colon su via mueve
 Con fausto principal flota bastante,
 Y los cargos que el rey manda que lleve
 Que fueron de virey y de almirante;
 Y en julio de quinientos y mas nueve
 Entró por aquel puerto muy pujante
 Siendo con gran aplauso recebido,
 O ya fuese de veras ó fingido.

Desembarcóse con la compañía
 Que al cargo de virey era decente,
 Y su cabal mujer doña Maria
 De la gran casa de Alba descendiente:
 Grandes fiestas hicieron aquel dia
 Y muchos juegos mas en el siguiente,
 Demás de regocijos y alegrías
 Que duraron por mas de veinte dias.

Sacaron todos invenciones bellas
 Manifestando prósperos caudales,
 Porque vinieron damas y doncellas
 Generosas, hermosas y cabales,
 Que por haber entonces falta dellas
 Se casaron con hombres principales.
 Hubo toros, sortijas, juegos, cañas,
 En que se daban todos buenas mañas.

Ejercicios que saben bien usallos
 Por estos dichos puertos y fronteras,
 Do tienen abundancia de caballos
 Diestros en regocijos y carreras;
 Y así los amos como los vasallos
 Pueden ejercitallos en las veras;
 Mestizos, indios, negros y mulatos
 Siempre dan á caballos malos ratos.

Por recuestos, por cerros y collados,
 O por la rasa cumbre de la sierra,
 Se arrojan tras las vacas y ganados
 De que hay infinidad en esta tierra,
 Dejarretando toros madrigados
 Del bravo cimarron que no se encierra.
 Y en esto son tan hábiles y diestros
 Que pasarán do quiera por maestros.

Hacen esto con dejarretadera,
 Que es una media luna bien sacada,
 Con asta de fortísima madera
 Que con gran fuerza llevan enristrada;
 Y si ganados salen á carrera
 Derriban cantidad de la manada,
 Para solos los cueros que es hoy dia
 Una muy caudalosa granjería.

Dado pues fin á los recibimientos,
 Y acabadas las bodas y las fiestas,
 Por ocasiones, trampas, chismes, cuentos
 Que no faltan en tierras como estas,
 Iban creciendo mil desabrimientos
 Mil pleitos, mil demandas y respuestas,
 Y escribieron al rey algunas cosas
 Al don Diego Colon no provechosas.

No faltaban mainsines y soeces
 Que las personas nobles revolviessen;
 Y como por gran número de veces
 Las tales á los reyes escribiesen,
 Vinieron licenciados por jueces
 Que en las apelaciones conociesen,
 Que fué, segun constó del apariencia,
 Una manera de real audiencia.

Al fin que desta trama salió lienzo,
 Que no puede faltar en este suelo;
 Fueron tres licenciados su comenjo:
 Lucas Vazquez de Aillon y otro Marcelo
 De Villalobos, Juan Ortíz Matienzo,
 Al don Diego Colon ningun consuelo,
 Y á quien nunca jamás fué buen tercero
 Miguel de Pasamonte, tesorero.

Este con buenos celos ó pasiones,
 Y otros vencidos dellas ó por ruego,
 Escribieron al rey tales razones
 Que llamó por sus cartas á don Diego;
 El cual, vistas reales provisiones,
 Sin les poner excusa partió luego,
 Y en corte sus disculpas negociando
 A sus dias dió fin el rey Fernando.

En aquel tiempo pues que esto pasaba
 Por fin y muerte de los santos reyes,
 Fray Francisco Jimenez gobernaba,
 Las destas partes y las otras greyes;
 El cual en estas Indias deseaba
 Varones que guardasen santas leyes,
 Y así mandó venir en una armada
 Tres frailes dotos de la Mejorada.

De manera que en estos movimientos
 De tantos reinos y tan estendidos,
 Hicieron cuatro frailes dos conventos
 Que no fueron entonces mal regidos:
 Acá vinieron año de quinientos
 Y mil y diez y seis eran corridos:
 Habia mucho antes gobernado
 Un Cristóbal Lebron, buen licenciado.

Después de tanta grita y embarazo,
 Que confunde los hombres mas cabales,
 El licenciado Alonso de Zuazo
 Llegó también con cédulas reales,
 No con menos poder ni menos brazo
 Para todas las causas criminales,
 Y para que tomase residencia
 A todos oficiales del audiencia.

Estos frailes y aqueste licenciado,
 Que con ellos mandaba juntamente,
 Con peso de razon y de cuidado
 Lo gobernaban todo santamente:
 El régimen andaba concertado
 Cada cual se mostraba diligente
 En que se dotrinasen naturales,
 Y no se les hiciesen tantos males.

Estaba pues la isla bien regida,
 Aumentáronse casas y haciendas,
 Fué toda la ciudad bien proveida,
 Cesaron muchos pleitos y contiendas;
 Dieron muy buen ejemplo de su vida,
 Sin pretension de bienes ni haciendas,
 Como deben hacello religiosos
 A quien parece mal ser cudiciosos.

Que vanos edificios edifica
 Quien hurta castigando los ladrones,
 Reprueba con rigor la vida rica,
 Y allega las riquezas á montones;
 Decir que no forniquen y fornicia,
 Que huyan sin huir las ocasiones,
 Quitan al pecador donde tropieza,
 Y nunca guardan ellos su cabeza.

El cuidadoso gallo vigilante
 A sus debidas horas cantar quiere,
 Mas antes que dé voces y que cante,
 Sacude bien las alas y se hiere:
 Es menester que sea semejante
 Aquel que predicare y que rigiere;
 Dar voces, pero cumple ser su vida
 Primero de vilezas sacudida.

Algunos si por bandos y recuestas
 Se llegan á mortíferas lanzadas,
 Muy poco sin estar las manos prestas
 Valdrian las palabras esforzadas;
 Pues ¿qué valdrán acá las bien compuestas,
 Estando buenas obras olvidadas?
 A bien librar el hombre que mas gana
 Será como sonido de campana.

Podria ser galán ejemplo nuestro
 Aquel que en Israel tuvo juzgado,
 Que porque de dos manos era diestro,
 Es en divinas letras celebrado:
 Así lo debe ser el buen maestro,
 A estas flacas gentes enviado;
 Que mueven las palabras vivos templos,
 Si van acompañadas con ejemplos.

Prosiguiendo los frailes sus intentos,
 Por el loable modo que solian,
 Dieron en remover repartimientos
 De hidalgos que en corte residian:
 Por ausencias y malos tratamientos,
 Que en miserables indios se hacian,
 De donde resultaron muchas quejas,
 Que á tales intereses son anejas.

Cuando crecia pues aquesta saña,
Que fué barto mayor que yo la piuto,
Zuazo no se daba menos maña,
Antes iba por orden no distinto:
Y entonces ya gozaban en España
Del bienaventurado Carlos quinto,
Ante quien por palabras nada blandas
Pusieron grandes pleitos y demandas.

Sus indios demandaba la cuadrilla,
Pero ninguno fué restituído;
Los frailes se volvieron á Castilla,
Su Majestad se tuvo por servido
Del tiempo que estuvieron en la silla,
Con lo que mas habian proveído;
Y los de la ya dicha competencia
Contra Zuazo piden residencia.

Los émulos y duros querellantes
Granjearon jüez algo tirano,
Mas él dió sus descargos tan hastantes,
Cuanto los pudo dar un buen cristiano;
Y así quedó con honra como antes,
Puesto que de jüez ninguna mano,
Hasta después que por persona dina
A gobernar pasó la Fernandina.

Fué pues de los tres frailes un colega,
Figueroa, prior cerca de Olmedo,
Que fué segundo obispo de la Vega;
El otro fray Domingo de Quevedo,
Que tuvo por prior San Joan de Ortega;
Otro fray Bernardino Manzanedo,
A quien el rey honró con premios largos,
Y acabaron después con grandes cargos.

Tratando pues Colon por su presencia
Sus pleitos en honor y en interese,
El rey para venir le dió licencia,
Sin que ninguna cosa concluyese:
Con el reposo siempre de la audiencia,
De los negocios que él mal proveyesa,
Que no le consentian un cabello,
Y muy poco después les vino sello.

Llegado nuestro noble caballero
Al puerto de la Ozama conocido,
Aunque no con aquel fausto primero,
De todos ellos fué bien recibido:
Tuvo contentamiento mas entero
La vireina de ver á su marido;
Los años que contaron al presente,
Fueron mil y quinientos y mas veinte.

No solamente voluntad sincera,
Pero también los pechos descontentos,
Amistad le mostraban verdadera,
Sin puntas de pasados movimientos;
Mas no fué su contento de manera
Que pudiese huir desabrimientos,
A lo menos por las rebeliones,
Intentadas por negros cimarrones.

El caso sucedió por esta vía:
Los hombres de riquezas cudiciosos,
Visto lo que la tierra prometia,
Para mejor hacellos caudalosos,
Dieron una grande granjería,
Que fué hacer ingenios poderosos
Para moler azúcar, y el intento
Ha venido después en crecimiento.

El inventor primero desta cosa,
Que primero lo dió perlicionado,
Dicen que fué Gonzalo de Velosa,
Varon por bucnas letras estimado:
De la cual granjería provechosa
Fué rico de caudal multiplicado,
Y en este nuevo reino tiene nielas,
En ser, valor y lustre muy perfetas.

Doña Luisa, otra Castianira,
A quien Homero pinta soberana,
La segunda se dice doña Elvira,
Y la menor de todas doña Ana:
Virtud, bondad, honor, aquí se mira;
Belleza, discrecion, vida cristiana,
Casadas con ilustres caballeros,
Y cada cual con muchos herederos.

Sus maridos, varones singulares
Do quier que se mostró bélica mano,
Señalados por tierras y por mares
Con virtud y renombre soberano,
Son Avendaño y Gregorio Suarez,
Y Anton de Castro, noble lusitano:
Cuyas proezas grandes, Dios mediante,
Confio que diremos adelante.

Pues el sabio Velosa persevera
Haciendo dos ingenios escogidos,
En Niguayen, y Aguate y su ribera,
Del cual ejemplo muchos son movidos,
Queriendo caminar por su carrera,
Orillas de los rios conocidos:
Como fué Pasamonte, tesorero,
Y el secretario Diego Caballero.

Otro mucho mejor y mas pujante,
Abajo del que tengo ya nombrado,
Es del señor Colon el almirante;
Otro hizo también Francisco Prado:
Y no quiero pasar mas adelante
Contando los que se han edificado,
Porque, pónellos todos por escrito
Seria proceder en infinito.

Destos cada cual es un señorio,
Gentil y principal heredamiento;
Tienen necesidad de gran gentio
Para tener cabal aviamiento;
Faltaba ya de indios el avio
Por el universal acabamiento,
De suerte que hay en estas heredades
Negros en escesivas cantidades.

Tienen la tierra tal cual se desea
En temple y abundancia cosa rica,
En grande aumento va cada ralea,
Y con grande vigor se multiplica,
Tanto, que ya parecen ser Guinea,
Haiti, Cuba, Sant Joan y Jamaica;
Destos son los Gilosos muy guerreros
Con vana presuncion de caballeros.

Movidos estos desta lozania
Y sobre gran acuerdo, se juntaron
De la Natividad segundo día,
Año de veinte y dos que se contaron;
Y luego con soberbia valentia
Haciendas poderosas asolaron,
Tanto que casi no dejaron rastro
En la que fué de Melchior de Castro.

La furia destas furias mas se ceba
Sin que dejen mamante ni piante;
El riguroso trance desta nueva,
Con muertos españoles por delante,
Con la priesa posible se le lleva
A don Diego Colon el almirante,
El cual con el calor que convenia
Partió tras la proterva compañía.

Por atajar con brevedad los males,
Recogió de soldados hasta ciento,
Mas luego caballeros principales
Fueron por le servir en seguimiento;
Hallaron luego rastros y señales,
Envueltos en rigor sanguiinolento,
Siguieron las pisadas aquel día,
Hasta que ya la noche se venia.

En Nizao paró la compañía
Por causa de la noche tenebrosa,
Mas Melchior de Castro no dormia,
Que por lo que llevaban no reposa;
Hurtoso del real, siguió la vía
Que llevaba la gente helicosa,
Con un criado suyo, que llevalo
Quiso, por ser buen hombre de á caballo.

Colon, que luego supo la demanda
Del que levaba vivos los aceros,
A Francisco de Avila le manda
Que lo siga con ocho caballeros:
Con tal que si topasen con la banda
De los viles y bárbaros guerreros,
Se los entretuviesen cuerdamente
En tanto que llegaba con la gente.

En un camino ancho, bien hollado,
Se juntaron los once que ya digo,
Y brevecillo trecho caminado
Sienten el escuadron del enemigo,
De todas armas bien aderezado,
Y no de centinelas sin abrigo,
Con cuya grita cada cual despierto
Se pusieron en orden y concierto.

Hacen ostentacion de su presencia,
Diciendo: «Viles, no tenemos miedo,
Pues pensamos hacer la resistencia
Como valientes hombres á pié quedo.»
Fáltóles á los once la paciencia,
Rompiendo con grandísimo denuedo
Por aquel escuadron embravecido,
Dejando cada cual uno tendido.

Con todos sus pertrechos y guardos
Se rehizo muy presto la compañía,
Con infinitas flechas, lanzas, dardos,
Eu que se daban todos buena maña;
Pero los once nuestros no son tardos
En volver con furor de mayor saña;
Fué la breve batalla bien reñida,
Y al cabo los pusieron en huida.

El reencuentro concluso y acabado,
Y el escuadron de negros ya vencido,
El don Diego Colon llegó cansado
Con presurosos pasos al ruido:
Uno destos salió descalabrado,
Y el Melchior de Castro mal herido,
Pasada de los dardos una mano,
Pero no tardó mes en verse sano.

Remediados aquestos desatinos,
Tan necesariamente remediados,
Poblaron las catzadas y caminos
De negros por justicia castigados;
Sosegaronse todos los vecinos
Que estaban de temor sobresaltados,
Y otros hubo después, aunque no luego,
Que causaron mortal desasosiego.

Fué un Enrique pues, indio ladino,
Que supo bien la lengua castellana,
Cacique principal, harto vecino
Al pueblo de San Joan de la Maguana:
Usóse con él cierto desatino
Por su mujer que fué también cristiana:
Era gentil letor, gran escribano,
Y en estas islas tuvo grande mano.

Por no poder temprar la destemplanza
De aquella pesadísima zozobra,
Porque el honor que pierde tal usanza
Para siempre jamás nunca se cobra,
Vinole pensamiento de venganza,
El cual efetuó con mala obra;
Y así con principal gente de guerra
Escogió lo mas fuerte de una sierra.

Esta sierra se dice del Bauruco,
Cuyas cumbres son sumas en alteza,
Piedras, matas, espinas, arcabuco,
Allí hacen comun el aspereza:
No romperá lombarda, ni trabuco,
Las bravas espesuras de maleza;
Tiene lago que hoja su apariencia
Catorce leguas de circunferencia.

Entremetido pues en estas breñas
Para principiar el mal que piensa,
Hizo canoas grandes y pequeñas,
Formando su guarida mas estensa;
Porque si discrepase de las peñas
El agua le sirviese de defensa,
Con otras infinitas prevenciones
Que piensan fugitivos y ladrones.

Desde las asperezas desta sierra
Su gran rebelion continuando,
Hacia mil asaltos por la tierra
Matando, destruyendo y abrasando;
Ejercitó con gran valor la guerra,
Con obra de cien indios de su bando,
Y un su capitán dicho Tamayo
Que para ningun mal mostró desmayo.

T. IV.

Eran los desafueros y los daños
Sin querer perdonar cosa viviente,
Libróse de celadas y de engaños,
Sin sucedelle mal inconveniente;
Y sustentó la guerra trece años
Con harto deshonra de nuestra gente;
Robaron erecidísimos caudales
Con muertes de personas principales.

Admiranse, letor, entendimientos,
De que cuando hallaron estos mares
Varones poco mas de cuatrocientos
Venciesen á millares de millares,
Y temblasen agora de doscientos
Tantas ciudades, villas y lugares;
Mas entonces el hombre vaquiño
No soltaba las armas de la mano.

No comia guisados con canela,
No confites, ni dulces canelones,
Su mas cierto dormir era la vela.
Las duras armas eran los colchones;
El almohada blanda la rodela,
Cojines los peñascos y terrones,
Y los manjares dulces, regalados,
Dos puños de maíces mal tostados.

Abrir á prima noche las pestaias,
Con ojo vigilante, claro, puro,
Por ver lumbres de ranchos ó cabañas,
A fin de salteallos con oscuro;
Quebrándose los ojos por montañas,
Do cualquiera pensara ser seguro,
Y aunque mas se velasen los isleños,
A media noche dalles negros sueños.

A tino caminaban y sin guías
Por setecientos mil despñaderos,
Y muchos tan destrisimas espías,
Que nunca perros fueron tan rastrosos;
De ramos se cubrian en los días
Si se mostraban rasos los oteros,
De noche por quebradas y por rios,
Hasta que ya topaban los buhios.

Fáltantes muchas veces acogidas,
Escepto las montañas y quebradas,
Las aguas de los cielos muy crecidas;
Las mas que viles ropas empapadas;
De tierra repentinas avenidas
Que escudos le llevaban y celadas,
Y entonces, los no tales y los buenos,
Quedaban con las manos en los senos.

Y estando sin espadas y rodelas,
Desnudos, en pañetes ó vestidos,
Osaban cometer á centinelas
De indios, que velaban advertidos;
Y presas las escuchas ó las velas,
Robarlos descuidados y dormidos,
E ya, de los trabajos olvidados,
Volvíanse contentos y pagados.

Podríamos en estós tales cuentos
Gastar y consumir noches y días,
Refiriendo cien mil atrevimientos,
Hechos, hazañas, suertes, valentías,
Que solian hacer hombres hambrientos
En los antiguos y pasados días,
Donde tullidos, cojos, mancos, sanos,
Cada cual se valia de sus manos.

Mas ya no hallareis tales mozuolos,
En escuela de Marte ni Minerva,
Pues todos huyen destos desconsuolos,
Y dicen que las flechas tienen yerba;
Hay hojaldras, posteles y buñuelos,
Hay botes y barriles de conserva,
Hay cedazo, barnero, y hay zaranda,
Y sábeles muy bien la cama blanda.

Por faltar pues entonces fuerte gente,
Y usarse ya sonetos y canciones,
El Enrique se hizo tan valiente,
Saliendo siempre con sus intenciones;
Andando pues el indio delinciente,
Causando semejantes turbaciones,
Y dando de valor bastante prueba,
Al gran emperador llegó la nueva.

El cual, por atraer á su servicio
Este venturosísimo tirano,
Le perdonó cualquiera maleficio,
Escribiéndote carta de su mano;
Donde se le mostraba muy propicio,
Si dejase furor tan inhumano,
Y donde no, si punto se detiene,
Se le dará castigo cual conviene.

Vino la carta para don Enrique,
Porque el emperador así le llama;
Mas ¿quién habrá que se la notifique
En todos los confines de la Ozama?
Porque demás de no tener á pique
Al dicho, tiemblan todos de su fama;
Teníanlos por trabajosos lances,
Y echaban mil juicios y balances.

Como trajo la carta de clemencia
El capitán Francisco Barrio-Nuevo,
Hombre de gran valor y gran prudencia,
A quien el riesgo fué de poco cebo,
Habló con los señores del audiencia,
Diciéndoles: «la carta yo la llevo,
A mí me viene bien este viaje,
E yo quiero hacer este mensaje.»

De percibir oferta semejante
A los juéces altos no les pesa,
Porque sabían ser hombre bastante
Para tomar á pechos el empresa;
Reconociendo dél de mucho ante
Que no fué gavián de poca presa;
Y concordés en estos pareceres,
Le dieron los recados y poderes.

Por la mejor manera que convino,
Pertrechos necesarios proveídos,
Seguía por la costa su camino
Con treinta compañeros eseguidos;
Y dos meses gastó hasta que vino
A descubrir los indios recogidos,
Trastornando las cumbres y quebradas,
Sin poder hallar rastro ni pisadas.

Después de tantos días, cierto día
En unas espesuras donde estaba,
Todos los desta noble compañía
Oyeron una hacha que cortaba;
Tomaron por acechos esta guía
Que con temores grandes los guiaba,
Y por vía de breñas importuna
Pudieron allegar á la laguna.

Aquí llegó con hasta diez soldados,
Dejando los demás en la zavana;
Vió indios en canoas bien armados,
Que le hablaron lengua castellana;
De su venida fueron avisados,
Y cuánto de la buena paz se gana,
Que le llamasen luego su cacique,
Y que bien sabían ser el don Enrique.

Sin muestra de ningún desasosiego,
Los indios con temor ó con recato
Dijeron no poder cumplir su ruego,
Porque estaba de allí prolijo rato;
Mas Barrio-Nuevo hizo pasar luego
Para se lo llamar cierto mulato,
Y dadas las razones de quien era,
Determinó venir á la ribera.

Al tiempo que los dos se ven la frente
En diferentes puestos y riberas,
Quitaron los sombreros juntamente,
Y el Enrique habló de sus laderas:
«Pase vuestra merced seguramente,
Que aquí le serviremos muy de veras.»
Pasaron á la parte de sus tambos,
Y abrazos de amistad se dieron ambos.

Debajo de un mamey, árbol umbroso
Que frutos á la vista representa,
Se sentaron entrambos de reposo
A la sombra y frescor que les contenta;
La carta del monarca poderoso
Le dió con relacion de larga cuenta,
La cual consideró por larga pieza,
Y puso luego sobre su cabeza.

Acerca del perdon que represento
Tuvieron sus demandas y respuestas,
Usando de comun comedimiento
A los cristianos hizo grandes fiestas;
Hizo de capitanes llamamiento,
Diciendo: «buenas bulas son aquestas;
No cumple ya dejallas de la mano,
Pues las envía rey tan soberano.»

Vinieron todos con brazos abiertos
A bien que tanto bien les ofrecía;
El don Enrique hizo los conciertos
Con la seguridad que convenia;
Dejó las asperezas destos puertos,
Volvióse do primero residía,
Su vida fué después vida segura,
Y así se concluyó guerra tan dura.

De los de mas pesados movimientos,
El negro Lemba fué principalmente
Que juntó negros mas de cuatrocientos,
Acandillándolos varonilmente;
Fué negro de perversos pensamientos,
Atrevido, sagaz, fuerte, valiente,
Y en su rebelion de muchos años
La tierra padeció notables daños.

Persona mal sabida, recatada,
En todas sus astucias otro Davo,
En el asalto de cualquier entrada
Diligente, feroz, cruel y bravo;
Y en este nuevo reino de Granada
Tuve yo nieto suyo por esclavo:
Muchacho, pero tales sus costumbres,
Que me daba no pocas pesadumbres.

Pocas cosas había del seguras
Por ser lobo cerval de gran destreza,
En embustes, marañas, travesuras,
En astucias, cautelas y viveza;
Una de las mas malas criaturas
Que creo que formó naturaleza,
Y antes de reventar mas demasias
Agua rápida dió fin á sus dias.

Sus fines no causaron desconuelo,
Antes su desventura fué propicia;
Pues si viviera mas este mozoelo,
Segun iba creciendo su malicia,
Venciera las maldades del abuelo,
A quien después mataron por justicia:
Alzóse después dél un Joan Vaquero,
El cual vino también á pagadero.

Porque durante las rebeliones,
Cuya gran pesadumbre fué notoria,
Hubo soldados diestros y varones
Dignisimos por cierto de memoria:
Pues allanaban estos tropezones
Gozando de grandísima vitoria,
Haciendo siempre lances principales
En aquestos guerreros infernales.

Uno destos que vamos relatando
Aunque con pluma ya poca liviana,
Se decía Fulano Villalpando,
A quien llamaban barbas de zavana:
Para cualquier trabajo nada blando,
Rojo, de proporcion algo mediana,
Pero por bosques, cumbres, montes agros,
Hizo cosas que son como milagros.

De los que peleaban á su lado
Podríamos hacer bien larga sarta;
Destos Joan Freyle fué muy afamado;
Y en ver y rastrear viveza harta
Un Joan Rodriguez, otro buen soldado,
Que yo traté después en Santa Marta,
Un Joan, canario negro, con su perro,
Que casi de razon no tuvo cerro.

Otro buen capitán, hombre bastante
En la misma sazón, se dijo Vera,
Que ninguno pasó mas adelante
En la dificultad desta carrera;
Pero volvámonos al almirante,
Que grandes ratos ha que nos espera;
Y á él también esperan desafueros
Que fueron de su vida los postreros.

Estaban los vecinos sosegados,
Quietos en sus casas y vividas;
Mas como donde quiera que hay letrados
No pueden faltar pleitos ni contiendas,
Variedades, procesos fulminados
Tocantes á personas y haciendas,
En las furias del cual desasosiego
Bravamente picaban al don Diego;

De muchas eminencias paternales
Procuran los oidores despojallo:
Las causas y principios destes males
Por no sabellos bien aquí los callo;
Mas las informaciones fueron tales
Que el gran emperador mandò llamallo,
El cual con obediencia comedia
Puso por orden luego su partida.

Llegado pues á la real presencia,
Tuvo con el fiscal grandes letijos,
Anduvo no sin grande diligencia,
Y con enojos mas que regocijos:
De donde resultó grave dolencia,
Y sin ver su mujer ni ver sus hijos
Partió de los trabajos deste suelo:
Déle Dios los descansos en el cielo.

Fué lindo y avisado cortesano,
De gratas y de nobles condiciones,
En miembros antes alto que mediano,
Gentiles y bien puestas proporciones;
Murió como católico cristiano,
Acompañándolo santos varones;
Dió fin á sus trabajos y tormentos
Año de veinte y seis sobre quinientos.

Dejó hijos que hoy han acabado,
Cristóbal y Luis el heredero,
Que vimos suceder en el estado,
Gentil y cortesano caballero;
Puesto que por mujeres derramado,
Y en se saber valer no muy entero,
Por no dejar aqueste quien herede,
Hijo de don Cristóbal le sucede.

La vireina sintió por maravilla
El fin del marital contentamiento;
Si grandes llantos hacen en Castilla,
En Indias increíble sentimiento:
Fueron también las cuevas de Sevilla
Depósito del tal enterramiento,
Y allí donde sus miembros fueron puestos
Dos dísticos pusieron como estos.

*Hic maris Indorum præfectus conditur tite
Ad quem pro meritis sorâ inimica fuit.
Munera percepit vivo concessa parenti;
At cum divitibus tristitia facta simul.*

Aquí yace el almirante
De la nueva monarquía,
A quien, si hado podía,
Lo puso menos delante
De aquello que merecía.

Heredó, según los tales,
Los oficios paternales;
Pero con tantos vaivenes,
Que en la herencia de los bienes
También heredó los males.

ELEGIA VI.

A la muerte de JOAN PONCE DE LEON, donde se cuenta la conquista del Boriquén, con otras muchas particularidades.

CANTO PRIMERO.

Voz de mi ronco pecho, que profesa
Grandes cosas en versos apacibles,
Desea perfeccion en su promesa,
Con muertes de varones invencibles;
E ya Joan Ponce de Leon da priesa
Con hechos que parecen imposibles;
Pues tuvo, como fué cosa notoria,
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fué cual le convino
A la Belona fiera y á sus artes,
Y con el gran Colon hizo camino
Debajo de guerreros estandartes;
En aquella segunda vez que vino
A los descubrimientos destas partes,
Señaló grandemente su persona
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,
Por Nicolás de Ovando fué justicia,
Donde por indio que habló de vista,
Del rico Boriquén tuvo noticia;
Pidió con gran instancia la conquista,
Por ser empresa digna de codicia;
Ovando se la dió, y á muchas gentes
Condutas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatía
Había caballeros generosos,
Señaladisimos en valentía,
De mayores empresas codiciosos:
Ansi cada cual dellos pretendía
Conduta de gobiernos honorosos,
Para mejor probar su fuerte diestra,
Y dar de su valor mas clara muestra.

El comendador pues se determina
De dar do se conquiste gente rica:
A Velazquez le dió la Fernandina,
Y al capitán Garay á Jamaica:
Ser desto cada cual persona dina,
Por larga prueba ya se certifica,
Y al Ponce de Leon, con largo mando,
El Boriquén, á quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho grados
Se suele computar altura deste:
Los diámetros tienen prolongados
Cincuenta y cinco leguas leste oeste;
Rodéala por puntas y por lados
De helicosa gente brava lueste;
Hecho y fama tiene de guerrera,
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus divisos
De los Haytíes ya conmemorados;
Van por su medio montes poco frios,
Porque los aires son todos templados:
Vierten á todas partes dulces rios,
Cuyas arenas son granos dorados,
Sus recodos, remansos, vertederos
Abundan de riquisimos veneros.

A la parte del norte Cairabone,
Que mas que todo agua multiplica,
Mas al oriente corre Tainiabone,
Cuyas vertientes son de tierra rica;
Otro también se llama Bayamone,
Y el que nombró Luisa la cacica,
Camuy, Calibrimas, y el Aguada,
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayaguex al sur hace su playa,
Y allá sus aguas Coriguex derrama,
Al oriente demora Baramaya,
Jacagua, y el que dicen de Guayama;
Macao, Guayaney y Guibayana,
Menos ricos que otros, según fama,
Pero ninguno dellos falto de oro,
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniendo pues Joan Ponce preparada
Su gente con poderes que le dieron,
En seguimiento fué de su jornada,
Con lenguas de Hayti que lo siguieron;
Y porque por San Joan fué su llegada,
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;
Desembarcó la gente que traía
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,
Para tales designios conveniente;
Gran cantidad de indios ven delante,
Que salen á mirar la nueva gente,
Pacífico mostraban el semblante,
Sin muestra ni memento diferente,
El rey Agueibaná también venía
Con una madre vieja que tenía.

Llegaron á la playa conocida,
Hablaron á la gente que llevaba,
Regocijaronse con la venida,
Según en los aspetos se mostraba;
Y con las mismas muestras los convida
Joan Ponce que con lenguas les hablaba,
Diciéndoles venir aquellas gentes
Para ser sus vecinos y parientes.

Respondieron que vengan norabuena,
El rey y madre vieja que ya digo,
Pues amistad fiel nunca da pena,
A quien pretende ser fiel amigo;
La cual de parte dellos será llena,
En paz, conformidad y buen abrigo,
Con lo demás á esto conveniente,
Sirviéndolos en todo lo posible.

Como reconocieron destas gentes,
Tan blandas y sinceras voluntades,
Dieron algunos dones y presentes
Para mas confirmar las amistades;
Al menos á personas eminentes,
O mas aventajadas en erlandes,
Y á madre é hijo largo catecismo,
Para que recibiesen el bautismo.

A estos nuestra fe se notifica,
Prestando para todo buen oido;
Pusieron doña Inés á la cacica,
Joan Ponce de Leon al convertido:
La paz y el amistad se fortifica,
Sin muestra de tener amor fingido,
Y estos les descubrieron minerales
De oro de riquisimos caudales.

Formaron leves ranchos, cañaveras
Compuestas y ligadas con hejueo,
Talaronse los montes de riberas,
Que por aca llamamos arcabueo;
De las cuales no fueron las postreras
Las de Manatubon y de Cibuco,
Do fueran tan riquisimos veneros,
Que no podrán creer los venideros.

El oro sus veneros mas abona
A la siniestra mano y á la diestra;
Joan Ponce va ganando gran corona
Entre los indios y entre gente nuestra;
Así quiso llevar por su persona
Al gran comendador tan rica muestra;
Pero cuando llevo halló ser ido,
Y don Diego Colon recién venido.

Fué su primer venida la que digo,
Y á vueltas del consorcio virtuoso
El don Diego Colon trae consigo
Un Sotomayor, hombre generoso;
Don Diego se le daba por amigo,
Por ser hijo de conde valeroso,
Y el rey á este por le hacer bienes
Dió la gobernacion de Boriquenes.

Del cumplimiento destas provisiones
Escusóse Colon por ciertas vias,
Y á Joan Ceron nombró por ocasiones
Que no faltaron en aquellos dias:
Debajo de las cuales intenciones
Nombró por alguacil á Miguel Diaz,
De quien hemos tratado largamente
En parte del historia precedente.

Volvióse pues Joan Ponce despojado
Al Boriquén que vamos allanando;
Pero muy poco tiempo ya pasado,
El rey le mandó dar el dicho mando,
Siendo de sus servicios informado
Por larga relacion del buen Ovando,
Y el Sotomayor fué favorecido
Del Joan Ponce después de proveído.

Y así, con cortésano cumplimiento,
De justicia mayor le dió renombre,
Y al rey Agueibaná en repartimiento,
Fundado pueblo, dicho de su nombre;
Pero después diré con lo que cuento
La grande desventura deste hombre,
Que fué causa de muchos otros daños
Que sucedieron en aquellos años.

Con el primer consorcio castellano,
Bien lejos de la mar y malos puestos,
A Caparra fundó, pueblo mal sano,
Donde todos andaban indios puestos:
Al cual mucho después le dió de mano
Y le buscó lugares bien compuestos,
Junto de Bayamon que lo bastece,
Y donde de presente permanece.

Son sus vecinos gente bien lucida,
Nobles, caritativos, generosos;
Hay fuerza de pertrechos proveída,
Monasterios de buenos religiosos,
Iglesia catedral muy bien servida,
Ministros doctos, limpios, virtuosos;
Fué su primer pastor y su descanso
Aquel santo varon Alonso Manso:

Varon de benditísimas costumbres,
En las divinas letras cabal hombre,
Dignísimo de mas escelsas cumbres,
Mercedor de mas alto renombre;
Su nombre denotaba mansedumbres,
Y así midió sus obras con su nombre,
Fué de menesterosos gran abrigo;
Porque lo conocí, sé lo que digo.

Fundó Caparra pues año de nueve
Joan Ponce de Leon, hombre bastante;
Mas cuando por lo dicho la remueve,
Serian doce años adelante;
Y por cumplir mi pluma lo que debe,
Diremos otros pueblos, Dios mediante,
Que fundaron entonces los primeros,
Aunque los menos fueron duraderos.

Después al noroeste de Guayama,
Rio que tengo ya conmemorado,
En un sitio, que Guánica se llama,
Tuvieron otro pueblo fabricado:
Bahía, pero tal que, segun fama,
Es la mejor de todo lo criado;
Fundólo don Cristóbal de decimos,
Que es el Sotomayor que referimos.

Mas donde manifiestan mis escritos,
No comportó la gente ser poblada,
Por ser tanta la copia de mosquitos
Que nunca se vió plaga tan pesada;
Y así, venido ya de tantos gritos,
La pasó don Cristóbal al Aguada,
Que es al oeste noroeste desta via
Con nombre del renombre que él tenia.

Aquí y en todas las demás distancias
Servian indios por repartimientos;
Había fertilísimas estancias,
Y en ellas españoles muy contentos:
Crecian cada dia las ganancias,
De oro caudalosos nacimientos,
En Quinién, Guainea, y Horomicos,
Guayey y Cabuin, rios bien ricos.

Huye la chisme, cesa la conseja,
Crece contento, nace regocijo,
Sin alar ni barunto ni semeja
De guerra ni contienda ni letijo;
Asegurandolos la buena vieja,
Y el buen Agueibaná su noble hijo:
Los indios mas feroces y mas bravos
Servian mucho mas que los esclavos.

Gozaba, como digo, nuestra gente
De riquezas, contento y alegría,
Con el Agueibaná, varon prudente,
Por quien toda la tierra se regia;
Murió la madre, y él de muy doliente
Vido también su postrimero dia;
Al heredero, pero, no le plugo
Sufrir ni tolerar tan duro yugo.

Algunos españoles mal regidos,
Fiando de las viejas amistades,
Andaban por mil partes divertidos,
En sus estancias, minas y heredades;
Casi que para siempre despedidos,
De cualesquier rebeldes novedades,
Aunque días atrás, obra de un año,
Negocio sucedió no poco extraño.

El cual aconteció por esta via:
Un mozo, Joan Suárez Sevillano,
A sus solas se fué, no sé qué dia,
A casa de un señor, crúel tirano:
Amanito, segun dicen, se decia;
Y este mandó prender aquel cristiano
Para jugallo, y después del juego
Quien lo ganase lo matase luego.

Es su juego pelota saltadera,
Grande, de cierta pasta terneçilla,
Tantos á tantos anda la carrera
En el batey ó plaza que se trilla;
Y las rebazas son con la cadera
Con hombros, con cabeza, con rodilla;
Es toda la porfia deste marte
Que pase puesto de contraria parte.

Para la tarde dejan la batalla,
Para que su frescor mas lo despierte,
Regocijándose la vil canalla,
En que la joya fuese desta suerte,
Cada cual deseando de ganalla
Para perdella luego con la muerte,
Y el aligido, triste, maniatado,
A Dios encaminaba su cuidado.

El cual trajo consigo cuando vino
Un paje que se dió no mala maña,
Pues visto de los indios el desino,
La revuelta, la grita, la maraña,
Acogióse, mas no por el camino,
Sino por el rigor de la montaña;
A Guarionex llegó todo lloroso,
Do estaba Salazar el animoso.

Diego de Salazar, que lo miraba,
Como persona que lo conocia,
Luego le preguntó por qué lloraba,
Y cual era la queja que traia;
El indio le contó lo que pasaba
Del riesgo que su amo padecia;
Y por echar a su valor el sello
Luego determinó de socorrello.

«Vamos, le dice, pues en un instante,
Antes que el miserable mozo muera,
Porque lo libraremos, Dios mediante.»
El indio rehusaba la carrera,
Mas con amenazallo fué delante,
Hasta llegar á ver la gente fiera,
Embarbascados en el ejercicio
Para hacer el torpe sacrificio.

Encubrióse muy bien, por donde iba
Los puestos de los juegos acechando,
Holgándose de ver la presa viva,
Y los que con placer andan jugando;
Su saña de los ver es escesiva,
Los labios con furor remordiscando,
Diciendo: «yo prometo que si llego,
Que mi jugar baraje vuestro juego.»

Este hidalgo, que Salazar llamo,
En socorrer dijérades que vuela,
Presto, lijero, suelto mas que gamo,
Mas vivo que la mas viva candela;
Y al indiuuelo dió para su amo
En Guarionex espada con rodela,
Mandándole que siempre lo siguiese,
Cuando con mas furor arremetiese.

Llegó por el lugar mas escondido
Con aquel fidelísimo vasallo,
Salió con un furor jamás oido,
Tanto que no podré yo relatallo;
Y hizo con sus golpes mas ruido
Que si fueran cincuenta de caballo,
Aqui y alli saltando como onza
Que para mayor salto se desgonza.

Donde mas riesgo ve mucho mas osa,
Mas bravo que la mas brava serpiente,
Y en el arremetida furiosa
Cortó las ligaduras al paciente;
El cual, con el ayuda venturosa,
Cobró mayores bríos de valiente;
Aquello se le da que el mozo quiere,
Y dicele: «haced como hiziere.»

Ambos á dos comienzan á porfia
A menear de veras las espadas,
Dando segun el caso requeria
Profundas y críeles cuchilladas:
El golpe de la sangre que corria
Henchia los caminos y calzadas;
Aqui muertos vereis, alli caidos,
Y todos de grau miedo poseidos.

Como si por la plaza de gran gente,
Sin ser de los autores avisada,
Soltasen algun toro de repente
Tomándola del caso descuidada;
Y con aquel temor incontinente
Holgasen de la ver desocupada,
Buscando cada cual una guarida
Do pudiese mejor guardar su vida;

Ansi con el asallo repentino,
Ruídos y alborotos del estruendo,
Se vencieron de tanto desatino,
Que parte de los indios van huyendo,
Sin atinar á senda ni camino,
Ó ya mal tropezando, mal cayendo,
Ya sin querer torcer pecho ni cuello,
Ya volviendo la cara para vello.

Otros también pusieron embarazos
De flechas y macanas atrevidas;
Destos vereis partidos en pedazos,
Cabezas abolladas y hendidas;
Cortados piés y piernas, manos, brazos,
Que por aquel batey iban tendidas:
Tan grandes extrañezas se hacian
Que feroces leones parecian.

Aimanio que se muestra mas constante
Con bravoso furor y lozania
Al Salazar se puso por delante,
Y semejantes cosas le decia:
«Aqui quiero yo ver, fuerte gigante,
Si te podrá valer tu valentia.»
Cubrióse Salazar con el escudo,
Y apenas tan gran golpe sufrir pudo.

La macana segunda vez enbiesta,
Y estando levantada ya la mano,
Allegó Salazar con la respuesta,
Que bien creo que fué de brazo sano;
Pues para no caer nada te presta
Haber sido, segun dicen, de llano:
Con todos los demás quedó tendido
No muerto, pero muy amortecido.

Los encuentros con esto se concluyen.
A tiempo que los dos están cansados,
Los enemigos ya se deminuyen
Por aquellas zavasas y collados;
Ansi que, del lugar los unos huyen,
Y los otros están como pasmados,
Vuélvese Salazar, no por do vino,
Sino tomó derecho su camino.

Con la gloria de triunfo merecido
Caminan estos dos mano por mano,
Aimanio, que también quedó tendido
En si volvió cobrando seso sano;
Y luego con clamor encarecido
Mandó que le llamasen el cristiano;
Caminan con presteza mensajeros
Tras estos dos heróicos caballeros.

Los indios caminando por la via,
E yendo con el paso presuroso,
Vió Salazar la gente que venia,
Que nada lo hicieron temeroso;
Y puesta la rodela que traia
En ella se sentaron de reposo;
Deciale Suárez, que huiera;
Él dijo: «huir no, ni Dios lo quiera.

«Otra diez tanta gente no bastara
Para que no hiciéramos acervos,
Demás de que sabemos á la clara
Que son leones estos, y son ciervos;
Son ciervos peleando cara á cara,
Y si huis leones son protervos:
Bebed y descansad en esa fuente,
Dejad á mi con ellos solamente.»

Donde los dos hicieron su parada
Llegó luego la gente que corria,
Dieron al Salazar el embajada,
Segun les pareció que convenia;
Él, sin que rebusase la tornada,
Luego les respondió que le placia:
Suárez contradijo sus intentos,
Diciéndole ser locos pensamientos.

Teniendo Salazar ningún recelo,
Daba justificadas sus respuestas;
El otro con temor y desconsuelo
Las manos á los cielos tiene puestas;
Y las rodillas ambas en el suelo,
Le ruega huya cosas tan molestas;
Sino que pues hicieron buena suerte,
No volviesen en busca de la muerte.

El Salazar le dijo: «buen amigo,
En aquesta sazón y coyuntura
Yo no consentiré que vais conmigo,
Pues que tenéis la vida ya segura:
Yo solo tengo de ir á lo que digo,
Puesto que lo juzgáis á gran locura;
Seguro podéis ir de vuestra vida,
Pues que tenéis bien cerca la guardia.

Suárez dijo: «id donde quisierdes,
Ya que, señor, estais determinado,
Que yo tengo de ir adonde fuerdes
Sin un punto faltar de vuestro lado,
Para morir adonde vos murierdes,
Sin alfojar jamás deste cuidado;
Volvamos ambos donde nos atienden
Y allá veremos bien lo que pretenden.»

Al peligro que ya detrás dejaban
Ambos á dos volvieron juntamente;
Do vieron que sin armas esperaban
Innumerable número de gente,
Que todos con dolor acompañaban
Al Aimanió, llagado de la frente,
El cual desque bajó de la ladera
Al Salazar habló desta manera:

«Salazar, valeroso caballero,
Tu pecho de temor todo se oscumbra,
No queriendo negarme lo que quiero,
Pues pido lo que puede dar un hombre;
Y es que me tomes tú por compañero,
Con el valor y gracia de tu nombre,
Que gloria me darán armas y damas,
Si me llamare yo como te llamas.»

Oídas semejantes niñerías,
Respondió Salazar con rostro ledo:
«Por conocet en tí mis valentías
Y no morar en tí brizna de miedo,
Mi nombre, con las mas hazanas mías,
De buena voluntad te lo concedo;
Mas para lo tomar con mejor mano
Sabrás que te conviene ser cristiano.»

El indio destas cosas informado
Parecióle bien y fué contento,
Y así después de ser catequizado
Le dieron este santo sacramento:
Túvose de sus males por pagado
En heredar aquete nombramiento,
Y los indios que Aimanió lo nombraban
Agora Salazar apellidaban.

Volviéronse pues estos dos varones
Do estaban sus amigos y parientes,
Cargados de preseas y de dones,
Y bien acompañados destas gentes:
Gran amistad y grandes aficiones
Mostraban sin zozobras diferentes;
Pero poco duraron en sosiego,
Segun, mediante Dios, diremos luego.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata el gran rebelion de los indios boricuanes, y cosas que pasaron durante la guerra.

De pechos de pasión y dolor llenos
A veces la paciencia se desvia;
Dos bandos que de paz están ajenos
Uno suele tomar mas osadía:
Viendo que su contrario tiene menos
Del mas que se pensaba que tenía,
Su baja condición hace mas alta
Después que reconocen esta falta.

Sufriendo pues aquestos naturales
No pocas sinrazones insufribles,
Callaban por hallarse desiguales
En armas aceradas y terribles;
Piensan que son los nuestros inmortales,
Y que también serian invencibles;
Deseaban saber lo cierto desto
Debajo de dañado presupuesto.

Quería ya pasar onceno año
Con el millar y medio que se saca,
Cuando por remediar su grave daño
Hicieron indios junta muy bellaca,
Do tomó cargo deste desengaño
Urayoán, cacique de Yaguaca,
Jurando no cesar con pies ni manos
Hasta saber si mueren los cristianos.

Estando con intento tan acedo
A sus promesas esperando lance,
Pasó por allí Diego de Salcedo
Sin gente que le fuesen en alcance;
Urayoán se le mostraba ledo,
Sin muestra ni señal del duro trance,
Haciéndole cumplida cortesía,
Y dióle para ir gran compañía.

Partióse con los indios advertidos
El que sin advertencia sale fuera,
Mostráronsele todos comeditos
Al tiempo de pasar una ribera;
El cual por no mojarse los vestidos
Sobre sus hombros va, que no debiera,
Porque por ellos fué precipitado
En lo mas peligroso deste vado.

Viéndolo vacilar en ese punto
De mas de dos ó tres que esto hicieron,
El golpe de los indios vino junto,
Y un hora sumergido lo tuvieron;
Hasta que conocieron ser difunto
Y por hombre mortal lo concieron,
Aunque no lo tenían por tan cierto
Que creyesen estar del todo muerto.

Y aun esperarónlo tercero día
Por esperar al fin cuerpo ahogado,
Hablabanle con grande cortesía
Pidiéndole perdon de lo pasado,
Hasta tanto que el cuerpo mal oía;
Y cada cual quedó certificado
Que no podia ser caso fingido
Disimular un cuerpo corrompido.

Hecha desta manera larga prueba
De que los españoles son mortales,
Al vil Urayoán llegó la nueva
De parte de los indios desleales;
Al mal Agueibaná también se lleva
Y á los demas caciques principales;
Convócanse los grandes de la tierra,
Para hacer de veras esta guerra.

Agueibaná por ser el mas potente
A todos los demás así convoca,
Porque la isla toda comunmente
Pendia del mandato de su boca;
Urayoán llegó muy diligente,
Aimanió, Guarionex, Mobodomoca,
Con otros principales conocidos
Que del mismo furor vienen vencidos.

Y no me espanto destes pareceres
Ni de que sean malos sus conceptos,
Pues ven disminuidos sus placeres
Y todos ellos andan inquietos;
Y sus hijos y hijas y mujeres
A servidumbre misera sujetos,
Pierden de libertad aquellos fueros
Que no pueden comprarse por dineros.

Llegada pues aquesta compañía
En un universal ayuntamiento,
Agueibaná, que todo lo movía
Para perfeccionar su malintento,
A todos les habló lo que sentía,
Haciéndoles un cierto parlamento
Breve, mas por palabras bien compuestas,
Las cuales en sustancia fueron estas:

« Si cesan los extremos de locura,
Si quien tiene razon sin razon siente,
Si memoria de bien antiguo dura,
Ningun varon habrá que no lamente
La grave sujecion y desventura
Que todos padecemos al presente.
¿ Cuán afligidos, cuán atribulados,
Cuán muertos, cuán corridos, cuán cansados !

» Los días y las noches padeciendo,
Servimos estas gentes extranjeras,
A mas andar nos vamos consumiendo
En minas y prolijas sementeras,
Y todos ellos andan repartiendo
Nuestros campos, zavasas y riberas,
Aquello que aquí siempre poseímos,
Y donde nos criamos y nacimos.

» Cada cual de nosotros tiene dueño
A quien reconocamos obediencia,
Y á todos cuantos males os enseñó
No hacemos alguna resistencia;
Antes como vencidos de gran sueño
Llevamos estas cosas con paciencia,
Hasta dalles las hijas y mujeres
Para sus pasatiempos y placeres.

» A la maldad y desvergüenza suya
Como viles cobardes damos vado;
No siento de vosotros quien concluya
En remediar negocio tan pesado;
Pues ¿ quién hay de los hombres que no huya
Siendo cornudo ser aporreado,
Sino nosotros, vil y baja gente,
Que pasamos por todo blandamente ?

» Pues decid, moradores desta tierra,
Que dormís y roncaís con pecho sano,
¿ Vosotros no sabéis qué cosa es guerra ?
¿ No nacistes las armas en la mano ?
¿ No soleis alentaros por la sierra
Mejor que si corriédes por llano ?
Pues ¿ cómo falta ya quien nos acuerde
El bien de tanto bien como se pierde ?

» Los caribes con sus ferocidades,
Que sombra nunca fué que los asombre,
Con tantas y tan feas crueldades
Que tiembla de decillas cualquier hombre,
Tienen en mucho vuestras amistades,
Tiemblan del Boriquén y de su nombre,
Y nosotros temblamos de doscientos
Cojos, tullidos, manceos y hambrientos.

» Aquella vieja, mi bestial abuela,
Y el insensato torpe de mi tío
Nos hicieron creer cierta novela
Que siempre tuve yo por desvario;
Pero ya la verdad se nos revela
Por aguas del Guarabo nuestro río,
Que no son inmortales los cristianos,
Y que pueden morir á nuestras manos.

» Por tanto, cada cual las haga prestas
Y del pesado sueño se despierte,
Echese dos careajes á las cuestras,
Aliste con furor el arco fuerte;
Y sin otras demandas ni respuestas
Mueran los enemigos mala muerte,
Porque no puede ser mejor cauterio
Para la llaga deste cautiverio. »

Movidos desta loca confianza,
Responden los caciques del alarde:
« Para poder tomar esta venganza,
Conviene que ninguno mas aguarde;
Porque la dilacion y la tardanza
Tanto peor será cuanto mas tarde,
Y sean las primeras circunstancias
Matar á cuantos hay en sus estancias. »

En esto quedan todos acordados,
Pospuestos todos miedos y temores,
Y aun agora van determinados
De dar sobre sus amos y señores,
Estando todos ellos desconfiados
De semejantes riesgos y rigores;
Que mala defension, que mal abrigo,
Seguridad en cas del enemigo.

No cumplia mostrarse negligentes
Los nuestros que roncaban de dormidos,
Por ser los horriquentes tales gentes.
Que pueden ser á todos preferidos:
Membrudos, fuertes, sueltos y valientes,
En el acometer muy atrevidos,
Tan bravos, tan crüeles inhumanos,
Que son bien menester entrambas manos.

Pues los caciques dichos convenidos,
Sin que cosa se huelva ni se sienta,
Fueron á los asientos conocidos
Al punto y á la hora que se cuenta;
Y de los españoles divididos
Mataron luego mas de los ochenta,
De manera que en una misma hora,
Pagaron á sus amos la demora.

Agueibaná pagó con otro tanto
Al amo don Cristóbal, que servía,
La cual muerte cantaron en un canto
De cierta borrachera que hacia,
No sin admiracion ni sin espanto
Del hermano hermosa que tenia,
Que con el don Cristóbal se holgaba,
Y le dió cuenta de lo que pasaba.

Durante pues el canto mal fundado,
Un mozo, que se dijo Joan Gonzalez,
En entender la lengua señalado,
Queriendo percibir aquestos males,
Desnudo segun ellos y embijado,
Metióse con los mismos naturales,
Y pudo conocer al descubierta
Lo dicho por la india ser muy cierto.

Procuró de salirse del aprieto,
Rodeado de plumas y popores,
Y con aquel aviso de discreto,
Ya fuera de los bailes y sus coros,
Habló con don Cristóbal en secreto,
Diciendo: « señor, ciertos son los toros,
Pareceríame muy buena cosa
Que pongamos los pies en polvorosa.

» No cumple dilacion; porque yo juro
Que el esperar será gran desatino;
Caminemos agora con escuro,
Porque yo guiaré por tal camino
Que cada cual de nos vaya seguro
Debajo confianza de mi tino. »
El don Cristóbal dijo que se iría,
Pero de noche no, sino de día.

Eran con don Cristóbal seis cristianos
Que estuvieron la noche muy á pique,
Siempre con las espadas en las manos
Y no sin sobresalto de repique;
Pero, claros los montes y los llanos,
Mandó luego llamar á su cacique,
Diciendole: « hacednos hoy viaje,
Danos gentes que lleven el fardaje. »

El indio respondió que le placía,
Y trajo muchos indios bien dispuestos
Para la gran maldad que pretendía
Iustrutos, avisados y compuestos:
Partió la desdichada compañía
Con los tameses matos y molestos:
El Joan Gonzalez su salida tardía,
Casi quedándose por retaguarda.

Aquel que la traicion mal la meneó,
Después que todos seis fueron partidos,
Tomó trescientos hombres de pelea,
En menear las armas escogidos;
En seguimiento va de quien desea,
Por caminos y pasos conocidos,
Y el rey Agueibaná, mozo ligero,
Al Joan Gonzalez alcanzó primero.

Dijole: « dónde vas », y dióle luego
En la cabeza desaparecebida;
Del golpe de la sangre quedó ciego,
Y antes que segundase la herida,
Hincóse de rodillas, y con ruego
Pide que no le prive de la vida:
El rey dijo, sintiéndolo tan flaco:
« Adelante, dejad este bellaco. »

Dejáronlo con harta pesadumbre,
Quebradas las narices y las muelas,
Y á los demás les dieron certidumbre
De su mal, pues les huellan ya las suelas:
Rostro lucieron á la muchedumbre,
Embrazadas espadas y rodela;
Mas; qué verán los pocos entre tantos,
Que no sean mortíferos espantos?

Rodean los trescientos combatientes
El breve batallón de los cristianos;
Necesidad los hace ser valientes,
Bien como numantinos con romanos:
Derríbansé narices, muelas, dientes,
Por el suelo vereis vendidas manos,
Es la sangre que corre de manera
Que va teniendo toda la ladera.

Como toros en coso son heridos,
Por rostros, por espaldas y por lados,
Por todas partes son acometidos.
Todos traen los pechos traspasados:
Ya casi muertos, pero no vencidos,
Ni de vender su vida descuidados,
Quisiera don Cristóbal la venganza
Del rey Agueibaná, mas no lo alcanza.

El espada tenía ya cercana,
Mas en ciertos bejucos estropeiza,
Luego terrible golpe de macana
Le hizo dos pedazos la cabeza:
Y el resto de la gente castellana
Para postrer gemido se adereza;
Dieron los indios, aunque gente dura,
A solo don Cristóbal sepultura.

Volvieron á buscar al Joan Gonzalez,
No para defension de su partido;
Mas él entróse luego por breñales,
De suerte que no pudo ser habido:
Obró Dios sus milagros y señales
En escapar un hombre tan herido;
Porque si la tal lengua pereciera,
Aquesta desventura mayor fuera.

Huyendo de los ásperos escesos
Que el rey Agueibaná con otros fragua,
Descubiertos los cascacos y los huesos,
Y á todas horas cantidad de agua,
Rompió por arcabucos mas espesos,
Atravesando sierras de Jacagua;
Salió por gobernar también su proa
A un heredamiento dicho Toa.

Hallóse quince leguas mas adelante
De lo que su juicio computaba,
Gente nuestra halló bien ignorante
De lo que la tal lengua relataba;
Algun ángel llevaba por delante,
Que por tan buen camino lo guiaba:
Tuvo quien lo curó tan buena mano
Que desde á pocos meses quedó sano.

Encendida la fuerza deste fuego
Por los modos que tengo repartidos,
Agueibaná, sin recibir sosiego,
Juntó diez mil gandules escogidos,
Y al indio Guarionex le mandó luego
Que los lleve por bosques escondidos
A dar en aquel pueblo del Aguada,
Y á fuego y sangre dél no deje nada.

Todos fueron muy bien apercebidos
Y confiados de su vencimiento;
Los nuestros descuidados y dormidos,
Que podrian ser todos hasta ciento,
En los dos dichos pueblos repartidos,
Y ajenos del rebelde movimiento,
Salvo Caparra, do por Joan Gonzalez
Joan Ponce supo todos estos males.

No pudo Joan Gonzalez lo que quiso,
Ni los que con él juntos han llegado,
Pues por ser el negocio de improviso,
Joan Ponce pudo ser el avisado;
Y ninguno le pudo dar aviso
A Sotomayor, pueblo descuidado,
El cual Aguada es por otro nombre,
A quien dió don Cristóbal su renombre.

Habia pues en estos dos lugares
Al tiempo destas vueltas y marañas,
Varones pocos pero singulares,
Que hicieron proezas y hazañas,
Mayores que los fuertes doce pares;
Y aun se pueden tener por mas estrañas,
Pues no se ponen en aquestos cuentos
Fábulas, ni ficiones, ni comentarios.

Estaba Salazar en esta villa
En fuerzas y en esfuerzo señalado,
Sin que faltase punto ni hebilla
Para varon heroico y esforzado:
Gran siervo de la Virgen sin mancilla,
Urbano, comedido, bien criado,
Hubo también aquí Miguel de Toro,
Que fué de las victorias gran decoro.

En tierra firme y en sus asperezas
Mostróse con Hojeda gran guerrero,
Y así, por sus hazañas y proezas
El santo rey lo hizo caballero;
Joan Lopez Adalid, cuyas destrezas
No merecen aquí lugar postrero,
Porque sus tinos son atrevimientos
No se podrán decir en breves tiempos.

Añasco, cuya fuerza nada mansa
Al escuadron desprecia mas armado:
Un Sebastián Alonso, que no causa
Rompiendo lo que está mas reparado;
Y aquel fuerte varon, Luis Almansa,
Francisco Barrio-Nuevo, Joan Casado,
Y aquel de color loro, Joan Mejía,
Cuyo loor no halla demasia.

Y un hombre de Alanís, natural mio,
Del fuerte Boriquén pesada peste,
Dicho Joan de León, con cuyo brio
Aqui cobró valor cristiana hueste,
Trajónos á las Indias un navio,
A mi y á Baltasar un hijo deste,
Que hizo cosas dignas de memoria,
Que el buen Oviedo pone por historia.

Pero Lopez de Angulo, cuya lanza
Hizo por escuadron ancho camino,
Sin espantallo la mayor pujanza
De batalla ni salto repentino,
Donde no tuvo menos alabanza
Martín de Guiluz, noble vizcaino,
Fortísimo, lijero y animoso,
Y en los trances de guerra venturoso.

También Joan Gil, que siendo mozo tierno
Todos sus hechos fueron soberanos,
Tantos, que tuvo destes el gobierno
Dotado ya de días mas ancianos:
Fué gran terror y espanto sempiterno
De todos los caribes comarcanos,
Hasta metellos en su propia tierra,
Y á su costa hacellos cruda guerra.

En aquesta sazón y coyuntura,
Otros valerosísimos soldados,
Que no sabré poner por escritura,
Estaban en los pueblos señalados;
Do va Guarionex con gran soltura
Con los indios que dije bien armados;
Y porque fué reencuentro bien reñido,
Bespués os contaré lo sucedido.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo llegó Guarionex al pueblo dicho Montaña;
sin ser sentido, y lo que mas sucedió.

Pocas veces se goza de despojo
De fuertes enemigos advertidos,
Cuando contrarias gentes ven al ojo
Y no llegan por pasos escondidos;
Mas causan perdición y gran enojo,
Si llegan sin que puedan ser sentidos,
Porque cualquiera asalto repentino
Es causa de muy grande desatino.

Pues para lo que agora se procura,
Está Sotomayor muy ensoñado,
Entonces por ser poca la cultura,
De todas partes no bien escombrado;
Antes montañas, selvas, espesuras,
Lo suelen asombrar por cada lado;
Y aquesto dió lugar á que viniese
El indio sin que nadie lo sintiese.

Verdad es que, según hemos oído,
A hombre que salió desta compañía,
Un indecito niño, dicen, vido
Indios armados ir por la montaña;
Pero su dicho nunca fué creído,
Y todos lo tuvieron por patraña,
Y así durmieron todos descuidados,
El cual descuido fué por sus pecados.

El acechado pueblo ven seguro,
Donde cualquier espía se convierte,
Sin defensa de vela ni de muro,
Ni casa que se pueda decir fuerte;
Esperaron al tiempo mas oscuro
Para mejor poder hacer la suerte,
En partes repartidos allí junto,
Y macanas y flechas muy á punto.

Seis horas antes fué de la mañana,
Cuando Morfeo mas se detenía
En regalar la vista castellana
Con una soñolienta melodía;
E ya la clara lumbre de Diana
Sus doradas mejillas encubría,
Cuando la gente del protervo bando
El descuidado pueblo va cercando.

En partes se reparten con sosiego,
Sin alboroto, grita ni ruido,
A las pajizas casas ponen fuego,
El cual con gran furor es encendido;
Aqueste daño hecho, suena luego
Una terrible grita y alarido;
Los gritos fueron tales y tan altos,
Que causaron pesados sobresaltos.

Despertaron aquí los que dormían,
De tales novedades alterados;
Las llamas á huir los compellan,
Huyendo se hallaban mas turbados:
Flechas, humos, calores, impedian
Las espaldas, los rostros y los lados;
Las lumbres descubrían los engaños;
Mas eran causa de mayores daños.

Ansí como por campos rodeados,
En la caza, por muchos ordenada,
Que do quiera que huyen los venados,
Hallan lebreles puestos en parada,
Y son de todas partes acosados,
Sin que puerta le den desocupada,
Aquí los muerden perros, allí gritan,
Aquí caen, allí se precipitan;

Ansí do cualquier dellos se convierte,
Hay rodeo de gentes inhumanas,
Hay lazos, hay camino de la muerte,
Hay dardos, arcos, flechas y macanas,
Hay herida mortal, hay golpe fuerte,
Hay para todo mal crüeles ganas,
Hay heridos aquí, y allí caidos,
Aquí lamentacion y allí gemidos.

En esta confusion y batería
Cada cual Salazar apellidaba,
El cual de mal de hubas no dormía,
Y entonces con gran sueño reposaba.
Al fin lo despertó la vocería,
Saltando de la cama donde estaba,
No muy sobresaltado ni desnudo,
Sino con el espada y el escudo.

El toro madrigado sale fuera
Encendido de sañas ó furores;
Bien pueden hacer alta la barrera
Los mas sueltos y fuertes lidiadores;
Porque él hará bien ancha la carrera,
Do viere los peligros ser mayores;
Recogió cojos, manceos y tullidos
De las posibles armas proveidos.

Con una nunca vista lijereza:
Escuadrones contrarios resistía,
Grandes fuerzas sacó de su flaqueza,
Animo, corazón y valentía:
Por el mayor aprieto y aspereza
De los mas atrevidos se metía,
Diciendo do mas impetu sostiene:
«Salazar, Salazar es el que viene.»

Con obras, con palabras y con fieros,
Hacia de victoria confianza;
Sus golpes son tan llenos, tan enteros,
Que no puede vivir quien él alcanza;
No se vido leon entre corderos
Hacer tan crudelísima matanza,
Y no con menos bravo continente,
Peleaba también su flaca gente.

Al palo va venciendo nuestro hierro,
A las macanas duras el cuchillo;
Ayudaba también un cierto perro,
Llamado según dicen Becerrillo,
El cual traía ya todo su ceiro
No menos colorado que amarillo;
Del cual perro nos han contado cosas
Que se pueden tener por espantosas.

Viendo pues Guarionex su menoscabo,
Al Salazar dirige su corrida,
Haciendo con los indios del Guarabo
Una mas que crüel arremetida:
Resiste Salazar, y al cabo, al cabo
A todos los compelen á huida,
Dejando por el pueblo y á su puerta
Alguna cantidad de gente muerta.

Aquestos enemigos ya vencidos,
Esclusos y apartados de sus puertos,
Curaron los que estaban mal heridos
Y dieron sepulturas á sus muertos;
Procuraron de ser mas proveidos,
Huyendo de pasados desconciertos,
Conoció no ser parte los que cuento
Para permanecer en tal asiento.

Y así con ardides de prudente
Viendo los pocos hombres que quedaban,
Uno herido y otro mal doliente,
Y riesgos que los mal amenazaban,
Determinó llevar aquesta gente
A Caparra do los demás estaban:
Parecer y balance de discreto,
El cual luego pusieron en efeto.

Desásense de aqueste flaco gonce,
Y el campo se partió con mal arreo,
No con tiros de hierro ni de bronce,
Pues con espadas hacen el ojeo;
Si deseaban verse con Joan Ponce,
Joan Ponce tiene muy mayor deseo,
El cual se congojaba con sospecha
De la destruición que estaba hecha.

Su gente dividir no convenía
Por ser poca y el tiempo peligroso,
Y estando con penosa fantasía
Por saber de los otros congojoso,
Allegó con la gente que traía,
Diego de Salazar el animoso:
Los amigos difuntos lamentaron,
Y pocos con los pocos se holgaron.

Estando pues así toda la tierra,
Viendo tan peligrosa rebeldía,
De ocios y sosiegos se destierra
Joan Ponce de Leon como solía,
Tornando con los suyos á la guerra
Con la poquita gente que tenía,
En el número poca y aun doliente,
Pero maravillosa y escelente.

Nunca se vió vigor ni tales mañas
En tan breves escuadras y cuadrillas;
Sus vencimientos son cosas estrañas,
Grandes y nunca vistas maravillas;
Y tan heróicos hechos y hazañas,
Que soy muy poco yo para decillas;
Porque, vencer ejércitos tan agros
Tan pocos, son misterios y milagros.

Al fin el Boriqüén está pujante,
 Dispuesto para toda competencia;
 El español con ánimo bastante
 Para vencer aquesta resistencia;
 Réstanos que pasemos adelante
 A lo que sucedió de la pendencia
 Entre los infieles y cristianos,
 Después que ya vinieron á las manos.

Teniendo juntos pues los que ya digo,
 Que ciento y veinte son cuantos alcanza,
 Porque no se pasase sin castigo
 Una cosa tan digna de venganza;
 Determinó buscar al enemigo
 Que estaba con grandísima pujanza,
 Y para gobernar sus pocas gentes
 Nombró cuatro caudillos excelentes:

Añasco, Salazar, Miguel de Toro,
 Almansa, cada cual esclarecido;
 Sustancia de la guerra y el decoro
 De lo que puede ser encarecido;
 Pues según rosicler sobre buen oro;
 Lo fueron del ejército florido;
 Entre estos cuatro generosos Martes,
 Partió sus gentes por iguales partes.

Salazar capitán era de cojos,
 Que él mismo por tal nombre se mostraba,
 Enfermos, desbarbados, mas no flojos,
 Sino gente que todo lo talaba;
 Y así hicieron hechos ortodoxos,
 Según necesidad les enseñaba:
 Ciervos para huir algún mal trance,
 Y perros para ir en el alcance.

Estando todos bien aderezados
 Para lo llano, sierra y arcabuco,
 Fueron de ciertas indias informados
 Que tomó Salazar en un conuco,
 Éstar copia de indios congregados
 A la boca del río Coayuco,
 Flechas, inmensas armas, atambores,
 Y de caribes muchos valedores.

La era del Señor es estendida
 A tres quinientos y once desta cuenta,
 Cuando la hueste destos recogida
 Estaba donde ya se representaba;
 Serian once mil en la partida,
 Toda gente crüel, sanguinolenta,
 Formida de mortíferos pertrechos,
 Y dispuestos á mas crüeles hechos.

Estos y muchos otros repartidos
 Al Agueibaná sirven y respetan.
 Los nuestros destas cosas advertidos,
 Muchas cosas consultan y decretan;
 Y fueron en efeto resumidos
 Acometelles antes que acometan,
 Teniendo la presteza por segura,
 Por consistir en ella su ventura.

Anda solicitud á todas velas,
 Alistanse los fuertes morriones,
 Preparan las espadas y rodelas,
 Lijeros coseletes de algodones;
 Los alpargates eran las espuelas,
 Que no van en caballos ni trotones;
 Guian la gente grandes adalides,
 Destrisimos en mañas y en ardidés.

Aderezados pues desta manera,
 Caminan por montañas sin camino;
 Con gran silencio pasan la carrera
 Para buscar al bárbaro vecino;
 Vinieron á salir á la frontera,
 Sin faltar á Joan Lopez su buen tino,
 Atalayaron los que son espertos
 Estando con los árboles cubiertos.

Esperaron la noche venidera
 En táticos lugares recogidos,
 Según comun costumbre de la fiera,
 Prestos los pies y alentos los oídos;
 Agueibaná hacia borrachera
 A los que en su favor eran venidos;
 Cantores en aquellos cantos diestros
 Cantaban ya la muerte de los nuestros.

En despidiéndose rayos febales,
 Y el nublo de la noche derramado,
 Al tiempo que descansan los mortales
 Vencidos del dulzor acostumbrado,
 Salió de entre los suyos Joan Gonzalez,
 Desnudo según indio y embijado
 Con arco fuerte, flechas y carcajes
 Y la cabeza llena de plumajes.

Llegó con el recato que convino,
 Pasando por gran parte de la junta,
 A la cual ocupó tal desatino
 Que quien lo vido nada le pregunta;
 Antes con nublos del bebido vino
 Ser indio de los suyos se barrunta;
 Después que vió roncar toda la gente,
 Volvióse con gracioso continente.

Y sin cubrir la desnudez que tiene,
 Según necesidad de tal acecho,
 Dijo: « todos están como conviene,
 Pues duermen como libres deste hecho. »
 Joan Ponce de Leon no se detiene
 En ordenar los suyos á provecho,
 Tocando con los labios los oídos
 Para que no pudiesen ser sentidos.

Partió luego con todos sus soldados,
 Por escuadras y puestos repartidos,
 Piés seguros, quietos, sosegados,
 En el acometer bien advertidos;
 Entraron por lugares señalados;
 Aquí, y allí, y allá suenan ruidos
 Causando piés lijeros manos sueltas
 Mil gritas, mil marañas y revueltas.

Lobos entran aquí por los rebañes,
 Por acullá leones los aquejan,
 Por todas partes hay crecidos daños,
 Armas tonan aquí, y allí las dejan;
 No pueden atinar á los engaños,
 Por aquí dicen ay, allí se quejan,
 Aquí dan cuchilladas, allí hieren,
 Por esta parte matan, y allí mueren.

No hay muertes que con muertes no segundan,
 Caen gallardos mozos, caen canas,
 Boriqüén y caribe se confunden,
 Suenan montes, collados y zavanas
 Con gritos y clamores que se hunden,
 Huellan por arcos, flechas y macanas;
 Si huyen por aquí, por allí pican,
 Aquí dan tropezón, allí trompican.

Como nave siguiendo su carrera
 Es de veloces llamas encendida,
 Que el miserable nauta donde quiera
 Halla su perdición y su caída,
 En fuego si no quiere salir fuera,
 En agua si salió perdió la vida:
 Arriba pena, confusión, presura,
 Y abajo muerte, mal y desventura;

Así con estas mismas confusiones,
 Si deste punto huyen de mal arte,
 Daban en mas terribles turbaciones;
 Si por aquí los hiere duro Marte,
 Por acullá crüeles escuadrones,
 Muerte, fuerza, temor de cada parte,
 Sangre, terror, dolor, tristes gemidos,
 Montón grande de muertos y caídos.

Ardiendo ya la furia que no cesa,
 Las manos y los piés andan espertos,
 Cumpliendo cada cual con su promesa
 En ocupar lugares descubiertos;
 Finalmente, les dieron tanta priesa
 Que se quedaron solos con los muertos;
 El español brioso, poco manso,
 Mas bien necesitado de descanso.

Muertos los que de cuervos fueron cebo
 Tuvieron todos vigilante vela,
 Sin escusarse viejo ni mancebo
 De dejar el espada ni rodela;
 Hasta tanto que ya la luz de Febo
 Con sus dorados rayos los consuela:
 Comieron; pero yo por estar harto,
 Remito mi manjar al canto cuarto.

CANTO CUARTO,

Donde se cuentan otras victorias que los españoles tuvieron en pacificación del dicho Boriquén.

Estremos grandes son de cobardía
Temer y recelar en esta vida
El peligro que por ninguna vía
Tiene desagüadero ni salida;
Rebate grandes riesgos osadía,
Buen ánimo restaura su caída,
El brio y el valor del varon fuerte
Suele hacer de mala buena suerte.

Esto mostró muy bien según os nuestro
Joan Ponce con valor jamás oído,
Pues no supo temer hado siniestro
Al tiempo que se vió mas caído;
Autes como diestrísimo maestro
No quiso conocerse por vencido,
Osó volver la rueda mal segura,
Y dióle buen suceso su ventura.

Porque todos los indios congregados,
Y los que por la isla mas había
Quedaron desta vez tan hostigados
Que no mostraban tanta lozania;
Puesto caso que no tan desmayados
Que no piensen volver á la porfía,
Mayormente la gente mas remota,
Que nunca se hallaron en la rota.

Destos el uno fué Mabodomoca,
Que estaba con seiscientos compañeros
Vacíándose muy largo de la boca
En confianza destos sus guerreros;
Juntamente con él la gente loca
Hacia mil desgarros y mil fieros,
Burlándose del misero paciente
Por dejarse vencer de nuestra gente.

Destos los capitanes mas ufanos
Consultaban sus falsos adivinos;
Hiriendo de los piés y de las manos,
Peor que con espíritus malinos,
Diciendo: « vengan, vengan los cristianos,
Que aqui les barreremos los caminos,
Y venga Salazar con su cuadrilla,
Verá cómo le va con la rencilla.»

Todas aquellas cosas que hablaban
Con aquellas robústas confianzas,
Supieron los cristianos donde estaban
Haciendo sus castigos y venganzas;
Informados de indios que tomaban
Por sendas ó caminos de labranzas,
Y riendo decian: « compañeros,
A Salazar, á vos os hacen fieros.»

Respondió Salazar con gran paciencia:
« Yo pues iré de muy entera gana;
Si nuestro general diere licencia
Para que nos partamos de mañana
Porque será gran cargo de conciencia
No ver qué quiera gente tan lozana;
Y si menester es que mas lo ruegue
Con gran instancia pido to la niegue.»

Luego Joan Ponce de Leon ordena
Que vaya con la gente que alli tiene,
Diciéndole: « señor, id norabuena
Como quien sabe bien lo que conviene;
Llegando, si pudierdes, sobre cena
Proveyendo de música que suene,
Pues el entrada menos peligrosa
Es cuando la comida se reposa.»

Respondió Salazar: « hora segura
Es esa, según claro se nos muestra;
Mas el tiempo, sazón y coyuntura
Es para tales cosas gran maestra;
Vamos cubiertos por el espesura,
Guio Joan de Leon con mano diestra,
Para que como viéremos hagamos
Después que juntos dellos nos pongamos.»

El fuerte Salazar tocó su cuerno
Llamando los que están apercebidos;
Recogió los que son de su gobierno,
Mozuelos, medio mocos y tullidos;
Pero como demonios del infierno
En ser fuertes, osados y atrevidos,
De Caparra salieron y sus puertos
Por ásperas montañas encubiertos.

En confianza del favor divino
De partes descubiertas se desvian,
Sin rastro ni pisada de camino
Por el Joan de Leon todos se guian:
El adalid guió con tan buen tino,
Que pudieron salir donde querian;
Luego pasaron é hicieron alto
Para poder sin riesgo dar asalto.

En un árbol pusieron atalaya,
Desde donde mirando muy atento
Descubrió muchos indios por la playa,
Y dió la relacion con gran contento;
El mas flaco varon menos desmaya,
Antes cobró brioso movimiento,
Porque para medrar vian al ojo
Donde poder tomar algun despojo.

Entraron todos ellos en consulta,
El mozo desbarbado y el de calva
Hieron sus pareceres, y resulla
Que para se hacer mejor la salva,
Por la parte mejor y mas oculta
En la gente cruel diesen al alba,
Y así velaron todos con cuidado
Hasta llegar el tiempo señalado.

La luz esclarecida de Diana
Sus dorados cabellos recogía,
Y Venus anunciaba la mañana
Que por pasos contados se venia,
Cuando la poca gente castellana
Sobresaltó la dura compañía:
Con piés lijeros y veloz espada
Por dos partes ocupan la manada.

Comienzan los mortíferos conciertos
Y golpes de clemencia despedidos,
Huían por los montes los despiertos,
Despiertan los que estaban mas dormidos:
Aqui vereis caídos, alli muertos,
Por todas partes quejas y gemidos;
Revolvió sobre sí Mabodomoca,
Y á su justa defensa los provoca.

Acuden los gandules esforzados
Según á bravos toros los alanos,
Danse terribles golpes y pesados
Encuentros y rencuentros inhumanos;
De tal suerte que ya nuestros soldados
Habian menester entrambas manos;
Mas en aquellas gritas y rencillas
El Salazar hacia maravillas.

Joan Leon también, singular hombre,
Andaba por aquellos escuadrones
Conformando las obras con su nombre,
Ambos á dos fortísimos leones;
Haciendo los demás ganar renombre,
En estas belicosas turbaciones,
Ensangrentados cuerpos y pavese
De los terribles golpes y revese.

Cuando la luz de Febo se presenta
Por las cumbres de montes ensalzados,
Tenian muertos ya ciento y cincuenta
De los indios que son mas señalados;
Viendo los otros burla tan sangrienta,
A volver las espaldas son forzados,
Los nuestros, por hallar algun buen lance,
A gran prisa seguian el alcance.

Aquel Joan de Leon un indio destos
Acaso vió huir por cierta vía,
Dispuesto mas que todos los dispuestos
En miembros, gentileza y gallardía;
El indio con dañados prestupuestos
Fingió que del Leon se retraía;
Cebábase Leon por sus provechos,
Viendo que lleva joyas en los pechos.

Por no perder aquella buena presa,
Con osadía mas que de valiente,
Tras de la caza va por la dehesa
Sin que lo viese nadie de su gente;
El indio como vió puesta la mesa
Acudió contra él incontinentemente,
Diciéndole : « repara, porque veas
Quién merece mejor estas preseas. »

Cada cual de los dos iba lozano
Y al singular certamen no sin gana,
El indio con sus dardos en la mano
Y con poderosísima macana ;
Leon consideró con seso sano
Que cumplía hacer rodela sana ;
El dispuesto gandul se llegó junto
Al español que no le pierde punto.

El indio con las mas fuerzas que pudo
Despide de las manos en un dardo,
Pasó toda la tabla del escudo
Sin bastalle dureza ni reguardo,
Y entró hasta parar en cierto fudo
Del sayo de algodón y duro fardo ;
Y á no ser la herida tan al sesgo
Joan de Leon corria harito riesgo.

El cual procuró luego de alcanzallo
Y dalle golpe lleno con el hierro ;
Mas él huía como buen caballo,
Acometiendo bravo como perro ;
Y cuando mas pensaba de cansallo,
Tanto mejor subiera por un cerro,
Antes el español , como cargado
De mas armas, andaba mas cansado.

Libró los otros dos dardos galanos,
Apuntando con ellos mas al viso,
Impetuosos ambos, pero vanos
Por esperallos con mejor aviso ;
Vense los combatientes ya cercanos
Por querer uno lo que el otro quiso,
El espada procura lo que resta,
Y el indio la macana tiene presta.

El cual en este caso mas agudo,
A causa de ser menos impedido,
Tal golpe dió por cima del escudo,
Que casi lo privó de su sentido ;
Mas esforzose todo cuanto pudo,
Y apechugó con él amodorrado,
Pensando barrenallo por debajo ;
Mas el indio con salto se retrajo.

Estando cada cual con el deseo
De poder sujetar contrario Marte,
Un español llegó por el camino,
Y un bárbaro también por otra parte ;
El español al español se vino,
El indio por el indio se reparte ;
Y como no lo tiene de costumbre,
Leon recibió grande pesadumbre.

Pues viéndolo venir desta manera,
Dijo desde el lugar donde se halla,
« Pesar de mí, señor, teneos afuera,
Mirando desde lejos la batalla ;
Que no soy yo gallina ponedera,
Ni me espantan cien mil desta canalla ; »
Cubrióse del escudo con coraje,
Y arremetió de veras al salvaje.

Descargó la macana levantada
El indio por matar nuestro cristiano,
Corren por ella filos del espada
Cortándole los dedos de la mano ;
La rodela quedó bien quebrantada,
Y el dueño quedó del todo sano ;
Mas, como ya con brazos hacen guerra,
La daga muerto dió con él en tierra.

Grandísimo pesar tomó de vello
El bárbaro segundo que venía,
Que quisiera llegar á socorrello,
Mas aquel español lo defendía ;
Por lo cual anduvieron al caballo,
Puesto que no con tanta valentía ;
Pues el otro quitado de por medio,
Huir le pareció mejor remedio.

Los trances rigurosos acabados
Y el un indio huído y otro muerto,
Vinieron los dichos dos soldados
A los demás que estaban en el puerto,
Adonde los hallaron congregados ;
Y puestos en buen orden y concierto,
Trató Leon de sus inconvenientes,
No sin admiracion de los oyentes.

Mas no pocas veces ponen miedo
A gentes valerosas españolas
La fuerza, la soltura y el denuedo
Que tienen muchos indios á sus solas ;
Que como valerosos á pié quedo
Ganan victoriosas laureolas,
Heles visto hacer hechos estraños,
Y en nuestra gente no pequeños daños.

Y en tierra de Cubagua, que no calló
Por ser de los guerreros la princesa,
A hombres en la guerra hecho calló
Ya vimos en llanísima dehesa,
Siete indios á siete de caballo
Quitalles los despojos y la presa,
Con otra cosa no de menos fama
En un rio que Guarico se llama.

Esto fué que Fernando de Baeza
Un indio vió que le mostró las suelas,
Y para lo cogier en poca pieza
Al caballo hirió de las espuelas ;
A él lijeros pasos endereza,
Pensando de traello con pihuelas ;
El indio como ya lo vió cercano
No rehusó parar en lo mas llano.

El cual con valeroso continente,
Macana con dos manos esgrimiendo,
Se defendía valerosamente,
La lanza y el caballo rebatiendo ;
El español de vello tan valiente,
Los labios con despecho remordiendo ;
Arremetió con vana confianza,
Pensando de llevallo con la lanza.

Bien pensaba matallo de camino
Y quedalle también el brazo sano ;
Pero contrariamente les avino,
Pues el indio con ánimo romano
Dió de través un salto peregrino,
Y quitóle la lanza de la mano,
El cual después de hecha tal ofensa
Con la lanza hacia su defensa.

Pues como ya la lanza le faltase,
Y al indio vió también quedar intato,
Esperando la gente que llegase
Estúvose suspenso por un rato,
Teniendo que el caballo le matase
Por no valer entonces tan barato
Como vemos al tiempo que esto cuento,
Que lo que uno valia cuestan ciento.

Hernando de Baeza pues estanca
Por la causa que tengo declarada,
Esperando que llegue gente blanca
De los comilitones del armada ;
Allegó luego Joan de Salamanca
Con Francisco Martin de la Bogada,
Y otros dos de caballo, buenos hombres
Que ya no me recuerdo de sus nombres.

Llegados estos cuatro por la vía
Donde el dicho Baeza reparaba,
Vieron el indio que se defendía
Con aspeto feroz y furia brava ;
Y como con lozana gallardía
La lanza por el cuento blandecía,
Cada cual dellos á decir comienza ;
¡ Qué grande poquedad y qué vergüenza !

Mas cada cual guardaba su caballo
Al riesgo no queriendo ser ancjos,
Y así, con intencion de lanceallo,
Tiraronle las lanzas desde lejos ;
No pudieron herillo ni matallo,
Quedándose confusos y perplejos ;
Ansi que de las lanzas rebatidas
Tenia todas cinco recogidas.

Estando todos no sabiendo cómo
Sacar las lanzas del gandal guardoso,
Allegó por allí Luis Perdomo,
Soldado diestro, suelto y animoso,
Hombre para la guerra de gran tomo,
Y en lances semejantes venturoso,
Natural de las islas de Canaria,
Y de los antiquísimos de Paria,

El cual en gran manera se reía;
Y no sin confusión destes cristianos,
Se bajó del caballo que traía,
La lanza mal asida con las manos,
Porque de manco ya no las tenía,
A lo menos en ellas dedos sanos:
Desta manera pues se fué llegando
Su vida y la del indio reguardando.

Ajirmóse también de su postura
El indio sin recelo del combate,
Tirándole dos botes con soltura,
Que luego Luis Perdomo le rebate,
Y entró con él en esta coyuntura,
No queriendo matar ni que lo mate,
Y así vivieron ambos á la lucha,
De cada parte no sin fuerza mucha.

Cada cual dellos juega falsa treta,
Pues barren los hocicos la ceniza,
El vestido las manos mal aprieta,
El que no tiene ropa se desliza;
Mas al fin el vestido lo sujeta,
Y á puño y bofetón lo martiriza;
Sirvióle después bien este cautivo
El tiempo que en el mundo duró vivo.

En otros muchos lances no reparo,
Aunque por cierto yo vi grandes cosas,
Que podrán admirar si las declaro,
Y me diere Dios horas espaciosas;
Mas quierome volver á Zalazaro,
Pues vuelve con sus gentes victoriosas,
Heridos hasta dos ó tres soldados,
Y todos ellos bien aprovechados.

Regocijados todos desta gloria
Por pasos de caminos conocidos,
Llegaron á la villa ya notoria,
Donde con honra fueron recibidos,
Congratulándose de la victoria
Que ganaron los cojos y tullidos,
Con otras muchas mas que, Dios mediante,
Podrán ver los lectores adelante.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta la pacificación de toda la isla y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes.

El que padece penas y dolores,
Ajeno del descanso que tenía,
Forzado de sus mismos sinsabores
Suele perder temor y cobardía;
Y así no pocas veces los temores
Engendran y producen osadía,
Porque por remediar vieja querrela
Procuran de bebefla ó de vertellá.

Movidos deste mal los boriquenes,
Viéndose perseguir por tantos modos,
Perdidas sus haciendas y sus bienes,
Quisieron meter hasta los codos,
Asegurándose destes vaivenes,
O de una sola vez perderse todos,
Queriendo mas morir por sus defensas
Que ver y padecer tantas ofensas.

Para valerse pues contra los males
De la guerra que tanto les apoca,
Hizo junta de indios naturales
Aguelbaná que todos los provoca;
Llegáronse señores principales:
Aimano, Guarionex, Mohodomoca,
Y demás destas gentes en que estriba
Crecida cantidad de la cariba.

Formaron una hueste poderosa
Con que cubrían campos y zavasas,
Arreados de yerba ponzoñosa,
Usada destas gentes inhumanas;
Jamás se vido semejante cosa
De dardos, arcos, flechas y macanas,
Tan grande municion, tantos carcajes,
Tantas diversidades de plumajes.

En las guerras espertos y avisados
Serían quince mil los deste cuento,
Y todos por los trances ya contados
Faltos de temeroso sufrimiento;
Hizo de los caribes mas nombrados
El rey Aguelbaná su llamamiento,
Y así como llegó la gente fiera
A todos les habló desta manera:

«El bueno que procura valedores
Para se defender de malas gentes,
Debe tener en mucho los favores
De sus vecinos, deudos y parientes;
Y en mas se preciarán cuanto mayores
Y á su necesidad mas convinientes;
Que la falta con tiempo socorrida
Conviene ser muy mas agradecida.

» Considerando pues cuán á lo largo
Corre mi trabajosa desventura,
Habeíme puesto todos en gran cargo
Con amistad de fuerte ligadura,
Por socorrer en tiempo tan amargo
Y en tan necesitada coyuntura,
Que si nos falleciere y es ninguna,
No se puede tentar otra fortuna.

» Y pues que vuestros bravos movimientos
Son perpetuo terror de los humanos,
Tanto que dellos son vuestros sustentos
Y los manjares mas cotidianos;
Deseo que varones tan sangrientos
No se nos escapasen de las manos,
Para que desta vez se mate fuego
Que nos causa mortal desasosiego.

» Porque si desta vez no se destierra
Esta plaga y aquesta desventura,
También ha de correr por vuestra tierra,
Sin que podáis tener hora segura;
No tiene de faltaros cruda guerra,
Infame sujecion y cárcel dura,
Porque para hablar su hambre loca
Lo mas se les antoja cosa poca.

» Los ejemplos tenemos en las manos,
Con pérdida de nuestras vecindades;
Pues, desde que los haytíes fueron llanos,
Con nunca jamás vistas crueldades
Pasaron, como veis, á los cercanos,
Do so color de buenas amistades,
Privan á todos de las dulces prendas,
De hijos y mujeres y haciendas.

» Si desta suerte ya quedan los otros,
Sujeto y acabado nuestro bando,
Es claro que ninguno de vosotros
Podriades quedaros alabando;
Sino que victoriosos de nosotros
Os seguirá furor no menos blando,
Y aun á los de costumbres mas oscenas
Acaso punirán con las setenas.

» Así que, para vernos redimidos
De tantas aficiones y cuidados,
Querria que si fuistes atrevidos,
Seáis mas atrevidos y esforzados;
Los contrarios son pocos y tullidos,
Aunque valientes y determinados;
Pero poco valdrá su pesadumbre
Contra tan infinita muchedumbre.»

Las gentes inhumanas y crúeles,
Oída la razon de tantas penas,
Respondieron allí por sus cuarteles
Palabras de temores bien ajenas.
Con furia de grandísimos lebreles
Que por morder remuerden las cadenas,
Encendidos de pestilente gana
De ya poder beber sangre cristiana.

La gente castellana, que velaba,
Segun que tal peligro requería,
Ninguna cosa destas ignoraba
Por indios que tomaba cada día;
Y por sus pocas fuerzas recelaba
Junta de tan proterva compañía;
Pero con recelallos y temellos
Determinaron ir en busca dellos.

Y no sin afliciones y cuidados
Que suelen agravar esta balanza,
Llamó Joan Ponce todos sus soldados;
Dignísimos por cierto de alabanza;
Y estando todos ellos congregados,
Sin muestra de temor y destemplanza,
Como varon en todo suficiente,
Me dicen que les dijo lo siguiente:

«No creo que tenéis por villanía
Decille que defienda su partido
A quien con tan suprema valentía
Me consta bien habello defendido;
Pues puede redundar en culpa mía
No ser en este caso proveído,
Para que á valor tan infinito
Ayudemos siquiera con un grito.

»Porque así como sobra de razones
Engendra confusión en los oyentes,
Así do quier que faltan prevençiones
Suelen nacer cien mil inconvenientes,
Que paren otras muchas ocasiones
Por do suelen perderse muchas gentes,
Y mas en guerra y el contrario junto,
Do no conviene que se pierda punto.

»Movido pues, señores, deste celo,
No sin vacilaciones varias, oso
Deciros que hollais ajeno suelo,
Y tenéis enemigo poderoso,
Que cumple no durmamos sin recelo,
Que conviene tener poco reposo,
Que demos orden para que esta plaga
Con menos riesgo nuestro se deshaga.

»Y cierto no conviene que los buenos,
En riesgo del honor y de la vida,
Hagan cosas á poco mas ó menos;
Sino por una regla bien medida,
De la cual los que fueren mas ajenos
Hallarán mas cercana la caída;
Pues á quien corre sin mirar por dónde
No siempre buena dicha le responde.

»Considerando pues la gran compañía
De gente tan crüel y tan molesta,
El desorden notable cuánto daña,
Un pesado descuido cuánto cuesta;
Deseo que nos demos buena maña
En este postrer trance que nos resta,
Porque después gocemos sin zozobra
Fructuoso trabajo desta obra.

»Pues si vuestras zozobras tienen vado,
Como tengo de Dios la confianza,
Será vuestro trabajo conmutado
En vida de placer y de holganza,
Y cada cual muy bien galardonado
De lo que el rico Boriquén alcanza;
Todo lo cual parece que asegura,
Demás del gran valor, vuestra ventura.

»Esta conviene mucho que sigamos
Huyendo del peligro los estremos,
No para que del todo los temamos,
Sino que con recato nos guardemos,
Y para concluir lo que tratamos,
Antes que ellos nos busquen los busquemos;
Pues, jugando de mano, veces hartas
Desbaratan á trunfos buenas cartas.

»Para ser de valor mas alentados,
Podeis encomendar á la memoria
Que en todos los rencuentros atrasados
Habeis gozado siempre de victoria,
Con hechos tan heroicos y esforzados
Que se les debe muy cabal historia,
Y no cumplir que pierdan los remates
Hazañas tan subidas de quilates.

»Si tiene parecer el hombre diestro,
Este es mi parecer y mi sentencia,
Aunque deseo yo saber el vuestro,
Pues no tenéis menor el esperiencia;
Y el que sintiere ser mejor maestro
Aquí para hablar tiene licencia;
Pues no siendo razon del todo vana
Escucharémosla de buena gana.»

El número de aquesta compañía
Sin exceptarse del mozo ni viejo
En aquestas palabras se veía,
Como si fuera lumbre de un espejo;
Y así dijeron que lo que decía
Era necesarísimo consejo,
Y lo que contenían sus razones
Se conformaba con sus intenciones.

La voluntad de todos conocida,
Que fué para tal caso conveniente,
Aderezóse luego la partida
Con cuanta brevedad les fué posible;
Ochenta solos hacen la corrida
Contra los quince mil, gente terrible;
Dudosos se harán á los humanos
Tan altos hechos y tan soberanos.

¿Quién creará vencer á tan gran Marte
Estatura de tan pequeño codo?
¿O cómo fuerza de militar arte
Para ello halló via ni modo?
Mas peleaba Dios de nuestra parte,
Que con su voluntad lo vence todo;
Pues queda muy atrás valor humano
Donde pelea su potente mano.

Era tenido Salazar en tanto
Al tiempo que esta guerra se trataba,
Que el batey de los indios y su canto
Con gran veneracion lo celebraba:
Su nombre les ponía tal espanto
Que el indio mas soberbio mas temblaba;
Y en tiempo destas vueltas y rigores
Fatigábanlo mucho sus dolores.

Pues como vió Joan Ponce que se halla
Esta persona principal tan flaca,
Y que para romper cualquier batalla
Cuanto mas flaco mas esfuerzo saca,
A ciertos indiezuelos de canalla
Mandó que lo llevasen en hamaca,
Y así con el reguardo conveniente
De sus desnudos hombros va pendiente.

Salieron luego para la conquista
Con buena prevençion nuestros varones,
Sin hallar trapezon que los resista
De tantas y tan grandes poblaciones.
Finalmente, llegaron á la vista
De los embravecidos escuadrones,
Los cuales estuvieron muy atentos
Riéndose de sus atrevimientos.

Asentaron real, pequeño trecho
Del contrario sin grita ni ruido,
Teniendo por espaldas un repecho
Que hacia lugar fortalecido,
Para tales designos á provecho,
De maiz, leña y agua proveído;
El cual lugar les dió grande consuelo
Por habello hallado tan á pelo.

Como los nuestros pues allí viniesen
A hora poco mas de mediodía,
Para los provocar á que saliesen
Gran muchedumbre de indios acudia;
Españoles querían que rompiesen,
Joan Ponce de Leon no consentía;
Pero por ojear sobresalientes
Salieron hombres sueltos y valientes.

Salíó Joan de Leon, mozo valiente,
Pero Lopez de Angulo, Joan Mejía,
Mostróse Salazar tan solamente
Que para mas licencia no tenía;
Porque de tan gran número de gente
La principal muy bien lo conocía,
Salíó Miguel de Toro, Joan Gonzalez,
Y hasta diez ó doce destos tales.

Demás de que las armas iban prestas,
Iban calzados de ligeras suelas,
Llevan un arcabuz y tres ballestas,
Los demás con espadas y rodela;
Y á los indios de plumas mas enhiestas
Apretan, como dicen, las espuelas,
Mataron en aquesta rociada
Tres ó cuatro de gente señalada.

Los indios que volvieron afrontados
Causaron en los otros tal revuelta,
Que revolviéron mas determinados
Hasta doscientos, toda gente suelta;
Los españoles diestros y avisados
A nuestros escuadrones dieron vuelta,
Pareciéndoles bien el primer lance
Sin esperar mas riguroso trance.

Estando pues los nuestros en sus puestos,
Cada cual dellos bien aderezado,
Vieron entre estos indios bien dispuestos
Un indio grandemente señalado:
Las piernas y los brazos muy compuestos,
En los pechos cemi de oro labrado,
Y segun en su traza representa
Debia ser persona de gran cuenta.

Todos tenían pues la vista fija
En aquesta gandul qua parecia,
No sin alteracion algo prolija
Sobre saber de cierto quien seria;
Porque con las pinturas de la bija
De cierta ciencia no se conocia;
Mas en comun juraba gente nuestra
Ser el Agueibaná, segun la muestra.

Durante por palabras la pelea
Entre los adalides principales,
Dijo Joan de Leon: « quien quier que sea,
Bueno será que pague tantos males;
Y no venga la noche sin que vea
Las penas y tormentos infernales. »
El arcabuz tomó que va cargado,
Y por su rodelero Joan Casado.

Viendo que dos bajaban por la via
Del fuerte do tenían sus pertrechos,
Ocurrieron los indios á porfia
Y á tomallos á manos van derechos;
Apuntó bien Leon á quien queria,
Y dióle por el medio de los pechos;
Cayó volcándose por aquel suelo,
Quedando los demás con gran recelo.

Pero con presuroso continente
Asieron á porfia del caido,
Sacandolo cargado prestamente
De aquel lugar adonde fué herido;
Y así como lo vió la demás gente
Dieron terrible grita y alarido,
Yéndose poco á poco retirando,
La muerte del cacique lamentando.

Convierten el placer en duro llanto
De verse reducir á servidumbre,
Y así decian todos con espanto
Aunque no lo tenían de costumbre:
« O los poquitos destos valen tanto
Como si fuese grande muchedumbre,
O han resucitado nuestros amos
Y los demás cristianos que matamos. »

Confitados de fuerzas y soltura,
Quisieran muchos ir en los alcances,
Pero Joan Ponce dijo ser locura
Y desvariadissimos halances:
« Dejados ir, que es guerra mas segura;
Pues Dios nos ha librado destos trances,
Daldes lugar á bien llorar su muerte,
Que el rey Agueibaná debe ser cierto.

» Paréceme consejo muy mas sano,
Por libertad de tan pesado Marte,
Las gracias dello dar al Soberano,
Pues nos ha sucedido de tal arte
Que nos dió la victoria de su mano,
Siendo nosotros harto poca parte:
Limosnas se harán y sacrificios
Reconociendo tantos beneficios.

» Iránse los caribes mal pesantes
Por verse padecer trances tan duros,
Dividiránse luego los restantes
De libertad perdidos ya sus juros;
Tenémoslos tan llanos como antes,
Y por ventura harto mas seguros;
Que no hicieran ellos tal mudanza,
Si de volver tuvieran la esperanza.

» Por tanto, pues la gente queda sana
Y libres ya del encendido fuego,
Cenemos lo que hay de buena gana,
Puesto que no durmamos con sosiego;
Volvemos hemos luego de mañana,
Que ganado tenemos este juego. »
Con esto reportó la compañía,
Y se volvieron todos otro día.

Y así fué que después los boriquenos
Se quisieron rendir todos á una,
Los españoles vivos quedan buenos,
Y la guerra les da pena ninguna;
Joan Ponce de Leon ni mas ni menos
Gozaba de su próspera fortuna,
En paz con su mujer y con sus hijos,
En sus minas, estancias y cortijos.

Trajeron grande copia de ganados,
Necesarios á todos menesteres;
Vinieron á poblar hombres casados
Con sus familias, hijos y mujeres;
Varones diferentes en estados,
Ricos y caudalosos mercaderes,
Ocupan puertos varios navegantes,
Y grande multitud de contratantes.

Lucen y resplandecen los arrees
Que cubren las humanas proporciones,
Hay justas, juegan cañas hay torneos
Con grandes variedades de invenciones.
Satisfacen riquezas sus deseos,
Vanse poblando nuevas poblaciones,
Las cuales conoci con gran provecho,
Pero ya muchas dellas se han deshecho.

Tenían de oro ricos nacimientos,
De cosas necesarias gran hartura,
Hay grandes hatos, hay heredamientos,
Hay por la isla toda gran cultura;
Celebráronse muchos casamientos
Con damas de valor y hermosaura,
Y acuérdome de aquestos pobladores
Que dejaron algunos sucesores.

Gaspar y Garcí Troche, principales
En estos regimientos y gobiernos,
Hombres en toda cosa tan cabales
Que del dicho Joan Ponce fueron yernos;
Francisco y Joan de Toro, y otros tales
Para cualquier peligro nada tiernos,
Francisco de Alvarado, Diego Ramos,
Que por varon ilustre lo contamos.

Diego de Cuéllar, Pedro de Espinosa,
Y con ellos Victor y Joan Guilarte,
Pedro de Mata que en cualquiera cosa
De honra no le daban poca parte.
Castellanos, persona generosa
En cuanta clara parte nos reparte,
Y aqueste generoso caballero
Fué después en la isla tesoro.

Francisco de Mayorga, tan bastante
En todo cuanto puede ser nobleza,
Que ningunos pasaron adelante
Y pocos en posible de riqueza;
Joan de Mayorga, hijo, semejante
En discrecion, honor, virtud, proeza,
Que vive, y es persona señalada
En este nuevo reino de Granada.

Persona de mí harto conocida,
Pues vi que en escuadrones de Belona
Ha servido muy bien toda su vida,
Y sirve hoy á la real corona;
Tiene mujer que tiene merecida
Alabanza inmortal de su persona,
Dicha doña Maria de Cazalla,
Que soy muy poco yo para alaballa.

Ansímismo hicieron allí rancho
 Un Baltasar Cáncer y Joan su hermano,
 En honor sin venille nada ancho
 Dicho Ruiz Barrasa tuvo mano;
 Hubo también aquel Francisco Joaicho.
 Muy rico y caudaloso baquiño,
 Alonso Manso, Baltasar de Castro,
 Que de fama no dejan menos rastro.

A Hernán Sanchez Alemán me llego,
 Hombre de gran valor y mucha suerte,
 Al cual yo conocí ya medio ciego
 Con Joan de Vargas, otro varón fuerte;
 Ansímismo Garcí de Villadiego,
 Y el triste que murió de mala muerte,
 Cristóbal de Guzmán, y diré cómo,
 Por ser un caballero de gran tomo.

Puesto caso que estaba ya hollada
 La isla con sus indios todos llanos,
 Era también á veces infestada
 De todos los caribes comarcanos;
 Y en diferentes tiempos salteada
 Con harta perdición de los cristianos,
 Aconietiendo con escuridades
 Los hatos, las estancias y heredades.

Y en las rebeliones desta tierra,
 En un cierto rencuentro riguroso,
 Mataron, según uso de la guerra,
 Un Cacimar, cacique poderoso;
 E Yahureibo, desta gente perra
 Cacique por extremo belicoso,
 Quiso venir con poderosa mano
 Para vengar la muerte del hermano.

En piraguas, que son como galeras,
 Metió trescientos indios escogidos,
 Del Boriquén tomaron las riberas
 Sin ser vistos, oídos ni sentidos,
 Acecharon caminos y carreras,
 Por las cuales van bien apercebidos,
 Al Daguo sus pasos encaminan,
 Y á las estancias que con él continan.

Allí tenía principal estancia
 Guzman con cantidad de frutos varios;
 Sería media legua la distancia
 Del puerto do saltaron los cosarios;
 El Guzmán sin ninguna vigilancia,
 Ni miedo, ni recelo de contrarios,
 De tal manera, que por plaza rasa
 Llegaron hasta le cercar la casa.

El resplandor del sol era salido
 Cuando salió también la gente fiera,
 Acudió con los suyos al ruido,
 Por tomar un caballo, si pudiera;
 Pero luego de yerba fué herido
 En el primero pié que puso fuera,
 Y como vido tantos al encuentro
 Parecióle mejor volver adentro.

Mas los voraces indios inhumanos
 Tuvieron en entrar tal osadía,
 Que vivo lo tomaron á las manos
 Con las negras é indias que tenía;
 Y de negros é indios más cercanos
 Para comer mataban á porfía,
 Maniaban los miseros captivos,
 Y llevan á los muertos y á los vivos.

Aquesta montería concluida
 Y recogido todo lo restante,
 No dilataron mucho su partida
 Por no cumplir en salto semejante,
 Llevando con la gente recogida
 Al dicho don Cristóbal por delante,
 El miserable triste maniado
 Y de rabiosos perros rodeado.

¡Oh fortuna cruel! ¡oh hado ciego
 Que tantas vueltas y revueltas fraguas!
 Pues llegados al mar lo meten luego
 En aquellas sus barcas ó piraguas;
 Y por no les cumplir mucho sosiego
 Arando van las inquietas aguas,
 Con crecido caudal, con rica presa,
 Y de carnes humanas larga mesa.

Curóle Yahureibo la herida,
 Gozoso de tener tan buen captivo,
 No tanto por quererle dar la vida,
 Cuanto por se servir del siendo vivo;
 Es el dolor del pié muy sin medida,
 Mas el del corazón mas escésivo,
 Por no se descubrir hora segura
 Ni cosa que no fuese desventura.

Pues la vil y proterva compañía
 Por las islas se fué regocijando,
 Según coman costumbre que tenía,
 Comiendo de los presos y matando
 La pieza que mejor les parecia;
 Y por derecha vía navegando.
 Llegó con buenos tiempos y zaborra
 En la isla que llaman Virgen-Gorda.

En aquella sazón y coyuntura
 Que llegó la compañía monstruosa,
 Iba nuestro hidalgo sin ventura
 Trabado de la yerba ponzoñosa;
 Y conociendo ser de poca dura,
 Por dalle muerte mas calamitosa,
 Mandáronlo poner en un madero
 Do todos le tiraron á terreto.

En aquestos tormentos apartados
 De todo cuanto puede ser clemencia,
 Los ojos á los cielos levantados
 Con suma devoción y reverencia,
 Demandaba perdon de sus pecados
 Armado de grandísima paciencia;
 Dió fin á los trabajos deste suelo
 Para gozar descansos en el cielo.

Pues no fué por entonces encubierto
 Ser hombre de santísimas costumbres,
 Y sus negras dijeron por muy cierto,
 Presentes á las dichas pesadumbres,
 Que en el mismo lugar donde fué muerto
 Aquella noche toda vieron lumbres;
 Quisieran ellas dalle sepultura,
 Mas no lo consintió la gente dura.

Una que quiso ser mas atrevida,
 Dicha Isabel, mujer de mas coraje,
 De golpe de macana fué herida
 Por uno del ejército salvaje;
 Al fin, cuando hicieron su partida,
 Le mandaron echar al rebalaje
 Del agua sin que nadie le tocase,
 Para que el agua misma lo llevase.

Faltóles á los nuestros la paciencia,
 Entendida la nueva lastimera,
 Haciéndoseles cargo de conciencia
 No ir tras esta gente carnícera;
 Y así se procuró con diligencia
 Efectuar con tiempo la carrera,
 Pensando redimir aquel captivo
 Que todos sospechaban estar vivo.

Para poder llegar á los confines
 De los caribes fieros, atrevidos,
 Aderezaron buenos bergantines
 De cosas necesarias proveídos;
 Los soldados que llevan son insines
 En militares artes escogidos,
 Y fué por general en el armada
 Joan de Yúcar, persona señalada:

Persona que de mí fué conocida,
 Con sus armas, banderas y estandarte;
 Y así, si Dios á mí me diere vida,
 Diré mas largo dél en otra parte;
 Los capitanes fué gente lucida,
 Entre quien la restante se reparte:
 El uno dellos fué Joan de Avendaño,
 Que me dió larga cuenta deste daño.

El cual anduvo bien este camino
 Mostrando gran valor en la jornada,
 Y este día de hoy es mi vecino
 En este nuevo reino de Granada:
 Fué Benito Velazquez, hombre dino
 Que su persona sea celebrada,
 Y ansímismo Limón, y Alberto Perez,
 Consultores en estos pareceres.

De muchos valerosos desta gente
 Pudiera hacer nómima prolija,
 Mas agora diré tan solamente
 Del capitán Alonso de Litrija,
 Que para todas cosas de valiente
 Su gran industria fué no menos fija;
 Y así dejemos el armada presta
 Para decir después lo que me resta.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y la que mas sucedió, con otros saños que después hizo Yahureibo en la isla de San Juan ó Boriquén.

Bien puede ser que el triste se consuele
 Con esperar socorro de algun bueno,
 Mas común opinion del vulgo suele
 Decir de pelo cuelga mal ajeno;
 Pues aunque el singular á muchos duele,
 Allí dolerá mas do fué mas lleno,
 Y este con mas solicitud procura
 Antídoto que pueda dalle cura.

Cristóbal de Guzmán mujer tenia,
 Señora de muy gran merecimiento,
 Que doña Mayor Vazquez se decía;
 La cual con increíble sentimiento
 Gran cantidad de gentes traía
 Sin poder comportar detenimiento,
 Y para recobrar su dulce prenda
 Gastaba de sus bienes y haciendas.

No pudo falta ser que no cumpliese
 Por orden y concierto conveniente,
 Sin querer reparar en interese,
 Con tal solicitud que es increíble;
 Hizo pues que el armada se partiese
 Con cuanta brevedad le fué posible,
 Llevando capitanes y sarjentos,
 Soldados poco menos de doscientos.

En cinco bergantines artillados
 Partieron pues de nuestra isla rica,
 Y tres ó cuatro dias navegados
 Llegaron á la de la Dominica,
 Do tomaron los indios descuidados,
 Segun la relacion nos certifica;
 Y así saltaron bien apercebidos
 A la parte del sur sin ser sentidos.

Puestos en tierra ya desta manera
 En un puerto de azufre nada falto,
 Esperaron la noche venidera
 Para poder hacer algun buen salto;
 Encubiertos muy bien con la ribera
 Y con sus atalayas en un alto,
 Esperaban el tiempo mas oscuro
 Para poder salir sobre seguro.

Sería media noche ya pasada,
 Cuando con el recato conveniente
 En tierra salta gente bien armada,
 Y el camino que llevan es patente;
 Y así, poca distancia caminada,
 En un pueblo se dió de mucha gente;
 Y repartidos bien por sus cuarteles,
 Tocaron la trompeta los fieles.

Entraron los que estaban repartidos
 Con gran solicitud y diligencia,
 Recordaron los indios atrevidos
 Sin rehusar guerrera competencia;
 Mas eran luego muertos ó rendidos,
 Sin les bastar su viva resistencia;
 Tomaron grande copia de captivos
 De los restantes que quedaron vivos.

Con manos prestas y con piés livianos
 Se recorrian los demás andenes,
 Halláronse preseas de cristianos
 Y cantidad de los robados bienes;
 Vinieron las tres negras á las manos,
 Muchas antiguas indias boriquenes;
 Al puerto se volvieron manos llenas,
 Y los caribes indios en cadenas.

Metieron en la mar la gente perra,
 Por mas asegurar que no se vaya,
 Los bergantines el prois en tierra,
 Los nuestros divertidos por la playa;
 Mas los caribes hombres son de guerra,
 Y el caribe feroz jamás desmava;
 Hicieron después otras dos suertes
 En pueblos, y no fueron menos fuertes.

Al tiempo que el cristiano se vestía
 De mas victoriosas esperanzas,
 El indio Yahureibo no dormía
 Trazando mil maneras de venganzas,
 Holgando de ver nuestra compañía
 Con unas descuidadas confianzas;
 Y así por tierras, y otros en piraguas,
 Les tomaron las tierras y las aguas.

Tenia la habia señalada
 Al lado promontorio montuoso,
 Donde hizo poner un emboscada
 De gente de furor impetuoso;
 Y hizo por la mar ir en armada
 Con las piraguas capitán mañosa,
 Para que juntos dos caudillos diestros,
 Por mar y tierra diesen en los nuestros.

Eftuados estos pareceres,
 Que para su defensa convenían,
 Y gozando los nuestros de placeres,
 Pues sin ningun temor se divertían,
 Alzó los ojos un Alberto Perez,
 Y vido las piraguas que venían,
 Tiros mandó soltar en continente
 A fin de recoger toda la gente.

Oída la señal que les espresa
 Que venga cada cual y se reguarde,
 Acudieron los nuestros á gran presa,
 La mayor parte dellos algo tarde;
 Pues en ejecucion de su promesa,
 Yahureibo llegó con gran alarde;
 Tanto que se juzgó por buenos fines
 Cortar los cables á los bergantines.

Por la mar se hicieron á lo largo
 Las cuatro que pudieren evadirse,
 Tomando todos ellos á su cargo
 Con los de las piraguas combatirse;
 Mas Benito Velazquez, muy anargo,
 No pudo de la playa desasirse,
 Porque cargó sobre él tanta potencia
 Que ya no le bastaba resistencia.

Defendianse bien los del espada,
 Daban crúeles golpes y pesados;
 Mas era tan espesa la nevada
 De flechas y de dardos afilados,
 Que de la gente noble mas granada
 Le mataron allí treinta soldados,
 Y el Benito Velazquez todavía
 Con supremo valor se defendía.

Al tiempo que el rebato sobrevino,
 Del puerto se halló muy apartado
 Un hombre trapanés, buzo marino,
 En coger ciertas frutas ocupado:
 Al puerto revolvió; mas cuando vino
 Vió por todas partes rodeado,
 Y por estar en peso la porfia
 Nadie lo pudo ver cuando venía.

Viendo tan claro riesgo de su vida,
 Sin hallar por adonde se escapase,
 Con sumas voces hizo gran corrida
 A ellos, sin que punto reparase;
 Pensando ser de gente mas crecida,
 Abrióronle lugar por do pasase;
 Y como nada vido por delante,
 Se pudo zambullir en el instante.

Los indios, admirados deste hecho,
 Miraban do salía por flechallo,
 Gran parte dellos puestos en acecho,
 Mas ninguno podía devisallo;
 Porque fué por debajo tan gran trecho,
 Que flechas no pudieran alcanzallo;
 Entre tanto Velazquez con gran brío
 Pudo cortar los cabos del navío.

De la playa salió menoscabado,
Y luego recogió, como debía,
Al trapancs, que estaba sobreguado;
Al cual no se le niegue que este día,
Como varon astuto y avisado,
Se valió del oficio que sabía;
El Velazquez, salido deste fuego,
A la naval batalla se fué luego.

Porque todos andaban á las manos
Con la caribe gente monstruosa:
Los bárbaros gallardos y lozanos,
Sin perder punto de ninguna cosa,
Y fatigados ya nuestros cristianos
A causa de la yerba ponzoñosa;
Y aun el artillería no jugaba,
Porque también la pólvora faltaba.

La cosa de temor anduvo suelta,
Acometiéndoles por todos lados:
De los indios también en la revuelta,
Algunos pocos fueron derribados;
E ya sin almacén dieron la vuelta,
Y es de creer también que de cansados,
Mas de los nuestros hecha bien la cuenta,
Faltaron de doscientos los cincuenta.

Este negocio desta suerte hecho,
Llevaron á San Joan el desengaño,
Puesto caso que no con pié derecho,
Pues á todos causó dolor extraño:
Fué de pocos quilates el provecho
En consideracion de tanto daño,
Y el Yahureibo, gran varon de guerra,
Otras veces corrió también la tierra.

Porque pasada ya cierta distancia
En continuacion de su camino,
Dió con doscientos indios en la estancia
De Martin de Guilluz, el vizcaíno;
Mas Sebastián Alonso con constancia
De buen varon y de leal vecino,
Estando los dos mal, supo la nueva,
Y fué, para cobrar lo que le lleva,

Con caballo veloz y dura lanza,
Corriendo por aquella gran dehesa:
Antes que se embarcasen en la alcanza,
Y les quitó los indios y la presa:
Deshizo su valor y su pujanza
Redimiendo manjares de su mesa;
Alanceando muchos, y hiriendo
Hasta la mar los iba persiguiendo.

Rompiendo varonilmente por ellos,
Con el gentil caballo do venia,
A muchos arrastró por los cabellos,
Y á los negros los daba que traía,
Que los atasen por servirse dellos
En minas y en estancias que tenia,
Entre ellos uno, ya varon anciano,
Que traía dos flechas en la mano.

El cual como se vió torcer la frente
De fuerza que juzgaba no ser tierna,
Determinó de dar á mantenimiento
Con ambas á dos flechas por la pierna,
Untadas del veneno pestilente,
Que el mas entero seso desgobierna;
Y el caballero viéndose herido,
Mató de mala muerte su vencido.

Desbaratadas estas compañías,
Volvióse las heridas recelando,
Y desde á poco dió fin á sus días
Con gran conocimiento, mas rabiando;
Acabaron sus grandes valentías,
Con grande compasion de nuestro bando,
Hizo cosas no dignas de tintebla
Fué andaluz y natural de Niebla.

Demás desto que el verso certifica,
Después de muchos días, cierto día,
Dió gente, de la dicha Dominica,
Con el astucia y orden que solia,
En pueblo de Luisa la cacica,
Do estaba de presente Joan Mejia,
Aquel fuerte varon, de color loro,
Cuya muerte causó no poco lloro.

La india le decia que huyera,
Mas él le respondió con lo que piensa:
«Eso no me conviene, ni Dios quiera
Que mi honra padezca tal ofensa;
Ni te dejaré yo desta manera
Aunque sepa morir por tu defensa;»
Y así del tal asalto descuidado,
No pudo salir bien aderezado.

Debajo de su fuerte confianza,
Viendo los enemigos estar dentro,
Salió con una espada y una lauz
A fin de resistir primer rencuentro;
Mas fué demasiada la pujanza
De los que le salieron al encuentro;
Y con ver ante sí tan gran potencia,
No dejó de hacer gran resistencia.

Vió luego con Chaquiras y Pomares
Gallardo capitán que los mandaba,
Al cual atravesó por los ijares
Con la lanza jineta que llevaba;
Hizo después bien anchos los lugares
Por aquel escuadron de gente brava,
Como toro feroz y madrigado,
Que por diversas partes es picado.

Fué tan feroz en el arremetida,
Y la priesa que dió fué de tal suerte,
Que tuvieron por buena la huida,
Con temor de la sangre que se vierte,
Mas no quedó seguro de su vida,
Antes con certidumbre de la muerte,
A la cual en tres días fué cercano,
Haciendo diligencias de cristiano.

Deste pernicioso documento
La Luisa quedó muy mal herida,
La cual murió con buen conocimiento
Aunque era nuevamente convertida;
Quedóle hasta hoy al tal asiento
Su nombre, y es estancia conocida,
Quedando de grandeza tan notoria
De gente solamente la memoria.

Después el Yahureibo tan molesto
Continuaba tanto su venida,
Que cada cual dormía por su puesto
Con grandes detrimentos de la vida;
Ponían por la isla para esto
Gente de guarnicion apercebida,
Con Sancho de Aragon, diestro caudillo,
Y con ellos el perro Becerrillo.

Las furias y rigores desta llama
Sosegarian hasta medio año;
Después de las estancias de Guayama
Volviéron los caribes al engaño;
Y á Sancho de Aragon llegó la fama
Cerca de do hicieron aquel daño,
El cual con el recado conveniente
Vino con cuanta priesa fué posible.

Ya cuando Sancho hizo su llegada
El escuadron feroz de gente perra
Grande presa tenían embarcada,
Quedándose los mas dellos en tierra:
Aduvo la refriega bien trabada,
Duraron los rencuentros de la guerra;
Mas los indios huyeron á las aguas
Para se guarecer en las piraguas.

Al tiempo que el rencuentro mas ardía,
No poca parte fué para vencillos
El perro Becerrillo, que hacia
Pedazos las ijadas y los cuellos,
Y en continuacion de su porfia,
A nado por la mar entró tras ellos,
Do uno de los que él despedazaba
Lo hirió con las flechas que llevaba.

Después que se sintió desta manera,
Y al que mal lo trató dejó sin vida,
Volvió con brevedad á la ribera
En busca de la gente conocida;
Como si de razon uso tuviera,
Sentimiento mostró de la herida;
Curáronlo quemándolo con fuego,
Pero nada prestó, pues murió luego.

No murió con rabioso desconcierto,
Aunque fué del veneno pestilente;
La falta deste perro causó cierto
Grandísimo dolor á nuestra gente;
Y porque no se viese que era muerto,
Lo mandan enterrar secretamente:
Para los indios fué plaga terrible,
Y dellos se juzgó por invencible.

Después que esta desgracia les avino,
Supieron que la gente canicera
Acia Vieque hizo su camino,
Pegada con San Joan, isla frontera,
Do con humana carne de su vino
Hicieron una larga borrachera,
Y nuestra gente casi de improvisó,
A los de San Germán dieron aviso:

Pueblo do yo vi muchos moradores,
Frecuencia de navios y de barcas,
Grandes estancias por sus rededores,
Ricas minas en todas sus comarcas:
Traté de sus primeros pobladores
Villanueva, Rincon y Sancho de Arcas,
Jerónimo Fernandez de Virués,
Que hoy con vida hado sobreseés.

Mas esta guerra cuando se hacia
Fué años atrasados desta gente,
Y en San Germán entonces residia
Cristóbal de Mendoza por tiniente:
Señalado varon en valentia
Y contra los caribes escelente,
El cual por desear verse con estos
Sesenta buenos hombres hizo prestos.

Embarcáronse pues con buen recado
Y ganas de hallar los enemigos,
Nuestro Mendoza muy regocijado
Por querer ir con él de los antiguos:
Pero Lopez de Angulo, Joan Gasado,
Joan de Leon, Quindós y otros amigos,
Porque tenia ya de tales lanzas
No vanas, sino ciertas esperanzas.

Llevaron para esto buena guia,
Y para su viaje tiempo hecho;
Llegaron á Vieque por tal via,
Que no pudiera ser mas á provecho,
Por tener la caribe compañía
Las piraguas en un lugar estrecho,
Donde por ser la boca recogida
Podian estorbarles la salida.

Fué rato de la noche su llegada
Guiando los navios á las lumbres,
La gente de los indios ocupada
En tierra con sus ritos y costumbres;
Y así los bergantines del armada
Entraron sin ningunas pesadumbres,
Y sin que reparasen en las aguas
Les pudieron tomar doce piraguas.

Acudieron los indios al ruido,
Segun suele venir gente tan fiero;
Habiendo ya Mendoza proveído
Gente para la mar y para fuera,
A tierra sale bien apercebido
Tomando con cuarenta la ribera,
Con buen ardid y grande diligencia,
Puesto caso que no sin resistencia;

Porque los bárbaros mozos y canos
Arremetieron duros y protervos,
Con lanzas y macanas en las manos,
Bien como los lebreles á los ciervos,
O como contra pollos los milanos,
O ya de la manera que los cuervos
Se suelen abatir á carne muerta,
Al tiempo que la hambre los despierta.

Pospónense temores, huyen miedos,
Nadie muestra señal de cobardia,
Los indios con tan ásperos denuedos
Cuanto necesidad allí pedia;
Pero los españoles no van quedos,
Pues cada cual del brazo se valia,
Con golpes y con puntas tan estrañas
Que rasgan pechos, rompen las entrañas.

Gran grita y alarido se condensa
Después que Yahureibo tocó cuerno,
Encendido de furia tan inmensa,
Así como si fuera del infierno:
Tiros á tiros dan la recompensa,
A cuchillada golpe nada tierno,
Descalabró cabezas, quebró muelas,
Hizo pedazos manos y rodelas.

Pero Lopez de Angulo como via
Aquel indio que tanto se estremaba,
Puesto caso que no lo conocia,
Ni ser el Yahureibo se pensaba;
Por refrenar tan suelta valentia
Y poder quebrantar su furia brava,
Salió con sus armas al encuentro,
Mas él no se retrajo mas adentro.

Al singular certamen var dispuestos
Ambos á dos de juventud lozana,
Manebos, altos, sueltos, bien dispuestos,
Y cada cual con increíble gana:
Para los golpes y respuestas prestos,
Uno con hierro y otro con macana,
Rompen aquí y allí, y en breves puntos
Los dos leones fieros se ven juntos.

Angulo le libró con el espada
Un golpe de revés embravecido,
El indio rebatió la cuchillada
Con soltura y ardid jamas oido;
Y dió con la macana levantada
Golpe no de varon enflaquecido,
Sino con violencia tal que pudo
Hacelle dos pedazos el escudo.

El Pero Lopez dél no se desvia,
Aunque el escudo fuerte vió deshecho;
Mas antes con lozana gallardia
A él encaminó salto derecho;
Y como Yahureibo no huia,
Vinieron á juntar pecho con pecho.
Forcejando con piernas y con brazos,
Tanto que se hacian mil pedazos.

Bien así como dos feroces perros
De natural furor estimulados,
O va con las carlanças, ó sin hierros,
Sobre los piés traseros levantados,
Erizados los pelos de los cerros,
Dándose crudelísimos bocados;
Y aunque dura gran rato la porfia
Ninguno dellos siente mejoría;

Así con la audacia del trofeo
Trabaja cada cual, y nadie medra;
No quiere Yahureibo ser Anteo
Con ser el Pero Lopez firme piedra:
Los brazos á los cuerpos dan rodeo
Segun á duras plantas verde vedra,
Ninguno dellos piensa de rendirse,
Ni quiere del contrario desasirse.

Andando pues la lucha tan trabada
No sin pelos de barbas y cabellos,
Con rodilla, puñete, cabezada,
Sudando ya los pechos y los cuellos,
Con arma de dos filos enastada
Francisco de Quindós llegó sobre ellos,
Y al faltar de vestidos y de faldas
Atravesó por medio las espaldas.

Pesó por el honor de lo que toco
Al Pero Lopez desta su venida,
Y mucho mas de ver el modo loco
Que tuvo para dalle la herida;
Pues Yahureibo muerto, faltó poco
Para que lo privara de la vida,
Porque como pasó de buena gana
Un poco le tocó la partesana.

Aquestos duros trances acabados,
Encuentros y rencuentros escesivos,
Los caribes quedaron mal parados,
De doscientos, ochenta solos vivos;
Los cuales todos fueron maniatados
Quedando por esclavos y captivos;
Diez heridos de los de nuestra suerte,
Pero ninguno dellos fué de muerte.

Con grillos, con cadenas ó tramojos
 Los indios en los barcos son metidos,
 Mitigáronse mucho los enojos
 De los daños atrás acontecidos:
 Con la presa volvieron y despojos
 A donde fueron muy bien recibidos;
 Y los demás negocios desta gente
 Os diremos agora brevemente.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á JOAN PONCE DE LEON, el mal galardón que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.

Nunca jamás el vicio se desvía
 De la prosperidad mas eminente;
 Antes nacieron ambas en un día
 Y entrambas van creciendo juntamente:
 Envidia es universal espía
 Que persigue la mas ilustre gente,
 Y con mayor vigor en estas partes
 Compuso sus reseñas y estandartes.

Con la moderna gente que venía
 Llegó gran cantidad deste veneno,
 Que los mas buenos hechos deshacia,
 Y nadie de sus bocas era bueno:
 Antes cualquiera dellos pretendía
 Gozar sin su trabajo del ajeno;
 El hombre vil y el mas soez de todos
 Decía que venía de los godos.

Y así, fraudes, engaños y cautelas
 Que trajeron algunos pobladores,
 Contra Joan Ponce van á todas velas
 Y contra sus primeros valedores:
 Ocuparon al rey grandes novelas
 De parte de malditos escritores,
 Y como los caminos eran largos,
 No pudo por entonces dar descargos.

Al tiempo pues que estaban esperando
 El galardón sus inclitos soldados,
 Privaron al Joan Ponce de su mando,
 Quedando todos muy desconsolados:
 La tierra repartió contrario bando
 Y quedaron así mas agraviados,
 Por ver que se llevó la mejoría
 El inútil que no lo merecía.

Mas esto no es en Indias cosa nueva,
 Y siempre se será lo que fué antes;
 Tenemos destas cosas larga prueba,
 Por haber visto muchas semejantes:
 Pues quien postrero va primero lleva,
 Mayormente malsines y chocantes,
 Con deudos y criados de jüeces,
 Que ya todo lo hinchen estas heces.

No tienen ellos cuenta con el fuerte
 Ni con quien ha mejor al rey servido,
 Y aun aquí Salazar quedó sin suerte,
 Con que fué del jaez que habeis oido:
 Este varón murió cristiana muerte,
 De dolores de hubas afligido,
 Armado de grandísima paciencia
 Y con examen largo de conciencia.

Rigió después aquestas compañías
 Un Joan Ceron, á todos odioso,
 Y así por tener cargo pocos días
 Los gobernó Rodrigo de Moseoso;
 Sucedióle por muchas demasías
 Cristóbal de Mendoza valeroso,
 Varón capaz, sagaz y diligente
 Y en todos sus designos excelente.

A este por su bien el rey lo llama,
 Sucediendo Velazquez licenciado,
 Heredero de harto mala fama,
 Y así deste gobierno fué privado;
 Vino después Antonio de la Gama,
 En estas partes hombre señalado;
 Luego Pedro Moreno tuvo mando
 Y después deste Manüel de Olando.

Estos solos que el verso representa
 Me pareció decir deste distrito;
 Pues corre ya la era de setenta
 Y nueve, do los pongo por escrito:
 Pues si de los demás hiciere cuenta,
 Seria proceder en infinito,
 Y nunca resumir en largos cuentos
 Las vueltas y diversos movimientos.

Y porque de memoria no me fio,
 En los demás vecinos no reparo;
 Pero sé que fué gente de gran brio,
 Y de necesitados buen amparo:
 Fué dellos un señor, amigo mio,
 El nombre del qual es Francisco Caro,
 De quien os contaré con verdad pura
 Una muy venturosa desventura.

Usando de virtudes y proezas,
 En guerra y paz se dió tan buena maña
 Que granjeó gran copia de riquezas,
 Y quiso trasportallas en España;
 Navegaba marinas asperezas
 Con gente que sus vías acompañá;
 En dos buenos navios proveídos
 De cuanto cumple ser apercebidos.

El mar que á movimientos es sujeto
 Le volvía las ondas en llaurura,
 Dando seguras muestras de quieto,
 Si pudiera tener hora segura;
 Mas sin tormenta suple su defeto
 Otra calamitosa desventura,
 Pues cosa no se ve que no lo sea,
 Aunque patentemente no se via.

Fué pues que navegando reta via
 Con prósperos aflatos el entena,
 Llegada ya la clara luz del día,
 Cuando navegacion da menos pena,
 Por la siniestra mano discurría
 Una poderosísima ballena,
 Y embistió con la nave desdichada,
 De semejante caso descuidada.

Como quien deseoso del entrego
 Alguna fortaleza contramina,
 Donde sulfúreos polvos pone luego
 Sin temer los cercados la ruina;
 Y con horrible trueno puesto fuego
 Los saltea con muerte repentina,
 Y la velocidad es de tal suerte
 Que mueren sin que sepan de qué muerte;

Con ímpetu tan fiero sumergido
 Este navio fué por la sonadura,
 Sin le ser un momento concedido
 Para poder llorar su desventura;
 El descuidado y el apercebido
 Tuvieron una misma sepultura;
 Con velas de las naos van cubiertos
 Y amortajados antes de ser muertos.

En aquellos mortíferos estremos
 La jarcia no los deja de revueltos;
 Otros, según que ya dicho tenemos,
 En sinuosas velas van envueltos,
 Otros hicieron de sus brazos remos
 Que desde la cubierta fueron sueltos,
 Y entre ellos con valor y esfuerzo raro
 Mostró bien ser quien es Francisco Caro.

Pidiendo va socorros á María,
 Como quien es su muy aficionado,
 Esforzando la poca compañía,
 Que también como él andan á nado;
 Llamóles al batel que ya tenía
 Entre marinas aguas anegado,
 Diciéndoles: «pues es el viento manso
 Tenemos algún tanto de descanso.

«Este remedio es mas convenible
 A males que de bienes son ajenos,
 Entre tanto que pena tan terrible
 Procuran remediar algunos buenos;
 Pues la gente demás es imposible
 Que de su vista no nos eche menos;
 Y sí, como pensamos, es aquesto,
 El remedio tenemos aquí presto.»

Admirada la nave compañera
 Deste desaparecer tan repentino,
 A gran furia batel echaron fuera,
 Y para ver qué fué haced camino:
 Hallaron estos ya de tal manera,
 Que fué la brevedad cual les convino:
 Pues, aunque el mar estaba de bonanza,
 Peligro prometía la tardanza.

Aquellos miserables afligidos
 Templaron su dolor con la venida,
 Por estar todos ellos poseídos
 De gran desconfianza de la vida;
 Fueron pues en la nave recibidos
 Con el que desde España no me olvida
 A quien escribo cartas, y reescribe,
 Y viva muchos años como vive.

Vuelvo pues á Joan Ponce, poderoso
 En los dones de Juno y de Belona,
 Que de mayor empresa codicioso,
 Y de servir á la real corona,
 Nunca quiso jamás tomar reposo
 Pudiendo ya gozallo su persona;
 Y así fuera del cargo de justicia,
 Quiso sacar á luz esta noticia.

Entre los mas antiguos desta gente
 Había muchos indios que decían
 De la Bimini, isla prepotente,
 Donde varias naciones acudían.
 Por las virtudes grandes de su fuente,
 Do viejos en mancebos se volvían,
 Y donde las mujeres mas ancianas
 Deshacían las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,
 Lavando las cansadas proporciones,
 Perdían fealdades de vejeces,
 Sanaban las enfermas complexiones;
 Los rostros adobaban y las leces,
 Puesto que no mudaban las faiciones;
 Y por no desear de ser doncellas
 Del agua lo salían todas ellas.

Decían admirables influencias
 De sus floridos campos y florestas;
 No se vian aun las apariencias
 De las cosas que suelen ser molestas,
 Ni sabían que son litispendingias,
 Sino gozos, placeres, grandes fiestas:
 Al fin nos la pintaban de manera
 Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,
 Según la vanidad de nuestros días,
 Qué de viejas vinieran arrastrando
 Por cobrar sus antiguas gallardias,
 Si fuera cierta como voy contando
 La fama de tan grandes niñerías!
 ¿Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
 Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¿Qué de haciendas, joyas y prescas
 Por remozar vendieran los varones!
 ¿Qué grita de hermosas y de feas
 Anduvieran aquestas estaciones!
 ¿Cuán diferentes trajes y libreas
 Vinieran á ganar estos perdones!
 Cierto no se tomara pena tanta
 Por ir á visitar la tierra santa.

La fama pues del agua se vertía
 Por los destos cabildos y concejos,
 Y con imaginar que ya se vía
 En mozos se tornaron muchos viejos:
 Prosiguiendo tan loca fantasía
 Sin querer ser capaces de consejos;
 Y así tomaron muchos el camino
 De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,
 No sin fortuosísimos rigores,
 Bien lejos de la fuente referida
 Y de sus prosperados moradores;
 Mas descubrió la punta que Florida
 Llamó, porque la vió pascua de flores;
 Volvióse hecho tal descubrimiento,
 Y pidiólo por adelantamiento.

El rey nuestro señor, que bien sabía
 Sus servicios, proezas y valores,
 Luego le concedió lo que pedía
 Con otras mas mercedes y favores;
 Por las cuales Joan Ponce prometía
 De le hacer servicios muy mayores;
 Y para los efectos deste cargo
 De los bienes ganados gastó largo.

De gentes y pertrechos proveída
 Aderezóse luego grande armada,
 Pusieron en efeto la partida
 Para muerte de muchos deseada;
 La tierra se tomó de la Florida
 Con un escaramuza muy trabada,
 Por venir á la playa los floridos
 En su defensa bien apercebidos.

Son los floridos todos bien dispuestos,
 Membrudos, recios, sueltos, alentados,
 En todas proporciones bien compuestos,
 En los arcsos y flechas muy usados;
 Son en sus armas sumamente prestos
 Y en las peleas nada descuidados,
 A los contrarios van viejos y nuevos
 Como las bestias fieras á sus cebos.

No nada con tal ímpetu sirena,
 Ni por las bravas ondas tan esperta,
 Pues cada cual y no con mucha pena
 Entre voraces peces se despierta;
 Matan en alta mar una ballena
 Para la repartir después de muerta,
 Y aunque ella se zabulla, no se ciega
 El indio, ni de encima se despega.

No puede con sus fuerzas no ser flacas
 Desechallo de encima las cervices,
 El indio lleva hechas dos estacas
 De durísimas ramas ó raices,
 Y en medio de las ondas ó resacas
 Se las mete de dentro las narices,
 La falta del resuello la desmaya,
 Y así la hacen ir acia la playa.

Son las cazas y pescas sus usanzas,
 Y en aquesto consisten sus primores,
 Aquí suelen poner sus esperanzas
 Los niños y mancebos y mayores;
 Así se curan poco de labranzas,
 Y entre ellos hay muy pocos labradores,
 Sus usos á las noches y mañanas
 Son mazas, arcsos, flechas y macanas.

La tierra con verdores se matiza,
 Y desde lejos buen color esmalta;
 Pero si la hollais escandaliza,
 Por ser de bastimentos toda falta;
 En su mayor compás anegadiza
 Su parte que podamos decir alta;
 Hay por estas distancias y caminos
 Cantidad de nogales y de pinos.

Desembarcaron pues recién venidos
 En tierra que por ellos se desea;
 Pero gran cantidad de los floridos
 Apercebiéronse para pelea;
 Y tan desvergonzados y atrevidos
 Que cosa no se vió que mas lo sea:
 Joan Ponce de Leon como valiente
 Puso también en orden nuestra gente.

Sin temor de fortuna mal aviesa
 Salieron españoles al encuentro;
 Mas el que hizo mas brava promesa
 Se quisiera meter dentro del centro;
 Porque los indios dieron tanta priesa,
 Que huyeron los mas la mar adentro;
 Las voces de Joan Ponce con su hecho
 Por allí fueron de ningún provecho.

Porque vió de su gente ya caída
 Gran cantidad por uno y otro lado,
 Los vivos todos iban de huida,
 Sin que guardasen orden concertado;
 El ansimismo de mortal herida
 El un muslo tenía traspasado,
 Y parecióle ser intento loco
 No irse retrayendo poco á poco.

Tenia de la dura competencia
 Traspasado de tiros el escudo,
 Y procuró salir de la pendencia
 Viéndose de los suyos tan desnudo;
 Al fin con perdidosa resistencia
 Embarcóse con todos los que pudo;
 Quedaron deste grande vencimiento
 Los indios con mayor atrevimiento.

Porque días después del alboroto
 Del trance que dijimos riguroso,
 A la misma conquista vino Soto
 Capitán de Pirú muy valeroso;
 Pero de aquella suerte fué remoto
 En esta, donde vino poderoso,
 Por hallar gente pobre no tan blanda,
 Y así murió también en la demanda.

Luego tentó pedir esta jornada,
 Concluidos estos trances que resumo.
 Un caballero Pedro de Alhumada,
 Mas ahumada fué que no dió humo;
 Pues no quiso hacer la tal entrada
 Pareciéndole ser de poco zumo,
 Y después muchas naos pasajeras
 Se perdieron entre estas gentes fieras

En los que naufragaban se hacia
 Por estos indios poco compasivos
 Lo que su condicion crúel pedia
 Después ya de sujetos y captivos;
 Aunque después, según que se decía,
 Algunos dellos se hallaron vivos,
 Pintados como indios y á su modo
 En armas, en posturas y en el todo.

Con todas estas faltas y reveses
 Quisiera poseer estas riberas
 Impetuosa fuerza de franceses,
 Y allí pusieron armas y banderas,
 Gran cantidad de tiros y pavese
 Para robar las naos pasajeras,
 Pareciéndoles ser aqueste puesto
 Para tales designos bien compuesto.

Pero Filipo magno, rey de España,
 Siendo de tales cosas informado,
 Para descomponer la gran compañía
 Del cosario francés desacatado,
 Envio capitán de buena maña,
 Que fué Melendez el adelantado,
 El cual de dentro y fuera de su fuerte
 A todos los mató de mala muerte.

Y por no convenir hacer desvío
 De tierras de tan gran inconveniente,
 Nuestro rey se las dió por señorío
 Y están pobladas ya de nuestra gente;
 Pero quiero volver al curso mio,
 Y al Joan Ponce que dejo mal doliente,
 El cual con sus soldados encamina
 Sus naos á la isla Fernandina;

Donde sin mejorar de su herida
 Llegó con las reliquias del armada:
 Reconoció cercana su caída,
 Dispúsose muy bien á la jornada;
 Dió fin á los trabajos desta vida
 Pocos días después de su llegada,
 Con gran dolor de todas estas gentes,
 De mujer y de hijos y parientes.

Algo fué rojo, de gracioso gesto,
 Afable, bien querido de su gente,
 En todas proporciones bien compuesto,
 Sufridor de trabajos grandemente,
 En cualesquier peligros el mas presto,
 No sin estremos grandes de valiente,
 Enemigo de amigos de regalos,
 Pero muy envidiado de los malos.

Todos aquellos hombres principales,
 Vecinos de la isla Fernandina,
 Solemnizaron estos funerales,
 Con gran autoridad y pompa dina,
 Según las ceremonias de los tales
 Al tiempo que al sepulcro se camina:
 Y en el tûmulo alto que tenia
 Un dístico pusieron que decía:

*Mole sub hac foris requiescunt ossa Leonis,
 Qui vicit factis nomina magna suis.*

Aqueste lugar estrecho
 Es sepulcro del varón
 Que en el nombre fué Leon
 Y mucho mas en el hecho.

ELEGIA VII.

*Elogio de DIEGO VELAZQUEZ DE CUÉLLAR, adelantado,
 bernador de la isla de Cuba ó Fernandina, con la
 cripcion della y la relacion de cosas allí acontecidas.*

EN UN SOLO CANTO.

Otro varon cantamos valeroso
 Que fué no menos digno de escritura,
 Diego Velazquez, hombre venturoso,
 Y que pudo tener mayor ventura,
 Si acaso por gozar ya de reposo
 No perdiera sazón y coyuntura,
 Fiando su poder y sus intentos
 A capitán de grandes pensamientos.

Fué natural de Cuéllar, en España,
 De parentela noble descendiente,
 Mancebo principal en la compañía
 Cuando trajo Colon segunda gente;
 Fué siempre capitán de buena maña,
 Para cualesquier guerras suficiente,
 Pues ó con gentes ó persona sola
 Sirvió muy bien al rey en la Española.

Aquesta como fuese conquistada,
 Y la de Cuba solamente vista,
 Siendo digna también de ser poblada
 Por gente cuya fuerza no resista,
 Fué Sebastian de Ocampo con armada,
 A quien el cargo dió de su conquista,
 El comendador Nicolas de Ovando
 Que entonces en las Indias tuvo mando.

El Ocampo, no siendo tan bastante
 Que pudiese vencer aquesta gente,
 Don Diego, sucesor del almirante,
 Al Velazquez nombró por su teniente,
 Para tales conquistas importante
 Y en ellas muy cursado y escelente;
 El cual con el recaudo que convino
 Con brevedad anduvo su camino.

Porque desde Hayti derecha via
 A lo que Cuba tiene mas cercano,
 Ochenta millas son de travesía
 O veinte leguas de uso castellano;
 Jamaica le dan al mediodia,
 Al oriente Hayti toma la mano,
 Al norte la Florida va corriente,
 Yucatan á la parte del puente.

Tiene, según se ve por esperiencia,
 De aquel los que mejor han hecho cuenta
 Seiscientas leguas de circunferencia,
 Y por la mas anchura son setenta;
 Hoja de salce es el apariencia,
 Y así por partes es menos de treinta;
 Todo lo mas es monte y espesura,
 Y mas de veinte grados el altura.

Año de once, hizo su llegada,
 Sobre mil y quinientos ya pasados;
 Comenzó la conquista deseada
 Con diestros y fortisimos soldados,
 Sucedióle muy bien en la jornada
 Por no tener rencuentros porfiados;
 Y así, porque tuvieron riesgo poco,
 No hago mencion dellos ni los toco.

Hallaron potentisimos asentios,
 Y con gran cantidad de naturales,
 Dellos distribuyó repartimientos
 Por todos los soldados principales;
 Descubriéronse ricos nacimientos
 De oro y abundancia de metales,
 Y luego por los puertos destos mares
 Fundó ciudades, villas y lugares.

La primera de quien memoria hago
 Por ser también primera del concierto,
 Es la ciudad que dicen Santiago,
 Puerto de todas partes encubierto;
 Pero con grande loa yo no pago
 Las muchas que se deben á tal puerto;
 Pues hasta la ciudad conmemorada,
 Es casi de dos leguas el entrada.

A los principios es un angostura,
 Buena de defender por cada lado;
 Pero dentro contiene gran anchura,
 Mar fondo, limpio, bello, sosegado,
 Donde surge la nave tan segura,
 Que el marinero duerme sin cuidado;
 Tiene islas, verdores, praderías,
 Insignes y admirables pesquerías.

Aquí pusieron silla los mayores,
 Iglesia catedral, honesto clero,
 De sus obispos santos y pastores
 Fray Bernardo de Mesa fué primero;
 Muchos otros después y no peores,
 Pues fray Miguel Ramirez fué tercero,
 Dominicos muy dotos todos estos,
 Y en sus costumbres todas bien compuestos.

También hizo fundar al otro lado,
 A la parte del norte la Habana,
 Que es puerto principal, y frecuentado
 De pasajera gente castellana,
 De los contratos es aprovechado,
 Grandísimo caudal el que se gana;
 También poblaron otros pueblos buenos
 Que vinieron después a mucho menos.

Y en aquella sazón eran cabales
 En oro, campos, hatos multiplicos,
 Eugrosándose mucho los caudales,
 Las haciendas de grandes y de chicos;
 Y así, Diego Velazquez y otros tales
 Se hicieron en gran manera ricos;
 El cual hizo la guerra sin desmanes,
 Y tuvo valerosos capitanes.

Mayormente Cortés, que bien mirado
 Su discurso, que callo de presente,
 Puede con gran razón ser comparado
 A quien tuvo valor mas eminente;
 Pero terná particular tratado,
 Si Dios me diere vida suficiente,
 Cuando cante sus bríos y su maña
 En lo que se dirá de Nueva-España.

En cuyo principal descubrimiento
 Otros también de Cuba sus vecinos
 No carecen de gran merecimiento,
 Antes de grandes gracias fueron diños;
 Pues que para riqueza tan sin cuento
 Abrieron claras sendas y caminos,
 Con Francisco Fernandez, que tenía
 De Córdoba segunda nombrada.

Aqueste descubrió primeramente
 Tierra de Yucatán y su partido,
 Donde tuvo rencuentros con su gente,
 De los cuales salió muy mal herido,
 Y de los suyos muertos mas de veinte;
 Holgóse grandemente como vido
 Gente vestida, grande policía,
 Y edificios de buena cautería.

Huyendo se embarcó la gente nuestra,
 La mayor parte dellos malparados,
 Mas aunque la fortuna fué siniestra
 En matalles allí veinte soldados,
 Parece que en hallar tan rica muestra
 Los vivos se hicieron consolados;
 Tuvieron este duro repiquete
 En el año que fué de diez y siete.

Luz dieron á los de la Fernandina
 La gente que del caso vino salva,
 Y fuéles como lumbre matutina,
 O claro resplandor de la del alba;
 Y así Diego Velazquez determina
 De enviar al varón Joan de Grijalva,
 Por tomar, antes que otro los escluya,
 Posesión por el rey de parte suya.

Con grande diligencia proveido
 Lo necesario para sus avios,
 Partió con el designo referido
 Con soldados y copia de navios;
 Costeando la tierra donde vido
 Indicios de potentes señoríos,
 Tomó la posesion en esta tierra,
 No sin impedimentos de la guerra.

Pues los indios, temiendo novedades,
 No dejaron de dar ciertos rebatos;
 Pero después hicieron amistades
 Y tuvieron sus tratos y contratos,
 Que fueron á las dos parcialidades
 Provechosos los unos y otros tratos
 Pues lo que por los indios se contrata
 Eran ricas preseas de oro y plata.

Este rico contrato celebrado,
 Grijalva por la causa manifiesta,
 Hizo venir á Pedro de Alvarado
 Con muestra tan insigne como esta:
 Mas vino se tras él, sin que recado
 Esperase de Cuba ni respuesta;
 Velazquez recibió grandes enojos,
 Y nunca quiso vello de sus ojos.

Porque el gobernador, considerando
 Ser muestras de grandísimos provechos,
 Andaba con gran priesa concertando
 Envialle socorros y pertrechos;
 Otros después anduvo combinando
 Para que se encargasen deste hecho
 Y por les acortar el interese
 Ninguno dellos hubo que quisiese.

Mas Fernando Cortés, varón esperto
 En mañas, en esfuerzo y en aviso,
 No rehusó hacer cualquier concierto,
 Y concedelle todo cuanto quiso;
 Mas antes que partiese deste puerto
 Estaba ya Velazquez arrepiado,
 Pareciendo negocio peligroso
 Confíarse de hombre tan brioso.

Procuró de hacer esta jornada
 Poniendo ciertas causas por escudo;
 Pero halló la puerta tan cerrada,
 Que trabajó de entrar y nunca pudo,
 Porque de gente muy calificada
 Estaba ya Cortés nada desnudo;
 Al fin disimuló desta manera
 Lo que disimular jamás quisiera.

Quedó Diego Velazquez con tristura
 Por no poder salir con el intento,
 Fué Cortés en buena coyuntura
 Llevando todo buen aviamiento;
 Llamándolo su próspera ventura
 Para dar al deseo cumplimiento,
 Donde se señaló con tales cosas
 Que se pueden contar por milagrosas.

De su sospecha los efectos luego
 Diego Velazquez vió por esperiencia,
 Pues Cortés alentado del entrego,
 Y con recurso de mayor potencia,
 Quiso hacer cabeza de su juego
 Y á solo Dios y al rey dar obediencia;
 Y así con sus victorias y fortuna
 No hizo caudal dél en cosa alguna.

Por verse fuera de tan gran pujanza
 Tuvo Velazquez grave sentimiento:
 Por lo cual procuró luego venganza
 De tan perjudicial atrevimiento:
 Y con victoriosa confianza
 De mucha gente hizo llamamiento,
 Poco menos llegó de mil soldados
 Y once navios gruesos artillados.

Teniendo ya recado conviniente
 De cosas necesarias á la guerra,
 Nombró por general y por teniente,
 Porque facilitaba la carrera,
 A Paulo Narvaez el valiente,
 Pero contra Cortés que mas lo era,
 Y luego supo la real audiencia
 Aquesta discension y competencia.

Lucas Vazquez de Aillon, que entonces era
El uno de los dos ó tres oidores,
Vino para hacer que no saliera,
Y mitigar las sañas y furoros;
Ó por alguna via, si pudiera,
Componer estos dos competidores:
Respondióle Velazquez de mal arte,
Y al fin fué para ello poca parte.

Porque decia ya ser señalado,
Demás de los gobiernos de aquel puerto,
Por titulo real adelantado
De lo por parte suya descubierto,
Y ser negocio ya muy escusado
Tratársele de medios ni concierto:
Pues era destos medios el mas tierno
Dejalle libremente su gobierno.

Aillon, viendo la cosa mal parada
Y en el gobernador tan duro tedio,
Determinó de ir en el armada
Para perseverar en el remedio,
Creyendo que después de ser llegada
Si pudiera trazar algun buen medio
Con el Narvaez, que iba con el mando;
Mas tampoco lo pudo hallar blando.

Llegó pues con soberbia lozania
Narvaez á los puertos deseados,
En cuya costa ya Cortés tenia
En nombre de su rey pueblos fundados;
Y por la tierra adentro no dormia
Conquistando potentes principados,
Do con su copia breve de cristianos
Hacia siempre hechos soberanos.

Prosiguiendo Narvaez sus intentos,
Revolvía cien mil alteraciones,
Aillon, porque cesasen movimientos
Haciale también protestaciones;
Narvaez con sus malos miramientos
Mandó que lo pusiesen en prisiones,
Y prugonó con ásperos rigores
A Cortés y á los suyos por traidores.

La gente de Cortés que esto notaba,
No poco del negocio descontenta,
A Méjico do entonces él estaba
Enviaron quien diese larga cuenta
De cuanto con Narvaez les pasaba,
Y cómo por palabras los afrenta:
Para Cortés la nueva no fué buena,
Y á su gente causó crecida pena.

Tenia rebelarse los vecinos
De Méjico, faltando su presencia,
Y estorbase sus célebres desinos
En tierra de tan gran magnificencia,
Abrirse grandes puertos y caminos
Para guerra civil y competencia;
Y así por evitar sangrienta mano
Tentó medios de paz como cristiano.

Fueron por mensajeros proveidos
Personas valerosas que no cuento;
Escribióle por términos debidos,
Haciendo generoso cumplimiento,
Y con honorosísimos partidos
Huyendo de venir en rompimiento;
Pero Narvaez con la gran pujanza
Reinitió los partidos á la lanza.

En esta voluntad sola se cierra
Ser de su parecer mejor camino,
Que Fernando Cortés deje la tierra
Volviendo mal su grado por do vino;
Mas al Cortés, varón de paz y guerra,
Pareciale torpe desatino,
Y á quien por bien no pudo hacer llano
Quiso también por mal probar la mano.

Doscientos y cincuenta hizo prestos
De gente mas valiente que lucida,
Todos determinados y dispuestos
Ó de vencer ó de quedar sin vida:
Con esta gente fué contra los puertos
Do estaba la contraria recogida,
La cual aviso tuvo que se guarde,
Y luego le mandó hacer alarde.

Hallaron ciento y veinte ballesteros,
Ochenta de caballo vigilante,
Otros ochenta mas arcabuceros,
Seiscientos nada menos los infantes,
Trece tiros de bronce, tres pedreros,
Municiones muy buenas y bastantes;
Cortés, aunque con ánimo mas alto,
De todas estas cosas vino fallo.

Y como relacion larga tenia
De tanta pieza, tanto pasamuro,
No se quiso fiar del claro día
Por ser noturno manto mas seguro;
Así metió su fuerte compañía
En el contrario campo con oscuro,
Aunque la mayor parte prevenido
Por una centinela que los vido.

No va halcon con tanta lijereza
Al ave de que tiene su sustento,
Cuanta fué por entonces la presteza
Del inclito Cortés y los que cuento,
Rompiendo con insigne fortaleza
Cualquier perjudicial impedimento;
Y así sin aflojar en la porfia
Ganaron la crúel artillería.

Mas antes con un tiro falconete
Le mataron á dos buenos soldados;
Los de Cortés mataron diez y siete
De los contrarios mas aventajados;
Luego cada cual dellos arremete
A ciertos edificios torreados,
Do Pánfilo sin muestra de cobarde
Las armas se vestía, pero tarde.

Porque los de Cortés yendo calando
Las picas deseosas del despojo,
Toparon con Narvaez, y en entrando
Con una le quebraron el un ojo:
Al cual luego sacaron arrastrando
Con razones anejas al enojo,
Y de los daños todos hecho cargo
En prisiones estuvo tiempo largo.

Este negocio grave concluido
Para Fernán Cortés colmo de gloria,
Desampararon todos al caido,
Siguiéron á quien hubo la victoria:
Fué de todas sus faltas socorrido
Contra indios de fuerza tan notoria,
Que comieron grumetes y aun arraez
Á no venir entonces el Narvaez.

Lo que pensaba pues el varón fuerte
Que en aquella sazón y coyuntura
Le perturbaba venturosa suerte,
Eso le dió mas próspera ventura:
Narvaez lo sintió mas que la muerte,
Velazquez gustó tragos de amargura,
El cual, vistas las faltas del tiniente,
Determinó de ir personalmente.

Juntó navios bien aderezados
De todos los pertreehos que convino,
Y en ellos grande copia de soldados;
Pero por parecelle desatino,
A vista de los puertos deseados,
Yuvo por bien volverse del camino,
Juzgando por mejor en este hecho
Que el emperador viese su derecho.

Aderezando pues esta partida,
Para decir en la real presencia
Del agravio y afrenta recebida,
Vejez, pasión, enojos y dolencia
Le cortaron el hilo de la vida,
Y así cesó la dura competencia;
Que la muerte convierte muchas cosas
En fáciles de muy dificultosas.

Fué persona de cuerpo bien dispuesto,
Robusto de sus miembros y velloso,
Algo moreno, pero de buen gesto,
Suelto, valiente, fuerte y animoso:
Gastó sus bienes, mas con todo esto
Fué menos liberal que codicioso;
Tuvo gran copia de oro, plata, cobre,
Y al fin de su jornada murió pobre.

A esta isla vino por tiniente
Nombrado, como dije, por don Diego,
Pero como se viese ya potente,
Hizo también cabeza de su juego:
Al rey reconoció tan solamente,
El cual como señor cumplió su ruego,
Haciéndolo juez y adelantado
De aquello que él había conquistado.

Los vecinos que había de presente
Hicieron en su muerte sentimiento,
Por ser á todos ya como pariente,
Y no recibir dél mal tratamiento:
Enterráronlo muy honradamente,
Con pompa de prolijo cumplimiento;
De los que en la tumba fueron puestos
Me dieron unos versos, que son estos.

*Qui nunc angusto componit membra sepulchro,
Prospera sors vico misera magna dedit.
Sed quando fuerat capturus maxima dona
Quas fecit, fortes eripuerit manus.*

Aquí está en lugar estrecho
Quien tuvo larga ventura,
Y en tiempo de mas provecho
Por mano de su hechura
Fué deshecho.

ELEGIA VIII.

A la muerte del adelantado don FRANCISCO DE GARAY,
donde se escribe la isla Jamaica.

CANTO PRIMERO.

Llegue mi flaca musa donde puede,
En tantas y tan varias relaciones;
Y por aqueste orden que precede,
Tratando de tan ínclitos varones,
No haga de manera que se quede
Francisco de Garay entre renglones;
Pues, aunque de fortuna mal pagado,
No debe de ser menos estimado.

Aqueste fué de la segunda gente,
Cuando Colon mas mundo certifica:
Vino muchacho, mas tan diligente
Que se hizo después persona rica;
Y para tratar dél enteramente
Habremos de volver á Jamaica,
Isla por estas partes muy notoria
Y digna de poner en la memoria.

Sus aldeaños son los mas llegados
Haytíes y la isla Fernandina,
En diez y siete y diez y ocho grados
De la equinocial se determina;
Rodeada por puntos y por lados,
Ciento y cincuenta leguas se camina,
Pues son setenta y cinco la longura,
Y diez y ocho largas el anchura.

Es esta isla poco montuosa,
Pero sus montes bien aprovechados,
Es fértil, abundante, fructuosa,
También por los lugares escombrados;
En algodonos admirable cosa,
Tiene gentiles hatos de ganados,
De todas diferencias de natios,
Y abundancia de lagos y de rios.

Fué descubierta del Colon primero,
Al tiempo que volvió por almirante;
Conquistóla después el heredero,
Por un Joan de Esquivel, hombre bastante,
Cristiano y excelente caballero,
A Dios poniendo siempre por delante;
Pues sin querer ensangrentar las manos,
A todos estos indios hizo llanos.

Mil y quinientos años fué la era,
Con otros diez y nueve ya corridos,
Cuando con Esquivel en la ribera
Saltaron cien soldados escogidos;
Y aunque los resistió gente guerrera,
Con gran facilidad fueron vencidos;
Gobernólos tres años muy contentos,
Y hízoles muy buenos tratamientos.

Murió, que no vivió tiempo mas largo,
Gobernando la tierra sin pelea;
Sucedióle después en este cargo
El capitán Francisco de Perea;
A este sucedió Joan de Camargo,
Y á él este Garay que se desea,
A quien fortuna dió grandes favores,
Que perdió por buscar otros mayores.

Pues visto que Cortés descubrió senos
De tan engrandecidas poblaciones,
Juzgó de su persona no ser menos
Para tener tan altas pretensiones:
Procuró con favor de muchos buenos
Pedir nuevas conquistas de regiones,
Las cuales se le dieron de buen grado
Con título y honor de adelantado.

Porque desde esta isla referida,
En carabelas fuertes y ligeras,
Había ya corrido la Florida
Y á Panuco con todas sus riberas;
Donde muchos dejó faltos de vida,
Comidos destas gentes carniceras;
Volvió para la isla con intento
De procurar el adelantamiento.

La santísima era de quinientos,
Con mil y veinte y tres casi corrida,
Para perfeccionar sus pensamientos
Efetúo con Garay esta partida:
Once naos, soldados ochocientos,
Algunos mas de gente muy lucida,
Muchos caballos, gran artillería,
Matalotaje cuanto convenia.

Antes de se partir de donde cuento
Nombró justicias y otros oficiales
Futuros, do hallasen buen asiento
Con posibilidad de naturales;
El ejército hizo juramento
Selle todos fieles y leales,
Dió las velas al viento con aquesto
Y á la isla de Cuba llegó presto;

Adonde luego fué certificado
Por larga relacion de muchas gentes,
Estar el dicho Panuco poblado
Por Fernando Cortés y sus tinientes;
Juzgóle por negocio tan pesado
Que podría parir inconvenientes,
Y por evitar odios descubiertos
Quisiera con Cortés hacer conciertos.

Para lo cual aqueste caballero,
Viendo cómo la paz á nadie daña,
A Zuazo nombró por medianero,
Como varon de letras y de maña,
Rogándole que fuese por tercero
A verse con Cortés á Nueva-España,
El cual, por amistad de quien lo manda,
Aceptó de buen grado la demanda.

Partió Zuazo antes que la flota
A verse con Cortés y dalle cuenta,
Siguió después un día su derrota
Garay adonde ya se representa;
Y de las islas algo ya remota,
Encendióse bravísima tormenta,
Para Zuazo tan tempestuosa
Que se puede contar por milagrosa.

Porque su desdichada carabela,
De las inmensas ondas embestida,
Sin quedalle recurso ya de vela
Muchas veces la vieron sumergida;
Esperanza ninguna los consuela
Que prometa remedio de la vida;
Todos eran sollozos y gemidos
De placeres humanos despedidos.

En Dios el esperanza se ponía
Do van los corazones y las bocas,
Noturna confusion los affigia,
Rodean las visiones y no pocas;
Llevólos aquel viento que corría
En medio de la mar á ciertas rocas,
Do la nave se hizo mil pedazos,
Y pocos se valieron de sus brazos.

Perecieron varones, mueren dueñas,
 Con embates de mar repercusivos,
 Pudieras ver colgados de las peñas
 Cuarenta y siete que quedaron vivos.
 ¡Oh mar, cuántos trabajos les enseñas,
 Dolores y tormentos escesivos!
 Llamas á la potencia soberana
 Hasta tanto que vino la mañana.

Mas no les trajo lumbre de consuelo,
 Ni luz para que fuesen remediados,
 Porque ¿qué les prestaba ver el cielo
 Sin tierra, y en peñascos anegados?
 No ven por todas partes otro suelo,
 Mas vense de mil males rodeados,
 Pena, dolor, pasión y muerte dura
 Es la cosa que mas los asegura.

¡Cuán triste, cuán cuidada y afligida
 Se hallaba la miserable gente,
 De muy grandes olajes embestida
 Desde los bajos piés hasta la frente,
 Sin agua que bebiesen ni comida,
 Faltos de todas cosas totalmente!
 Lloros, suspiros, lágrimas sin cuentos
 Eran los principales alimentos.

Faltábales á todos advertencia
 En esta confusión tan lastimera;
 Mas un Joan Sanchez, hombre de experiencia,
 En naufragios y vida marinera,
 Puso grande calor y diligencia
 En recoger pedazos de madera,
 Cables y tablazon que iba perdida,
 Y jarcia cuanta pudo ser habida.

Con esta prevencion, que no fué poca,
 Las cosas que pudieron ser habidas
 Hicieron amarrar á cierta roca
 En haces y montones recogidas;
 Después vinieron á pedir de boca
 Para bien deslas gentes afligidas,
 A quien terrible fuerza de temores
 Agora hace dar grandes clamores.

La continuacion del triste llanto
 Quebrantara dureza del acero;
 Y estando con aquel mortal espanto,
 Que no puedo pintallo como quiero,
 Aflojaron las olas algun tanto,
 Y vieron donde estaban un madero,
 Debajo del arena soterrado,
 Donde por las corrientes fué llevado.

El Zuazo, varon digno de loa,
 Con algunos hidalgos y matronas,
 Descubrieronlo bien de popa á proa,
 Limpiando los remates ó coronas;
 Y vieron claramente ser canoa
 Donde podian ir cinco personas:
 Hincando las rodillas en el suelo,
 Dan gracias al Señor del alto cielo.

Pues para conocer adónde iria
 El Zuazo con tres varones fuertes,
 Para remedio desta compañía,
 Procurando librallos de las muertes,
 Con oracion que siempre se hacia
 Cuatro veces echaron cuatro suertes,
 Y en aquellas cayó continuamente
 Que fuesen á la parte del oriente.

Tomaron el brevisimo navio,
 Que ya la mar estaba de bonanza,
 Hicieron de los otros su desvio,
 Dándoles de volver gran esperanza;
 Y fueron prosiguiendo su bajío
 Dos grandísimas leguas de tardanza,
 E ya, cuando la noche se cerraba,
 Vieron un arenal que blanqueaba.

Que cierto cualquier dellos se temia
 De tener en la mar la noche oscura;
 Saltaron pues allí con alegría
 Pareciendo morada mas segura:
 De veinte pasos fué la travesía,
 Y de ciento y cincuenta la longura,
 Hincaron en la tierra las rodillas,
 Dando gracias por tales maravillas.

Dadas gracias á Dios omnipotente,
 Esperaron allí la luz del día,
 Para traer también la demas gente,
 Entre tanto que Dios mas proveía:
 La cual la misma via del oriente
 Por estos arrecifes se venia,
 Por las reventaciones caminando,
 Algun descanso breve deseando.

Holgáronse de vellos mas cercanos
 Por mejor socorrerse todos juntos,
 Guiaron la canoa diestras manos
 Para traer los miseros disjuntos;
 Y dellos los mas fuertes y mas sanos
 Tenian el color como difuntos;
 Mucho mas remontaban los placeres,
 Lástimas que decian las mujeres.

« ¡Oh pasos de piedad enajenado,
 Roca cruel y piedra mas que dura!
 ¡Oh piés en algun tiempo bien calzados,
 Dedos de manos hechos á blandura!
 ¡Cuán heridos y cuán atasajados
 Os tiene tan acerba desventura!
 ¡Cómo merecen bien estos afeites
 Los pasados regalos y deleites!

» ¿Qué son de los amparos del estío?
 Agora destos golpes abrasada
 ¿Adónde está la ropa para frio
 De las preciosas martas aforrada,
 El empalagamiento y el bastío
 Que daba la comida delicada,
 Dulzores olorosos que tenia
 Para poder beber el agua fria?

» ¿Qué es de la fuente, qué es del vaso fresco,
 Vasijas de labores muy estrañas?
 Salado licor es el que merezco,
 Por mis delicadezas y mis mañas:
 Desdichada de mí que ya perezco,
 Rabiosa sed abrasa mis entrañas,
 Y de tan grande mal la mejor cura
 Es que la mar será mi sepultura. »

Esto decian ya sobre el arena,
 Do la gente tenian recogida,
 Por no ver un alivio de su pena,
 Ni poder conservar humana vida,
 En parte que constaba ser ajena
 De candela, de agua, de comida;
 Mas el Zuazo, hombre de templanza,
 Siempre tuvo de Dios gran confianza.

Decia cristianísimas razones
 Para consuelo desta desventura,
 Hacia fundadísimos sermones
 Alegando lugares de escritura;
 Mandó perseverar en oraciones
 Con un fervor ardiente de fe pura;
 Clamores grandes van al alto cielo:
 ¡Padre de piedad, dadnos consuelo!

Diciendo pues palabras lacrimosas,
 Demandando salud para su pena,
 Vieron cinco tortugas poderosas
 Venir á desovar en el arena,
 Que no les fueron poco provechosas
 Y pudieran ser mas para la cena,
 Si acaso la ventura diera luego
 Los materiales para hacer fuego.

Porque por esperiencia conocida,
 La carne destos dichos animales
 Es una sabutifera comida
 De do hacen guisados principales;
 Y si la sangre dellas es bebida,
 Es provechosa para muchas males;
 En el anchor y término de larga
 Cada cual dellas es como una adarga.

Pues el Zuazo con sus gentes vagas,
 A quien intolerable sed quebranta,
 Las ofrecieron á las cinco lagas
 De do manó la sangre sacrosanta,
 Lavamiento de culpas y de plagas
 En el árbol de cruz y dulce planta,
 Y antes que se volviesen do salieron
 Las barrigas arriba se volvieron.

Pues porque al remedio de fortuna
No cumplía que fuese mas hambre,
Mandó Zuazo desconchar la una,
Y en la tal concha recoger la sangre,
Para templar la sed muy importuna,
E mitigar en algo tanta hambre;
Y aqueste virtuoso caballero
Hizo la salva y él bebió primero.

Y después dél, según la muchedumbre,
Beben el delicado y el robusto,
Aquello que no tienen de costumbre
Ni fuera deste tiempo fuera justo;
El néctar fué menor en dulcedumbre,
Ambrosía no les diera tan buen gusto:
Quedábanles los labios no distintos
De los que siempre prueban vinos tintos.

Estos ensayos hechos otro día,
Estendiendo los ojos adelante,
Otra pequeña isla parecía,
Como dos leguas desta discrepante:
Allá fueron de aquesta compañía
Tres hombres, cada cual buen navegante,
Anduviéronla toda, y esta era
Cinco veces mayor que la primera.

Ninguna cosa verde producía,
Ni sombra, ni señal de dulces fuentes,
Mas admiráronse cómo tenía
Innumerables aves diferentes;
Y tantas que el arena se cubría
De las nidadas viejas y recientes,
Lobos marinos, pajarillos nuevos,
Muchas tortugas, infinitos huevos.

Volviéronse con este buen recado;
Y como mejoría deseasen,
Aqueste valeroso licenciado
Ha llamado que todos se pasasen,
Para buscar lugar acomodado
Do sus necesidades amparasen;
Y así como cristiano caballero,
Él quiso ser de todos el postrero.

Como las aves no hacían fugas
De las estrañas gentes y modernas,
Mataban y comían las pechugas,
Y no se desdenaban de las piernas,
También la dicha sangre de tortugas
Servía como vino de tabernas,
La clara de la yema dividida
Ansimismo servía de bebida.

Suelen en estas islas ser continos,
Y casi que por todos sus lugares,
Gran cantidad de vitulos marinos
Que llaman lobos por aquestos mares;
Los cuales á los pobres peregrinos
Ansimismo servían de manjares:
Son muy grandes y torpes en la tierra,
Y así se matan sin ninguna guerra.

Un muchacho que en esta triste vida
Estaba con la sed casi rabiando,
Loba marina vió recién parida,
Y dos hijos estar amamantando:
El cual con intención desta bebida,
Con gran silencio se le fué llegando,
Quitó los hijos como quien no toca
Y tomóle las tetas con la boca.

Ella que sintió cosa diferente,
No pudiendo sufrir otra mejilla,
Revolvió con protervo contingente
Derribando la media pantorrilla;
Curólo como pudo nuestra gente
Movida de dolor y de mancilla,
Considerando cuán sutil maestra
Es la necesidad, y cuánto muestra.

Estaban pues en este mejor puesto,
De calientes comidas tan ayunos,
Que no fué parte la que tienen desto
Para que dejen de morir algunos:
Del estraño manjar y mal digesto,
Con los calores graves importunos,
Y el pensar que de lance tan terrible
Escapar no les era ya posible.

Habia pues en esta compañía
Un ánima cabal en su cordura,
La cual como los otros padecía
Aquella miserable desventura:
Inesica la niña se decía,
E ya cercana de la sepultura,
Al buen Zuazo y á los circunstantes
Les habló con palabras semejantes:

«Una señora, ya mujer anciana,
Su rostro como sol resplandeciente,
El nombre de la cual dijo ser Ana,
Abuela del Señor omnipotente,
Me mandó que dijese que mañana
Fuésedes por allí mas al poniente,
A la isla que veis estar frontera
Y allí hallareis agua pasadera.»

Aquesta relacion y este recado,
Que de vanas fantasmas es remoto,
Mandóselo decir al licenciado
Porque sabia ser su muy devoto:
Esto dicho, salió deste cuidado,
Y del tropel humano y alboroto,
Y aunque la muerte della les dió pena,
Gran contentó causó la nueva buena.

Otros nueve murieron entre tanto,
De la rabiosa sed y hambre dura;
El Zuazo, varon de pecho santo,
Usaba los oficios como cura:
Y ante los desmayados del espanto
Les abría también la sepultura,
Santísimas palabras predicando,
Y á todos acudiendo y animando.

Acabada la obra toda pia,
La triste noche hizo su venida,
Que se gastó rezando, y otro día
Pusieron en efeto la partida
A la isla que cerca parecía
Para buscar el agua prometida,
Y encaminados todos al viaje,
Zuazo fué postrero del pasaje.

Llegados los primeros que pasaban,
Vieron la isla ser alguna cosa
Mayor que la segunda que dejaban,
Y ansimismo tener yerba viciosa;
Las cuales apariencias alegraban
La gente de salud menesterosa,
Pues por espacio de doceno día
Esta necesidad se padecía.

Ansí con estas penas y pesares,
Cuyos extremos eran ya fuestos,
Cavaban en mil partes y lugares
Que parecían aptos y dispuestos;
Pero no refrescaron los ijares
Tan inútiles pozos como estos,
Pues, aunque daban agua muy aína,
Fué de mas amargor que la marina.

Faltando pues del agua dulcedumbre,
Agravóse la pena y el cuidado,
Y estando con aquesta pesadumbre,
Llegó con los demás el licenciado;
Y como lo tenían de costumbre,
Vióse de todos ellos rodcado,
Maldiciendo con lloros su fortuna
Por no hallar consolacion alguna.

Zuazo con ejemplos les enseña
A confiar en Dios del alto cielo,
Y nunca desmayar varon ni dueña
En este riguroso desconsuelo;
Pues quien hizo manar agua de peña
Podía también dalla deste suelo,
Y que en necesidad tan escesiva
Cada cual se vistiese de fe viva.

Y pues que le faltaba la presencia
De don sacerdotal y bien tamaño,
Cada cual compusiese su conciencia,
Demandando perdon de cualquier daño:
Queriendo recibir por penitencia,
De ser castos, siquiera por un año,
Y antes que otras se hiciesen
En oracion devota se pudiesen.

Las gentes de consuelo van ajenas
A cumplir destas cosas cada cosa :
Hicieron otras mil promesas buenas,
Cada cual á las almas provechosas ;
Y castidad perpetua Joan de Arenas,
Pedro Simancas, Sancho de Espinosa,
La cual en religion después cumplieron
El espacio de tiempo que vivieron.

Hecha la prevencion que voy diciendo,
Hicieron procesion con litania,
Zuazo con la cruz que va siguiendo
Esta desconsolada compañía :
El cantando, los otros respondiendo,
Segun uso de nuestra madre pia ;
Pero la dulcedumbre destes cantos
Era toda de lacrimosos llantos.

Con esta procesion, via derecha,
Dos veces fué la isla travesada,
En tal manera que quedó cruz hecha,
Del hueullo de la gente señalada ;
Considerando pues cuánto aprovecha
La cabal oracion y porfiada,
Hincóse de rodillas el Zuazo
En la junta del uno y otro brazo.

Las manos y los ojos van al cielo,
Diciendo con suspiros y genidos :
« ¡ Padre de piedad y de consuelo !
Consolad estos tristes afligidos ;
Lleve la devocion tan alto vuelo,
Que toque su clamor vuestros oidos,
Y dé socorro la potente diestra
A los que son, mi Dios, hechura vuestra.

» Vos, que hartais los brutos animales
En los desiertos secos donde moran,
Visitais con humor los vegetales,
Y así de flor y fruto se decoran :
Proveed también estos racionales,
Pues os creen, conocen y os adoran,
¡ Oh fuente perenal, confortativa,
Santo Dios vivo, dadnos agua viva !

» Vos, que le distes aguas con aumento
Al vencedor del campo filisteo,
Sacadas de las muelas del jumento,
Y endulzastes también las de Eliseo ;
Vos, que de piedras distes al sediento
Agua que satisfizo su deseo,
Y en los antiguos pozos de discordia,
Usad aquí también misericordia.

» ¡ Oh cruz preciosa y abundante fuente
Contra la sed rabiosa del pecado,
Adonde vos, mi Dios omnipotente,
Fuistes con duros clavos enclavado,
Y salió sangre y agua juntamente
De vuestro preciosísimo costado !
Dad agua desta cruz, pues nos dáis sangre,
Con que satisfacemos tanta hambre. »

Luego se levantó con esperanza
Firmísima del agua prometida,
Y dijo con entera confianza :
« Cavemos, por ser parte bien medida,
En medio desta cruz y semejanza
De aquella donde Dios nos da la vida,
Y no creais que fué promesa vana
Esta que nos fué hecha por santa Ana. »

Cavaron luego muchos con fe pura,
Y pensando pasar mas adelante,
No mas de codo y medio de fondura
Sacaron agua dulce y abundante.
Dió tan grande contento la dulzura,
Que el mas muerto cobró nuevo semblante ;
Gustan apriesa todos del consuelo,
Alzan los ojos, dan gracias al cielo.

Zuazo, dadas gracias con sosiego,
Dijo : « bendito Dios, agua tenemos,
La vida nos daría tener fuego,
Y aqueste será bien que procuremos. »
Preguntado de dónde, dijo luego :
« De muchos palos secos que aquí venos,
Que la mar de lugares diferentes
Ha traído con fuerza de corrientes. »

Todos en cumplimiento deste mando,
Como cosa que tanto les cumpla,
Buscaron luego mucho palo blando,
Bien seco que la mar no lo batia ;
Y con entrambas manos refregando
Uños después de otros á portia,
En tanto grado que su fuerza pudo
Encender el polvico muy menudo.

« ¡ Quién os podrá contar el alegría
Que sintieron de vello humeando
Los de la trabajada compañía
Y los que no penaron trabajando ?
Muy menudica paja se ponía,
Con grandísimo tiento van soplando,
Hasta tanto que ya salieron llamas
Que pudieron cebar con gruesas ramas.

Aquí, y allí, y allá vereis candelas,
Deshechas de las frentes ya las rugas,
Asar rabiorecados y partelas,
Comerse con mas gusto las pechugas ;
Servir de calderones y cazuelas
Aquellas conchas grandes de tortugas,
Matando la sequia desta fragua
Con grandes caracoles llenos de agua.

Algunos ansimismo desta gente
Estaban de comida no curando,
Tendidos por los lados de la fuente
Sus claros manaderos contemplando :
Bebiendo por matar la sed ardiente,
Y gran número dellos vomitando,
Porque el vacío cuerpo no podía
Retener aquel agua que bebia.

En esto del beber demasiado
Casi todos entraban en la danza,
Mas Zuazo, varon bien enseñado,
Usaba de grandísima templanza :
En comer y beber muy recatado,
Huyendo siempre toda destemplanza,
Y así deste consorcio castellano
El se halló de todos el mas sano.

Y siempre vi que do se padecia
Rabiosísima sed y hambre brava,
Aquel que se crió con policia
Con menos pesadumbre la pasaba :
En la necesidad menos dormia,
En los mayores riesgos mas velaba,
En las tristezas mas alegre gesto,
Y á todos los trabajos mas dispuesto.

No porque no ví gente de barbechos,
Que podrias, letor, maravillarte
Leyendo las grandezas de sus hechos,
Su fuerza, su vigor, su duro marte ;
Mas en sufrir desmanes tan estrechos
Entiéndese que, por la mayor parte,
Quien tiene mas valor sufre mas males.
Y aprueban bien poquitos oficiales.

Misérias que yo vide no las pinto,
Porque cierto sería tralar desto
Entrar en un confuso laberinto
De donde no saliésemos tan presto :
Hagamos ya capitulo distinto,
Para poder mejor decir el resto
Desta gente que no hallaba cura
Para salir de tanta desventura.

CANTO SEGUNDO,

Donde se trata del orden que tuvieron para salir de allí, y la maldad de don Francisco de Garay.

Males hay que á los hombres son ancijos,
Y para que les hagan resistencia
No poco les conviene tener lejos
Guiados con discreta providencia,
Por no quedar confusos ni perplejos
Al tiempo que llegare la dolencia ;
Porque mejor repara su partido
El pródigo que el mal aperechido.

Pues como ya tuviesen agua y fuego,
Y viesen el lugar mas á provecho,
A la memoria les ocurrió luego
Aquello que Joan Sanchez hubo hecho:
La cual fué diligencia no de ciego,
Mas antes de cabal y sabio pecho;
Fueron pues en aquella canouela
Adonde se perdió la carabela.

Vieron la jarcia, tablas y madera
Adonde la dejaron amarrada;
Hicieron una balsa cuanto era
Tan fuerte, tan bien puesta y ordenada,
Que pudo bien venir á la ribera
Do quedaba la gente fatigada:
Fué crecidísimo contentamiento
Desque los trajo Dios á salvamento.

Visto cuánto trabajo les aprieta,
Y la tardanza mucha cuánto daña,
Llegados los recatos á la isleta,
La gente que se daba mejor maña
Determinó hacer una barqueta
Para tentar de ir á Nueva-España,
Siquiera cuatro hombres que cupiesen,
Y de su perdicion noticia diesen.

La necesaria obra se tantea,
Trazase la pequeña proa y popa,
Cada cual á lo dicho se menea,
Ocioso ni baldio no se topa:
Unos de tablas viejas sacan brea,
Otros convierten cables en estopa,
Otros andan sacando clavos viejos,
Con los demás posibles aparejos.

Andando cada cual pues diligente,
E yendo cinco por mantenimiento
A la segunda isla, que es enfrente,
Levantose borrasca de tal viento,
Que sorbió la canoa con la gente,
No sin grave dolor y sentimiento
De todos, ansi flacos como sanos,
Por faltar la que fué sus piés y manos.

Como ya no tenían mucha sobra
De las aves y largas pesquerías,
Dióles gran pesadumbre la zozobra
Con menoscabo destas compañías;
Y ansi tal priesa dieron á su obra
Que tuvo perficion en pocos dias,
Y el pequenuelo barco fué bregado
Con vieja pez y aceite de pescado.

Con sus toletes, remos y aparejos
En el agua la barca fué metida;
De aves, de tortugas y cangrejos
Con ella fué la gente proveida:
Luego fueron comunes los consejos
Que pongan en efeto la partida
Gomez y Ballester y Joan de Arenas,
Para negocio tal personas buenas.

Y porque necesario les seria
Un indio que les fuese jamurando,
Procuraron hacer derecha via
Puerto de Villa-Rica demandando:
Habian de ir por esta travesia
Ciento y cincuenta leguas navegando,
Confiando de Dios en la carrera,
Porque la barca poca parte fuera.

No rehusaron estos el pasaje
De tan inmensos riesgos y trabajos,
Y para los efetos del viaje
Hicieron en el barco sus atajos,
Donde pusieron el matalotaje
De huevos, de tortugas y tasajos,
Agua también en odres ó barquinos
Que hicieron de vitulos marinos.

De los demás hicieron despedida
Con un dolor que el alma les aprieta.
Oh riesgos y trabajos de la vida
Y á cuantas desventuras es sujeta!
Entraron en la mar que los coavida
Por estar por entonces muy quieta,
Los que quedan regaban sus mejillas
En oracion hincados de rodillas.

Decian: « el Señor os esclarezca,
Su divino favor sea la guia,
El os ampare y él os favorezca
Con clara noche, con sereno dia,
Sin permitir que mas os acontezca
Fortuna que perturbe vuestra via;
Quiete furias del soberbio viento
Hasta que ya llegueis á salvamento. »

Varones y mujeres esto vieron
En la barca los ojos enclavados,
Hasta que ya de vista la perdieron
Y los remeros iban engolfados;
Los cuales su viaje proseguieron
De prósperas corrientes ayudados,
Vientos quiéticos, apacibles, buenos,
Y de sus locos impetus ajenos.

Perseverando pues en sus porfias,
Dándoles el Señor fuerza bastante,
Al cabo ya de diez ó doce dias
Vieron la tierra firme por delante.
¿ Quién os podrá decir las alegrías
Del flaco y animoso navegante?
Bojaron con furor de nuevo brio
Hasta poner en ella su natio.

Contemplan la frescura de los pinos,
El lustre y el verdor que ven enfrente,
Saltaron los cansados peregrinos
En parte que les era conveniente:
Porque hallaron sendas y caminos
Y huella de caballos muy patente,
La cual con los anejos de sus heces
Besaron todos ellos muchas veces.

Dadas gracias á Dios, que fué servido
De los llevar á luz y salvamento,
Fueron por el camino mas seguido
Para buscar algun mantenimiento;
Dialustan, cacique, que los vido,
Recebiólos con buen acogimiento,
Teniendo por estraña maravilla
Ver gente tan hambrienta y amarilla.

Porque una pava grande que les dieron
De muchas que tenían estas casas,
Sin sacalle las heces la pusieron
Y sin pelalla bien, sobre las brasas;
Y después que con tripas la metieron
En otras que venian algo rasas,
Por señas demandaron al instante
Guia para pasar mas adelante.

Acerca desta misma circunstancia
Por señas el cacique significa,
Que tres ó cuatro leguas de distancia
Demoraba de allí la Villa-Rica;
Caminaron con presta vigilancia
Por donde la tal guia les aplica,
Desandando volver con buen recado
Al inclito Zuazo licenciado.

Junto del cual, cuando desembarcaron
Los tres con quien se hizo clara prueba,
Cinco rabihorcados se sentaron
Como por mensajeros de la nueva;
Pues en vellos domésticos juzgaron
Ser anuncio del bien que se les lleva,
Y aunque no fueran malos al ayuno
No consintió hacelles mal alguno.

Después que ya llegaron con la guia
A Villa-Rica, cuyo señorío
Simon de Cuenca por Cortés regia,
Conocieron alli faltar avio:
Y á Medellín el Nuevo los envia
A causa de tener presto navio
Un Gonzalo de Ocampo, de Trujillo,
Y del dicho Zuazo gran carillo.

Al cual por ser capaz y diligente,
En negocios juridicos cursado,
Zuazo le nombró por su tiniente
En Cuba, do vivió tiempo pasado;
Y ansi con la presteza conviniente
Luego le despachó todo recado,
Diestros pilotos de Moguer y Palos
Con posibles refrescos y regalos.

Navegaron la via del oriente
Hasta los Alacranes, parte nota,
Porque estos son do se perdió la gente,
Riesgo que navegantes alborota;
Volvieron los tres hombres juntamente
Ellos mismos guiando la derrota,
Mas tardó treinta dias la jornada
En llegar á la gente fatigada;

Por ser el tal navio detenido
De calmas y corrientes sin vapores;
Mas Dios omnipotente fué servido
De dejallas llegar pascua de Flores;
Porque con regocijo mas cumplido
Resucitasen estos pecadores,
A quien por ser ya tanta la tardanza
Daba grave dolor desconfianza.

Estaban todos pues en atalaya,
Los ojos á los mares estendidos,
Por aquel arenal y seca playa
En santos pensamientos convertidos,
Al Señor suplicando que les vaya
Remedio de sus lloros y gemidos:
Estos eran sus ratos, sus empleos
Y el blanco do tiraban sus deseos.

Zuazo pues que siempre se desvela
En consolar aquesta compañía,
A grandes voces dijo: « vela, vela,
Socorro que el muy Alto nos envia.»
Acuden, miran, ven no ser novela,
Sino grande verdad lo que decia,
Suena *Te Deum laudamus* el contento
Con lágrimas nacidas de contento.

Acercáronse mas los del navio,
Pero no sin peligro ni recuesta,
Por ir ya descubriendo del bajío
La roca que tenían contrapuesta;
Y así por parecer bien el desvío
Surgieron dél un tiro de ballesta;
Mas como nadie vian por los puertos
Sospechaban que todos eran muertos.

Que, porque estaban de rodillas puestos
Dando gracias á Dios, nadie los vian,
Pero después que ya fueron enhiestos
Dióles voces la gente que venia;
Y todos luego se hicieron prestos
Para salir á dalles alegría
Sacando mesa, silla y alimentos
Para satisfacer á los hambrientos.

Sacaron abundancia de cecinas,
Gustosísimos gallos de papada,
Muy gentiles capones y gallinas,
Añejo vino y agua delicada:
Conservas de tan buena hambre dinas;
Frutas muchas de gente regalada,
Bizcocho blanco ven en abundancia,
Con inlinitas cosas de sustancia.

Salieron Ballester y Joan de Arenas
A dar las buenas pascuas á la gente,
Desconfiada de tenellas buenas
En riesgo y en peligro tan patente:
Abrázalos con las entrañas llenas
De santa caridad y amor ardiente,
Sin acabar de dalles bendiciones
Las fatigadas duñas y varones.

La salutación larga concluida,
Dieron á cada cual limpios vestidos,
La olla con gran priesa fué cocida,
Luego largos manteles estendidos:
Tuviron abundante la comida,
Fueron de muchas cosas proveidos,
Quisieron beber agua de su fuente,
Y amarga la hallaron grandemente.

Tuviron por milagro señalado
El no durar allí la dulcedumbre,
Mas de por aquel tiempo limitado
Que tuviesen aquella pesadumbre;
Dió las gracias á Dios el licenciado
Segun que lo tenia de costumbre,
Y acabada la fiesta sin hastío,
A gran priesa se fueron al navio.

Huyen de los estériles conveses,
Donde con mas dolor que se nivela
Estuvieron al pié de cuatro meses;
Entraron pues en esta carabela,
Y con temor del mar y sus reveses
Al punto se hicieron á la vela
Veinte que de los riesgos escesivos
Permanecieron solamente vivos.

Navegaron aquestas compañías
Con viento que bonanza les aplica,
Tal, que pudieron ir en trece dias
Al puerto de la dicha Villa-Rica;
Recebiólos Cortés con cortesías
Cuantas de su valor fama publica;
Pues aunque allí faltaba su presencia
No faltaba su gran magnificencia.

Porque mandó que todos ellos fuesen
A costa de sus bienes reparados,
Y al dieho licenciado se le diesen
En cantidad de doce mil ducados,
Y generosamente proveyesen
Su casa, su familia, sus criados;
Escribióle también carta misiva
Que su buen amistad estaba viva.

Desde se reformó la compañía,
Partióse para ver á su querido,
Al gran Méjico donde residia,
Y donde del Cortés fué recebido
Con crecido contento y alegría,
Que grande la mostró cuando lo vido,
Y con ostentacion de frente rasa
Por hospicio le dió su propia casa.

Mas porque por entonces le convino
Al Fernando Cortés estar ausente,
E ir trabajosísimo camino
Contra su capitán, mal obediente,
Al Zuazo, varon del cargo dino,
Dejó nombrado por lugartiniente,
El cual administraba su tinencia
Con retitud, valor y gran prudencia.

Pero Cortés apenas se destierra
De los confines destas ciudades,
Cuando con turbacion de civil guerra
Hubo sobre mandar parcialidades:
Echaron al Zuazo de la tierra
Los inventores destas novedades,
Y por huir alguna chirinola
Tuvo por bien volver á la Española;

Donde fué su persona recebida
Con aplauso no mal regocijado,
Y vivió lo restante de su vida
Rico, favorecido y acatado.
Mas porque de Garay no me despida
Quiero volver al fin de su cuidado,
Antes que del Zuazo se supiese,
Ni con Cortés en Méjico se viese.

CANTO TERCERO,

Donde se trata cómo llegó Francisco de Garay al rio de Palmas,
de lo que allí le sucedió, y de su muerte.

No creo yo que vive sin querella
Aquel que mas alcanza de riqueza,
Pues tanto mas creció la hambre della
Cuanto mayor se hizo su grandeza;
Y á veces buscar mas hace tal mella
Que convierte los gozos en tristeza:
Destas cosas y otras que contemplo
En el Garay tenemos buen ejemplo.

Pues teniendo la vida ya segura,
Prósperos tratos y caudales llenos,
Su casa con grandísima hartura,
Hereditamientos muchos y muy buenos;
Pensando de hallar mayor ventura
De la que tuvo, fué venir á menos;
El caso sucedió desta manera
Desde salió de Cuba y su ribera:

Corrieron con aquellos temporales
Con angustias mortales de sus almas,
Mostrábase la mar con furias tales
Que deseaban ya molestas calmas ;
Y así con las zozobras destes males
Decayeron al río de las Palmas,
Donde sacó soldados cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos bastimentos.

Envío por allí acia la sierra
A Gonzalo de Ocampo su pariente,
Con hombres instruidos en la guerra
A fin de descubrir alguna gente ;
Mas no les pareciendo bien la tierra,
Volvieron á la mar incontinente,
Y sin saber Ocampo cosa cierta
Afirmaba la tierra ser desierta.

Determinó hacer desta desvio,
Y que Grijalva con los marineros
A Panuco llevase los navios ;
El por tierra con muchos compañeros,
Atravesando peligrosos rios,
Ciénegas infinitas, mil esteros,
Muy fatigados todos y hambrientos,
Y de tantas zozobras descontentos.

Mas por algunas guías ya tomadas
De indios que hallaban divertidos,
Salieron á las tierras deseadas,
Y no fueron allí mas proveídos ;
Pues á causa de guerras atrasadas
Había muchos pueblos destruidos,
Porque Fernán Cortés y sus linientes
Traían fatigadas estas gentes.

Allí donde la proa todos llevan
En fundar poblacion con su consejo,
Estaba ya fundado Santisteban
Por capitán un Pedro de Vallejo ;
Temió Garay de que estos no se muevan,
Y en acercarse tuvo mal consejo,
Porque los de Cortés dieron en ellos
Y prendieron á los cuarenta dellos.

Grijalva también tuvo desavios,
Pues yendo caminando su viaje,
En unos arrecifes y bajos
No vistos antes en aquel paraje,
De los once perdió cuatro navios
Con todos los pertrechos y fardaje ;
Ancló los demás cerca del puerto
De Panuco, según fué su concierto.

Los de tierra por falta de comida
Estaban ya como de los cabellos,
Andando mucha gente divertida,
También mataron indios muchos dellos :
Supo Fernán Cortés esta venida,
Y envió capitanes contra ellos,
Aunque los mas á causa del provecho
Tenían al Cortés dentro del pecho.

Porque costumbre fué de señorios,
Que quien mas puede tiene mas devotos ;
Conoció, pues, Garay sus desavios
En hallar sus soldados tan remotos :
Al Vallejo rindieron sus navios
También ciertos maestros y pilotos,
Los cuales alevosas sinrazones
Causaron al Garay graves pasiones.

Y estando rodeado de pesares
Aquellos capitanes cortesanos,
Llegaron á las partes y lugares
Que de Garay estaban mas cercanos ;
Tuvieron grandes dares y tomares,
No para que viesesen á las manos,
Antes dando y tomando sobre puntos
Los unos con los otros fueron juntos.

Tuvieron, aunque no con duro pecho,
Sobre sus causas mil alteraciones,
Cada cual alegando su derecho
Y mostrando reules provisiones ;
Vinieron al concierto deste hecho,
Y fueron estas las resoluciones :
Enviar á Cortés sus mensajeros
El Garay y los otros caballeros ;

Y que sin proceder en la contienda
Para que toda sinrazon cesase,
Le volviesen navios y hacienda
Sin que ninguna cosa le faltase ;
Sujetando los suyos á su rienda
Para que con rigor los embarcase,
Y á las Palmas hiciesen su jornada,
Pues era tierra rica y bien poblada.

Hicieron el concierto referido
Diego de Ocampo y Pedro de Alvarado,
Capitán de Cortés, por mas querido
Para tales negocios enviado :
Garay se holgó mucho del partido
Teniéndolo por bueno y acertado ;
Congregó luego muchos de su gente,
Y dicen que les dijo lo siguiente :

« Si tengo de decirlos las verdades,
Amigos, compañeros y señores,
Bien sabeis que las buenas amistades
Que tanto celebraron los mayores
Se conocen en las adversidades,
Cuando fortuna siembra sus rigores ;
Y entonces es el bueno menos vario
Cuando hado se muestra mas contrario.

» Y pues que la costumbre de los buenos
Es no desamparar al buen amigo,
Y sabeis bien que nunca yo fui menos,
Sino mejor aun desto que aquí digo,
De toda la lealtad sereis ajenos
Si no permaneciédes conmigo,
Teniendo ya por cosa conocida
Que á nadie quiero menos que á mi vida.

» El tal amor deseo que se entienda
Por mis obras y blando tratamiento,
Pues gasté con vosotros mi hacienda
Para daros cabal aviamiento ;
Y para yo tener segura prenda
Os ligastes con santo juramento,
Prometiéndome todos á porfia
De no dejarme por ninguna via.

» Si cerca del negocio prometido
Lo contrario hacer alguno piensa,
No solamente yo soy ofendido,
Pero también haceis á Dios ofensa ;
Y así cuando tengais mayor olvido
De su mano verná la recompensa,
Pues quebrantais la jura del muy alto,
Y faltais á quien no hallastes fuito.

» Si pensais por allá recoger frutos
De riquezas por mas breves atajos,
Nunca las hallareis á piés enjutos
Ni por caminos llenos de gasajos ;
Ni querrá dar Cortés salvos condutos
Para que goceis dellas sin trabajos ;
Lo que hará será daros un cebo
De tierras nuevas que ganeis de nuevo.

» Pues para no gozar lo descubierto
E ir á conquistar nuevas regiones,
Mejor os es volver á lo mas cierto
Y á do dejais insignes poblaciones :
Para lo cual en mí teneis abierto
Un camino de grandes galardones,
Y estuviera ya este comenzado
Si no fuera de muchos engañado.

» Y pues no hago vano cumplimiento,
Y está mi voluntad sana y entera,
Recebiré merced y gran contento
De que ningunos os salgais afuera :
Sino que sin penoso sentimiento
Pasemos todos juntos la carrera,
En la cual hallareis ser el efecto
Mayor que por palabras os prometo. »

Estas amorosísimas razones,
Espresadas debajo buen intento,
Hicieron muy livianas impresiones
En la gente de tal ayuntamiento ;
Pues sin embargo de persuasiones
Le huián hoy diez, mañana ciento,
Y por se desmandar como bestiales
Mataron muchos estos naturales.

Viendo Garay tan gran inconveniente
Y que la gente toda le faltaba,
Determinó de ir personalmente
A verse con Cortés adonde estaba;
Para que capitán tan excelente,
Hiciese lo que dél se confiaba,
En la restauracion de su caída,
De su reputacion y de su vida.

Resuelto pues en este su destino
De gente de Cortés persuadido,
Puso luego por obra su camino
Donde de todos ellos fué servido;
Y después que llegó do le convino
Con gran magnificencia recibido,
Habláronse los dos, brazos abiertos,
Y trataron de medios y concertos.

No se tuvo Garay por arrepiesto
En los comedimientos desta vista,
Trató su causa con gentil aviso
Dando la relacion de su conquista;
Y así vino Cortés en cuanto quiso
Sin que ninguna cosa le resistia;
Mas porque la amistad fuese mas firme
Quieren que parentesco la confirme.

Pues como por los dos se desease
El parentesco fué por esta via,
Que el hijo de Garay se desposase
Con una hija que Cortés tenia;
Y el Cortés proveyese y ayudase
A la jornada que Garay hacia,
Dándole todo buen aviamiento
De gentes, de pertrechos y sustento

Dados á sus negocios estos fines
Al son de suavísimo concierto
De trompas, chirimías y clarines,
Pregoneros de tal contentamiento,
Fuéronse los dos juntos á maitines
En la noche del santo Nacimiento,
Do con suaves músicas sonoras
Oyeron ambos las divinas horas.

El oficio divino concluido,
Volviendo con un aire destemplado,
El Garay se sintió muy mal herido
De pesado dolor en el costado;
Y aunque fué de doctores socorrido,
Acabóle la vida y el cuidado
Dentro de quince días de intervalo,
Después que del dolor se sintió malo.

Fué hombre de gentiles proporciones,
Apacible, discreto y generoso,
De nobles y de sanas intenciones,
Mas de grandes empresas cudicioso:
Amigo de guerreros escuadrones,
Enemigo muy grande de reposo;
Dejó hijos é hijas principales
Aunque menoscabados sus caudales.

Murió como cristiano diligente,
Con gran preparacion de testamento,
Sintió Cortés su muerte grandemente,
Y en todos fué comun el sentimiento;
Con pompa y en lugar muy eminente
Solenizaron el enterramiento;
Hicieron muchas letras á su muerte,
Y una dellas decia desta suerte:

*Præsidis hoc busto requiescunt ossa Garat,
Qui sine præsidio præside maior erat.
Cortesi nuncen dum dives vincere certat.
Pauper in hospitio lumine casus abest.*

Aquí yace sepultado
Garay, capitán bastante,
Que con ser adelantado,
No llegó tan adelante
Cuanto llegó su ditado;

Teniendo vida segura,
Por vencer la gran ventura
De Cortés, varón divino,
Murió pobre peregrino,
Y en ajena sepultura.

ELEGIA IX.

A la muerte de DIEGO DE ORDÁS, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el rio de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.

CANTO PRIMERO.

Aunque parezca seco despidiente
No proceder aquí mas adelante,
Determino volver mas al oriente
De Paria y á la tierra circunstante,
Para tratar de Ordás y de su gente,
De quien pretendo dar razon bastante,
Pues del honor mas alto de los buenos
Al Ordás se le debe nada menos.

En Castroverde fueron sus natales
Del reino de Leon, y en Nueva-España
Fué de los capitanes principales
El de mayor valor y mejor maña;
En las islas sus hechos fueron tales,
Que cada cual se vende por hazaña,
Y así Cortés por su merecimiento
Le dió grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte,
No menos honorosa que crecida,
Y a pretensiones otras se convierte,
Que fué cierta region muy estendida:
Causa para morir angosta muerte,
Cuando pudo gozar mas ancha vida;
Y para se mover á la carrera,
El negocio pasó desta manera:

Habia dado largas relaciones
El ambicion, que todo lo revela,
De las engrandecidas poblaciones
De Paria hasta el mar de Venezuela;
Y no fueron mentiras ni ficiones,
Ni saboreillos vanos de novela,
A hallar el Ordás la tierra sana,
O comenzara por Maracapana.

Porque Cubagua, muy mas estendida
De lo que por justicia se le daba,
Tenia mucha tierra destruida,
Con cantidad de esclavos que sacaba;
Y con cautelas era defendida
Cualquiera poblacion que se intentaba,
Por no perder aquel vicioso pasto
Con que hacian suntuoso fausto.

Fué reino de grandísima sustancia,
Y señores en él de gran estado,
Fertilidad, hartura y abundancia
De pan, de frutas, carnes y pescado;
Y con ser tan inmensa la distancia,
Paso no se hallaba despoblado,
Potentes pueblos al primer encuentro,
Potentísimos mas la tierra dentro.

Esta tierra de próspera templanza,
Que frio ni calor no causan lloro,
Por pueblo, por camino, por labranza,
Pocos indios pudieras ver sin oro;
No mudan en los trajes el usanza,
Pues sola desnudez es el decoro;
Mujeres cubren partes vergonzosas,
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,
Es por la mayor parte bien dispuesta,
De muy bien amasadas proporciones,
Con cierta gallardía no mal puesta:
Diestros en sus guerreros escuadrones,
Para su defension la mano presta,
El regulado tiro siempre lleno
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,
Y de palma tostada larga janca,
Que suelen menear de buena gana,
No sin golpe mortal de quien alcanza:
Comen algunos destos carne humana
Por vía de pasion y de venganza,
Y aquesta crudelísima comida
Es fuera de sus casas escondida.

No la quieren comer en parte rasa,
Sino donde la gente menos pisa,
Las ollas nunca mas entran en casa,
Ni vaso ni cazuela do se guisa;
No se come, sacada de la brasa,
Con grita, regocijo, ni con risa,
Antes parece tal mantenimiento
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordás por larga lista
Cumplidas y bastantes relaciones
Desta costa, por hombres que de vista
Conocieron aquellas poblaciones,
Pidió con gran instancia la conquista,
Y diéronsele della provisiones,
Gobierno de grandísimo partido,
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como este
Le dieron por la costa, recta via,
Ciento cincuenta leguas leste, ueste,
Y norte, sur, que fué la travesía:
De mil soldados buenos formó hueste
Con gente principal de Andalucía;
Aderezaron grandes galeones,
Matalotaje y otras municiones.

Nombró por general á Joan Cortejo,
Su maestre de campo fué Herrera,
Cada cual de los dos amigo viejo,
Que en Méjico siguieron su bandera;
Entraron capitanes en consejo
Para la prevencion de su carrera,
Nombró también con otros oficiales
Por alcalde mayor á Gil Gonzalez.

Vino también con este caballero,
Pudiendo sosegar con buena renta,
Jerónimo de Ortal por tesorero,
De quien daré también mas larga cuenta,
Como quien bien lo conoció primero;
Vivió después en vida descontenta,
El cual sucedió siendo mozo tierno
Al don Diego de Ordás en el gobierno.

Dispuesta toda cosa necesaria
Y preparado bien cada navio,
Hicieron su camino acia Paría,
Principio deste nuevo señorío;
Surgieron en las islas de Canaria
Para tomar allí mejor avio,
Besaron al Ordás luego las manos
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales,
De próspero caudal y rico traje;
Al Ordás ofrecieron sus caudales,
Sirviéndole con buen matalotaje;
Y con doscientos hombres naturales
Prometieron de ir aquel viaje;
El Ordás acudió con mil ofertas
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando
Por el orden que menos les convino,
El don Diego de Ordás fué navegando
A la parte do lleva su destino:
Prometiéndole de ellos esperando
Por puertos y bahías del camino;
Y así para cumplir con su promesa,
A su navegacion dió poca priesa.

Mas pareciendo ya mucha tardanza,
Por evitar algunos desavíos,
Del rio Marañon hizo mudanza,
Y atravesó con todos los navios:
Algunas veces con desconfianza
De poder escapar de mil bajios,
Con calmas y grandísimas corrientes,
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordás escapó con buen consejo,
Y fué donde llevaba los intentos,
Mas no pudo salir el Joan Cortejo
Con otros que pasaban de trescientos,
Sin remedio, recurso, ni aparejo
Para seguir por mar sus movimientos,
Salvo los principales coroncles,
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos á la tierra naufragaron,
Sin dalles sinsabor reventazonas,
Y así dicen que todos escaparon,
Y entraron por jamás vistas regiones,
Hasta que descubrieron y toparon
Grandes y poderosas poblaciones,
Adonde se buyeron y han valido,
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendian por muy cierta
Muchos que yo traté y he conocido;
Mas es una ficion clara y abierta,
Y cuento para mi desvanecido;
Pues si tal gente ya no fuera muerta
Hubieran á mil partes respondido;
Así que no sera juicio ciego
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada,
O muerta por el indio mas vecino,
Ordás, continuando su jornada
Con piloto que tuvo mejor tino,
Llegó con el restante del armada
A Paría, do llevaba su camino,
Bonde Antonio Sedeño ya tenia
Soldados con algun artillería.

Habia hecho cierta fortaleza,
Do quedó Joan Gonzalez con la gente,
Y para revolver con mas grandeza
En Boriquén estaba de presente;
Mas el Ordás con toda su dobleza
Tomó las municiones al ausente,
Y aun intentó matar al Joan Gonzalez;
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados,
Que prometieron ir tras el armada,
Procuraban venir bien aviados
Para mejor servir en la jornada:
Hicieron luego copia de soldados,
Isteña gente, suelta, bien granada,
Que en peligros ocultos y patentes
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida
Tenian dos fornidas carabelas;
Mas mucho recelaban la salida,
Teniéndolas por algo pequenuelas;
Y estando ya los Silvas de partida
Vieron un galeon á todas velas,
Hermoso, bien fornido, grande, fuerte,
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venia,
Y dentro dél fué surto y anclado,
Con mucho lienzo, paño, mercería,
De muchas cosas otras pertrechado;
Pues el Gaspar de Silva, que queria
Llevar en su viaje buen recado,
Determinó tomar, por selle bueno,
Aquello que sabia ser ajeno.

Habló con el maestre, que hacia
Haciéndole creer torres de viento,
El portugués ladron que lo creia
Al delito prestó consentimiento;
Dejó las carabelas que tenia,
Y á él pasó las gentes y alimento,
El señor dél, quejoso y agraviado,
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños
Al tiempo que su gente se despacha,
Culpáronlo, demas destes engaños,
Del rapto de Isabel, linda muchacha;
La cual yo vi morir ha pocos años
En el pueblo del Rio de la Hacha,
Casada ya con hijos y con nietos,
Que están ayunos hoy destes secretos.

Apercibidos pues por la manera
Que sus cruels hados señalaban,
Prosiguieron los Silvas su carrera
Con los doscientos bombes que llevaban:
Vieron el Marañon y su ribera,
Mas no vieron los males que esperaban,
Y como ya llevaban aparejo,
Allí hicieron un bergantinejo.

Como por orden esto se pusiese,
Y municion en él algo sumaria,
Al galeon mandaron que se fuese
Luego por alta mar vuelta de Paria;
Y que Gaspar de Silva recorriese
La costa con la gente necesaria,
Porque por algun seno y anconada
No quedase la gente del armada.

Van en el galeon por principales
Un Francisco Morillo y un Briones,
Bartolomé Gonzalez, Joan Gonzalez,
Hermanos del que va por los ancones:
Entre estos, como no fueron parciales,
Hubo ciertas revueltas y pasiones,
Y con el sinsabor que voy diciendo
Iban el mal-viaje prosiguiendo.

Con continuacion de su jornada
Fuera de toda buena coyuntura,
Llegóseles la hora deseada,
Deseo de su cierta sepultura;
Porque vieron las naos y el armada
Donde no les darán arma segura:
Hacen la salva de una y otra suerte,
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones
A Gil Gonzalez de Avila noticia
De todas las pasadas sinrazones,
El robo, la violencia, la malicia;
El cual mandó hacer informaciones,
Prosiguiendo la causa por justicia:
Resultaron al fin de los procesos
Delitos de grandísimos escosos.

Degollaron aquestos dos hermanos
Con voz deregonero que resueua
Culpas y fealdades de tiranos,
De que se recibió crecida pena;
Y por fautor de hechos inhumanos
Al piloto colgaron del entena;
Quedó también á muerte condenado
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,
Haciendo prolijísimo rodeo,
Su desastrada muerte deseando,
Sin saber ser aqueste su deseo.
Oh cuántos deseaban deste bando
Podelle dar noticia del torneo!
Mas por ninguna via fué posible
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía
De ver la flota muy regocijados,
Fué día de San Joan aqueste día,
Remate de sus días mal gastados,
Año de treinta y uno que corria
Sobre mil y quinientos ya pasados,
El viene con placer soltando tiros,
Y acá lo solenizan con suspiros.

Bien como caminante congojado
Que cercano se ve de su reposo,
E yendo para él regocijado
Con un vivo fervor y presuroso,
Lo ve por todas partes ocupado
De mortal enemigo y odioso,
Y el gusto de la cama y de la cena
Fué hambre, cepo, grillos y cadena:

El desdichado mozo que ya cuento,
Bien por este nivel y desta suerte,
No ve sino señal de descontento
Do quiera y á do quier que se convierte:
Halló dura prision, halló tormento,
Halló temor, dolor y cruel muerte.
¡Cuántos suspiros, lágrimas, sollozos
Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura
Día del gran Bautista soberano,
Admiróse de ver tanta tristora,
Y no ver por allí ninguna hermano:
Reconoció su grande desventura
Desque con gran rigor le ponen mano,
Hácenlo confesar, y en poca pieza
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas
Se herian los pechos y los cuellos,
Costanza de Leon tiene deshechas
Mejillas y estragados los cabellos:
Haciendo mas patentes las sospechas
De carnal amistad con uno dellos:
Enterrólo clamor que rompe el aire
En la ista que llaman Perataire.

Conclusos estos tristes funerales,
Ordás con tal rigor cual os enseño
Deseaba matar á Joan Gonzalez,
Alcaide de la fuerza de Sedeño,
Mas por mano de indios naturales,
Porque el delito no tuviese dueño:
Mandólo pues llamar en continente,
Y dicen que le dijo lo siguiente:

«Yo, señor Joan Gonzalez, tengo gana
De saber por entero la pujanza
De la tierra que dicen de Guayana,
Sus sitios, poblaciones y templanza;
Y por no me fiar de gente vana
Quiero hacer de vos la confianza:
Es menester que hoy en este día
Os partais solo con alguna guia.

» Porque do muchos van hacen ruido,
Que no comportara gente guerrera;
Un hombre solo menos es temido,
Y puede bien pasar por donde quiera,
Mayormente quien es tan conocido
Y amado como vos desta frontera;
Y visto bien lo que la tierra tiene
Verneis, é yo hare lo que conviene.»

Estos mandatos duros y tiranos
El Joan Gonzalez bien los entendia,
Pero por escaparse de sus manos
Luego le respondió que le placia:
Conociendo por menos inhumanos
Los indios que su mala compañía;
Al fin partió con ciertos naturales
Que le fueron fieles y leales.

Pero quieren decir que el desconcierto
Y orden de cautela semejante
Fué después de salidos deste puerto,
E ir por Uyapar mas adelante
En un pueblo, Carao; y es lo cierto,
Segun tenemos relacion bastante
Hecha del capitán Joan de Avendaño,
Que siempre fué testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,
Por ser estos intentos muy ruines,
Ordás mandó hacer la gente presta,
El galeon, la fusta, bergantines,
Y con pregones muchos manifiesta
Entrar por Uyapar y sus confines,
Rio potente, mas de fruto poco,
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente
De todas armas bien aderezada:
Quedó por capitán y por teniente,
Por ser persona bien acreditada,
Martin Yañez Tafur, que es de presente
Vecino deste reino de Granada,
El cual gobernó bien la gente nueva
Y dió de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo
A Domingo Velazquez el mañoso,
Entre los de Cubagua muy antiguo:
Insigne capitán y valeroso,
A quien yo tuve siempre por amigo
Gozando ya de paz y de reposo;
Llevo también para que fuese guia
Un indio que Taguato se decia,

Capitán arúaca señalado
Y por aquellas tierras peregrino,
El cual pareció bien haber entrado
Mas de quinientas leguas de camino:
Indio valiente, diestro y avisado,
De muy buena razon, poco ladino,
Mas Domingo Velazquez entendia
La mayor parte de lo que decia.

Son arúacas de valientes manos,
Tiene su tierra nobles influencias,
Y son todos amigos de cristianos,
Con buenas obras, gratas apariencias:
Con caribes crueles, inhumanos,
Tienen cotidianas competencias,
Y cuando con mayor fuerza se muerden,
Los arúacas pocas veces pierden.

Con esta prevención y buen avio,
El Ordás con su gente castellana
Entraron por aquel potente río
Forzados unos y otros muy de gana:
Por él á remos va cualquier navío,
Atoas, la gran nao capitana,
Llevando siempre cable sobre cable,
Trabajo de rigor intolerable.

Y así por trabajar en travesías
Perectan los hombres por momentos,
Tanto que en breve número de días
Al río fueron mas de cuatrocientos;
Y cuanto mas crecian las porfias
Tanto mas descrecian alimentos,
Murciélagos, mosquitos y otras plagas
Los infestaban con crúeles llagas.

Malos y encarcerados embarazos
Ocupaban cualquiera mordedura,
En los piés, en las piernas, manos, brazos
Viérades lamentable desventura:
Calanse los miembros á pedazos,
No podia hallar médico cura;
Y con ser el volver tan importante,
Procuraron de ir siempre delante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,
Eran los tiempos ya tempestuosos,
Anegados los campos y zavañas,
Los esteros venían rigurosos:
A las tardes y noches y mañanas
Los empapaban nimbos procelosos,
Y con estas congojas y pasiones
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fué de gran gentío,
Que sobre las barrancas iba puesto,
Del cacique Uyapari señorío,
En las calles y plazas bien digesto,
Y de donde nombraron este río
Los españoles que hallaron esto,
Del cual fueron entonces recibidos
Y razonablemente proveídos.

Aquí, por ser lugar mas conviniente,
El que tenia cargo del gobierno
Determinó de reformar la gente
Hasta pasar las furias del invierno;
Y aun porque se sentia mal doliente
El viejo haquíano y el moderno,
Anclaron arriba muy lejana
Aquella grandé nao capitana.

Cuando se padecian estos males
Y plagas por la gente castellana,
Andaba peregrino Joan Gonzalez
Por aquellas provincias de Guayana,
Donde todos los indios naturales
Lo recibieron muy de buena gana,
Con caricias, regalos, beneficios,
Con dadas, presentes y servicios.

Regalado se ve; mas todavía
Con santos y católicos respetos
Consideró que no le convenia
Estar entre salvajes indiscretos:
Ajenos de cristiana policia
A cultos diabólicos sujetos;
Y aunque no se librase de sus manos,
Quería mas morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida
Con todo lo demás que determina,
Y fué su voluntad obedecida
No menos que si fuera la divina:
Siguiéronlo con copia de comida
Hasta ver la mas gente peregrina,
Por esteros, lagunas y otras aguas,
Con copia de canoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta
De lo seguir por ser hombre bien quisto,
De la suerte que ya se representa
A su navegacion se hizo listo,
En busca del Ordás por dalle cuenta
De lo que le mandó y habia visto;
Fueron pues por el río su jornada
Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas de repente
Y en ellas el gentío bien armado,
Mandó Diego de Ordás incontinentemente
Que todos se pusiesen á recado:
Maravillóse luego grandemente
Después que Joan Gonzalez fué llegado,
Porque por ser rigor tan excesivo
Ningun hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con grandísimas razones;
Y el Joan Gonzalez dió de su jornada,
Verdaderas y ciertas relaciones
De tierra que halló bien asombrada:
En ella poderosas poblaciones
Y cuanto mas adentro mas poblada;
Y aunque la relacion no fué liviana,
El Ordás la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condeno
Ni aun siente della mal el baquíano,
Pues en tan larga tierra y ancho seno
(Eso me da de sierra que de llano)
Debe de haber algun pedazo bueno
Que hasta nuestros tiempos está sano,
Por ser entrada larga, trabajosa,
Y en sus primeros limites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes
Siguieron la demanda como cierta,
Y por muertes, desgracias y desmañes
Casi que se volvieron de la puerta:
Felipe de Utén por los alemanes
Trabajó por hacella descubierta,
Jerónimo de Ortal, después Sedenó,
Y Orellana contó cosas de sueño.

Después Jimenez, capitán preciado
Hizo desde este reino la jornada,
Hermano del señor adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada:
El cual agora vino del Dorado,
Que es la misma demanda señalada,
Perdidas sus haciendas y caudales
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pío
El heredero de su testamento,
Y sucesor Antonio de Berrio
En sus haciendas y repartimiento;
El cual con discrecion y buen avio
Quiere seguir aquel descubrimiento,
Y ciertó su valor nos asegura
Que tiene de dar fin á la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,
Que sirven hoy á nuestras compañías
Y tratan y contratan en los llanos
Con sus acostumbradas granjerías,
Refrescan las noticias á cristianos
Que dellos determinan hacer guías,
Llevando las derrotas diferentes
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se darán mejor recado
Por ser de mas aviso proveídos,
A causa de llover sobre mojado
Con negocios atrás acontecidos:
En muchos que buscando su Dorado
Quedaron aislados y perdidos,
Y del perder algunos en un hecho
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsua, capitán tan escelente
Cuanto pudieron ser los mas cabales,
A quien los que vivimos de presente
Debemos alabanzas inmortales,
Y de quien trataré mas largamente,
Celebrando sus tristes funerales
Por el orden que de presente llevo;
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,
Que de la Margarita se desvía,
Y en ir á la Guayanase señala
Con flota de arúacas que lo guía ;
Y dijo que no vido tierra mala,
Antes tal que riqueza prometia :
Fué, cuando tal motivo lo desvela,
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su desino
En vano parecer determinado,
Para volverse por aquel camino
Al Pirú de do vino desterrado ;
E yo le respondi ser desatino
Jamás oido, visto, ni pensado ;
Mas el fué todavía donde digo
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,
Vió pueblos con asientos muy amenos,
Descubria caminos y calzadas,
Las cuales prometian anchos senos ;
Trajo joyas de oro rescatadas,
Aguilas y cemies harlo buenos,
Ciertos tiros de bronce que hallaron
Adonde los Ordases invernaron.

Como buenos dineros importasen,
Y falta de los tales necesita,
Para que mas al rio los llegasen
Ayala con caricias los iucita ;
Y hizo que en piraguas los llevasen
Aquestos indios á la Margarita,
Do procuró tomallos el tiniente ;
Mas defendiólos valerosamente.

A la Española fué la mercancía
Y él, algo levantado de la rueda,
Adonde por entonces presidia
El inclito Joan Lopez de Cepeda :
Dió cuenta de la tierra do venia
Como quien por ninguno se le veda,
Informó los señores del audiencia
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones
Ordenadas por ley de buen amigo
Para poder entrar estas regiones,
Ansimismo llevar gente consigo ;
Vendió las sobredichas municiones,
Las joyas y preseas que ya digo,
Compró muchas camisas y bonetes,
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas
O motivos de grande disparate ;
Liadas y compuestas las petacas
Donde llevaba todo su rescate,
Volvió con otra flota de arúacas
Con solos doce hombres de alpagate ;
Seria por el año de sesenta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados á Guayana, van entrando
Mas de lo que amistad les asegura,
Muchas preseas de oro rescatando
Con algunos resabios de soltura ;
Mataron al Ayala y á su bando
Concluyendo balanzas y locura,
Sin dejar á ninguno con resuello
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fué remoto
Serpa, que tentó ir esta jornada,
Pues luego lo mató Cumanagoto
Antes que comenzasen el entrada ;
El ejército suyo quedó roto,
Y hizo Serpa tanto como nada ;
El oficial será siempre confuso
Usando cosas fuera de su uso.

Tenia Serpa términos honrados,
Aparencias y buenos ademanes,
Pero los que jamás fueron soldados
Dudo poder ser buenos capitanes :
No son aquellos indios descuidados,
Ni temen los caudillos haraganes ;
Ya yo los conocí soldado pobre,
Y sé muy bien cuán bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,
A título de ir este camino,
Con su hijo don Joan, que donde quiera
De crecidos honores era dino ;
Mas al principio de la tal carrera
Y deste nuevo reino muy vecino,
Mataron fuertes indios al buen viejo
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines
Con el poco posible que le vemos ;
Pero nunca salió de los confines
De tierra que palpamos y tenemos ;
Y así pobló los indios matachines,
Que deste reino son los mas estremos,
De manera que nunca fué bastante
Para poder pasar mas adelante.

Volver á la demanda de presente
Por el Cáceres dicho se procura,
Y él y el dicho Berrio hacen gente
En un tiempo, sazón y coyuntura :
Cada cual de los dos es pretendiente
De poder acabar esta ventura ;
Guias llevan y muy buenos arreus ;
; Dios les dé cumplimiento de deseo !

Siguió Pedro de Silva la recuesta,
De la cual por aquí volvió perdido,
Con su poquilla gente descompuesta,
Y dicen nuevamente ser venido,
Y entrar por Uyapar, donde me resta
Volver al buen Ordás, que detenido
Dejamos con las aguas del invierno
En la parte que dice mi cuaderno :

Donde después que vino Joan Gonzalez
Y percibieron bien lo que decia,
Todos aquellos hombres principales
Deseaban seguir aquella via,
Los motivos de Ordás no fueron tales,
Y así le respondió que no queria
Sino subir el rio con exceso,
Y agora contaremos el suceso.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada
pari arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que hizo
hasta su muerte.

Mal pueden caminar siempre seguras
Las muy precipitadas opiniones :
El que deja la luz por ir á oscuras
No se espante que halle tropezones ;
Pues suelen semejantes aventuras
Engañar los humanos corazones :
No siempre hizo lance venturoso
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fué de tanto desatino
Ordás en los ya dichos menesteres,
Pues se precipitaba de continuo
En sus buenos ó malos pareceres ;
Y mas en proseguir aquel camino
Fuera de cuanto puede dar placeres,
Antes las intenciones en que estriba
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los rios
La mano del invierno mas liviana,
Al tiempo que hacia ya desvios
El agua del convés de la zavana,
Donde nadaban los demás navios,
En seco se quedó la capitana :
Fuera del Uyapar y circunstancia
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,
A la madre se llegan descontentos ;
Y para proseguir su mal viaje
Sonaron rigurosos mandamientos ;
Partieron sin tener matalotaje
A tierra toda falta de alimentos ;
Gil Gonzalez quedó con los tullidos
En aquestos asientos referidos.

Sacó el pueblo grande que se cuenta,
En la fusta mayor y bergantines,
Españoles doscientos y setenta,
Cuarenta lijerisimos rocines:
Tomó pues con su gente macilenta
Del pueblo de Carao los confines,
El cual distaba del potente río
Una pequeña legua de desvío.

Allí se reformaron los soldados,
Y tuvieron un poco de reposo,
Y después de los dos meses pasados
Volvieron al viaje trabajado:
Costeando prolijos des poblados
Sin muestra de refugio virtuoso,
Sino pocos y viles pescadores
Que de ningún buen pueblo son cultores.

Gaiqueríes y algunos guamonteyes,
Morenos, altos, buena compostura,
Sujetos á ningún modo de leyes,
Sin labranza, crianza ni cultura,
Suelen tener sus príncipes y reyes,
No para dalles vida mas segura;
Pescas y cazas son sus alimentos,
Y raíces de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida mas continúa,
A un ajo redondo se compara,
De que también la gente peregrina
En sus necesidades se repara:
Ansimismo provee de harina
Otra raíz que llaman caracara,
La cual muelen en cueros de venados
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,
Y toda su vivienda tan sin maña,
Que si comida piden los cristianos
Al tiempo que la hambre mas los daña,
Mostrando de maiz algunos granos
Los huelen como cosa muy estraña;
Ninguno dellos cultivó ribera,
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,
No rancho por sus manos fabricado,
Sino ciertos toldillos de tomiza;
Su cama es un cuero de venado
Gastado de arrastrar por la ceniza;
Delíende cada cual varónilmente
A su mujer, su hijo, y su pariente.

Aduve yo también por estos puestos
En tiempo y en edad mas vigorosa,
Aunque no por adonde fueron estos,
Sino por parte menos trabajosa:
Son amplisimos campos mal compuestos
De poca gente, y esa monstruosa;
Ríos que de su curso se despegan
Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,
Y las inundaciones y crecientes,
Inmensa suma es la del pescado
De géneros y modos diferentes,
En ciénegas, en charco represado,
En los manantiales y corrientes,
El cual, de mas de ser tan copioso,
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas,
Guabinas, armadillos, peje sano:
Si se secan algunas ceneguetas
Con los calores grandes del verano,
Acontece sacar entre las grietas
El indio cuanto quiere y el cristiano,
Hacen harina dél cuando se seca,
Sacan mil calabazos de manteca.

Hay también por aquestos des poblados
Y campos tan inmensos y vacios
Cantidad infinita de venados,
Los cuales son de dos ó tres natios:
Dantas y puercos tan multiplicados,
Que culren las riberas de los rios;
Hay tigres, osos, onzas y leones,
Cebados en aquestas ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estilos
Y de puerco la forma y ademanes;
Inmensa cantidad de cocodrilos,
A quien todos aca llaman caimanes;
Cuya ferocidad y bravos filos
Son causa de grandisimos desmanes,
Pues suelen devorar estas serpientes
Crecidísimo número de gentes.

Perseverando pues en sus porfias,
Ordás por Uyapar contra corriente,
Por sus riberas fué cincuenta dias,
Sin que pudiese ver cosa viviente;
Muy fatigadas ya sus compañías
Por no tener comida suficiente,
Hacia sus entradas por los lados;
Pero todos los vían des poblados.

E yendo caminando con el pio
De ver dó rehacer la gente llaca,
La boca descubrió de cierto río:
Bien frecuentada ya del arúaca:
Y así díz que le dijo: « señor mio,
Este río se llama Caranaca,
Si por aquí hicieres tu corrida,
Yo sé que hallarás gente vestida.

» Hallarás estendidas poblaciones
Con toda la grandeza que deseas:
Oro, piedras preciosas, ricos dones,
Muy lucidos ropajes y prescas;
Sus ejercicios son contrataciones,
Así ciudades como las aldeas;
Es gran provincia, próspera, pujante,
De sal y bastimentos abundante.»

En nada destas cosas que decimos
Quiso Diego de Ordás crear la guía;
Y los hombres antiguos que vivimos
Juzgamos por ventura que decía
Por este reino donde residimos,
Cuya fama muy largo se estendia,
Si acaso no contiene tan gran seno
Algun otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,
Y el espacio y lugar tan estendido,
Que será como dar al Oceano
Un término que fuese recogido;
Y así podría ser á cualquier mano
Otro mejor quedarnos escondido;
Pues, como tengo ya relacion hecha,
No deja de dudar esta sospecha.

Y en la postrera y última jornada
Que hizo por los llanos desta tierra
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
No sobrándole ya gente de guerra,
Vió por medio del llano prolongada
Con prolijos extremos una sierra,
Do mandó ir al capitán Soletó,
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya mas que terrible,
Se volvió desde el pié donde nacia,
Por no parecer cosa convenible
Meter la gente donde no sabia;
Mas á mi parecer es imposible
Aquella sierra tal estar vacia;
He yo comunicado con varones,
Que no están fuera destas opiniones.

Así que, no de balde le decía
Al Ordás el Taguato que siguiera
El río Caranaca, do se via
Mejor disposicion en la ribera;
Mas él no quiso por ninguna via,
Sino continuar otra carrera;
Y de perseverar en su costumbre
El indio recibia pesadumbre.

Y así, por divertir su fantasia,
Como quien lo tenia bien corrido,
Bumbun temereto lo decía:
Señalando de piedras gran ruido:
El bárbaro vocablo se entendia,
El propósito fué mal entendido,
Pues allí cada cual interpretaba
Segun aquel deseo que llevaba.

Porque decian muchos chapetones,
O señores, que dijo Taguato
Del gran ruido de las fundiciones,
La fuerza y el concurso del contrato:
Con las piedras martillan argollones,
Los golpes dellas suenan grande rato;
Es tal en labrar oro la porfia,
Que suena como grande herreria.

Mas Domingo Velazquez, que notaba
Lo que la guia dijo por entero,
Como sabio varon adivinaba
Cuál habia de ser el paradero;
Y por no dar pasion disimulaba,
No con simulacion de lisonjero,
Sino porque cumplia de presente
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya fulto,
No menos de salud que provisiones,
Vinieron á topar con cierto salto
De peñascos y grandes farallones;
Do caian las aguas de mas alto,
Y el ruido causaba confusiones,
Allí se conoció menos prolijo
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,
Cerca de no les dar las aguas uso,
Y la navegacion toda resuelta
En se hallar Ordás allí recluso:
Al fin determinó de dar la vuelta,
No menos perdidoso que confuso,
Y en breve tiempo, desde los raudales,
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,
La poca gente viva mal dispuesta;
De los amargos, aunque dulces puertos,
Procuró de sacar la que le resta;
Y para los salados mas abiertos
Con toda brevedad se hizo presta:
Y desde entonces, visto que cumplia,
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos
Hallar alguna tierra grandiosa,
Adonde podais dar repartimientos
Que sean de grandeza generosa;
Yo sé, señor, tan inclitos asentios,
Que con razon direis ser buena cosa,
Donde podeis fundar pueblos potentes,
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco
De prepotentes pueblos y lugares,
Desde la Trinidad á Cariaco,
Ni desde Cumaná hasta Tagares:
Chichiriviche, valle mas opaco,
Guantar, Maracapana con sus mares,
Y Neveri, Caycarantal, Atamo,
Provincia cada cual digna de amo.

» Hay Chacopato, hay Cumanagoto,
Piritú, las riveras del Unare,
Pues la fertilidad de Paragoto
Fáltame copia con que la declare:
Potente poblacion de Cherigoto,
Con todo lo que dicen Mompiare;
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,
Y aquella gran potencia de señores.

» El feroz y terrible Turperamo,
Y el invencible siempre Barutaima:
El gran Guaramental, el Guayacamo,
Canima, Guaigoto, con Pariaima:
Gotoguaney, Perinia, Periamo,
Querequerepe, Canaruma, Guaima,
Sin otros muchos desta circunstancia,
Con cercas de grandisima distancia.

» Aquellos dichos fuertes ó cercados
Tienen señeros para su defensa,
De grosísimos arboles plantados,
Donde la verde rama se condensa:
Unos después de otros ordenados,
Con mas vigor de lo que nadie piensa,
Pues aquel gran grosor que lleva hecho
Tiene de duracion prolijo trecho.

» Otros palenques hay mas estendidos
En muchos destes campos y zavanas,
No de plantas de árboles nacidos,
Como las otras cercas mas ancianas;
Sino de palos muy fortalecidos,
Y cada cual con dos ó tres andanas,
Con las cintas espesas de bejuco,
O corréosas yedras de arcabucos.

» Tienen las mas insignes poblaciones
En unas mesas llanas asentadas,
Debajo de los macos, ó mamones,
Plantados por hileras ordenadas,
Arboles de hermosas proporciones,
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;
Su vista da grandisimo contento,
Y el fruto dellos es de gran sustento.

» Por montes, por zavanas, por oteros,
Do quiera que sus pasos hombre guia,
Hierve la gente como hormigueros,
Tanto que no vereis cosa vacia:
Gentiles pescas, grandès cazaderos;
Tierra de bendicion, tierra sana;
Hay minas de oro, mantas, y hamacas
Desde Cojega hasta los Caracas.

» Por la costa de quien memoria hago,
Atravesando culmen y eminencia,
De la sierra que tiene nada vago,
Porque poblada es por escelencia,
Damos en Tacarigua, que es un lago
De siete leguas de circunferencia,
Con islas dentro, do los infieles
Tienen jardines, huertas y verjeles.

» Si quereis que sus nombres os declare,
Pues la memoria dellas no se escapa,
Son Patenemo y Aniquipotare,
Ariqubano, Guavos, Tapatapa;
Con otras, que si alguno les hollare,
Podria mejorar su pobre capa
Con el oro que tienen naturales
En joyas y preseas principales.

» Aquesta crecidisima distancia,
Poblada de cristianos, se haria
Un reino de grandisima sustancia,
Dispuesto para toda granjeria;
Páreceme negocio de importancia
Y digno de seguirse con porfia;
Si con sus circunstancias es acelo,
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,
Al Ordás dió grandisimo contento;
Y así sin responder cosa contraria,
En esto colocó su pensamiento:
Llegó con los navios pues á Paria;
Puso luego por orden el intento,
Sin quitar deste puerto todavia
La guarda de soldados que cumplia.

Estos soldados fueron fidedinos,
En las cosas de guerra muy añejos,
Prestos en los asaltos repentinos
A las agudas armas y consejos;
Y en este nuevo reino son vecinos
Algunos, aunque pocos é ya viejos,
Como Joan de Portillo, cabal hombre,
Joan Fuerte, mas en hecho que en nomb

Dispuestos todos pues á la carrera,
Procuró de enviar incontinentemente
Al capitán Alonso de Herrera,
A Diamaima, puerto, con la gente;
Y él quiso caminar por la ribera
Con pocos, que serian como veinte,
Para que todos ellos se embarcasen
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso
De cumplir fielmente su concierto;
Mas con fuerza de tiempo fortunoso
Nunca pudo tomar el dicho puerto:
Corrió la costa bajo desgustoso,
No hallando repáramo cubierto,
Que Cumaná, do hizo su parada,
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebía
Se llevaba de aquesta pertenencia ;
Y á causa de que cuando se cogía
El bárbaro hacia resistencia ;
Había fuerza ya , de que tenía
Andrés de Villacorta la tenencia ,
Y en esta fortaleza recogida
Gente de guarnición bien proveída.

Estando pues como de los cabellos ,
Deseando huir de sus aprietos ,
La gente del Ordás holgó de vellos
Para comunicalles sus secretos ;
Y así se rebelaron muchos dellos
Al Herrera, perdiendo los respetos ;
Finalmente , que no por buenos modos
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua
Que formaban los que se vian fuera
De los angostos barcos y del agua ,
No menos que forzados de galera ;
Prendió luego justicia de Cubagua
Al capitán Alonso de Herrera ;
Pero por ser bien querido de soldados ,
Soltáronlo, los ímpetus pasados.

Llegados á la playa deseada
Ordás con el consorcio diligente ,
Y conociendo todos que el armada
Arribó por aquel inconveniente ,
Con hoga de piraguas bien guiada
Luego fueron en busca de la gente ;
A Cumaná llegó, do saltó luego ,
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta via ,
Ni sosegar fiel de justo peso ,
Pero Ortiz de Matienzo, que regia ,
Lo hizo dañador, y hizo lesa :
El cual, por aquel orden que quería ,
A Castilla también lo llevó preso ,
Y así se perturbó su buen intento
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba
Cubagua, por aquellas pretensiones
De los muchos esclavos que sacaba
Destas grandes provincias y regiones ;
Y entonces y después abominaba
De quien tenía tales intenciones ;
Y como causa fué que se estorbaba ,
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte ,
Con tantas ocasiones de tristura ,
Enfermedad le dió de mal tan fuerte ,
Y de tan poco fruto fué la cura ,
Que le llegó la hora de la muerte ,
Donde tuvo la mar por sepultura ,
Y quien en aguas sepultó sin duelo ,
Para se sepultar no tuvo suelo.

Finé cortesano de gentil aviso ,
Y en todas buenas partes de belleza ;
Quien bien lo conoció dice que quiso
Esmerarse con él naturaleza :
Déle nuestro Señor su paraíso ,
Que es la cabal y cierta gentileza ,
Y el descanso de vida transitoria ,
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados
Hubo, como ya dije, gran mudanza ;
Pero los nobles mas aficionados
No dejaban de estar con esperanza ,
Que después de sus pleitos acabados
Había de volver con mas pujanza ,
Y como fidelísimos varones
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza
Muchos dellos á Paria se volvian
A sustentarla aquella fortaleza
Entre tanto que del Ordás sabian ;
Y muchos con trabajos y pobreza
Entre los de Cubagua residian ,
Entreteniéndose por su partido
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico ,
Llegó con gente bien aderezada
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico
Para perseverar en su jornada ,
Al Ordás publicando por ínico
Por la razon atrás conmemorada ,
Y á su devoción trajo brevemente
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido
Diciendo que el Ordás era ya muerto ,
Los unos lo tenían por fingido ,
Otros lo publicaban por muy cierto :
Al fin Sedeño fué bien recibido
De la mas noble gente deste puerto ,
Con los cuales pasó mas adelante ,
Y luego contaremos lo restante.

ELEGIA X.

Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.

CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razon sumaria
Pasándome por ellas por la posta ;
Mas ya parece cosa necesaria
Que de tres no la demos muy angosta :
Aquestas nos demoran acia Paria ,
Y en aquellos parajes de su costa ;
Destas la Trinidad es la primera ,
Y así será de de ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo
Y rencuentros en ella sucedidos
La santa Trinidad en quien bien creo
Alumbre con su lumbre mis sentidos :
Para que cante yo como deseo
Hazañas de varones escogidos ,
Las fértiles riberas desta tierra
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura
Gasté yo por allí mis ciertos años ,
Virtud será poner en escritura
Victorias de los nuestros , ó sus daños :
Comenzaremos pues por el altura
Y los que son allí sus aledaños ,
Para que por su parte se concorden
Mis versos, y procedan segun orden.

Está la Trinidad en ocho grados ,
La cual sabemos ser así llamada
De los tres altos montes y collados
Que la hicieron ser tan afamada ;
Golfo de Paria tiene por sus lados ,
Es de bocas del Drago rodeada ,
Y de Cubagua dista tal asiento
Cuarenta leguas mas a barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones
De muchos alimentos abundosa ,
Tiene zavasas, ríos, mar, ancones ,
Y en muchas partes selva montüosa :
Son grandes y estendidas poblaciones
De gente por extremo belicosa ;
Todos en general de buenos gestos ,
Altos, fornidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente
Compite con caribes inhuanos ,
De minas apariencia competente
Muestran así las sierras como llanos :
Es esta fértil isla finalmente
Buena para poblarse de cristianos ,
Contiene dos provincias singulares
Camucuaos y otros chaconares

La de Camucurao poseía
El diestro Baucunar, hombre valiente ;
Y á los de Chacomar también regia
Marüana, cacique prepotente :
Entre estos dos la isla se partía ,
Y entrambos la mandaban juntamente ;
Han hasta nuestros tiempos defendido
Los indios con gran fuerza su partido.

Siendo la isla tal cual os enseño
Y aquestos dos señores del estado,
No era la conquista para sueño
Sino para varon de gran cuidado ;
Y así por ser capaz vino Sedeño
Por su gobernador y adelantado ,
El cual antes de aquesto que publico
Fué contador real en Puerto-Rico.

Hombre pequeño fué , de buen talante ,
De grata condicion y generoso ;
Mas en su pretension tan gran gigante
Que tenia lo mas por poca cosa ;
Y así determinó pasar delante
Demandando conquista peligrosa,
La cual el rey le dió, porque sabia
Lo mucho que su fama prometia.

Despachos y poderes todos hechos
Con la conversacion á todos blanda ,
Incita voluntades, mueve pechos,
Para venir á esta su demanda :
Previénese de armas y pertrechos,
Congrega capitanes de su banda ,
Vinose recta via desde España
Para poner en Paria su compañía.

Puerto de Turpiare se decia,
Cuya gente de indios es tratable,
Con términos de noble hidalguía
Y á nuestros españoles amigable :
Hay á la Trinidad de travesía
Una legua, que es siempre navegable ;
Allí con la posible lijereza
Mandó hacer Sedeño fortaleza.

De gentes y pertrechos principales
En ella recogió lo conveniente,
Quedando por alcaide Joan Gonzalez ,
Un hombre para ello suficiente ;
Y con los marineros y otros tales
A Puerto-Rico fué derechamente,
Para ver sus haciendas y ganado
Y revolver mejor aderezado.

De la tierra de Paría ya nombrada
Después de ya Sedeño ser ausente ,
Llegó Diego de Ordás con un armada
De quien hemos tratado largamente :
Tomó la fortaleza pertrechada
Y la demás hacienda con la gente ;
De aquí nacieron bandos impacientes
Entre estos capitanes y sus gentes.

Después de mucho tiempo ya pasado
Y trastornadas tierras y naciones ,
Al don Diego de Ordás ir fué forzado
A Cubagua con ciertas pretensiones :
Y apenas á la tierra fué llegado
Cuando le ponen ásperas prisiones :
Haciéndole probanzas y procesos
Segun pintar quisieron los escosos.

Ser Sedeño la trama deste lienzo
No lo temía yo por maravilla,
Por ser amigos desde su comienzo
Él y los moradores desta villa.
Prendióle Pedro Ortiz el de Matienzo ,
Y él mismo lo llevó hasta Castilla ;
Mas antes de llegar al primer puerto
Echaron al Ordás en la mar muerto.

Preso Diego de Ordás, Sedeño vino
Sin esperar á mas inconvenientes ,
Y su venida fué cuando convino
Por faltar tropezones diferentes :
Hizo por Margarita su camino ,
Do recogió soldados excelentes,
Arando va las inquietas aguas
Con ciertas carabelas y piragüas.

Hecha por el armada ya su via
Una piragua queda rezagada ,
Aviada por Pedro de Alegria
Con gente valerosa y esforzada ;
La cual con el olaje que hacia
Fué de las bravas ondas anegada ,
Y de la cantidad de los soldados
Los nueve sumergidos y ahogados.

Martin Yañez Tatur por menos daño
Asióse luego bien de la piragua ,
Nadaba por allí Joan de Avendaño ,
Martin Lopez batalla con el agua :
Viase Peñalver en el engaño
Con otros seis ó siete de Cubagua ;
Salieron con la fuerza de sus brazos ,
Ya de cansados hechos mil pealzos.

O por el arenal ó tierra dura ,
Se tienden de cansados y molidos ,
Llorando cada cual su desventura
Por verse sin reparo de vestidos ;
Pero de suficiente vestidura
En breve tiempo fueron socorridos ,
Y sin tener cabal malolaje
Tornaron otra vez á su viaje.

Remedian y reparan la piragua
Los dias que estuvieron descansando ,
Y á vista de la isla de Cubagua
A tierra firme van atravesando :
Entrábanseles grandes golpes de agua
Que sin intermision van jamurando ,
Y con aquel peligro descubierto
Fué Dios servido que tomasen puerto.

Varada la piragua y en Opaco
El Tatur y Avendaño deste cuento
Determinaron ir á Cariaco
Para buscar algun mantenimiento ;
Mas cierto Villagrán, peor que Caco,
Con otros que le van en seguimiento ,
Dieron con los restantes que dormian ,
Quitándoles lo poco que tenían.

Porque, segun dijimos, estas gentes
Que fueron por allí moro sin dueño ,
Eran parcialidades diferentes,
Hnos de Ordás, y otros de Sedeño ;
Y así sin mas mirar inconvenientes
Se robanan despiertos, ó con sueño ,
Teniendo los peones y jinetes
Cada dia trescientos repiquetes.

Venidos el Tatur y el Avendaño,
Con los otros hicieron sentimiento ,
Por haber recebido tanto daño
En tiempo de tan grande corrimiento ;
Y así movidos de furor extraño
Tras el Villagrán fueron al momento ,
Porque para cogellos con el lance
No sufría tardar en el alcance.

En todas cosas nada negligentes
En busca dellos van y del armada ,
Y estando los que buscan della absentes
Hallaron la piragua descada ,
Cargada de pertrechos suficientes
Y de mantenimientos abastada ;
Mitigaron la hambre y el enojo
Con tomar mejorado su despojo.

Satisfacer la hambre temeraria
Tenian por allí por bien supremo ,
Y al Villagrán y á todos los de Paria
Pesóles del negocio por estremo :
Tras ellos mandan ir gente contraria
Porque los ven pasar á vela y remo ,
Estotros por huir su perdimiento
Ganaron por sudor el barlovento.

Secyendo pues la barca perseguida
De la gente de Paría ya nombrada ,
Vieron los que huian su guardia ,
Que fueron los navios del armada :
Sedeño se holgó con su venida ,
Pesóle de la nueva desgraciada ,
Y los demás trabajos y desvanes
Destos dos principales capitanes.

Dentro de su navío los encierra,
Y allí les hizo dar buena merienda,
Alistan los pertrechos de la guerra
Por ir donde no hay quien mal se venda;
Llegados á la isla toman tierra,
Y nadie se halló que la defienda,
Mas no por esto tal Sedeño quiso
Que punto se viniese sin aviso.

El campo se veló de buena gana
Estando cada cual apercebido;
Mas luego como vino la mañana
Oyóse de cornetas gran ruido,
Y gente que cubría la zavana
Con temerosa grita y alarido:
Con tanta furia vienen escuadrones
Que tiemblan los mas fuertes corazones.

Como leones fieros van bramando
Contra los peregrinos navegantes,
Vianse los plumajes ondeando
Y aquellas estaturas de gigantes:
Aguilas en los pechos relumbrando
Que de riqueza muestras son bastantes,
Los arcos entesados á los pechos
Camino de los nuestros van derechos.

Como los vió venir acia la playa
Y descender al llano de la sierra,
Comienza de decir un atalaya:
«Arma, arma, que gentes hay de guerra;
Y aun es bien menester que esfuerzo haya,
Pues viene sobre nos toda la tierra.»
Causaron estas voces alboroto,
Y no de confusiones muy remoto.

El Antonio Sedeño diligente,
El alboroto viendo repentino,
Vistióse de sus armas prestamente
Sin priesa que causase desatino:
Formó los escuadrones de su gente
Segun le pareció que mas convino,
Sacólos á la gente que venia,
E yendo caminando les decia:

«Señores, estos indios yo sospecho
Que nos vienen á dar tiento de cuenta,
Y tengo por concluso nuestro hecho,
Si desta vez salimos sin afrenta:
Por tanto, cada cual muestre su pecho
Ajeno del temor desta tormenta,
Pues que todos sabemos á la clara
La furia de los indios en qué para.»

Otras animosísimas razones
El Antonio Sedeño les hablaba,
Con que los mas cobardes corazones
A hechos valerosos levantaba;
También regían estos escuadrones
Martín Yañez Tafur, Suero de Nava,
Peñalver, Martín Lopez y Tinoco,
Y aquel Pero Fernandez el tococo.

No tienen arcabuces los cristianos,
Y falta la carrera del jinete;
Pero viéndose ya todos cercanos
Cada cual de las partes arremete:
Lléganse piés á piés, manos á manos,
Este y aquel victoria se promete,
Disparan la potente flechería,
Con grita que la isla se hunda.

Las españolas manos prevenidas
Comienzan á herir de las espadas,
Una vida vendiendo por cien vidas
Con grandes y terribles cuchilladas:
Las ropas en la sangre van teñidas,
Las manos ansimismo rubricadas;
Mas tantos naturales son venidos,
Que no hacian mella los caídos.

Así como furor del avenida
Fuera del curso viejo derramada,
Que lleva gran madera recogida
De las riberas verdes despegada;
Y aquella furia grande concluida
Aqui y allí la veis amontonada,
Dejando con horrujas algun vado
O paso con los troncos ocupado:

Así por los caminos mas abiertos,
O do solia ser mas ancha plaza,
Estaba tal rimero de hombres muertos.
Que los guerreros vivos embaraza;
Encima dellos andan bien espertos
Los arcos, las macanas y la maza,
De tal manera ya, que los soldados
No se pueden mover de fatigados.

Mas el Martín Tafur y el Avendaño,
Con otros cuya fuerza fué notoria,
Hacian por su parte tanto daño,
Que por allí cantaban la victoria;
Mas acudiendo con furor extraño
Quitóles Baucunar aquella gloria,
El cual hizo con muchos indios diestros
Perder sus vencimientos á los nuestros.

Un poco desviado dél empieza
Con sus cuadrillas á probar la mano
Un hermoso gandul que en breve pieza
Lo de mayor defensa hizo llano:
Con diadema de oro la cabeza,
Cuyo golpe no deja hueso sano,
Esforzado se muestra y eminente,
Y siguelo gran número de gente.

Con el avilantez desta presencia
Mostraron mas en claro su concepto,
Haciendo mas pesada la pendencia,
Poniendo mas temor al mas discreto;
Hízose la posible resistencia
Por los que se veian en aprieto;
Y estos, viendo del indio los extremos,
Decian: este cumple que matemos.

Uno, teniendo pues certeza rara,
Previno de ballesta los pertrechos,
Al fin de derribar al que no para
De matar y hacer heroicos hechos:
Y fué Joan Sanchez, que con una jara,
Lo traspasó por medio de los pechos:
El indio capitán en aquel punto
Cayó con los demás allí difunto.

Aqueste de la vida despedido
No fueron estas gentes tan molestas,
Antes cesó la grita y alarido,
Y el eco de los valles y florestas;
Echaron luego mano del caído,
Y á portía lo llevan á sus cuevas:
Tal pena desta muerte recibieron,
Que dejaron los nuestros, y se fueron.

Un contino llorar, un gran ahinco
Al claro percibian los oídos,
Y al sentimiento dellos es propinco
El mal con que los nuestros son punidos;
Pues eran dellos muertos veinte y cinco
Con otros mas de treinta mal heridos,
Y de mas mal Sedeño les escusa
Pensando ser la guerra ya conclusa.

Entendióse que del furor malino
Aquel rebato fuera lo postrero;
Pero contrario desto les avino
A causa del difunto caballero:
El cual de Baucunar era sobrino,
Y de sus tierras todas heredero,
Y así juró durar en sus rigores
Hasta sacrificar los matadores.

El campo de los nuestros recogido,
Sedeño les habló con gran cordura,
Velóse de la fuerza del vencido
Por no tener la suya por segura;
Curáronse las llagas del herido,
Al muerto dió terrena sepultura,
Tuvieron cuantos son en el estancia
Toda la noche grande vigilancia.

No daba resplandor el turbio cielo
A los que por allí vela hacian,
Y así cualquier ruido pequenuelo
Pensaban ser los indios que venian:
Unos y otros duermen con recelo,
Aunque más cierto es que no dormian,
Y no fueron de balde los temores,
Segun diré después á mis lectores.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo los indios revolviéron, y á los nuestros les fué forzado dejar la isla.

El radiante Febo presuroso
Dejaba ya las ondas de Oceano,
Despiden soporífero reposo
Los soñolientos ojos del humano;
El corvo labrador y congoso
A su justa labor vuelve la mano,
Y todos los indios escuadrones
Acuden á sus altas pretensiones.

Cada cual dellas iba bien armado
Deste crecido número de gente,
Pintáronse de negro y colorado
Desde los bajos piés hasta la frente:
El que es de todos mas acobardado
Pudiera ser tenido por valiente;
Y el fuerte Baucunar que los regia
Dicen que les habló por esta vía:

«Antes que deste puesto nos partamos,
Soldados valerosos y hombres diestros,
Aqui estos sucesos que esperamos
Los dioses no permitan ser siniestros:
Es menester mirar á lo que vamos,
Y cuáles enemigos son los nuestros;
Pues el acometer sin este peso
Parecería ser falta de seso.

» Tambien será razon consideremos,
Antes de efetuár nuestra partida,
Los respetos por donde nos movemos
A nos poner en riesgo de la vida:
Que bien sucederá si los vencemos,
Ó que mal si volvemos de vencida,
Pues todas estas consideraciones
Avivan los mas muertos corazones.

» Entended pues que vamos á la guerra,
Y no por pasatiempos ni placeres,
Sino para morir por nuestra tierra
Defendiendo los hijos y mujeres;
Y para no huir de sierra en sierra
Por no cumplir ajenos pareceres,
Sobresaltados, flacos, sin consuelo
Por cama principal el duro suelo;

» Y porque no murais en granjerías,
Que solo las pensar da grave pena,
Trabajando las noches y los dias
Con sujecion de todo bien ajena:
Do las mas descansadas pasadías
Serán cepos y grillos y cadenas,
Como sabeis muy bien los que por agua
Huisteis algun tiempo de Cubagua.

» Demás desto debeis de parar mientes
A las cosas de nuevo sucedidas
En padres, deudos, hijos y parientes
Que perdieron ayer sus dulces vidas:
Veis huérfanos los niños inocentes,
Viudas mil mujeres y perdidas,
Oís lloros, sollozos y gemidos
Que hieren y lastiman los oidos.

» Por semejante modo yo queria,
Que estas cosas así consideradas,
Considerádeses la valentía
Destas vellosas gentes y barbadas,
Cuán lejos de piedad y cobardía
Ejecutan los golpes sus espadas,
Para que quien temor tuviere dellas
Procure desde luego de no velas.

» Quien mal sintiere destes pareceres.
Y contra voluntad aqui se halla,
Imaginando que de sus placeres
Hoy podría quedarse del agalla,
Sirva de lo que sirven las mujeres,
Y no procuren ir á la batalla,
Pues si por muchos hemos de ser menos,
Mejor será llevar pocos y buenos.»

Un indezuelo dellos, como suele,
Teniendo las palabras por amargas,
Dijo: «ninguno siento que recele
Esta ferocidad de barbas largas:
Pues con las que yo solo les repele
Entiendo de hacer un par de cargas,
Haremos cuenta ser magüey, que saca
Un indio para hicos de hamaca.»

La vana hinchazon anda barata,
La cual por uno y otro se derrama,
Y á la resolucion de que se trata
Es vil aquel que mete menos llama:
Cada cual dellos echa la bravata
Como galán delante de su dama,
Al que mas mozo es y al menos loco
El mundo todo le parece poco.

Porque ni son primeros ni postreros
En padecer los mismos accidentes:
Iguales eran todos en los fieros,
Y en presuncion y punto de valientes:
Partieron pues de solos los arqueros
Dos mil aventajados combatientes
Contra los españoles, cuya cuenta
Eran ciento con mas otros cincuenta.

Vista de Baucunar la grave saña,
Con que su gente va contra la nuestra,
No consintió salir á la campaña
El golpe todo desta gente diestra:
Antes metió los mil en la montaña,
Y de los otros mil hizo la muestra,
Mandándoles que queden embarcados,
Y salgan cuando fueren avisados.

Con este presupuesto se desvia
Estimulado de furor terrible;
Tenian españoles un espía
Que en dar aviso hizo lo posible:
Sedeño recogió su compañía,
Poniéndola por orden conveniente;
Los indios, conociendo ser sentidos,
Dieron acostumbrados alaridos.

Aunque vieron el campo bien armado
Con muestra de temores alcabueta,
No hay tigre ni leon encarnizado
Que con tan grandes furias arremeta:
El indio de temores olvidado,
El español á miedo se sujeta,
El impetu fué tal y tan constante,
Que todo lo llevaba por delante.

Como pluvia que baja de ladera,
Causada de grandísima creciente,
Que roba cuanto tiene la ribera,
Y arranca los peñascos juntamente,
Aqui va derribando la acera,
Y por allí la mas segura puente,
Causando tal temor á los humanos,
Que les fallecen fuerzas, piés y manos:

Así fué nuestra gente rebatida
En el primer rigor destas contiendas,
La fuerza del estancia va rompida,
Derribados los toldos y las tiendas:
El esperanza ya casi perdida
Con sus petrechos, ropas y haciendas,
Y algunos, compelidos del encuentro,
Entraban por allí la mar adentro.

A voces el Sedeño les decia:
«Furia de indios es, conmitones,
Que como flaca llama se resfria
Si hay ardor en nuestros corazones;
Pero si flojedad y cobardía,
Son mucho mas que tigres y leones,
Y llevan, como es cosa notoria,
Hasta lo mas extremo la victoria.

» Encomendaos á Dios como cristianos,
Y crie sus furoros impaciencia,
Porque para quedar vivos y sanos
Es menester briosa diligencia:
Confiado de Dios y de las manos,
Haciendo la posible resistencia,
Pues contra los que corren tan sin freno
No conviene temellas en el seno.»

Al túbio corazón fueron espuelas
Estas palabras y otras esforzadas:
Embrazan los escudos y rodelas,
Esgrimense las armas aliadas:
Furor y saña van á todas velas,
Teñidas andan todas las espadas,
Los mas flojos andaban diligentes,
Que el miedo y el temor hace valientes.

La furia de los indios los aprieta,
Y los indios son dellos apretados,
Tanto que mucha parte se quieta
Por ver aquí y allí despedazados;
Mas Baucunar, tocando su corneta,
Salieron los que estaban emboscados,
Con tal y tan cruel arremetida,
Que fueron muchos nuestros sin la vida.

Renuévase la grita y alaridos
Con la que de refresco les venia,
Los nuestros de temor son poscuidos,
Y cada cual al mar se retraia;
Mas viendo que los llevan ya vencidos
Martín Yañez Tafur los detenia,
Remediaban también estos desmanes
Joan Avendaño y otros capitanes.

Estos, como varones singulares,
Sin dar lugar á revolver la frente,
Buscando los mas cómodos lugares
Donde mejor valerse desta gente,
Tomaron por respaldo los manglares,
Y allí se refirmaron fuertemente,
Y á causa de las grandes espesuras
Tenian las espaldas mas seguras.

Con mas seguridad se defendian,
Y flacos y heridos amparaban,
Pues entre tanto que unos competian,
Los otros algun tanto descansaban;
Y los de los navios que esto vian
Los tiros que tenian disparaban,
El daño de los cuales no fué tanto,
Que sirviese de mas que gran espanto.

Mas aunque les causaban desatino
Aquellas balas algo peligrosas,
El bravo pelear era continuo,
Y no cesaban furias belicosas,
Hasta que ya la noche sobrevino.
Haciendo por allí treguas forzosas;
Así que les sirvió lo mas oscuro
A nuestros españoles de seguro.

Por no ser de los indios pensamiento
De pelear allí con escurana,
Se despidieron todos con intento
De luego revolver por la mañana;
Mas era diferente sentimiento
El de toda la gente castellana,
Porque de sus difuntos hecha cuenta,
Hallaron ser arriba de cincuenta.

Tomaron pues consejo cuerdamente
Diciendo ser inútil esperanza
Querer sobrepujar tan poca gente
Caciques de tan áspera pujanza;
Y como tiempo vieron competente
Salieron del lugar de la matanza,
Y así sus marineros convocados
En breve tiempo fueron embarcados.

Todos amedrentados de la rota,
Aunque cubiertos de nocturno manto,
A tierra firme llevan su derrota,
Al puerto que se dice Puerto-Santo;
Dentro del cual surgió la breve flota
No libre de heridas ni de espanto,
Mas voluntad de todos bien ayuna
De volver tentar á la fortuna.

Al Antonio Sedeño todavía
Ningun contraste destes embaraza,
Ni deja reposar su fantasia
Por dar á la jornada mejor traza;
Antojándosele que con porfia
Se suele muchas veces matar caza,
Y no parecer bien en paz ó guerra
Dejarse de poblar aquella tierra.

Viendo que remediar aqueste daño
Agora no podia fácilmente,
Ordenó que el Tafur y el Avendaño
Volviesen á San Joan á hacer gente;
Quedándose él con el demas rebaño
Á los tales designos impaciente,
Pues los enfermos y aun la gente suella
Quisieron con aquestos dar la vuelta.

Con el Joan de Avendaño referido
Se partió quien él quiso que partiese,
Y con la mas gente detenido
Guardó la pretension de su interese;
En mil vacilaciones divertido
Sin atinar á cosa que cumpliese,
Hasta tanto que dió, no como ciego,
En una cosa que diremos luego.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta cómo Antonio Sedeño salió de Puerto-Santo y fue á Paria, donde se concertó con Alonso de Herrera y Agustín Delgado, y revolió sobre la isla Trinidad; y lo que le aconteció.

Mudan el parecer sabios varones
Y dan la vuelta muchas voluntades,
Y suelen á los fuertes corazones
Domar y domeñar necesidades:
También los bien medidos en razones
Acaban importantes amistades;
Pues la palabra blanda nos concede
Lo que la dura pocas veces puede.

Sedeño fué negocio manifiesto
Estar en estas cosas advertido,
Al cual le convenia hacer esto
Para restauracion de su partido;
Y dél se conoció tal presupuesto
En lo que hizo viéndose perdido,
Que fué sagacidad de su cosecha
Que para sus designos aprovecha.

Sabia residir en esta era
En Turpiar atrás conmemorado,
El capitán Alonso de Herrera,
Varon en mil conquistas señalado:
Era de los de Ordás, y en su bandera
Mandaba buenos Agustín Delgado,
En quien podré decirnos que cabia
Urbanidad, valor y valentia.

Sedeño destes trances bien esperto,
Conociendo ser cosa necesaria,
Quiso hacer con estos su concierto,
Aunque parcialidad era contraria:
Dejó por estas causas este puerto,
Y fué con los navios al de Paria,
Adonde sin haber desembarcado
Reconocieron ir desbaratado.

Estando pues aquestos en espera,
Y no sin el reguardo conviniente,
Tomaron los navios la ribera,
Saltó luego Sedeño con la gente;
El Agustín Delgado y el Herrera
Allí lo recibieron blandamente,
El parabién le dan del bien venido
Y el pésame del daño recibido.

Luego con cortesano cumplimiento
Y con respeto grande fué metido
Adonde le tenían aposento
Segun sus fuerzas pobres prevenido;
Y de su no cabal mantenimiento
Con sana voluntad bien proveido,
Donde todos los dias le servian
Con aquellos regalos que podian.

El con encarecidos cumplimientos
Agradecia tales amistades,
Y con obras, facecias, bellos cuentos
Iba ganándoles las voluntades;
Teniales á todos muy contentos
Con palabras y liberalidades,
Por ser de buenas partes una fuente,
Gracioso, liberal y hombre valiente.

Estando pues con esta compañía
 Autorizando bien conversaciones,
 Alababa la tierra do venía
 Por levantar caídos corazones;
 Y á vueltas de otras cosas descubría
 Sus altas y honrosas pretensiones,
 Y al capitán Alonso de Herrera
 Dicen que le habló desta manera :

« Algunos de los desta camarada
 Me tocan con los labios el oído,
 Diciendo que volveis á la jornada
 De do Diego de Ordás vino perdido;
 Por alguna razón tan mal fundada
 Que sobra ya de yerro conocido,
 Porque de secos árboles y enjutos
 Mal se pueden coger hojas ni frutos.

» Ya no sabéis quién es el Uyapare,
 Pues que fuistes por él largo viaje,
 Y como no hallastes quien declare,
 Noticias de seguir en el paraje,
 Ni población bastante que repare
 La gente con algun matalotaje,
 Sino campos prolijos y muy anchos
 Y pocos moradores y sin ranchos.

» Sabéis bien los trabajos que pasastes
 De toda quietud enajenados;
 Sabéis lo muchos hombres que dejastes
 De enfermedad y hambre traspasados;
 Y veis que los poquitos que quedastes
 Aun hoy estais tullidos y llagados,
 Pues no sé yo quién anda tan de veras
 Romería que da tales veneras.

» Si pretendéis honores soberanos
 Con tierra rica, sana y abastada,
 Empresa de los hombres vaquianos
 Y no de pocos hombres deseada,
 Tal cierto la tenemos entre manos,
 Que no puede ser mas acomodada,
 Y aquella llamo yo buena conquista
 Que tiene sus grandezas á la vista.

» Pues si para moveros es bastante
 El interese ya de cosa cierta,
 ¿ De qué sirve pasar mas adelante
 Teniendo las riquezas á la puerta?
 Y mas en coyuntura semejante
 Que para mucho bien tenéis abierta,
 Sin andar engolfados los deseos
 En otros circuitos y rodeos.

» A vuestra lealtad echais el sello,
 Pero tenéisla con quien sé de cierto
 Que podeis descuidaros de no vello
 Para siempre jamás en este puerto:
 Pues tengo cartas yo de Joan Cabello
 Y de Niebla, que dicen ya ser muerto;
 Y así vuestra jornada es tan incierta
 Cuanto sin muerte dél estaba muerta.

» La mía ya la veis mas á la mano
 Y sé que no será de las peores,
 Es su gobernador un hombre llano
 Fuera de vaciadizos pundoneros:
 Tiene socorro siempre muy cercano
 Para poder llamar conquistadores,
 Pues de las islas todas brevemente
 Puede venir gran número de gente.

» Sé que no seguirá vano partido.
 Cualquiera que de mí se satisfice,
 Ni debe recelar algun olvido
 En gratificación quien me complace;
 Pues nunca supe ser desconocido
 A la merced y bien que se me hace:
 Sufrid que mis costumbres os alabe
 Pues cada cual de vos muy bien la sabe.

» Pues que de lo que digo que hacia
 Alguna vez he dado clara muestra,
 Agora tanto mas y mas sería
 Cuanto mas la fortuna fuese diestra;
 Y pues tal voluntad es esta mía,
 Deseo conocer cuál es la vuestra;
 Porque si con amor esta se cobra
 Volveremos las manos á la obra.»

Oidas las palabras referidas
 Y aquellos cumplimientos cortesanos,
 Herrera con palabras comedidas
 En nombre de sus hombres vaquianos
 Dijo : « por las mercedes ofrecidas
 Besamos vuestras muy ilustres manos,
 Y ese decir y obrar tan manifiesto
 En obligación grande nos ha puesto.

» Y es así que tenemos todos gana
 De reiterar nuestro descubrimiento;
 Es dura pretension, mas no tan vana
 Que no tenga su cierto fundamento;
 Pues las cosas que dicen de Guayana
 Avivan y confirman tal intento,
 Y así no me parece ser discreto
 Quien no quiere saber este secreto.

» Y no descomponrá nuestro partido
 Lo que vuestra merced aquí decía,
 El don Diego de Ordás ser fallecido,
 Pues al gobierno mismo que él tenia
 Jerónimo de Ortal fué provido,
 Y viene con potente compañía,
 Teniéndome, según soy informado,
 Por maese de campo señalado.

» Y así sin perjuicio de tercetos
 Y el amistad ya dicha reservada,
 Yo quiero con aquestos caballeros
 Ir con vuestra merced esta jornada;
 Pero si llegan nuestros compañeros
 Hémonos de juntar con el armada:
 La puerta para ello se nos abra,
 Pues para mas no doy esta palabra.»

Sedeño lo abrazó, y encarecía
 Su bondad y respuesta comediada,
 Y por los medios que mejor podia
 El orden le encargó de la partida:
 Reconociendo ser la compañía
 De sus ofrecimientos convencida;
 Luego Herrera como mas esperto
 Mandó poner las cosas en concierto.

» A sus gentes mandó hacerse prestas,
 Aderezar las armas olvidadas,
 Hacer tiros y cuerdas de balistas,
 Limpiarse y afilarse las espadas,
 Dar orden en poner trénnulas crestas
 En cascos, morriones y celadas,
 Como poner los sayos estofados
 Y los otros pertrechos mas usados.

Recoge los navios que tenia,
 Manda limpiarlos, vellos y lastrallos,
 Despalmanlos con sebo, y otro día
 Embarcan el bagaje y los caballos;
 Recógese también la compañía
 De los que en guerras tienen hechos callos,
 Y para perfecciones del intento
 Las velas todas dan al manso viento.

A la isla la proa se convierte,
 Y como fuese breve la carrera,
 Llegaron en dos horas desta suerte
 Hasta poder saltar en la ribera;
 Y para se valer en algun fuerte
 Comienzan luego de cortar madera:
 Sonaban por el valle á todas horas
 Los golpes de las hachas cortadoras.

Mas todos recelando los asaltos
 Las armas y las manos tienen prestas,
 Y así de diligencia nada faltos
 Unos velan caminos de florestas,
 Otros derriban los troncos altos,
 Otros los acarrear á sus cuevas,
 Otros cavan el foso señalado,
 Otros ponen los palos del cercado.

Andaban con aquel calor y brio
 Que suelen los alados animales,
 Cuando por las mañanas del estío
 Recogen olorosos materiales,
 Y entienden en la obra y adobio
 De los dulces y pálidos panales,
 O hacen la morada que les basta
 Para los multiplicos de su casta.

Al tiempo pues que el fuerte se hacia
Con otras necesarias prevenciones,
Entre los indios príncipes habia
Diversas y contrarias opiniones :
Que el fuerte Baucunar guerra queria,
Y armaba sus guerreros escuadrones ;
Y el grave Maruaná, príncipe manso ,
Procura quietud , paz y descanso .

Y así muchos villanos convocados ,
Cargólos bien de dones y presentes ,
De puercos , de conejos , de venados ,
De cazabís y frutas diferentes ;
E yendo con él pocos desarmados
Llegaron donde estaban nuestras gentes ,
Que viéndolos las armas prevenian
Hasta ver los intentos que traian .

Llegado Maruaná do deseaba
Con pensamientos buenos y leales ,
Procuró conocer al que mandaba
Haciendo sus preguntas por señales ;
Llamaron una lengua que allí estaba
Soldados y personas principales ,
Y con un regocijo no pequeño
Llevaronlo delante del Sedeño .

Con muestra de sinceras voluntades
El bárbaro le hizo reverencia ,
Y dijo : « puesto que mis potestades
Pueden hacer bastante resistencia ,
Mas quiero con vosotros amistades
Que procurar sangrienta competencia ;
Y serán sin reverses de mal arte
Si hay sinceridad de vuestra parte .

» De aquestas amistades arrepiso
Nunca seras por mí ni por mi gente ,
Pero querría darte por aviso
Que hay otro de concepto diferente ;
Y es este Baucunar, que paz no quiso
Confiado de sí por ser valiente ;
El contra las fuerzas de cristianos
Quiere con gran furor probar las manos . »

Viendo Sedeño tales cumplimientos ,
Avisos y promesa tan urbana ,
Manifestó por señas su contento
Abrazándolo muy de buena gana :
Dióle de sus polidos ornamentos
De lienzos y de sedas y de grana ,
Dióle regalos , vino de Castilla ,
El cual él alabó por maravilla .

A todos los demás indios convida,
Y á todos se les hizo grande fiesta ,
E ya conclusa toda la comida
Y los calores grandes de la fiesta ,
Pidió licencia para su partida ,
La cual á su contento tuvo presta ,
Dándole por postreras encomiendas
Que Baucunar se deje de contiendas .

Paz le rogaron todos que concierte
Con él y con el mas alborotado ;
Oyólo Maruaná de buena suerte
Prometiéndole tener dello cuidado ;
Pero Sedeño prosiguió su suerte
Por el orden que tiene señalado ,
Porque de lo pasado coligia
Que Baucunar se deje de contiendas .

En estas coyunturas y sazones ,
Y al tiempo de pasar esta carrera ,
No faltaban algunos susurrones ,
Pestilencia mortal , cruel y fiera ,
Que sembraban enojos y pasiones
Entre nuestro Sedeño y el Herrera ,
Diciendo que quería ciertamente
Matallo y acogerse con la gente .

Mas el varon , á cuyo llamamiento
Acude sujecion de mucha gente ,
Ha de tener razon y fundamento
Y no determinarse fácilmente ;
Porque de se mover á cualquier viento
Suele nacer algun inconveniente ,
Y vivan tales hombres advertidos
En no dar sin reguardo los oidos .

Sedeño no miró con mucho peso
Aquesta chismeria mal sonante ,
Y pareciale falta de seso
Descuidarse de cosa semejante ;
Al fin por sí ó por no lo tuvo preso
Con guarda que juzgaba ser bastante ;
Pero cesen aquestos desafueros ,
Que yo diré después sus paraderos .

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta cómo Baucunar hizo llamamiento de capitanes para ir con gran pujanza sobre Antonio Sedeño , y lo que mas aconteció .

Muchas veces ó por la mayor parte
Adquiere la victoria la presteza ,
Que el arte militar y duro Marte
No sufre negligencia ni pereza ;
Menean indios pues el estandarte
Viendo que se hacia fortaleza ,
Por deshacer en esta coyuntura
Lo que por los contrarios se procura .

Así que cuando fuerte se hacia
Y la paz de los nuestros se destierra ,
Baucunar el valiente no dormia ,
Apercibiéndose para la guerra :
Antes toda su gente recogia
Convocando los llanos y la sierra ,
No queriendo quebrar su furia brava ,
Puesto que Maruaná se lo rogaba .

Comienza de tocar sus atambores ,
Con otros instrumentos que tenia ,
Envia pregoneros corredores
Por todas las provincias que regia ;
Acuden capitanes y señores ,
Cada cual con la gente que podia ,
Trajo Guyma trescientos compañeros
Valientes , esforzados y hijos .

Vino también el diestro Pamacoa ,
Y trajo de su parte cuatrocientos ,
Espertos en piragua y en canoa ,
En guerras de caribes muy sangrientos :
También Diamaná , digno de loa
Por traer diferentes instrumentos ,
Aqueste recogió de entre sus gentes
Otros tantos instrutos y valientes .

Utuyaney , de grandes proporciones ,
En recoger soldados se desvela ,
Y trajo demás de otras municiones
Trescientos cada cual con su rodela ;
Amanatey con otros cien varones
Instrutos bien en militar escuela ;
Vino Paraguani con otros ciento ,
Sin otros capitanes que no cuento .

Pudieras ver aquellos campos anchos
Y aquellas fertilísimas zavasas
Pobladas de ramadas y de ranchos ,
Invencciones de plumas muy galanas ;
Dardos con sus avientos ó con ganchos ,
Rodelas , arcos , flechas y macanas ,
Pintados rostros , pechos , coyunturas
Con grandes diferencias de pinturas .

Libres están de la pomposa ropa
Y de cubiertas duras el acero ,
Do quiera que mireis allí se topa
Macato , chicha , vino mas grosero :
Uno toma tabaco y otro yopa
Para poder saber lo venidero ;
Estaban plazas , calles y caminos
Llenos de hechiceros y adivinos .

Fenecidos aquestos actos tales
Y dado fin á tanta borrachera ,
Hicieron ciertas muestras y señales
Con que se sosegó la gente fiera ;
El Baucunar llamó los principales ,
Y á todos los habló desta manera ,
Con alta voz y tales movimientos
Que todos estuvieron muy atentos :

« Pues que todos estais tan bien armados
Y de lo necesario proveidos,
Está claro que ya sois avisados
Del fin para que sois aquí venidos :
Pues es á defender vuestros estados
Y las tierras adonde sois nacidos,
Nuestras mujeres, hijos y parientes
Con las cosas á esto concernientes.

» Cosa de donde daños ó provechos
Podrían redundar á nuestra gente,
Todos debeis de la tomar á pechos,
No con temeridad ni flojamente :
Para tal tiempo son los altos hechos,
Los tiros y los golpes del valiente,
Grandezas y hazañas señaladas,
Los engaños, ardidés y celadas.

» Vuelve nuestro contrario con aumento
De gente que teneis bien en memoria,
Y está claro que vuelve con intento
De morir ó quedar con la victoria ;
Pues para reposar trazan asiento
Como si fuese ya suya la gloria,
Sin temores de nuestros hombres buenos
Que della los podrán hacer ajenos.

» Paréceles la isla cosa bella,
Y á su deseo hinche la medida ;
Ellos han de morir por poseella
Y no hacer baldía su venida ;
Mas á nosotros por echillos della
Conviene sin temor perder la vida ;
Pues una vez morir mejor sería
Que morir cien mil veces cada día.

» Que si sois avisados y discretos
Entendereis que quieren muy de veras
Hacernos sus esclavos y sujetos
Para que les hagamos sementeras,
Y á los que no les fuéremos acetos
Sacarnos destas fértiles riberas,
Llevándonos en grillos y cadenas
Por mar á conocer tierras ajenas.

» En sus heredamientos y cortijos
Morireis con trabajos inhumanos,
Apartados los padres de los hijos,
Hermanos de carisimos hermanos :
No cesarán rencillas ni lelijos,
Si descansar quisieren vuestras manos,
Y los ciertos descansos y holguras
Habrán de ser en cárceles oscuras.

» Y Maruaná mi deudo no se entiende
Teniendo paz con ellos en su tierra,
Pues con la paz á todos nos ofende
Animismo haciendo cruda guerra ;
Y el sosiego que dice que pretende
Es el que de sosiego lo destierra,
Como lo podrá ver por experiencia
Si desta gente crece la potencia.

» Él tiene hecha paz con los cristianos,
Y es bien desvariada conjetura,
Pues cuanto piensa mas tenellos llanos
Es tanto cierta mas su desventura ;
Y así venir con ellos á las manos
Tengo yo por concordia mas segura,
Conservando lo nuestro por mil modos
Y sobre la defensa morir todos.

» Si contendeis por una vil presea
Y á veces no sin trance riguroso,
Mas debe contender el que pelea
Por la conservación de su reposo :
Menester es que cada cual lo vea,
Y entienda ser el tiempo trabajoso,
En el cual quien no hace lo que puede
Será mas acertado que se quede.»

Dijo su parecer este tirano
Segun á su defensa convenia,
Y el diestro Pamacoa, viejo cano,
Por los merecimientos que tenia,
Para le responder tomó la mano
En nombre desta fiera compañía,
Y con acelerado continente
A Baucunar le dijo lo siguiente :

« Valiente Baucunar, dime, qué día
A tu llamado fuimos perezosos,
O dime si sentiste cobardia
En hombre destes hombres belicosos,
O cuál de nos recela valentía
Ni fuerza de contrarios poderosos ;
Bien ves que peleamos de tal suerte
Que nadie tiene miedo de la muerte.

» Y pues la gente ves apercebida
De todos militares ornamentos,
No debe ser en balde la venida,
Ni por algunos vanos cumplimientos :
Aderecémonos á la partida,
Que la tardanza pare descontentos,
Pues como todos vean dó se ceben
Yo sé que cumplirán con lo que deben.

» Allí verás mis canas ya cansadas
Como les da color sangre cristiana ;
Allí verás mis flechas empleadas
Y el estrago que hace mi macana :
Verás si desbarato las espadas
De los que son de furia mas lozana,
Verás mi gran vigor y mi postura
Si halla del contrario cosa dura.»

Calló, pero también los compañeros,
Mancebos y de mas graves edades,
Decían y hacían muchos fieros
Con gestos de cien mil bravosidades :
Tiran por alto flechas los archeros,
Comienzan á gritar parcialidades,
Cualquiera capitán donde se halla
A grande furia pide la batalla.

Los bríos del ejército guerrero,
Por Baucunar el fuerte conocidos,
Mandó que para el día venidero
Todos ellos estén apercebidos ;
Proveyó municiones por entero
A los que conoció desproveidos :
Oyeron el pregon de buena gana,
Y todos esperaban la mañana.

Fué por aquesta vía concertado
El áspero encuentro que os enseño,
Y no había punto descuidado
En estos intermedios el Sedeno :
Que como destes indios lastimado
Un continuo velar era su sueño,
Pues por ser Maruaná en venir prolijo
Mala sospecha tuvo, y así dijo :

« De paz, por ser negocio que conviene,
Teníamos alguna confianza,
Y el indio Maruaná, que la mantiene,
De Baucunar nos dió mala esperanza ;
Y pues ha cuatro días que no viene,
Peligro nos promete su tardanza :
Conviene que tengamos vigilancia,
Que no tengo por buena la distancia.

» Conviene que seamos adevinos
Los que tratamos hombres belicosos,
Porque los descuidados desatinos
Acarrean mil trances peligrosos :
Por tanto velen playas y caminos
Por partes y lugares sospechosos ;
Poco dormir y recordar temprano,
Y siempre con las armas en la mano.

» No cumple que vivamos sin recelo,
Ni conviene tener antojos vanos,
Pues ya veis que hollais ajeno suelo
Con enemigos ciertos y cercanos :
Socorro no lo hay sino del cielo
Y el que podeis haber de vuestras manos ;
Valeros han, mediante Dios, aquestas
Si con las armas anduvieren prestas.

» Los que velaren ya serán doblados
Y tales que sepamos ser varones,
Estén los dos caballos ensillados,
Los frenos penderán de los arzones :
Estén estos lugares escombrados,
No tengan al salir estropezones ;
El espada, la lanza, la ballesta,
Conviene á cada cual tenella presta.»

El Agustín Delgado, comedido,
Por todos respondió desta manera:
«Tenga vuestra merced por entendido
Que todo su deber hará cualquiera;
Mas tenéis en prisiones detenido
Al capitán Alonso de Herrera,
Que bastará para la isla junta
Segun de hechos vistos se barrunta.

» Mitiguese por tanto vuestra ira
Y dése fin á tantas confusiones,
Pues tengo por falsísima mentira
La fuente de manaron las pasiones;
Que nunca faltaran en el que mira
En dichos de malditos susurrones:
Culpa no consta, y es negocio ciego,
Mande vuestra merced soltallo luego.»

El Antonio Sedeño con voz blanda
Dijo: «Por complacer al buen Delgado,
Aunque el señor Herrera se desmanda,
E yo me siento del por agraviado,
Hágase lo que vuestra merced manda
Que á mi me pesa ya de lo pasado,
Y he por bien que le quiten las prisiones,
Sin mirar en pasadas turbaciones.»

Soltáronlo, segun mandó Sedeño;
Mas puesto que se vido libertado,
Nunca se libertó del sobreceño
Ni del imaginar verse vengado:
Por ser un hombre turvo, zahareño,
Aunque valerosísimo soldado,
Eso me da peon que de á caballo:
Con gran razon podemos alaballo.

Por fuerzas, por destrezas ó por maña,
Siempre ganó con sus competidores,
En las conquistas fué de Nueva-España
Uno de los primeros y mejores;
Mas no sufrió su condicion estraña
Estar allí por ciertos susabores;
Fué á Castilla con mediana suerte,
Y á las Indias volvió para su muerte.

Era Sedeño hombre delicado,
Pequeño, de briosos movimientos,
Afable, generoso, bien criado,
De bien engrandecidos pensamientos:
En todas buenas partes estremado,
Grandes facecias, admirables cuentos,
Un ingenio cabal, vivo, supremo,
Gran hombre de caballo por extremo.

Varon en paz y en guerra muy bastante,
Raro escribano, vario y escelente;
Mas destos dos varones, Dios mediante,
Algun tiempo diré mas largamente.
Volvámonos al impetu turbante
Del grande Baucunar y de su gente,
Que con vigor y furibunda gana
Estaban esperando la mañana.

Que puesto que son pocos ó ningunos
Los que no huyen de beber las pieles,
En semejantes tiempos no son unos,
Ni duermen todos estos infieles;
Antes aquellos todos van ayunos
Que salen á velar por sus cuarteles:
Usaban estos pues destos estrenos,
Y lo demás agora lo diremos.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta el rompimiento de la batalla, y de lo que en ella aconteció.

La noche en que sosiegan las fatigas
Acababa sus cursos naturales,
Y aprisa revolvía sus cuadrigas
Apolo con sus rayos celestiales,
Cuando las gentes fieras enemigas
Tocaron instrumentos musicales:
Comienza por aquel campo crecido
Un bajo son, un tácito ruido.

Ansi como volátil ganado
Dentro del colmenar del hombre rico,
En los panales dulces ocupado,
O su generacion y multiplico,
Que hacen un murmulio mal formado:
Otro tal era este, no tan chico,
Pero nada menor el apariencia
De aquel hervor y viva diligencia;

O como si se siente gran ruido
En el mar, cuando calma representa,
Mas el profundo dé es conmovido
Y el arena se muestra turbulenta:
Que entonces es indicio conocido
Venir terribilísima tormenta,
Por ser ruido tal al marinero
Desdichada señal y mal agüero;

Con aqueste rumor se van juntando
Sin nota de pereza ni tardanza:
Aqui y allí vereis aderezando
Las armas de que tienen confianza;
Allega el capitán, los de su bando
Con muy gentil concierto y ordenanza,
Muéstranse los gallardos corazones
A su modo con varias invenciones.

Proveida de flechas el aljaba,
Dardos de dura palma van tostados,
Que cada cual corazas traspasaba
Y los mas duros sayos estofados;
Fueron de Baucunar los esperaba
Los caciques que tengo señalados,
El cual estaba bien apercebido
Y de españolas armas proveido.

Que de despojos fuertes y galanos
Estaba proveido grandemente,
De las guerras babidas con cristianos
Do dió bastantes muestras de valiente;
Privando de la vida por sus manos
A bien crecido número de gente,
Tenia pues el bárbaro guerrero
Escudo de metal algo lijero.

Un águila de oro mal labrada
Cubre sus duros pechos y salvajes,
La cabeza cubierta con celada
Y en ella superbísimos plumajes,
Pendiente de los hombros un espada,
A las espaldas anechas dos carcajes,
Un arco muy derecho, duro, fuerte,
Pestifero ministro de la muerte.

Porque su proporcion es tan bien hecha
Y la de todas estas gentes fieras,
Que á la robusta verga mas derecha
Hacen juntar entrambas empulgeras;
Y embeberán la mas crecida flecha
Traspasando las armas mas enteras.
Llevaba sus zarcilos, y en el cuello
Un estraño collar digno de vello.

Por admirable orden y concierto
Unas uñas de tigres ensartadas,
Que por sus manos él habia muerto
En tierra firme yendo con armadas:
El medio de la una descubierto
Y en oro las raices engastadas,
Caricuri de oro reluciente,
Lleva de las narices dependiente.

Con tales ornamentos adornado
Se muestra Baucunar, y de mas desto,
De bija colorada va pintado
Piernas, brazos y manos, pechos, gesto:
Como tigre feroz encarnizado
Que para hacer salto va dispuesto;
Tal lo representaba su postura,
Sus aderezos, armas y pintura.

Pamacoa, que no se le escapaba
Con su bien regulada punteria
Ave chica ni grande que volaba,
Ni ciervo, ni conejo que corria,
Cabeza de pantera se tocaba
Ludicio de su grande valentía:
Lleva también por joyas principales
Collar de dientes de indios y animales.

Diamaná, que á golpe de macana
 Al bravo jabalí deja tendido,
 Se puso de pelleja muy galana
 De feroz animal no conocido;
 Utuyaney, que en luchas siempre gana,
 Un cuero de leon lleva vestido,
 Cola de tigre lleva por medalla
 Para se señalar en la batalla.

También Amanatey, que de lijero
 Los mas veloces ciervos alcanzaba,
 Un hocico de oso colmenero
 Por cima la cabeza levantaba;
 Cubria sus espaldas con el cuero,
 Y por ellas un oso semejaba:
 Arco, flechas, pavés que lo cubria,
 Tal que con él hacia puntería.

De diferentes otros animales
 Trajo Paraguani las invenciones,
 Y acutisimas flechas y mortales,
 Porque con dientes van de tiburones:
 Puyas de raya, vivos pedernales
 Que pasan los tupidos algodones,
 Y todos los demás destas conquistas
 Llevaban invenciones nunca vistas.

Viérades en el viejo y el moderno
 Diferentes colores de plumajes,
 Y con sus movimientos y gobierno
 Daban temor aquellos fieros trajes:
 Caterna parecía del infierno
 Que venia haciendo mil visajes,
 Tantas macanas, flechas, tantos tiros,
 Cuantos no bastaré para deciros.

Hicieron desta suerte sus conciertos,
 Que pues los nuestros era poca gente,
 Fuesen por los manglares encubiertos,
 Y diesen en el fuerte de repente;
 En tal manera que quedasen muertos
 O ya captivos todos ciento y veinte,
 Porque por sus acechos recatados
 A todos los tenían bien contados.

Ordena cada cual los de su bando,
 Instruidos en sus guerreras mañas
 Van sin ningun ruido caminando
 Por pasos conocidos de montañas,
 Por una y otra parte rodeando
 Los españoles ranchos y cabañas:
 De tal manera fueron advertidos
 Que nunca fueron vistos ni sentidos.

El Baucunar que todos los sujeta
 Animismo trató con esta gente,
 Que al tiempo que tocase su corneta
 Acometiesen todos juntamente:
 Estaban en la parte mas secreta
 Con ánimo crüel, hervor ardiente,
 Deseando la seña conocida
 Para hacer crüel arremetida.

Bien así como perro detenido
 Con trailla, venados inquiriendo,
 Que si por donde van alguno vido
 Antes que lo solteis está gimiendo,
 Y de la gran tardanza desabrido
 Se está con el orgullo deshaciendo
 Hasta tanto que se desembaraza
 Y va con brava furia tras la caza;

Representábase desta manera
 La bárbara nacion encarnizada,
 A la sazón que estaban en espera
 De la seña que tienen concertada:
 Oyóse la corneta, salen fuera
 Con furia jamás vista ni pensada,
 Suenan de todas partes alaridos
 Y gritas que commueven los oídos.

No son allí las fuertes armas lerdas,
 Ni duermen las edades mas ancianas,
 Porque con furia grande tú recuerdas
 Marte crüel, las mas antiguas canas:
 Sonaban los crujidos de las cuerdas,
 Los golpes de los dardos y macanas,
 Aquí y allí se hace tal ruido
 Que al mas cuerdo sacaba de sentido.

Pamacoa la mar tiene tomada,
 Y Guayma va por el siniestro lado,
 Diamaná con gente bien armada
 La derecha tomó con gran cuidado;
 Y todos los demás del emboscada
 Tomaron lo mas fuerte del cercado,
 De manera que nuestros estandartes
 Rodeados están de todas partes.

Así como en los bosques rodeados
 De los monteros puestos en paradas,
 Do siendo de sabuesos acosados
 Buscan los jabalies sus entradas,
 E yendo por los saltos mas usados
 Hallan las sendas todas ocupadas,
 Y viendo cazadores, perros, lanzas,
 De su braveza hacen confianzas;

Así de todos estos infieles
 Se vieron rodear nuestros cristianos,
 Ladrando aquí y allí como lebreles,
 O según á los toros los alanos;
 Y el librarse de fieras tan crüeles
 Después de Dios pusieron en sus manos:
 Ocurrir á las armas les enseñá.
 La priesa que les daba la reseña.

Animaba Sedeño sus varones
 En estos alborotos tan estrechos,
 Diciéndoles: « O mis comilitones,
 Venzan á las palabras buenos hechos,
 Que en las manos tenemos ocasiones
 Para mostrarse bien los bravos pechos,
 El fuerte manifieste fortaleza,
 Y el flaco saque fuerzas de flaqueza.

» En la necesidad destes extremos
 Se hacen las virtudes conocidas,
 Y agora se han de dar velas y remos
 Sin estar las espadas detenidas;
 Pues á todos nos va, como sabemos,
 No menos que las horas y las vidas,
 A estos perros deseles su pago,
 Y haga cada cual lo que yo hago.

» Al que mas se señala derriballo,
 Y al que vierdes mejor aderezado,
 Porque quien raíz corta, corta tallo;
 Y árbol caído, ramo derribado.»
 Arremetió; mas hombres de caballo,
 Que son Herrera y Agustin Delgado,
 Que quisieran salir ni mas ni menos,
 Con priesa no topaban con los frenos.

Y todos los demás sin los caballos
 Se ponen en defensa de su centro,
 Porque los que sabian meneallos
 Tardaban en salilles al encuentro;
 Y Baucunar con algunos vasallos,
 A pesar de los nuestros entró dentro,
 Sin para detenellos ser bastante
 Cosa que se pusiese por delante.

Como tigre feroz encarnizado,
 Por algun tiempo falto de comida,
 En alguna vereda reparado
 Acechando la caza conocida,
 Que viéndola saltó tras el venado
 Con aceleracion jamás oída,
 Sabiendo ser el presto movimiento
 Su vida, su salud y su sustento;

Así con esta misma lijereza
 Esta gente feroz acometía,
 Juzgando con razon que en la presteza
 Su principal victoria consistía:
 Ponía gran temor ver la braveza
 Del número de gente que venía,
 Aquella gritería tan inmensa
 Y habellos ocupado su defensa.

Comienzan á batir lo mas enhiesto
 Matando los que vian mas cercanos,
 Con grandes vituperios y denuesto
 De nuestros españoles y cristianos:
 Los cuales muy corridos de ver esto
 Vinieron con los indios á las manos,
 Y sus rodellas fuertes embrazadas
 Comienzan á jugar de las espadas.

El Baucunar debió ser conocido
Por señas de persona bien compuesta,
El Antonio Sedeño que lo vido
Arremetió con él con furia presta;
Pero no le halló mal proveído
En acudille bien con la respuesta,
Antes al golpear cruel agudo,
Se reparaba bien con el escudo.

Cada cual de los dichos se desvela
En deshacer contrarios embarazos:
Los ojos Baucunar como candela,
Dió con toda la fuerza de sus brazos
Al otro tal revés en la rodela,
Que el espada se hizo tres pedazos;
Inclinó las rodillas el Sedeño,
Porque el golpe que dió no fué pequeño.

Mas este no le pudo cortar nervio,
Con las fuerzas allí no ser estrechas;
Empero con temores el protervo
Aquellas armas viendo ya deshechas,
Atrás saltó ligero como ciervo,
Y el arco puso mano y á las flechas,
Y en la rodela dió, pero desvara
La flecha, y á Pretel clavó la cara.

Vereis á Pamacoa, que se emperra
Vertiendo por allí sangre cristiana,
Pues tiene tres tendidos por la tierra
De los terribles golpes de macana:
Y en la mayor presura de la guerra
Topóse con Alonso de Orellana,
Mancebo de valor y fuerza mucha,
Y enciéudese de dos terrible lucha.

Sus armas cada cual desembaraza,
El salto que se da parece vuelo,
Descarga Pamacoa con la maza,
El cuerpo le hurtó nuestro moztelo;
El otro, que pensó matar la caza,
Rompió con el troncon el duro suelo,
Y á la sazón que el indio se endereza
El mozo le llevó media cabeza.

Todavía con gana de venganza
Acudió con un golpe ya mas tierno,
Y fuera de su vana confianza,
Por le negar la vista su gobierno:
Allí se concluyó su destemplanza,
Y luego fué camino del infierno,
Porque con los demás quedó tendido,
Y aquel que lo mató muy mal herido.

Los que con él vinieron por el puerto,
Vista de Pamacoa la tal muerte,
Huian con pesado desconcierto:
Mas dice Baucunar: «Volved al fuerte.
¿Cómo, porque veais un hombre muerto
Dejais de proseguir tan buena suerte?
Tened, tened, villanos sin vergüenza,
Que ya nuestra victoria se comienza.»

Revuelven por la parte que venian,
Cobrando lo perdido del cercado:
Con gran dificultad se sostenian
Los nuestros por el uno y otro lado;
Pero los dos caballos ya salian,
Y en ellos el Herrera y el Delgado
Rompén, haciendo del contrario bando
Calles de los que van alanceando.

Los nuestros ponen ya sus esperanzas
En estos caballeros esforzados,
Porque pudieran ver grandes matanzas,
Y aquí y allí gandules derribados;
Empléanse los hierros de las lanzas
En los indios que ven mas señalados;
Mas el Utuyaney, como gigante,
Al Herrera se puso por delante.

La macana cruel enarbolada
Descarga con un golpe tan pesado,
Que puesto que era fuerte la celada,
Algun tanto quedó desatinado;
Mas dióle por el hombro tal lanzada,
Que el hierro le salió por el costado;
Cayó, porque salieron de repente
El ánima y la sangre juntamente.

Rompía por lo mas embarazado
Donde la sangre ya hacia río,
Y en estos intermedios el Delgado
No estaba descuidado ni baldío:
Pues á Guaimá tenia derribado,
Y á Paraguani puso patifrio;
En Amanatey piensa hacer lance,
Pero no le podia dar alcance.

Y es porque lo dotó naturaleza
Demás de gran vigor que poseía,
De tal y tan estraña lijereza,
Que su correr un vuelo parecía;
Y si le va delante, con presteza
A las espaldas luego lo tenía;
Y en ellas mismas, no con brazos mancos,
Le daba tres y cuatro golpes francos.

El Agustín Delgado no lo toca,
Ni puede por do huye perseguido;
Mas una vez volvió con furia loca
A su salvo pensando de herillo:
Acertóle Delgado por la boca,
Y el hierro le pasó del colodrillo:
No le fué menester golpe segundo
Para lo sepultar en el profundo.

Cada cual español en otro tanto
Sus vengadoras manos ocupaba;
Sonaba ya victorioso canto
Por la parte que menos se pensaba:
La cual no se hacia sin espanto
De Baucunar, que bien los animaba;
Y aunque les daba voces por mil modos,
De los caballos van huyendo todos.

Bien como cuando hacen algazara
Las aves en el árbol ó floresta,
Que callan al ruido de la jara,
Ó truenos de arcabuz ó de ballesta;
Y cada cual aquí y allí dispara
De su manada dulce descompuesta,
Inquiriendo la parte mas segura
Por los aires, ó por el espesura;

Así de ver los dos conmemorados
Los que tentaron estos desafíos,
Quedaron de sus gritas olvidados,
Ajenos totalmente de sus bríos;
Y así buian todos derramados
Por montes, por quebradas y por ríos,
Porque pensaban ser un cuerpo entero
El del caballo y el del caballero.

Angostas se hacian las carreras
Por do huyen sin orden ni gobierno;
Y como les picaban tan de veras
Con hierro para ellos muy moderno,
Pensaban ser los dos algunas fieras,
Salidas del profundo del infierno,
Porque van de cubiertas reparados
Ellos, y los caballos bien armados.

Huyen edades mozas, huyen canas,
Perdidas de vivir las esperanzas,
Hollandando van por arcos y macanas
Aquellos cuyas eran las venganzas:
Rojos están los campos y zavanas,
Teñidas las espadas y las lanzas;
Fué grande, por jamás ver otro tanto,
Para los naturales el espanto.

Tan grandes desatinos ocupaban
Los bárbaros y torpes corazones,
Que los robustos arcos desarmaban
En estas fugitivas confusiones;
Y con las cuerdas dellos se ahorcaban
De las mas bajas ramas y troncones,
No dándoles lugar el sobresalto
Para poder subir á lo mas alto.

Los nuestros, sin temores de desvios,
Entablaban adentro mas el juego,
Hasta meter los indios en buhios,
A muchos de los cuales ponen fuego,
Por no querer, dejados desvarios,
Rendirse ni de sí hacer entrego,
Antes los mas, á trueco de no darse,
Consentían en ellos abrasarse.

Si acaso las doncellas ó donceles
De la pajiza casa se salian,
Los padres inhumanos y crúeles
A las ardientes llamas los volvia:
Donde los miserables infieles
Sus vidas con sus hijos consumian,
Sin quererse ninguno dar á vida
De todos cuantos iban de vencida.

Cantada la victoria desta suerte,
Cargados de alimentos y despojos,
Vuelven los españoles á su fuerte,
En placer convertidos los enojos;
Aunque tuvieron pena de la muerte,
Que entonces ocupó cristianos ojos;
Y á quien quisieran dalle sepultura,
Segun aquel lugar y coyuntura.

Mas el feroz Alonso de Herrera,
Aun sus rencores no teniendo frios,
Hallándose señor de la ribera,
Comienza de decir: «aquí los míos»:
Acuden los que son de su bandera,
Y toman el mejor de los navios,
Que sobre prevencion y ardid de guerra
Estaba ya con el próiz en tierra.

Tratóse con los suyos, y el concierto
Fué cuando los enojos recontados,
Sobornados grumetes en el puerto,
Que punto no vivian descuidados;
Y agora que el camino ven abierto,
En un momento fueron embarcados:
Al viento velas dan sin saludallos,
Al Sedeño dejando los caballos.

El Antonio Sedeño, que de vellos
Grandisima congoja recibia,
Fué poca parte para deteneellos,
Porque la menos parte lo seguia;
Y así también después se fué tras ellos
Con la poquilla gente que tenia,
La cual ida carisima le cuesta,
Segun entendereis en lo que resta.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intencion de reconci-
liarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció.

Su vida y honra tiene mal segura
Quien hace de contrarios confianza,
Segun de varios casos de ventura
Experiencia notoria nos alcanza:
De sabios es á buena coyuntura
Del primer parecer hacer mudanza,
Pues dañan confianzas al guerrero,
Y mas cuando se cree de lijero.

Sedeño, como yo soy buen testigo,
Era buen capitán y buen soldado;
Mas era del amigo y enemigo
Demasiadamente confiado:
Agora mas, en procurar abrigo
En enemigo suyo declarado;
Y así todos en estos menesteres
Tenian diferentes pareceres.

Porque después que vió cuánto perdia
Por la revolucion y turbamulta,
Juntó la poca gente que tenia
En las cosas de guerra mas adulta;
Y pareciéndole que convenia,
Entró con todos ellos en consulta;
Y para se llegar á sus respuestas,
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Paréceme, señores, grande mella
La que hecho nos han estos hermanos,
De quien siempre terné justa querrela,
Por ser tan viles, bajos y villanos;
Y mas en tiempo que gozando della
Dejaron la victoria de las manos,
Y con tan poco riesgo de la vida
Una prosperidad tan conocida.

» Estoy por esta causa tan perplejo,
Que determinacion no me concedo,
Por ver mi perdicion, si aquesto dejo,
Y mucho mas perdido si me quedo:
Muy dudosa mi vuelta si me alejo;
Si fio del contrario tengo miedo,
Y destes pesadimos estremos
No sé, señores míos, cuál tomemos.

» Mas hecha razonable conjetura,
Parece que mi alma persevera
En no perder aquesta coyuntura,
Dejando totalmente la ribera;
Y así tengo por cosa mas segura
El verme con Alonso de Herrera;
Podria ser haber conformidades,
Y socorrer nuestras necesidades.»

Entendidas por ellos las razones
Y el blanco do van todas apuntando,
Contradecian tales intenciones
Su parecer por malo condenando;
Mas él, con eficaces persuasiones,
Los hizo mas sujetos á su mando,
Y así, mala sospecha concebida,
Eletuaron luego su partida.

Puestos en el camino conocido,
A Paria caminaban con presteza;
El capitán Herrera que los vido
Metiose dentro de la fortaleza:
Fingiéndose que estaba mal herido,
Armándose con suma lijereza,
Y mandando también que sus soldados
Estén á punto bien aparejados.

Diciéndoles: «decid que estoy doliente
Cuando vierdes llegar este tirano,
Porque me venga a ver, y en continente
Echalde dos, ó tres, ó cuatro, mano,
Y los demás desarmen á su gente:
Haremos un negocio soberano.»
Llegó Sedeño pues al dicho puerto,
Dado fin á las tranas y concierto.

Salieron no sé cuántos al camino,
Debajo la cautela referida,
Diciendo que Herrera si se vino
Fué por tener una crúel herida,
Y que quedarse fuera desatino,
Por estar en gran riesgo de la vida;
Y como en tal sazón era posible,
No pudo parecerles increíble.

Con un semblante triste, rostro blando,
Mostrando condolerse del suceso,
Entró luego por vello, y en entrando
Usaron con gran furia del esceso;
Y á todos los que trajo de su bando
Desarmaron, segun atrás espreso,
Y al Sedeño, diciéndole baldones,
Hizo poner en ásperas prisiones.

En el fuerte que fué por él labrado
Con guarda de sus armas proveida,
Se vió con cepo, grillos y canado,
Falto de vestiduras y comida;
Y estuvo tanto tiempo maltratado,
Que ya desconfiaba de la vida,
Porque las guardas viles y sangrientas
Le dicen y le hacen mil afrentas.

Por oprobio de sus delicadezas
Y términos galanes y polidos,
Usaban de sucisimas bajezas
En el comer, beber y en los vestidos,
Y tantas y tan viles asperezas,
Que contallas ofenden los oidos;
Su gente, de placeres bien ajena,
Deseaban librallo desta pena.

Tomaron pues á pechos el cuidado
Por modos que jamás fueron sentidos:
Un Antonio Fernandez y un Machado,
Pedro Placeres Gago, Joan de Nidos,
Martín Lopez Perdomo y Alvarado,
Y otros que de mí fueron conocidos;
Y para lo librar desta presura
Esperaban sazón y coyuntura.

Habia pues necesidad urgente
Para se sustentar de vitualla,
Y el Agustín Delgado con la gente
Fueron por las comarcas á buscalla,
Quedándose Herrera solamente
Con dos ó tres soldados de canalla,
Creuyendo que bastaba su braveza
A defender aquella fortaleza.

Los otros, con sazón tan descada,
Rodéanlo con áspero denuedo;
Y como los sintió de mano armada,
Salió con mas furor que decir puedo;
Mas viendo gente tan determinada,
Adentro lo volvió discreto miedo,
Porque como lo vieron salir fuera,
Tras él iban diciendo: « muera, muera.»

Las puertas les cerró; mas no bastaba,
Porque los del Sedeño las batían,
A los de afuera él amenazaba,
Lo mismo los de fuera le hacían:
Finalmente, Herrera preguntaba
Diesen razón de lo que pretendían;
Ellos dicen: « poneremos hnos fuego,
Si no soltais al buen Sedeño luego.»

Quieto y apartado de sus fieros
Respondióles Alonso de Herrera:
« Hacedlo como buenos caballeros,
Gloria, flor y bondad de nuestra era;
Y pues que son forzosos los terceros,
Prometó como tal de echallo fuera;
Podeis os aquietar, nobles varones,
Que yo voy a quitalle las prisiones.»

Llegado do sus pasos encamina,
Dijo: « mataros quiero, buen Sedeño.»
Respondióle Sedeño muy aína:
« Por cierto vos hareis lance pequeño:
Matar en la prision una gallina,
Ó un lirón veucido de gran sueño. —
No quiero, respondió, ser homicida,
Antes quiero que vos me deis la vida.»

« Yo vengo con entero pensamiento
De daros libertad liberalmente,
Con que hagais solene juramento
De luego navegar con vuestra gente,
Y me dejar aquí libre y exento,
Sin ser de novedades pretendiente;
Demás desto debeis quedar conmigo
De no me ser amigo ni enemigo.»

Sedeño, con deseo que tenía
De verse doquiera cielo viesse,
Le dijo que haria y juraria
Aquello y mucho mas que le pidiese,
Porque la libertad que prometía
Valía mucho mas que el interese,
Y con ofrecimientos y razones
A él se le quitaron las prisiones.

El Herrera después con sus criados,
Quitada la prision que padecía,
Abriéronle la puerta recatados
De la gente leal que to pedia;
Reciben al Sedeño sus soldados
Con gran contentamiento y alegría;
Y dándoles las gracias por sus hechos,
A la mar les mandó fuesen derechos.

Embarcáronse, no sin múltiplo
De furiosos vientos y tormenta;
Y fueron á San Joan de Puerto-Rico,
Do Sedeño tenia buena renta:
Otros negocios suyos no replico,
Porque de sus proezas daré cuenta,
Y como después hizo grande entrada,
Que en estas partes fué solemnizada.

Dejarémoslos pues desta manera,
Al Sedeño do pinta mi cuaderno,
Y al Agustín Delgado y al Herrera
En Paria, do tuvieron el invierno,
Esperando por horas que viniere
Jerónimo de Ortal con el gobierno,
Del cual el rey le habia proveído
Por muerte del Ordás ya referido.

El cual gobernador después que hubo
Llegado con armada suficiente,
La isla Trinidad también anduvo
Por parte que le fué mas conveniente;
Y en ella con rescates se entretuvo
Por dar mantenimientos á su gente,
La cual, estando toda reformada,
A Neveri hicieron su jornada.

Después á la conquista se presenta
Joan Ponce de Leon, un descendiente
Del otro deste nombre, cuya cuenta
Yo doy en otra parte largamente;
Seria por el año de setenta
Cuando en la Trinidad metió su gente:
No hizo cosa digna de memoria,
Y así no haré dél mayor historia.

Criollo de San Joan que conocemos,
De parte principal ilustre abuelo;
Mas, pues que por agora no sabemos
Otras mas novedades de aquel suelo,
La isla Trinidad aquí dejemos,
Y háganos gozar de la del cielo
Aquella sacrosanta Providencia,
En las personas trino y una esencia.

ELEGIA XI.

A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.

CANTO PRIMERO.

Entre los demás hilos desta trama,
Que por la costa bajo va tejida,
Jerónimo de Ortal también me llama
A decir el discurso de su vida,
Porque de vista fué, que no por fama,
Su persona de mi bien conocida,
El cual fué natural de Zaragoza,
Y vino con Ordás en edad moza.

Era de Cobos muy favorecido,
El cual en aquel tiempo florecia,
Y por el fin que ya tenéis oído
Pidió lo mismo que el Ordás tenia:
A la gobernacion fué proveído,
Segun y por el orden que queria,
Año de treinta y cuatro comenzado
Con el millar y medio ya contado.

Teniendo ya las cédulas reales,
Apercebióse para la jornada,
Nombrando capitanes y oficiales
Por orden y razon acostumbrada;
Y destes hombres hay muy principales
En este nuevo reino de Granada,
Como Miguel Holguin, en quien hoy dia
Se ve virtud, valor y valentia:

Varon en paz y guerra de consejo,
Enemigo de todo desafuero,
Desde su juventud fué sabio viejo,
Cristiano y honoroso caballero;
A los mas virtuosos es parejo,
En todas buenas obras el primero,
Cultor muy grande del honor divino,
Y socorro del pobre peregrino.

Vino por capitán Luis Lanchoero,
Varon cabal para cualquier afrenta,
Después en este reino fué guerrero
Que de sus cargos dió muy buena cuenta;
Un Joan de Castro fué su compañero
De placeres que vida descontenta,
Otros también ponemos por historia,
Cuando los ofreciere la memoria.

Dispuesta toda cosa necesaria
 Dos naos gruesas y una carabela,
 Para ir en demanda de su Paria,
 Mandó que se hiciesen a la vela:
 Surgieron en las islas de Canaria,
 Adonde recogió gente novela;
 Y en Tenerife fué principalmente
 Donde se le llegó copia de gente.

Que podía pasar bancos de Flandes
 Y quebrantar el mas soberbio tomo:
 Es vivo destes hoy Pero Fernandez,
 Que se dice de Porras ó Perdomo:
 En aquella sazón de bríos grandes,
 Y en el tiempo presente de gran tomo,
 Regidor de Tocaima la nombrada
 En este nuevo reino de Granada.

De allí salió también Anton Garcia,
 A quien llamábamos Anton del Guante,
 Brioso con alguna bizarría,
 Pero para la guerra muy bastante;
 Y con aquesta misma compañía
 Gaspar de Santa Fe fué caminante,
 Con muchos mas que la memoria pierde,
 Pero yo los diré desde que me acuerde.

Prosiguió pues Ortal esta derrota
 De gentes y pertrechos aviado,
 Llevando por piloto de la flota
 Un Cristóbal Augulo del condado;
 Hacia la carrera ser mas nota
 Un portugués, piloto coreobado,
 Pues sin haber andado la tal via
 Certísimo salió cuanto decia.

Estando pues á vista del golfete
 De Paria, para do se navegaba,
 Un cierto temporal les acomete
 Que viento de nordeste levantaba;
 Despareció la nao de Alderete
 Con doscientos soldados que llevaba,
 La cual fué costa bajo navegando
 El puerto de Cubagua demandando.

Surgieron los demás en la ribera
 De Paria, que por todos se desea,
 Do vieron al Alonso de Herrera,
 A Villagrán, Morán, Pedro de Cea,
 Joan Fuerte, Villagomez, Talavera,
 Joan Gonzalez, Perálvarez, Perea,
 Con otros, que serian hasta treinta,
 Hombres de quien se hizo mucha cuenta.

Ortal luego salió con sus soldados
 A consolar la baquiána gente,
 Los unos de los otros deseados,
 Se saludaron amigablemente:
 Herrera con poderes ampliados
 Nombrado fué por general tiniente;
 Del nombramiento deste caballero
 Muy corrido quedó Luis Lanchero.

Porque por su valor y valentía
 Tenia deste cargo pretensiones,
 Y así con el enojo que tenia
 Dijo contra los dos feas razones:
 Prendiéronlo por esta demasia,
 No se quedando Castro sin prisiones,
 A causa de que para tal demanda
 Lanchero lo tenia de su banda.

Estando los dos presos en el agua
 Con guardas que velaban noche y día,
 A Turpiar llegó cierta piragua
 Con Rodrigo de Niebla, que venia
 En ella de la isla de Cubagua,
 Y cartas de Alderete que traía,
 Diciéndole quedar en salvamento
 Con los doscientos hombres que ya cuento.

Fué del gobernador bien recibido
 Este que con tan buena nueva vino,
 Por ser amigo suyo conocido,
 Y de Cubagua principal vecino:
 Y al tiempo de volver á su partido
 Ortal se fué con él aquel camino,
 A recoger sus gentes belicosas
 Y dar orden á otras muchas cosas.

Mas antes que debajo destes fines
 Con Rodrigo de Niebla se partiera,
 Entró por Uyapar y sus confines
 El capitán Alonso de Herrera:
 Con cinco principales bergantines
 E una carabela muy lijera:
 Doscientos hombres, armas y pertrechos,
 Cinco caballos al viaje hechos.

Eran los de caballo, que do quiera
 Pudieran dar de sí bastante prueba,
 El general Alonso de Herrera,
 De tesorero Joan de Villanueva,
 Morán, Pedro de Cea, también era
 Un Alvaro de Ordás de los que lleva,
 Mancebo valeroso, diestro y fuerte,
 Sobrino del que ya llevó la muerte.

La gente del armada despedida
 Por el Ortal, con capitán amigo
 Dejó la fortaleza proveida
 Para ir con el Niebla donde digo;
 Y con prision angosta y afligida
 Los dos que ya nombré llevé consigo,
 No confiándose de sus concetos
 Por tenellos por mozos inquietos.

Y van en un navío juntos todos,
 Corriendo por las aguas espumosas,
 Y al doblar de las puntas y recodos,
 Que por allí son algo peligrosas,
 El Lanchero buscaba muchos modos
 Cómo poder quitarse las esposas,
 Dijome que debajo de desino
 De hacer algun grande desatino.

Al Niebla le decia: «yo no puedo
 Sufrir estas esposas que me matan,
 Quitémelas por un tan solo credo
 Para ver de qué parte me mallatan;»
 Luego Niebla trató con rostro ledo
 Con el Ortal lo que los dos le tratan,
 Jerónimo de Ortal cumplió su ruego
 Para tornárselas á poner luego.

Quitóselas un mozo marinero,
 Y estándolas mirando blandamente,
 Arrebátoselas Luis Lanchero,
 Echándolas al mar incontinentemente;
 Rióse destas burlas el tercero,
 El Ortal las tomó pesadamente,
 Y así mandó que todos sus fieles
 Se los maniatasen con cordeles.

Mas aunque les faltaban las espadas
 En la proa do estaban, ya tenían
 Muchas cuñas de tiros allegadas,
 Y cosas con que bien se defendían:
 Las razones que dicen son pesadas,
 Bravísimos los fieros que hacían,
 Demás desto la gente mas lozana
 A ellos iba muy de mala gana.

Queriendo Niebla pues matar el fuego
 Que se causaba destas turbaciones,
 Procuró de ponellos en sosiego
 Con cuerdas y católicas razones;
 Porque llegados á Cubagua luego
 Prometia de dallos en prisiones,
 Fué de los presos voluntad espresa
 Que no se quebrantase la promesa.

Llegados á Cubagua, y entregados
 A mas que miserable cativerio,
 Quebraron tantas fuerzas de candados,
 Que parecia cosa de misterio;
 Y fueron recogidos y amparados
 En San Francisco, fuerte monasterio,
 Do guardas los cercaban por momentos
 Y les quitaban todos alimentos.

Noches y días, lanzas y gorgueces
 Por horas los ponian en aprieto;
 Mas por favor de ciertos andaluces,
 Que los favorecian en secreto,
 Hubieron á las manos arcabuces
 Que hicieron el cerco mas quieto;
 Pues de los que tenían este cargo
 Algunos se hicieron á lo largo.

Muchas veces también salían fuera,
 Cuando los alimentos les faltaban,
 Para poder tomar en la ribera
 De lo que los navíos descargaban:
 A todos asombraban de manera
 Que por amor ó fuerza se lo daban;
 Ofrecían también algunas prendas,
 Por no tomar de balde las haciendas.

No fueron en el cerco tan contínuos
 Los soldados con lanzas y venablos,
 Aunque los dos hacían desatinos,
 Que para los decir faltan vocablos;
 Tanto, que ya quisieran los vecinos
 Que se fueran con todos los diablos,
 Con ser allí los hombres detenidos
 Para la defension destes partidos.

Trataron pues los frailes, de concierto
 Con otros hombres nobles de linaje,
 Cuyo favor también fué descubierto,
 En aviallos para su viaje;
 Al fin ellos salieron deste puerto
 Vestidos y con buen matalotaje,
 Y corrieron después larga carrera,
 Aprobando muy bien adonde quiera.

Estos bullicios vanos acabados,
 De que dimos razon algo sumaria,
 Ortal recogió todos sus soldados
 Para con ellos revolver á Paria;
 Dejó tres bergantines concertados
 De llevar comida necesaria,
 E ir con ellos en la primavera
 En busca del Alonso de Herrera.

Embarcó pues sus gentes Alderete,
 Las suyas Alonso Alvarez Guerrero,
 Ya por trabadas jarcias el grumete,
 Alista lo demás el marinero:
 Deslírese la vela del trinquete,
 Cada cual oficial anda ligero;
 Al fin llegó con esta compañía
 Jerónimo de Ortal donde quería.

Puestos en Turpiar incontinentemente
 Hizo desamparar la fortaleza,
 A la Trinidad fué toda la gente
 Por haber de comida mas grandeza:
 Maruaná los recibe blandamente
 Y los demás no muestran aspereza,
 Porque de los reencuentros atrasados
 Estaban estos indios quebrantados.

Allí toda la gente que traía
 Era medianamente proveída,
 Porque por su rescate cada día
 Acudían los indios con comida;
 Ortal ningún agravio les hacía,
 Y en la paga su boca fué medida,
 Entreteniéndose por sus confines
 Hasta venir aquellos bergantines.

Anduvo por allí con pía mano
 Sin consentir hacerse desatino,
 Esperando las flores del verano
 Para ponerse todos en camino;
 Pero su pensamiento salió vano
 Por el mal que á los otros les avino,
 En batalla feroz, crúel, sangrienta,
 De que daré después prolija cuenta.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas.

Todas las mas personas que perdidas
 Vinimos salir de las jornadas hechas,
 Suelen generalmente ser heridas
 Con estímulos grandes de sospechas
 De que dejaron tierras escondidas
 Por no saber llevar vias derechas;
 Y si tomaran tal ó tal camino
 Llevaran su derrota mejor tino.

Tal sospecha tenían arraigada
 Todos los capitanes y soldados
 Que con Ordás salieron del entrada;
 Y así volvieron muy determinados
 De seguir mas de veras la jornada
 Y costear mejor entrambos lados,
 Y por mejor subir por los esterios
 Llevaban los navíos mas lijeros.

Yendo pues según orden concertado
 Por caudaloso río y estendido,
 Llegaron á Caroa ya nombrado,
 Pueblo de muchos dellos conocido:
 Allí fué nuestro campo reparado
 Y por algunos días detenido,
 Hicieron oficiales con su plancha
 Una barca de Córdoba bien ancha.

A veces la llevaban remolcando
 Cuando las velas della no servían,
 Y en ella los caballos cada y cuando
 Que las necesidades lo pedían:
 Sin que se fatigase nuestro bando,
 Muy á placer entranban y salían,
 Industria del Alonso de Herrera,
 Admirable varon adonde quiera.

En tanto que la barca se hacia
 No faltaban rancheos y salidas,
 Y en ellos los de nuestra compañía
 Hubieron entre piezas recogidas
 Un indio que Chuipa se decía,
 De proporción y fuerzas escogidas,
 Al cual indio pintó naturaleza
 De gran disposición y gentileza.

Hombre, según se vió, de gran pericia
 En regir escuadrones de su guerra,
 Y este certificaba sin malicia
 Estar cerca de allí próspera tierra;
 Y siempre señaló la tal noticia
 A las otras vertientes de la sierra,
 Otros algunos indios deste puerto
 Afirmaban lo mismo por muy cierto.

Y una cariba india, Catalina
 De Perálvarez, moza diligente,
 Mujer de gran razon é ya ladina,
 Conformaba con estos juntamente;
 Por lo cual el Herrera determina
 De enviar al Ordás con cierta gente,
 El cual luego partió con buen avío
 A la siniestra mano deste río.

Fueron nuestros soldados peregrinos
 Por el paraje dicho, por las guías
 Hallaron muchas sendas y caminos
 Que se decía ser de pesquerías;
 Y sin poder hallar indios vecinos
 Anduvieron al pié de veinte días
 Por tan espesas y ásperas montañas,
 Que no bastaban ya fuerzas ni mañas.

Todos ellos de hambre perecían
 Vencidos y rendidos á flaqueza,
 Los caballos tampoco no podían
 Romper por las alturas y aspereza;
 Y cuanto mas arriba los subían
 Hallaban cumbre de mayor grandeza;
 Cesaban ya las hachas y azadones
 Por la debilidad de los peones.

Viendo que no podían ya valerse
 Y el gran trabajo que se padecía,
 Determinaron todos de volverse
 Donde queda la otra compañía:
 Que tampoco podía mantenerse,
 Antes necesidad los compelia
 A proseguir arriba su viaje
 Para buscar algún matalotaje.

En continuación desta corrida
 Descubrieron algunas poblaciones,
 Do hallaron un poco de comida
 Aunque no sin guerreros tropezones.
 Determinó hacer otra salida
 El Herrera con copia de varones,
 Pensando que se diera mejor maña
 Para romper tan áspera montaña.

Perseveró con grande sufrimiento
Tres ó cuatro semanas de jornada,
Mas no pudo salir con el intento
Por estar ya la gente fatigada ;
Volvióse no sin gran desabrimiento,
Y junto con la gente del armada
A boga y remo sus navios saca
Hasta cerca del río Caranaca.

Vieron disposición de poblaciones
Desde los barcos acia manderecha,
Saltaron luego copia de peones
Por senda que se vió no ser estrecha :
Toparon luego grandes escuadrones,
Infinita macana, dardo, flecha,
De manatí fortísimos paveses
Do hacen poca mella los reveses.

El gran Herrera su caballo lleva,
Y de los suyos iban arreados
Morán y tesorero Villanueva,
Con armas de algodón encubiertos ;
Y para dar de sí bastante prueba
Los peones también iban armados,
Los cuales viendo gentes tan dispuestas
Las armas y las manos hacen prestas.

Suena la vocería y el estruendo
De los itotos bárbaros, lozanos,
Los labios con coraje remordiando
Vienen al escuadron de los cristianos,
Y el indio capitán iba diciendo :
« Vivos me los tomad todos á manos,
Que los quiero tener en mis riberas
Para que me cultiven sementeras.

» De mujeril temor limpiad los senos
Para poder tomar justas venganzas,
De los que ya sabeis que no son buenos,
Pues vienen á comer nuestras labranzas,
Sin su sudor gozando los ajenos
Con otras desmedidas destemplanzas. »
Retrécense la gente castellana
Para sacallos mas á la zavana.

Después que los tuvieron á contento
El capitán Alonso de Herrera
Hizo cierta señal de rompimiento
Atropellando bien esta carrera :
Entró con furia de león hambriento
Y con aquel valor de quien él era,
Villanueva y Morán siguen sus huellos
Y todos los demás fueron tras ellos.

Infinidad de sangre va vertiendo
Gandules señalados derribando,
A una y otra mano revolviendo,
Peones y caballos animando :
Penachos y plumajes abatiendo,
Pechos, cuellos, ijares traspasando :
Increible parece la matanza
Que este gigante hizo con su lanza.

Bien así como cuando los furoros
Del águila, con alas estendidas,
Van robando las hojas y las flores
Que estaban de sus árboles asidas ;
Y quedan ya perdidos sus olores,
Por cultivados campos esparcidas,
O ya por los caminos y calzadas
En partes diferentes arrolladas ;

No menos que con tales movimientos
Las fuerzas del Herrera se mostraban,
Derribando guerreros ornamentos
De los indios que mas se señalaban :
A qui vereis caidos y sangrientos,
Allí montones muertos se hollaban,
Acullá se rehacen los itotos
Con grandes alaridos y alborotos.

Morán y el tesorero Villanueva
No daban menos muestra de valores ;
Pues cada cual su fuerte lanza ceba
Donde van los riesgos ser mayores :
El escuadron de pié también se prueba
En hechos y hazañas no menores,
Por ser todos varones escogidos
Y en militares artes instruidos.

Miguel Holguín y Joan de Avellaneda,
Por aquellos lugares de su suerte,
Hacían bien abierta la vereda
Entregando contrarios á la muerte ;
Pues el escuadra Sanchez de Cepeda
Junto con los valores de Joan Fuerte
Hicieron aquel día maravillas
Tantas, que no podría yo decillas.

Durando pues el bárbaro guerrero
Juntos á una misma coyuntura,
Acudieron con un encuentro fiero
Para dar fin á la batalla dura ;
El caballo murió del tesorero,
Que se tuvo por harta desventura,
Muy mal herido Sanchez y Roberto,
Y Joan de Avellaneda casi muerto.

Encendida la furia que no para,
Sin desmayar jamás la gente fiera,
Al general hirieron en la cara
Por llevar levantada la visera ;
Y la herida fué con una vara
Tostada, de durísima madera,
Quitóse la, y estando mal herido
Fué de mayor furor mas encendido.

El bríoso caballo revolviendo
Que con sus voluntades respondía,
Por do quiera que pasa va haciendo
Lo que su gran enojo pretendía :
De su furor los indios van perdiendo
Y por los nuestros nada se perdía,
Calor y sed á todos enemiga
Les causaba grandísima fatiga.

Apriosa por vencer tan duro trance
Andan entre desnudos los de faldas ;
Pero juzgando ser mejor balance
Los desnudos volvieron las espaldas :
Los vestidos siguieron el alcance
No por oro ni piedras esmeraldas,
Sino para gozar de su comida
Y ver do la tenían recogida.

De la cual fueron todos proveidos,
Y por entonces fué mediana suerte ;
Curaron luego todos los heridos,
De los cuales ninguno fué de muerte :
Fueron algunos días detenidos
En esta parte con reguardo fuerte,
Hasta que la herida compañía
Se sintió con alguna mejoría.

Obra de quince días ya pasados,
Con alguna comida que se saca,
Fueron pasando muchos despoblados
Por encima del río Caranaca :
Donde Diego de Ordás y sus soldados
No quisieron creer al arriaca ;
Andaba ya la gente muy caída
Por faltalles á todos la comida.

Satisfacían este desconsuelo
Con hallar mucho bledo colorado,
Con una cierta red ó chinchorruelo
Se tomaba también algun pescado :
Sacaron una vez con un anzuelo
Un peje de los otros estremado,
Que parecía ser congrio perfeto,
Pero miraculoso su secreto.

Porque traído hasta la ribera,
Teniéndolo Miguel Holguín asido,
Comenzó de temblar en gran manera
Quedando casi fuera de sentido ;
Ayudáronle muchos, y cualquiera
Deste mismo temblor fué poseído,
Y nadie se halló que no temblase,
Aunque con una lanza le tocase.

Para satisfacer necesidades
Al fin lo degolló hambrienta mano,
Hállanse destos pejes cantidades
En los ríos que corren por lo llano :
Tiene las sobredichas propiedades,
Es bueno de comer y no mal sano ;
Y este peje se dice *quantum credo*,
En griego *narce*, y en latín *torpedo*.

Navegó pues el campo peregrino
Inquiriendo mas prósperos asientos,
Y cuanto mas crecía su camino
Tanto mas descrecían alimentos ;
Pero con un suceso repentino
Se templaron aquestos descontentos,
Y fué ver en un puerto y anconada
Gran flota de caribes reparada.

Bajaban por el rio de los altos,
Habiendo hecho ya por las comarcas
Provincias y lugares grandes saltos,
Hinchiendo los ijares y las arcas ;
Y muy ajenos destos sobresaltos
Estaban allí fuera de las barcas,
Ocupados las manos y los ojos
En repartir preseas y despojos.

Un solo bergantín vido la junta,
Cuando la luz de Febo se ponía,
Y fué yendo doblando cierta punta
Que las dichas piraguas encubría :
El cual sin mas respuesta ni pregunta
Se dejó de caer por do venía,
Los remos levantados y tendidos
Como no fueron vistos ni sentidos.

Viéndolos revolver de la manera,
Sin boga y al amor de la corriente,
Fué cosa conocida del Herrera
Haber detrás de aquella punta gente :
Tomó desotra parte la ribera,
Y los demás navios juntamente ;
Consultan capitanes este hecho
Para los saltar mas á provecho.

Al fin nuestra cristiana compañía
En este parecer solo se cierra,
De les acometer cerca del día
Por la parte del agua y de la tierra ;
Porque desta manera se haría
Sin riesgo y á sabor aquesta guerra,
Y para los curar y regalallos,
Desembarcaron luego los caballos.

Fué luego Luis Perdomo Cebadilla,
Para tales negocios suficiente,
Escogido peon por maravilla,
Con otros por espía desta gente :
Vieron los rancheados á la orilla,
Sin recelos de tal inconveniente,
Y vieron á la una y otra mano
Para correr caballos un buen llano.

Tornaron á hacer estos conciertos,
Que los de tierra todos estuviesen
En unas arboledas encubiertos,
Hasta tanto que los del agua diesen
En las barcas varadas en los puertos,
Y luego todos juntos acudiesen,
Lo cual hicieron los de nuestro bando,
Sin discrepar un punto deste mando.

Llegada pues la hora concertada,
El general los hizo todos prestos,
El iba con los barcos del armada,
Los de tierra se fueron á sus puestos,
Con intencion de dar el alborada
En indios tan crueles y molestos ;
Dobló la punta nuestra compañía,
Llegada ya la claridad del día.

Como los vió venir la gente fiera,
Admirados de ver cosa tan rara,
Acudieron los mas á la ribera
Lijeros y veloces como jara ;
Luego dió grandes voces el Herrera,
Los caribes en él ponen la cara,
Asidos de las barcas ó piraguas
Intentando metellas en las aguas.

« ¡ Ah barbudos ! Seiais muy bien llegados,
Les decia la gente monstruosa,
Días ha que tenemos deseados
Encuentros desta caza delictosa :
Sereis en nuestras ollas regalados,
Veremos si tenéis carne sabrosa ;
Ya vamos, suspended remos un poco,
Enmendaremos el intento loco.

Mas los del agua ya tenían prestas,
Para les impedir salir al rio,
Algunas escopetas y ballestas,
Cuyos tiros no daban en vacío ;
Y así por ser las balas tan molestas,
Hicieron algun tanto de desvío,
Andando pues trabada ya la guerra,
Llegaron por su parte los de tierra.

Luego como sintieron el ruido
De nuestros caballeros y peones,
Los bárbaros en guerras instruidos
Formaron concertados escuadrones ;
Y en unas matas bien fortalecidos,
Peleaban no menos que leones :
Los nuestros por hacelles muy al caso
Trabajaban sacallos á lo raso.

El general salió con sus soldados,
Entrando por las matas atrevidos,
Algunos dellos fueron lastimados,
Villagomez y Aller muy mal heridos :
Tornaron á herir por todos lados
Los nuestros con gran furia conmovidos,
Y el general Alonso de Herrera
Comenzó de hacer ancha carrera.

Acuden los demás con fuerte mano,
Y fué de tal manera la pelea,
Que pudieron sacallos á lo llano,
En parte que el caballo los desea :
El Alvaro de Ordás salió lozano,
A las parejas del Pedro de Cea,
Morán y Villagrán incontinentemente,
Rompiendo por el medio desta gente.

Vereis traspasar pechos y barrigas,
Derribar arco, flecha, dardo, maza ;
No siega con sudor tantas espigas
El corvo labrador en ancha haza,
Cuantos de aquestas gentes enemigas,
Caían por aquella larga plaza,
Pues los peones iban con tal brío
Que no dieron jamás golpe baldío.

Miguel Holguin, Perálvarez, Joan Fuerte
Y aquel Luis Perdomo Cebadilla,
Cada cual de los dichos hizo suerte,
Que se puede contar por maravilla :
Pues Joan Avellaneda cuanta muerte
Lo hizo vencedor en la rencilla,
Y aunque de poca edad, Pero Fernandez
Se hizo ser autor de hechos grandes.

¿ Qué se podrá decir del arma fiera
Del que regia todos los soldados,
Siendo ya mas herrero que Herrera,
Segun sus golpes fieros y pesados ?
El es el que llevó la delantera
Derribando los mas aventajados,
Y por su parte fué cosa notoria
Que cantaron los nuestros la victoria.

Por ser de humana sangre tan sedientos
Y no quererse dar ni ser rendidos,
Quedaron muertos mas de cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos, escondidos :
Recorrieron los nuestros los asientos,
Do vieron en prisiones detenidos,
Indios diciendo por vocablos notos :
Nosotros no caribes, sino itotos.

Decíanlo porque no los matasen,
Mas antes compasion dellos hubiesen ;
El general mandó que los soltasen
Y ningunos agravios les hiciesen
Antes les diesen lo que demandasen
De las cosas que suyas conociesen
Asegurándolos de mala guerra,
Y de llevallos salvos á su tierra.

Holgaron los itotos del mensaje
Y oferta de tan buen salvoconduto,
Y luego señalaron el paraje
Declarándoles ser de Caburuto ;
Fueron los indios pues este viaje,
Tentado, pero nunca resoluto,
Y en la prosecucion de la tal via
Decia cada cual lo que sabia.

Recogieron los nuestros los despojos ,
Maiz , yucas y chacos deseados ,
Todos muy encendidos en enojos
Por hallar muchos indios cuarteados ;
Y no por nuevas ya , sino por ojos
Los ven en barbacoas ser asados ;
Admiranse de tales insolencias
Y tan abominables pestilencias.

De los nuestros perdieron tres las vidas :
Villagomez , Aller , de quien escribo ,
Y Zárate , personas conocidas
Y de valor y punto bien altivo :
El Joan Fuerte sacó trece heridas ,
El cual en estos tiempos está vivo ,
Y pobre como dicen tras paredes ,
Siendo persona digna de mercedes.

Huyendo corrupcion de tantos muertos ,
Determinó la gente castellana
De sacar los navios destes puertos ,
Y partir otro día de mañana ;
Y aquellos indios los hicieron ciertos
Quedar atrás la tierra de Guayana ,
Y de morar mas adelante Meta ,
Provincia de algodón y camiseta.

Algunos hombres viejos han querido
Decir ser este Meta que tratamos ,
Rio de Turnequé muy conocido
Que sale deste reino donde estamos
Mas es un parecer desvanecido
Para los que mejor lo tanteamos ,
Ni debe de caber en seso de hombre
Ser este , ni tener aqueste nombre.

Debió nacer aquesta conjetura ,
Entre los curiosos baquianos ,
Por ser aquesta la mayor altura
Del reino que tenemos entre manos ,
Y la mayor distancia de longura
De los rios que vierten á los llanos ,
Pues desde aquí van unos al puente ,
Y otros acia la parte del oriente.

Siendo pues la distancia tan discreta ,
Y con tan prolisimos desvios ,
Y en tan grande distancia se entremeta
Innumerable cantidad de rios ,
Y todos sus vecinos llamen Meta ,
A aquel por donde entraron los navios ,
Parece por razon averiguada ,
No ser el nuevo reino de Granada.

Antes entre los dos rios distantes ,
Que son el Marañon y el Urinoco ,
Piensan haber provincias abundantes
Y el parecer no tengo yo por loco :
Mayormente las dos ya dichas antes ,
Cuyo compás no debe de ser poco ,
De la cual opinton son los itotos ,
Los mas cercanos y los mas remotos.

Y así nuestro Herrera , resolutivo
En proseguir aquel descubrimiento ,
Llevó los indios hasta Caburuto
Por dar á su promesa cumplimiento :
Enviaron un indio bien instruto
Que diese cuenta de su salvamento
A sus amigos , deudos y parientes
Para que visitasen nuestras gentes.

En cumplimiento fué de sus mandados ,
Y en busca de los pueblos conocidos ;
Hallólos destruidos y asolados
Por aquellos caribes ya punidos :
Buscó los unos y los otros lados ,
Hasta dar donde estaban escondidos ;
Dió larga cuenta de su buena suerte ,
Y cómo los libraron de la muerte.

Sabiendo ser sus deudos y vecinos
Libres de la prision y perdimiento ,
Y muertos los protervos y malinos
Caribes del ejército sangriento ,
Arudieron á ver los peregrinos
Y traelles algun mantenimiento ,
Diéronles cierta guía de buen tino ,
Para prosecucion de su camino.

Llegaron á las peñas y canales ,
A quien Ordás juzgó por imposibles ,
Por ser impetuosisimos raudales ,
Y fuerzas de corrientes increíbles ;
Y con ser increíbles ya sus males ,
Las hambres y trabajos insufribles ;
Tentaron de pasar mas adelante ,
Y la perseverancia fué bastante.

Toda la cargazon pusieron fuera
Escepto los remeros esforzados ,
Para poder pasar á la lijera ,
De remos y de sirgas ayudados :
Fué laboriosísima carrera ,
Pero no los trabajos escusados ,
Pues aunque sin un punto de descanso ,
Subieron do hallaron mas remanso.

La cual suerte no fué tan venturosa
Que fuese sin desgracia de Roberto ,
Por caer de una peña resbalosa ,
Donde saltó pensando tomar puerto ;
Y por el agua ser impetuosa ,
Nunca mas pareció vivo ni muerto ;
Dió grave pena hado tan siniestro ,
Por ser valiente , suelto y hombre diestro.

Embarcados en partes mas seguras ,
Prosiguen los intentos de su via ,
Con tantas y tan grandes desventuras
Que ya memoria dellas se desvia :
Murciélagos y cosas mas impuras
Por muy grande regalo se tenían ,
Por haber en el uno y otro lado
Inmenso campo , pero despoblado.

Yendo de la manera que refiero ,
Habiendo muchos dias navegado ,
Dieron en la gran boca del estero
De Meta sumamente deseado :
Alegrosé cualquiera compañero ,
Pensando ser concluso su cuidado ,
Pues aunque de poblado no ven cosa ,
La tierra se mostraba mas lustrada.

Navegados por él algunos dias ,
Con hambres y trabajos tan insines ,
Determinaron estas compañías
Algun tiempo dejar los bergantines ,
Para buscar algunas chucherías ,
Y mas enjutos términos y fines ,
A causa del invierno ser cercano ,
Y venir ya con rigurosa mano.

En este parecer determinados ,
Dejaron los navios escondidos ,
En un estero todos entramados ,
Y á troncones de árboles asidos :
Saltaron pues en tierra los soldados ,
Y todos los demás apercebidos ,
Mancos y cojos van la tierra dentro ,
Deseando topar algun recuento.

Con un trabajo iban , no sencillo ,
Por ciénagas y pântanos muy varios ,
Y llevaban acuestas el hatillo ,
Los tiros y pertrechos necesarios :
Con tal rigor que yo no sé decillo ,
Por cumplir tales trances ser sumarios ,
Al fin salió la gente fatigada
A tierra ya mas alta y escombrada.

En saliendo de aquellos cenagales
Y montañas de gran desabrimento ,
Hallaron luego rastros y señales ,
Que dieron crecidísimo contento ,
Porque donde hallaban naturales ,
No podia faltar mantenimiento ;
Y así Herrera capitán esperto
Hizo que se pudiesen en concierto.

Pero Fernandez , por su gran soltura
Y ser en cualquier cosa diligente ,
En un árbol subió de gran altura
Por devisar mejor aquella frente :
Vido señal patente de cultura ,
Puesto caso que no pudo ver gente ,
Sino por grande trecho de desvios ,
Bultos que parecían ser buhios.

Los términos ya dichos entendidos,
Puesto que nada cierto de lo cierto,
De necesarias armas proveidos
Caninaron por orden y concierto;
Mas no pudieron ir sin ser sentidos,
A causa de ser campo descubierto,
Y ser los indios jaguas carniceros,
Todos vigilantísimos guerreros.

Los cuales en aquestos menesteres,
De toda cobardía muy ajenos,
Enviaron al monte las mujeres,
Al inútil varón ni más ni menos;
Y fueron sus guerreros pareceres
Esperar en el campo como buenos,
Con largas guaicas, dardos y paveses,
Sin temer de fortuna los reveses.

Salen al campo con potente mano
Formados escuadrones como diestros,
Compusieron el campo castellano
También los adalides y maestros;
Esperaron los jaguas en un llano
Muy á pedir de boca de los nuestros;
Por ir en los caballos quien bastaba
Vencer y sujetar fuerza mas brava.

Llegados pues á cómoda carrera
Cada cual deseando vencimiento,
Hizo señal Alonso de Herrera
Y los jaguas también de rompimiento.
El indio se mostró con mano fiera,
El español feroz anda sangriento;
Unas veces los indios jaguas caen,
Y otras veces los nuestros se retraen.

Anda la cuchillada bien espesa,
El golpe de macana muy pesado,
Las puntas de las guaicas atraviesa
El sayo de algodón mas estofado;
Pero Herrera daba grande priesa
Al escuadron que vía mas cerrado:
Unos traspasa y otros atropella,
Haciendo donde quiera grande mella.

Como bala de tiro de fuslera
De furiosos fuegos impelida,
Que rompe con su fuerza la hilera
De la gente mejor y mas lucida,
La cual fué por allí red barredera,
Pues á cuantos tocó dejó sin vida,
Y no fué menester segunda suerte
Para ser herederos de la muerte;

Así con esta misma destemplanza
Rompió Herrera por los escuadrones,
Dejando traspasados de su lanza
Mil bárbaros y duros corazones.
Aumentan ansimismo la matanza
Ordás y Villagrán con los peones,
Bracamonte, Holguín, Joan de Losada,
Y Torrellas, persona señalada.

De grande mortandad los campos llenos,
Infinidad de sangre ya vertida,
Pudieron mas al fin los que eran menos
Poniendo á los contrarios en huida:
Buscaron por aquellos anchos senos,
Y hallaron buen golpe de comida,
Con que la gente nuestra se mantuvo;
Y después os diré lo que mas hubo.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán ALONSO DE HERRERA,
y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.

Quando valor de capitán florece,
Florecen los valores del soldado,
Si tropieza, si cae, si perece,
El ejército queda desmayado,
Y el ánimo de muchos desfallece
Para no proseguir lo comenzado;
Que miembros á contrarios miembros hieren,
Mas muerta la cabeza todos mueren.

Lo mismo fué de los que voy diciendo,
Aunque todos fortísimos varones;
Pues al tiempo que iban descubriendo
Mayores y mejores poblaciones,
Por los achaques que decir entiendo
Se perdieron aquellas ocasiones,
Y por dejar de mano coyuntura
Acaso se perdió buena ventura.

Llegaron pues al pueblo que se vido,
De la gente de jaguas ya vencida,
Do estuvo nuestro campo detenido
El tiempo que duraba la comida;
Mas el mantenimiento concluido
Hicieron del asiento despedida,
Y nuestros españoles peregrinos
Siguieron mas adentro los caminos.

El invierno sembraba sus rigores
Ajenos de la seca del estío,
E yendo no sin grandes sinsabores
Vinieron á topar un cierto río;
El cual pasaron doce nadadores
Con sola desnudez por atavío,
En pañetes que dicen y con suelas
Con solas las espadas y rodela.

Aquestos eran hombres de gran tomo
Para bien espíar cualquiera cosa,
Sacar un rastro y abaitir el lomo:
Y destos fué Madroño y Espinosa,
Garcí Perez de Vargas, Luis Perdomo,
Usagre, Gaspar Alvarez, Velosa,
Pero Fernandez, Joan de Campo, Peña,
Torrellas y Francisco de Ludeña.

En pasando los doce desta lista,
Cada cual recatado y advertido,
Sin cosa de cubierta que los vista,
Fueron por un camino muy seguido;
Y á cabo de gran rato dieron vista,
A cierto pueblo grande, divertido:
Volviéronse, segun les fué mandado,
Y de lo visto dieron su recado.

Dadas las nuevas deste hallamiento
Y con afirmacion de no ser falsas,
Recebieron grandísimo contento,
Y luego se hicieron muchas balsas:
Pasó cualquiera dellos tan hambriento
Que pudiera comer sin otras salsas,
Y en pasar el bagaj que se traía
Gastaron la mayor parte del día.

Las gentes y pertrechos colocados
Por playas que corrian otra banda
Hicieron allí noche los soldados,
La cual no fué de pluvias poco blanda:
Y los noturnos cursos acabados,
Siguieron con buen orden su demanda,
Armados los caballos y peones
Y en buena proporcion los escuadrones.

Mas antes que partiesen de la orilla,
Del mucho trabajar ya quebrantado,
Falleció Manuel Martín Ramilla,
Que fué valerosísimo soldado;
Escogido peon por maravilla,
Y en cualquiera rencuentro señalado,
Y dada la posible sepultura
Siguieron adelante su ventura.

Mas aunque caminaban advertidos,
No se pudo llevar tanto sosiego
Que pudiesen llegar sin ser sentidos
De los vecinos, que huyeron luego;
Y así fueron los nuestros recibidos
Sin nadie perturballes el entrego,
Hallaron las comidas que les cuadran
Y unos perrillos chicos que no ladran.

Son buenos de comer y dichos mayos,
A los cuales también llaman auries,
Hallaron cantidad de guacamayos,
Papagayos y micos y cories;
Y frutas de guayabas y papayas,
Con no sé cuántos pájaros pajies,
Que en tiempo y en sazón mas regalada
Se tiene por comida delicada.

Son grandes, y uno dellos tiene cresta
De plumas solamente bien formada,
Otros en la cabeza tienen puesta
Una bien hecha piedra turquesada:
Otros la tienen verde, y es aquesta
Tal, que la juzgareis por bien preciada;
Mas cosa hueca es, y tal que pierde
El muerto su color azul ó verde.

Puestos en este pueblo que ya cuento
Con la vela que pide buen gobierno,
Recogieron algun mantenimiento,
Aunque poco maiz por estar tierno:
Perseveraron en aquel asiento
Hasta pasar la furia del invierno;
Era cada buhío prepotente,
Y capaz de gran número de gente.

Salían por los campos cultivados
A buscar los maíces y cogellos,
Do tuvieron rencuentros porfiados
Y salieron muy bien de todos ellos:
Hicieron allí hechos señalados
Que no tengo lugar para ponellos;
Y sé que señaló bien su persona
Alejandro Durazo y un Bayona.

Viendo los indios pues su mal presente,
Apellidáronse de comarcanos
Crecidísimo número de gente
De sueltos piés, fortísimos de manos,
Y buscaron un tiempo conviniente
Para venir á dar en los cristianos,
Con determinacion y con intento
De morir ó gozar de vencimiento.

Por bien efctuar sus intenciones
De diferentes armas proveidos,
Ocuparon los campos escuadrones,
Sin vanos alborotos ni ruidos;
Mas todos con soberbios corazones
De rabiosa venganza poseidos,
Y con obstinacion tal y tan dura
Que no causó pequeña desventura.

Iba cualquiera dellos muy untado
Todo hasta la parte mas sujeta,
De bija, que es bitumen colorado
Que los miembros y carnes les aprieta,
Tan diestro sagitario y acertado
Que no suelta de balde la saeta,
Por siempre ser en todos los oficios
Estos sus principales ejercicios.

Cualquiera morador de aquesta tierra
De tales asperezas se compuso,
Que de paz y sosiego se destierra
Y en furia y en rigor esta recluso:
Así que todos son hombres de guerra
Desde que de razon tuvieron uso,
El principal, menor y mas villano
Nacieron con las armas en la mano.

Y aunque en otros oficios se recrea
Como cultivar campos y florestas,
Oficio principal es la pelea,
Sus bodas, regocijos y sus fiestas;
Tomándole la voz do quier que sea
Los arcos y las flechas están prestas,
Así que todos llevan buena gana
De verse con la gente castellana.

Andaban de los nuestros muchos fuera
Del pueblo y en rancheos ocupados;
Y el capitán Alonso de Herrera
En él querió con los demás soldados,
Con el recato que menester era
Si fuesen de los indios saoteados,
De noche siempre vigilante vela,
Y ansimismo de día centinela.

Y sin haber semeja ni barrunto
De quien pudiese ser sobresaltado,
Sus armas y caballo muy á punto,
El freno del arzon siempre cogado
Dentro de su buhío, y allí junto
Para tenello mas á buen recado,
Y á todos en aquesta posadumbre
Les hacia tener esta costumbre.

Estaba pues á toda coyuntura
Para hacer bastante resistencia,
Mas no siempre vereis hora segura
En trances de sangrienta competencia.
Antes si prevalece desventura
Vale poco la buena diligencia;
Y lo que hado quiere que ya sea,
Por mil vias y modos se rodea.

A la sazón que el bárbaro llegaba
Con pretension tan dura como esta,
La gente castellana reposaba
El pesado bochorno de la siesta,
Debajo centinela que velaba
En un alto buhío siempre puesta,
Mirando todas partes del estancia
Con toda la posible vigilancia.

Mas cierta mujer fué, que no debiera,
En esta turbacion, cuyo marido
Con todos los demas andaba fuera
En recoger comida divertido;
La cual no fué mujer sino Mejera,
Segun el mal después acontecido:
A la vela llegó pues esta dueña
A fin de de rogar fuese por leña.

Esto con gran instaneia le rogaba
Por guisar no sé qué de lo que habia,
Para dar al marido que esperaba
Con los demás de nuestra compañía:
La vela grandemente se escusaba,
Y ella lo convenció por esta via:
Traedme con que haga la candela,
Y entre tanto que vais haré yo vela.

Persuadido pues para que vaya,
Como quien mal alguno no reecla,
El sayo se bajó, subió la saya
Al lugar señalado para vela:
Comenzó de hacer el atalaya,
Y al fin fué de mujer la centinela,
Pues el espacio fué nada prolijo,
O si los indios vido no lo dijo.

Vinieron por la parte que tenia
Una quebrada grande montüosa,
Que al pueblo con sus aguas proveia,
Y en esta coyuntura fué dañosa;
Pues su fuerza de ramas encubria
La multitud de gente belicosa,
Y como su lugar dispuesto fuese,
Llegaron sin que nadie los sintiese.

Saliedo de las matas y manglares
Topó con un muchacho la tormenta
De la morisca Leonor Suarez
A quien llamábamos la Fundamenta:
Hijo que procedió de sus ijares,
Del cual ninguno dellos hizo cuenta,
Antes sin enseñalle mal semblante
El ímpetu pasó mas adelante.

Como lago de llano muy remoto,
Antes en alta sierra represado,
Que con gran tempestad y terremoto
Rompió lo mas pendiente del un lado,
Y el aguaje llevó tal alboroto
Que trocó los descuidos en cuidado,
Y con aquel grandísimo ruido
Cercano morador se vió perdido;

Con tal ímpetu son acometidos
Los españoles pocos que dormían:
Despiertan los despiertos y dormidos,
Y acuden á las armas que tenían;
Algunos dellos fueron mal heridos
Al salir de las casas do vivían,
Uno sale con armas, otro fulto,
Y todos con pesado sobresalto.

Acude luego para su caballo
El capitán Alonso de Herrera;
Mas ¡ay dolor! que no pudo hallallo
En su bien proveida pesebrera;
Porque sin él decillo ni mandallo
Se lo llevaron para que bebiera,
Luego con el orgullo de su brio
Salió para pedillo del buhío.

Vendo pues el varon via derecha
En cuerpo, y en la mano una espada,
Pasóle las espaldas una flecha,
Otra le segundó por la quijada:
Volvióse luego con mortal sospecha
Para se las quitar en la posada,
Luego muchos soldados acudieron,
Y el caballo que pide le trajeron.

En este tiempo ya Pedro de Cea,
Morán y Ordás andaban á caballo,
Y el daño que hicieron se me crea
Que no seré capaz para contallo;
Mas el bárbaro vence la pelea,
Y no son parte para sojuzgallo,
Aunque les ayudaban los peones
No menos que bravísimos leones.

A caballo salió luego Herrera
Con determinacion de su venganza.
El herido leon salió ya fuera:
¿Quién os dirá la fuerza de su lanza,
Y cuán ancha hacia la carrera,
Cuán grande, cuán crecida la matanza?
Con tal furor los bárbaros rompía,
Que todo por delante lo barria.

Como toro que rompe por villanos
En multitud ajena de conciertos,
Que por los que se muestran mas ufanos
Suele hacer caminos mas abiertos:
Unos atropellando con las manos,
Otros que con los cuernos deja muertos,
Y los ya lastimados y los sueltos
Todos andan confusos y revueltos:

No menos que con estas furias tales,
Antes con mas críeles prentensiones,
Rompió por los indios principales
Desbaratando duros escuadrones:
En unos las lanzadas son mortales,
En otros nunca vistas confusiones;
Pues no ve principal en esta guerra
Que no derribe luego por la tierra.

Todavía porfia quien se halla
Con armas ofensivas y con vida,
Pero viendo la bárbara cavalla
La competencia tal y tan reñida,
Desamparó con miedo la batalla,
Y todos se pusieron en huida;
Tras ellos los caballos sin Herrera
Siguen por su mandado la carrera.

Estos tres caballeros van siguiendo
Al bárbaro cruel y duro bando,
Los unos de los otros dividiendo,
Gran número de sangre derramando;
Que no hiciesen cuerpo defendiendo
Para mejor los ir alcanceando,
Mas un indio ya viejo se repara
Y al buen Pedro de Cea hizo cara.

Batió las piernas él por derriballo,
Mas el gandul usó de tal reguardo
Que le hirió de muerte su caballo,
Pasados los ijares con un dardo:
Espoleólo mas por alcanzallo,
Mas un cierto temblor lo hizo tardo,
Bajóse para ver el desconcierto,
Y el dardo fuera luego cayó muerto.

Morán y Ordás, por no perder el lance
Y poner mas temor en estas gentes,
Con gran furor siguieron el alcance
Dándose los reguardos convinientes;
Y fué de temerarios el balance
En ir solos sin otros combatientes;
Mas el atrevimiento de locura
Buen suceso lo hizo ser cordura.

Pues al tiempo que van por la zavana
Siguiendo la desnuda compañía,
Toparon con la gente castellana
Que de buscar comida ya venia:
Todos juntos en ellos dan de gana
Sin poder atinar por qué seria,
Y los indios huyendo de rigores
Vinieron á hallar otros mayores.

Porque todos herian á porfia
Encendiendo de nuevo la pendencia,
No menos, ni con menos valentia
Que tuvo la primera competencia;
Y los briosos indios todavía
Hacian la posible resistencia;
En las cuales fatigas y vejamen
Hubo también un singular certamen.

Porque Antonio Fernandez, lusitano,
Topó con un mancebo bien dispuesto,
Que lo hizo salir mas á lo llano
Haciendo señas con minace gesto:
Batalla se trabó con dura mano,
Sin que los nuestros viesan nada desto;
El indio de sus armas se aprovecha,
Y el muslo le pasó con una flecha.

El lusitano fuerte y esforzado,
Puesto que se sintió muy mal herido,
Nada de su vigor menoscabado
Fajó don el gandul embravecido;
Ninguno dellos anda desmayado,
Y cada cual defiende su partido:
Hubo de todas partes grande priesa,
Puñete y cabezada mas espesa.

Por no venir á menos ni rendirse
Sacude la rodilla y anda diente:
El terrible gandul quisiera irse
Recelando favor de nuestra gente,
Y así reflorejó por desasirse;
Mas Antonio Fernandez no consiente,
Antes sus gruesos brazos y sus garras
Servian de fortísimas amarras.

Como dragon asido de la caza,
Que en Indias salteó con sus aecchos,
Y con sus duras roscas embaraza
Los miembros y resuello de los pechos,
Y aunque por luego no la despedaza,
Los huesos tiene ya casi deshechos,
Y cuanto cruje mas hueso que quiebra
Dos tantos mas aprieta la culebra;

No con menos vigor ni menos blando
El Antonio Fernandez dél afierra,
Y andando mucho tiempo forcejando
Dióte traspíe que dió con él en tierra:
Por la cual anduvieron revolcando
Cada cual por vencer aquesta guerra;
Al fin lo sujetó, mas de manera
Que no lo mató, puesto que pudiera.

Conclusas y acabadas las cuestiones
En que los dos se vieron de mal arte,
El indio se dejó poner prisiones
Por superioridad del otro Marte;
Y el vencedor la flecha de harpones
Sacóse la por la contraria parte,
Aunque con la herida penetrante
Paso no pudo dar mas adelante.

Mas espaldas ajenas tuvo prestas,
Porque para llegar á su rebaño,
El indio lo tomó sobre sus cuestas
Recompensando parte deste daño:
Fueron las otras gentes descompuestas
Ansimismo con un rigor estraño,
Para todas las partes tan molesto
Que su furia duró hasta sol puesto.

Desbaratada pues la gente brava,
Los nuestros recogidos á bandera,
El Ordás les contó lo que pasaba
A los que ya dijimos andar fuera;
También de la manera que quedaba
El general Alonso de Herrera
En grandísimo riesgo de su vida,
De que se recibió pena crecida.

Y tanta, que cualquier noble soldado
Hacia sentimiento lamentable,
Por ser de todos ellos muy amado
Con voluntad sincera y entrañable:
Era bien comedido, bien criado,
Su conversacion grata y amigable,
Hombre bastante para todas cosas,
Y cuyas fuerzas fueron monstruosas.

Con el desgusto pues desta fortuna
Que mayor sinsabor les prometia,
Caminaron de noche con la luna
Por asconderse ya la luz del día:
Llegaron al lugar todos á una
Do hallaron la triste compañía,
Crecida cantidad dellos flechados
Y algunos de vivir desconflados.

Curaron luego todos los heridos
Desta valerosísima caterva,
Y fueron los mas dellos socorridos,
Puesto que los curó crasa Minerva;
Pero contáronse con los perdidos
Tres de los que hirió nociva yerba:
Vargas, Usagre, nuestro buen Herrera,
Indigno de morir desta manera.

Tuvo de duración día seteno
Después de la sangrienta competencia,
Rabiando con la fuerza del veneno
Armado de grandísima paciencia;
Hizo sus diligencias como bueno
Con toda la posible penitencia,
Noble fué de nación y también era
Natural de Jerez de la Frontera.

Al Alvaro de Ordás dejó su cargo
Antes que desta vida se partiese,
Porque queriendo ir mas á lo largo
Aqueste caballero los rigiese,
Mas fué su fin á todos tan amargo
Que cosa no se vió que mas lo fuese,
Y así con un extraño sentimiento
Celebraron aquel enterramiento.

A la tierra hicieron el entrego
En un bulio grande señalado;
Y porque del furor del indio ciego
No fuese del lugar desenterrado,
A todos los bulios ponen fuego
Porque quedase mas disimulado,
Que suelen indios con sus desconciertos
Desenterrar á los cristianos muertos.

Y en circuito dellos muchos juntos
Como si vivas fueran las presencias
Suelen hacer á miseros difuntos
Muchos denuestos, graves insolencias;
Y allí recitan todos por sus puntos
Sus valentías, guerras y pendencias,
Diciéndotes las cosas que hicieran
Si por ventura vivos los tuvieran.

Hechas las diligencias que ya cuento,
Todos enajenados de placeres,
El Ordás hizo luego llamamiento
De todos por oír sus pareceres,
Y ver las voluntades y el intento
Que tenían en estos menesteres,
Y venidos á las congregaciones
A todos les habló tales razones:

«Señores, la desgracia sucedida
Hace los corazones tan inciertos,
Que muchos mas pretenden la huida
Que buscar nuevos reinos encubiertos;
Y como tal varon perdió la vida,
No me espanto que todos estén muertos,
Y fallen intenciones y semblante
Para querer pasar mas adelante.

»Y así muchos soldados, que presentes
Están en esta junta que hacemos,
Me representan mil inconvenientes
En los cuales es bien que reparemos,
Para que con acuerdo de prudentes
Lo que fuere mejor eso tomemos,
Y aquello se nivele con el seso
De la buena razón y justo peso.

»Porque dicen algunos hombres buenos
En quien conozco toda valentía,
Los indios ya mas son antes que menos,
Nosotros somos menos cada día:
Estamos de socorros muy ajenos,
Sin esperanza de otra compañía,
Y aunque el gobernador venga camino,
No nos puede seguir sin desatino.

»Hay montañas y tierras pantanosas,
Rios dificultosos en pasallos,
Las aguas de los cielos rigurosas,
Indios que no podemos sojuzgallos:
Estamos faltos ya de todas cosas,
A mas andar parecen los caballos,
La traza que parece mas segura
Amenaza con harta desventura.

»Ponen otras cien mil dificultades
De las tierras adentro nunca vistas,
Que traen apariencia de verdades,
Y suelen suceder en las conquistas:
De las cuales con sus antigüedades
Todos pueden ser buenos coronistas;
Al fin de nuestra gente la mas suelta
Están que ya querrian dar la vuelta.

»Bien sé que no lo hacen de cobardes,
Sino con recatado miramiento,
Pero porque después, si murmurades,
Los pueda disculpar su cumplimiento,
Dice que por aquello que ordenades
Pasarán sin poner impedimentos;
Miraldo bien, que no darán razones
Que declinen de vuestras intenciones.»

Después que las razones se notaron
Por nuestra flaca gente peregrina,
En el nezocio dieron y tomaron,
Y sin contradicción se determina
Volver donde los barcos se dejaron
Para consigo dar en la marina:
Llegaron do querian macilentos,
Cansados, flojos, flacos y hambrientos.

Embarcáronse luego nuestras gentes
No con prtesa menor que torbellino,
Sin haber menester limpiar los dientes
Ni después enjuagárselos con vino;
Y aunque les ayudaban las corrientes
Quisieran abreviar mas el camino,
Llegaron al furor de las canales
Y á los impetuosísimos raudales.

Estando pues allí la gente presta
A los riesgos que el agua les enseña,
Desembocó la flota mal compuesta
Por la mayor canal desta gran Peña,
Mas veloce que tiro de ballesta
Que de sí despidió rasa cureña;
Mas un bergantín dellos dió tal lado
Que poco menos fué que zozobrado.

El riesgo visto de la barca hueca,
Y que se trastornaba ya la quilla,
Saltaron della dos en Peña seca,
Isteo dividido de la orilla;
Y fueron Pero Gomez y Fonseca,
Vecinos naturales de Sevilla;
Perálvarez guió mas á provecho,
Y el bergantín quedó luego derecho.

El cual en un remanso detenido
Estuvo de los remos ayudado,
Cada cual de los dos se vió perdido,
Y así tras él también fueron á nado:
Fué Pedro de Fonseca recogido
Y el pobre Pero Gomez ahogado,
Al misero sobrábale destreza,
Pero no pudo mas con la flaqueza.

Salidos ya de pedregosas vias
Corrieron agua bajo por la posta,
Comiendo, si hallaban, chucherías
Y lonja de caballo bien angosta;
Y al cabo de gran número de días
Salieron los navios á la costa,
Y en Peratarue mozos y los viejos
Andaban á marisco de cangrejos.

Al alto mar salió día siguiente
Esta congregación toda hambrienta,
Los vientos le calmaron de repente,
Y en calma padeció grave tormenta:
El orgullo fué tal de la corriente
Que marineros diestros desatenta,
Embestia la fuerza del olaje
A todos los que hacen el viaje.

En aquestos desastros y fortunas
Quincecos, mayordomo del armada,
Tenia una botija de aceitunas
Para el gobernador siempre guardada:
Quebróse con las mares importunas
Y descubrióse luego la celada,
Acuden, quien mas puede mas ensarta,
Diciendo: muera Marta y muera harta.

Anda la rebatiña de manera
Que del morir los hace descuidados,
Comian lo de dentro y lo de fuera,
Pues no fueron los cuecos reservados:
El capitán Ordás se desespera,
Llamándoles de puercos, desalmados,
Por vellos empapados desta suerte,
Estando tan cercanos á la muerte.

Viendo la cosa tan desatinada,
Y que del desatino nadie cesa,
El Ordás puso mano del espada,
Haciendo solenissima promesa
De dar sanguinolenta cuchillada
A quien no jamurase muy aprieta,
Y estando con tal riesgo como este
Comenzó de ventar el nordeste.

Ya podia salir con vela llena
La nave pequenuela combatida,
Ordás quiso gozar hora tan buena
Por evitar el riesgo de su vida;
Y al tiempo que guindaban el entena
Quebróseles la triza de podrida,
Batianlos las olas mas al sesgo,
Y así corrian mucho mayor riesgo.

Mas el gentil y bien compuesto griego
De Rodas, Alejandro de Durazo,
Los cantos de la vela tomó luego,
Y entena hizo de uno y otro brazos;
Y así con él y aquel viento gallego
Salieron del orgullo y embarazo,
Entre tanto la triza quebrantada
Fué de los marineros remediada.

Por los demás navios se reparte
Aquel orgullo de fervor marino;
Y andando todos ellos de mal arte,
Distantes buen espacio de camino,
Uno dellas abrió por cierta parte
De que era caporal Andrés Andino;
Quedaran estos pobres patifrios
A no hallar allí muchos bajios.

Salen á vuelaplé hasta los cuellos,
Pero todos las armas en la mano,
Encrespadas las barbas y cabellos
Con el salso licor del Oceano;
Y caribes después dieron en ellos
Como los vieron tales en el llano,
Mas defendiéronse valientemente
Perdomo y el Andino con su gente.

Habia ya pasado muy delante
El otro bergantín y compañía,
Y en él Francisco de Evora, bastante
Marinero sagaz que lo regia:
La cual navegacion fué tan distante
Que no pareció mas desde este dia;
Iba con los demás que dentro lleva
El tesorero Joan de Villanueva.

De los tres bergantines hubo junta
En puerto do hallaron los dos menos,
Ordás á todos ellos les pregunta
Qué será de los otros hombres buenos;
Pero por todos ellos se barrunta
Que debian estar en otros senos,
Por haber visto gente reparada
En una cierta playa y anconada.

La luz de los mortales desviada,
En busca de su gente salen fuera;
E yendo prosiguiendo la jornada
Antes de ver el fin desta carrera,
Sin pensallo toparon un armada
De caribes y gente carnicera;
La guerra por los nuestros se comienza,
Movidos mas de miedo que vergüenza.

Las voces que se dan llegan al centro,
Saltaron un versete tal cual era,
Los indios recelaron el encuentro,
Teniendo por mas fuerte la bandera;
Metiéronse los unos mar adentro,
Una piragua toma la ribera,
La gente que decimos española
Siguieron solamente la mas sola.

Viéndose la piragua perseguida,
Con su velocidad acostumbrada
Se pusieron los indios en huida,
Y en tierra la dejaron zaborada:
Hallaron muchedumbre de comida
Por nuestros españoles deseada,
No faltaron allí carnes humanas
De indios ó de gentes castellanas.

Porque siendo las cosas repartidas
En la barca del bárbaro guerrero,
Se hallaron preseas conocidas
De Joan de Villanueva tesorerero:
Duda tuvieron todos de sus vidas,
Y salió su conceto verdadero,
Pues inquiridos por aquellos puertos
No parecieron mas vivos ni muertos.

En continuacion de su camino
La costa mas abajo se navega,
Hallaron al Perdomo y al Andino,
Y el resto de la gente se les llega:
Contaron el asalto repentino,
La fuerza y el rigor de la refriega,
La muy mala sospecha que tenían
De los que por allí no parecían.

Recogióse la gente y el fardaje
En los tres bergantines solamente,
Prosiguieron á Paria su viaje
En busca del Ortal y de su gente;
Mas en ella y en todo su paraje
No pudieron hallar cosa viviente,
Antes aquel castillo descompuesto,
Segun que ya dijimos antes desto.

Viendo desiertas estas poblaciones,
La dicha fortaleza ya quemada,
Bajaron al ancon de Mejillones
No con resolucion determinada;
Pero todos los mas con intenciones
De nunca revolver á la jornada,
Pareciéndoles cosa mas segura
Buscar por otras vias su ventura.

A las sazones que esto se movia
Entre los miserables fatigados,
En Trinidad estaba todavía
Jerónimo de Ortal con sus soldados:
Esperando mas amplia compañía,
Y los tres bergantines concertados,
Y que viniese ya la primavera
Para ir en demanda del Herrera.

Sabian ser aquestos los conciertos
Entre Herrera y él de cierta ciencia;
Pero ningunos dellos están ciertos
En qué parte hacia residencia,
O por qué se movieron destos puertos
Sin les dejar allí viva presencia:
Al fin todos confusos y perplejos
Echaban sus juicios á lo lejos.

Siendo pues sus propósitos y fines
Nada diferenciados en conceto,
A estos mismos puertos y confines
Donde todos se vian en aprieto,
Llegaron los tres dichos bergantines,
Y por su capitán Martín Nieto,
Con soldados bizarras y contentos,
Y mucha cantidad de bastimentos.

Saludáronse unos y otras gentes
Con la gracia y amor acostumbrado,
Por ser todos hermanos y parientes,
Peregrinos en un mismo cuidado:
Los que de nuevo van están pendientes
Del otro que llegó desbaratado,
Por vello seco, flaco, consumido
Y casi sin reparo de vestido.

Las manos y las piernas muy pecosas,
De mosquitos, espesas picaduras,
Con unas camisetas deseosas
De ver algun jabon por sus costuras:
Las espadas sin vainas y mohosas,
Hartas de romper tripas y asaduras,
Peores y de mas malas maneras
Que forzados que huyen de galeras.

Todos ellos estaban admirados
De ver en estos hombres tan vil traje;
Mas ellos les contaron sus cuidados,
Su mas que prolijísimo viaje:
Los trabajos inmensos comportados,
La braveza del bárbaro salvaje,
Los terribles calores, los estios,
Innumerables ciénegas y rios.

Contando que ni noches ni mañanas
Vian enjuta ropa que se lleva:
A las gentes compuestas y galanas
No les pareció bien aquesta nueva;
Y así mostraron todos malas ganas
De tornar á hacer aquella prueba,
Antes de procurar con el que manda
Que mudase derrotas y demanda.

Luego vinieron todos á concierto
De que los bergantines mal parados
No hiciesen mudanza deste puerto,
Sino los que venian aviados;
Y que para dar cuenta de lo cierto
Fuesen algunos hombres señalados,
Que pudiesen á Ortal decir de vista
El suceso de toda la conquista.

Fueron pues, para dar razon entera,
Nombrados de comun consentimiento,
Miguel Holguin y Pedro de Ribera,
Personas de muy gran merecimiento;
Y para proseguir esta carrera
Las velas hacen dar al manso viento;
Llegaron á la isla referida,
Donde estaba la gente detenida.

A prima fronte fueron recibidos
Con aplausos de gran contentamiento;
Pero ya los desmanes entendidos
Engendröse pesado sentimiento:
De cuya causa todos son movidos
A no perseverar en el intento,
Sino procurar ir otro camino,
Que yo diré con el favor divino.

CANTO CUARTO,

Donde se cuenta la mudanza que hubo en el campo del gobernador
Jerónimo de Ortal, y cómo determinó entrar por Muracapaná, y las
demás cosas acontecidas en aquella provincia.

Muchas veces los males sucedidos
A los hombres pasados ó presentes,
Nos hacen recatados y advertidos
Para seguir caminos diferentes:
Bien como son ejemplo los punidos
A muchos para no ser delincuentes,
Pues aunque no padezcan la tal pena
Póneles duros frenos el ajena.

Así, pensadas bien adversidades
Del rio de Uyapar y sus entradas,
En todos ellos hubo novedades,
Algunas algo ya demasadas.
Ortal mudó sus propias voluntades
Como vió las de todos tan mudadas,
Determinándose como prudente
Poner en Neveri toda la gente.

Salieron todos pues de la ribera
Para donde tenían concertado,
En lugar del Alonso de Herrera
Por general un Agustín Delgado:
Diguísimo de mucho mas que fuera
Bastante para muy mayor cuidado,
Y aviados en paz y con sosiego
Ortal para Cubagua se fué luego,

A fin de recoger alguna gente,
Que hicieron ausencia del armada,
Y cosas que serian convinientes
A la prosecucion de la jornada:
Allí supo delitos diferentes,
Dignos de corregir mano pesada,
Y en una levantisca compañía
Un no sé qué hedor de sodomia.

Habian destos ya hecho justicia
En Uyapar, según es ordinario,
Pero disimulóse la malicia
De cierto calafate necesario:
Ordás agora desto dió noticia,
Y cada cual allí le fué contrario;
Mandándole prender los de Cubagua,
El dicho hizo fuga por el agua.

Venciendo con grandísima constancia
De las ondas del mar montes supremos,
Con tan grande vigor y vigilancia,
Que en las humanas fuerzas son estremos.
Navegó siete leguas de distancia
El cuerpo por batel, los brazos remos,
Tantas leguas nadó desde esta playa
Hasta poder llegar á las de Araya.

Fuera del mar salió; mas ¿qué aprovecha
Que Neptuno quisiese reservallo,
Pues si tal elemento lo desecha,
El del fuego no quiso desechallo?
La tierra que holló también acecha
El rastrero que tomó para tomallo,
Las llamas avivó fuerza del viento,
Donde vido su fin y acabamiento.

A Neveri llegó nuestro Delgado
Donde desembarcó su compañía,
Luego hizo fundar pueblo nombrado
San Miguel, por llegar en este dia:
Asiento todas horas infestado
De mosquitos inmensos que tema,
Tantos, que cubren barbas y cabellos,
Y andaban como tontos todos ellos.

Tomaron por alivio de su pena
Disciplina de golpe riguroso,
Ojeando con ramos de verbena
Las picas del ejército goloso:
Algunos se cubrian con arena
Por tener algun poco de reposo,
Podian reposar desta manera
La cabeza tan solamente fuera.

Hubo hambre cruel y calentura
A vueltas de tormento tan terrible:
El indio nada da, ni se procura
Sino por su rescate conveniente;
Faltabales, y en esta coyuntura
Para se la tomar poco posible,
Impedian los tiempos y razones,
Hacelles á los indios sinrazones.

Demás de que los indios del paraje
No ponian á paz algun embargo,
Y pudieran quitarles el pasaje
Para no se meter mas á lo largo:
Muchos allí hacian su viaje
De Cubagua con este mismo cargo,
De rescatar esclavos ó comida,
Luego la paga dello proveida.

Que también entre indios se hacian
Pesadísimos saltos y nocivos:
Mataban, abrasaban, destruian,
Traian á sus tierras muchos vivos;
Y aquellos rescataban y vendian
Como sujetos suyos y captivos,
Y aun algunos insanos y dementes
Vendian á sus hijos y parientes.

Por haber los esclavos tan barato
Se frecuentaba bien este camino,
Y en estas dichas ferias y contrato
Un Luis de Sanabria fué ladino;
El cual, después que ya dejó su trato,
En este nuevo reino fué vecino;
Fué capitán entonces diligente,
Astuto, lijerísimo, valiente.

Estando pues el pueblo tan doliente,
Y la gente de todo bien ajena,
El Sanabria llegó con otra gente
De esclavos proveida la cadena:
Llegaron Diego Gomez, Luis Valiente,
Un Joan Guillén, Riberos y Villena,
Por quien en tempestad tan affligida
Fué la misera gente socorrida.

Después que estos salieron del inviso
Lugar y playa mal apercebida,
El Agustin Delgado luego quiso
A todos dar remedio y a su vida:
Al gobernador hizo dar aviso
Pidiendo brevedad en su venida,
Siendo por su mandado mensajero
El cabal Alonso Alvarez Guerrero.

A Cubagua llegó, donde se vido
Con el gobernador dando razones
Bastantes para ser persuadido
A huir cualesquiera dilaciones:
Partióse luego bien apercebido
Con cien escogidísimos varones,
Un sacerdote de mi mismo nombre,
Francés de su nacion y cabal hombre.

Volvió con él Sanabria como guia,
Principal adalid del campo nuestro,
Porque para lo que se pretendia
Ninguno pudo ser mejor maestro:
A rescatar salió como solía
Entrando por la tierra como diestro,
Yendo también con él Gomez de Armada,
Ansimismo persona señalada.

Pocos dias después de su partida
Volvieron estos dos rescatadores,
En Indias abundancia de comida
Noticia de caciques muy mayores:
Por ellos otras veces entendida,
Siendo los de la costa los autores;
Mas á cristianos ojos nada desto
Antes habia sido manifiesto.

Pues aunque frecuentaban las armadas
La costa so colores de rescate,
Entrarse mas que dos ó tres jornadas
Teníase por grande disparate;
Y no con herraduras preparadas,
Por ser su buen rocín el alpargate,
Aconteció volver veces no pocas
Quebradas las cabezas y las bocas.

Pues al que por la paz era ya nuestro
Menos se reservaban las cabuyas,
Que son prisiones hechas de cabestro,
Españoles usando de las stuyas:
Pues robaban á diestro y á siniestro
Piezas, sin respetar cuáles ni cuyas,
Por causa de lo cual muchos caian
En las redes y lazos que hacian.

A vueltas de las cuales insolencias
Acontecidas en aquel distrito,
Hubo tantos encuentros y pependencias
Que será proceder en infinito
Tanta diversidad de menudencias
Querer aqui ponellas por escrito,
Valentías y hechos soberanos,
Do pudieron mas indios que cristianos.

Tanto que solo uno descontento
De vellos ir un alto demandando,
Donde segun comun entendimiento
Él debia de estar atalayando,
Hizo volver espaldas mas de ciento,
Unos sobre los otros tropezando,
Y el indio solo que les acomete
Hirió de mala muerte seis ó siete.

Lo cual en Guantar fué y á mediodía
No yendo nuestra gente descuidada,
Por ser el reventon que se subia
Cuchilla por los lados desrumbada:
Retrayóse del indio quien los guia,
Sospechando ser mas en la celada,
Mas que de paso vuelven descendiendo,
Y el indio solo se quedó riendo,

Diciéndoles en lengua conocida
Haciendo la pernetá por gran rato:
«¡Ah guarichas! ¿poneis en huída
Por escapar del indio Manicato?
Venid, venid por piezas y comida,
Que aquí la venderemos bien barato.»
Y si dieran lugar los mal heridos,
Volvieran por estar todos corridos.

Otros insignes lances desta gente
Pudieramos contaros sucesivos,
Do dejaron el asa y aun la frente
Capitanes de punto bien activos:
Y sé que pican valerosamente
Cuantos hoy por allí se hallan vivos;
Porque continuas guerras de los nuestros
Los han hecho mas sueltos y mas diestros.

Pero con tantas idas y venidas
De las cercanas islas con armadas,
Queclaron estas tierras destruidas,
Sus costas y fronteras sololadas;
Y si fueran entonces repartidas
Segun las cosas hoy van ordenadas,
Fuera la poblazon que represento
A muchos españoles gran sustento.

Mas nunca se curó nuestra compañía
De poblar por allí sierra ni llano,
Con poder competir con nuestra España
En gentes ó muy poca menos mano:
También Ortal se dió muy mala maña
Estando lo de dentro todo sano,
Y pudiendo los indios ser instrutos
En acudir con rentas y tributos.

Si don Diego de Ordás allí se viera
Después que revolvió de los raudales,
Otro concierto y orden se tuviera
En fundarse ciudades principales
Como quien entendió qué cosa era
Poblar y repartir las tierras tales;
Pues adonde de gentes hay granjeza
Con ellas se granjea la riqueza.

Mas los que por allí llevaban cargo
Otro Pirú buscaban solamente,
Y ansi siempre colaban á lo largo
Dejando muy atrás el bien patente:
Fué cierto pesadísimo letargo
No considerar mas que lo presente,
Y ser de todos principal estima
El oro que hallaban de por cima.

Preciando pues Ortal el interesse
Que prometian estas relaciones,
Al Agustin Delgado mandó fuese
Con dos ó tres caballos y peones.
Para que mas adentro descubriese
Aquellas afamadas poblaciones;
Fueron del general apercebidos
Cincuenta y tres peones escogidos.

La partida pusieron en efeto
Con las posibles fuerzas y recado,
Los de caballo son Moron y Nieto,
Un Francisco de Chaves y el Delgado:
Cada cual dellos en mayor aprieto
Mas suelto, mas valiente y esforzado,
Atravesaron por Cumanagoto
Sin haber en los indios alburoto.

Travesaron diez leguas de arcabuco
De tierras secas, pero bien pobladas,
Sin riberas de yedras ó bejuco,
Pues en Jagueyes eran las aguadas:
Vinieron á salir á Guacharuco,
Provincias algo ya mas escombradas,
Y á Paripamotú, gente guerrera,
Casi como soldados de frontera.

Porque todas aquestas pertenencias
De indios á la costa mas cercanos
Tenian muy crúeles competencias
Con los que residian en los llanos;
A causa de las cuales diferencias
Fueron bien recibidos los cristianos:
Hicieron paz con estos naturales
Dejando muchas cruces por señales.

Estuvieron allí tercero día
 Con sustento que fué mas que bastante,
 Pidieron á los indios luego guía
 Para poder pasar mas adelante:
 Continuaron esta travesía
 Por tierra llena, fértil y abundante,
 Admirados de ver tantos caminos
 Y tan inmensa copia de vecinos.

Enviaban espías los señores
 De saber intenciones deseosas,
 Alborotábanse los moradores,
 Temiéndolos por hombres sospechosos:
 Asegurábalos destos temores
 Ver pocos ellos siendo poderosos,
 Algunos deseaban rompimiento
 Por descubrir aquel encantamiento.

Juntándose pues cierta compañía
 De pobrezuelos menos importantes,
 Un jueves á las diez horas del día,
 Vinieron contra nuestros caminantes
 Con aquella bravosa lozanía
 Que suelen en rencuentros semejantes:
 El Delgado, por no caer en mengua,
 A voces les habló con una lengua.

« Reprimid, buenas gentes, vuestras riendas.
 Procurad evitar inconvinientes,
 Que no queremos guerras ni contiendas,
 Sino seros amigos y parientes:
 Donde no, tomaremos las enmiendas,
 Como merecen tales accidentes;
 No venimos con áspera demanda,
 Porque nuestro gran rey así lo manda.

» Es rey universal deste rebaño,
 Y manda que si dais las amistades
 Os reserven de todo mal y daño,
 Os digan y declaren las verdades,
 Para que con un santo desengaño
 Dejeis vuestras antiguas ceguedades,
 Conozcais y adoreis en este suelo
 Al sumo Hacedor de tierra y cielo. »

Los indios, que venían muy follones,
 Respondían las armas meneando:
 « Bien sabemos que sois unos ladrones,
 Que andais noches y días salteando:
 Flojos, haraganosos, mogollones,
 A trabajos ajenos regoldando,
 Toma maiz, toma tortillas hechas. »
 Y disparaban cantidad de flechas.

Viendo los nuestros tanta desvergüenza,
 Y tres ó cuatro dellos ya heridos,
 La fuerza del sufrir quebró su trenza,
 Soltando los que estaban detenidos:
 Guazavara sangrienta se comienza,
 Con gran enojo son acometidos;
 Salen los caballeros castellanos,
 Y los demás sus armas en las manos.

El general á una y otra mano
 Comenzó de jugar la diestra lanza,
 Sin dejalle lugar á zurujano
 Para curar aquel á quien alcanza:
 El Nieto y el Moran no dan en vano,
 El Chaves no se mueve con tardanza;
 No traen menos bríos los peones
 Entre los furiosos escuadrones.

De todos cada cual hace por siete,
 Necesidad haciendo que mas pueda,
 Holguin al mayor riesgo se comete,
 Al mayor escuadrón Avellaneda:
 Mostraba sus valores Alderete,
 Atrás Pero Fernandez no se queda;
 Ganaron valerosa laureola
 Jegas, Machin de Oñate y Urriola.

Puso tan gran espanto la presencia
 De las bestias que van encubiertas;
 Las crúeles lanzadas y esperiencias
 De los golpes que daban las espadas,
 Que hicieron los bárbaros ausencia,
 Metiéndose por montes y quebradas,
 Buscando cada cual vana guarida
 Para poder asegurar su vida.

Como si los que van por plaza rasa,
 En las partes que son de su acera,
 Viesen fuego venir que las abrasa
 Con tal encendimiento, que él quisiera;
 Huye para remedio de su casa
 Del lugar donde está, sin mas espera,
 Y corre por las calles por ir presto
 De pantufos y capa descompuesto;

Ansi los del ejército salvaje,
 Después que vieron las mataanzas hechas,
 Para la brevedad de su viaje,
 Las anchas sendas hallan mas estrechas:
 Aquí se destocaban el plumaje,
 Allí largan los arcos y las flechas,
 Por acullá buscaban un portillo
 Para poner en cobro su hatillo.

A los encuentros dichos dada cima,
 Caminaron los nuestros á lo llano
 Con mas reputación y mas estima
 En opinión del indio comarcano;
 No hizo caso dellos Unarima,
 Señor que se hallaron mas á mano,
 Cacique de soberbias condiciones,
 De grandes y estendidas poblaciones.

Ocupaban los campos y riberas
 Por do lleva sus aguas recogidas
 Unare, cuyas largas sementeras
 Hacen estas provincias hasticidas;
 Mas no les contentando las esperas
 De las gentes allí recién venidas,
 Huyeron con caudales y atavío
 A la contraria parte deste río.

Con indios que de paz eran venidos
 El Agustín Delgado les hablaba,
 Siendo por muchas veces requeridos
 Viniesen á la paz que se les daba:
 Unarima tapaba los oídos
 Y por palabras los amenazaba,
 Diciendo: « veros he tan de mañana,
 Que pueda la comida ser temprana.

» Tomaremos acá nuestros consejos
 En de spicar maiz para tortillas;
 Daremos bien guisados los conejos,
 Los venados, perdices, tortolillas;
 Serviros han los mozos y los viejos,
 Vereis en el servicio maravillas;
 Comerán á placer los haraganos
 Uquiras, guacharacas y faisanes. »

Los nuestros no tomaron mucha pena,
 Ni se sobresaltaron con espanto;
 Mas antes deseaban dar la cena,
 Antes que diesen ellos el ayanto:
 La noche se llegó, que fué serena;
 Dióles buena sazón oscuro manto,
 Asentaron en una baja cumbre
 Adonde cada rancho hizo lumbre.

Y fué por todos ellos acordado
 Que con escuridad mas sosegada
 Tentasen de buscar algun buen vado
 Para podelles dar el alborada:
 El campo, bien compuesto y ordenado,
 Salieron á la hora concertada,
 Quedándose las lumbres encendidas
 Para disimular estas salidas.

Debajo del intento caminaron
 Con alguna manera de rodeo;
 Revolvieron al río, do ballaron
 Vado que satisfizo su deseo:
 Todos con gran silencio lo pasaron
 Y ganas de se ver en el torneo;
 Pero fueron los indios alterados
 Por los otros amigos avisados.

Aunque de claridad hubo penuria,
 Los fuertes del ejército salvaje
 Acudieron al vado con gran furia,
 Pensando perturballes el pasaje:
 Los nuestros, por vengarse del injuria,
 Habían abreviado su viaje,
 Tomando con presteza la ribera,
 Donde se recogieron á bandera.

Estando pues parados á la orilla
Poniéndose por orden conveniente,
Dió con ellos la bárbara cuadrilla
Con impetu, que cierto fué terrible :
Comenzóse sangrienta la rencilla
Haciendo cada parte lo posible ,
Pretendiendo los indios mas lozanos
De todos los tomar vivos á manos.

Vistas tan atrevidas diligencias
Por los de diferentes confianzas ,
Arivaron de veras las pendencias
Golpes de las espadas y las lanzas :
Múdanse pareceres y sentencias,
Abatense las locas esperanzas,
Porque con cantidad de muertes suyas
Los nuestros rehusaban las cabuyas.

Rompiendo batallon el caballero,
A las espaldas hay infantería ,
Que va con Alonso Alvarez Guerrero,
El cual hizo grandezas este día :
Lo que Delgado hizo por entero
No puede recitar la pluma mía,
Pues cierto me parece que no miento
Si digo que hacia mas que ciento.

Otros hubo de tanta fortaleza,
Cuyo valor y nombres yo no callo ;
Pero no ví jamás igual destreza
En menear la lanza y el caballo :
La maña, la soltura, la presteza
En romper escuadron y derramallo,
Tan á tiempo, sazón, tan á provecho
Como sí lo hallara todo hecho.

Viendo los indios pues las mortandades
Y la priesa que daba nuestra gente ,
En huyéndose las escuridades
Huyeron también ellos juntamente :
Quedando por aquellas heredades
Muertos setenta, mal heridos veinte ;
De los nuestros en trance tan reñido
Joan Martin Labrador solo herido.

Aquesto hecho con tan buena mano,
Los nuestros prosiguiendo su corrida,
Pasaron en el pueblo mas cercano
Donde hallaron copia de comida :
Venados muertos, cantidad de grano
E ya la gente dél toda huida ,
Proveyeron de carne la candela,
Comieron á placer, mas no sin vela.

La cual fué menester porque Unarima,
Estimulado mas por su rotura ,
Quiso, creyendo de caer encima ,
Tentar segunda vez esta ventura,
Procurando hacer que se reprima
De los advenedizos la soltura ;
El cual con este vano pensamiento
Hizo de capitanes llamamiento,

Diciéndoles : « ¡Ah, torpes, insensatos,
No hombres, sino bultos de madera!
¿Cómo se sufre que de cuatro gatos
Os dejéis sujetar desta manera ?
Los mas dellos enfermos y hipatos
Gente de nuestros reinos extranjera,
Salteando de noche como zorros
Por no tener recurso de socorros.

«Conciba cada cual mi confianza,
Estén los venenosos tiros prestos,
Que quiero que volvamos á la danza
Para reconocer quién son aquestos,
Tomando dellos la crúel venganza
Que merecen ladrones tan molestos :
Coman agora bien chacos y coche,
Que yo haré que tengan negra noche.»

En aquestas riberas del Unare ,
Y los pueblos á ellas circunstantes,
Era su general un Mompiare
Que la gente llevó la noche antes ;
Este dijo : « Bien es que me declare,
Porque de la huida no te espantes ;
Pues tú ni mas ni menos lo hicieras
Si lo que vimos ansimismo vieras.

» Estos traen allí cuatro visiones
Que curan y regalan en establos,
Mas sueltos y lijeros que halcones,
Con unas largas guaicás ó venables,
Que traspasan humanos corazones
Y asombraran á todos los diablos,
Los otros con macanas tan extrañas
Que rompen ansimismo las entrañas.

» Eran tan insufribles las heridas,
La gente que caía tan espesa,
Que tuvimos por buenas las huidas
Aquellos que pudimos darnos priesa ;
Por no perder allí todos las vidas
Quedando sin efeto la promesa ;
Pero sin recelar el tal estrago
Vamos, que tú verás lo que yo hago.»

Juntábase bien mil y quinientos
Hombres membrudos, sueltos, escogidos,
Con sus acostumbrados ornamentos
De diferentes armas proveidos :
En aquellos ya dichos aposentos
Los españoles son acometidos,
Repartida por tres toda la suma,
El rey, y Mompiare, y Canaruma.

Unarima guió por la frontera,
Los otros ocuparon ambos lados,
Lo demás reguardaba la ribera
Del río donde no hallaban vados :
Dióse priesa la gente forastera
A ser apercebidos y ordenados,
Repartidos sus breves estandartes
Para se defender por todas partes.

La grita, vocería y alboroto
Rompe los aires por aquellos llanos,
Daba voces el indio Paragoto :
« Vivos me los tomad todos á manos » ;
Pero contrarios eran deste voto
Nuestros animosísimos cristianos ,
Los cuales todos con furor horrendo,
« Santiago, y á ellos », van diciendo.

Hieren á los caballos las espuelas,
Los peones tras ellos repartidos,
Amparándose bien con las rodela
A los mortales tiros encogidos :
Derríbanse narices, rompen muelas,
Todo lugar ocupan los caídos,
Tenian al herir tan buena traza
Que por lo mas espeso hacen plaza.

No lleva tanta furia tigre hircana
A redimir los hijos salteados,
Cuanta lleva la gente castellana
Por redimir encuentros tan pesados :
El caballero lleva buena gana,
Los peones no viven descuidados,
Rompiendo van por el mayor aprieto
Morán, y con él Chaves, Martin Nieto.

También en el hervor de la conquista
El Delgado hacia maravillas ,
Sin hallar tropezón que lo resistía
De tantas y tan ásperas cuadrillas :
No puede comportar indiana vista
Ver romper tantos pechos y costillas ;
Todos en los caballos ponen ojos,
Ya casi resfriados sus antojos.

Vistas pues tan pesadas turbaciones
En el sanguinolento desafío,
La mayor parte destos escuadrones
Procuró de hacer largo desvío ;
Y largando nocivas municiones
A nado se metían por el río,
No tuvo después dellos menos grima
Para se retraer el Unarima.

Desbaratadas estas compañías,
Vencidos los que tanto braveaban,
Los nuestros reposaron cuatro días
En aquellos asientos donde estaban
Asechándolos siempre mil espías
Que principales indios enviaban ,
Mas todos apartados y remotos
De gritas y sangrientos alborotos.

Estando pues allí nuestros guerreros
Velándose según han de costumbre,
El Unarima hizo mensajeros
Para dallas la paz sin pesadumbre :
El Delgado holgó con los terceros
Tratándolos con grande mansedumbre ,
Al alto Dios poniendo por testigo
De selle siempre muy leal amigo.

Pesantes del pasado desatino ,
Volvieron con gustosos despidientes ;
El señor Unarima luego vino ,
Fué recebido bien de nuestras gentes ;
Mas por haber andado gran camino
Y ansimismo cansarse los oyentes ,
Aqueste canto cese de presente ,
Diremos lo demás en el siguiente.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo muchos señores indios vinieron de paz, y cómo si poblaran los españoles y repartieran la tierra, se hiciera un negocio de gran importancia,

Sobre cimientos fijos bien zanjados
Los edificios suelen ser insúes ;
Mas cuando los principios van errados
Los medios van por términos ruines ;
Y los trabajos son tan mal gastados
Que no pueden llegar á buenos fines ;
Podríamos decir que no fué menos
En estos amplios reinos y tan buenos.

Porque dada la paz por Unarima
Sin recibir los nuestros sinsabores ,
Vino Guaramental, vino Canima ,
Vinieron otros reyes y señores ,
Que nombraremos en alguna rima,
O á lo menos dellos los mayores ,
Cuando los ofreciere la memoria
Y hicieren al caso del historia.

Ganara pues Ortal aqueste juego ,
Que fué mas importante que yo digo ,
Si como lo halló poblara luego
Y no buscara panes de trastrigo ;
Mas no quiso tener allí sosiego ;
Por lo cual se quedó casi mendigo ;
Edificara sobre buen cimiento
Teniendo tan entero fundamento.

Que puesto caso que para guerrera
Industria nunca fué menesterosa ,
Consta por otra parte ser sincera
Gente, docible, noble y amorosa ;
Y en aquella sazón tan blanda cera
Que della se hiciera cualquier cosa ,
De lo cual siempre dieron clara muestra
En cuanto les mandó la gente nuestra.

Porque cuando Delgado caminaba
Con esta poca copia de varones ,
Cada cacique dellos cambiaba
Lo que tenía por preciosos dones ,
Sin ya sacarse tiros del aljaba
Ni se reconocer alteraciones :
Destos Guaramental el que ya drgo
Se les mostraba muy mayor amigo.

Era señor de grande principado,
No sin algun tiránico coraje ,
De los demás caciques respetado ,
Algunos con prision de vasallaje :
Tenia potentísimo cercado ,
Al cual Delgado hizo su viaje :
El bárbaro mostró sus aposentos
Con otros cortesanos cumplimiento.

De buen oro le dió ricas preseas ,
Seis pajes de gallarda compostura ,
Diez esclavos de rusticas aldeas ,
Manebos sueltos, diestros en cultura :
Tres niñas, mas no niñas, sino deas
En examen de toda hermosura ,
Guamba, Goroguaney y Mayarare ,
Cuyos nombres es justo que declare.

Tomaron estos apellidos tales
Las tres niñas atrás conmemoradas
De los reinos donde eran naturales
Y al bárbaro le fueron enviadas :
Provincias en grandeza principales ,
Por armas y proezas señaladas ,
Con quien hasta los tiempos que esto toco
Los españoles han ganado poco.

Los templos son de grandes escelencias,
A la salud humana provechosas ,
Propicias y admirables influencias
En producir mujeres generosas :
Tanto que todas tienen las decencias
Que se requieren para ser hermosas ,
Con un grave mirar, un aire bello ,
Tal que se huelgan ellas de entendello.

Al gran Agamenon y al gran Aquiles
No dieron tanto gusto las doncellas ,
Causa de sus pendencias juveniles ,
Cuanto dió de las tres cualquiera dellas ,
A causa de mostrarse tan gentiles ,
Tan bien proporcionadas y tan bellas ;
Ellas nunca jamás mostraron saña
De se ver entregar á gente estraña.

Vinieron pues los dones al Delgado ,
Los cuales recibió de buena gana ,
En recompensa dió puñal dorado ,
Un antiguo sayon de fina grana ,
Camisa y un bonete colorado
Con una larga pluma muy galana ,
Y otras cosas algunas que no cuento
Que le dieron al bárbaro contento.

Fué dentro del cercado recebido
Con las demás personas estrañeras :
Lugar es deleitoso y estendido
Con grandes plazas, calles y carreras ;
Por todas partes bien fortalecido
Con muchos flechaderos y troneras ,
Casa de armas, arcos reservados
Para poder armar diez mil soldados.

Otras innumerables municiones
De dardo, de macana, lanza, honda ,
For fuera del cercado prevenciones ,
Gente de guarnicion á la redonda :
Seiscientos validísimos varones
Que por sus cuartos le hacian ronda ,
Casas llenas de todos bastimentos
Que los indios traian por momentos.

Generosas despensas y cocinas
Abundantísimas de sus manjares ,
Bodegas de bebidas peregrinas
De maiz y de pitas singulares :
Sobre mas de doscientas concubinas
De diferentes tierras y lugares ,
Todas en general muchachas bellas ,
Eunuocos también en guarda dellas.

Tenia por jueces y retores
Personas de quien él se confiaba ,
Aquestos eran hombres ya mayores
A quien el mas bríooso respetaba ;
Pobladas horcas de los malhechores ,
Porque con gran rigor los castigaba
Por mano de verdugos carniceros ,
Que servian también de prigioneros.

Tenian en un canto deste llano ,
Donde los prigioneros se sabian ,
Título levantado por su mano
De gran altor, adonde se decian
Inviolables mandos del tirano ,
Que sin poner escusa se cumplan :
Labrador, oficial, hombre de guerra ,
Con obediencia ya pecho por tierra.

Visto pues el lugar y las princesas
Que tenía con guardas recogidas ,
Mandó Guaramental poner las mesas
Muy abundantemente proveidas
De cazas de sus campos y dehesas ,
De que son grandemente bastecidas ,
Con tantas variedades y maneras
Que no parecen cosas creederas.

Doncellas de lozana hermosa
Allí sirvieron con tan gran limpieza,
Que no se les manchaba vestidura
Que causase desdeñ a su belleza :
Por ser las ropas de su compostura
Aquellas que les dió naturaleza ;
Después estas sirvientes fueron dadas
A las personas mas calificadas.

Las fiestas y convites acabados,
El Guaramental dijo que quería
Que se fuesen á caza de venados
A campos y zavas que tenia :
El Delgado con los demás soldados
Le dieron á entender que les placia,
Mandó luego llamar sus pregoneros
Para que convocasen sus monteros.

Luego subieron estos en el viso
Llamando capitanes y sarjentos,
Llegaron al momento los que quiso,
Que fueron poco mas de cuatrocientos :
Estaban españoles con aviso
Pensando ser contrarios los intentos,
Y que por el corral y larga plaza
Dellos mismos queria hacer caza.

Mas no tenían tales intenciones,
Antes de conservar las amistades,
Pues todas estas eran ocasiones
Para mas les ganar las voluntades :
No sin interesalles pretensiones
De sujetar así parcialidades,
Que por tener grandisima potencia
No le reconocian obediencia.

Siguieron pues los indios sus demandas,
De todos aderezos bien compuestos,
Partidos en escuadras y por bandas,
Por orden y concierto bien digestos :
El gran Guaramental en unas andas
En hombros de gandules bien dispuestos,
Los lados y fronteras van abiertas,
De linco maculoso las cubiertas.

De madera muy negra son unidas,
De la mejor que por acá se halla,
Con chagualas de oro guarnecidas
En todas ellas infernal medalla :
Por otras muchas partes esculpidas
Animales cien mil de buena talla ;
Acompañábalo por mas honrallo
Delgado con los otros de caballo.

A punto las adargas y las lanzas,
Afiladas las puntas de los hierros,
Para cazar segun nuestras usanzas
Españoles llevaban cuatro perros :
Caminaron con estas ordenanzas
Hasta que llegaron á los cerros,
Adonde las cuadrillas concertadas
Se pusieron en puestos y paradas.

Son bosques de zavas extendidas,
Con tal densor que no sabré pintallo,
Las yerbas dellas todas tan crecidas,
Con un poleo de prolijo tallo,
Que si no son holladas y abatidas
No se parecen hombres á caballo,
Algunas arboledas, aunque raras,
Muy limpias de troncones y de jaras.

Cercaron pues prolijo campo luego
De grandes pajonales agostados,
En circuito del pusieron fuego
A una todos, y por todos lados ;
Porque huyendo del desasosiego
Hallase los lugares ocupados
La caza donde quiera que acudiese,
Y la llama y ardor la detuviese.

Fué pues el viento llamas avivando,
Con la velocidad que se queria,
El circuito todo rodeando,
Que por momentos menos se hacia :
Diversos animales van saltando,
Buscando lo que fuego no tenia,
Allí de cazadores hay rodeo
Por hartar con efeto su desco.

Como red que por mar van estendiendo
En partes de placeres convenientes,
Ho las bajas arenas van harrriendo
Con los plomos que están della pendiente:
Y al tiempo que la vienen recogiendo
Congregan muchos peces diferentes,
Y allí vereis del uno y otro bando
Revueltos por la playa palpitando ;

Así manada junta muy espesa
Vereis de diferentes animales
Cruzar aquí y allí con grande priesa,
En riesgo y en temor todos iguales :
Con el ardor de llamas que no cesa
En acecho se ponen naturales,
Al que del fuego sale derribando
Los unos á los otros reguardando.

Gritaban lidiadores en el coso
Por fuera de las llamas rodeado,
El tigre salta del ardiente foso,
El leon sale todo chamuscado ;
Por acullá vereis huir el oso,
Aquí y allí derriban el venado,
El cual si de la llama se desecha
Luego lo traspasaba dura flecha.

Capitanes allí tiran á tema
Sobre cuál dellos mas se señalaba,
Entre ellos se mostró Tunubuzema,
Pues uno y otro y otro derribaba ;
Mas el robusto Chiniquichinema
No sacó tiro vano del aljaba,
Y sobre todos fué Guaima Pororo,
Oficio que sabia bien de coro.

La llama hizo mas angosto seno,
Los pajonales todos consumiéndose,
Y el compás que restaba todo lleno
De caza que las llamas van rompiendo :
Saltan venados el ardiente seno,
Los pelos chamuscados sacudiendo,
Por donde pareció mas flaca llama
Y la zavana tuvo menos rama.

Como fuente de agua represada
En cumbres altas de lugar fragoso,
Que rota la pared del alharrada
Corre con un furor impetuoso,
Yendo por muchas partes derramada,
Inquiriendo lugar de mas reposo ;
Así salieron estos animales
Derraniados por partes desiguales.

Acudieron caballos y los perros
Del tiempo que tardaron desdeñosos,
Rojas están las astas y los hierros
Por el quemado campo presurosos :
Siguen unos la caza por los cerros,
Los otros por los llanos espaciosos,
No corren, sino vuelan como aves
Delgado y el Morán, y Nieto, y Chaves.

Renovóse la caza con aumento
Siguiendo la manada presurosa,
Quien mas derriba queda mas hambriento,
La punta de la lanza mas golosa :
Guaramental estaba muy contento,
Admirado de ver tan nueva cosa,
Los cuatro perros vuelan la dehesa,
Y en gran número dellos hacen presa.

En atencien suspensos principales,
Los de mas bajas suertes embobados
De ver aquellos brutos animales
Del uso de razon enajenados,
Sujetos á los mandos racionales
Sin ser á lo contrario desmandados :
Potencias colocaban y ponian
En la velocidad con que corrian.

Las suertes y los lances acabados
Y los venados muertos recogidos,
Volviéron todos muy regocijados
Do los indios quedaron detenidos :
Fueron de capitanes y soldados
Con letos ademanes recibidos,
Cargaron bien cien indios con la caza,
Y luego se volvieron á su plaza.

Cuál llevaba la cierva, cuál venado,
 Cuál oso que llamamos hormiguero,
 Cuál montesino puerco chamuscado,
 Cuál cori, cuál iguana, monstruo fiero:
 Quedó Guaramental en su cercado
 De todo lo pasado placentero,
 Mostrando de amistad seguras prendas,
 Y los nuestros se fueron à sus tiendas.

A los cuales del venatorio Marte,
 O caza sin que fuese dividida,
 Luego se les llevó la mejor parte
 Con otras abundancias de comida:
 Cenaron todos ellos de buen arte,
 Hizo la noche luego su venida,
 Que con vigilantísimos recatos
 Se repartió por tres ó cuatro ratos.

Quitadas ya las húmidas cubiertas
 De nublitos y noturna pesadumbre,
 Cuando por los resquicios de las puertas
 Eutraba resplandor de nueva lumbre:
 A los humanos ojos descubiertas
 Las verdes arboledas de la cumbre,
 El gran Guaramental dejó su lecho
 Con imaginacion de cierto hecho.

Llamó su secretario dicho Guaima,
 A quien otros llamaban Cochibano,
 Y con él al insigne Barutaima,
 Cacique poderoso comarcano:
 Llamó también al fuerte Paraiama,
 Que fué su general y primo hermano;
 Con estos tres señores solamente
 Caminó donde estaba nuestra gente.

Españoles están inadvertidos
 E ignorantes desta su venida,
 Pero luego que fueron conocidos
 Usóse de costumbre comedida:
 Fueron con gran aplauso recibidos
 Y muestras de amistad establecida,
 Dándoles con debido miramiento,
 Segun sus calidades el asiento.

Mas el bárbaro rey allí sujeta
 Con el Delgado aparte se detiene,
 Para comunicalle su concetto,
 Diciendo con intérprete que tiene:
 «Querriate hablar muy en secreto
 Una cosa que mucho te conviene,
 En lo cual, si respondes con mi gana,
 Ternás aquesta tierra toda llana.

» Yo te tengo por hombre tan entero
 En valor, en esfuerzo y en prudencia,
 Que no dudo ser alto mensajero,
 Mandado de divina Providencia:
 Y así mientras viviere yo no quiero
 Tener contigo dura competencia,
 Antes me hallaras à todo blando,
 Y à mis gentes sujetas à tu mando.

» El efeto será mas que prometo,
 Guiado por tus propios pareceres;
 Y aun viendo los demás que me someto
 Al orden y concierto que me dieres,
 Ternán la reverencia y el respeto
 Que deben à la ley que les pusieres,
 Y para que esto sea sin zozobra,
 Yo quiero ser principio desta obra.

» Mas hágote saber que aunque se vea
 Tu lanza con furor de mis varones,
 Tengo por imposible que no sea
 Contrastada de grandes tropezones,
 Que nos amaga ya con la pelea,
 Sintiendo mal de vuestras opiniones,
 Y sería muy menos esta plaga,
 Como de muchos uno se deshaga.

» Este es Orocopon, fiero gigante,
 Que con aquestos términos confina,
 Varon guerrero, capitan pujante,
 Que do quier que sus haces encamina,
 Todo cuanto se pone por delante
 Asuela, desbarata y arruina,
 Cebando siempre filos de su lanza
 Sin miedo, sin respeto ni templanza.

» Tiene pueblos quemados y deshechos,
 Sus moradores pobres y mendigos,
 Quebrantador de leyes y derechos
 Su reservar amigos ni enemigos:
 Darias grandes colmos à tus hechos,
 Si de su muerte fuésemos testigos;
 Y quebrantado tropezon tan duro,
 De los demás podrás dormir seguro.

» Es astuta persona recatada,
 Dispuesta para toda competencia;
 Mas los agudos filos de tu espada
 Podrán cortar los desta pestilencia:
 Yo quiero también ir à la jornada,
 Y me quiero hallar en la pendencia,
 Con aquellos pertrechos y soldados
 Que por tu boca fueren señalados.»

El bárbaro habló lo que queria,
 Alterada la sangre de sus venas,
 Como quien por venganza se movia
 A tomar deste rey debidas penas,
 Y lo que con sus fuerzas no podia,
 Quería concluir con las ajenas,
 Porque el Orocopon en sus reuestas,
 Como dicen, teniase las tiestas.

El Delgado que estuvo muy atento
 A todo lo que el bárbaro decia,
 Manifestó ser todo su contento,
 Efetuar aquello que pedia:
 Porque con glorioso vencimiento
 Porrían fin à lo que pretendia,
 Que señalase cuando y en qué puesto,
 Pues con los suyos él estaba presto.

Para poder llegar sobre seguro,
 Fueron desta manera convenidos,
 Que partiesen al tiempo mas oscuro
 Con mil bárbaros bien apercebidos:
 Hombres para cualquiera trance duro
 Usados à rencuentros atrevidos,
 Debajo de cristianos estandartes,
 Y hecha division en cuatro partes.

Un caballo con cada compañía
 Que el indio y español obedeciese,
 Y donde mas sangrienta la porfia,
 A los mas contratados acudiese;
 El acometer fuese con el día,
 Cuando la luz primera descubriese,
 Y los amigos indios con coronas
 De ramos por señal de sus personas.

Concertados los dos desta manera
 Con el faraute solo y en secreto,
 Quisieron que la noche venidera
 Viesen estos conciertos el efeto:
 Estuvieron à punto y en espera
 Del tiempo que les erà mas aceto,
 En sus tiendas el Agustín Delgado,
 Y el gran Guaramental en su cercado.

El cual luego mandó cumplir la suma,
 Su general el mando de su amo,
 Aderezóse luego Canaruma,
 Trajo sus escogidos Cachicuma,
 Sus mas valientes Tunucutunuma,
 Todos sus señalados Periamo,
 Robustos, sueltos, en las armas prestos,
 Pintados piernas, brazos, manos, gestos.

Henechian el compás de la gran plaza
 Los fuertes escuadrones de salvajes;
 Armados de macana, dardo, maza,
 Robustísimos arcsos y careajes;
 Sobre la gente de gallarda traza,
 Ondeán superhísimos plumajes,
 Y à la congregacion bárbara fiera
 Guaramental habló desta manera.

«Un negocio tenemos entre manos
 Que esperencia nos ha dificultado,
 Do los padres, los hijos, los hermanos
 Han mas veces perdido que ganado;
 Pero con el favor destes cristianos,
 Creo que lo tenemos acabado,
 Apartando de mí cualquiera duda
 La fuerza y el valor de tal ayuda.

» Con ellos vamos á batalla dura
Por me hacer merced y beneficio,
Sus hechos, sus proezas y ventura
Me dan de la victoria gran indicio:
También de vuestra parte va segura,
Pues vais con su favor y en mi servicio;
Quiero que cada cual se dé tal maña,
Que crédito cobreis con los de España.

» En aquesto deseo que se prueben
Los fuertes y bríosos corazones,
Y vuestros valerosos brazos lleven
A su debido fin mis pretensiones;
Pues conocéis de mí que si se deben
A los tales sus justos galardones,
Nunca supo mi mano ser avara
Para satisfacer hazana clara.

» De mas del premio que será bastante,
En respuesta de vuestras valentías,
Quiero que pongais todos por delante
De qué rey y señor sois naborías;
Y esto dará valor al inconstante,
Para que se desechen cobardías;
Pues si lo tanteardes como buenos,
Mi punto no podrá venir á menos.

» Bastaría cualquiera cosa destas
Para quien á vergüenza se sujeta,
Y así debajo de las presupuestas,
Quiero que la salida sea secreta;
Y que tengais las armas todas prestas
Para cuando sonare la trompeta,
Guiando los armados caracoles
Segun lo dispusieren españoles.»

Respondióle por todos los soldados
Pariama, persona conocida,
Diciendo: « todos van determinados
O de vencer ó de perder la vida;
Y parte no serán mudables hados
Contra gente tan bien apercebida,
O ya para vivir con fama y gloria,
O ya tomar la muerte por victoria.

» Todos estamos destos pareceres
Y estribamos en esta confianza,
De no ver jamás hijos ni mujeres,
Ni gozar de reposo ni holganza,
Hasta que por el orden que quisieros
Tomemos crudelísima venganza,
Lo cual se cumplirá sin duda alguna
A pesar de las fuerzas de fortuna.»

Habló después el noble y el villano
Desechando de sí malas sospechas:
El mas bajo se muestra mas lozano,
Haciendo ciertas las promesas hechas:
Guaramental les daba de su mano
A muchos dellos venenosas flechas,
Al menos á personas señaladas,
Do no sabia ser mal empleadas.

Luego fueron aquestas dichas gentes,
Por parte del cercado divididas,
Y por diligentísimos sirvientes
En cada parte mesas estendidas:
Las cuales de manjares diferentes,
Fueron bastantemente proveídas,
Do cada cual á discrecion bebía,
Hasta desaparecer la luz del día.

Cuando dorados rayos encubria
Apolo con las ondas de Oceano,
Cuando de manto negro se vestía
La cumbre de la sierra y valle llano,
Cuando de dulce sueño se vencía
La fatigada vista del humano,
Y el corvo labrador y el afligido
Descansan del trabajo recibido:

Entonces este rey y sus sujetos,
De clementes respetos olvidados,
Quieren inquietar á los quietos
Y desasosegar los sosegados:
Tocaron instrumentos imperfetos,
A cuyo son llegaron los soldados;
El Delgado también, vistos los sonos,
Vino con sus caballos y peones.

Salió la muchedumbre del cercado,
Guarnida de mortales instrumentos,
Cada cual escuadron tan bien armado
Cuanto pedian tales movimientos:
Juntóse Pariama con Delgado,
Periama también y otros doscientos,
Con el Chaves el indio Coehibano
Con trescientos sujetos á su mano.

Con Morán Ganarunia y Cachicamo
Con obra de doscientos y cincuenta,
Cada cual dellos sueito como gamo,
Hombres de bien para cualquier afrenta;
Y aquel que Tunucutunuma llamo
Con el Nieto llevó ciento y setenta,
Con el Guaramental por mas valientes
Van los demás como sobresalientes.

Entre los capitanes referidos
Iban para mas fuerza deste Marte
Los demás españoles repartidos,
Siendo dos veces seis de cada parte;
Y cada cual, segun eran rompidos,
Pudiera bien regir el estandarte,
Y así los mas en partes diferentes
Salieron capitanes excelentes.

Guiaron corredores el camino
Del cuerpo de la gente separados,
E ya de sus triunfos adevinos
Todos de ramos verdes coronados,
Porque de los soldados peregrinos
Fuesen en la batalla reservados:
Marcharon luego todos muy á punto,
Hasta tanto que ya llegaron junto.

Era camino llano y apacible,
La distancia tres leguas solamente,
Y por aquesta causa fué posible
Que llegasen á tiempo competente:
Hicieron con silencio convenible
Alto para descanso de la gente,
Un tiro de arcabuz de los bubios,
Sin temor de tan duros desafíos.

Luego los infieles y fieles
Caminaron á paso sosegado,
Para se repartir por sus cuarteles
Segun que lo tenían ordenado:
Acechando las calles y placeles
De la ciudad y pueblo desdichado,
Hasta tanto que vino la mañana,
A los mortales ojos ya cercana.

Fué pueblo por entonces prepotente,
Terror de los mayores y menores,
Y cuyas cercas eran solamente
Los brazos de sus fuertes moradores:
Numerosísimo de toda gente,
Con mando sobre reyes y señores,
En calles, plazas, barrios gran distancia,
Verdes macos en él por elegancia.

Unare por la parte del poniente
Con sosegadas aguas lo ceñía,
Campos rasos la parte del oriente
Y del septentrion y mediodía;
Por las cuales estancias libremente
Se dividió la fuerte compañía,
Estando cada cual presto y atento
Esperando señal de rompimiento.

Pues cuando ya su roja cabellera
Por alta cumbre Venus descubría,
Y conocieron ser la mensajera
Del radiante sol y claro día,
Tocóse la trompeta de manera
Que su voz incitó la compañía:
Los unos y los otros entran luego,
Y á casas principales poven fuego.

Avivóse con gran fuerza de viento,
Segun y como tiene de costumbre,
Suben fumosas llamas al momento
Veloces al altor de la techumbre:
Heridos de temor y desatiento
Acude miserable muchedumbre,
Huyendo del peligro de los senos
A parte donde no hallaban menos.

Pues si llama causaba desatino
Para hacerse fuertes á la puerta,
Adelante siguiendo su camino
No les era la muerte menos cierta ;
Porque la crueldad del mal vecino
Con tan grande rigor se desconcierta,
Que, si posible fuera, desta gente
No quisiera dejar cosa viviente.

Como la caza que huir procura
Del cubil á los montes y florestas,
Por escaparse por el espesura
De las caninas bocas y molestas ;
Y la senda le fué menos segura,
Pues en ella halló las redes puestas,
Entre las cuales siendo detenida
Aquel hilo quebró los de su vida ;

Ansi cuantos huían de la brasa,
Dejando solos los pendientes lechos,
Procurando salir á plaza rasa
Cercada de mortíferos acechos ;
A tiempo que salían de la casa
Se viau traspasados por los pechos,
Otros quebradas piernas, manos, brazos,
Y cabezas partidas en pedazos.

Gritos, voces, clamor, lamentaciones,
Los aires destemplaban y rompían ;
De todas partes andan confusiones,
Niño, mujer, varon se confundían :
Hubo también algunos escuadrones
Que con sumo valor se defendían,
Do los amigos indios y cristianos
Habian menester entrambas manos.

Porque por el cuartel donde fué Nieto,
Toronima con obra de cincuenta
Ponia sus contrarios en aprieto,
Y andaba la batalla muy sangrienta :
Abolla la celada, rompe el peto,
Anima, llama, hiere, desatienta,
Rompe pechos, cabezas, las espaldas,
Derriba grande copia de guirnaldas.

Mas antes que llegase la pujanza
De indios que por él eran llamados,
Nieto rompió por medio la matanza,
Do los suyos andaban mal parados,
Metiéndole los filos de la lanza
Por entrambos ijares ó costados :
Cayó con un grandísimo gemido
De las armas y vida despedido.

El resto de la gente se rebate
Por Holguin y Alonso Alvarez Guerrero,
Un Domingo Lozano y un Oñate,
Bracamonte, Madroño, Joan Ribero :
Morán y Chaves tienen gran combate
Con un Putimar, capitán fiero,
Porque necesidad hizo juntarse
Para mejor valerse y ampararse.

Aqueste ya con copia de varones
Hacia por los indios enramados
Aquel estrago grande que leones
En junta de domésticos ganados :
Aprovechando bien las ocasiones
Antes de verse todos acabados,
Y con la gran macana que esgrimia
Las lanzas y caballos rebatía.

Pero dando respuestas y preguntas,
Así de las palabras como hechos,
Dos flechas reguladas vuelan juntas
Por vias y caminos tan derechos,
Que sin se desviar entrambas puntas
Lo clavaron por medio de los pechos ;
Hizo por el foramen ó herida
El alma de las carnes despedida.

Probó luego la mano Parareute,
Que para mal de muchos no fué manca,
Mas de los españoles arremete
Pero Rodriguez el de Salamanca,
Anton Sanchez, Costilla y Alderote,
Con otros á quien dieron plaza franca,
Porque fué tan feroz arremetida,
Que muchos se pusieron en huída.

A estos tiempos Agustín Delgado
Por su cuartel y plaza no traía
El fortísimo brazo reposado,
Ni sin sangre las armas que vestía ;
Mas el Orocopon encarnizado
Los cielos y la tierra maldecía,
Un terrible baston entre las manos,
Indios amenazando y á cristianos.

Sus fuertes capitanes animando,
Que muchos le vinieron con presteza,
Sangre, cascos y sesos derramando
Con una nueca vista lijereza :
Espuma por la boca rebosando,
Como suelen las fieras con braveza,
De gente circunstante hecho valle
Y por adonde pasa larga calle.

Bien como huracán, que da tal priesa
En indicas provincias y regiones,
Que barre la montaña mas espesa,
Quebranta ramas, vuelve los troncos
Y los anchos caminos atraviesa
Con crecidísimas inundaciones,
Causando tal temor á los humanos,
Que quedan como muertos los mas sanos

Así con aquel leño que gobierna
Sin que le diese pesadumbre brazo,
La mas dura costilla halla tierna,
La mas aucha cerviz sin embarazo :
Aquí quiebra cabeza y allí pierna,
Aquí quebranta muslo y allí brazo,
Aquí deja montones degollados,
Acullá quedan todos asombrados.

El caballero fuerte, que queria
Hacer en él empleo de su lauzo,
Con tanta muchedumbre no podia
Allegar al rigor de la matanza ;
Pero con todo esto no tenia
Orocopon de vida confianza,
Por ser de todas partes ofendido
Y estar de muchas flechas mal herido.

En aquestos confitos y agonía,
Sus poderosos golpes mas tardíos,
A Guaramental vido que decia :
«Acabámelo ya, varones míos.»
Concibe Orocopon tal osadía,
Que sacó de flaqueza nuevos bríos,
Rompiendo por aquellos escuadrones
Por responder á tales intenciones.

Y sin lo detener contrarias lanzas
Para Guaramental se fué derecho,
Diciéndole : «Traidor, por asechanzas,
Quisiste ver el fin de nuestro hecho :
Espérame, que muerto, las venganzas
Podré tomar de tí sin tal acecho,
Si espermentas este brazo fiero
Yo te haré que caigas tú primero.»

Con los golpes que tiene de costumbre
Hizo lugar por uno y otro lado,
Deseando quitar humana lumbre
Al enemigo suyo declarado ;
Pero llovió sobre él tal muchedumbre,
Que cayó de mil flechas traspasado,
La cabeza le fué luego cortada,
Y al indio su contrario presentada.

Mandóla desollar y el casco raso
Y limpio del humor que contenía,
Della hizo hacer dorado vaso,
Con que después el bárbaro bebía :
Sabido pues el fortunoso caso,
El contrario huyó por do podía,
Y los nuestros tomaron de los vivos
Crecidas cantidades de captivos.

Vencidos estos indios animosos,
Que cierto pelearon como buenos,
Volviéronse los vivos victoriosos ;
Pero no tan cabales ni tan llenos,
Que de la vida fueron perdidosos
Muchos, y de españoles uno menos,
Que por ser de veneno la herida
Ningun remedio pudo dalle vida.

Sabida la caída desta gente,
Porque la fama corre sin que pare,
Ocurrieron de paz incontinentemente
Las restantes provincias del Unare:
El cojo Guaigotó, varón potente,
El liero Cotuprix, el gran Mauyare,
Orocomay, mujer, reina pujante,
Y en la paz y amistad perseverante.

Viendo Delgado pues ser tierra diuina
De poner en católico concierto,
Determinó volver á la marina
Para manifestar lo descubierta:
Partióse con la gente peregrina,
Llegaron con salud al dicho puerto,
Con grande cantidad de prisioneros,
De que sacaron copia de dineros.

Jerónimo de Ortal, bien infornado
Del numeroso pueblo desta gente,
Envió por caballos y recado
A islas que tenían al poniente,
Para poder entrar aderezado
Con aquel aparato conviniente;
Mas porque no faltasen desta tierra,
Luego hizo volver gente de guerra.

Volvió con Alonso Alvarez Guerrero,
Miguel Holguin, mancebo de gran cuenta,
Con algunos del número primero,
Que todos podían ser hasta cuarenta:
Hallaron en la paz sano y entero
Guaramental, á quien se le presenta
De parte del Ortal un buen presente
Recibido por él alegremente.

Un indio, Villeguillas, encamina
A idioma claro los acentos,
Descubren de la gente mas vecina
Grandes y potentísimos asientos;
Y siempre con aquella gotosina
De esclavos que enviaban por momentos,
Agora por rescates, ya por guerra,
Que fué la perdición de aquella tierra.

La fama, como nunca fué secreta,
Entonces levantaba con pregonces
Riquísima provincia dicha Meta,
De quien atrás se dieron relaciones:
Y para la buscar por via reta
Loaban estas dichas poblaciones
El de la tierra firme y el isleño,
De cuyas opiniones fué Sedeño.

El cual en estos tiempos y sazones
Dentro de Puerto-Rico ya tenía
Copia de valentísimos varones,
Caballos, munición, artillería,
Segun que pareció, con intenciones
De entrar por Neverí, do residía
Jerónimo de Ortal, con pensamiento
De pasar ó venir en rompimiento.

Para dar perfección á su deseo
Entre tanto que él mismo se presenta,
Envió cien soldados de un voleo,
Con muy buenos caballos los cincuenta,
Todos con bríosísimo menceo,
Prestos á desviar cualquier afrenta:
Jerónimo de Ortal, aunque eran buenos,
Tenía por entonces muchos menos.

Vino con esta gente Joan Bautista
Y el animoso Diego de Losada,
Fortísimo varón en la conquista,
Y Reinoso, persona señalada:
Aquestos, sin haber quien los resista,
Saltaron en la costa deseada;
El Ortal quiso mencear la lanza,
Mas Delgado templó la destemplanza,

Diciéndole: « señor, no teneis cierta
La palma que buscáis por esa via;
Vayan con Dios, que si me dan la puerta
Para poder hablalles algun dia,
Posible cosa es que yo convierta
A vuestra devoción su compañía,
Pues suele muchas veces la templanza
Vencer lo que no puede larga lanza. »

Con esto mitigó como queria
El Agustín Delgado los furoros,
Porque, segun se dijo, pretendia
Concertar estos dos gobernadores:
Pues, aunque partes del Ortal seguía,
El Sedeño le dió muchos favores
Un tiempo, y así era, como digo,
Al uno servidor y al otro amigo.

La gente pues que de Sedeño vino,
Remotos y apartados deste puerto,
Siguiéron adelante su camino
Por donde lo hallaron descubierta:
Siempre con el recato que convino,
De la seguridad ninguno cierto;
Mas en tanto que van yo me detengo
Enronquecido ya del canto luengo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo la gente de Sedeño, después que se metió la tierra adentro, dieron en la gente de Jerónimo de Ortal, cuyo capitán era Alonso Alvarez Guerrero, y les quitaron los caballos, y lo que mas aconteció.

Bien es que los de buen conocimiento
Reguarden amistad en los aprietos;
Pero locura es y desatiento,
Si por tener allí tales respetos,
Ponen en confusión y detrimento
Aquellos á quien deben ser sujetos,
Pues cuando los dos piden este juro,
Acudir al señor es mas seguro.

Y aunque no se presume del Delgado
Hacer esto debajo mal intento,
Sabiendo ser contrario declarado
El Sedeño con tanto fundamento;
Con su gobernador fué descuidado
En no poner algun impedimento
A la gente de la contraria lista,
Y mas no siendo suya la conquista.

Pues era del Ortal derechamente,
Segun la provision del propio dueño,
Y desta tierra firme diferente
La que le proveyeron al Sedeño;
Mas él sin ver aquel inconveniente,
Que entonces se juzgó por no pequeño,
Tomó por parecer otro desvío,
Y quiso por allí hacer camino.

Su gente pues, que caminó primero
Entre tanto que la demás venia,
Dieron en Alonso Alvarez Guerrero,
Que desta gente nueva no sabia:
Quitáronle las armas y el dinero
Y todos los caballos que tenía;
Sabida la maldad y atrevimiento
El Ortal hizo mucho sentimiento.

Y con este desgusto de mal deajo
Dijo tales razones al Delgado:
« Yo, señor capitán, de vos me quejo
Y me quiero tener por agraviado;
Pues á no conoceros tan perplejo,
Este juego tuviéramos ganado,
Y es para corregir tan mal exceso
Menester que enmendemos el avieso. »

Condenando por feo tan mal hecho
En cólera volvió su gran templanza,
Y así le prometió poner el pecho
A la satisfacción y á la venganza;
Pero ni sin razon ni con derecho
El quisiera probar allí su lanza,
Por estar del Sedeño muy prendado
Del tiempo que tenemos ya tratado.

Y con ser amistad mas estendida
Con Sedeño que con Ortal agora,
Quiso mas ver el amistad perdida
Que su fe condenada por traidora;
Al fin el aflicion quedó vencida,
Y la razon salió por vencedora,
Aconteciendo para tal intento
Un caso que les vino muy á cuento.

El Sedeño mandó segunda gente,
Caballos, municion y artillería,
Con un soldado viejo muy valiente,
Que Rodrigo de Vega se decía,
A quien yo conocí medianamente,
Pues que tuve su misma compañía;
Desembarcaron en Maracapaná,
Que es en la misma costa comarcana.

Recogidos en esta pertenencia
De Guaracapa, indio muy ladino,
Velaron con alguna diligencia
Por tener al Ortal ya por vecino;
Mas no con el recato ni decencia
Que para su seguro les convino,
Porque nunca se hace buena vela
Si sobre ella no anda quien le duela.

Pues Agustín Delgado, que despierto
En sus rondas y velas se hallaba,
A los vecinos indios deste puerto
Particularidades preguntaba
Del orden que tenían y concierto,
Del número de gente que llegaba,
Las armas de que estaban prevenidos,
Dónde y en cuántas partes repartidos.

La gente pues de Ortal bien informada
Por relación que pareció bastante,
Determinó de dalles alborada
Sin ponerseles cosa por delante:
Caminaron con noche sosegada
Hasta llegar al cerro circunstante,
Pueblo de la caeica Magdalena,
Cuya paz y amistad siempre fué buena.

Tenia centinelas allí junto
El Capitán y gente de Sedeño;
Pero hallaronlos en este punto
Entregados á tan profundo sueño,
Como si cada cual fuera difunto
O bulto mal formado de algún leño:
Dejáronlos con este su letargo
Sin armas, y pasáronse de largo.

Al tiempo que su padre de Paetonte
En continuación de su carrera
Quería ya salir del horizonte,
Seyendo Venus ya la mensajera,
Sus rayos extendiendo por el monte
De la sierra que estaba mas afuera,
Dieron en el ejército dormido
Haciendo poca gente gran ruido.

Levantáronse muy sobresaltados
Guiados de dudosas esperanzas,
Pues como los tomaron descuidados
Y a sombra de tan flacas confianzas,
En un momento fueron desarmados
Perdidos los caballos y las lanzas,
Sin haber en aqueste rompimiento
Defensa ni rigor sanguinolento.

Mas un muchacho fué que en la pendencia
A caballo subía bien armado,
Y aqueste hizo grande resistencia
A toda la cuadrilla del Delgado;
Pero vieudo de suyos la paciencia
Y él solo de ballestas rodeado,
Quisose dar porque no le matasen,
Y con que su caballo le dejasen.

Conclusa y acabada la refriega,
Y gente de Sedeño ya reuida,
Hallóse tan confuso nuestro Vega
Que deseaba verse sin la vida:
Ya deshonra los suyos, ya reniega,
Ya del Delgado da queja rompida,
Diciéndole que ¿dónde se sufría
Semejante traición y villanía?

El respondió: «yo traigo mandamiento
De justicia del rey, y muy bastante;
Quejaos de vuestro poco miramiento,
Pues pudiérades ser mas vigilante;
Que sabe Dios la pena que yo siento
Por venir en demanda semejante;
Quejaos también de vuestros valedores,
Que fueron los primeros agresores.»

Al fin, por no sufrir dichos molestos
Que suelen encender malos enojos,
Los suyos el Delgado hizo prestos,
Las armas recogidas en manojos:
Quedaron los de Vega descompuestos;
Los otros proveídos de despojos,
El Ortal lleno fué de vanagloria
Desde que los vió volver con la victoria.

Y aquesta buena suerte por él vista,
Con cincuenta caballos á su uso,
Determinó de dar en el Bautista,
Capitán que los suyos descompuso:
De cien soldados viejos hizo lista
Con los cuales al hecho se dispuso,
Y así siguió los rastros y pisadas
Doblando muchas veces las jornadas.

Llegados con tan buen aviamiento
Donde Guaramental los atendía,
Al Ortal hizo gran recibimiento
Y al Delgado que mucho lo quería:
Dijoles la provincia y el asiento
Donde el contrario campo residía,
Y por no les cumplir mucho sosiego,
En su demanda se partieron luego.

Por campos fertilísimos y llanos
Hicieron en tres días la jornada,
Y cuando le dijeron ser cercanos
Jerónimo de Ortal hizo parada,
Poniendo por concierto sus cristianos
Para dar en la gente sosegada,
La luz de los mortales despedida
Y su vista de sueño convencida.

Tenían los contrarios el asiento
En prado verde con esmalte rojo,
Cerca del grande pueblo y opulento
Del indio Guaigotó, cacique cojo:
Varon en guerra y paz de gran momento
Y entre los convertidos ortodojo,
Amplísimo su campo y su dehesa
Y lo poblado dél una gran mesa.

Por líneas rectas árboles opacos,
Cuyas hojas jamás vienen á menos,
Que en aquellas provincias llaman macos,
Fructíferos, umbrosos, muy amenos:
Los huesos de sus frutos no son flacos
Sustentos, sino recios, sanos, buenos,
Entre estos macos uno fué notable,
Grandísimo, hermoso y admirable.

Debajo cuyos ramos estendidos
En tiempo de calor acontecía
Estar trescientos hombres recogidos
Con caballos y gente que servía,
Todos cómodamente divididos
En el compás que cada cual quería,
Las hojas tan compuestas y tan deusas
Que del ardiente sol eran defensas.

Estando pues febea luz absente,
Y casi demediando la carrera,
A los despiertos ojos de la gente
Que huellan otra parte del esfera,
Revolviendo las riendas al oriente
Para tornar á ver nuestra ribera,
Jerónimo de Ortal y sus cristianos
Alistaron las armas y las manos.

Teniendo relación por sus espías
Del maco donde estaban alojados,
Llevando por delante buenas guías
Dieron en los que estaban sosegados;
Pero de las contrarias compañías
Hallaron solamente los llagados;
Porque los sanos, sueltos y valientes
Andaban descubriendo nuevas gentes.

El saco y el rancho fué tan bueno
Que se les descubrió lo mas recluso,
Lo suyo recogieron, y lo ajeno
Aplicaron también para su uso:
El que vino vacío volvió lleno,
Alzando cada cual lo que no puso,
Y con ver mejorados los despojos
Ortal no mitigaba sus enojos.

Pues con presteza tal cual conocia
A su seguridad ser importante
Arrebató la gente que tenia,
Y con ella pasó mas adelante,
En busca de la otra compañía
De semejantes vueltas ignorante,
Porque fuese mas presta su legada
Que un negro que huyó del arma dada.

Hasta ver al contrario la presencia
Caminaron á pasos estendidos,
Fué de poco momento la pendencia
Por estar los contrarios divididos;
Mas el Bautista hizo resistencia,
Y él y otro quedaron mal heridos,
Y si la gente junta se hallara
La victoria no sé por quién quedara.

Por ser la que faltaba tan lozana
Y su vigor y fuerza tan notoria,
Que murieran allí de mejor gana
Que conceder á nadie la victoria;
Pues con indios y gente castellana
Hicieron hechos dignos de memoria,
Mas nunca les pasó por pensamiento
Que Ortal tuviera tal atrevimiento.

Y así por ser á todos importante
El Delgado dió orden que supiesen
No cumplíles pasar mas adelante,
Sino que de la tierra se saliesen;
Porque el Ortal estaba muy pujante
Y no les convenia que se viesen,
Que tomasen aqueste su consejo
Dado por servidor y amigo viejo.

Oidas las razones y embajada
Y de los descompuestos otras quejas,
Muchas personas desta camarada
Estuvieron confusas y perplejas;
Mas el Reinoso y Diego de Losada,
Anton Garcia y Alvaro de Sejas,
Un Medina y un Garcia de Montalvo
Procuraron de se poner en salvo.

Mas gente dejó ir Ortal aposta
Que con los que ya dije se congrega,
De pertrechos beligeros angosta
Y eminente peligro donde llega:
Finalmente, salieron á la costa
Adonde se juntaron con el Vega,
Que estaba con su gente destruida
En grandísimo riesgo de la vida.

Por San Miguel de Neverí pasaron
Al tiempo que venian de camino,
Adonde saquearon y robaron
Los bienes del Ortal y del vecino,
Por no poder los pocos que quedaron
Resistir el furor luciferino,
Y dalles el desorden y codicia
A los que mas podian la justicia.

Visto que ya no hay quien lo resista,
Jerónimo de Ortal les dió licencia
A los que se quedaron con Bautista
Presos con él en esta competencia,
Para que se volviesen á su lista
Si no quisiesen ir en su obediencia;
Por ellos aceptada fué de gana,
Y así volvieron á Maracapaná.

Allí se vieron todos descontentos
Por no tener defensa conviniente,
Esperando por horas y momentos
Al Sedeño y al resto de la gente:
Luego vieron inflada de los vientos
Vela acia la parte del poniente,
Cuya vista les dió gran alegría
Pensando ser Sedeño que venia.

Pero llegada mas á la ribera
La sospecha ya dicha salió varia,
Porque luego supieron como era
Un canónigo, Gasco, de Canaria:
A Santa Marta guía su carrera,
Mas furia de la mar le fué contraria,
Y por huir notable desconcierto
Allí determinó de tomar puerto.

Un don Pedro de Lugo los envia
Para hacer una jornada larga:
Son hombres de valor que en Berberia
Supieron bien jugar lanza y adarga,
Y demas desta gente que venia
De caballos y armas buena carga,
Y allí Gasco traia linda amiga,
Que vive hoy, y el nombre no se diga.

Puestos en tierra los recién venidos,
Fueron de capitanes y soldados
Con un aplauso grande recibidos
Y segun su poder acariciados,
Y á una devocion tan convertidos
Que fueron de la otra trastrocados,
Por loalles aquellos baquiános
La tierra que tenian entre manos.

Como con estos pues se concluyese
Que siguiesen las partes de su bando,
Porque de mejor gana lo hiciese
Al Gasco se le dió supremo mando,
En tanto que Sedeño les viniese
Con la gente que estaban esperando;
Pero después se vió tan amargo
Que les dejó la moza con el cargo.

Que por aquellos campos y florestas
A vueltas de trabajos y desmanes
No faltaban requiebros y recuestas,
Paseos y mensajes de galanes,
A los cuales volviañ las respuestas
Con gustosos y dulces ademanes:
Padecia fatiga nuestro Gasco
Por ver su bella dama tan sin asco.

Hollaba la señora tan liviano
Que no pudo sufrir lugar recluso,
Y así con Arce, mozo cortesano,
El Gasco con furor se descompuso;
Muchos con ellos dos echaron mano,
Y el alboroto fué harto confuso.
Pues con ser de los snyos socorrido,
El canónigo Gasco fué herido.

Desde que se vió con diligente cura
Asegurado bien de la herida,
Pareciale ser mayor cordura
Dejar la moza que perder la vida:
Partióse por buscar otra ventura
Juzgando por ganancia la perdida;
Y aunque salió de todo descompuesto
Fué de mayor valor el presupuesto.

Partido desta costa y de su sueño
El Gasco para donde le convino,
Llegó con dos navios el Sedeño
Con mucha gente para su camino;
El pesar que sintió no fué pequeño
Informado de tanto desatino,
Pero disimuló con esperanza
De ver muy á su gusto la venganza.

A lo que se perdió con los asaltos
Un «ya podria ser» dió por escudo,
Rebizó de caballos á los faltos,
De suficientes ropas al desnudo;
Consolaba los bajos y los altos,
Y reformólos lo mejor que pudo;
Pero dejémoslos adonde estamos,
Volvamos al Ortal do lo dejamos.

El cual desde que se vió con sosiego
Y con tan principal aviamiento,
Con todos sus soldados partió luego
Continuando su descubrimiento:
Hallaron un cacique, dicho Diego,
Sin que supiesen deste nombramiento
La causa ni rason, ni quién le puso
Este nombre tan fuera de su uso.

Pues pensaba cualquiera baquiáno
Que de cuantos nacieron de mujeres
Nunca jamas allí llegó cristiano,
Memoria ni mencion de sus poderes;
Y así tomaban todos larga mano
En decir diferentes pareceres,
Y en uno solo yo me determino
Que no parece furra de camino.

Entre conquistadores cudiciosos
Había desta tierra grandes cuentos,
A fama de la cual dos religiosos,
Debajo de santísimos intentos,
Entraron por los pueblos poderosos,
Año de diez y seis y tres quinientos,
La fe de Jesucristo predicando
Y algunos convertidos bautizando.

Poníanseles nombres de cristianos
Segun santa y católica costumbre,
Con la prohibición de ritos vanos
Por traellos á nuestra certidumbre;
Mas por los sacerdotes inhumanos
Que de vellos tomaban pesadumbre,
Estos frailes que dominicos fueron
Coronas de martirio recibieron.

Esta fué la razon por que este hombre
Se llamaba segun habeis oído,
Y la misma no pide que se asombre
Quien está destas cosas advertido:
Por hallar entre indios este nombre
Que traemos acá por apellido,
Quedándose con aquel nombre mismo
Que le debieron dar en el bautismo.

De tan fértiles tierras no contentos
Con tanta poblacion, tanta ribera,
A Meta dirigian sus intentos
Y á la casa del Sol, que entonces era
El blanco de los mas descubrimientos
Que pregonaban en aquella era:
Salió pues el Ortal con sus cristianos
A descubrir aquellos campos llanos.

Descubriáanse reinos estendidos
Y en ellos poblaciones generosas,
Do tuvieron rencuentros muy reñidos
Por ser aquellas gentes belicosas:
Hubo victoriosos y vencidos,
Hiciéronse hazañas grandiosas,
Entre los cuales bandos y cuadrillas
Siempre hizo Delgado maravillas.

Asperezas inmensas tornó llanas
Con mano que no supo ser vencida,
Pero las tres lanificas hermanas,
Cuya condicion es endurecida,
Parece ser que ya tenían ganas
De cortar los estambres de su vida,
Derribando valor del gran Aquiles
No manos de Paris, sino muy viles.

Iban corriendo todos sus soldados
A Guamba, poblacion engrandecida,
Pasaban por asientos des poblados
Sin poder hallar ánima nacida,
Por ser de sus vecinos avisados
Dejar atrás la tierra destruida;
Demás desto mujeres y varones
Eran de belicosas condiciones.

No vuelve las espaldas uno solo
A muchos, y en el tiro de saeta
Nada superior el gran Apolo,
Y muy inferior el diestro geta:
Es cifra lo mejor del pueblo etolo
Y sueño los eós y el de Creta,
No tuvo Panopes certeza tanta,
Aretusa, Calisto ni Atalanta.

No saben qué es arnés, yelmo ni greva,
Porque la desnudez es su decencia,
Arco y aljaba solamente lleva,
Y estas son sus astucias y su ciencia;
Pero huían de la gente nueva
Por no tener con ellos competencia:
Los nuestros asentaron allí ranchos
Cazando por aquellos campos anchos.

Pues hay por su compás y su distancia
Floridos prados, apacibles cerros,
Y de venados daban abundancia
Blandientes astas con agudos hierros:
También fué de grandísima sustancia
La caza que hacían con los perros,
Y hasta ver los indios y buscillos
Rebaciaban personas y caballos.

Allí holgaba nuestra compañía,
Por haber de comida muchedumbre,
Y el ir á buscar caza cada día
Tenían casi todos de costumbre:
Deseando también alguna guia
Que desta gente diese certidumbre,
Entre los cuales Agustín Delgado
Salió movido de siniestro hado.

Acompañábanlo tan solamente
Joan de Agueda su hermano, y un soldado:
Adarga del arzon lleva pendiente
Por no salir á caza descuidado;
Pero la caza fué tan diferente,
Que pensando cazar quedó cazado:
No sé cómo poner en escritura
Aquesta trabajosa desventura.

Vió ir un indio solo por el llano,
Y con deseo grande de tomallo
Hizo luego desvío del hermano
Dando de las espuelas al caballo:
El indio con las flechas en la mano
Nunca mostró temer en aguardallo,
Y pudérale dar golpe nocivo,
Pero no quiso, por tomallo vivo.

El adarga llevaba bien compuesta,
Ansimismo la lanza con aviso,
Y al indio que la flecha tiene puesta
Le dice que se dé, mas nunca quiso:
Antes de tal pelea como esta
No se le conoció ser arrepiso,
Pues siempre le hacia tal amago,
Que mostraba querer no dar en vago.

El sagitario finge que descarga
El tiro por los pechos al caballo;
Delgado reguardólo con la adarga,
Y fuérale mejor aventurallo;
Pues el diestro gandul con flecha larga
Por do se descubrió pudo clavallo,
Gozando de tal suerte del despojo
Que le metió la flecha por un ojo.

Joan de Agueda que vió la mala suerte
Y en el hermano tan cruel herida,
Del caballo bajó por dar la muerte
Al matador de tan ilustre vida;
Pero rogó por él el varon fuerte,
Y estorbó la venganza merecida,
Teniendo ya sentidos ocupados
En lamentar sus culpas y pecados.

Visto tan lastimero desconcierto,
Llevaron á los ranchos y cabañas
Al indio vivo y al cristiano muerto
Dechado de virtudes y hazañas;
Y el caso miserable descubierta
Llorando se rompían las entrañas,
Por ser de todas gentes bien querido,
Y de nadie jamás aborrecido.

En su disposicion muy bien podia
Competir con cualquiera gentileza,
Tanto que su presencia prometia
Faltar en él resabio de vileza:
Señalóse también en Berberia,
Donde dió muestras de su fortaleza:
Fué hombre natural de gran Canaria
Y de los antiquísimos de Paria.

El entierro se hizo no pomposo,
Porque no lo sufrió tal coyuntura,
Y á la sombra del mico mas umbrroso
Se le dió la terrena sepultura:
Epitafio se puso doloroso,
Las letras dél en la corteza dura,
E yo vi que declin sus renglones
Estas mismas palabras y razones:

AQUI YACE SEPULTADO

EL BUEN AGUSTIN DELGADO.

Esta funeral fiesta concluida
En Guamba, según tengo descubierto,
Jerónimo de Ortal aunque con vida,
Por muerte del Delgado quedó muerto:
Viendo para su mal y su caída
Mostrárase camino mas abierto,
Mas procuró por modo conveniente
Dar el remedio que le fué posible.

Para lo cual fué luego convocado
De sus soldados número de gente,
Y el Alvaro de Ordás salió nombrado
Por general y por lugartiniante:
Quedóse Martín Nieto resabiado,
Aunque mostró tomallo blandamente,
Y para la venganza con efecto
Trató ciertos motines en secreto.

Fué su negociacion tan acordada
Y tan persuasivas las razones,
Que la máxima parte de la armada
Correspondió con estas intenciones;
Y al punto y á la hora concertada
A los pocos pusieron en prisiones;
Fué fácil de hacer esto que digo
Por ser familiar el enemigo.

Demás del aleveo desatino
Que se perfeccionó con gran cautela,
No les dejaron arma ni rocino,
Espada de provecho, ni rodela:
Con intenciones de hacer camino
A la gobernacion de Venezuela,
Para juntarse con los capitanes
De Berzares y ricos alemanes.

Concluso sin contiendas ni peleas
Este feo motin y detestable,
Y tomados caballos y preseas
Con servicio de indios razonable,
Dijeron al Ortal palabras feas
Llamándole de vil y miserable,
Indigno de tener según él era
Tantos buenos debajo su bandera.

Diez le dieron favor en su ruina
Por el rey fidelísimos vasallos,
Y destes un Torrellas determina
Por avisados medios ablandallos:
Al fin para volver á la marina
Les hizo que les diesen seis caballos,
Con ellos y otros diez de gente suelta
El Ortal á la costa dió la vuelta.

Soldados diestros, hombres de gran tono,
Entre ellos Alonso Alvarez Guerrero,
Ordás, Pero Martín, Chaves, Perdomo,
Quirós, Torrellas, noble caballero;
Joan de Agueda y otros, no sé cómo
Pueda decir sus nombres por entero,
Pues es esta distancia tan notoria,
Que aunque los vi, se pierde la memoria.

A la vuelta se vieron en aprieto
Por no hallar la gente ya tan blanda,
Y los rebeldes Alderete y Nieto
Y el Villagrán y el resto de su banda:
Con amistad de todos y respeto
Llevaron adelante su demanda,
Y dieron por la tierra discurrendo
Con Fedrimán, que andaba descubriendo.

Nicolao Fedrimán en estaera
A su mandar tenía gente barta,
Reteniendo debajo su bandera,
Y sin le consentir que dél se parta,
Al valiente varon Joan de Ribera,
Insigne capitán de Santa Marta,
El cual venia con poder bastante
A descubrir por el dotor Infante.

Deste fuerte varon, cuando comienza
A tratar este reino y sus lugares,
No se halla valor que no se venza
De los suyos, que son mas singulares;
Porque cierto podia sin vergüenza
Competir con los fuertes doce pares,
Y si mis dias no fueren estrechos
Yo diré del Ribera grandes hechos.

Pasando pues del Cabo de la Vela
Descubriendo la tierra circunstante,
El Fedrimán llegó de Venezuela
Con gentes y pertrechos al instante:
Y hizo con astucias y cautela
Que juntos descubriesen adelante;
Ribera consintió con lo rogado,
Pero fué mas por fuerza que de grado.

No se hallaba fuera desta furia,
Sino por principal en este cuento,
Mateo Sanchez Rey, el de Liguria,
Que de valor tenía cumplimiento:
Al cual ya tiene la celeste curia
Y en este reino deja monumento,
Y á su doña Casilda, que en aviso
Y hermosura tiene cuanto quiso.

Estaba Diego Ortiz, que es residente
En Vélez deste reino de Granada,
A quien ventura corta no consiente
Siquiera pasadia limitada;
Siendo justificado pretendiente
De cualquiera merced muy señalada,
Pues sus servicios puestos en memoria
Habian menester cabal historia.

Estando juntas pues las dos armadas
Con todo buen recado y advertencia,
Las gentes del Ortal amotinadas
Al Fedrimán le dieron obediencia;
Y en dar el parabién de sus llegadas
No pudo ser mejor el apariencia,
Pero de los caudillos deste hecho
Nunca jamás estuvo satisfecho.

Pues aunque malos, pueden ser mejores
Cesando de dañar quien hizo daño,
Los que son una vez engañadores
Mal pierden el favor de tal engaño;
Mas antes andan vivos los olores,
Aunque se pase mes y pase año,
Que justa paga es del fementido
Cuando dice verdad no ser creído.

Por esto Fedrimán como discreto
Envió con recado conviniente
Al Alderete, Villagrán y Nieto,
A la mar so color de llamar gente;
Pero despachó cartas en secreto
Para que los destierren brevemente,
O no les consintiesen dar la vuelta
Por no le convenir gente tan suelta.

Aquesto se cumplió luego á la hora,
Y aun creo los tuvieron en prisiones,
No para ser justicia vengadora
De sus delitos y rebeliones;
Pero volvamos al Ortal agora
Concluyendo sus peregrinaciones,
Haciendo canto nuevo y ultimado,
Por quedar sin aliento del pasado.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo Jerónimo de Ortal llegó á su pueblo de Neveri en la costa, cómo se escapó de Antonio Sedeño, y lo que mas le sucedió hasta su muerte

El que gente de guerra regir suele
Para tener segura la matanza,
No cumple con que solo se recele
Del contrario que tiene gran pujanza;
Pero también conviene que se vele
De los que están debajo de su lanza,
Pues armas del doméstico enemigo
Riguroso furor tienen consigo.

Y así los humos destes desvarios,
Si condensaren nube de sospecha,
Tener apercebidos los rocios
Antes que salgan llamas aprovechá;
Pero si los remedios son tardios,
La muerte del contrario queda hecha,
Y es menester, en caso semejante,
Por no quedar atrás, estar delante.

El descuido de Ortal aquí fué sumo,
Juzgando las verdades por novela;
El cual no solamente vido humo,
Pero también centellas de cándela,
Y con se resumir lo que resumo,
Nunca creyó ser necesaria vela;
Y así, como no hizo cuenta desto:
Quedó de su potencia descompuesto.

Hizo camino pues con sus leales,
Rompiendo grandes fuerzas y pujanzas
De aquellos belicosos naturales
Que defendían casas y fabranzas:
Do las seguridades principales
Les daban las espadas y las lanzas,
Por ser al barbarismo desta gente
Esta seguridad mas conviniente.

En tierra ya de paz los caminantes,
Hicieron á la mar partida presta,
A donde todos eran ignorantes
De tan breve venida como esta;
Y do por las revueltas dichas antes
Les era la guarida mas molesta,
Por estar el Sedeño con intento
De venir con Ortal en rompimiento.

De manera, letor, que cuando quiso
Evitar á caribes la tragona
Crüel hija de Focis ó de Niso,
Amenazas de muerte le pregona:
Y á no tener con ambas gran aviso,
Grande riesgo corría su persona;
Mas escapóse de crüeles manos,
Por industria del padre Castellanos.

Y tengo yo por muy averiguado,
Que si no se saliera del estrecho,
El muriera suspenso y ahorcado,
Sin mirar á justicia ni derecho,
Por estar el Sedeño tan dañado
Que cometiera ya cualquier mal hecho;
Y así, por lo traer á su presencia,
Fué la que puso suma diligencia.

Mas puestos en la playa deseada,
Cada cual por su parte recatado,
Hicieron con oscuro la llegada
Al pueblo que el Ortal dejó poblado,
Tres leguas mas abajo del armada
Y campo del Sedeño reformado;
El cual para partir estaba presto
Debajo del desino ya propuesto.

Un maestre Joan, que lombardero era,
Siendo de vela dijo quién venia;
Salieron por lo ver á la ribera,
Diciéndole enán gran riesgo corría:
Al instante le dió barca lijera,
Equipada de buena compañía,
El clérigo francés, principal hombre,
Que se llamaba de mi mismo nombre.

Sin gozar allí punto de sosiego,
Y sin llevar cabal matalotaje,
La vuelta de Cubagua se fué luego,
Y á vela y remo hizo su viaje;
Y no fué de cobarde ni de ciego
Ser él el que llevaba su mensaje;
Pues no costara menos que la vida,
Si no fuera de noche la partida.

Porque otro día luego de mañana,
Algun indio ladino que los vido
Llevó las nuevas á Maracapaná,
Diciendo que Ortal era venido;
Sedeño, de su gente mas lozana,
Juntó consorcio bien aperebido,
Mandándoles con ásperas razones
Que luego lo trajesen en prisiones.

A Neveri llegó la gente brava,
Armada de rigor descomedido,
Y sabida la vuelta que llevaba
La dieron á decir lo sucedido:
El Sedeño las barbas se pelaba
Desque supo que Ortal era huido;
Pero fusta de remos mas espesa
Mantó que lo siguiese con gran prisa.

Entre muchos que iban á prendello,
Fueron los dos hermanos Antillanos,
El capitán Copete, Mesa y Tello,
Que también estos tres fueron hermanos:
Zamudio, Ontiveros, Joan de Argüello,
Cabrera, Joan Martín de Castellanos,
Con mas que mi memoria no sustenta,
Y con quien el Ortal tuvo gran cuenta.

Pues el tiempo que suele ser lijero,
De la region etérea movido,
Muchos hizo venir á pagadero,
El campo del Sedeño destruido:
Siguiéron pues á este caballero
Hasta Cumaná, puerto conocido,
Do para lo prender faltó remedio
Por haber puesto mucho mar en medio.

Queriendo ser mas Taurea Campano,
Que hizo de su fuga confianza,
Que Claudio Asello, milite romano,
Que solo la tenía de su lanza:
Vacía se volvió sedeña mano,
Perdida de prision el esperanza;
Libre pues el Ortal de tal encuentro,
Sedeño se partió la tierra adentro.

Recogió del Ortal muchos soldados,
Cuyo fiel valor experimenta;
Y para los llevar bien aviados,
Caballos, armas, ropas les presenta:
Hubo después negocios muy pesados,
De que, mediante Dios, yo daré cuenta;
Pues los Sedeños de presente buyen,
Y los de Ortal agora se concluyen.

El cual, considerada la demencia
Del Antonio Sedeño y la malicia,
Envio sus despachos al audiencia,
Demandando remedio por justicia:
Despachóse juez de residencia,
De quien también daré larga noticia
Al tiempo que mejor me pareciere,
Y con la claridad que yo pudiere.

Porque para tratar cumplidamente
La vida del Ortal en lo restante,
Aunque un negocio de otro va pendiente,
Habremos de hacello discrepante:
Poniendo por escrito de presente
Cosas que sucedieron adelante,
Después que noche del eterno sueño
Escureció los ojos del Sedeño.

Por no ser los enojos difinidos
Aunque sus dias fueron acabados,
Antes por los agravios recibidos
El Ortal se vengó de sus soldados;
Y aquellos que pudieron ser habidos
Fueron por su respeto castigados,
Y en este lugar cumple que mi pluma
Con brevedad posible los resuma.

Pues cada cual elegia representá
En relacion historia recogida,
Y aquel gobernador que la cimenta
No consiente que vaya dividida;
Sino que de un voleo se dé cuenta
De todos los sucesos de su vida;
Y así, pues la presente tiene dueño,
Acabada, diremos del Sedeño.

El cual, mucho después de su partida,
Y de vueltas otras y rencillas,
Ansimismo partió de aquesta vida,
Por cuyo fin también hubo cosquillas:
Tales, que fué su gente dividida
En dos contrarios bandos y cuadrillas;
Unos la gente siguen alemana,
Otros volvieron á Maracapaná.

Estos por los delitos cometidos
Y excesos que serán conmemorados,
A instancia del Ortal eran punidos,
Y de los que tenían agravios:
Fueron en este puerto detenidos,
A fin que todos fuesen castigados;
Entre ellos un Aduza y Joan de Argüello,
A quien la sogá hizo largo cuello.

Pues muchos menearon los tobillos
Pareciendo mas sano dar la vuelta,
Que puestos en cadenas y con grillos
Pagar el carcelaje sin la suelta:
Fueron los sobredichos dos caudillos
Deste motin y última revuelta,
Y todos por llevar caballos buenos,
Se quisieron valer de los ajenos.

Escogió cada cual á su contento,
Porque por la zavana repastaban,
Y Aduza dijo ser acertamiento
Dejarretar los otros que quedaban,
Porque no fuesen en su seguimiento
Aquellos de quien ellos los llevaban:
Astucia de sagaz y de discreto,
Si acaso la pusieran en efecto.

Mas hubo también otras opiniones
Torpes en afear aqueste hecho,
Y así faltaron las ejecuciones
Que les pudieran ser de gran provecho;
Pues acontece muchas sinrazones
Asegurar con otras su derecho;
Y aunque la culpa hace muy mas llena,
A veces se reservan de la pena.

Fueron pues diez y seis aperecebidos
De caballo, de lanza y de rodela,
A quien noche sacó sin ser sentidos,
Como la que de tales es tutela:
Volvían por los pasos conocidos
A la gobernacion de Venezuela;
Y en Cubagua justicia y regimiento,
Luego supieron el atrevimiento.

Condenando la culpa por atroz,
Cometen al Ortal aquel castigo;
Ortal, que sus afrentas reconoce,
Mucha gente cabal llevó consigo,
Con deseo de dar alguna coce
A quien se le mostró tan enemigo;
Y en tierra firme puestos deste puerto,
Lo que el Aduza dijo salió cierto.

Pues luego los caballos ensillados,
Que vinos escapar del duro trance,
De huellos fugitivos enseñados,
A gran priesa siguieron el alcance;
Pero los delincuentes confiados
No supieron jugar segundo lance;
Pues ó por flojedad ó mala guía
Se dieron menos priesa que cumplía.

Al gran río de Guárico llegaban
Como setenta leguas caminadas,
Do los cansados cuerpos reposaban
En playas y riberas cultivadas,
Cuando los que por ella caminaban
Fresquísimas hallaron las pisadas,
Y el Ortal reparó la gente presta,
El rigor esperando de la fiesta.

Apolo ya las sombras retiraba,
Pues casi por zenit se les subía,
Y el cje por el medio rescababa
Con los dorados carros que regia,
Cuando frescor umbroso convidaba
Al descanso que el cuerpo les pedía:
Entonces el Ortal y sus soldados
Dieron en los que estaban accechados.

Bien como peje narces ó torpedo,
Que sin tocar entume miembros sanos,
Y para ser su cebo se está quedo
El peje de los ríos destos llanos;
Así los asaltados con el miedo
No pudieron valerse de sus manos,
Por verse rodear tan de repente,
Y no temer aquel inconveniente.

No faltaron allí duros sayones
Que con oprobios y palabras feas
Los pusieron en ásperas prisiones,
Así colleras como arropeas,
Representandoles viejas pasiones
Habidas en rencuentros y peleas;
Otros también de mas noble talento
Usaban de mejor comedimiento.

Estaba del Argüello muy sentido
Jerónimo de Ortal por lo pasado,
Y así, sin le guardar orden debido,
A muerte natural fué condenado:
Finalmente, que fué, sin ser oído,
De la rama de un árbol ahorcado,
Ejecutando fuera la sentencia
De su gobernacion y pertenencia.

Argüello muerto, como dije antes,
Con muestra de grandísima paciencia,
Llegaron á Cubagua los restantes,
Donde estaba jüez de residencia,
Y adonde no faltaban querellantes,
Ajenos de virtud y de clemencia:
Afrentaron soldados de gran suerte,
Y Aduza padeció pena de muerte.

Conclusos estos casos tan estraños,
Indignos de cubrirse con tiniebla,
Ortal, pobre, pasó por muchos años
En casa de un vecino dicho Niebla:
Fué después contador, mas no de daños
Que hacia sin orden y sin regla,
Herrando libres indios por captivos,
Cuyos números fueron escesivos.

Estando pues el pobre con resuello
Menor que para lo cotidiano,
Y tan pobre que mas no pudo sello
Aquel Epanimondas el tebano:
Ante los odores un Argüello
Quejó dél por la muerte del hermano;
De manera, que fué por su presencia
A defender sus causas al audiencia.

Para satisfacion del tal esceso
Faltaba lo que el otro pretendía,
Por ya no ser Ortal, Mida ni Creso,
Ni tener lo que Pito tenía,
Ni aun para pagar costas de proceso,
Y así se concerto por cierta vía:
El Ortal, libre ya desta manera,
Tomó en Santo Domingo compañera.

Gozando de mujer, dama lozana,
Una siesta cubierto de sudores,
Por asiento tomó cierta ventana
Para tomar del aire los frescores,
Donde septentrion ó tramontana
Hacia mas templados los calores,
Y luego, como aquel rey Andebunto,
O como Nicanor, cayó defunto.

En proporciones era delicado,
Y también en sus tratos tuvo esto:
Fué grave con nola de pesado,
Varon gallardo, suelto, bien dispuesto:
La barba clara, rostro bien formado,
Alegres ojos, apacible gesto,
Decían de buen pecho ser ajeno;
Pero por cierto yo lo hallé bueno.

Honró su funeral ilustre gente
Como suele ciudad tan generosa
Al que es inferior y al eminente,
Sin que de claridad le falte cosa:
Enterraronlo muy honradamente
En parte conviniente y honorosa,
Y donde las exequias se hacían
Pusieron unos versos que decían:

*Coninet Ortall, bustem quod cernitis, ossa,
Qui factus Cræsus, factus et ipse Biton.
Valde dolet varios huius perpendere casus,
Plusque dolet nobis tam citus interitus.*

Tiene aquesta sepultura
A Jerónimo de Ortal,
Cuya carrera fué tal,
Que en ella le dió ventura
Antes bien y después mal.

Dolor es que desatina,
Considerar su ruina;
Pero lo que mas dolió,
Fué morir como murió,
De muerte tan repentina.

ELEGIA XII.

A la muerte de Antonio Sedeño, donde ansimismo se cuenta el suceso de su jornada.

CANTO PRIMERO.

A cosas de Cubagua y Margarita
Aspiraba, letor, mi flaca pluma
A dar de relación tan infinita
Alguna recogida y breve suma ;
Pero dame Sedeño tanta grita
Rogando que su causa se resuma,
Que primero que dellas es forzado
Acabar lo que dél he comenzado.

Cuando clara progenie de Latona
Tenia por la eclíptica carrera ,
Aquel primero signo de la zona
Oblica, que ciñendo va la esfera ;
Cuando quinceño ciento se pregona
Con mas treinta y seis años de la era,
Tal día con frescor de la mañana
Salió Sedeño de Maracapana.

Al cual deste consorcio belicoso
Le pareció nombrar en el armada
Por general à Diego de Reinoso,
Y el maese de campo fué Losada :
Martin Fernandez, hombre poderoso ,
Por alcalde mayor de la jornada ,
Porque en el aviar el estandarte
Este fué quien gastó la mayor parte.

Por capitanes otros seis ó siete
Fueron por el Sedeño señalados,
Como Montalvo, Vega y el Copete,
Y los dos que murieron aborrecidos :
Segun mi verso débil entremete
En los casos atrás conmemorados,
Ochoa y Alonso Alvarez Guerrero,
Capitán del Ortal y compañero.

Sacó quinientos hombres escogidos,
Todos valerosísimos soldados,
De caballos y armas proveídos,
De cosas necesarias reparados ;
De pensamientos altos van movidos,
De grandes esperanzas alentados,
Con intento de ver templo dorado
Do el padre de Faeton es adorado.

Con todo buen concierto se camina
Por costa de la mar camino claro,
Pero luego dejaron la marina,
Y atravesaron por Patigutaro :
Provincia tan cabal que fuera dina
De conservarse con mejor reparo,
Y por do les hacia mas al caso
Salieron à los pueblos de lo raso.

A sombra de tan fuertes valedores,
Cubagua concertó también que fuesen
Sus capitanes y rescatadores
Que los indios esclavos recogiesen,
Ó granjeados ya por sus sudores,
Ó de los que los otros les vendiesen,
Con orden de clemencia tan ajena
Que el escribillo da terrible pena.

Pues era tan sin freno la soltura
De parte del ejército cristiano,
Que les era la paz menos segura
Que dormir con las armas en la mano ;
Pues con asegurado, se procura,
Privar de libertad al indio llano,
Y en esto fueron tantos los engaños,
Que se hicieron increíbles daños.

De tan inmensa copia de vecinos
Rarisimos son hoy los que parecen,
Umbrosos montes cubren los caminos
Que los humanos ojos humedecen :
Los campos por do pasan peregrinos
Con sangre de los muertos reverdecen :
Ya no se ve labranza ni cultura,
Sino bosques incultos y espesura.

En esto colocaban su contento
Con barto mas rigor de lo que digo,
Y era de tal furor el desatento,
Sin reservar amigo ni enemigo,
Que juzgaban con gran merecimiento
El demérito digno de castigo :
Tanto ciega los ojos la cudicia
Que la maldad se tiene por justicia.

Los ebrios de tan mortal beñeno,
Que muy poquitos hoy sustenta bado,
Parece que despiertan de tal sueño
Que ninguno tuvieron tan pesado :
Dicen mal del Ortal y del Sedeño
Por haberse tan mal acomodado,
Pues si tuvieran de poblar intentos
Potentes fueran los repartimientos.

Iban pues con algunos compañeros
De Cubagua personas principales,
Un Domingo Velazquez, un Riberos,
Fernando de Veger, Pedro de Caliz :
Su fin, su pretension, sus paraderos
Fué siempre destruir los naturales ;
Llegó à Guaramental toda la gente,
El cual los recibió benignamente.

Hizo Sedeño ir por otras vías
Gente que parecia ser bastante,
Repartidos en tres capitánias
Para que descubriesen adelante ;
Y él se detuvo por algunos días
Mas cerca de la mar con la restante,
En el pueblo del Cojo, que ya cuento,
Porque le pareció fértil asiento.

La gente por Cubagua proveída
Y con el capitan que Ochoa llamo,
Desde Guaramental bizo corrida
A la parte que dicen Guayacamo,
Provincia bien poblada y estendida,
Pero no sin defensa de su amo,
Porque los indios della como diestros
Hicieron grandes suertes en los nuestros.

Pues viendo lamentar los derredores
Por ser en sus defensas incapaces,
Y ser los españoles ya señores,
Como sabios astutos y sagaces,
Tuvieron estos indios por mejores
Patentes guerras que fingidas paces ;
Y así fueron los nuestros rebatidos,
Algunos muertos, y otros mal heridos.

Viendo que se valian desta suerte
Por tener la guarida muy cercana,
El español desca de lo fuerte
Sacallos al anchor de la zavana,
Para tomar venganza de la muerte
Que padeció la gente castellana,
Y así se retrajeron poco à poco
Para mas incitar al indio loco.

Con sospecha de que se retiraron
Los españoles de temores llenos,
Los indios à lo raso se llegaron,
Sin miedo del concierto de los frenos
De aquellos que los tésalos domaron,
Para poder correr con piés ajenos,
Tanto que se pusieron à provecho
Y à daño suyo fuera del estrecho.

Las riendas flojas, las espuelas hitas,
Compuestas las adargas y las lanzas,
Van los centauros contra los lapitas
Que venian con vanas confianzas :
Avivane las voces y las gritas,
Crecen à mas andar las destemplanzas,
A todas partes y por todos lados
Rompen salvajes pechos y costados.

El Ochoa hacia gran estrago,
Pedro de Caliz rige bien las riendas,
Y también Francisco de Santlago,
Que en este nuevo reino tiene prendas :
Ningunas lanzas destas van en vago
Vengando las pretéritas contiendas,
Y los demás hacían maravillas,
Rompiendo las ijadas y costillas.

Bien como caminante descuidado
Que bestia fiera topa de repente,
Y con aquel temor desalentado
Huyendo acia atrás vuelve la frente;
Así huye también el mas osado
Y el mas aventajado desta gente,
Admirados de ver en la conquista
Bestia nunca jamás por ellos vista.

Al fin, viendo los golpes escesivos,
Los tajos y reveses inhumanos,
Los guayacamos que quedaron vivos
Huyeron del furor de los cristianos;
Pero de los rendidos y captivos
Gran copia les dejaron en las manos,
Y puestos en recado conviniente
Siguiéron el alcance juntamente.

Los libres del rigor de las peleas
Largando van los arcos y penachos,
Los nuestros saquearon las aldeas
Recogiendo mujeres y muchachos:
De oro bajo joyas y preseas,
Sin que le pongan armas sus empachos,
Y vueltos á la ya dicha dehesa,
Al Sedeño llevaron grande presa.

Como fuesen iguales en ingenio
Para hacer allí las particiones,
Atabas se conforma con Numenio.
Ambos á dos grandisimos ladrones:
Ajenos del vivir del justo Benio,
Mas no de las argivas condiciones;
Llevólo pues Cubagua por entero
Uno por parte y otro por dinero.

Acudieron también los taburlanes
Para poder mejor echar el sello;
Quiero decir, los otros capitanes
Ratista, y el Aduza, y el Argüello:
Que tuvieron contrastes y desmanes
Y la vida colgada de un cabello,
Por haber encontrado competencia
Que hizo por fada resistencia.

Pero trajeron muchos maniatados
De Anipuya, Marapa y Mayatare,
De Chocoroima y rio de Tiznados,
De Guamba, Orocomay, Cumagatare;
De muchos pueblos otros señalados
De la provincia de Mayagatare,
Y todos los llevaron cubagienses
A trueco de preseas é intereses.

Llevaban á Cubagua sus vecinos
De esclavos prolijisimas cadenas,
Dejando bien sangrientos los caminos,
Las sendas y veredas todas llenas
De muertos en aquestos desatinos,
Con hambre, con cansancio y otras penas,
Pues eran destos miseros captivos
Muy mucho mas los muertos que los vivos.

Y como tantos muertos se quedasen
En aquestos trabajos escesivos,
Fué causa que los tigres se cebasen
Y en esta tierra fuesen tan nocivos;
Pues como ya los muertos les faltasen
Procuraban cebarse de los vivos,
Y fué tan grande plaga y desventura
Que no teníamos hora segura.

El pesado temor desto se prueba
Por casos varios que decir entiendo,
Y entre sueños no era cosa nueva
Alguien, sin le tocar, estar diciendo:
« Señores, que me lleva, que me lleva. »
Los otros acudían al estruendo,
Y estando quien lo dijo muy dormido,
Causarse confusisimo ruido.

Pues como cada cual por sí recela
Una muerte tan vil y desastrada,
Unos tiran tizones de candela
Otros tercián la lanza preparada;
El otro se abrazó de la rodela,
El otro no topó con el espada;
Mas en los sobresaltos destas fieras
Las mas veces las burlas eran veras.

Y á treinta de caballo, mocetones,
Y para guerras no personas mancas,
Un tigre les causó mil turbaciones
En el rio que llaman de Barrancas:
Recogidos en medio los peones
Y ellos sin se mover ancas con ancas,
Mas antes de llegar la luz del día
A un indio le quitó la que tenia.

Otra noche por el inconveniente
De tan perniciosas ocasiones,
Un capitán, que fué Joan de la Puente,
Vistióse fuertes armas de algodones:
Con capirote y faldas fuertemente
Trabando las hevillas y botones,
Porque si la venida fuese cierta
En otra parte diese descubierta.

Y aunque las armas fueron de provecho
Cuando todos estaban reposando,
El tigre para él se fué derecho
Ningunas cuberturas respetando;
Dió grandes voces él, mas un gran trecho
Lo llevó con las armas arrastrando,
Acuden caballeros, que velaban,
Al tino de las voces do sonaban:

Yendo cada cual dellos recatado
Dan gritos que los meten en el centro,
Al fin halláronlo ya desmayado
Aquellos que salieron al encuentro:
Entre dos plantas verdes apretado
Que no pudo metello mas adentro,
Túvose por grandisima ventura,
No podello llevar al espesura.

Y cierto su persona fuera lesa
A poderle quitar los embarazos,
Pues cuando va huyendo con la presa
La va haciendo toda mil pedazos:
Hinchiendo de crujidos la dehesa
Quebrantando costillas, piernas, brazos
Y es tan veloz en el hacer el salto
Que parece que vueta por lo alto.

Otra noche también desta manera
Dormia el lusitano Caraballo,
Habiendo puesto para cabecera
La silla y aderezos del caballo:
Manoplazo feroz tiró la fiera
A fin de lo matar y de llevallo,
Fué misterio de Dios y maravilla
Que parasen los daños en la silla.

Huyó pesado sueño del dormido
Cuya silla sintió llevar rastrando,
Haciendo los estribos gran ruido
Que por las duras piedras iban danando:
Temor lo hizo mas apercebido
Y á todos los demás estar velando
Hasta la luz, y abierta la sospecha
La silla se halló, pero deshecha.

Otra vez en el rio de Tiznado
Un indio de Fernando Cascajales
Se cubrió con un cuero de venado
Con miedo, segun dijo, destos males:
Saltó tigre feroz encarnizado
Echándole las garras infernales,
Y ventura le fué tan obediente
Que llevó la cubierta solamente.

Conocida su suerte venturosa
Dió gritos convocando los cristianos,
Saltó de la hamaca quien mas osa
Y el que tuvo los piés menos livianos:
Tuvimos una noche trabajosa
Y siempre con las lanzas en las manos,
Con tizones, con grita y vocería
Hasta que ya llegó la luz del día.

Yendo muchos á dar en un cercado
De gente que tenían acechada,
Cada cual á caballo bien armado
Cubiertos de la noche sosegada;
Tigre feroz saltó por el un lado,
Y al capitán llevóle la celada,
Sin ser la voluntad del caballero
Que lo sirviese paje tan lijero.

Viendo la buena maña del lacayo
Cuyas ñiñas peinaban el cogote,
El caballero Garcí Perez Vayo
A lo raso salió mas que de trote;
Porque no revolviere por el sayo
Aquel que le llevó su caprote,
Y los demás hicieron otro tanto
No menos poseidos del espanto.

De día fuimos seis por un camino,
Y en un gran pajonal pasó delante
Joan de Oña, montañés, ó vizcaino,
Saltó tigre con él en el instante,
Con golpe que sacara de su tino
Al mas poderosísimo gigante;
Acudimos á él con piés livianos,
Y quitámoselo de entre las manos,

La fiera crudelísima, tragona,
No pudo deshacer el mortal vaso,
Mas dejó maltratada su persona
Por se querer mostrar en este caso
Barbero que lo hizo de corona
Dejándole no mas que el casco raso,
Pues la tresquila fué con tan mal celo
Que no pudo jamás cubrirla pelo.

No le curaron luego la herida
Por parecer las llagas ser mortales,
Y aun por andar la gente de corrida,
Demás de que faltaban materiales:
Curámoslo después, y tuvo vida
Temerosa de tales animales;
Y aunque vivía siempre lastimado,
Después lo vi con hijos y casado.

Quiero también contaros otra cosa
De un indio que venia por un llano,
A pedir libertad para su esposa
Captiva del ejército cristiano:
Otra lleva por ella muy hermosa
Y espada de las nuestras en la mano,
Mas tigre le mató la india bella,
Y dél hacer quisiera lo que della.

Mas viéndolo venir el caminante,
Cubrióse tras el tronco de un madero,
Poniéndole la punta por delante
Al tiempo que voló saltó ligero:
De suerte que la espada trepidante
Entró por el vital degolladero,
Cayó la bestia fiera sin aliento
Y el buen indio gozó de vencimiento.

Dió relacion á nuestra compañía
Del daño recebido y del provecho,
Fueron allá por ver lo que decia
Y satisfizose cristiano pecho:
Diéronle la querida que pedía
En premio de tan honoroso hecho,
Hicieronle los indios grande fiesta
Por selles esta fiera muy molesta.

Pudiéramos gastar en estos cuentos
Hartos días que no fueran inertes,
Mas no de desventura tan exentos
Cuanto lo fueron estas dichas suertes:
Sino fines turbados y sangrientos,
Arrebatadas y penosas muertes,
No solo de los indios naturales
Mas de muchas personas principales.

Y muchos nombres dellos os dijera,
Pues en los mismos riesgos nos hallamos,
Pero por acortar esta carrera
Al Antonio Sedeño nos volvamos,
Y al asiento del Cojo y su ribera
Que fué la parte donde lo dejamos,
Por rehacerse mas de cosas varias
Para largo camino necesarias.

Estando pues en esta pertenencia
El Sedeño con estas compañías,
Vino para prendello del audiencia
Un licenciado dicho Joan de Frias:
No menos confiado de su ciencia
Que de victoriosas valentías,
Entró tras él por pasos conocidos
Con cien soldados, hombres escogidos.

Supo Sedeño luego la venida
Y adivinando lo que el otro piensa,
Toda su gente tuvo recogida
Con ñiño para guerra mas estensa:
A la cual destas cosas advertida,
Dispuso y ordenó para defensa,
Facilitando tal inconveniente
Con decilles á todos lo siguiente:

« Envidia, mis carísimos hermanos,
Que lo bien puesto derribar procura,
Debe querer quitarnos de las manos
Alguna prosperísima ventura:
Pues me dicen venir ciertos cristianos
A perturbar tan buena coyuntura,
Con jüez proveído del audiencia
Por odio, por pasión y mal querencia.

» Y si somos á estos sometidos,
Obedeciendo tales provisiones,
Que maliciosos hombres fementidos
Ganaron con siniestras relaciones,
Quedamos aislados y perdidos;
Y fuera de tan buenas ocasiones,
Como las que tenemos de presente,
Do Dios y el rey se sirven juntamente.

» Pues querer por jurídicas contiendas
Que nuestras causas sean defendidas,
Demás de desasirnos destas prendas
Para cosas mas altas adquiridas,
Veremos consumidas las haciendas,
Y en confusión las honras y las vidas,
Que como ya sabeis las menos veces
Favorecen al reo los jüeces.

» Así que pues que vamos en servicio
De Dios y rey, según intento mio,
Y para la defensa que cudicio
Tenemos fuerzas y bastanta hrio,
No me parece grave maleficio,
Que el licenciado Frias vuelva frío,
Antes es bien que cada cual defienda
Su libertad, su vida y su hacienda.»

Aquel interesal razonamiento,
Con oídos atentos percebido,
Y entendido por todos el intento
Que de color de rey iba vestido,
Mostraron todos ellos buen aliento
Para la defension de su partido,
Diciendo cada cual que estaba presto
Para la ejecucion de lo propuesto.

En aquesta sazón Frias tenta
La contraria ribera del Unare,
Pero seguro vado no sabia
Para que su venida se declare;
Y así determinó por aquel día,
Que por allí su gente se repare,
Mandando componer ranchos y tiendas,
Sin sospecha de guerras ni contiendas.

Y fué debajo destas intenciones
Hacer pasar allá, día siguiente,
Alguna breve copia de varones,
Con Sancho del Castillo, su escribiente,
Para notificar las provisiones
Al Antonio Sedeño y á su gente,
Que los hilos cortó de su esperanza,
Por no tener de muchos confianza.

Y así tenía ya determinado,
La luz de los mortales apartada,
Pasar allá por conocido vado,
Con parte de su gente bien armada:
Y dar en el dormido licenciado
Prendiendo la cuadrilla descuidada,
Con miedo que si viesen mandamiento,
En sus gentes habria mudamiento.

Al tiempo pues que ya la noche fria
Demediaba sus cursos naturales,
Y sueños descuidados infundia
Morfeo por los ojos de mortales;
El Antonio Sedeño no dormía,
Antes llamó soldados principales
Apercibidos para tal efeto,
Porque tenía destes buen conceto.

Caminaron con él hasta doscientos,
Los ciento de caballo y cien peones,
Muy bien armados y con pasos lentos,
Por mas asegurar las ocasiones:
Pasaron con quietos movimientos,
Las aguas sin opuestas defensionios,
Y fueron por aquestos campos anchos
Hasta ponerse ya sobre los ranchos.

Como tigre que quiere hacer presa
Saliendo de lugar escurecido,
Y fué por pajonal de la dehesa,
Tan tácito que no causó ruido;
Y visto los manjares de su mesa,
Hace salto veloz, jamás oido,
Y si acaso lo sienten, es ya cuando
La miserable presa va gritoando;

Así los de Sedeño, revestidos
Del nubló que tenían por halago,
Llegaron á los ojos que dormidos
Tomaban del trabajo justo pago;
Y nunca fueron vistos ni sentidos,
Hasta que ya dijeron, « Santiago,
A las armas »; dan gritos, pero vanos,
Por ya se las tener ajenas manos.

Sin sangriento rigor fueron reñidos
Por estar sepultados en gran sueño,
Y luego fueron todos repartidos
Entre los capitanes del Sedeño:
Caballos, armas, ropas y vestidos
Allí reconocieron nuevo dueño,
Y otras preseas mas, entre las cuales
Recogieron las cédulas reales:

Y estas sin el respeto que se debe
Luego las entregaron y las dieron
Al impetu del agua que las llevó,
A las ondas del mar por do vinieron:
Pedro de las Comadres, que se atreve
A tales desvergüenzas cuales fueron,
Comenzó de decir con gritos varios:
« Allá van, allá van los cartularios. »

Pensaba que por esto fuera dino
De coronas triunfales ó guirnaldas;
Pero pasados tiempos, tiempo vino
Que por sus robustísimas espaldas
A su pesar corrió flujo sanguino,
Que en el rostro causó color de gualdas,
Otros también entraron en la cuenta,
Que no se reservaron del afrenta.

El Frias con los otros descompuestos,
Fueron, como ya dije, divididos
Por el gobernador en varios puestos,
A vigilantes guardas cometidos:
Sufriendo cada cual ratos molestos,
Por ser escasamente proveídos,
Pero poco después de la pendencia,
Para poder volver les dió licencia.

Mas aunque medios y conciertos hubo
Para poder volver al Oceano,
Al Frias el Sedeño lo detuvo,
Y á Sancho del Castillo su escribano:
Con unos el concierto se mantuvo,
Y á otros no les dió tan libre mano,
Sospechosos dejóselos consigo,
Y los otros se fueron como digo.

No vuelven en caballos ni trotones,
Pero, según el uso de rómberos,
Las lanzas convertidas en bordones,
Y las adargas son sacos lijeros:
Iguales van agora los peones
A los aventajados caballeros,
Entre ellos ansimismo van iguales
Un don Pedro y don Diego Sandovalos.

Con Domingo Velazquez se dispensa,
Y con otros amigos conocidos,
Que lleven armas para su defensa,
Si de los indios fuesen ofendidos;
Y á todos los demás en recompensa
De los bienes robados y perdidos,
Les dieron muchos indios de la tierra,
Que les decían ser de buena guerra.

Estos, á quien volver no se les veda,
Aviso luego dieron al audiencia:
Y así, vistas las vueltas de la rueda,
Mandóse qué castigue la demencia
El licenciado Joan de Castañeda,
Famoso por soltura de conciencia
Y en desbonestidades y regalo
Creo que fué menor Sardanapaló.

A Cubagua llegó do se pregona
La provision y cédula bastante,
Y por no fatigar mas su persona
Nunca quiso pasar mas adelante;
Mas nombro capitán de Tarragona,
Que no hallaba riesgo que lo espante,
Este fué Joan de Yúcar, un navarro
De quien atrás algunas cosas narro.

Como varón sagaz y diligente,
Tratable, generoso, halagüeño,
Procuró convocar alguna gente,
Cuyo número todo fué pequeño:
Por via que le fué mas conveniente
Luego se despachó contra Sedeño,
Creyéndolo hallar en el asiento
Adonde Frias vió su rompimiento.

Pero después que para la marina
La gente sin el Frias fué enviada;
El Antonio Sedeño determina
Proseguir adelante su jornada:
Pifaro y atambor con voz continua
Recoge ya la gente separada;
Serenidad de tiempo los convida
A poner en efeto la partida.

Demás de qué tenía por pesado
Gastar mas tiempo por aquel asiento,
Donde febea luz habia dado
A toda su carrera cumplimiento,
Por polos del zodiaco dorado
Contrario del primero movimiento,
Y aun del signo de Géminis salia,
Y al trópico de Cáncer se metia.

Dados pues por el campo los pregones,
Recogen los soldados sus haciendas,
Mantenimientos, armas, municiones,
Los góspinos foldos y las tiendas;
Salieron caballeros y peones
Dispuestos para lides y contiendas,
Y para les servir en trances tales
Crecida cantidad de naturales.

A los cuales llevaban en colleras
Con cuerdas ó cadenas algo largas,
Pero todas delgadas y lijeras
Porque pudiesen bien llevar las cargas:
Cansabanse las fuerzas mas amargas,
Las horas del vivir hacen amargas,
Aqueste ve su fin, aquel desmaya,
Otro no sabé ya cómo se vaya.

Mandaban desatar al que se via
Careciente de fuerzas y sustancia,
Porque el gobernador siempre tenia
En este caso grande vigilancia,
Y en que se caminase cada dia
Dos leguas solamente de distancia,
Siempre nombraba hombres diligentes
Que curasen heridos y dolientes.

Tuvo vigilantísimo cuidado
De los pobres enfermos y heridos,
Nunca se le probó comer bocado
Hasta que los tuviese proveidos:
Por el camino todo buen recado
Y entre los de caballo repartidos,
El en la retaguardia vigilante
Para llevalltos todos por delante.

Con esta vigilancia propia suya
Llegaron á las tierras que mandaba
La reina que llamaban Anapuya,
La cual de buena paz los esperaba:
Hermosa, varonil, cabal, y cuya
Mano muy liberal se le mostraba,
En todas proporciones elegante,
Y para guerra y paz mujer bastante.

Y en general es este mujeriego
De bien compuestos miembros y lozanos,
Ninguna cosa duras al entrego
Que suelen recibir lascivas manos:
Derretidas en amoroso fuego,
Grandes aficionadas á cristianos,
Serenos ojos, blandos movimientos,
Causadores de tiernos sentimientos.

Entre estas apacibles compañías
Fueron los españoles detenidos
Por espacio de diez ó doce días,
Aunque ninguna cosa divertidos:
Después con las debidas cortesías
De la gallarda reina despedidos,
La gran Orocomay fueron buscando,
Do también los estaban esperando

Con grande cantidad de bastimento,
Por ser Orocomay atrás nombrada
Señora de grandísimo talento,
Y á cualquier español aficionada:
Libre de yugo ya de casamiento,
Y que después no quiso ser casada,
Tuvo hijo varon de gran estima,
Y el nombre deste mozo fué Perima.

Alto, fornido, suelto, bien dispuesto,
Y aunque zurdo, perito sagitario,
Melancólico, grave, torvo gesto,
A mansas condiciones adversario:
En baldonar la madre fué molesto,
Atrevido, feroz y temerario,
Con él crecían malos pensamientos,
Pero salía bien con sus intentos.

Y así, teniendo días mas ancianos,
En su reino mandó se contradiga
La paz que sustentaban comarcanos,
Menospreciando ser en esta liga.
Mostróse tan cruel contra cristianos
Cuanto la madre fué fiel amiga,
Llegó después su gran valor á tanto,
Lo que fué de todos general espanto.

Pues con ser por allí los campos llanos,
Sin sierra ni peñol do se valiese,
Nunca jamás rompió con los cristianos
Que punto de su parte se perdiere;
Antes vivos tomó muchos á manos,
Y al de caballo hizo que huyese,
Y á muchos no valieron las espuelas,
Sino que los cogió por las pibuelas.

Hizo mientras vivió notables daños
Corriéndole su tierra capitanes,
Sin ser parte grandísimos engaños
Para no padecer muchos desmanes;
Mas pasados después algunos años,
Ciertos soldados de los alemanes
Llegaron por allí no sospechando
Hallar tan pertinaz y duro bando.

Fué gente baquiana que traía
Un cierto capitán de valor raro,
El cual Pedro de Limpías se decía,
Y el bárbaro llamó Curahamaro:
Perima como vió la compañía,
Quiso romper con él en campo claro,
Y así salió con ciertos escuadrones
Contra los caballeros y peones.

Limpías reconoció como convino
Al Perima por ser mas señalado,
Y así rompió guiado de buen tino
Con caballo feroz, rucio rodado;
Y fué con tal vigor, que de camino
La lanza le metió por el costado,
Tocó la tierra su robusto cuello,
Ya despedido de vital resuello.

Acude luego para levantallo
El escuadron robusto y esforzado,
Y estórbalos la gente de caballo
Con brazo vigoroso y arriscado;
Pero parte no son para quitallo
Hasta metello dentro del cercado,
Donde se defendieron y ofendieron,
Y el Limpías y los suyos se volvieron.

A este reino pues llegó Sedeño,
Que entonces paz serena mantenía,
Y por ser el Perima muy pequeño,
Orocomay su madre lo regia:
Fué su recibimiento halagüeño
Y lleno de contento y alegría,
A todos dieron buenos aposentos,
Y sin limitación mantenimientos.

Estando todos en aquel asiento,
Cuyos vecinos eran liberales,
A celebrar vinieron casamiento
Dos hijos de personas principales;
Y estaban en aquel ayuntamiento
Inmensa cantidad de naturales,
Que demás de vecinos y parientes
Se llegaron de partes diferentes.

Ninguno dellos trajo largas faldas,
Puesto que matizados de colores
Los rostros, brazos, pechos, las espaldas,
Otros en carne fijas las labores;
Otros aderezados de guirnaldas,
Compuestas y tejidas de mil flores,
Por collaras también uñas de fieras,
Conechas de cachicamos por monteras.

Aquí y allí caterva de salvajes
Bañaban á compás en ancho coro,
Haciendo muchos gestos y visajes,
A la danza guardando su decoro:
Ondean por cabezas los plumajes,
Resplandecen también joyejos de oro,
Queque, paracaguá, grupo, cacomas,
De que muchos ornaban sus personas.

Gran copia de casadas y doncellas
Regocijan allí la dulce rueda:
Graves, ledas, airosas, lindas, bellas,
No con lienzo ni paño ni con seda;
Sino con tal cubierta todas ellas
Que después que nacieron se les queda,
Y en cada cual se via muy patente
Lo que razon honesta no consiente.

Muchas también dispuestas y sacadas
En sus gallardos miembros y faiciones,
Que no dudo poder ser envidiadas
De muchas encubiertas proporciones;
Y así se crían todas regaladas
En aquellas provincias y regiones,
Y con ser los varones gente dura
Los ablanda su blanda hermosura.

Aquel día pues en que celebrado
El desposorio fué según sus leyes,
Trajeron al mancebo desposado
Cantidad de caciques ó de reyes
A un lugar de flores adornado,
A la sombra de macos ó mameyes,
Do tenían asientos prevenidos,
Muchos dellos de oro guarnecidos.

Estando cada cual en el asiento
Segun su calidad acostumbrada,
Orocomay sacó del aposento
A plaza la señora desposada:
De señoras de gran merecimiento
Salió la ninfa bien acompañada,
Y á su modo tan bella y tan graciosa
Que cualquiera juzgara ser hermosa.

Los cabellos cubrían las espaldas,
Tan largos que se vieron pocos tales,
La cabeza con róseas guirnaldas,
Rico collar de piedras principales:
De rubies, turquesas y esmeraldas,
Una cinta de perlas y corales,
Las muñecas y piernas con chaquiras
Y entre ellas diamantes y zafiras.

Lo demás iba todo descubierto,
Diferente del uso vergonzoso,
Mas tal que quiso natural concierto
Pintar un espectáculo hermoso:
Tan bello que no fuera menos cierto
Que Júpiter quisiera ser esposo;
Llevaba como virgen en la mano
Ranillete de flores muy galano.

Llamábase la ninfa Galacia,
Mas mejor se llamara Galatea,
Por ser retrato vivo de se via
Cuanto de hermosura se desea:
Con tan alto primor que deshacia
A Deyopeya, Dafnis y á Pantea,
Y á aquella que por ser mas que Glicera
Fué puesta por un polo del esfera.

Llegada con aquesta compañía
Do estaban los caciques esperando,
Recehieron con grande cortesía
Todos ellos al femenino bando:
Miranse los esposos á portía
Y un rato consumieron contemplando,
Y ella para mostrar qué tal estaba
Al mozo dió las flores que llevaba.

El mozo las tomó con gran contento,
Y después de mostradas por buen trecho
Volvióselas con dulce sentimiento,
Juntándolas primero con el pecho,
Do prestaron los dos consentimiento,
Y así su casamiento quedó hecho:
Luego por multitud tan infinita
Hubo de regocijos grande grita.

El esposo se fué tras su querida
Con estruendo de bailes y de danzas,
Báse muy abundante la comida,
Crecen en el heber las destemplanzas:
Orocomay, princesa proveída,
Mostró su gran valor y sus pujanzas,
Duraron en aquestas obras pias
Por espacio de mas de quinze días.

Aquestos regocijos acabados,
De que Sedeño fué participante,
Teniendo los caballos reformados,
Y enfermos con reparo semejante,
Previno capitanes y soldados
Para que procediesen adelante,
Los cuales se hicieron luego listos
En demanda de reinos nunca vistos.

Después de consultada la partida,
Señaladas derrotas y paraje,
Sedeño con razon encarecida
Las gracias le rindió del hospedaje;
Y la española gente despedida,
En efeto pusieron su viaje,
El suceso del cual y desta gente
Diremos en el cántico siguiente.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades.

No son los sufrimientos imposibles
Cuando fortuna juega duros lances;
Mas las penas serian mas sufribles,
Y de menos dolor los tales trancees,
Si no trajesen otros mas terribles
Que siempre suelen ir en los alcances,
Pues muy enteras fuerzas se quebrantan
Si unos después de otros se levantan

A la gente del campo peregrina
Fortuna repartió destos rigores,
Pues en prosecucion de su camino
Fueron de malos pasos en peores:
Perturbando su célebre desino
Hambre mortal y bélicos furoros,
Los cuales siempre fueron en aumento
En el discurso del descubrimiento.

Caminando por estos campos llanos,
De grandes esperanzas alentados,
Al reino llegan de los dos hermanos
Gotoguaney y Guaxcarax nombrados:
Los cuales con las armas en las manos
En su defensa son determinados,
Y estaban en el pueblo mas potente
Con excesivo número de gente.

Amparados los indios belicosos
Con cerca de tres cercos estendidos,
Cada cual de maderos poderosos,
Profundos y al cortar endurecidos
Con yedras ó bejucos correosos,
Unos con otros bien fortalecidos,
Y en torno de las cercas de maderos
Hoyos para meterse los flecheros;

Llegada la cristiana compañía
Y llamados de paz los capitanes,
Gotoguaney de dentro respondia:
«Andad para bellacos haraganes,
Hombres de mal vivir, gente baldía,
Glotones, paroleros, charlatanes,
Chocantes, burladores, mogollones,
Falsos y de traidores condiciones.

»Aquellas mujercillas temerosas,
Os trataron con grande mansedumbre,
Y os nombran con palabras amorosas
Hijos del resplandor que nos da lumbre;
Mas no me espanto yo de pocas cosas,
Ni por acá se tiene tal costumbre;
Sé yo domar los tigres y leones,
Cuanto mas á cobardes corazones.

»Nuestras agudas puntas dé alfileres
No se espantan de lanzas fanfarronas,
Ni ya penseis habello con mujeres:
Lascivas, deshonestas, bellaconas;
Que por sus apetitos y placeres
Regocijaron bien vuestras personas:
Nuestros regalos van vías derechas,
Pendientes de las puntas de las flechas.

»A todos causo yo temor horrendo,
Y soy Gotoguaney, y así me llamo,
Las cosas que haceis bien las entiendo,
Por los de Cherigoto y Guayacamo;
Y sé también cómo venis huyendo
Por no querer servir á vuestro amo,
Y si no revoléis por do venistes,
Podrá ser que pagueis lo que hicistes.»

Con las palabras dichas los amengua
El bárbaro feroz y confiado,
Las cuales declaradas por la lengua,
El Sedeño quedó maravillado;
Y á todos parecia grande mengua
No procurar romper aquel cercado,
Y para los efectos deste hecho
Determinaron de poner el pecho.

Porque todos los mas facilitaban
El rompimiento de los flacos muros,
Mas no les sucedió como pensaban,
Por ser los defensores hombres duros;
Y así, ninguno de los que llegaban
Hallaron sus amparos ser seguros,
Autes los adalides mas osados
Volvían malamente lastimados.

El gobernador sabio, cómo via
La resistencia destas gentes fieras,
Hasta la lumbre del siguiente día
Mandó retraer armas y banderas:
Considerando que le convenia
Tomar este negocio mas de veras;
Y con bastante vela recogidos
Curaron mas de veinte mal heridos.

Retirando su clara luz Apolo,
Con sus caballos anhelantes llega
A la region austral del otro polo,
Dejándonos acá la noche ciega;
Y con sospecha de noturno dolo,
Al sueño su costumbre se le niega,
Acá velas y rondas se visitan,
Los indios al rendir los cuartos gritan.

Habiendo Flegon dado cumplimiento
A los opuestos campos y raices,
Y con arrebatado movimiento,
Acá respira luz por las narices:
Descubriendo las flores y ornamentos
De diversos colores y matices,
Los indios y guerreros castellanos
Aprestaron las armas y las manos.

Vistense duros sayos de algodones,
 Con sobrefaldas que los piés cubrían,
 Celadas fuerles, duros morriónes,
 Ventallas que la vista defendían:
 Unos con hachas, otros azadones,
 Otros con los reparos que tenían,
 Detrás de rodeleros las ballestas,
 Con ciertas pavesadas bien compuestas.

Por diferentes partes se comete
 El combate feroz y Marte fiero,
 García de Montalvo y un Copete
 Tomaron al oriente lo primero:
 A lugares opuestos arremete
 Aduza y Alonso Alvarez Guerrero,
 Lo del septentrion tomó Losada
 Y Ochoa con gran parte del armada.

Conviértense las mas quietas horas
 En otras peligrosas y molestas,
 Las gentes del cercado defensoras
 Acudieron también las armas prestas:
 Olanse las hachas cortadoras,
 Suenan los arcabuces y ballestas,
 Aquí y allí se hace gran estruendo,
 Unos cortando y otros defendiendo.

De las piedras vereis el aire lleno
 Que caen sobre todos los armados,
 Empléanse las flechas con veneno,
 Pasan las guaicas pechos estofados:
 Echábanse también ardiente feno
 Contra ciertos pertrechos fabricados,
 Por aquellos cuarteles y defensas
 Los gritos y las voces son inmensas.

Como si tempestad con sus rigores
 Los edificios fuese derribando,
 Que por aquí dan gritos y clamores,
 Por acullá también andan gritando;
 Y acuden ansimismo moradores,
 La minosa pared apuntalando,
 Reparando las casas y viviendas,
 Por amparar personas y haciendas;

Así por el rigor destes confritos
 Los bárbaros andaban de tal arte,
 Que daban aquí voces y allí gritos
 Con gran sollicitud de cada parte:
 Buscan vías y modos esquisitos
 Para mejor guardar su baliarte,
 Lanzas largas de palmas en las manos,
 Con que trataban mal nuestros cristianos.

Unos de gran calor son oprimidos
 Con armas de pesados adherentes,
 Otros salen de yerba mal heridos,
 Y acuden á buscar hierros calientes
 Que siempre se tenían prevenidos
 Para curar los miseros pacientes,
 Cortándoles la carne denegrida
 Si pudiesen con fuego dalles vida.

Las faldas y cubiertas que traía
 El español que cerca se llegaba,
 El indio con su lanza las desvia,
 Desde los bajos hoyos donde estaba;
 Y aquella parte que se descubría
 Otro con dura flecha la clavaba,
 Y en los lugares menos descubiertos
 Los mas aviesos tiros eran ciertos.

Por los cuales cubrían menos miedo
 Rabiosísimamente se barranta,
 Pues ya pasos mudados ó ya quedo,
 Ya solo y separado, ya con junta;
 En descubriendo rostro, mano, dedo,
 Lo hallaba clavado con la punta,
 No se vió cosa igual de puntería
 Ni de ferocidad y valentía.

Al español brioso y alentado
 Incitaba sonido de trompetas,
 Ausimismo de dentro del cercado
 Al indio gran ruido de cornetas:
 Hasta tanto que el sol apresurado
 Distaba por igual de entrambas metas,
 Y viendo que sus golpes eran vanos,
 Se retrajeron nuestros castellanos.

Pues como ya de aquestos campos llanos
 Febca luz sus rayos escondiese,
 A caballo, con lanzas en las manos,
 Se mandó que la ronda se hiciese,
 En torno del cercado los cristianos
 Porque la gente dól no se huyese:
 Pues á causa de daños recebidos,
 Estaban de gran furia poseidos.

Llegada ya la luz, llegan porfias
 Con reciprocacion de guerra fiera,
 Sierras, hachas y sogas van baldias
 Y ciertos castillejos de madera;
 Pues pelearon mas de veinte dias
 Dejándose la cerca muy entera,
 Haciendo indios sus reparos ciertos
 A costa de otros que quedaban muertos.

No les faltaban tiros del aljaba
 Ni pechos que jamás fueron vencidos,
 Pero mantenimiento les faltaba
 Por tomallos allí desproveidos;
 Y aunque el indio feroz disimulaba,
 Mujeres y muchachos dan gemidos,
 Y así determinaron en tal caso
 De morir ó vivir en campo rasos.

Escogieron el tiempo mas seguro
 Para poder salir secretamente,
 Y así determinaron con oscuro
 De no dejar allí cosa viviente;
 Sino romper la parte de su muro
 Capaz para salir junta la gente,
 Ordenados prolijos escuadrones,
 A la forma de nuestras procesiones.

Resueltos en aquestos pareceres,
 Pusieron en efeto la partida
 Con lo mas sustancial de sus haberes
 Y alguna haciendilla recogida:
 En medio los muchachos y mujeres
 Para selles amparo de la vida;
 Salieron todos pues en ordenanza,
 Entre arquero y arquero larga lanza.

Caminaba la gente belicosa
 Callados y con grande vigilancia,
 Hasta tomar la parte montiñosa
 Que tenían á legua de distancia;
 Pero certificados desta cosa
 Los nuestros, que velaban el estancia,
 « Arma, arma, soldados » van clamando
 Despiertos y dormidos convocando.

Suena luego murmurio de soldados
 A los clamores destas centinelas,
 Saltan en los caballos ensillados,
 A gran prisa se ponen las espuelas:
 Vestíanse los sayos estofados,
 Embrazan los peones las rodellas,
 Acude cada cual de la conquista
 Al orden y concierto de su lista.

Luego toparon con la gente dura
 Impetu de caballos y peones,
 Y en vano rompimiento se procura
 Con varias y diversas invenciones,
 Pues ninguno salió de su postura
 Ni del concierto de sus escuadrones,
 Y en lugar do faltó vital aliento
 Luego hacían otros henchimiento.

Al que quiso romper de mejor gana
 Al feroz escuadron por derramallo,
 Con lanzas y con golpes de macana
 Desatinaban el mejor caballo:
 Era después imaginacion vana
 Poder en las espuelas meneallo,
 Y los feroces indios con tal tino
 Que punto no perdían del camino.

Un Joan Martin rompió los embarazos,
 Que por su desventura fué valiente,
 Pues no pudo valerse de sus brazos
 Con el concurso grande desta gente:
 Y así luego quedó hecho pedazos,
 Y el caballo murió por consiguiente;
 Y aunque dellos también hubo caidos,
 Ningunos gritos suenan ni gemidos.

Dándose todos pues tan buena maña
En estos rigurosos menesteres,
Y en llevar recogida la compañía
De los imbeles niños y mujeres,
Tomaron por amparo la montaña
Y guarda de sus últimos poderes,
Pues en aquellos montes y espesuras
Tenian las mujeres mas seguras.

Después que ya dejaron ensotados
A los que no pudieron ser rompidos,
Los nuestros se volvieron espantados,
Y no poquitos dellos mal heridos:
Con encendidos hierros son curados
Y á riesgo de la muerte convertidos,
Pues quien tal sale de la tal reyerta
Nunca su muerte tiene por incierta.

La cura fué con grande diligencia
En abrigadas chocas recogidas,
Mas con la venenosa pestilencia
De que las flechas vienen guarnecidas,
De los heridos en la competencia
Muy pocos escaparon con las vidas,
Con furias y con vascas tan estrañas
Que á los sanos rompien las entrañas

Si ves que peleando lo mas fuerte
Muere, razon no pide que te asombres,
Mas si morir de yerba fué la suerte,
Es mal que de mil males tiene nombres,
Y así la muerte tal es mas que muerte,
Y los de la tal guerra mas que hombres,
Pues una muy lijera picadura
Basta para te dar la sepultura,

Y para trastornar seso mas sano
Con aquellos pesados accidentes,
Aquel herir de pié, herir de mano,
Volver los ojos, traspellar los dientes,
Aquel estremecer tan inhumano,
Bramuras que confunden los presentes,
Despedazarse carnes y vestidos
Si de manos ó dientes son asidos.

Del ballestero, viéndose herida
Antídoto buscó la veloz cierva,
Y con ser por mil vias inquirida
Aqui jamás hallamos contrayerba;
Ni creo yo tampoco ser sabida
Por gente desta rústica Minerva,
Pues usan de sudores y gran dieta
Cuando tal desventura los aprieta.

Pero la contrayerba mas bastante
Es abrasar la llaga de repente,
Y todo lo que fuere penetrante
Con un cauterio de boton ardiente,
Dormir do no dé norte ni levante,
Y ser en su comida continente,
No comer ni beber los dias malos
Hasta que quedan secos como palos.

Así hallando cercas en entradas
Si hierve militar desasosiego,
Siempre tienen muchas almaradas,
Ya blancas de calientes en el fuego:
A personas heridas y flechadas
Con toda brevedad acuden luego,
Es esta cura la de mas provecho
Y las demás han poco fruto hecho.

Pues no siendo yo caño ni tan calvo,
Audando donde digo de presente,
Y adonde si herido quedó salvo
Fué cura milagrosa y excelente;
Dijo soñar García de Montalvo
Polvo de solimán ser conveniente:
Aqueste se probó siendo forzoso,
Y algunos lo hallaron provechoso.

Pero luego hicimos un entrada
Casi seguros ya destes desmanes,
Mas la gente de indios avisada
Desto, llamó sus diestros trujamanes,
Sobierónla de punto, y afinada,
Ni presto solimán ni solimanes,
Ni pudo mas curar en esta guerra
Que pudieran curar polvos de tierra.

Así que quien ha visto tanto muerto
Por tierra de Cubagua y Cariaco,
Y de muchos remedios es esperto
El remedio mejor juzga por flaco:
Y aun no sé si podré tener por cierto
Lo que dice Monardes del tabaco;
Pero quiero yo fuera de patraña
Contaros una cosa bien estraña.

Hicimos en caribes cierto salto
Tomádoles la gente y el fardaje;
Mas uno de prision viéndose falto
Con un hijuelo suyo como paje,
Subió por un caney á lo mas alto
Por no se sujetar al vasallaje,
El con un arco grueso muy galano,
Y el muchacho las flechas en la mano.

El era por estreno bien dispuesto,
Gallardo y de tan buena compostura,
Que de sus proporciones y su gesto
No vimos por allí mejor figura;
Y en una cierta forma todo esto
Que decoraba mas su hermosura,
En todas estas cosas eminente,
Y mas en los estremos de valiente.

De que se vido ya donde queria
Para hacernos daño se ptrecha,
Alborotando nuestra compañía
Con tiros espesísimos de flecha:
De las cuales ninguna despedia
Que fuese mal tirada ni mal hecha,
Y allí donde sus tiros endereza
Hirió á Alonso Marqués en la cabeza.

Venian ciertos indios ventureros,
Vecinos de la isla Margarita,
Para servir á nuestros compañeros,
Y gozar del despojo que se quita:
A estos porque son grandes flecheros
El Alonso Marqués dió grande grita,
Mandándoles que luego lo matasen,
Y con flechas de yerba le tirasen.

No podia dejar de ser terrero,
Porque ningun reparo lo cubria,
Mas él, como destrímico guerrero,
Las flechas con el arco rebatia:
De muchas se libró; mas por entero
De todas ni de tantas no podia:
Con las ajenas ya nos importuna,
Que de las propias le quedó ninguna.

Sus propias carnes eran el aljaba,
Y dellas las sacaba su vasallo;
Mas con las que de sí propio sacaba
Heria muchos indios que me callo;
Y con una que fué con furia brava
A Luis de Chaves le mató el caballo:
Por allí los calores son terribles
Y en aquellas sazones insufribles.

Estando pues el indio fatigado
Con las heridas y calor del cielo,
De la cumbre rodó desalentado
Hasta venir á dar al duro suelo:
Con un vigilantísimo ciudadano
Luego bajó tras él aquel mozoño,
Y sin ningun temor se sentó junto
Del que mas parecia ya difunto.

Adonde sucedieron estos males,
Y vimos destes indios las caidas,
Habia fertilísimos yucales
Que son unas raices conocidas,
Que si se comen verdes son mortales,
Y así privan á muchos de las vidas:
No trato de las yucas boniatas,
Que se suelen comer como batatas.

El herido gaudir como volviere
Un poco sobre si mas atentado,
Al indezuelo hizo que trajesen
Raices del mortífero hocado:
Dióselas él, y como las comiese
Con furia de varon desesperado,
Creimos todos cuantos vimos esto
Que lo hacia por morir mas presto.

Vimoslo revolcar por la ribera,
 Vascar y vomitar con pena fuerte,
 Decíamos: «¿no veis la bestia fiera
 Cuán de su voluntad tomó la muerte?»
 Mas no le sucedió desta manera,
 Antes en bien trocó su mala suerte;
 Y deseando ver en qué paraba,
 Con grande vigilancia se guardaba.

Visto que no trabó la pestilencia
 Ni hizo sentimientos otro día,
 Le curaron con suma diligencia
 Las llagas y flechazos que tenía:
 Sanó muy bien, y hizo residencia
 Mucho tiempo en nuestra compañía;
 Y cuando ya se vido mas seguro
 Determinó huírse con oscuro.

Nadie quiso hacer el esperiencia
 De muchos que después yo ví heridos,
 Echen juicios pues hombres de ciencia,
 Si destes casos viven advertidos:
 Si por ventura hacen resistencia
 Venenos á venenos recebidos,
 Que desto que yo ví soy buen testigo,
 Y afirmo por verdad lo que aquí digo.

En efeto la cosa mas usada
 Para seguridad de tau mal juego
 Es el cortar la carne maculada
 Cauterizándola con vivo fuego:
 Mas no quiere ser cura dilatada,
 Que nada prestará no siendo luego;
 Y pues que trato del remedio presto,
 Quiero decir un cuento cerca desto.

Iban ciertos soldados singulares,
 De gente que llamamos baquiana,
 Conquistando la tierra de Tagares,
 Que son confines de Maracapana,
 Puerto bien señalado destes mares
 Y de contratacion cotidiana;
 Y el cacique Mariño helicoso
 Un paso les tomó dificultoso.

De los soldados de mayor soltura
 Que el capitán tenía por lijeros,
 Hizo ir por la cuesta y angostura
 Hasta veinte, los diez arcabuceros.
 En cuya defension y cobertura
 Irian otros tantos rodeleros:
 Yo con aquesta gente caminaba,
 Y aun Joan de Quindós arrodelaba.

Era la flecheria tan inmensa
 Que del peñol y alto descendia,
 Que con rodela harlo mas estensa
 Cubrir entrambos cuerpos no podia,
 Y en tal modo miré por su defensa,
 Que no me descuidaba de la mía,
 Y como no la puse bien pareja
 Hirieron al Quindós en una oreja.

Pues como de presente carecia
 Para poder quemalla de aparejo,
 Con riesgo que tardanza prometia
 Si la tuviera para mas consejo,
 Echó mano á la daga que traía,
 Y luego la quitó del pestorejo,
 Queriendo con temor de la herida
 Quedar mas sin oreja que sin vida.

Si dilatando tales escrituras
 No conociera ser algo molesto,
 Bien pudiera contar mil desventuras,
 Trabajos y peligros cerca desto:
 Sin estar mis espaldas mas seguras
 Ni con mejor ni mas seguro puesto,
 Pero por no hacer digresion tarda,
 Volvamos al Sedeño que me aguarda.

El cual, todos sus hombres recogidos,
 Con regalos y términos humanos
 Hizo curar á todos los heridos,
 De los cuales los menos fueron sanos.
 Y los que sanos, cojos y tullidos,
 O mancos de los dedos de las manos,
 Porque los nervios nunca quedan buenos
 Que el fuego los encoge y hace menos.

Ansimismo mandó se detuviese
 La gente toda por aquel asiento,
 Porque quien escapó convalciese
 Sin alterar el duro nocumento:
 Y para que también se rehiciese
 El caballo que estaba maciento:
 Y así Diana por aqueste seno
 Dos veces se mostró con orbe lleno,

Pasados los dos meses se desvía
 El campo deste pueblo helicoso,
 Mandando caminar al mediodía,
 Pareciéndole ser mas provechoso;
 Y entonces ya Sedeño se sentía
 De fuerzas y salud menesterozo;
 La sierra dejan á la diestra mano
 Y entran á vista della por lo llano.

Por el altura van de doce grados
 Siguiendo relacion de ciertas guías,
 Atravesaron muchos despoablados
 De tierras solitativas y baldias,
 Aunque crecida copia de venados
 Y rios de muy grandes pesquerias,
 Pero de ver la tierra tan exenta
 Andaba mucha gente descontenta.

Supo pues el Sedeño de soldados
 Una cierta manera de motines,
 O ya de hombres bien intencionados,
 O ya de susurrones y malsines:
 Al fin amanecieron ahorcados
 El capitán Ochoa y Juan Martinez,
 Y aun dicen que á Losada matar quiso,
 Mas él siempre vivió con gran aviso.

Al tiempo que estas cosas va haciendo
 Por atemorizar los de su bando,
 Iba de su salud deminuyendo
 Y en hinchazon de miembros aumentando:
 Unos por su salud están gimiendo,
 Otros su fin y muerte deseando,
 Y aun dicen dalle yerbas la morisca
 Fernandez que llamábamos Francisca.

Mas aunque estaba ya como difunto,
 Que tal en el aspeto parecia,
 Jamás se descuidó ni perdió punto
 De cuanto buen gobierno requeria:
 Temblaba quien lo tiene mas conjunto,
 El que mas apartado mas temia,
 Y así mandaba y enviaba gentes
 A partes y lugares diferentes.

Entre los cuales fué cierta cuadrilla
 De soldados instrutos en la tierra,
 Y destes cada cual por maravilla
 Se podia decir hombre de guerra:
 Fué por su capitán Joan de Bonilla,
 El cual tomó la vuelta de la sierra,
 Teniendo ya por cosa conocida
 Hallar allí mas cierta la comida.

Aquestos sus viajes prosiguieron
 Campo raso, mas no camino claro,
 Pues mas de treinta dias anduvieron
 Sin poder encontrar algun reparo;
 Hasta tanto que ya por tiempo dieron
 En la provincia de Catapararo,
 Donde maiz hallaron seco y tierno
 Para poder pasar aquel invierno.

La gente de los indios al instante
 Que sintieron venir la gente nuestra,
 Con todas sus alhajas por delante,
 Huyeron do guarida se les muestra;
 Pero los españoles del restante,
 Recogieron de oro buena muestra:
 Fué crecido contento y alegría
 Por ser muestra que mas les prometia.

Pues con tan buena nueva de comida
 Y hasta novecientos castellanos
 De joyas de la presa recogida
 Bonilla despachó ciertos cristianos;
 Para que con la priesa prometida
 Al Sedeño las diesen en las manos,
 Escribiendo también con esperanza
 De hallar tierra de mayor pujanza.

Llegábanse los dias postrimeros
Al Sedeño; mas aunque tal se via,
Recebidos aquestos mensajeros,
Ya sin vital virtud así decia:
« Adelante, adelante, caballeros,
Que Dios nos quiere dar algun buen dia. »
Y poniendo por orden la partida,
Partió de los trabajos desta vida.

Los enfermos y pobres lo lloraban
Por faltar sus regalos y raciones,
No menos esta falta lamentaban
Los cuerdos y de sanas intenciones:
Pues por ausencia dél adivinaban
Pesadumbres y grandes disensiones,
Y así, segun el tiempo y angostura,
Procuraron de dalle sepultura.

Do el rio de Tiznados desencierra
Su licor á lo llano convertido,
Yendo ya por la falda de la sierra
A la sombra de un arbol estendido,
Dieron estos varones á la tierra
El valeroso cuerpo fallecido,
Y en la corteza lisa por su muerte
Una letra pusieron desta suerte:

*Hic requiescit homo Sedeñus corpore parvus;
Rebus at in cunctis pectore magnus erat.*

Aquí de su brío faltó
Reposa Antonio Sedeño,

Que fué de cuerpo pequeño,
Y en el ánimo muy alto.

Despedidos del bajo monumento
Sin despedir de sí grave mancilla,
A grande priesa van en seguimiento
De los mantenimientos de Bonilla:
Llegaron todos ellos al asiento
Do pensaban tener invernal silla,
Y do Martín Fernandez buenamente
Pretendió gobernar toda la gente.

Muchos se sujetaron á su mando
Pareciéndoles cosa convenible,
Por ser ya viejo, cuerdo, venerando,
Y haber allí gastado su posible;
Mas impidióselo contrario bando
Y fué la fuerza destes invencible:
En esto pero fueron concordantes,
En dejalle su cargo como antes.

Mas los que sujetaban el armada,
Mandaban y regian esta gente,
Eran Reinso y Diego de Losada
Bien puesto cada cual y muy valiente;
Y fueron ambos de una camarada
Criados del señor de Benavente:
Losada siempre fué singular hombre
Y tuvo por allí claro renombre.

En aquella sazón que esto pasaba
Y el campo por allí se detenía,
Juan de Yúcar apriesa caminaba
Con aquellos soldados que traía;
Y por el mismo rastro ya llegaba
Donde Sedeño vió su postrer día,
Y el epitafio dello hizo cierto
Que su competidor estaba muerto.

Siguieron con mas priesa la jornada
Antes que se pasasen adelante,
Y dieron en la gente descuidada
De ver por allí junta semejante:
No hizo con furoros el entrada,
Sino con un pacífico semblante,
Y la sedeña gente recogida
Pidieron la razon de su venida.

Joan de Yúcar usó de sus razones
Sujetas á medidas cortestas,
Diciendo que traía provisiones
Para librar al licenciado Frias;
Y para castigar á los varones
Culpantes en aquellas demasias;
Mas pues el causador era ya muerto
Con los demás haria buen concierto.

Todos los capitanes y soldados,
Puesto caso que estaban mas potentes,
Vistas las provisiones y recaudos
Y sus delitos claros y patentes,
Fueron con Joan de Yúcar congregados
A fin de tratar medios convinientes,
Para que se volviese con contento,
Y ellos siguiesen su descubrimiento.

Sobre lo cual habiendo conferido,
Concluyeron al fin que se les diese
El oro que tenían recogido
Y volviese con él el que quisiese:
Aceptó Joan de Yúcar el partido,
Que mas suele hacer el interese,
Volvióse con sus propias compañías
Y con el licenciado Joan de Frias.

Dieron la vuelta casi por la posta
Haciendo mas derechas las jornadas,
Llegó do dió razon muy angosta
Que pedian las cosas ya contadas:
Anduvo después desto por la costa
Haciendo por allí muchas entradas,
Saltando los indios comarcas
Adonde hizo hechos soberanos.

Mas caminando por Cumanagoto,
No con aquel cuidado de prudente,
Cargó sobre él tan grande terremoto
De indios que salieron de repente,
Que le mataron en el alboroto
Toda la mayor parte de su gente,
Y él solo rebatió con montante
Cuanto se le ponía por delante.

Con brazos fuertes y con piés livianos,
Sin ser de compañeros socorrido,
El toro se escapó de los alanos,
Y vino por camino conocido
A morir en el pueblo de cristianos,
De mortifera yerba mal herido,
Y con universal pena y tristura
Maracapana fué su sepultura.

Entre los valerosos lo contamos,
Que cierto fué varón de esfuerzo raro,
Pero porque la historia concluyamos
De los que quedan en Catapararo,
A los sucesos suyos nos volvamos
Con el postrero canto donde paro,
Pues el pasado fué canto prolijo
Por no cumplir cortar lo que se dijo.

CANTO TERCERO,

Desde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento,
acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada.

El austro ya sus pluvias apartaba,
Deucalion la urna detenía,
Y el animal de Heles igualaba
Nocturna duracion con la del día:
Seren y claro tiempo convidaba
A que saliese nuestra compañía
A sus trabajosísimas conquistas
Y en demanda de tierras nunca vistas.

Salen también de hambre compelidos
Por el invierno largo que les vino,
Caminando por campos estendidos,
Que aun no daban enjuto su camino,
Prolijos cenagales, rios ercidos
Peligrosos al pobre peregrino,
Y del camino los mayores trechos
Las aguas á la cinta y á los pechos

La sierra ya de vista se perdía
Y por los llanos iban engolfados,
Que, como dicho tengo, todavía
Hallaban muchos dellos anegados;
Y perro ni caballo no podía
Ejercitar la caza de venados;
Mas Aduza guió mas al oriente
Hasta que ya halló rastro de gente.

Alegráronse todos sus soldados
Y alientanse los mas enflaquecidos,
Siguiéron los caminos mas hollados
Hasta dar en buhios proveidos
De maices y carnes y pescados,
Do fueron por buen rato resistidos;
Mas el flaco varon y mas hambriento
Todavía gozó de yencimiento.

Estaban estos indios en un viso
Para defensa bien acomodado,
Y el capitán Aduza luego quiso
Poner en la comida gran recado;
Y despachó soldados con aviso
Al campo que quedaba fatigado,
El cual, teniendo nueva de comida,
Hizo con gran presteza su venida.

Llegados el Losada y el Reinoso,
Loaron al Aduza grandemente
Del socorro que dió tan provechoso
En la reparacion de tanta gente;
El cual en esto fué siempre dichoso,
Adalid esforzado y escelente,
Y así la falta que se padecia
Ninguno mejor que él la socorria.

Estando todos pues en este fuerte
Gozando del sustento deseado,
No pudo ser sin una mala suerte;
Pues de comer allí cierto pescado
Murió Martín Fernandez, cuya muerte
Sintieron todos en estremo grado,
Por ser hombre cabal, cuerdo, quieto,
Y á quien todos tenían gran respeto.

Reparando sus armas y fardaje
Enjugaba los campos el verano,
Y así con algun mas matalotaje
De yucas secas y molido grano,
Siguiéron adelante su viaje
Con náutico regimen en la mano;
Porque por ser los campos tan exentos
Usaban de marinos instrumentos.

Habia dos pilotos principales,
En el altura cada cual maestro,
El uno portugués, Anton Gonzalez,
Otro Pedro Martel, no menos diestro:
No ven de cinosura las señales
Que de los navegantes son cabestro,
Aguja de los vientos es el tino
Por do rigen el campo peregrino.

De todos alimentos ya vacíos
Adelante los lleva su porfia,
Topan inmensos campos, grandes rios,
Y gente sin ninguna pulicia:
Sin ranchos, sin ramadas, sin buhios,
Su tierra de labranzas es vacía,
Sino toldillos leves de vil palma
En tiempos fortunosos ó con calma.

Alhaja ni preseña no la tiene
Fuera de limpia flecha, dardo, lanza,
De cazas y de pescas se mantiene
Que de mieses no hace confianza:
Una cierta raiz dicha lerene
Cultiva por su misera labranza;
Pero nunca jamás en el verano
Supo qué cosa es recoger grano.

La fuerza del invierno cuando llega
Aquestos campos nunca cultivados
Con sus inundaciones los anega,
Algunos altos dellos reservados;
Do suele residir la gente ciega,
Y suelen acudir muchos venados,
De que los dichos indios se pertrechan,
Y entonces de canoas se aprovechan.

Son todos ellos negros como cuervos,
Mas altos y dispuestos que fornidos,
Lijeros y alentados como ciervos,
Al conyugal amor muy sometidos;
En guerra pertinaces y protervos,
Temerarios, dementes, atrevidos,
Presume cada cual de ser tan bueno
Que en el acometer no tiene freno.

También cuando las aguas son molestas
Y los campos inundan avenidas,
Viven en barbacoas bien compostas
Encima de los árboles tejidas.
Y en mil vasijas, calabazos, cestas
Guardan aquellas miseras comidas,
Harinas de raíces y pescados,
Carne de dantas, puercos y venados.

Los tasajos curados con lejía
De coa, cierta planta salitrosa,
Porque sal por allí no se tenia,
Ni gozan estos de tan buena cosa;
Y en aquel tiempo nuestra compañía
Estaba della muy menesterosa,
Y aunque cualquiera hambre es insufrible,
Es esta la mayor y mas terrible.

También en estos reinos y confines
Hace sal esta gente vil y sucia
De ceniza de palma con orines,
Y en ella hacen todos grande lucia:
Estos son sus adobos mas insines,
Y la gente con ellos anda lucia,
Tiene casi que gusto de sardinas
Arenques, pero mal sala cecinas.

Así ni mas ni menos les faltaba
Que les era gustoso condimento
Para cualquier manjar que se guisaba,
Pues era ya de yerbas el sustento;
Así que cada cual dellos andaba
Cortado, flojo, triste, macilento,
Con menos fuerza que menester era
En tan trabajosísima carrera.

Pero siempre con ánimo constante,
Pues para mayor colmo deste hecho
Llevaban sus banderas adelante,
A cualquiera rigor poniendo pecho,
Hasta topar con tierra tan bastante
Que pudiese dar honra con provecho,
Y el esperanza de topar riqueza
Sacaba siempre fuerzas de flaqueza.

Tuvieron con aquestos naturales
Asperas y sangrientas competencias,
Que por ser atrevidos y bestiales
Llevaban lo peor en las pendencias:
Atravesaron grandes arenales
Sin hallar poblaciones ni apariencias,
Sino de arena una y otra sierra,
Do les hizo la sed terrible guerra.

En continuacion de su jornada
Tierra se descubrió mas andadera,
Mas en tiempo de aguas anegada
En su disposicion y en su manera,
Do vieron prolijísima calzada,
Que fué mas de cien leguas duradera,
Con señales de antiguas poblaciones
Y de labranzas viejos camellones.

Alegróse la gente fatigada
Pensando de hallar un buen empleo,
Anduvieron caudillos del armada
Gran número de dias á rastro;
Mas no hallaban rastro ni pisada,
Ni cosa que hinchese su deseo:
De caza no faltaba carne fresca,
Y en ciénagas y rios larga pesca.

Por todas cuatro partes indagaban,
Al norte, al sur, al leste y al oeste,
Y los del campo siempre declinaban
A la parte comun del viento leste;
Pero unos y otros no hallaban
Remedio ni socorro que les preste,
Hasta tanto que Rodrigo de Vega
Topó pequeña senda ya muy ciega.

García de Montalvo, rastreando
Con otros de caballo destas gentes,
Aquí la van perdiendo allí hallando,
Como perros rastreados diligentes:
Hasta tanto que fué mas ensanchando
Y las pisadas viejas mas patentes,
Las cuales si por caso se perdian,
A los principios dellos revolvan.

Iban allí los dos negros hermanos
Libres, á quien llamaban los Piñones,
Mancebos bien dispuestos y lozanos,
Necesarios en estas ocasiones:
Soltísimos de piés, fuertes de manos,
Diestros en todos tiempos y sazones,
Dichos Miguel y Diego de la Fuente,
Cada cual adalid muy escelente.

Los cuales sé decir que siempre fueron
De gran utilidad en la conquista;
Estos allí los rastros prosiguieron,
Por ser de los mas diestros desta lista,
Y al remate del día vista dieron
Al pueblo que llamaron Buena-Vista,
Por dalles en tan grave detrimento
Su vista crecidísimo contento.

Y también por estar bien fabricado
Donde la tierra mas se levantaba,
De suerte que por uno y otro lado
Por gran espacio dél se devisaba:
De profunda quebrada rodeado,
Que muy pequeño trecho reservaba;
Vovieron sin ser vistos ni sentidos
Do los otros quedaban detenidos.

Cien hombres son de gente baquiána,
Y oída la razon de las espías,
Acordaron que luego de mañana
Diesen en aquel pueblo por dos vías;
Pero por ser tan rasa la zavana
Vieron los indios nuestra compañía,
Los cuales á las armas acudieron,
No sin admiracion de lo que vieron.

Los nuestros van la vía concertada,
Y cuando comenzaban la subida
Opúsose delante la quebrada,
Que luego les detuvo su corrida:
Buscaron los peones el entrada,
Que con raro valor fué defendida
De gente jaguas y de caquetía,
Hasta que feneció la luz del día.

Hicieron españoles asistencia
En la parte dó fueron resistidos,
Esperando del sol nueva presencia
Por entralles mejor apercebidos;
Mas hicieron los bárbaros ausencia
Las mujeres é hijos recogidos,
Sacando los del pueblo flaco miedo
De los caballos y áspero denuedo.

Cuando la luz de Febo desviaba
Los húmidos vapores destos llanos,
Y fugitivas piernas fatigaba
El indio con temor de los cristianos;
Cada cual español aderezaba
Las cortadoras armas en las manos,
Y acometen al pueblo con gran furia,
Juzgando la tardanza por injuria.

Entraron luego todos por adonde
La vía se mostraba mas abierta;
Pero contraria fuerza no responde,
Ni para resistencia se despierta:
Sospechaban algunos que se asconde
El bárbaro por dar con eucubierta,
Y dentro ya se hacen mas atentos,
Recelando guerreros movimientos.

Mas puestos en el orden que debía,
Las calles y las plazas recorriendo,
Hallaron claros rastros que decían
Todos sus moradores ir huyendo:
Por espacio las casas se metían,
Sus rústicos manjares inquiriendo,
Y díóles Dios allí tan buena mano,
Que hallaron gran número de grano.

En el maíz se hace dulce prueba,
Con gran deseo ya desta comida,
Y al campo se llevó la buena nueva
Que fué con gran contento recibida:
Los capitanes mandan que se mueva
Y acelerasen luego la partida,
Dióles á todos ellos gran aliento
El esperanza del mantenimiento.

Llegaron sin hacer mucho rodeo,
Porque los guió bien un Villasanta,
Repartióse por todos el empleo
Y sal que se halló, pero no tanta
Que pudiese hartar el gran deseo
Que della padecia la garganta,
Mas alegrólos ver tan buena cosa,
Muy blanca y en sabor maravillosa.

Y para conocerse por qué vías
Traían esta sal tan escelente
Procuraron tomar algunas guías,
Las cuales se tomaron fácilmente;
Dijeron que tardaban muchos días
En ir á contratar con otra gente,
Que de mas lejos la traían hecha
De otros que la dan de su cosecha.

Con estas buenas nuevas alentados
Determinan dejar aquel asiento,
Después que se sintieron reformados,
Y los caballos ya con mas aliento:
Atravesaron campos mal poblados,
Puesto que con algun mantenimiento,
Grandes ciénegas, ríos, mil esteros,
Do murieron algunos compañeros.

Fatigados del término corrido
Determinaron de hacer parada
En un pequeño pueblo proveído
De la comida siempre deseada;
Y habiendo muchas cosas conferido,
Acordóse que Diego de Losada
Saliese con doscientos compañeros
A efeto de buscar invernaaderos.

Porque el invierno los amenazaba,
Que tiende por allí furiosa mano,
Y el espacioso campo se anegaba
En la mayor grandeza deste llano:
La cual necesidad los exhortaba
A buscar su remedio con verano;
Caminó pues por campos estendidos
Losada con sus hombres escogidos.

Como no se halló gente de guerra,
Montes ni levantadas serranías,
Lijeramente van calando tierra,
Aunque hallaban anegadas vías,
Hasta tanto que vieron alta sierra
A cabo ya de mas de treinta días;
Y devisaron por las pertenencias
Grandes humos y llenas aparencias.

Para poder allí hacer asedio
O llegar do la gente se repare,
Había grande río de por medio,
Que creo se llamaba Cazanare:
Losada no curó buscar remedio
Para ir do lo dicho se declare,
Aunque habian tomado por las aguas
Algunas canouelas ó piraguas.

Por indios que decían ser testigos
Desta sierra tentamos noticia;
Mas el Losada y otros sus amigos
Decían no ser cosa de codicia;
Y así sin inquirir otros abrigos
Volvieron, no con falta de malicia,
Do Reinoso quedaba con la gente
Que deste parecer fué diferente.

Copete y el Montalvo y un Miranda,
Guerrero, Tello y Rodrigo de Vega,
Con otros caballeros de su banda,
Viendo cómo el invierno se les llega,
Quisieron revolver á la demanda,
Condenando la vuelta por muy ciega,
Y decían ser falta de gobierno
No tener en las sierras el invierno.

Mayormente diciéndoles la guía
Aquella sierra ser muy bastecida,
De todo aquello que se pretendia:
De sal, de oro, ropas y comida;
Porque la gente della se decia
De tela de algodón andar vestida,
Y no cumplir dejar esta conquista
Pues que ya la tenían á la vista.

El general allí, como quisiese
Mitigar el furor con mansedumbre,
Al Losada mandó que revolviere
A traer de la sierra certidumbre:
Guerrero y los demás de que este fuese
No recibían poca pesadumbre,
Diciendo claramente que en su seno
Jamás cabría pensamiento bueno.

Porque la parte destos imagina
Que el Diego de Losada pretendía
Volver con los demás á la marina,
Incitado de cierta compañía:
Debajo de la torpe golosina
De los esclavos que hacer solía,
Y no fueron tan vanos pensamientos
Que no los confirmasen los eventos.

Mas Losada guió con sus soldados
A la sierra por pasos conocidos,
Y aquestos capitanes ya nombrados
Quedaron grandemente desabridos:
Los cuales y otros muchos congregados,
En ciertos pareceres resumidos,
Ordenaron que luego se juntasen
Y al Diego de Reinoso le hablasen.

Por ser un valeroso caballero,
Y en días y en edad el mas anciano,
Rogaron á Alonso Alvarez Guerrero,
Que para le hablar tome la mano:
El por les aplacer y ser tercero
Después del cumplimiento cortésano,
En presencia de gran junta de gente
Al general le dijo lo siguiente:

« Señor, de cuerdos es y de prudentes
Hacer al mal futuro resistencia,
Porque suelen criar inconvenientes,
Descuido, flojedad y negligencia;
Y cuanto los amagos mas presentes,
Mas breve cumple ser la providencia,
Pues no siempre se cura con buen tino
El desastre que viene repentino.

» No conviene poner en aventura
Lo que puede curarse de presente,
Que el cuerdo nunca pierde coyuntura,
En especial aquel que manda gente;
Viendo que de su seso y su cordura
El remedio comun está pendiente,
Como podrian ser ejemplo llano
Los que teneis debajo vuestra mano.

» De los cuales ya veis al mas robusto,
No lejos de sus días postrimeros,
Y el mas bien remediado con desgusto
Adivinando malos paraderos;
Y pareciéndole negocio justo
Obviar á los males venideros,
Pues si sana prudencia lo tantea
Nada vereis aquí que mal no sea.

» Y aun las aguas presentes y futuras
Comienzan ya de darnos sobresaltos,
Por ser anegadizos, sin culturas,
De seguros asientos todos faltos;
Y veis de las crecientes las horruas
Encima de los árboles mas altos:
Clara señal que si nos detenemos
Los mas bien avisados no saldremos.

» Cuánto menos los ya como difuntos
Flechados, mancos, cojos y tullidos!
Considerad también algunos puntos
Que no deben ser menos advertidos:
Y son el invernar de todos juntos,
Que no podemos sino divididos,
Pues mal se hallará tan buen asiento
Que para todos dé cabal intento.

» Paréceme que son consejos buenos,
Pues si entre muchos poco se reparte,
Lo poco claro está que será menos,
Y entre pocos cabráis mejor parte;
Y estando divididos en dos senos,
Podránse sustentar de mejor arte,
Y el fortunoso tiempo ya pasado,
Juntarnos do quedare señalado.

» Si pareciere bien la traza dada,
Que si parecerá, pues sois discreto,
Mandad volver á Diego de Losada
Para que la pongamos en efeto:
Que dél y de los de su camarada
Nunca jamás ternemos buen conceto,
Pues de sus pretensiones dadas muestras,
Jamás harlo diferentes de las nuestras.»

Oyó Reinoso la razon propuesta,
Y á los puntos estuvo muy atento;
Mas no fué tan sabrosa la respuesta,
Que no causase gran desabrimiento:
Anduvo la vergüenza descompuesta
Hasta casi llegar á rompimiento;
En una y otra parte confusiones,
Requirimientos y protestaciones.

Luego se dividieron los parciales
Que seguían las partes del Guerrero,
Pasándose cien hombres principales
A la contraria playa de un estero,
Que fué principio de mayores males
Y de desventurado paradero:
Esperaron allí que noche fuese
Para recoger gente, si viniere.

El general acá, que con cuidado
Remediar este hecho deseaba,
Al macede de campo dió mandado,
Dándole cuenta de lo que pasaba,
Para que revolviere bien armado
Con los doscientos hombres que llevaba,
Y diesen ambos en el enemigo
Con ejemplares penas y castigo.

Pero los del motin por cierta via
Tuvieron relacion del embajada,
Y así les pareció que convenia
Jugar aquella noche de antubada:
Los cuales antes de la luz del día
Dieron en los de Diego de Losada,
Y sin los maltratar ni lastimarnos
Les tomaron las armas y caballos.

El vencedor volvió como seguro
Por ver sin armas el contrario bando,
Y el campo raso les pareció muro,
Do los ojos estuvo regalando;
Mas el dicho Reinoso con oscuro
Venía por sus pasos caminando,
Y dió con el ejército dormido,
Bien ignorante de lo sucedido.

El cual entonces iba por ventura
Con harta mas blandura que rigores;
Pero vista tan buena coyuntura,
Rompió diciendo: « ea, valedores:
Pues teneis la victoria bien segura,
Viva el rey, viva el rey, muéran traidores.»
Despiertan al ruido los dormidos,
Algunos dellos bien apercebidos.

Porque Pedro Copete y el Guerrero,
Montalvo, Jejas con Barrasa y Vega,
Cada cual en caballo muy lijero,
Mostraban gran valor en la refriega;
Argüello no tardó ni fué postrero,
Pues luego con algunos se les llega,
Y por entrambas partes á gran prisa
Andaba la lanzada muy espesa.

Gran grito, gran rumor, gran vocería
Sonaba por aquellos campos llanos,
La saña y el furor siempre crecía,
Ensangrentados ya rostros y manos,
Y por entrambos bandos se decía:
« Viva el rey, viva el rey, muéran tiranos.»
Andaba por allí cierto confeso,
Que esto decía con mayor esceso,

Joan Sanchez Labrador, hombre de brio,
Allí le respondió con voz altiva:
« Decí, ¿ quién mata al rey, perro judío?
Que yo también deseo que el rey viva; »
Mas una bala fué con tal avio,
Que del hablar y dulce ser lo priva:
Escuridad eterna lo retrajo
Con precipicio del caballo abajo.

Andando la batalla muy trabada
Y con ostinadísima porfía,
Le dieron al Guerrero una lanzada,
De donde mucha sangre le salía:
La fuerza deste ya debilitada,
La de Copete siempre resistía,
Con él sus dos hermanos Tello y Mesa,
Que hacían la otra parte lesa.

Cuando ya sobre el eje pruñoso
Traía la mañana clara lumbre,
Y el velo de la noche tenebroso
Huíra por do tiene de costumbre,
Mejoraba la parte del Reinoso;
La otra ya con grande pesadumbre,
Aunque de entrambas partes hay caídos,
Y de los vivos muchos mal heridos.

Mas de la gente menos proveída,
Como de tal asalto descuidada,
Algunos se pusieron en huida
Dejando la victoria declarada
Por Diego de Reinoso, cuya vida
Con gran dificultad fué reservada;
Pues su caballo muerto, y él caído,
Muriera si no fuera socorrido.

De los que de la rota no huyeron
Prendieron como veinte señalados,
Que como principales luego fueron
A privación de vida condenados:
Los rigurosos trances se cumplieron
En solos dos hidalgos desdichados,
Copete y Alonso Álvarez Guerrero:
Espectáculo harto lastimero.

Luego veinte soldados valerosos
De los que se hallaron mas culpados,
Al Reinoso y Losada sospechosos,
Por ser hombres de brios arriscados,
Con penas y con mandos rigurosos
Fueron de su comercio desterrados,
Para donde les diese su ventura
O ya la vida, ó ya la sepultura.

Destos era García de Montalvo,
Pero Ruiz, Barrasa, Mesa y Tello,
Y aquel honrado Vega, cano y calvo,
El capitán Ruiz y Joan de Argüello:
Llevando para se poner en salvo
Muy colgada la vida de un cabello,
Por les poner delante su corrida
Pesadimosos riesgos de la vida.

Pero como fortísimos varones,
Que cierto cada cual era bastante,
Allanaron terribles tropezones
Que siempre se ponían por delante:
Rompiendo ferocísimas naciones,
Opuestas al cansado caminante,
El Barrasa, guiando con buen tino,
A la mar do llevaban su camino.

Nueve días después Bernardo de Heras,
Joven de los mas sueltos y lijeros,
Hurtóse del Reinoso y sus banderas
Con ocho no menores compañeros,
Siguiendo las pisadas y carreras
Que llevaban aquestos caballeros;
Y fueron tan constantes las porfías,
Que los vieron en menos de tres días.

Y á punto que se vian ya perdidos
Por tenellos mil indios rodeados;
Mas siendo tan á tiempo socorridos
De tan valerosísimos soldados,
Los cansados, hambrientos y afligidos,
En gran manera fueron alentados,
Y así, con el calor desta venida,
Pusieron á los indios en huida.

Abrevian el camino mal sabido,
Que el tiempo les mostraba rostro tierno,
Necesidad poniendo tal sentido
Y entre los veinte y nueve tal gobierno,
Que hallaron asiento proveído
Do pasaron las furias del invierno,
Y el verano mostrando su pintura,
Se pusieron en tierra ya segura.

Estando pues Reinoso en los esterros
Consultando con todos su partido,
Se huyeron Patiño y Ontiveros
Sin que se barruntase la huida:
Cada uno con treinta compañeros,
Gente desesperada y atrevida,
Otra noche buyó por conseguiente
Un Alonso Marqués con otros veinte.

Después de todos estos otro día
Remanecieron dos negros huidos,
Uno Pedro Mabuya se decía,
Otro Cristóbal, hombres atrevidos;
Mas al tiempo que cada cual salía
Con tal tiniebla fueron divididos,
Que aunque gastaron horas en buscarse
Nunca jamás pudieron encontrarse.

Mas aunque solo cada cual se vido
En no volver atrás fué tan constante,
Que el riesgo tuvo por mejor partido
Que dejar de pasar mas adelante:
Con arco y flechas bien apercebido
A los lados espada va tajante;
Y el que se via de comida falto
Con el oscuro manto daba salto.

En pueblo ó chanería, do metido
Buscaba cebo para los gargueros,
Y si del morador era sentido
Con manos prestas y con piés lijeros
Hacían cada cual tan gran ruido
Como si fueran treinta compañeros,
Y después ya de recogido algo
No lo tomara muy lijero galgo.

Pues para los coger el mas lijero
Sus piernas viera ser como difuntas;
También Mabuya fué tan gran flechero
Que yo le vi tirar tres flechas juntas:
Y dar con todas ellas en terrero
Y en pequeño compás todas tres puntas
Y así por estos llanos, valles, vegas
Se libró de grandísimas refriegas.

Las cuerdas de sus arcos mas usadas,
Y con que peleaba mas de veras,
Eran listas de cañas bien sacadas
Haciendo de sus nudos empulgueras;
Que puestas en el arco y ajustadas
Eran por mucho tiempo duraderas,
Pues si á posta no se las quebraban
Sus diez y doce años le duraban.

Sucedieronle grandes entremeses
Atravesando por aquellos llanos,
Invernaron divisos en conveses
A la sierra del norte mas cercanos;
Y á cabo ya de diez ó doce meses
Vinieron á toparse con cristianos,
No de los desterrados y primeros,
Sino de Joan Patiño y Ontiveros.

Pues aunque la cuadrilla se huía
Y cada día les faltaban gentes,
La una de la otra nó sabia
Invernando por partes diferentes;
Pero como llevasen una vía
Acabadas las aguas y crecientes,
Por rastros que dejaban en la tierra
Se juntaban los mas junto á la sierra.

Reinoso, que esta gente vió huida
Como de la restante se recela,
También apresuraba la partida
Mandando caminar á Venezuela;
E iban ya los ríos de crecida
Que miseros enfermos desconsuela
Por no hallarse piadosa mano
De padre ni de hijo ni de hermano.

Esclavo menos hay que se sujete
Al amo ni que cumpla justo mando,
Aqui se quedan seis, aculla siete,
Gimiendo estan aquí y allí gritando;
Y el misero doliente si se mete
El agua lo llevaba volteando,
Capitanes no hacen lo que suelen
Ni hombres de los hombres se conducen.

¿Quién os podrá poner en escritura,
Que leve sonoro su concierto,
Tanto trabajo, tanta desventura,
Tan increíble hambre, tanto muerto?
Pues lo que digo es abreviatura
O cifra muy cifrada de lo cierto,
Y aunque mas alargásemos la pluma
Todavía sería breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura
Abrió los pechos á su compañero,
Estando muerto ya de calentura,
Y aqueste fué Bautista Zapatero:
El cual se sustentó del asadura
Ansi como si fuera de carnero,
Y andando después imaginativo,
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reinoso con sus gentes
Inquiriendo la tierra mas subida,
Pasaron sin haber inconvenientes
Una quebrada llana y estendida:
Llegáronse después quince dolientes
Al tiempo que venia ya crecida,
Demandaron socorro con voz blanda
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvía las respuestas
Horrendas á los pobres miserables,
Por ser palabras sucias, deshonestas,
Tan torpes como él y detestables:
Al fin por no ver quejas tan molestas
Gemidos y clamores entrañables,
Determinaron todos de dejállos
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecia
En proceloso tiempo y lugar malo,
De aquella miserable compañía
Sin reparo, comida ni regalo,
Un Domingo Riberos otro día
Pasó los pechos puestos en un palo,
Luego pasó tras él en un madero
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,
Aunque buscaban vias y maneras,
No pudieron pasar por ser enfermos
Y no tener las fuerzas tan enteras;
Y así quedaron en aquellos yermos
Por cebo de las bestias carniceras,
Y el número de dos menesteroso
No siguió mas los pasos del Reinoso.

Mas por otra derrota van á tiento
En grandísimo riesgo de la vida,
Tallos de hobos era su sustento
Y el regalo mayor de su comida;
E yendo con penoso sentimiento
Encontraron también gente huida:
Recebieron los dos tan gran consuelo
Que parecióles ver ángel del cielo.

Con los dos se cerró número entero
De diez cristianos, y aunque flaca mano,
Supieron inquirir invernadero
Donde no les faltó copia de grano:
Sanaron el Riberos y el Quintero,
Y el tiempo ya llegado del verano,
Se juntaron con otros fugitivos
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reinoso también hizo parada
Con algunos sustentos pasaderos,
Y enviando la gente mas armada
Por pueblos comarcanos y fronteros,
Acogiósele Diego de Losada
Con treinta ó con cuarenta compañeros.
El cual la vuelta de Cubagua iba
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño
De los que por la sierra van á tino,
Asegurábalos de todo daño
Diciendo: « todos vanos un camino.»
El Reinoso, corrido del engaño,
Con el restante de la gente vino
A Venezuela, do los alemanes
Tenian valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa
Con gran valor de su persona sola,
Mas allí no se hizo tanta cuenta
Que por ello le diesen laureola;
Por cuya causa casi por afrenta
Determinó pasar á la Española,
Donde murió después cristianamente,
Y á conjugales nudos obediente.

Losada con su copia de soldados
Y los demás que andaban divertidos,
Llegaron á los pueblos deseados,
Los cuales se hallaron destruidos:
Sus pocos moradores rebelados,
Y en fuerzas de palenques recogidos,
Nadie les daba ya seguro puerto
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,
Hijo suyo, de nobles condiciones:
Fué tutor Paraiama, por ser chico,
El cual favoreció nuestros varones,
Mas el uso de esclavos tan inicuo
Pagóle con muy grandes sinrazones,
Porque el desorden grande de cudicia
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores
De la Cubagua y de su granjería,
O por mejor decir saltéadores,
Envejecidos en su tiranía:
Estotros, como no fuesen menores,
Con aquellos hicieron compañía,
Y asolada la tierra comarcana,
Volvieron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,
Y aquellas locas y atrevidas furias,
Pedian los que fueron agraviados
Justa satisfacción de sus injurias;
Los bienes luego fueron confiscados
Para suplir júeces sus penurias:
Al fin Ortal y Frias y Castillo
Por un hito sacaban un ovillo.

Este y aquel y el otro les pedía
(Jüez el licenciado Castañeda):
Pagaba con esclavos que traía
El que sin corporal castigo queda;
Pagaba al fin aquel que no debía,
Quiero decir, quien era la moneda:
Esclavos eran costas y derechos,
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos.

Eran por veedor avaliados,
O vendidos en públicos pregones
Aquellos pobres desaventurados,
Que nunca cometieron las traiciones;
Finalmente, júeces y culpados
Eran unos finisimos ladrones,
Pues en uada se vió tal insolencia
Ni tan grande sultura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,
Cubramoslo con taciturno sello,
Y el que quisiere ver este castigo
Al fin de lo de Ortal podrá leello:
Por ser en este tiempo lo que digo
De las muertes de Aduza y del Argüello,
Que pues de Ortal allí me despedía,
Cubríllas con silencio no cumpria.

Purgadas pues las costas y los daños
Del licenciado Frias y oficiales,
No por eso cesaron los engaños
Y ofensas en aquellos naturales:
Porque por grande número de años
Anduvieron soldados principales
En la contratacion mal ordenada,
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,
Varon en guerra y paz de gran recato,
Gran hombre de caballo y agraciado
Mas á bien recebido no muy grato;
Y así fué de Cubagua desterrado
Por cierto desconcierto y desacato:
Hizose con algunos á la vela,
Y vino se por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia
Y por los alemanes fué teniente,
Recebiólo con grande cortesia,
Y toda la demás antigua gente:
El Diego de Losada persuadía
Al alemán ya dicho grandemente,
Enviase á tomar las posesiones
Hasta Maracapaná y sus ancones.

Porque segun se via por escrito
Por cédulas del rey y provisiones,
De su gobernacion y su distrito
Eran todas aquestas poblaciones:
Ayudáronle muchos con un grito,
Y él acudió con estas intenciones,
Y con Losada y otras gentes ciegas
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra
Y por aquellos llanos ya sabidos,
Costeando la falda de la sierra
Cien hombres destes bien apercebidos:
Lo que hallan de paz hacen de guerra,
De muy largas cadenas proveídos,
Y en ellas grande número de gente
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata
Llevaban muchos hombres y mujeres,
Llegaron á la mar de Chacopata,
Adonde pregonaron sus poderes;
Y luego por gozar de la barata
Acuden de Cubagua mercaderes:
Estuvieron allí los deste bando,
Espacio de dos meses contratando.

Lllaman de paz á los de aquel partido
Los capitanes falsos y perjuros:
Los indios no pensando ser fingidos
Salieron de sus fuerzas y sus muros;
Y el consorcio crúel y fementido
Cuando los vió sin armas y seguros,
Dieron sobre ellos repentinamente
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decia,
Como se vió de libertad ajeno:
« Esto no fué valor, ni valentía,
Ni hecho que manó de pecho bueno:
Prendernos con tan gran alevosía
Sobre paz y las manos en el seno;
Pues nosotros salimos como hermanos
Debajo de palabra de cristianos.

» Y pues captividad no merecemos,
De libertad pedimos las enmiendas;
Que si por culpa vuestra nos movemos
A descubiertas guerras y contiendas,
Bien sabes tú, Losada, que sabemos
Defender las personas y haciendas;
Ansi que pues llamais de paz la tierra,
No la quebreis con tan injusta guerra. »

No por eso cesó su desvarío,
Ni se mudaron estos pareceres,
Antes hierro les dan por atavío;
Y aherrrojados hombres y mujeres,
Luego los entregaron al navío
Que tenían allí los mercaderes,
Volviéronse después la tierra adentro,
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,
De Guaramental hijo y heredero,
Ya cacique paupérrimo de rico,
Por los inconvenientes que refiero:
Con estas insolencias que publico
Al muchacho leal, fiel, sincero,
Con seguro que se le prometía,
Le tomaron la gente que tenía.

Estos con otros muchos que tomaron
Por otras partes fuera del asiento,
Ansimismo vendieron y entregaron
A los que iban en su seguimiento;
Y todo lo barrieron y asolaron
Con un luciferino desatiento,
Y sin causa quemaron los bestiales
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,
Firmes en añadir daños á daños,
Para su Venezuela dió la vuelta
Losada con los más destes engaños:
Cuya perplejidad quedó resuelta
En acabar allí los demás años;
Y viendo de sus días el invierno
Pretendia tener aquel gobierno.

A la real audiencia hizo via
Para lo negociar segun se trata,
Mas el efeto de lo que pedía
Contraria voluntad lo desbarata;
Y al tiempo que sin mando se volvía
En la costa murió de Burburata,
Sin regalo de santos sacramentos
Por hallar despoblados los asentados.

Con este concluimos la jornada,
Y las más circunstancias de Sedeño,
La cual de prolijísima y pesada
Ha sido para mí gran quita-sueño;
Mas pues Cubagua queda rezagada,
Y es el negocio suyo no pequeño,
Justa cosa será que se concluya,
Y después della la vecina suya.

ELEGIA XIII.

Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdición y asolamiento.

CANTO PRIMERO,

Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.

Cuanto naturaleza tiene hecho,
Examinado y visto sabiamente,
No vaca ni carece de provecho,
O ya sea cubierto, ya patente;
Que la virtud no pierde su derecho,
Aunque sea la muestra diferente,
Y ansi vereis do faltan muchas cosas
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crían
Oro ni plata; mas en su distancia
Algunas veces hay tal granjería
Que suele dar riquísima ganancia,
Supliendo aquella falta que tenía
Con cosas de no menos importancia
Que causa natural allí compuso,
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,
Que de lo que contratan las naciones
Alguna buena cosa no le sobre;
Pues aquí cogen copia de algodones,
Allí plomo y azogue, acullá cobre,
Aquí muchos ganados y allí dones
De cristales, virites y esmeraldas,
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña
Este natural cambio claramente,
Lo cual aunque es estéril y pequeña,
Sin recurso de río ni de fuente,
Sin árbol y sin rama para leña
Sino cardos y espinas solamente;
Sus faltas enmendó naturaleza
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por plaezes principales,
Que están á sus riberas adyacentes,
Gran copia de riquísimos ostiales,
De do se sacan perlas excelentes,
Con que ha engrandecido sus caudales
Crecidísimo número de gentes:
Diez grados medio mas es lo que nuestro
De la equinocial al polo nuestro.

Entre dos aldeaños es descrita
A cada cual tres leguas comarcana,
Que son la tierra firme y Margarita,
Y es la distancia della toda llana:
Hay caza de conejos infinita,
Que es por allí comida no mal sana;
Podrá tener, según el aparencia,
Como tres leguas de circunferencia.

Tienen sus secas playas una fuente
Al oeste do bate la marina,
De licor aprobado y excelente
En el uso comun de medicina:
El cual en todo tiempo de corriente
Por cima de la mar se determina
Espacio de tres leguas, con las manchas
Que suelen ir patentes y bien anchas.

Descubrió esta isla Colon, cuando
Vido tercera vez estas regiones,
Yendo la tierra firme costéando
Por puertos, por bahías, por ancones:
Vió indios zabullendo y sobraguando,
Y estar debajo largas dilaciones,
Via después coger su redescilla
Y vacialla también en la barquilla.

No conociendo bien aquello qué era
El Cristóbal Colon, como discreto,
Hizo luego surgir en la ribera,
Deseando saber aquel secreto:
Luego gente de guerra salió fuera
Apercibida para tal efecto,
Los indios revolvieron con la proa,
Y en tierra zaboraron la canoa.

Los cuales con los arcsos en las manos,
Arma con que se daban buena maña,
Esperaron soberbios y lozanos,
Sobresaltados de la gente estraña;
Mas halagándolos nuestros cristianos
Perdieron los temores y la saña.
Y luego los varones y las dueñas
De paz hicieron apacibles señas.

Allí se conocieron granos bellos
De perlas en riquísimos pomares,
Que son con que ansi ellas como ellos
Se ciñen y rodean los ijares;
Otros sartas por brazos, piernas, cuellos,
En precio y en estima singulares:
Vieron el modo cómo las sacaban,
Y las conchas adonde se criaban.

Los que vinieron pues en los bateles,
Por no hacer baldía su venida,
Con cuentas y sonoras cascabeles
Rescataron allí buena partida;
Partiéronse de aquestos infieles
Después de la grandeza conocida.
El Colon no cabia de contento,
Por ser autor de tal descubrimiento.

Quisíerolo callar, pero la fama;
Impelida de tanta muchedumbre,
Por diversos lugares se derrama
Segun y como tiene de costumbre:
Estos, aquellos y los otros llama
Con trompa de sonora certidumbre;
Acudieron navíos al barato
Engrosando las ferias y contrato.

La gente castellana que venia
Por hacer mas a gusto sus haciendas,
Formaron en la isla rancheria,
Pusieron toldos y asentaron tiendas;
Y cebados en esta granjeria
Hacen bulios para sus viviendas,
Trayendo mercancías diferentes
Que rescataban con aquestas gentes.

Podia ser, según mas cierta cuenta,
Cuando la muestra se halló primera,
Año de cuatrocientos y noventa
Con mil y seis corridos de la era:
El indio con la paga se contenta,
Y el español, que mucho mas espera,
Envia su caudal, y á la tornada
Doblaba y redoblaba la parada.

Así tenían hachas y machetes,
Cuentas de vidrio, sartas de corales,
Camisas, zaragüelles y bonetes
Y cosas mas y menos principales:
Con otras diferencias de juguetes
Apacibles á estos naturales,
Y el valor de un real acontecia
Pagar la cargazon que se traía.

Con estas cosas el aljófár fino
Rescataban aquestos mercaderes,
Con contento del bárbaro vecino
Y grandes regocijos y placeres;
Daban muy ricas piezas por el vino,
Hasta vender los hijos y mujeres,
Y cuantos por aquel compás habia
Ejercitaban esta pesqueria.

Toda la tierra firme comarcana
Mantenia la paz bastantemente,
Y de Paria hasta Maracapaná
Iban un hombre y dos de nuestra gente;
La tierra se hallaba toda llana,
A nuestros españoles obediente,
Y diez y doce leguas de Cubagua
Les traían comida, leña y agua.

Eran para las dos parcialidades
De muy gran importancia los provechos,
Pues con estas sinceras amistades
Y los contratos desta suerte hechos,
Indios cumplían sus necesidades
Y los nuestros quedaban satisfechos;
Y ninguno vivir allí podia
Sin aquel agua que se les traía.

Y algunos mercaderes ya potentes,
Que allí fueron personas principales,
Rescataron esclavos destas gentes
Que de perlas traían sus jornales;
Los cuales como buzos excelentes
Descubrían riquísimos ostiales,
Y con propias canoas y piraguas
Sacaban ya las conchas de las aguas.

En aquesta manera de bajeles
Había gente nuestra marinera,
Que por aquellas playas y placeres
En guarda de los indios iban fuera:
Algunos tan malditos y crüeles
Como cómitres malos de galera;
Y así de aquestos miseros captivos
Eran pocos los que quedaban vivos.

Por tener muy angosta pasadía
Y mas que limitadas las raciones,
Pues sobre mar el agua se traía
Con las mas necesarias provisiones;
En la mar sumergidos en el día
Y en la noche con ásperas prisiones:
Y así para quedar dos ó tres hechos
De la vida quedaban diez deshechos.

Este principio y estas ocasiones
De los esclavos fueron perdimiento
De todas las insignes poblaciones
Que en mis versos atrás os represento;
Y el rey por las siniestras relaciones
Para ello prestó consentimiento,
Aunque con instruccion tan limitada
Que el mal no fuera tal á ser guardada.

Algun tiempo se hizo con blandura
No tanta cuanto allí se señalaba;
Pero después fué tanta la soltura
Con que con estos indios se trataba,
Que les era la guerra mas segura
Que lo que mala paz aseguraba:
Pues cuantos menos eran sus engaños
Se les hacían muy mayores daños.

No pueden prolijísimos renglones
Decir *ad plenum* lo que se hacía,
Tantas cautelas, tantas invenciones,
Tanta maldad y tanta villanía:
Mas por no despertar viejas pasiones
Volvámonos á nuestra ranchería,
De quien ya se hacía mayor cuenta
De lo que nuestra pluma representa.

Había ya justicia y oficiales,
Frecuentísimo trato de navíos,
No rescataban ya de naturales,
Porque todos tenían sus avíos
Para desentrañar estos ostiales
Con propios aderezos y atavíos;
Con tanta perla, tanto contratante
Las cosas iban ya muy adelante.

Mostrábase fortuna tan ufana
Y andábase tan próspero camino,
Fue iban á quintar al aduana
Como de trigo sacos al molino:
Muchos sacaban hoy y mas mañana,
Si Joan vino cargado. Pedro vino,
Y entonces hubo indio que traía
Arriba de dos marcos cada día.

Vereis llenos caminos y calzadas
De tráfigos, contratos y bullicio,
Las plazas y las calles ocupadas
De hombres que hacían sus oficios;
Vereis levantar casas torreadas
Con altos y soberbios edificios,
Este de tapia, aquel de cal y canto,
Sia que futuros tiempos den espanto.

No vuelan ni concurren tan frecuentes
Las palomas en india saona,
Para hacer sus nidos en las frentes
Que miran los confines de la zona;
Cuanto todos andaban diligentes
En la que nueva Cáliz se pregona,
Con tal hervor y tal desasosiego
Cuanto por secas ramas vivo fuego.

Ocurrió grande copia de oficiales
A la nueva ciudad que se hacia,
En navios traían materiales
Y cuanto la tal obra requeria;
Porque la grosedad de los caudales
Estas costas y mucho mas sufría,
Y con salir tan caras estas cosas
Allí hicieron casas suntuosas.

Fué la de Barriónuevo la primera
Un escudero natural de Soria,
Fué luego la de Joan de la Barrera,
Cuyo valor es digno de memoria;
Y luego la de Pedro de Herrera
De quien pudiera yo tejer historia,
Y la de Castellanos, tesorero,
Que fué de los mejores el primero.

La de Portillo fué con tal esmero
Que podía servir de fortaleza,
Otra también de Diego Caballero,
Mariscal y señor de gran riqueza;
Un Alvaro Beltrán, varon entero
En todas buenas partes de nobleza,
Un Anton de Jaen, Rojas y Niebla,
Con otros que se quedan en tiniebla.

Y Francisco de Reina también era
Un varon tan cabal y tan bastante,
Que con justa razon yo bien pudiera
Decir de sus proezas adelante;
Pero la brevedad desta carrera
No da tanto lugar al caminante;
Su yerno fué Pero Ruiz de Tapia,
Noble de condicion y de prosapia.

Hijo del dicho Reina fué Bautista,
Sacerdote prudente y avisado,
El cual es destas cosas coronista
Y en ellas vive hoy bien ocupado;
Y así no haré yo mas larga lista,
Dejando para él este cuidado,
Pues yo con brevedad añudo gonces
De las cosas que vimos entonces.

Leña y agua de Cumaná venia
De rios que la dan en abundancia,
Y en barcos y navíos se traía
Con pipas siete leguas de distancia:
Trataban muchos esta mercancía,
Teniéndola por próspera ganancia,
Pues al Jaen que digo hizo daño
De cinco mil ducados en un año.

A todos los que son en esta era
Oyendo lo que no les fué visible,
No parecerá cosa creedera
Gasto de leña y agua tan terrible;
Pero mi relacion es verdadera,
Y así no la tengais por imposible.
Y aun es mas que los precios señalados
Lo que va de los pesos á ducados.

Pues como fuesen indios muy famosos
Los moradores destas poblaciones,
De nuestra santa fe menesterosos
Y de defensa ya de sinrazones,
Acudieron algunos religiosos
Movidos de cristianas intenciones,
Procurando traellos al aprisco
Dominicanos y de San Francisco.

A Cumaná vinieron franciscanos,
Do monasterio luego fué fundado,
Con llana voluntad de los papanos,
Por cuyas manos era fabricado;
Y los frailes por términos cristianos
Apacentaban bien este ganado,
Santísimos preceptos predicando
Y muchos convirtiendo y bautizando.

En esta obra cada cual entiende,
Conclusas boras del divino canto,
Y en el Chichiriviche mas allende
Cinco leguas hicieron otro tanto
Los dominicos, donde se pretende
Perseverar en el oficio santo,
Año de diez y seis era ya esto,
Cuando tomaron mal seguro puesto.

Convento fabricado y templo hecho
Donde todos vivian recogidos,
Con gran observacion de su derecho,
Sin ser á lo siniestro divertidos,
Muy en contentamiento y en provecho
De los por convertir y convertidos;
Aquel perturbador de cosas pias
Su cizaña sembró por estas vias.

Un cierto capitán, que no debiera,
Hojeda creo yo que se decia,
Rescatando maiz por la ribera,
Segun que de costumbre se tenia,
En el puerto de Guantar salió fuera
Y entróse con alguna compañía,
A rescatar como solian antes
En pueblos de la mar algo distantes.

En los cuales compró mucha comida
Pagándoles por ella su interese,
Y á los indios por quien le fué vendida
También le demandó quien la trajese;
Fuéte bastante gente proveida
Diciéndole que luego la volviese;
Mas el mal capitán y gente suelta
Nunca les consintieron dar la vuelta.

Antes fueron allí los galardones
Indignos de quien dió tan buen avio,
Pues llegados mujeres y varones
Cargados á la boca de aquel rio,
Les pusieron cadenas y prisiones,
Y los metieron dentro del navio;
Hecha la suerte pérfida tirana,
Luego bajaron á Maracapaná.

En el puerto surgió la carabela
Debajo de cubierta los hurtados,
Y recogida ya la blanca vela,
En la playa saltó con sus soldados,
Con los mismos designos y cautelas
De que tan mal usó con los pasados;
Mas aquestos sabian ya de cierto
Los tratos y traicion del otro puerto.

Hiciéronles muy buen acogimiento,
Prometiéndole vender mucha comida,
La cual por estar lejos del asiento
No podía tan presto ser traída:
Dilatando la venta con intento
Y fin de despojillos de la vida,
Ruegan al capitán deje la playa
Y con su gente por los pueblos vaya,

Certificando que rescataria
 Esclavos y comida con hartura ,
 Y el torpe capitán bien lo creía ;
 Mas por le parecer poca cordura
 Dejar allí la presa que traía ,
 Que lo traigan allí solo procura :
 Los indios con fingidas alegrías
 Pidiéronle de espacio cuatro días.

Por los poder matar á coyuntura
 Y tiempo que les fuese conviniente ,
 Porque también habian hecho jura
 Con todos los demás de aquella frente
 De no dejar á vida criatura
 Que de españoles fuese descendiente ;
 Y para los efectos desta guerra
 Estaba conjurada ya la tierra.

Con estas esperanzas los dejaron
 Sin ellos sospechar el mal futuro ,
 Y parte de los indios se quedaron
 Cuasi por apariencia de seguro :
 Otros con Toronolima se juntaron ,
 Cacicque principal, crúel y duro,
 Para ser dél en la traicion instrutos
 Y en un parecer solo resolutos.

Allí llegaron furias infernales
 Para la ejecucion del caso feo ,
 Estimulando mas estos bestiales
 A tan crúel y pérvido trofeo ;
 Y así las insolencias fueron tales
 Que vencieron aun á su deseo ;
 Y algunos que miraban á mas lejos
 Estaban ya confusos y perplejos.

Mas poco duran buenas intenciones
 En torpes, viles y apocados senos,
 Donde hacen mayores impresiones
 Los pésimos consejos que los buenos :
 Mayormente soezes corazones
 Si de rabiosas furias están llenos,
 Como lo hizo con aquesta gente
 Un indio que les dijo lo siguiente :

« Mal me parecen tantas variedades,
 Y si verdad conviene que se diga,
 Conoceréis ser grandes poquedades
 De todos cuantos hay en esta liga
 No quebrar con furor las amistades
 De gente que nos es tan enemiga ;
 Pues si por bien pensais hacella buena,
 Abris camino para mayor pena.

» Cesen los devaneos y fatigas
 En el efetuar tan justa cosa ,
 Cortemos ya, señores, las espigas
 De do sale simiente tan dañosa ;
 Pues jamás comeremos buenas migas
 Con gente, que por ser tan ambiciosa
 Aquí y allí, y en todas partes pican,
 Haciendo lo contrario que predicán.

» Que sean fraudulentos y tiranos ,
 Que sean atrevidos homicidas ,
 Los ejemplos tenemos entre manos
 Por las cosas atras acontecidas ,
 Donde los mas pacíficos y llanos
 Corremos mayor riesgo de las vidas ,
 Y no son estas , no , vanas sospechas ,
 Pues veis de nuevo las maldades hechas.

» A justas defensiones os provocho
 Contra malignidad que nunca cesa ;
 Pues si no refrenais intento loco
 Sustentando pacífica promesa ,
 De consumirnos hemos poco á poco ,
 Y aun mucho á mucho ya, según su priesa,
 E yo no siento que quebranta fueros
 Quien resiste sus males venideros.

» Los frailes, aunque nos parecen buenos,
 Y de santas palabras y obras pias
 Aquellos santuarios están llenos,
 Yo tengo para mí que son espías ;
 Porque españoles son ni mas ni menos ,
 Y por no consentir idolatrías ,
 Huye de dar respuestas al reclamo
 De los piaches el Oricuqiamo.

» Bien veis que por palabras y en escritos
 Suelen abominar estos letrados
 Las viejas ceremonias y los ritos
 En que fuimos nacidos y criados :
 Aquestas son sus voces y sus gritos ,
 Y en esto viven todos ocupados :
 Frailes quitan deleites y placeres ,
 Y los otros los hijos y mujeres.

» Y pues ellos por tan dañosos modos
 Quieren que nuestra gente se destruya ,
 Meneemos acá manos y codos
 De suerte que su vida se concluya ,
 Para que desta vez se borren todos
 Sin dejar en la tierra cosa suya ,
 Tentando por tal vía la fortuna ,
 Que en Cumaná y acá demos á una.»

Cuadró tan bien al bárbaro guerrero
 La traza de tan mal labrada talla ,
 Que sin considerar el paradero
 Fueron á la flaquisima batalla ;
 Y á Cumaná hicieron mensajero
 Por avisar á la crúel canalla ,
 Para dar á la hora prevenida ,
 Y ellos luego hicieron su partida.

Como las bravas ondas conmovidas
 Del viento que se muestra riguroso ,
 Que van unas tras otras impelidas,
 Sin mezcla de descanso ni reposo ,
 Hasta que las riberas son heridas
 Del embate feroz y presuroso ;
 Con tal impetu van aquestas gentes
 A combatir los pobres inocentes.

Mil y quialentos eran ya corridos
 Con otros diez y nueve de la era ,
 Al signo capricornio convertidos
 Los carros que rodean el esfera ;
 Cuando los indios iban revestidos
 De Aletó, Tisifone y de Mejera ,
 Y cuando del divino sacrificio
 Los frailes celebraban el oficio.

Entonces la maldad y sinrazones
 Usando sus inicuos privilegios ,
 Por dar fin á sus malas intenciones
 Cercaron los santísimos colegios ,
 Y en las casas de santas oraciones
 Hicieron detestables sacrificios ,
 Con furia tan bestial y tan nociva
 Que en ellas no dejaron cosa viva.

Sueltas llevan las riendas las maldades :
 Aquí y allí vereis descaheizados ,
 Con otras insolentes crueldades
 Hechas en estos bienaventurados :
 Imágenes partidas en mitades ,
 Y los altares muy ensangrentados ;
 Porque cuando llegaron furiosos
 Celebraban algunos religiosos.

Segun infernal furia se lo dijo,
 La crúeldad usó de sus imperios :
 Desmembraron el santo crucifijo
 Con nunca jamás vistos vituperios ;
 Luego la saña y el furor prolijo
 Abrasaron los dichos monesterios ;
 En Santa Fe pasó por esta vía,
 Que es do Chichiriviche se decia.

Los cuales su maldad han sustentado ,
 Y se sustentan tan proterva cepa ,
 Sin habello por esto castigado ,
 A lo menos castigo que yo sepa ;
 Por haberse muy bien fortificado
 En parte que del mar algo discrepa ,
 Y en Cumaná tuvieron los excesos
 Varios y diferentes los sucesos.

Pues cuando la maldad allí se ensaya
 Y el convento barría la candela ,
 Huyéronse dos frailes á la playa
 Donde tenían cierta canouela :
 Con la cual se pusieron en Araya
 Adonde se halló cristiana vela ,
 Y así, poniendo de por medio agua,
 Llegaron á la isla de Cubagua.

Con la nueva que dieron se desecha
Cuanto podia dar contentamiento,
Sospechando que de la maldad hecha
Hojeada pudo ser el fundamento;
Y teniendo por cierta la sospecha
Determinan justicia y regimiento
De que fuesen diez barcos bien armados
Para prender á él y á sus soldados.

Van á Maracapana con gran prisa
Do vieron al autor del disparate
Cebado de la pérdida promesa
Que los indios hicieron del rescate:
La cual bien claro vido ser aviesa
En su trabajosisimo remate;
Y así fué que por no tener aviso,
Nunca pudo salvarse cuando quiso.

Porque viendo venir desta manera
Los barcos conocidos á la vela,
Adivinó su mal, mas no cuál era,
Que los presentes lazos no recela;
Mas yendo todos para la ribera
Para huirse con la carabela,
La gente de los indios circunstante
Con armas se les puso por delante.

El apostema y el furor revienta
De los pechos por maña reprimidos,
Hierva la furia, crece la tormenta,
Confúndense con gritos y alaridos:
La flecha y la macana se ensangrienta,
Muchos de los cristianos hay caídos,
Otros que huyen la sangrienta fragua
A nado se metían por el agua.

Fueron aquestos los mejor librados,
Aunque con deshonor así huían,
Pues eran recogidos y amparados
De los dichos diez barcos que venían:
Los otros todos son despedazados,
Aunque con gran valor se defendían,
Do Hojeada pagó su desconcierto,
Quedando con los otros allí muerto.

Reconocido bien lo que pasaba,
Los barcos con espesos remadores
Volvieron á Cubagua, donde estaba
Por justicia mayor Antonio Flores:
El cual en este tiempo recelaba
Otros inconvinientes no menores,
Por los amenazar crúeles manos
De indios que tenían comarcanos.

Los cuales apretaron su venida
Contra la isla con mayor pujanza,
De yerba pestilente proveida
La punta de la flecha, dando, lanza:
El agua ya les era defendida,
Pérdida de la paz el esperanza,
Y esperar les parece cosa fea
Con ser trescientos hombres de pelea.

En quien temor causó tanta demencia
Que se dejaron en esta isla sola,
Y todos sin vigor de resistencia
Determinaron ir la Española:
Para lo cual con suma diligencia
El levadizo mástel se enarbola,
Dejando las haciendas adquiridas
Con el deseo de escapar las vidas.

Cuál dejaba su casa, cuál su tienda
Llena de sedas, lienzos, paño fino,
Cuál la pieza mayor de su vivienda
Arrumada de pipas de buen vino;
Cuál si poco tomó de su hacienda
Con temor lo dejó por el camino,
Todo lo menosprecia y le baldona
A trueco de salvarse su persona.

Como suelen en fortunoso caso
Aquellos que por mar hacen su via,
Que por asegurar el mortal vaso
Alijan la comprada mercancía;
Así lo hace por el campo raso
Cualquiera destes hombres que huía,
Hasta dejar la ropa y atavío
Con prisa de se ver en el navío.

T. IV.

Con esta cobardía tan sin tiento
Se dispusieron todos al pasaje,
Llegaron con salud y en salvamento
A Haití, do llevaban su viaje:
Fueron nuevas de grande discontento
Después que recitaron su mensaje,
Y maldecían hombres y mujeres
La bajeza de aquellos mercaderes.

Porque luego los indios comarcános
Que Cubagua tenían á los ojos,
Sabiendo ser huidos los cristianos
Vinieron á gozar de los despojos:
De los cuales bincheron bien las manos,
Aumentando con vino los enojos;
Pues cuanto mas el bárbaro hebía
Tanto mayor braveza concebía.

Anda la horrachera y el tabaco,
Hinchense bien las pieles y los senos,
Suenan voces y gritos en el saco,
Y cuantos van y vienen vuelven llenos:
Acudieron también de Cariaco,
Y los de Santa Fé ni mas ni menos;
Cuantos iban al fin destas raleas
Revolvian cargados de preseas.

Abierta pues según es declarada
La puerta de tan dura competencia,
Determinaron de hacer amada
Los señores de la real audiencia:
Para ser con castigo refrendada
La furia de la bárbara demencia,
Trescientos españoles, fuertes pechos,
Se juntaron con armas y pertrechos.

Fué Gonzalo de Ocampo por tiniente
De don Diego Colon el almirante;
Y para gobernar aquesta gente
El audiencia le dió poder bastante:
El suceso llamamos de presente,
Pero dirémosto mas adelante;
Pues aunque caminante presuroso
Quiero tomar un poco de reposo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo llegó GONZALO DE OCAMPO al puerto de Cumaná, la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, y con otras muchas cosas que entonces sucedieron.

Los autores de torpes desatinos
Nunca pueden tener hora segura.
Porque demás de ser aquestos dinos
Del pago que merece su locura,
Esa misma maldad abre caminos
Para mayor dolor y desventura,
Pues nunca subió tanto la malicia
Que sobre ella no vuele la justicia.

Así los indios destas poblaciones,
Cuando con hechos torpes inhumanos
Pensaron allanar sus trepezones,
Entonces los hicieron menos llanos;
Y ellos buscaron nuevas ocasiones
Para los aligir sangrientas manos,
Y de ser tan indómitos y bravos
Nació la perdición de ser esclavos.

La era pues de veinte ya llegada,
Con mas mil y quinientos de su rueda,
Cuando la del sol iba desviada
Del tauro, y á los dos hijos de Leda
Llegaba, de Haití salió el armada
Para vengar los daños de Hojeada.
Y puestos en buen orden y concierto
A Cumaná llegaron y á su puerto.

Acudió luego bárbara palestra
Considerando ser la guerra cierta,
Mas la gente cristiana como diestra
Con disimulación cerró la puerta;
Pues marineros solos hacen muestra
Y los demás debajo de cubierta,
Y porque de las armas se despidan
De paz los llaman y con paz convidan.

10

Preguntaba la pérfida cuadrilla
Si de Haití venían de camino ;
Respondieron que vienen de Castilla
Cargados de rescates y de vino :
Con fardos de ruán y de presilla ,
Hachas , machetes , cuentas , coral fino ;
Que vengan los que quieren al contrato ,
Que de todo harán muy buen barato .

Reportáronse con placer extraño
De ver pocos cristianos inocentes ,
Ignorantes del ya pasado daño ,
De la misma cautela dependientes ;
Pues pensaban usar de aquel engaño
Que con ellos usaron nuestras gentes ,
Y así debajo deste desvarío
Llegaron con canoas al navio .

Cebados del olor desta mentira ,
Entró luego quien mas cerca se halla ,
Diéronles de comer y anda la jira
Del vino de Jerez y de Cazalla :
Revestida de paz está la ira ,
Sinceridad mostraba la canalla ,
Rogando con amor de parentesco
Que vayan á tomar algun refresco .

Mas al tiempo que estaban descuidados ,
Bebiendo cada cual por maravilla ,
Valentísima copia de soldados
Con gran furor salió del escotilla ;
Prenden aquí y allí muchos culpados ,
Y al indio que llamaban Orteguilla ,
A quien frailes hacían gran regalo ,
Y fué para con ellos el mas malo .

Pues seis dias después del estampida
Vivió fray Dionisio , que de gana
Quisiera conservar gente rompida ,
Por conocer en él voluntad sana ;
Mas Orteguilla le quitó la vida
Con un terrible golpe de macana ,
Pagándole con mal el atrevido
El bien que dél había recibido .

Presos los indios pues incontinente ,
Algunos se pusieron en cadenas ,
Y de los principales mas de veinte
Ahorcaron allí de las entenas ,
Por atemorizar la demás gente
De que estaban las playas todas llenas ;
Y echados á la mar los cuerpos muertos ,
A Cubagua se fueron y á sus puertos .

Allí de nuevo ponen sus banderas
Reparando las pérdidas que digo ,
Y luego revolvieron mas de veras
A las ejecuciones del castigo :
Saltan en Cumaná y en sus riberas
Con opuesto rigor del enemigo ,
Porque de indios cantidad inmensa
Engrosaba por horas la defensa .

Mas Gonzalo de Ocampo no desmaya ;
Pues con muertes de indios y pesares
No solamente les ganó la playa ,
Pero también entró hasta Tagares :
La fama y el temor hizo que vaya
Por todos los confines de sus mares ,
Do con solo doscientos españoles
Les allanó las cumbres y peñoles .

Amedrentando todos los vecinos
De los rebeldes pueblos congregados ,
Y por ellos haciendo hechos dinos
De ser en estas partes celebrados :
Pobló las sendas , playas y caminos
Con cantidad de indios empalados ;
Trajo también gran número de vivos ,
A quien luego herraba por captivos .

Pudo también prender en una villa
Un valiente gandul en traje vario ,
Vestido con un hábito y capilla ,
Y dentro de la manga breviarío :
Hermano , dicen , fué del Orteguilla ,
Y no menos á frailes adversario ,
Al cual colgaron en un alto risco ,
Y en hábito murió de San Francisco .

Hecho pues el castigo desta suerte ,
A Cumaná volvió y á sus riberas ,
Adonde , por el agua , hizo fuerte ,
Porque pudiese ya venir cualquiera
A la coger sin miedo de la muerte
Que daba la nacion desta frontera :
Venían libremente puer por agua
Los barcos y navios de Cubagua .

Aquesta fuerza hecha , fundó luego
Un pueblo que llamó nuevo Toledo ,
Adonde se vivió con mas sosiego
De lo que de presente decir puedo ;
Porque vino de paz el rey don Diego ,
No tanto por amor cuanto por miedo ,
Y aun él mismo publica que se espanta
De ver la vecindad y nueva planta .

En aquesta sazón que voy diciendo ,
Hubo por estas partes y regiones
Un clérigo , bendito reverendo
Testigo de muy grandes sinrazones ,
A quien Dios levantó , segun entiendo ,
Por favorecedor destas naciones ;
Bartolomé Casás se decía ,
Padre desta moderna monarquía .

Cuyo nombre merece ser eterno
Y no cubrirse con oscuro velo ,
Pues procuró de dar tan buen gobierno
A los conquistadores deste suelo ,
Que sacó muchas almas del infierno
Á la contemplacion del alto cielo :
Aqueste pareció tal cual lo pinto
Ante la majestad de Carlos quinto .

Y al Cumaná ya dicho le pedía
Sin saber de la muerte franciscana ,
Afirmando por cierto que traeria
Los indios á la religion cristiana ;
Mas no con belicosa compañía
Sino con amistad de gente llana ;
Y así , debajo deste presupuesto ,
Al César prepotente dijo esto :

« Cesárea Majestad , por tiempo luengo
He tenido mi casa y residencia
En las partes de Indias , de do vengo
A decirnos negocios de conciencia :
Si á la humildad del hábito que tengo
Vuestra gran Majestad diere licencia ;
Que bien creo que no me irá á la mano
La cristiandad de rey tan soberano .

» Con las humildes plantas y novelas
Que vienen á católica vivienda ,
Usan los españoles de cautelas
Dignísimas , señor , de gran enmienda :
Abusos , desvergüenzas , corruptelas ;
De que las Indias son pública tienda ;
No son perros que ladran , sino lobos
Que viven de rapiñas y de robos .

» De cuantos allá viven se destierra
El peso , la razon y la medida ;
Y el simple natural de aquella tierra
No tiene libertad ni tiene vida ;
Pues manteniendo paz le hacen guerra ,
Le quitan la mujer y la comida :
Al pacífico , llano y al mas manso ,
A este se le da menos descanso .

» No creen haber rey los naturales
Que refrene molestias semejantes ,
Porque vuestras justicias y oficiales
En las maldades son participantes ;
Y aun ellos mismos son los principales
En los negocios mas exorbitantes :
Y así , si no cortais inconvenientes ,
Presto verán su fin aquellas gentes .

» Segun han sido malos y nocivos
En las islas que son de aquellos mares
Adonde ya no vemos indios vivos
De tan numerosísimos millares ;
Ansí , con tantos daños excesivos ,
Harán en Cumaná y en los Tagares ,
Donde traman y tejen largas trenzas
De latrocinios y de desvergüenzas .

» Desde Caracas hasta Chacopate
No suele la soltura ser angosta,
Adonde so colores de rescate
Asuelan y destruyen la tal costa:
Conviene remediar su disparate,
Y que el remedio vaya por la posta;
Pues tanta mas será la destemplanza
Cuanto fuere mayor esta tardanza.

» Aquellos naturales, según sienta,
No son allí, señor, gente tan dura,
Que no vengan al buen conocimiento,
Viendo buenos ejemplos y blandura;
Y mas si del presente rompimiento
Vuestra gran cristiandad los asegura,
Poniéndoles allí varones llanos
Que vivan del trabajo de sus manos.

» Aquestos han de ser hombres casados,
Ayunos de guerreras competencias,
Y porque sean mas reverenciados
Honrallos heis con franças eminencias;
Y en alguna manera señalados
Por las exteriores apariencias,
Porque temores de otros se resfrien,
Y destos solamente se confien.

» Yo con ellos iré para el efeto
De lo que por palabras aquí muestro,
Y cumpliré también lo que prometo
Cuanto debe fiel vasallo vuestro:
Teniendo tan buen orden y respeto
Como quien destas cosas es maestro;
Y entiendo con alguna suficiencia,
Que sabré descargaros la conciencia.»

A la sustancia del razonamiento
Que el Casas ó Casáus esplicaba,
Su Majestad estuvo muy atento,
Como quien dar remedio deseaba:
Pidió memorial y llamamiento
De hombres de quien él se confiaba,
Y puestas en consulta las razones,
No faltaban contrarias opiniones.

Mas aunque hubo quien contradijese,
La Majestad real le dió favores,
Dineros y navios, do viniese
Cargado de sus llanos labradores:
No poco huecos con el interese,
Por se considerar de cavadores,
Caballeros armados é ya hechos
Con unas cruces rojas en los pechos.

Vereis á Joan Martín y á Pero Mingo
Con una gravedad muy eutonada,
Olivados del brinco y del respingo,
Que daban al tirar del aguijada:
Vereis cómo pasean el domingo
Con plumas en la gorra colorada,
Y al padre reverendo rodeado
Deste su rusticísimo senado.

Al fin á Cumaná hizo su via
Con pertrechos, recados y aderezos,
Do salió con aquesta compañía
Admirada de ver nuevos cabezos:
Saltó Pedro Pascual, Anton García,
Cejudo, Joan Manojó, Hernán Bezos,
Muchos con Mari Lopez, Joana Luengua,
Sancha, Teresa Diaz, Mari Menga.

Dióles el parabién de bien venidos
Aquel Ocampo con sus baquianos,
Burlando de los trajes y vestidos
Y la rusticidad destes villanos;
Teniendo por errores conocidos
Sus modos de poblar torpes y vanos,
Entre indios crúeles y bestiales
Mas brutos que los brutos animales.

Y así les dijo: « mis señores primos,
No penseis acertar estas jornadas
Por via de halagos y de mimos,
Sino con muy gentiles cuchilladas;
Pues en la tierra donde residimos
La buena paz negocian las espadas:
No vereis amistad en esta tierra
Si no se gana con sangrienta guerra.

» Este será mejor salvo-conduto
Y la mas acertada medicina,
Pues esta gente no sabe dar fruto
Sino de la manera que el encina;
Y el señor padre viene mal instruto,
Pues que tan de rendon se determina
En querer ablandar sin golpes robles
Menos blandos aun y menos nobles.

» Mudables todos á cualquiera viento
Que sus bestialidades satisfaga,
Jamás en ellos mora buen intento,
Ni supieron á bien dar buena paga:
Conocimiento ni agradecimiento
Nunca jamás á bien que se les haga;
Es finalmente gente de tal masa,
Que á las maldades nunca pone tasa.

» Así que, señor mio licenciado,
El tiempo destas cosas que yo digo
Os podria hacer desengañado,
Y al mismo tiempo pongo por testigo;
Por tanto no vivais muy confiado,
Pensando del traidor hacer amigo,
Pues cuando juzgueis ser menos atroces
Os tienen de tirar un par de coces.»

El licenciado Casas, viendo esto
Tan en contrario de sus opiniones,
Al Ocampo tenido por molesto
Hizo notificar sus provisiones;
Y para que saliese deste puesto,
Requerimientos y protestaciones:
El Ocampo con su gente de guerra
A Cubagua se fué y dejó la tierra.

Segun el Casas quiso todo hecho,
Al cacique habló con gran caricia,
Diciéndoles venir con limpio pecho
Y sin resabios malos de cudicia:
Para se desvelar en su provecho,
Defender su razon y su justicia,
Y para ser amigos y parientes
Sin ser de sus haciendas pretendientes.

La bruta y atrevida pestilencia
Mostró sinceridad y manso brio,
Y luego, no sin grande diligencia,
Hicieron un grandísimo bulio,
El cual todo hinchó su reverencia
De vino, de rescate y atavio:
Hacienda cuyos números contados
Montaba mas de siete mil ducados.

Luego determinó por su presencia,
Y de sus caballeros no sé cuántos,
De parecer en la real audiencia
Para comunicar negocios santos,
Sin sospecha de guerra ni pendencia,
Ni cosa que le dé malos espantos;
Antes tuvo por cierto que dejaba
Cuanta seguridad se deseaba.

Mas la gente sin fe, bestial y fiera,
De cudicia crúel estimulada,
Determinó de dar en la sincera,
De semejante trance descuidada.
¡ Oh cuánto mas entonces les valiera
El andar barbechando la cañada,
Ir á buscar el buey de cerro en cerro
Y escuchar dónde suena su cencerro!

¡ Cuánto mejores fueran las meriendas
Hechas en el cubil y en las ebañas,
Que las sangrientas guerras y contiendas,
En que se daban todos malas mañas!
¡ Cuánto mejores otras encomiendas
Que pudieran guardalles las entrañas
Y el encomienda de la sobrecarga,
Cuando tercios atados queda larga!

¡ Cuánto mejor también á Marimenga
No mudar el andar con nueva ropa,
Ni dejar de hacer la hebra luenga,
Mordiéndolo con los labios el estopa,
Y hacer que el marido se detenga
Para ver si le sabe bien la sopa,
La sabrosa cecina, los tazajos,
Y en el rescoldo las cabezas de ajos!

¡Cuanto fuera mejor la mansa suerte,
De pocos ó ningunos conocida,
Que la de aquel que dellas se divierte
Con imaginacion desvanecida!
Pues entonces buscó la dura muerte
Cuando se despidió de aquella vida,
Como hicieron estos caballeros,
De quien quiero decir sus paraderos.

Pasados eran ya los quince cientos
Con cinco lustros mas y mas un año,
Cuando rabiosos perros y hambrientos
Destruyen el católico rebaño,
Entrando por pajizos aposentos,
De quien nunca jamás les hizo daño;
Y entró tal multitud de gente brava,
Que treinta partes menos resobraba.

Bien como riguroso ventisquero
De borrasca que viene repentina,
Con la cual el inútil marinero
Lleno de confusion se desatina;
Y para gobernar aquel madero
No sabe cuál es arca ni bolina,
Mas antes sin preparacion alguna
Se deja convencer de la fortuna;

Así también, ó miseros varones,
Rodeados de perros inhumanos,
En aquestas terribles confusiones
No supieron valerse de sus manos:
Todos son gritos y lamentaciones
Y encomendarse á Dios como cristianos;
Mas esto poco tiempo les duraba
Por el poco lugar que se les daba.

Porque como ningunos se defienden
De la gente crúel y fementida,
Los pechos abren, las cabezas hienden
Con una crúelidad jamás oida;
Porque son bestias fieras que pretenden
No dejar criatura con la vida:
Era lo bueno pues que en el estrago
Decían: «Santiago, Santiago.»

Y en este confusísimo ruido
No hay fuerza de crúelidad que no les cuadre:
Matan á quien les ha favorecido,
Y en amistad les era como padre;
A la mujer delante del marido,
Y al muchacho delante de su madre,
Y de doscientos no dejaron cosa
Sino quien puso piés en polvorosa.

Pues pocos, alentados de mas brio,
Viendo la muchedumbre que venia,
Huyeron á la boca de aquel rio
Cubiertos de las matas que tenia,
Y á nado se pasaron á un navio
Que en estas horas agua recogia,
El cual sin acabar de tomar agua
Huyó para la isla de Cubagua.

Donde por la desgracia sucedida
Mostraron todos triste sentimiento,
Y demás desto porque la bebida
No podia ya ser sin detrimento:
Y en efeto les fué bien defendida
Por los indios del torpe vencimiento,
Los cuales concluidas las peleas
Repartieron despojos y preseas.

Luego también aquel indio don Diego,
En aquesta maldad el mas horrendo,
A las cristianas casas puso fuego,
El agua con su gente defendiendo,
Sin ser parte por armas, ni por ruego
Para la coger ya, sino muriendo;
Y así después el agua que bebían
Desde la Margarita la traían.

De jagüeyes hidiendos y salobres,
Que el español seduciendo descubria,
Para sustento suyo y de los pobres
Indios de aquella rica granjeria,
En barriles, ó cántaros de cobre
A la Punta-las-Piedras se traía,
Adonde la metían en hajetes
Allí hinchendo pipas ó toneles.

Pusieron en la isla arrieros,
Los cuales con trabajos insufribles
Llevaban para dar á los barqueros
En puertos de la mar mas convenientes,
Cuyos gastos no fueran sufrideros
Si no fueran tan grandes los posibles;
Pero dejémoslos desta manera:
Volvamos al Casius, que me espera.

El cual, después que supo la rencilla,
La desventura y el rigor insano,
Determinó de se poner capilla
En hábito y honor dominicano:
Fué sobre los negocios á Castilla,
Y en ellos apretó tanto la mano,
Que hizo que hiciesen nuestros reyes
Para las nuevas Indias nuevas leyes.

El fué quien descubrió la gran solapa
De males hechos en aquesta gente,
Defensa fuerte, protector y capa
De los bárbaros indios de occidente:
Siendo después obispo de Chiapa
Acabó su carrera santamente,
Y en Indias el protervo y el sencillo
Tienen justa razon de bendecillo.

Mas vista por entonces la demencia
De los de Cumaná y el desatino,
Los señores de la real audiencia
Buscaron el remedio que convino.
Vino por capitán desta tenencia
Jácome Castellon, noble vecino,
Con trescientos soldados escogidos,
De cosas convenientes proveidos.

Rompió con gran furor los enemigos
Que en su defensa se mostraron bravos,
Hizo regurísísimos castigos
Primero que viniesen á conchavos;
Y antes y después de ser amigos
Sacó crecido número de esclavos,
Y en la hoca del rio con presteza
Hizo de cal y canto fortaleza.

La cual se concluyó muy á provecho
Año de veinte y tres y un mes corrido,
Nombróse por alcaide de lo hecho
Y capitán mayor deste partido;
Los reyes confirmaron su derecho
Y fuéle con salario proveido:
Duró la fuerza hasta el año treinta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Pues en esta sazon faltando guerra
Hubo tan gran temblor y movimiento,
Que derribó de la vecina sierra
Gran parte con mortal asolamiento:
Del bárbaro vecino desta tierra
Cercano del horrendo rompimiento
Bramidos de las ondas fueron tantos
Que causaron mortíferos espantos.

De cuyo miedo muchos perecieron,
Y con temor la vida despedían,
Los que vivos quedaron ya dijeron
La causa deste mal que padecían:
Que fué por las maldades que hacieron
En aquellos que mal no merecían;
También del terremoto y aspereza
Cayó gran parte desta fortaleza.

Escapáronse todos los cristianos,
Los cuales visto lo que les importa,
En la reformacion ponen las manos,
Y el Castellon á ello los exhorta:
El cual allí vivió dias ancianos,
Y después dél Andrés de Villacorta,
De manera que con los dichos muros
Estaban de los indios mas seguros.

No les aprovechaba ser ruines,
Porque con sofrenadas los regian,
Y así por estas playas y confines
Otros muchos cristianos acudían:
Venían de Cubagua bergantines
Y llevaban el agua que querían,
Consortes finalmente desta danza
Gozaban de grandísima pujanza.

Vuelven los potentísimos empleos,
Acuden los contratos y bullicios,
Hay fiestas, regocijos, hay torneos,
Con muchos cortesanos ejercicios:
Hay damas, hay galanes, hay paseos,
Engrandécense mas los edificios;
Es isla tan estéril é inamena
Nunca jamás se vió mesa tan llena.

Cuanto mas el ostial se frecuentaba
Tanto mayor riqueza descubria,
Si prosperidad hoy representaba
Mañana mas grandeza prometia:
La pesqueria se multiplicaba,
La gente y el contrato mas crecia,
Con cuya grosedad y multiplico
Quien mas pobre llegó salió muy rico.

Finalmente que las prosperidades,
Que sin escesos vanos os alabo,
Crecian en tan grandes cantidades
Que niugunos pensaron ver el cabo;
Mas por revolucion de las edades
Llegaron á notorio menoscabo,
Y porque de cansado hago pausa,
Después os contaré cuál fué la causa.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta á cuánta disminución vino la granjería de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas.

De bienes que fortuna concediere
No se fie quien dellos mas alcanza,
Ni piense ser seguro quien tuviere
De próspero suceso confianza:
Solo puede tenella del que diere
Seguridad de bienaventuranza,
Pues los que de ventura viven llenos
A veces de la misma tienen menos.

Acontece caer lo soberano,
Suélese desmembrar lo mas entero,
Pues vieron el furor del otomano
Debajo de los piés del pastor fiero;
Y al gran emperador Valeriano
En semejante trance lastimero,
Y reinos en potencia muy erectos
Servir á los que fueron sus sujetos.

No se pudo librar desta mudanza
El rico morador desta cultura,
Pues vino de su próspera pujanza
A todos los extremos de jactura,
Perdiendo la hacienda y esperanza
De ver otra tan buena coyuntura,
Por no se reguardar aquel dinero
Para faltas del tiempo venidero.

Aunque muchos se dieron buena maña,
Pues por adivinar casos futuros
Compraron grandes rentas en España,
Hereditades, haciendas, censos, juros:
Y así vencieron fortunosa saña
Haciendo sus contratos mas seguros,
Como el jurado Juan de la Barrera
Y el Diego Caballero desta era.

Y los Beltranos dos, Alvaro y Diego,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,
De quien, mediante Dios, trataré luego
Si de vital aliento fuere dino;
Pues si yo al Cabo de la Vela llego
En la prosecucion deste camino,
Haré mencion de nobles moradores
En virtud y riqueza no menores.

Entonces tomaremos entre manos
Con amistad y término debido
Al mariscal Miguel de Castellanos,
Amparo y proteccion de aquel partido;
Pues nuestras riñas y rencuentros vanos
Yo los he sepultado con olvido,
Que los que juventud con furia manda
El curso de los tiempos los ablanda.

Estremos ansimismo de grandeza
Allí sabré deciros algun dia,
Que hubo, descubierta su riqueza,
Por hombres desta misma granjería;
Pero quiero volver á la pobreza
Que primero Cubagua padecia,
Por desaparecer todos los ostiales
E ya no hallar rastros ni señales.

La razon desta falta daban muchos,
Que no sabré decir si la tuvieron,
Diciendo que carbámenes de chuchos,
Pescados como rayas, las comieron:
Otros que los ostiales eran duchos
A se ir y mudar, y así se fueron;
Mas semejantes causas y razones
Contradecian otras opiniones.

Pues en las partes donde son sacadas,
Y aun suelen ser las perlas principales,
Muchas veces las hallan muy pegadas
A peñascos, roqueros y ciriales;
Y son con instrumentos arrancadas
De los buzos indios naturales,
Y por esta razon quien mas alcanza
Afirma que no pudo ser mudanza.

Por la misma razon es desvario
Lo que suele decir alguna gente,
Congelarse las perlas del rocío
Y en cada concha una solamente;
Pues yo que de mi vista me confio
He hallado la cuenta diferente
En una sola concha, cuyos senos
Tenian cinco y seis y mas y menos.

La razon que se dió menos aviesa
Por algunas personas curiosas,
Fué decir que les dieron tanta priesa
Que se acabaron como las mas cosas;
Pues andaba la mano tan espesa
Que no fueran las ostias poderosas,
Para se la henchir de ricos dones
Sin producir de nuevo criaciones.

Y en efeto, por largo movimiento
Y discurso de tiempo que las cria,
Hoy de nuevo las hallan con aumento;
Pero para la dicha granjería,
La Margarita tienen por asiento
Por ser isla mas fértil y santa;
Mas en Cubagua no, ni quieren vella,
Pero yo sí por acabar con ella.

Pues entonces faltó de su ribera
La flota de canoas que solía,
No pone canoero la bandera
Para mostrar cuán próspera venia:
Las intenciones eran de qualquiera
Adaptar su vivir por otra via;
El tráfico, bullicio y el estruendo
A mas andar se iba deshaciendo.

Faltaban ya las fiestas diputadas
Para sus regocijos y placeres,
Las playas no se ven embarzadas
Con tratos de los ricos mercaderes:
No se vian las calles frecuentadas
De hombres, ni muchachos, ni mujeres,
Pocos dias habia finalmente
Que no saliese della mucha gente.

Como cuando por casos señalados
Hacen en las ciudades algun juego,
Que están los miradores ocupados
Con tantos que perturban el sosiego:
Y aquellos regocijos acabados
Los que miraban desaparecen luego,
Volviendo cada cual á su vivienda,
A sus tratos, oficios y hacienda;

A Cubagua con estas variedades
Aconteciale ni mas ni menos,
Pues el tiempo de las prosperidades
Habia plazas, calles, puertos llenos;
Y en el rigor de las adversidades
Huyeron los que se hallaron buenos,
Pues allí no quedó sino desnudo,
O quien por ser ya viejo mas no pudo.

Destos fueron los tratos principales
 Los esclavos que entonces se hacían,
 Y fueron bien crecidos los caudales
 De los que los compraban y vendían:
 Por los esclavos increíbles males
 En aquella sazón se cometían,
 Hasta tanto que ya por nuestros reyes
 Se dieron á las Indias nuevas leyes.

Deshecha pues aquella dura tienda
 Que por la santa ley se les vedaba,
 Otro ningún recurso de vivienda
 En esta dicha isla les quedaba,
 Y aun para mas dolor ó mas enmienda
 De quien aquel furor ejercitaba,
 Del todo se acabó con los extremos
 Que por postre de mesa contaremos.

Sería por el año de cuarenta
 Y tres con el millar y los quinientos,
 Cuando cierta señal nos representa
 Bravos y furiosos movimientos:
 Siguióse después desto tal tormenta
 Que hizo despertar los soñolientos,
 De todos vientos rígorosa guerra,
 Y el mar mucho mas alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,
 Y con tan grandes ímpetus venía,
 Que el mas entero brío se quebranta,
 Y el ánimo mas fuerte mas temía:
 Ruido temeroso se levanta
 Que de la mar y tierra procedía,
 Sobrevino la noche muy oscura,
 Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente
 Que tuviese seguro de su vida,
 Porque la calle va como creciente
 De rios con furor de la venida;
 En las casas no puede parar gente
 Por los amenazar con su caída,
 Y lo que mas seguro parecía
 Peligro, mal y muerte prometía.

Bien así como cuando por acechos
 Siguen del delincuente las pisadas,
 Que con bastantes armas y pertrechos
 Le tienen las salidas ocupadas;
 Y aquí le ponen lanzas á los pechos,
 Y allí ni mas ni menos las espadas,
 El cual siendo de tantos rodeado
 No sabe qué hacerse de turbado;

Saliónos así desta manera
 Aquí y allí peligros al encuentro,
 Pues era grande riesgo salir fuera,
 Peligro de la vida quedar dentro:
 Tiembla la isla toda donde quiera
 Por aire conmovida desde el centro,
 Aquel que poseía mejor suerte
 Estaba ya gustando de la muerte.

Solo de Dios se tiene confianza,
 Que de la tierra ya nadie se fia,
 Pues cuanto mayor era la tardanza,
 Tanto mas el rigor invalecía:
 Las moradas hacían gran mudanza
 Y dellas cada cual se retraía,
 Huir de las paredes y del muro
 Parecía remedio mas seguro.

Yo solía posar en una casa
 Que bien cercana fué de la marina,
 Do vivía Pero Ruiz Barrasa
 Y su mujer Beatriz de Medina:
 Tenía por delante plaza rasa,
 E viendo yo benderse cierta esquina,
 A grandes voces dije: « fuera, fuera,
 Que ya caen las rejas y madera. »

A questo dicho, mi camino sigo
 Por la parte mas desembarazada,
 Acuden á la puerta donde digo,
 Y por su bien halláronla cerrada,
 Abierto solamente su postigo
 Do con la turbación hacen parada,
 Que si junta saliera tanta gente
 La pared los matara ciertamente.

Y es por acontecer en tal instante
 Caerse la pared mas delantera,
 Antes de poder ir mas adelante
 Por impedir la puerta su carrera:
 Fué pues el soberano tan bastante
 Que nunca hizo falta su madera,
 Y allí quedaron todos amparados
 Puesto que temerosos y asombrados.

Yo poco antes de caer había
 Salido con deseo de escaparme,
 Y en medio de la plaza no sabía
 Cómo mejor poder acomodarme;
 Porque de todas partes no tenía
 Falta de agua para bien mojarne;
 Pero luego con otras gentes buenas
 Tuvimos compañeros en las penas.

Oíamos murmurios y bullicios,
 No con falaces cantos de serenias;
 Aquí y allí caían edificios,
 Las altas azoteas, las almenas,
 La casa de los santos sacrificios,
 Moradas que yo vi ricas y buenas:
 Aquí sonaban voces y allí gritos,
 Aquellos con temor, estos aditos.

Lo mejor y lo mas fortalecido
 Con la gran tempestad viene cayendo,
 La trabazón del techo mas asido
 Con fuerza del temblor se va rompiendo:
 Causaba gran temor aquel ruido,
 Asombraba la furia del estruendo
 De aquellas derrumbadas canterías
 Y quiebras de las vigas y alfajías.

Bien como ceiba grande y estendida,
 Cuyas ramas ocupan grandes llanos,
 En el opaco valle cometida
 A hachas cortadoras de villanos,
 Que cuando cae da tal estampida
 Que espanta los vecinos comarcanos,
 Ó como en helicosas ordenanzas
 Cuando se rompen juntas muchas lanzas;

O ya también digamos, como cuando
 El cielo se mostró de nubes lleno,
 Y el fuego celestial viene rasgando
 La nube por el mas espeso seno;
 Y aquella furia con que va pasando
 Es la causa de dar horrible trueno,
 Poniendo gran temor á los mortales
 Sin uso de razón y racionales;

Tal y tan grande estruendo se hacía
 Cuando con tantas lluvias y temblores
 La mas gruesa pared de cantería
 Caía con los altos corredores;
 Cuyo grave ruido nos ponía
 Grandísimos espantos y temores:
 Viérades las doncellas desmayadas,
 Dueñas amortecidas de asombradas.

Aquí sonaba doloroso llanto
 Del niño de su madre divertido,
 Allí las madres hacen otro tanto
 Lamentando su hijo por perdido;
 Otras por acullá con gran espanto
 Colgadas de los hombros del marido,
 Hacen mayores ser los terremotos
 Confusísimas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimentos,
 Mas no con una misma destemplanza;
 Al fin cesó la fuerza de los vientos
 Y llegaron las horas de bonanza:
 Ningunos muertos, pero descontentos
 Determinados á hacer mudanza
 Por no tener recurso de vivienda,
 Eso me da soltero que con prenda.

Otros de nuevas leyes ignorantes
 Permanecían en sus desvarios,
 Y algunos hombres viejos contratantes,
 Que tenían sus barcos y navios
 Que iban y venían como antes
 A contratar por otros señoríos
 Angosta vida, seca, miserable,
 Y tal que no podía ser durable.

Mas los que no tenían el resuello
Que de necesidad al hombre quita,
Para poder hallar donde tenello
Vergüenza generosa nos incita:
Y así barcos de Niebla y Juan Cabello
Nos traspasaron á la Margarita
En tanto que llegaban ocasiones
Para ir á buscar nuevas regiones.

Y al tiempo de salir desta frontera,
No sin dolor de damas y varones,
Acuérdomme que Jorje de Herrera
Compuso ciertos versos y canciones,
Y en un alto pilar en la ribera
También mandó poner ciertos renglones,
Que si memoria tengo de aquel día
Entre ellos hubo letra que decía:

*Hic populus viguit donis dilisimus olim:
Vix tamen erectus concidit ipse miser.
Si varios mundi gliscis perpendere casus,
Procluris oculis hic satis unus erit.*

Aquí fué pueblo plantado,
Cuyo próspero partido
Voló por lo mas subido;
Mas apenas levantado
Cruzado del todo caído.

Quien examinar procura
Varios casos de ventura
Puestos en humana casta,
Aquesto solo le basta
Si tiene seso y cordura.

ELEGIA XIV.

*Stigio de la isla Margarita, donde se da relacion de la
rivienda de la gente que allí reside y de los infortunios
que ha padecido, con otras muchas particularidades
dignas de memoria.*

CANTO PRIMERO.

Pues que dejamos ya menos afita
La gente del pesado terremoto,
Tratemos de la isla Margarita,
En cuya descripcion tengo yo voto;
Mas no podrá su causa ser escrita
Sin furia de tiranos y alboroto,
Porque también allí le cupo parte
De desteal bandera y estandarte.

Pues en pasados tiempos, y aun hoy día
Franceses les impiden el reposo,
Y en ella reventó la tiranía
Del Aguirre, cruel facineroso,
Después de muerto por traidora vía
Pedro de Orsúa, capitán famoso,
De cuyos trances mi cansada pluma
Querria dar alguna breve suma.

Provea de favor el alto cielo,
Enriquezca mi vena y el estilo,
Porque proceda yo mejor que suelo
En la prolíja trama deste hilo;
Que verisimamente yo recelo
Los juicios acerbos del Zoilo,
Pero si lo quebrase ya sería
Pusilanimidad y cobardía.

Para lo cual me ponen buen talante
Muchos amigos míos y señores,
Aconsejándome que no me espante
De los amarulentos detractores,
Y así quiero pasar mas adelante
Sin detener mis flacos atenores,
En esta dicha isla mayormente
Do fui mucho tiempo residente.

Y donde por ser larga la jornada
Y llena de cien mil inconvinientes,
Haremos de hacer un ensalada
Compuesta de mil cosas diferentes;
Pero ninguna dellas despegada,
Antes á los negocios concernientes;
Mas suelen ir como se van contando
Unas cosas de otras enhilando.

Y lo mismo hará lo que yo cuento
En historia tan larga como esta,
Donde mi peregrino pensamiento
Halla larga materia mal digesta:
Diré yo pues primero del asiento
Desta postrera isla que me resta,
Señaláremosle sus aledaños,
Y después sus provechos y sus daños.

En grados es la misma conveniencia
De Cubagua que tiene al mediodía,
Cuarenta leguas la circunferencia
Y poco mas de seis la travesía:
Tiene de sanidad gran excelencia,
Pues ningunos humores malos cria,
Hay aguas represadas y corrientes
A lo menos en valles eminentes.

El del Charaguaray da grande parte
A la parte del sur do va su proa,
Y á los vapores frigidios del norte
El de Paraguachi y Arimacoa:
El valle de San Joan, dulce consorte,
Por ambas partes goza de gran loa,
Con árboles amenos y frescaura
Y de zavanos muy mayor anchura.

Mujeres naturales y varones
Es en universal gente crecida,
De recias y fornidas proporciones,
A nuestros españoles comedida:
Son todos de muy sanas complexiones
Y todos ellos viven larga vida,
Son poco curiosos labradores,
Por ser cazas y pescas sus primores.

Descubrióla Colon, y este le puso
Aqueste nombre con que permanece,
Y allí Cubagua luego con el uso
De labor, la cultiva y enriquece:
El mas espeso bosque se dispuso
Para sembrar maices, y acoitece
Después de cultivadas estas vegas
Acudir por almud hartas banegas.

Hiciéronse muy buenas heredades
En los lugares mas acomodados,
Y tomáronse muchas propiedades
De sitios para hatos de ganados:
Trujéronse de España variedades
De plantas con higueras y granados,
Demás de muchos frutos naturales
Que ella de suyo tiene principales.

Hay muchos higos, uvas y melones,
Dignisimos de ver mesas de reyes,
Pitahayas, guanábanas, anones,
Guayabas y guarraes y mameyes,
Hay chica, cotuprises y mamones,
Piñas, curibijures, caracueyes,
Con otros muchos mas que se desechan
E indios naturales aprovechaban.

De aves, de conejos, de venados
Bastantísimamente proveída,
Dan abundantemente sus pescados
Gustosa y salubérrima comida:
Es la carne de todos sus ganados
En sustancia y sabor muy escogida,
Demás desto la mar en su distancia
Cria de claras perlas abundancia.

Aunque los bosques tienen aspereza
Y espinas y escambrones á sus trechos,
Produce por allí naturaleza
Otras muchas maneras de provechos:
Caballos hay de suma lijereza,
No grandes, mas trabados y bien hechos,
Y en todos los trabajos duran tanto
Que podría decir cosas de espanto.

El poblador primero destes era
El noble varon Pedro de Alegria,
Fué también Pedro Gallo desta era,
Y el que Pedro Moreno se decía;
Y después desto Pedro Herrera,
Mas principal en ser y en valentía,
Pues por su gran valor en paz y guerra
Siempre rigió y mandó toda la tierra.

También Riberos el de Salamanca,
 Los dos Rojas, el tío y el sobrino,
 Diego Gomez, y Juan de Villafranca,
 Diego Diaz Pinedo su vecino,
 Con el hermano ya de barba blanca,
 Pero Alvarez Millán, Andrés Audino,
 Domingo Alonso, Juan Guillén Villena,
 Con otra mucha gente toda buena.

Pues había de punto bien activo
 Otros valerosísimos soldados,
 Cuyo número es tan excesivo,
 Que no pueden ser todos memorados:
 Demas de que si yo no los escribo,
 Es porque aquí no estaban arraigados,
 Pero cansados de la guerra dura
 Tomaban esta isla por holgura.

Y es así, que los hombres conocidos,
 Que por la tierra firme conquistaban,
 De sustentar las armas afligidos
 Aquí por gran regalo se pasaban:
 Y de trabajos grandes recibidos
 Por algunos espacios descansaban,
 Adonde los enfermos y los sanos
 Dormían sin las armas en las manos.

Faltaban los barruntos y sospechas
 De las adversidades de fortuna,
 No se temían asechanzas hechas,
 Hambre ni sed á todos importuna:
 Menos temían tiros de las flechas
 Al tiempo que se pone ya la luna,
 Sino que todos reposaban faltos
 De pesadumbres y de sobresaltos.

Cualquiera de nosotros allí osa
 Acostarse quitadas las espuelas,
 Y sin temor de yerba ponzoñosa
 Arrinconar escudos y rodela:
 No recelábamos fiero rabiosa
 Que lleva los dormidos y las velas,
 Mas cada cual dormía descuidado
 De peligro y de riesgo tan pesado.

Allí satisfacían abundancias,
 La hambre del entrada do venían,
 Y aun otros consumían las ganancias
 Con juegos y con damas que servían:
 Frecuentábanse bien estas estancias
 Donde hermosas damas residían,
 No queriendo vivir estas edades
 En pueblos, sino por sus heredades.

No hallaban lugar cosas molestas,
 Ni do pesares hagan sus empleos,
 Todos son regocijos, bailes, fiestas,
 Costosos y riquísimos arreos:
 Cuantas cosas desean están prestas
 Para satisfacer sus deseos,
 Los amenos lugares frecuentando
 E unos á los otros festejando.

Pasaban pues la vida dulcemente
 Todos estos soldados y vecinos,
 Donde la fresca sombra y dulce fuente
 Al corriente licor abre caminos:
 En el Val de San Joan principalmente
 Eran los regocijos mas continos,
 Y á sombra de la ceiba deleitosa
 Admirable de grande y de hermosa.

Con cierta cantidad no señalamos,
 Por increíble cosa, tronco y cepa,
 Pues toma tal espacio con sus ramos
 Que dudo que mayor otro se sepa:
 Tau bella, tan compuesta la pintamos,
 Que hoja de otra hoja no discrepa;
 Allí con el frescor del manso viento
 Daba cien mil contentos un contento.

En torno de la cual los verdes prados
 De naturales y traspuestas flores
 Estaban todos tiempos estampados
 De pinturas diversas en colores;
 Y á vista grande copia de ganados
 Que rodeaban rústicos pastores,
 Y debajo de ramas tan amenas
 Asientos puestos y las mesas llenas.

Donde la flava Ceres los contenta
 Con liberalidad de franca mano,
 Allí no falta indica placenta,
 Ni lo que llaman pan artolagano,
 Con otro grano de diversa cuenta,
 Sustento del antiguo baquitano,
 Allí las carnes vencen en sabores
 A las mas excelentes y mejores.

No la Calabria ni armentaria Tracia
 Mejor carnero ni tan buena vaca,
 Cabritos muy mejores que en Ambracia;
 Y por Atagen y ave fasiaca
 Otra de mas sabor y mejor gracia
 Que por allí se llama guacharaca,
 Domésticas y bravas muchas aves,
 Ningunas mas gustosas ni suaves.

El indico pavon allí se halla,
 Capones sobre todos excelentes,
 Con otra grande copia que se calla
 De cazas en sabor no diferentes,
 Otro mistillo, y otro taratalla,
 Que guisaban con varios adherentes
 Con tal primor y tanta pulcía
 Cuanto cabal concierto requeria.

Sirven mestizas mozas diligentes,
 Instruidas de mano castellana,
 Lascivos ojos, levantadas frentes,
 De condición benévola y humana:
 Otro número grande de sirvientes,
 Captivos de la tierra comarcana;
 Ricas toballas, lucida bajilla,
 Y todo lo demás á maravilla.

Allí se cuelgan las pendientes camas
 Adonde tiemplan aires los calores,
 Entre las espesuras de las ramas
 Hay cantos de suaves ruiseñores;
 Con cuyo son las damas y galanes
 Encienden mas sus pechos en amores;
 Allí mirar, allí la dulce seña
 Que el ardiente deseo les enseña.

Allí también dulcísimo contento
 De voces concertadas en su punto,
 Cuyos conceptos lleva manso viento
 A los prontos oídos por trasunto:
 Corre mano veloz el instrumento
 Con un ingenioso contrapunto,
 Enterneciéndose los corazones
 Con nuevos villancicos y canciones.

Porque también Polimnia y Erato,
 Con la conversacion del duro Marte
 De número souoro y verso grato,
 Tenían deste tiempo buena parte:
 Rara facilidad, suave trato,
 Y en la composicion ingenio y arte,
 De los cuales discipulos y alumnos
 Podríamos aquí decir algunos.

Y aun tú, que sus herencias hoy posees
 No menos preciarás saber quién era
 Bartolomé Fernandez de Virués,
 Y el bien quiso Jorge de Herrera:
 Hombres de mas valor de lo que crees,
 Y con otros también de aquella era,
 Fernán Mateos, Diego de Miranda,
 Que las musas tenían de su banda.

Allí también señoras principales,
 En vida marital y mas segura,
 Asidas con los nudos conjugales,
 Frecuentaban también esta holgura,
 En aviso y belleza tan cabales
 Que nadie tuvo mas de hermosura;
 Pues con lo menos de su gracia dellas
 Se pudieran algunas decir bellas.

Catalina de Rojas, que señora
 Fué deste dicho valle y pertenencia,
 Y de sus lijos debe ser agora
 Como de sucesores por herencia,
 Tal fué que la mas bella se desdora
 Ante su graciosísima presencia,
 Pues en donaire, gracia y en talante,
 Allí no vimos cosa semejante.

La otra, de su nombre dicha Ana,
Ana de Rojas, digo, cuya cara
Podia convencer la de Diana,
En gracia, resplandor y lumbré clara:
Mas ¡ay dolor! que contra la tirana
Furia su pulcritud no la repara;
Pues quien domaba tigres y leones,
No domó los humanos corazones.

Y Francisca Gutierrez, que de Haro
Estirpe clara tiene y generosa,
Necesidad no tuvo de reparo
Para ser con extremo muy hermosa,
Suprema discrecion, aviso raro,
Conversacion süave y amorosa,
Cuyas gracias, facecias, cuyas sales
No hallan semejantes ni aun iguales.

E Isabel de Reina, que no en calma
Se queda, pues podia serlo dellas,
En el cuerpo hermosa y en el alma,
Santas costumbres, proporciones bellas,
Claro triunfo, victoriosa palma
De las graciosas dueñas y doncellas,
A la cual Dios en juventud florida
Sacó de los peligros desta vida.

Y Maria de Lerma, cuya gracia
Esmero parecia de natura,
Si no fuera cubierto de falacia
El rostro de la humana hermosura;
Pues ya sin esta fuerza y eficacia
Lo come la terrena sepultura,
Por ser al fin aqueste el paradero
De lo cabal y de lo mas entero.

¿Qué podremos decirnos de su hermana,
Joana de Ribas, que es también difunta,
Sino que allí pintó natura humana
Cuanto bueno se pinta y se trasunta?
Virtud, bondad, honor, intencion sana,
Honestidad con hermosura junta,
Cabal en todos dones de natura,
Y no menos cabal en la ventura.

Otras señoras es cosa notoria
Haber allí de punto muy altivo,
Que por no retenellas mi memoria
Tan en particular no las escribo;
Pero por el discurso de la historia
Podria ser hacello, si yo vivo,
Pues he de ir por partes diferentes
Donde se dividieron estas gentes.

Porque como las perlas se acabaron
En aquella sazón ya repetida,
Y luego los esclavos se quitaron
A causa de la ley establecida;
Todos aquellos faustos se trocaron
En una mas que misera caída:
De suerte que forzados á la enmienda
Buscaba cada cual nueva vivienda.

Este y aquel hacian mudamiento,
Eso me da casado que soltero,
Buscando por las Indias un asiento
Que les pudiese ser mas duradero,
No sin un lacrimoso sentimiento
Del amigo, pariente y compañero,
Por ponelles vejez miedo y espanto
A que no hagan ellos otro tanto.

Pasaban al Perú y Nueva-España
Los de mas levantadas esperanzas,
Otros venciendo fortunosa saña
De nuevas tierras hacen confianzas;
Otros también se daban buena maña
En tratos ó guerreras ordenanzas:
Al fin la compañía fué deshecha
Como el grano faltó de la cosecha.

Bien como cuando veis á gran mercado
Ocurrir de gentio peregrino
Tal número que tienen ocupado
La plaza, la calzada y el camino,
Y aquel contrato hecho y acabado,
Se vuelve cada cual por donde vino
Dejando vacos los lugares llenos,
Y los que en ellos quedan son los menos;

Destá manera fuimos divididos
Por diversas provincias destos mares,
Quedándose los viejos y tullidos
Por aquellas estancias y lugares.
Los pasados placeres convertidos
En angustias, tristezas y pesares,
Y demás de los ya dichos rigores
Les vinieron después otros mayores.

Pues cuaplos han allí perseverado
A trabajosos trances obedientes,
En algunos asaltos han purgado
Aquellos juveniles accidentes;
Y el soberbio francés tiene cuidado
De saltar á tiempos estas gentes,
Inquietándolos en sus viviendas,
Y despojándolos de sus haciendas.

El primero de quien hago memoria,
Por ser primer pirata que allí vino,
Es del cruel francés Jaques de Soria,
Movido de un espíritu malino:
Acortáremos en el historia
Por no hacer prolijo mi camino;
Pero para fundar nuestra carrera
Comenzáremosla desta manera.

Seria por el año de cincuenta
Y cinco, mas ó menos algun dia,
Quando con esta gente que se cuenta
Un cierto Diego Perez residia:
Hombre de condicion sanguinolenta,
Pronto para cualquier bellaqueria,
Süave labia, muy gentil presencia,
Y entrañas de dolosa pestilencia.

En pecado mortal fué concebido
De sacerdote natural de Ultrera:
Facineroso, falso, fementido,
Y matador de su mujer primera;
En cualesquier maldades atrevido,
Y tanto que ninguno mas lo era,
El cual por casos de rigor horrendo
A estas Indias se pasó buyendo.

Estando pues en público pecado
En esta isla de cristiana gente,
Fué por un Diego Gomez deserrado,
En aquella sazón allí teniente;
Mas con deseo de se ver vengado
Este facineroso delincuente,
A Francia pasó desde la Tercera
Para traer allí gente guerrera.

En el Havra de Francia tomó puerto,
Do halló cinco naves aprestadas
Con el ya dicho capitán esperto,
Dispuesto para ver Indias doradas:
Hizo con el pirata su concierto,
Como suelen personas desalmadas,
Con promesa de lo volver á Francia
Con quinientos mil pesos de ganancia.

Salió con él la gente muy contenta
Viendo del español tan buenos brios,
Y la grandeza que les representa
De riquezas, de joyas y alavios;
Pero luego les dió tan gran tormenta,
Que perdieron allí cuatro navios,
Y todo esto nunca fué bastante
Para dejar de ir mas adelante.

De la manera pues que se recita,
Con la principal nao capitana
Llegaron á la isla Margarita
Por parte de la mar meridiana:
Desde cierta piragua les dan grita
Dijesen si es la nao castellana,
Respondia la pérdida cuadrilla:
Diego Perez, que viene de Castilla.

A todos los vecinos encomienda
Como quien á los tales conocia,
Diciéndoles traer buena hacienda
Vinos, frutas y gran mercaderia;
Y que saldria para poner tienda
En viniendo la luz del otro dia,
Pues ya rayos de febo prefulgentes
Iban á visitar las otras gentes.

Gran yerro fué creer lijeramente
Tan mala criatura como esta,
Y el mensajero fué tan insipiente
Que creyó la mentira bien compuesta;
Creyéndola también la demás gente
Que estaban esperando la respuesta;
Y así sin recelar hélico fuego
Se fueron á dormir con gran sosiego.

El estatera del ecuante sino
En el tiempo de menos vigilancia
Tenia por el lúcido camino.
Noturnas horas en igual distancia,
Cuando cercó la casa del vecino
Escuadron superbisimo de Francia,
Saliendo todos bien apercebidos
Sin ser oídos, vistos ni sentidos.

Cuando con dulce sueño se quieta
La vista del humano fatigada,
Entonces el francés tocó trompeta
Para que á una den el alborada:
Luego la gente dura los aprieta
Por una y otra parte derramada,
El valiente galán, la flaca dama
Sobresaltados sakan de la cama.

El que deste furor huir pretende
Ocupadas hallaba las salidas,
A cualquiera varon que se defiende
Le daban crudelísimas heridas;
Porque de sujecion sola depende
El único remedio de sus vidas,
Y así muchos varones fueron lesos
Por no se sujetar á verse presos.

Vereis aquí y allí lucir espadas
De parte vencedores y vencidos,
Vereis salir señoras destocadas,
Y muchas sin reparo de vestidos;
Vereis otras mujeres abrazadas
Con padres ó con hijos ó maridos,
Este descalzo va y aquel desnudo,
Este pudo huir y aquel no pudo.

Bien así como cuando bestia fiera
Salta por las paredes al rebaño
Que todo se remonta, y aunque quiera
Huir por escaparse del engaño,
La cerca les estorba salir fuera,
Y lo que era defensa les es daño,
Pues para dar seguros á su vida
No da seguridades su guarida;

Así desta razon entender pudes
Los males de la gente que despierta;
Pues les eran estorbo las paredes
Para poder huir de la reyerta,
Y no menos allí hallaban redes
Aquellos que salian por la puerta;
Por tenellas en ellas puestas guardas
De picas, arcabuces y alabardas.

Usa la bestial furia sus furoros
Con orden de sangrientos pareceres,
Los aires se rompian con clamores
De los muchachos tiernos y mujeres;
Mas ya de los del pueblo son señores
Los falsos y falaces mercaderes,
Que matan los que sus bienes defienden,
Y cobran paga de lo que no venden.

Fué también el autor de las traiciones
De muchos enemigos homicida,
A fin de se vengar de las pasiones
Cuando se desterró de su querida;
Pudiendo con justísimas razones
Entonces desterrallo de la vida;
Mas agora conocen ser demencia
Usar con hombre malo de clemencia.

Después de todos presos y rendidos
Y cesada la furia del combate,
Con otros feos actos cometidos
Anejos al enorme disparate;
Tratóse con los míseros vencidos
Que diesen por el pueblo buen rescate,
Con amenazas de hacer entrego
En no lo rescatar al vivo fuego.

Oida la razon y el aspezeza
Del capitán y vencedor terrible,
Aumentanse los lloros y tristeza
Con voz á los oídos insufrible,
Porque por ser inmensa su pobreza
Podello rescatar es imposible,
Y así dicen personas afligidas
Que no tienen que dar sino las vidas.

De las cuales le ruegan los despene
Por ser la muerte menos odiosa,
Y que lo poco ó mucho ya lo tiene
Sin poder escapar ninguna cosa;
Demás de saber bien quitero con él viene
Aquella tierra ser menesterosa,
Ganado solo tiene su partido
Y que desto será bien proveído.

Al fin Jaques de Soria les concede
Libertad, con que den matalotaje;
Da cada uno dellos lo que puede
Demás de las preseas del pillaje:
Dejaronlos cual nunca nadie quede,
Y ellos continuaron su viaje;
Dieron las velas muy apresurados
Por tomar otros pueblos descuidados.

Dan entre Burbarata y Venezuela,
La costa de la mar llevan barrida,
Rio la Hacha y Cabo de la Vela
Pudiera ser entonces destruida;
Mas Viana, piloto, los desueta
No tomando la tierra conocida;
Por prendas suyas hizo tal desvío,
Y en Santa Marta dió con el navío.

Entran de noche, falta la reseña
Hablando Diego Perez por su parte,
Y el capitán Francisco de Ludueña
Reconoció ser gente de mal arte:
Vuelve las riendas, y al varon y dueña
Avisa ser francés el estandarte,
Con aquello que pueden van á oscuras
Metiéndose por grandes espesuras.

Entra luego la gálica ralea
Por aquellos barridos aposentos,
El pueblo con gran furia se saquea
Con algunos beridos y sangrientos;
Mas no con el caudal que se desea
Segun sus codiciosos pensamientos;
Van á la iglesia, rompen el sagrario,
Y sacan la custodia y relicario.

Por no tener lugar nuestros cristianos
Con aquel repentino desaliento,
De retraer de tan enormes manos
La hostia que de Dios es aposento;
Pero juraron estos luteranos
Que no hallaron santo sacramento;
Y el dicho Diego Perez lo decia
Que la custodia se halló vacía.

Jurábalo debajo de buen celo
Aqueste miserable deliuciente;
Fué para los fieles gran consuelo
Después que ya supieron claramente
Que el supremo Señor de tierra y cielo
Se retiró de tan enorme gente;
Mas con santos dibujos y retratos
Usaron de muy grandes desacatos.

Hicieron otros muchos desatinos,
A cualquiera maldad sueltas las riendas,
Hubo quien frecuentase los caminos
A redimir molestias y haciendas;
Rescataron el pueblo los vecinos
Porque no les quemasen sus viviendas;
Y esto concluso por la gente suelta,
Al Rio de la Hacha dan la vuelta.

Por les encarecer el Diego Perez
Para su mal á la maldad francesa,
Haber allí muy ricos mercaderes,
Riquísimo caudal y llena mesa:
Moviéronse por estos pareceres
Teniendo por certísima la presa;
Mas antes que la gente de allí parta
Aviso dió por tierra Santa Marta.

El francés tuvo tiempo cual lo quiso,
Y el mensajero, puesto que fué cierto,
Apenas allegó con el aviso,
Aunque era caminante muy esperto,
Cuando vieron la nao de improviso
Y los patajes ya cerca del puerto;
De manera que vido nuestra gente
El cosario y aviso juntamente.

Anda luego la grita y alboroto
Para poner en cobro la moneda,
Levantán piés lijero terremoto
Y gran escuridad de polvareda;
El mas valiente vemos mas remoto,
Por cobarde se tiene quien se queda,
Escapando la próspera ganancia
De que entonces tenían abundancia.

Todas las gentes andan presurosas,
Cargados van los grandes y los chicos;
Aunque como personas caudalosas
De oro, perlas y otros multiplicos:
En sus casas dejaban muchas cosas
Con que pudieran otros ser muy ricos,
Por no dalles lugar el tiempo breve
Para que su caudal todo se lleve.

El que no puede mas antes que vaya
A ver la selva, no por ser amena,
Dejaba muchas cosas por la playa,
Sepultadas debajo del arena;
Mas como vientos recios allí haya
Con la soberbia que Aquilon ordena,
Entonces se mostró tan inquieto
Que descubrió por partes el secreto.

Luego como faltó gente guerrera,
Al fin como ladrones diligentes,
Los ocultos secretos de la tierra
Hicieron manifiestos y patentes:
Aquí y allí y alla se desentierra
Todo cuanto dejaron nuestras gentes;
Lo cual no fué tan poco que no fuese
De principal valor el interesse.

Estando pues el pueblo poseído
Y el fuego para él no menos cierto,
El Diego Perez fué tan atrevido
Que fué para tratar de su concierto:
Fuéles buen interesse prometido
A trueco de que salgan deste puerto,
Y vino por faraute de las paces
El canónigo Diego de Loaces.

Como ninguna cosa concluyese,
Volviendo temeroso del cosario,
No se hallaba quien tratar quisiese
Negocio tan forzoso y necesario
Para que el pueblo no se destruyese;
Mas Francisco Velazquez, secretario
Hoy en el nuevo reino de Granada,
A su cargo tomó la tal jornada.

Holgóse la francesa pestilencia
De ver un hombre de tan buen aviso,
Mozo gallardo, de gentil presencia,
Y en aquella sazón otro Narciso:
Trató del precio con cabal prudencia,
Y negoció con ellos cuanto quiso;
A trueco de ponelles en las manos
Cuatro mil y quinientos castellanos.

Haciasele grande cortesía,
Y todos ellos antes que se parta
Rogaron que se vean otro día
Y procure traer moneda harta,
Pues cierto le darán lo que pedía
De la iglesia y ciudad de Santa Marta:
Despidióse pues dellos con aquesto,
Y prometióles de volver muy presto.

Diego Perez en esta coyuntura
Huyó de los franceses compañeros
Metiéndose por montes y espesura
Con razonable copia de dineros:
Que lo llamaba ya su desventura
Para pagar sus grandes desafueros;
Jaques de Soria por aqueste hecho
Pelábase las barbas con despecho.

Velazquez destas cosas ignorante
En cumplimiento de lo prometido,
Vino después dos días adelante
De plata y oro bien apercebido;
Al menos lo que via ser bastante
Para rescate de lo que traído
De Santa Marta habían los sangrientos
De santos y benditos ornamentos.

A la nao lo lleva gente presta
Que el soberbio francés allí tenía,
El cual no lo recibe con la fiesta
Ni con aquel aplauso que solía;
Antes con amenazas lo molesta
Y al dicho Diego Perez le pedía,
O le pagase cuanto le llevaba
Sin admitir disculpa que le daba.

En efeto le hizo que escribiese
Al pueblo do se hizo mensajero,
Con ruego de que no se permitiese
Que lo llevasen por su prisionero;
Si no que luego se les proveyese
Del hombre y dos mil pesos en dinero;
Mas porque no viniese la tal paga
Junto á la firma puso: no se haga.

Fué animosidad, mas de manera
Que no dejó de ser muy atrevida,
Porque si la cautela se supiera
No le costara menos que la vida:
Visto pues no venir lo que se espera
Deste puerto hicieron despedida,
Y el cosario francés llevó consigo
Al Francisco Velazquez como digo.

El cual lleno de grandes confusiones,
Cuasi por términos desesperados
Al capitán habló tales razones
Que todos se quedaron admirados,
Y respondieron con sus intenciones
Ciertos franceses muy españoles,
Diciéndole ser grande desafuero
No dalle libertad al mensajero.

El capitán como se convenciese
Con esto que su gente le decia,
En un batel le dijo que se fuese
Que fuera de la nao se traia;
Y primero que della se saliese
Le quitaron el oro que tenia;
Entró pues en el barco casi muerto
Veinte leguas ó mas fuera del puerto.

Sin agua, sin recurso de alimentos,
Ni cosa que pudiese sustentallo,
No remos ni marinos instrumentos
Para poder mejor encaminallo,
Sino donde las aguas y los vientos
A su disposición quieren guiallo;
Solamente de Dios se confiaba
A quien de corazón se encomendaba.

Y así mediante su favor divino
Pudo tomar paraje deseado
Abajo cuatro leguas de camino
Del Rio de la Hacha ya nombrado;
Donde luego topó con un vecino
Con cuya vista fué muy consolado,
Y luego puso todos sus poderes
En que se descubriese Diego Perez.

Ansimismo Miguel de Castellanos,
Con otros caballeros y vecinos,
Envían por lugares comarcanos
Ocupando las playas y caminos,
Hasta tanto que hubieron á las manos
Al autor de tan grandes desatinos:
Danle tormento, hácenle procesos,
Y confesó grandísimos escesos.

Era justicia cierto caballero
Que Francisco de Lerma se decia,
Varon de gran valor, hombre severo;
Y este, por la traición y alevosía,
Mandó colgar luego de un madero,
Aunque mas crüel muerte merecía:
Hicieronle después enterramiento,
Porque murió con buen conocimiento.

Aqueste fué su fin y paradero ;
Y pues con él habemos concluido,
Justo será volver á lo primero,
Porque me hallo ya muy divertido
De nuestra Margarita, donde quiero
Cumplir con lo que tengo prometido,
Y donde hallareis por escritura
Otra mas trabajosa desventura.

Y por contar aquesta no diremos
Desabrimientos que le son ajenos ;
Pues vence la que digo los extremos
De cuantas tienen lacrimosos dejos :
Mas, para proceder como debemos,
Cumple tomar la cosa de muy lejos ;
Y pues de un golpe no podemos tanto,
Quiérola comenzar con nuevo canto.

CANTO SEGUNDO,

Donde se da á entender quién era Pedro de Ursúa y su descendencia,
con otras cosas á la historia convenientes.

Siempre suelen venir acompañados
Los jueces y los gobernadores
De deudos, de parientes y criados,
Guiados del olor de sus favores :
Y en algunos no son mal empleados
Los mas calificados y mejores,
Pues su virtud, trabajo y diligencia
Los hacen merecer la tal herencia.

Entre los otros yugos que sostuvo
El orbe de las Indias de occidente,
Un Miguel Diaz Armendariz hubo
Que trajo seis gobiernos juntamente ;
Y en este nuestro nuevo reino tuvo
Un mozo generoso, su pariente,
Pedro de Ursúa fué su propio nombre,
Que siempre mostró sello sin ser hombre.

Pareciéndole cosa conveniente
A discrecion modesta y asentada,
El tio le nombró méritamente
Por general del reino de Granada :
Salió buen capitán y diligente
Para le cometer cualquier jornada ;
Y así, por aquí daba buena cuenta
En los negocios de mayor afrenta.

Descubrió los caminos mas reclusos,
Allanó la montaña rigurosa,
Conquistó la provincia de los Musos,
Deste reino la mas dificultosa :
Finalmente, que los guerreros usos
Le dieron prontitud maravillosa,
De manera que mañas y osadías
Crecían juntamente con los días.

Y así, con el valor de su persona,
Y entre valientes indios y ariscados
Pobló ciudad á quien llamó Pamplona,
Cuyos campos y rios son dorados :
Vile hacer á la real corona
Otros muchos servicios señalados ;
Y en Santa Marta recorrió la sierra,
Puesto que sin victoria desta guerra.

Podríame vender yo por testigo
Sin gozar lo mejor de la mañana,
En el paso de Origua ó de Rodrigo,
Y el buen Pedro de Ursúa con cartana,
Tomándole los pasos que ya digo
Gran impetu de gente comarcana,
Sobre paz y con fiebre fatigado,
Descalzo del un pié y otro calzado.

Allí caza Bondigua, y allí Bonda ;
Allí de Pocigueica y de Tairama,
Con todos los demás de la redonda,
Conocidos por hechos y por fama,
Con flechas, con macaca, dardo, honda,
Gran cantidad de sangre se derrama,
Privando brevemente de la vida
Cuanta gente ballaron divertida.

Ursúa de salud estaba falto ;
E ya por todas partes rodeado ;
Venciendo calentura y sobresalto
Salió del todo mal aderezado,
A fin de trabajar ganar el alto
De fortísimos indios ocupado,
Y halló para ir en tal demanda
Sotos doce soldados de su banda.

A los cuales les hizo tal abrigo,
Que con aquel valor de su costumbre,
A pesar del ejército enemigo,
Ganó lo mas supremo de la cumbre,
Haciendo crudelísimo castigo
Con riesgo, con sudor y pesadumbre :
Fueron sus grandes hechos aquel dia
Bastante prueba de su valentia.

Hirióle tres el venenoso Marte ;
Y aunque de vida ya desconfiados
Esta desconfianza no fué parte
Para que fuesen del desamparados ;
Y sus esfuerzos fueron de tal arte,
Que de débiles hizo confiados
Para salir de riesgo tan terrible,
Que no parecerá cosa posible.

O ya con arcabuz, ya con espada,
El escuadron rompió mas importuno
A pié mas de seis leguas de jornada,
Con terrible calor y siempre ayuno :
Llegó pues con la gente fatigada,
Sin que dejase uno ni ninguno
A Santa Marta, que se maravilla
Escapar de tan áspera rencilla.

Era por este tiempo ya venido
Montaña por juez de residencia,
Que puestos sus servicios en olvido
Le mostraba rencor y mal querencia ;
Y así, de sus amigos conmovido,
Se desvió de aquella pestilencia,
Y residió con ciertas compañías
En el Nombre de Dios algunos días.

Donde recogió copia de soldados
Para los ejercicios de la guerra,
Y allí desbarató negros alzados
Que estaban hechos fuertes en la sierra ;
Los cuales, por ser muchos y esforzados,
Ponían en temor toda la tierra,
Prendiéndoles á su rey dicho Ballano,
Aunque tenia poderosa mano.

Los negros y proterva compañía
Vencidos en aqueste repiqueate,
A reinos de Pirú hizo su via
Con amigos y deudos seis ó siete ;
Los cuales en aquel tiempo regia
El marqués escelente de Cañete,
Y este, reconociendo sus valores,
Le hizo mil mercedes y favores.

Después, con gracia de razon urbana,
Hizo demanda del descubrimiento,
Que dicen de Francisco de Orellana,
Con quien yo tuve gran conocimiento ;
Y el marqués se lo dió de buena gana
Vista su discrecion y su talento,
Porque en aquellas lierras aun habia
Soldados de aquel tiempo todavia.

Y entre todos aquellos que renuevan
Este descubrimiento que ya digo,
Era buen adalid Alonso Esteban,
A quien también yo tuve por amigo ;
El cual de la jornada do se ceban
Se podia vender por buen testigo,
Como quien abajó con Orellana
Al mar del norte y á Maracapaná.

Ursúa, con aviso suficiente,
A los efectos desto se presenta ;
Pero dejémoslo haciendo gente
Que de valor tan raro se contenta :
Pues me parece cosa conveniente
Del Orellana dar alguna cuenta,
Para bien entender desta letura
Jornada de tan grande desventura.

Pasados eran ya los quincecientos
Y diez lustros de santa parentela,
Cuando gente de grandes pensamientos
Con Gonzalo Pizarro se desvela
En dar mas luz á los descubrimientos
De tierra que nos da nueva canela,
E oro y plata, de que la codicia
Daba generosísima noticia.

Y así, para hallar aquel gentío,
Que de Quijos es hoy su nombramiento
Dió Gonzalo Pizarro buen avío
Para hacer el tal descubrimiento,
Guiando su derrota por un río
Que en Moyobamba tiene nacimiento,
Y al mar del norte hace su salida
Con casi dos mil leguas de corrida.

La madre dél es tal y tan estensa
Que no la vió mayor hombre viviente,
Y así, por ser grandeza tan inmensa,
Mar dulce le llamamos comunmente;
Y dicen ser engaño del qué piensa
No ser el Marañón esta creciente:
Tal nombre le pusieron los Pinzones,
De ciertos nautas dichos Marañones.

Por la equinocial sus aguas guía
Dando prolijas vueltas diferentes,
Y della casi nada se desvía
Con impetuosísimas crecientes;
De islas numerosa la cuantía,
Muy muchas de las cuales tienen gentes
Algunas señaladas en grandeza,
Pero ningunas muestras de riqueza.

Orilla deste río montuosa
Hacia pues Pizarro su jornada,
Tierra mal asombrada de lluviosa,
Por una parte y otra mal poblada;
Y a veces la montaña rigurosa
Les daba la canela deseada
Sus árboles altísimos y locos,
Pero no muy espesos, sino pocos.

Pues para que mejor se conociese
Del río lo que estaba mas poblado,
Un bergantín mandó que se hiciese
Con escogida gente preparado:
En el cual ordenó que se metiese
Vajilla y vestuario mas preciado,
Y al Orellana, su lugarteniente,
Nombró por capitán de aquella gente.

El Pizarro por tierra caminaba
Con el restante de su compañía,
Y el barco con aquellos que llevaba
A dar nueva y socorros acudia,
A los cuales allí se les mandaba
Lo que mas al viaje convenia:
Mandóles pues llegar á cierta punta
Y volver á decir lo que barrunta.

A la punta llegaron fácilmente,
Mas no pudo volver el Orellana,
Forzado de grandísima corriente,
Si la fuerza no fué su propia gana;
Porque desapareció con esta gente
Huyendo de la tierra comarcana:
Vajilla y ropa se llevó consigo
Con las demás preseas que ya digo.

Visto que no volvía, fué buscando
Por gente deste campo peregrino,
Y como nunca dellos fué hallado
Por llevar agua abajo su camino,
Al Gonzalo Pizarro fué forzado
Volver á las provincias de do vino
Con pérdida grandísima de gentes
Y los que se escaparon muy dolientes.

Francisco de Orellana navegaba
Alentado de grande pensamiento,
E ya se prometía y aplicaba
Toda la gloria del descubrimiento;
Mas con sesenta hombres que llevaba
Nunca pudo salir con el intento:
Pues solamente corren la ribera,
Por ser muy pocos para salir fuera.

Incierto como digo de lo cierto,
Por las islas buscaban alimento,
En una de las cuales toman puerto
Donde les pareció mejor asiento,
Hasta poner sus cosas en concierto
Para llevar mejor aviamiento,
Y por los fatigar el angostura
Hacer otro navío se procura.

Hácense tablas de canoas duras
Por ciertos levantiscos oficiales,
Hízose clavazón de herraduras,
Búscanse necesarios materiales:
Hay brea de copley y otras horurras,
Con aceite de aceosos animales;
Finalmente pusieron en el río
Otro mayor y más capaz navío.

Pusieron gallardetes y banderas,
Repártense por ambos los soldados,
Osaban ya llegar á las riberas
A causa de no ir tan apretados:
Tomaran el negocio mas de veras
Si fueran los sesenta duplicados;
Pero pocos temían el encuentro
Que pudieran hallar la tierra adentro.

Ven tierras jamás vistas ni holladas
Sino del natural destas regiones:
Vian desde los barcos abumadas
Que denotaban grandes poblaciones,
Y algunas torrecillas levantadas,
O templos de sus vanas religiones,
O ya podría ser, según se piensa,
Que las tenían para su defensa.

Quisieron en un pueblo tomar tierra
Que sobre la barranca parecia,
Mas no los consintió gente de guerra
Que con feroces bríos acudia,
E india varonil que como perra
Sus partes bravamente defendia,
A la cual le pusieron Amazona
Por mostrar gran valor en su persona.

De aquí sacó después sus invenciones
El capitán Francisco de Orellana,
Para llamalle río de Amazonas
Por ver esa con dardos y macana,
Sin otros fundamentos ni razones
Para creer novela tan liviana;
Pues hay entre cristianos y gentiles
Ejemplos de mujeres varoniles.

Mas ser esta Tomiris no se crea,
Ni que vistiesen otras el arreo
De Filipis Lampédon, ni de Alea,
Y porque lo sé bien tampoco creo
Que pasó por allí Pentésilea,
Ni el Orellana pudo ser Teseo;
Ni otra Menalipe, ni Celeno
Caminaron jamás por aquel seno.

Puesto caso que bien se defendía
Por parte de la india la salida,
El gran rigor del arcabuceria
A muchos por allí dejó sin vida;
Y visto que tan mal les sucedía,
Tomaron por amparo la huida:
Recogen españoles alimento,
Y un indio vivo deste rompimiento.

Por señas Orellana le hablaba
En el discurso deste su viaje,
Y todos los vocablos asentaba
Según comprendía del salvaje:
Hasta ver si por ellos alcanzaba
Inteligencia cierta del lenguaje,
Porque tuvo de lenguas gran noticia,
Y para las hablar mucha pericia.

Y así con gran contento declaraba
A estas compañías y cuadrillas
Aquello que este indio le hablaba,
Diciendo que decía maravillas
De lo que mas adentro les quedaba,
Y no podían ver por las orillas:
Crecida población, campos amenos,
Y es de creer haber algunos buenos.

Navegando van pues nuestros guerreros,
A peligros inmensos arrojados
En competencia de los indios fieros
Que los combaten por entrambos lados:
Navegan sin saber los paraderos
Ni tener de quien sean avisados,
Hasta que percibieron los oídos
De muy lejos grandísimos ruidos.

Iba la gente desto temerosa
Prosiguiendo con duda su viaje,
Y apartada la noche tenebrosa
Haciendo ya remansos el aguaie,
Vieron la blanca Tetis espumosa,
Y en ella levantarse gran olaie,
Y con calor de presurosos modos
« ¡ La mar, la mar del norte! dicen todos.

» Gobernémonos bien, hermanos míos,
Con prontitud y diligencia buena,
Pues ya no navegamos por los ríos:
A gran prisa guindemos el entena,
Descúbranse con sondas los bajos,
No demos al salir en el arena;
Que suelen tener ríos en las bocas
Bancos secretos, arrecifes, rocas.»

Ignoran todos ellos el paraje,
Puesto que mil consultas hay aposta,
Mas en ellas ninguno fué tan saje
Que no fuese su ciencia muy angosta;
Y así les pareció mejor viaje
Nunca desarrimarse de la costa;
Pues si por ella fuesen en las manos,
Dios les daría pueblos de cristianos.

Con la tal opinión sin la contraria
La costa bajo van con tiempo lleno:
Vieron la Trinidad, vieron á Paria
Con otras circunstancias de su seno:
Hacían conjetura no sumaria
Alonso Esteban, Márquez y Joan Bueno,
Por haber estos tres, tiempo pasado,
Por aquellos parajes navegado.

Incertos, pero con algun desino
Que cada uno dellos en sí fragua,
Prosiguen adelante su camino,
Hasta dar en la costa de Cubagua;
Y allí los poseyó mas desatino
Por no ver carabela ni piragua
De la crecida flota que solia
Salir á la pasada pesquería.

Las casas encaladas devisaban
Los hombres destas peregrinas naves;
Mas por peñascos grandes las juzgaban
Y suiedad de las marinas aves;
Para soltar las dudas en que estaban
Faltábales allí quien diese llaves,
Y á los unos la hambre los incita
A que tomen la isla Margarita.

Holguin, comendador, varon esperto
La caña del timón á banda cierra;
Y puestos en buen orden y concierto
Con armas y pertrechos para guerra,
En la Punta-las-Piedras tomó puerto,
Donde con los demás balló la tierra,
Y en ese mismo punto luego vido
Camino que de bestias va seguido.

El padre fray Gonzalo de la Vera,
Con Alonso de Robles y otros tales,
Querían porfiar que el rastro era
De nunca conocidos animales;
Mas Celis Montañés sin mas espera
Sopló dos ó tres veces las señales,
Y vido claramente señalados
Los clavos de cabezas como dados.

Vereis las gentes ya regocijadas,
Y fuera del pasado desconsuelo
Besar por muchas veces las pisadas
Hincando las rodillas por el suelo;
Y las manos en alto levantadas
Dan gracias al Señor del alto cielo,
Porque ya claramente conocian
Ser aquel el paraje que decian.

Conocida Cubagua claramente,
Que antes por peñasco se tenía,
Allá hacen viaje brevemente
Por ser breve compás la travesía:
Salimos á la playa mucha gente:
A ver extraño barco que venía,
Imaginando muchos ser soldados
De los que Ordás perdió tiempos pasados.

En gran manera son regocijados
De ver y de hablar cristiana gente,
Al templo van descalzos, destocados,
A dar gracias á Dios primeramente;
Y á todos nos tornó maravillados
Viaje de tan gran inconveniente:
Acomodóse bien la compañía,
Y al barco de Orellana no venía.

Pasárase de largo, si no fuera
Aviso por bastante mensajero,
Que hizo luego Pedro de Herrera,
Para buscar aqueste caballero
Con indios y canoa muy lijera,
Y un Cristóbal de Lepe, marinero
El cual luego que vió la carabela
A ella dirigió remos y vela.

Admiróse Francisco de Orellana
Como vido la indica ralea
Regirse con timón y con mesana,
Y así se reparó para polea;
Mas percibiendo lengua castellana
Con el mensaje tal cual él desea,
Siguió la carabela mensajera
En demanda del Pedro de Herrera.

Tomó tierra con todos sus soldados,
Y puesto que con nombre de perdidos,
Todos salieron bien aderezados
Con grande bizarría de vestidos:
Fueron unos y otros hospedados
Y magníficamente proveidos;
Trató luego de sus descubrimientos
Con muestras de sus vanos pensamientos.

Hizo luego viaje para España
Hechas á su sabor informaciones,
Con gente principal de su compañía,
Prenhada de las mismas pretensiones;
Y entonces publicó la gran patraña
De aquellas invencibles amazonas:
Volvió por su demanda ya casado,
Y por gobernador y adelantado.

Cargó de muy lucida compañía,
Bien fuera de razón y fundamentos
En traellos por donde los traía
Y á tierra de cien mil impedimentos;
Y así junto del río do venía
Murió vejado de estos pensamientos;
Después su mujer vimos afligida
Y toda la demás gente perdida.

Es pues para hacer la tal jornada
Ir contra la corriente desatino;
Pudírala hacer mas acertada
Si segundara por adonde vino:
Pero pues que su vida es acabada,
Quiérome yo tornar á mi camino,
Y al Ursúa que está haciendo gente,
Con canto nuevo del tenor siguiente.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la partida de Pizarro de Unsuá, con buena copia de gente aunque alguna della inquieta y facinerosa, y las demás particularidades sucedidas antes de embarcarse en el río por donde habian de hacer su viaje.

Prenden á Marte redes de Vulcano
En Venus colocado su contento,
Ablándase la mas guerrera mano
Venida de lascivo pensamiento,
Con mal amor enferma lo mas sano,
Do quiera causa tierno sentimiento:
Los invencibles y mas fuertes cuellos
Una flaca mujer suele vencellos.

Pedro de Ursúa pues, cuya grandeza
De hechos ya tenemos conocida,
Hizo su belicosa fortaleza
A fuegos amorosos sometida,
Vencido de un extremo de belleza
Que fué lo mas extremo de su vida;
Y á vueltas de guerreros atamboros
También ejercitaba sus amores.

La bella doña Inés era la dama
Que tuvo con razon nombre de bella,
Si fuera con reguardo de la fama
Que debe reguardar cualquier doncella;
A quien el buen Ursúa mucho ama,
Siendo no menos él amado della;
Y como bien querer importunase
Acabóse con él que la llevase.

Hija de Blas de Atienza, que de Lima
O de Trujillo fué, moza lustrosa,
Avisada, graciosa y en estima,
Como ya dicho tengo, de hermosa:
Gentil disposicion con que lastima
El ánima de amor mas odiosa,
No tiene padres puestos al enmienda
Ni deudos que le tiren de la rienda.

Pues el Ursúa como consintiese
Que fuese doña Inés á la jornada,
Secretamente le mandó que fuese
Tras él por via mas disimulada;
Y él partido, mandó que se partiese
De ciertas dueñas bien acompañada:
Luego se despidió de su querida,
Y convocó la gente divertida.

Llegóse de soldados gran estruendo
Aderezados para la demanda,
Muchos de corazon malo y horrendo,
Como fué Joan Alonso de la Vanda,
Lope de Aguirre, Perez y Saldueño,
Diego de Torres, Vargas y Miranda,
Y un Cristóbal Fernandez, mal cristiano,
Pero Fernandez y Miguel Serrano.

Otros algunos, en maldad insines,
Gente desesperada y atrevida,
Amiga de traiciones y motines,
Sin Dios y sin olor de buena vida:
Al fin en sus costumbres tan ruines,
Que tienen la virtud aborrecida;
Ningun concierto hay que los concierte,
Ni temen temporal ni eterna muerte.

Como el marqués insigne Mendocino
Le tuviese tan justas aliciones
Al Ursúa y le fuese tan benino;
Acudióle gran copia de varones;
Con los cuales él hizo su camino
A la provincia de los Motilonos,
Porque en aquellas tierras y comarcas
Había de hacer copia de barcas.

Tenia de la tierra la tenencia
El que Pedro Ramiro se decia,
Hombre de gran consejo y experiencia,
Señalado varon en valentia:
Recebiólo con gran magnificencia,
Con gran urbanidad y cortesía;
El Ursúa hallando tal abrigo
Procuró granjearlo por amigo.

Después en lo aviar metió tal preuda
Que el Ursúa, persona bien mirada,
Le dijo que dejase su vivienda
Y se fuese con él á la jornada;
Porque será señor de su hacienda,
Y maese de campo del armada;
Fué nombrado por tal, y pretensores
Quedaron con algunos sinsabores.

Destos el uno fué Francisco Diaz,
Pariente del Ursúa muy cercano,
Ansimismo soldado de mis dias
Valiente y comedido cortesano;
Que movido de vanas fantasias
En el Pedro Ramiro puso mano:
Dióle de puñaladas en efeto,
Maldad indigna de hombre tan discreto.

De tan escandaloso desatino
Al Ursúa le dan luego noticia,
Que estaba gran distancia de camino
Bien fuera de tan áspera malicia,
Revolvió sin parar, y como vino
Hizo del matador justa justicia,
Y de Grijota y de Benito Diaz,
Consortes, y de un Diego de Frias.

Después que ya dió fin á malos fines,
Sin él se recelar de los peores,
Procuró coneluir los bergantines
No sin grandes trabajos y sudores,
Por apartarse ya destos confines,
Y poder descubrir otros mejores;
Demás desto también se recelaba
Que mucha gente se le remontaba:

Aprestándose pues desta manera
Con temor de que gente se le huya,
La bella doña Inés, que no debiera,
Allí llegó también en busca suya;
Porque con una muerte lastimera
Vida de dos amantes se concluya,
Y este negocio cuentan estas gentes
Por vias y maneras diferentes.

Pues entre muchos dellos hubo fama
Haber puesto los ojos el Saldueño
En los merecimientos desta dama
Que diferentes partes va siguiendo;
Y él fué de los catorce de la trama
Del pérfido motin, malo y horrendo;
Y cuando doña Inés se recebia,
El se mostró con grande lozania.

Puesto que todos para dar contento
A su gobernador, que por ventura
Tenia diferente pensamiento,
Hicieron á tan alla hermosura
Solene y principal recibimiento,
Anuncio de su grande desventura:
Unos van con sinceras intenciones,
Otros con muy dañados corazones.

Formóse campo digno de mirallo,
Guarnido de galanas invenciones,
Infanterias y hombres de caballo
Con trémulas banderas y pendones;
Y porque ella pudiese contemplallo
Ordenaron lucidos escuadrones,
Los cuales en presencia de las dueñas
Hicieron caracoles y reseñas.

Ondean por los yelmos plumas largas
De las gargetas blancas y avestruces,
Revuelven lanzas, cambian las adargas
Los diestros y valientes andaluces,
Descargan con gran impetu sus cargas
Los fumosos y ardientes arcabuces,
Con gran orden entraban y salian
Con una y otra salva que hacian.

Ninguno de su orden se derrama
En este singular recibimiento,
Y en llegando frontero de la dama
Hacia cada cual acatamiento:
Enciéndelos en amorosa llama,
En muchos causa tierno sentimiento,
Porque su buen donaire y su meneo
Ponia mil espuelas al deseo.

En un cuartago blanco pequeñuelo
Iba, pero muy bien aderezado,
Basquiña de lustroso terciopelo,
Un galdresillo de color morado,
Las guarniciones de color de cielo,
Con cristalinas perlas estampado,
Capelete con plumas y medalla
Con el mas aderezo que se calla.

Rebozada hacia gran destrozo
De ánimas en esta compañía,
Y mucho mas después que cierto mozo
Le dijo: «por merced, señora mia,
Os pido que quiteis ese rebozo,
Veremos ya la luz del claro dia,
Que no sé cómo puede velo solo
Cubrir rayos mas claros que de Apolo.»

Ella, de comedida cortesana,
El antifaz quitó luego á la hora:
Atónita quedó la gente vana
De ver rostro do tanta beldad mora;
Deshizose la lumbre de Diana
Sobrepujó lo claro del aurora:
Dijeras en el alma mas reclusa
Obrarse los efetos de Medusa.

En amoroso fuego van ardiendo
Hasta los recatados y discretos,
Y en el desventurado de Salduendo
Hacen mas impresion estos efetos;
Pues en las muestras iba descubriendo
Sus apasionadissimos concetos;
Y aunque cesó la fiesta de aquel dia,
Nunca cesó su loca fantasia.

Al fin el regocijo ya deshecho
Y todos los guerreros escuadrones,
El Salduendo tomó luego su lecho
Sin esperar á mas conversaciones:
Su corazon bestial y falso pecho,
Distraido con mil vacilaciones,
Pero todas y todos sus cuidados
Van á la doña Inés encaminados.

Decia: « ¡ si su vista halagüeña
Acaso contempló mi buen talante
Al tiempo que salí de la reseña,
Y hice las levadas de montante!
¿ O si quiso notar aquella seña
Que le hice pasando por delante!
Parecióme cebar en mil los ojos...
Pero creo que son vanos antojos.

» Porque ¿ qué ocasiones ó qué prenda
Hay para penetrar mis pensamientos?
O ¿ qué le dije yo para que entienda
Estos mis congojosos sentimientos?
O ¿ qué quiere decir tomar contienda
Con quien es el señor de sus intentos?
¿ Quién no dirá ser el intento mio
Grandísima locura y desvario?

» O ¿ cuál de las mujeres adivina
El mal y la congoja del sirviente
Con una sola vista repentina
Sin le decir jamás el mal que siente?
O ¿ quién pudo dar cierta medicina
A los inciertos males del doliente?
¿ En qué buena razon ó seso cabe
Querer curar el mal que no se sabe?

» Para curarse pues enfermidades
Yo hallo que será mejor camino
Al médico decille las verdades
Y no hacello dellas adivino:
Aquesto vencerá dificultades,
Y en esto me resumo y determino,
Porque el enfermo que sus males calla
Remedio tarde, mal ó nunca halla. »

Estas cosas y otras vacilando
El ánima malvada y alligida,
Andábanse los otros preparando
Y dando gran calor á la partida:
Algunos deltos iban embarcando
De la gente mejor apercebida;
El capitán Garci Arce con cincuenta,
Don Joan de Vargas doble desta cuenta.

Mandóles esperarse en cierta parte,
Y el Arce como fué mas larga via
De indios encontró tan duro Marte:
Que fué bien menester su valentia:
Mas el don Joan de Vargas no se parte
Del límite que Ursúa le ponía,
Esperándole con sus compañías
Mas de sesenta ó de setenta dias.

Escesivo trabajo se pasaba
Por falta de comida que tenia,
Y en cierta isla donde el Arce estaba
Angustia no menor se padecía;
Y el Ursúa que mucho deseaba
Seguillos brevemente no podía,
Porque querian ya hacelle tiro
Los soldados del buen Pedro Ramiro.

No queriendo dejar sus Motilones,
Ya que su capitán era defunto,
Y un Montoya metía peticiones
Mas sin le dar respuesta ni trasunto;
El Ursúa lo trajo con prisiones
Siendo soldado grave de buen punto,
Lo cual no fué menor inconveniente
Para lo que diremos brevemente.

Pues el gobernador, considerando
Ser grande la tardanza que hacia,
Mandó con atambor echar un bando
Para que se partiesen otro dia:
En cumplimiento dél se van juntando
Con servicio y bagaj que se traía,
Cuya cantidad era de tal modo
Que faltaban navios para todo.

Ursúa se hallaba muy confuso
Por no tener do tanta cosa fuese,
De lo que cada cual para su uso
Llevaba y le costó buen interese;
Mas lo mejor que supo se dispuso
A dar el mejor orden que pudiese,
Y hecha luego junta de la gente
Me dicen que les dijo lo siguiente.

Quitó con buen donaire su chapeo
Usando de su buen comedimiento
Diciendo: « caballeros, mi deseo
Siempre fué de seguir vuestro contento;
Y con igual amor lo mismo creo
De vuestro virtuoso pensamiento;
Y ansi quisiera yo vias y modos
Para me conformar con el de todos.

» Mas aunque con virtud y sufrimiento
Acontece vencer dificultades,
Dudo poder haber entendimiento
Que se mida con muchas voluntades
Cada cual de contrario sentimiento,
Mayormente de tantas variedades,
Que sin considerar inconveniente
Siguen sus apetitos solamente.

» Declarando pues mas este conceto
A la salud de todos convenible,
Llevar tanto bagaj en tal aprieto
Téngolo por negocio muy terrible;
Y hase de contentar el que es discreto
Con embarcar aquello que es posible,
Y no tanto velez, tanto pertrecho,
Que cause mayor daño que provecho.

» Nuestras jornadas han de ser por rios
Hasta llegar á prósperos confines,
Tenemos poca copia de navios
O mal aderezados bergantines;
Y por los ojos veis, señores míos,
Que demás de ser pocos son ruines,
Ansi por haber falta de oficiales
Como de carecer de materiales.

» Y si mas cantidad hacer queremos
E ir mas adelante con la obra,
Será perder el tiempo que tenemos,
Y es pérdida que nunca mas se cobra:
Si tantos embarazos les metemos
Para los españoles nada sobra,
Pues cuando á los extremos falta medio
Tomar debemos el mejor remedio.

» No puede todo ir por ningun arte,
Y para mas seguro se requiere
Que deje cada uno buena parte
De lo que menos menester hubiere:
Este daño por todos se reparte,
E yo soy el primero que lo quiere;
Porque para seguro de la gente
Este remedio es mas conviniente.

» Los ganados vendellos ó cambiallos,
Aunque sea con perdida la venta,
Que todos no podemos aviallos
Segun necesidad nos representa;
Y en cuanto á no dejar nuestros caballos,
Bastará que llevemos solos treinta;
La cual disposicion á nadie pene,
Pues es hacer aquello que conviene. »

Acabó de decir, y comedidos
Que los inconvenientes conocían,
De sus comedimientos convencidos,
Muchas cosas dejaban ó vendían:
Por no les consentir lo que querían
Otros también estaban desabridos;
Apaciguólos lo mejor que supo,
Y hizo que metiesen lo que cupo.

Ya la febea luz á nuestra cuenta
Tenía el Escorpion por aposento,
El año de quientos y sesenta
Con otros mil del santo nacimiento,
Al tiempo que la gente descontenta
Hizo de Motilonos movimiento
Ayudados también de grandes balsas,
Las intenciones buenas y las falsas.

Estaba sin saber por qué la gente
Llena de descontentos aquel día,
No se podía ver cosa viviente
Con algunas señales de alegría:
El río, con ser grande su corriente,
Parece que sus cursos detenía,
Los indios declaraban por señales
Incendios, robos, muertes y otros males.

Aunque con pesadumbre de las cargas
Y ropa que en las balsas se traía,
Siempre hacían las jornadas largas,
Porque les pareció que convenía:
Hasta que dieron con don Joan de Vargas
Descoso de ver lo que ya vía:
Allí tomaron todos luego puerto
Y se pusieron en mejor concierto.

Ursúa recibió contentamiento
Por hallarlos adonde los quería,
Puesto caso que con desabrimiento
Por no saber del capitán García:
Enjugan ropas en aquel asiento
Apartándose dél al cuarto día,
Y embarcados caballos y el restante
Pasaron con los barcos adelante.

Do las corrientes aguas eran guías
Por caudaloso río y estendido,
Vian por las barrancas compañías
Lustrosas y cubiertas con vestido:
Y habiendo navegado nueve días
Llegaron donde estaba detenido
García, que por ser tan indiscreto
Los indios lo ponía en aprieto.

El Ursúa le dió reprehensiones
Por ser tan temerario y atrevido;
Mas admitió disculpas y razones
Como de su criado muy querido:
Allí se pregonaron provisiones
Del gobierno que le era proveído,
Y al don Joan dió poder incontinentemente
De general y su lugarteniente.

Desto nacieron odios y rencores
Con un livor pestífero y amargo,
Por haber otros muchos pretendores
Que se juzgaban dignos deste cargo.
Hay juntas y corrillos de traidores
Adonde cada cual hablaba largo,
Mayormente los de los Motilonos
Vivos en sus enojos y pasiones.

Hechos en el don Joan los nombramientos
Y seis ó siete días ya pasados,
De la isla salió con cuatrocientos
Españoles muy bien aderezados:
Por las barrancas ven grandes asientos,
Que por mas de cien leguas van poblados
De gente que se ponen en huida,
De ropa de algodón toda vestida.

No pareciéndoles tierra bastante
A causa de ver campos anegados,
Determinaron de pasar delante
Hasta hallarlos mas acomodados;
Mas saliendo del sitio circunstante,
Dieron en unos grandes despoblados:
Navegan ocho días, y al noveno
Dieron en pueblo de mejor terreno.

La gente deste pueblo hizo cara
Con armas y amenazas de defensa,
Y en la barranca fuerte se repara
A fin de resistir cualquier ofensa;
Pero con una lengua se declara
Su venida no ser á lo que piensa
Antes querían á tan buenas gentes
Hacerlos sus amigos y parientes.

Vencidas de tan buen comedimiento,
Sosiéganse las gentes alteradas
Haciéndoles muy buen acogimiento
Y dándoles sus casas por posadas,
Con larga provision de bastimento
De sus comidas mas acostumbradas:
Estuvo con aquestas compañías
El campo mas de veinte y cinco días.

Ursúa, viendo la magnificancia
Tal cual no la halló después ni antes,
Ayudóles en cierta diferencia
Que tenían con indios circunstantes,
Dejando muertos en la competencia
Muchos de los contrarios litigantes,
Porque venían hasta sus viviendas
A les robar las casas y haciendas.

Entre tanto buscábanse caminos
Que mas la tierra adentro se metiesen;
Mas de los argonautas peregrinos
Ningunos hubo que los descubriesen:
Ni pudieron hacer á los vecinos
Que claridad acerca desto diesen:
Crecían en aquestas dilaciones
En los malos las malas intenciones.

El Montoya con otros, en efeto,
Trataban que el Ursúa se matase,
Y para ejecución del mal conceto
No faltaba Salduendo que soplase;
Mas el negocio no fué tan secreto
Que por algunos no se sospechase,
Un cierto Pero Alonso mayormente
Al Ursúa le dijo lo siguiente:

« Señor gobernador, yo soy soldado,
Como sabeis, cargado de esperiencia,
Y entiendo como bien acuchillado
El daño del descuido y negligencia;
Y que cumple vivir muy recatado,
Entre contagiosa pestilencia,
Pues en los tales tiempos es gran yerro,
Como dicen allá, dormir sin perro.

» Hanse por ciertas vias rezumado
Cosas que suenan mal al buen oído,
Y hallo que traéis aquí soldado
Facineroso, suelto y atrevido:
Mirad por vos, velad con mas cuidado,
Y no durmáis tan mal apercibido:
Cosa cierto no sé; pero sospecho
Haber de suceder algun mal hecho.

» Mirad, señor, que no tratáis agora
Con los del nuevo reino de Granada,
Donde toda bondad y virtud mora,
Y es gente cuerda, noble y asentada;
Y que con vos lleváis gente traidora
A vueltas de la bien intencionada,
Que sin temor de Dios ni miedo vuestro
Han de soltar las riendas y el cabestro.

» Tened guarda, señor, de los mejores
Amigos que sabeis que bien os quieren,
Y demos al diablo los amores,
Que semejantes cargos no requieren;
Pues son causa de grandes sinsabores,
Y por ellos también los hombres mueren:
Con santo celo doy este consejo,
Y con licencia de soldado viejo.»

El Ursúa con un gracioso riso
Agradeció sus buenas intenciones,
Sin le sobresaltar tan buen aviso:
Quizá le parecieron invenciones.
Porque en la guarda consentir no quiso
Dando ciertas excusas y razones;
Descuidó, sin razon, mas no me espanto
Pues de César leemos otro tanto.

Aderezóse luego la partida
 Por el gobernador y varon fuerte :
 Parte para partirse de la vida
 Y guiando sus pasos á la muerte ;
 Que la parca cruel endurecida
 A quebrantar el hilo se convierte :
 Era principio ya de nuevo año ,
 Y vispera de tan enorme daño .

Embarcáronse pues los peregrinos
 A fin de proseguir su larga via ,
 Mirando por los lados mas vecinos
 Si poblacion alguna parecia :
 Vieron prolifas sendas y caminos ,
 Buen rato ya después de medio día ,
 Y cierta poblazon bien asentada
 Donde les pareció hacer parada .

Ursúa , cuando van desembarcando
 Ajeno de mortíferos enojos ,
 A doña Inés estaba contemplando
 Como causa mayor de sus antojos ,
 Y vido sus mejillas empapando
 Con lágrimas ardientes de sus ojos ,
 Y queriendo saber por qué lloraba ,
 Con tácito rumor le preguntaba :

« ¿ Qué pasión y congoja tan urgente
 Os hace de consuelo ser ajena ?
 Si es por necesidad que veis presente ,
 Ninguna razon hay en tener pena ,
 Pues confio de Dios omnipotente
 De veros descansar en tierra buena ,
 Que tras necesidad hay abundancia ,
 Y viene tras la pérdida ganancia . »

Ella dijo : « señor , esta tristeza
 No nace de ocasion tan abatida ,
 Ni temo yo tormentos de pobreza ,
 Ni verme de regalos despedida ,
 Pues vos sois mi regalo y mi riqueza ,
 Y no quiero mas bien en esta vida ;
 Mas contaré , señor , cosas de espanto.... »
 Quiso decir , y no pudo con llanto .

Su mas clara razon era gemido
 Por selle los sollozos embarzados ,
 Con mal de corazon y sin sentido
 Hiriendo se hacia mil pedazos :
 El amante que tal extremo vido ,
 Quisóla socorrer entre sus brazos ;
 Pena con su dolor , crece su llaga ,
 Sin saber qué se diga ni qué haga .

La flor mas agraciada de los mozos
 Se duele del eclipsi de su luna ,
 No con fingidas muestras ni rebozos ,
 Sino fuerza de amor es importuna :
 Encuéntranse suspiros y sollozos ,
 Las lágrimas confusas van á una ,
 Mostrando claramente por los hechos
 El íntimo querer de entrambos pechos .

Después que ya cobró color el gesto
 Y el pecho se mostró con mas aliento ,
 El amante le dijo : « ¿ qué es aquesto ?
 ¿ De qué procede tanto sentimiento ?
 En grande confusion me tiene puesto
 Aqueste nunca visto movimiento :
 Las lágrimas y lloro hacen pausa ,
 Y sepa yo de vos toda la causa . »

« Trabajos vuestros son y penas mías
 (Respondió mitigadas las pasiones) ;
 Porque por grande número de días
 Recuerdo con pesadas turbaciones :
 Soñé robos , incendios , tiranías ,
 Sanguinolentos tratos y traiciones :
 Via tendido , muerto y en el suelo
 A quien es mi favor y mi consuelo .

» Encarnizados en tan malos hechos ,
 Aunque yo me ponía de rodillas ,
 Las dagas me metian por los pechos
 Y á golpes quebrantaban mis mejillas :
 Hállame , tales sueños ya deshechos ,
 Con un grave dolor en las ternillas ;
 Miréme presto donde me dolía ,
 Creyendo ser verdad mi fantasia .

» No quiero comparar cosa soñada
 A la que por verdad es conocida :
 Mas yo sé que traéis en el armada
 Gente desvergonzada y atrevida ;
 Y así , por sí ó por no , se pierde nada
 En que veleis , señor , por vuestra vida :
 Sientan de vos rigores algun rato ,
 Y entiendan que vivis con gran recato . »

Oídas las razones deste gran cuento ,
 Ursúa con semblante de risueño ,
 Le dijo : « para tanto sentimiento
 El negocio , señora , fué pequeño ;
 Pues no debe tan buen entendimiento
 Tener tan por verdad cosas de sueño ,
 Pues muchos sueñan casos do parecen ,
 Y no por eso vienen ni acontecen .

» Siento quererme bien toda la gente ,
 E yo también estoy muy bien con ella ,
 Cosa no hallo que me represente .
 Para tanto rigor una centella :
 Menos puedo hallar hombre viviente
 Que con razon de mí tenga querella ;
 Por tanto cese vuestro desconsuelo ,
 Y deso no tengais algun recelo . »

« Oh corazón leal , buenas entrañas !
 ¿ Cuán fuera de razon van tus razones !
 Mira ya , buen Ursúa , que te engañas
 Con esas tus sinceras intenciones ;
 Porque las falsas y traidoras mañas
 De qué quiera levantan ocasiones ;
 Cuanto mas que ¿ quién vive tan al justo
 Que para todos gustos tenga gusto ?

Al fin él se quitó de la ribera ,
 Y con sesenta y tantos escogidos
 A un Sancho Pizarro mandó fuera
 A seguir los caminos mas seguidos ,
 Y á ver si por allí hallar carrera
 Por do salgan á campos estendidos ,
 Y con la relación al sexto día
 Volviese con aquesta compañía .

Entre tanto que estaban en el puerto
 Esperando los que iban descubriendo ,
 Trataban de su perdido concierto
 Joan Alonso Montoya y el Salduendo ;
 Y algunos no quisieran velle muerto ,
 Pero querian irse dél huyendo ,
 Recogiendo la ropa y atavío
 Y de los barcos el mejor navío .

Habia dentro desta compañía
 Un don Fernando de Guzmán , que precio
 De buena discrecion no poseía ;
 Y á este cuasi que por menosprecio
 Le hablaron , y dijo que quería .
 ¿ Buen Dios , defendéme de hombre necio !
 Pues con sus necesidades é imprudencia
 Camina tras cualquiera pestilencia .

Júntanse pues con él á la demanda
 Perez , Montoya , Vargas y Salduendo ,
 Claves , Villena , Torres y Miranda ,
 Los dos Fernandez , cada cual horrendo ;
 Serrano , Joan Alonso de la Vanda ;
 Y al mal Aguirre , bravo y estupendo ,
 Para negocio de tan grande afrenta ,
 Determinan también de dalle cuenta .

Hablan con él en lo de la huida
 Por ver si tal desino le complace ;
 Y respondiétes ser cosa perdida ,
 A lo menos que no le satisfice ,
 Diciendo ser mejor quitar la vida
 A quien tan poca cuenta dellos hace ,
 Y no cumplir tardanza ni pereza
 Por estar su salud en la presteza .

Entendió las palabras un moreno
 Llamado Joan Criollo ; y este quiso
 No con pocos temores en el seno
 Hacer cuerdo desvio de improvisio ;
 Y aunque negro , sagaz y como bueno
 Al Ursúa le dijo leal aviso ;
 Pero de sus palabras no curando ,
 Estúvose con él chocarreando .

¡Oh ciego amor, y ciego quien tal fuere!
 ¡Oh confianza ya desvanecida!
 Tienes aviso de quien bien te quiere,
 ¿Y no quieres perder al homicida?
 ¿Cómo tan gran descuido se requiere
 Adonde no va menos que la vida?
 Al fin tu hado es inadvertencia,
 Y fortuna do falta la prudencia.

¿Es posible, varon, que no despiertas
 Con indicio de tanto detrimento?
 Mira bien que la casa de dos puertas
 Aposta te la dan por aposento
 Aquellas intenciones descubiertas
 Y gente del traidor ayuntamiento,
 E ya vienen á las ejecuciones
 De sus mas que dañadas intenciones.

Ausentes eran ya rayos fehales
 De nuestros hemisferios y collados,
 Y los cansados ojos de mortales
 En necesarios sueños ocupados;
 Pero los corazones desleales
 En su temeridad mas obstinados,
 El consorcio crüel, falso, maldito
 Quiso poner por obra su delito.

Y estando los leales espíados,
 Las guardas del real y centinelas,
 Los pechos furibundos y alocaos
 Usando de sus mañas y cautelas;
 Unos con arcabuces bien cargados,
 Los otros con espadas y rodelas,
 Con oscuro hacian su camino
 Tentados de tan torpe desatino.

¿Adónde vas, traidor ayuntamiento?
 ¿Qué furia te privó de tu sentido?
 ¿A cuál de vos causó desabrimiento?
 ¿Quién de vosotros es el ofendido?
 ¿A todos procuró de dar contento,
 Y cada cual de vos es su querido:
 Matais, pero sereis los venecédores
 Vosotros de vosotros matadores.

Pues la caterva vil, sucia, bellaca,
 Echando mano van á las espadas,
 Y con furor que del infierno saca
 Entrambas puertas tienen ocupadas:
 Finalmente rodean la hamaca,
 Y allí le dan crüeles estocadas;
 El viéndose herir de golpes fieros
 Les dice: ¿por qué es esto, caballeros

Sin armas al armado delincuente
 Se levantó con un recio denuedo;
 Mas el bando traidor no lo consiente
 Apresurando su furor acedo:
 Cayó diciendo bien y claramente
 Santisimos artículos del credo:
 Con esta contrición bien conocida
 El Ursúa partió de aquesta vida.

Conclusa la batalla carnícera,
 Donde tan gran deshonra se ganaba,
 Salieron de la casa todos fuera
 A fin de publicar lo que pasaba:
 Y el don Fernando, puesta la bandera,
 A voces libertad apellidaba:
 Despiertan las sinceras voluntades,
 Admirados de aquellas novedades.

El buen don Joan de Vargas al momento
 A su gobernador iba derecho;
 Pero los del traidor atrevimiento
 También le traspasaron por el pecho;
 Sin cesar el atroce rompimiento
 Hasta que de la tierra hizo lecho,
 Adonde el alma hizo despedida
 De los peligros grandes desta vida.

Estaban los leales como locos
 De frigidis temores ocupados,
 Por no saber si son muchos ó pocos
 Los malos y crüeles conjurados:
 Sonaron pues pregones y convocos
 De parte de los duros y obstinados,
 Con amenazas en rigor estrecho
 A quien dijese mal de lo mal hecho.

Demás desto la gente bandolera
 Hizo con atambor echar un bando,
 Adonde se mandaba que cualquiera
 Tenga por general á don Fernando;
 Y se ponga debajo su bandera
 Y todos se sujeten á su mando,
 So pena que quien lo contradijese
 Por la misma razon luego muriese.

Reparten á su gusto los oficios
 Los inventores de lo ya contado:
 Aguirre, gran autor de maleficios,
 Por maese de campo fué nombrado;
 Y los demás en otros ejercicios
 Segun suele tener campo formado;
 Y por este nivel que voy diciendo
 Capitán de la guarda fué Saldouendo.

Pero puesto que fuesen sus intentos
 De mandos y de cargos señalados,
 No quiso reparar en nombramientos,
 Ni fatiga le dan tales cuidados;
 Pues su felicidad y pensamientos
 En doña Inés estaban colocados,
 La cual en el real no parecía
 Ni con oscuro ni después de día.

Estaba con feminea compañía
 Aparte y en su rancho recogida,
 Al tiempo que el rumor la desengaña
 Del sueño de la muerte sucedida:
 Huyó con el temor por la montaña,
 Desconsolada, triste y alligada;
 Tuviera, conocida su querella,
 La fiera mas feroz lástima della.

A los espesos bosques se convierte
 Diciendo con la voz enflaquecida:
 «Pues tal camino va mi mala suerte,
 Que es pagá justamente merecida,
 Aquí satisfará mi breve muerte
 Aquella que causó tan larga vida;
 No quiera Dios que falsos corazones
 Cumplan sus deshonestas pretensiones.

» Despedazarme ha la bestia fiera,
 Y en mí se cebará su duro diente
 Para que pueda ir á quien me espera,
 Que es menos mal que ver tan mala gente.
 ¿Cómo no lo hicieron de manera
 Que fuéramos entrambos juntamente,
 Y padeciéramos aquel tormento
 Con alguna manera de contento?

» La montaña será mi sepultura,
 Y aquí será mi cuerpo consumido,
 Hasta quedar no mas que el armadura,
 De carníceras aves carcomido.
 ¡Oh desdichada yo, mas sin ventura
 Que cuantas de mujeres han nacido!
 ¿Adónde estás, mi dulce señor mio?
 ¿Qué es de tu valentía y de tu brio?

» ¿Dó tu disposicion y gentileza?
 ¿Adónde está tu rostro sin segundo,
 Tus bastantes ejemplos de nobleza,
 Suave conversar, trato jocundo?
 ¿Qué corazón mostró tanta dureza
 Que tanto bien sacase deste mundo?
 Las bestias mas voraces, carníceras,
 No fueran tan crüeles ni tan fieras.

» En este tan pesado desatino
 ¡Oh, quien Alcestes, quien Evadne fuera!
 Cumplióse lo que menos me convino,
 Y fué para que muchas veces muera;
 Y habiendo de ir entrambos un camino
 Hubiste de llevar la delantera.
 ¿Cómo quieres dejar tu regalada
 Tan sola, triste y tan desamparada?

» ¿A quién podré decir mi desconsuelo?
 ¿Quién podrá ser aquí mi cierta guía,
 Pues que me falta todo lo del suelo?
 A vos ocurro yo, virgen María:
 Favorecedme vos, reina del cielo,
 Doleos vos de mí; señora mía;
 Míreme vuestro rostro glorioso
 En este trance todo trabajoso.»

Haciendo va paradas á sus trechos,
Que el monte y el desmayo la repara,
Las lástimas de dichos y deshechos
Endurecidas piedras quebrantara :
Dábase con las manos en los pechos,
Apresurados golpes por la cara,
De las mejillas blancas van colores
Que vencen á las mas purpúreas flores.

El resplandor dorado del cabello
Llevaba por los hombros derramado,
Porque cudiciosísimos de vello
Los ramos le quitaron el tocado :
Hacia descubrir el blanco cuello
Entrellos algun aire reportado,
Imaginando ser el tal decoro
Nieve cubierta con madejas de oro.

Entre tanto, Lorenzo de Salduendo
Andaba con algunos de su bando
De los unos y otros inquiriendo,
A hombres y mujeres preguntando,
Por aqui y acullá yendo y viniendo,
Como ventor la caza rastreando,
Por el rocío pues tomó la huella,
Y no paró hasta que dió con ella.

Rastrean los deseos el empresa,
Y el carnicero perro vió la caza ;
Mas no llegó ni pudo hacer presa
Que el cebo de sus ojos embaraza :
¡ Oh Dios ! á doña Inés, ¡ cuánto le pesa !
Y así su bello rostro despedaza :
Salduendo con halagos abundantes
Le decía palabras semejantes :

« Señora doña Inés, no ser locura
Este sobresaltado movimiento
Sabed que solamente lo asegura
Hacello tan cabal entendimiento ;
Y si fué con temor de gente dura,
Es no tener de vos conocimiento,
Pues ante don de perfeccion tan grande
Ningun rigor habra que no se ablande.

» Cobrad, señora, vuestro buen sentido
Y no queráis dudar en la venida,
Porque sereis del modo que habeis sido
Respetada de todos y servida ;
Y en fe de hijodalgo comedido,
Que podeis ir segura de la vida ;
Mas antes cuantos somos desde agora
Os obedeceremos por señora. »

Ella le respondió : « señor Salduendo,
Ningun dolor os dé la vida mia,
Porque yo por indicios bien entiendo
Que presto perderá su lozania :
Solamente mi honor os encomiendo
En virtud de la buena hidalguia ;
Pues no me tuvo Ursúa de mal modo,
Y el cómo sabe quien lo sabe todo.

» Yo volveré, señor, de buena gana
Por la seguridad de mi conciencia,
Que pretendo morir como cristiana
Y con mejor recato y advertencia ;
Y pues mi muerte veo ya cercana,
Quiero hacer alguna penitencia :
Ciegos son los sentidos del que piensa
A mi gran desventura dar defensa. »

Después que doña Inés esto propuso
A la causa mayor de la revuelta,
Con mil vacilaciones y confuso
Al campo del traidor dieron la vuelta ;
Donde segun templanza de buen uso
Allí la recibió la gente suelta :
Holgóse de la ver su compañía,
Que eran honestas dueñas que tenía.

Luego se confesó devotamente
Con doto sacerdote conocido,
Y hizo sepultar incontinentemente
Con tierno sentimiento su querido :
Deseaba hacello mucha gente,
Pero ninguno fué tan atrevido,
Y en un árbol también de la floresta
Pusieron una letra como esta:

*Nobilis Ursua confossi hic ossa quiescent.
Est alius sigillans, cura impia sibi.
Ut sibi consideret gemitus Agnetis amicae
Nec lacrymæ prestant, somnia vana putant.*

Ursúa, noble varón
Y capitán señalado,
Aquí yace sepultado
Por alevé y por traición
De su campo anotinado.

Su adversa fortuna quiso
Que muriese de imprevisto,
Sin recatar en su vida
Por no creer el aviso
De doña Inés su querida.

Puestas las cosas pues en este estado,
Tan sin rey y con ley tan insolente
Al término y al día señalado
Llegó Sancho Pizarro con su gente,
De las maldades hechas descuidado
Como quien era dellas inocente ;
Y visto para mal un mal tan ancho,
De veras en callar se llamó Sancho.

Al general de torpes desatinos
Por términos, sin gana, comedidos
Le dijo cómo no halló vecinos
De quien pudiesen bien ser advertidos ;
Pero que vió grandísimos caminos
Para la tierra adentro muy seguidos,
Y que por los caminos á sus trechos
Tenian tambos y aposentos hechos.

Seguir estos caminos pretendia
La parte mas crecida desta gente ;
Mas el Aguirre los contradecia
Por ser su pensamiento diferente :
Y un fulano Valcázar insistia
En que los prosiguiesen grandemente,
Y hiciesen al rey aquel servicio
Para disculpa deste maleficio.

Esto decía el al don Fernando
Como amigo leal, reprehendiendo
Las duras pretensiones de su bando
Y el hecho que hicieron tan horrendo ;
Otros buenos consejos le está dando
Que el miserable ya los va sintiendo,
Y quisiera tomar aquel escudo,
Pero salir con esto nunca pudo.

Porque el Aguirre con sus falsedades
Estaba de la gente muy mas lleno,
Usando grandes liberalidades,
Dandoles de lo suyo y de lo ajeno.
Hecho gran charlatán de necedades
Y fingiéndose ser otro Sileno,
Mostrándoseles hombre de buen pecho
Para poder después hacer su hecho.

El era de pequeña compostura,
Gran cabeza, grandísima viveza,
Pero jamás perversa criatura
Que de razon formó naturaleza :
Todo cautelas, todo maldad pura,
Sin mezcla de virtud ni de nobleza ;
Sus palabras, sus tratos, su gobierno
Eran á semejanza del infierno.

Charlatancillo vil algo rehecho,
Sin un olor de buenas propiedades,
La cosa mas sin ser y sin provecho
Que conocieron todas las edades ;
Pero nunca jamás se vió pecho
Lleno de tan enormes crueldades ;
Y en tanto grado es esto que toco,
Que después me direis que digo poco.

Fortalecido pues del villanaje
Que prestaba favor á sus intentos,
Hizo desamparar aquel paraje
Menospreciando ya descubrimientos,
Llevando por el río su viaje,
De do para buscar mantenimientos
La gente descontenta sale fuera
A los pueblos que ven por la ribera.

E yendo con aquel desasosiego
Que suelen engendrar tales furoros,
Y los leales pechos en gran fuego
Que causaban las llamas de traidores,
Vieron un pueblo do saltaron luego,
Mas no hallaron ya los moradores :
Allí desembarcaron los caballos,
Y el Aguirre mandó luego matallos.

Sirvieron de sustento los rocines ,
Siendo por todos ellos repartidos ;
Y en aquellas comarcas y confines,
De madera de cedros escogidos
Hicieron dos muy buenos bergantines ,
Dejando los demás allí perdidos :
Aquí también hicieron desatinos
Que de escarnio no fueron menos dinos.

Pues del rey don Felipe blasfemando,
A son de trompas y con gran estruendo
Juraron por su rey al don Fernando,
Que de hacer un hecho tan horrendo
Estaba por ventura ya temblando,
Tan feo disparate conociendo :
Hacen su jura, bésanle la mano,
Y dicen, viva el rey, al mal tirano.

El Valcázar los labios remordia
Y estaba con enojo y furia brava ;
Mas como dar remedio no podía,
El intenso dolor disimulaba ;
Y como, viva el rey, jamás decía,
El Aguirre, que todo lo notaba,
Procuró que también metiese prenda
En cosa tan bestial y tan horrenda.

Y así, viéndolo estar como defunto
Con un exterior triste y amargo,
Mandáronlo llamar, y en ese punto,
Después de le hablar Aguirre largo,
El rey de naipes con los triunfos junto
De justicia mayor le dieron cargo :
La vara le presentan publicando
Que se la daban por el rey Fernando.

Dicho por el perverso Damasipo
Aguirre, principal en el alarde ,
Valcázar respondió con santo hipo,
Desechando temores de cobarde :
« La vara tomo yo por don Filipo,
Mi rey y mi señor, á quien Dios guarde ,
Mas el varon fiel, leal y fuerte
Después pagó con gloriosa muerte.

Y agora porque el nombre del rey canta
Con determinacion tan atrevida,
Estuvo con cordel á la garganta
Y en grandísimo riesgo de la vida :
Intercesion de muchos se levanta,
Y así fué por entonces suspendida
La tal ejecucion , y la malicia
Le quitó luego el cargo de justicia.

Y porque no quedase compañía
Por el Ursúa muy apasionada,
Allí luego mataron á García,
Capitán y persona señalada :
Demás desto juraron aquel día
De ser hermanos de la vida airada,
Y con solene jura que hacian
Morir unos por otros prometian.

No sé yo cuáles eran los intentos
De los catorce torpes que juraban ;
Mas tiene por equivocos acentos
Segun que los efectos declaraban ;
Y así, por no quebrar los juramentos,
Los unos á los otros se mataban.
¡ Oh gente sin razon, caterva ciega !
Y ¿ á quién no negará quien su rey niega ?

Sonábase tener secreto trato
Chaves y Joan Alonso de la Vanda ;
Pero para decillo con recato,
Mi pluma mal cortada y algo blanda
Desea hacer pausa por un rato,
Para ver en qué para su demanda :
Yo también quiero descansar en tanto
Que damos orden al futuro canto.

CANTO CUARTO,

Donde se da razon del mal fin que hubieron todos los conjurados que fueron en la muerte de su gobernador, y cómo Lope de Aguirre se hizo señor de toda la gente con muerte de muchos que tenia por sospechosos y que murmuraban y abominaban de su loca demanda.

Entre falace gente mentirosa,
Poseida de pérfida locura,
Eso me da quien teme que quien osa,
Nunca tiene jamás hora segura :
Ansimismo se hace sospechosa
En el soberbio ver mucha blandura ;
Pues suele retraerse el de fe falto
Para poder hacer mejor el salto.

En aqueste consorcio tan perjuro,
Tan sin Dios, tan sin rey como ya digo,
Cada cual se halló menos seguro
Con quien mas se vendia por amigo :
Y entouces caminó con mas oscuro
Cuando mas claridad llevó consigo,
Porque ninguna lleva quien mal hace,
Y aun de sí mismo no se satisface.

Aguirre supo pues andar tramando
A Joan Alonso de quitar la vida
A él y al mentecato don Fernando,
Con ambicion que pudo ser creida
De se quedar á solas con el mando,
Y aunque la causa no muy conocida,
A lo menos constó que se quejase
De que Lope de Aguirre lo mandase.

El cual, usando de sus artificios,
Porque menos en él se conociesen,
Haciendo dejacion de sus officios
Al Joan Alonso hizo que se diesen ;
A fin de que por estos beneficios
Se descuidasen y se convenciesen,
Dijo también con parlamento largo
Ser Joan Alonso digno de mas cargo.

El Joan Alonso se les mostró grato
Tomando sobre sí los cargos luego,
Porque con ambicion al insensato
No le fué necesario mucho ruego :
El Aguirre vivia con recato,
Y el dicho Joan Alonso fué tan ciego,
Que sin reguardo de discreto modo
Pensaba suyo ser el campo todo.

Mas un aguja fuerte que tenia
Nunca se le caia de la mano,
Diciendo por allí que la traia
Para cierto carillo mas que hermano :
Joan Alonso, jugando pues un día
Con otros del jaéz el triunfo llano,
Aguirre le cogió con tales mañas,
Que con ella le dió por las entrañas.

Quitóle ya los cargos con la vida ;
Y el Chaves, viendo tales embarazos,
Quiso tomar el agua por guarida,
No pudiendo valerse de sus brazos ;
Mas gente del traidor apercebida
En ella lo hicieron mil pedazos :
Muertos tenemos dos de los motines,
Los demás no ternán mejores fines.

Viéndose pues con este desembargo
De gente que les era sospechosa,
Al Aguirre volviéronle su cargo
Porque ya no podian otra cosa,
A causa de tener consorcio largo
De gente, segun él facinerosa,
Con la cual so color de buenos fines
Nunca desamparó los bergantines.

Recelándose dél el don Fernando
Y los demás que desta junta fueron,
Deseaban de le quitar el mando
O la vida con él, mas no pudieron :
Cubre sus intenciones este bando
Buscando la sazon que no tuvieron,
Porque Aguirre, que dellos se recela,
Siempre tenia diligente vela.

Al mal Aguirre la noticia vino
 Desto que contra él se concertaba
 Por Gonzalo Guirál, con ser sobrino
 Del Guzmán, porque dél se confiaba;
 Pero la confianza del malino
 Contra sí saca tiros del aljaba,
 Porque permite Dios por sus pecados
 Que en la misma moneda sean pagados.

Pues el viaje ciego prosiguiendo,
 En cierta isla do paró la gente,
 Don Fernando por parte del Salduendo
 Al Aguirre mandó públicamente
 No vaya doña Inés con el estruendo,
 Sino que se le dé lugar decente:
 El Aguirre desenfreó la lengua;
 Hablando muchas cosas en su mengua.

Blasfemias increíbles va diciendo,
 Puesta la fuerte cota y el almete,
 Y en altas voces con furor horrendo
 Cuyo temor en las entrañas mete,
 Dice: «¿dónde se sufre que Salduendo
 En mi vejez me haga mandilete?
 El y ella se guarden del diablo,
 Porque yo mismo soy aquel que hablo.»

Salduendo tales cosas escuchando,
 No menos encendido de coraje,
 Luego se quejó dél al don Fernando,
 Diciendo del Aguirre con ultraje:
 ¿Dónde se sufre que este tenga mando?
 ¿Hay necesidad dél en el viaje?
 ¿Un hombrécillo de los desechados
 Nos tiene de tener avasallados?

Aguirre, por tomar mas de mañana
 Los pasos á los que eran del concierto,
 Entró tras él bien como tigre hircana,
 O bien como leon bravo y esperto,
 Y atravesólo con la partesana,
 Dando luego con él en tierra muerto:
 Don Fernando quedó como sin tiento,
 Viendo tan infernal atrevimiento.

El Aguirre, por escuchar bullicios,
 Le dijo: «rey preclaro y excelente,
 No juzgues ser aquestos maledicios,
 Sino frenos seguros á tu gente:
 Que cierto dignos son estos servicios
 Deste tu fidelísimo sirviente,
 Pues he por ciertas vías descubierta
 Haberte de matar quien he yo muerto.»

Notad, letores, la horrachería,
 Las tramaés, las cautelas, los desinos;
 Pues yo no sé si llore ni si ría
 Tan enormes y feos desatinos:
 So color pues de lo que le decia,
 Ensangrentó las playas y caminos
 Con Montoya, con Cristóbal Fernandez,
 Y otros en su maldad no menos grandes.

En aquesta revuelta tan nociva,
 Llena de tan pesados desconciertos,
 La bella doña Inés estaba viva,
 Aunque ya se contaba con los muertos;
 Porque tenía buena retentiva
 Del grave sueño de los otros puertos,
 Revuelve desventuras en su pecho
 Viendo para su mal camino hecho.

Mandóla pues llamar la pestilencia
 Mas ella, conmovida de temores,
 Hizo como la otra vez ausencia,
 Asombrada de ver tales rigores;
 Mas Aguirre con suma diligencia
 Despachó por su rastro dos traidores,
 Mandando que la dejen tan sangrienta
 Que parta para Dios á dalle cuenta.

Para caso tan ignominioso
 Partieron, como digo, dos lebreles,
 Que fueron Alarcon y Joan Llamoso,
 Peores mucho mas y mas crueles;
 Pues eclipsan el rostro mas hermoso
 Que retrato de Venus por Apelles;
 Mas Dios nos guarde de villano tiesto,
 Cuando para maldad viene dispuesto.

Anduvo pues la torpe camarada;
 Y siendo por los bosques inquerida,
 Hallaron á la malaventurada
 Dentro de ciertas matas escondida:
 ¡Oh maldad en maldades señalada!
 ¡Oh cruda crueldad jamás oída!
 ¿Qué corazon de fiera tal hubiera
 Que de tanta beldad no se doliera?

El hórrido temor en que se halla
 Cubrióla luego de sudores frios,
 Que bien vió que venían á matalla
 La gente de los torpes desafíos;
 Habló con triste voz á la canalla:
 ¿Qué qué os ofendi yo, señores nios?
 El qué fruto, qué valor, qué bien se saca
 De me matar á mí, mujer tan flaca?

Arroyos claros van por las mejillas
 Y por hermosos pechos de la dama,
 Que puestas por el suelo las rodillas,
 Piedad, piedad á voces clama:
 El eco va haciendo maravillas,
 Con acento que al aire se derrama
 Endurecidos robles hace blandos,
 Mas no los duros pechos y nefandos.

Las aves por los árboles gemían,
 Las lieras en el monte lamentaban,
 Las aguas sus discursos detenían,
 Los peces en el centro murmuraban;
 Los vientos con los sonos que hacían
 Tan execrado hecho detestaban:
 Salíó de las cavernas un ruido
 Que perdieron de hombres el sentido.

Pues como tal, el pérfido Llamoso
 Asiéndola del áureo cabello
 (¿Qué haces, ó cruel facineroso?
 ¿No ves un espectáculo tan bello?),
 Al fin con el cuchillo sanguinoso
 Cortó las venas de su blanco cuello;
 Fuego de San Anton abrase mano
 Que pudo hacer hecho tan tirano.

¡Traidor! si tú naciste de mujeres,
 ¿Qué bestia parió hijo tan nefando?
 Y si eres hombre, di, ¿cómo no mueres
 Tan enorme traición imaginando?
 Desdichado de ti, que donde fueres
 Siempre la soga llevas arrastrando,
 Pues la justicia del divino alarde
 No deja de llegar, aunque se tarde.

Al fin dos dueñas desta compañía
 Hicieron doloroso sentimiento,
 Las cuales entre miedo y osadía
 Celebraron aquel enterramiento,
 Y lo mejor que cada cual podía
 Hicieron un humilde monumento,
 Donde lloraron estas crúeldades
 Driades, amandriades, nayades.

Y entre lamentaciones y dolores,
 Que las piedras movían á blandura,
 Cogían violetas, lilios, flores,
 Con que cubrieron esta sepultura:
 Allí solenizaron ruiseñores
 Exequitas de tan grande desventura,
 Y no faltó tambien quien escribiese
 En los árboles letra que dijese:

*Conditur his tauris praefulgens forma puella,
 Quam tulit insontem sanguinolenta manus.
 Gloria sylvarum est extinctum ceneri corpus,
 Ast homini vivens displicuit facies.*

Encubren estos laureles
 Aquella que estruendo fue
 De hermosas y fíeles,
 A quien sin qué ni por qué
 Mataron manos crúeles.

Aquesta montaña esquiva
 Se tiene por muy alta
 Con su muerta perfeccion.
 Y el animal de razon
 No quiso tenella viva.

Ya la felicia luz se despedía,
 Y llegados los nublós vaporosos,
 El impio traidor que no dormía
 Dió fin de tres ó cuatro sospechosos:
 Y el torpe don Fernando no sabía
 Las muertes ni los trances rigurosos
 Por tener tales guardas el visivo
 Que niungunos osaron dar aviso.

¡Dormís, Guzmán, en suerte tan siniestra,
Y no veis cómo vela la raposa?
Dormid, que presto llegará la vuestra
Y aun de muchos, según anda la cosa:
A vos se llega la sangrienta diestra,
Allá camina ya furia rabiosa,
Gran copia van con él de sus alanos,
Ensangrentados pies, brazos y manos.

Entrando por la casa desta suerte,
Comienza de picar la bestia fiera,
Al mas dormido hace que despierte;
Pero su despertar del sueño era
Para dormir el sueño de la muerte,
Con ver el fin que su maldad espera;
Pues otros cuatro de los conjurados
Fueron á dar razon de sus pecados.

Danse voces, gemidos, hay revueltas;
Suena por todas partes duro hierro,
Las furias infernales andan sueltas
Llevando los que van á su destierro:
Un clérigo mataron á las vueltas,
Aunque la bestia dijo que por yerro;
Pero siempre le fueron odiosos
Eclesiásticos y religiosos.

El herido Guzmán salió huyendo,
Cuasi cortadas las vitales vías;
Mas una bala que lo fué siguiendo
Dió fin á sus reales hoberías;
Y el Aguirre, traidor, malo y horrendo,
Hizo y deshizo rey en cuatro días;
Y agora concluidos estos males,
A su gusto nombró los oficiales.

Por maese de campo fué nombrado
El Martín Perez de la compañía
En la muerte de Ursúa malogrado,
Por capitán á Cristóbal García:
Fué otro capitán Diego Tirado,
Y del ligur Espindola se fia
También cierto Roberto Vizcaíno,
Todos prendados en su desatino.

Las cosas ya sujetas á su mano,
Y puestas en estado semejante,
Aqueste crudelísimo tirano
Prosiguió sus viajes adelante,
Tomando del vecino mas cercano
Comida que pudiese ser bastante;
Y en un pueblo saltó de la ribera,
Donde la gente toda salió fuera.

Allí quisiera cierta camarada
En matar al traidor ganar corona,
Por ver tan suelta y tan desenfrenada
Aquella crudelísima persona;
Mas Aguirre tomó la madrugada
En ellos empleando la hascona,
O porque sospechó tales conciertos,
O porque le serian descubiertos.

Quedó tan sospechoso de sus males,
Que yendo navegando por el rio
Mató cuantos sentia ser leales,
Y no seguían bien su desvario:
Mataba de soldados principales
Los que reconoció con algun brio,
Y al tiempo que embarcó las gentes todas,
Un caballero de San Joan de Rodas.

El pobre Pero Alonso se tenía
De sus horribles y espantables sañas,
Porque el Aguirre siempre le decia:
«A Filippo teneis en las entrañas;
Pues, Pero Alonso, muy justo sería
Que perdiédeses ya las malas mañas;
Porque bien os entiendo, y aun espero
Hacer un atambor de vuestro cuero.»

Mas él, como sagaz, a questo visto,
Como mejor podia lo llevaba,
Y como viejo ya y hombre bien quisto,
De todo desafuero se escusaba:
Al fin que fué servido Jesucristo
Siempre librallo desta fiera brava,
Y aunque varon de brio, donde quiera
Haciase mas manco de lo que era.

Luego hicieron otro maleficio;
Y fué que, por los barcos ir muy llenos,
Alijaron gran copia de servicio,
Todos indios ladinos y muy buenos,
A la disposicion y beneficio
De los caribes indios destos senos;
Llorando van los amos y señores,
Y los indios acá daban clamores.

«¿Adónde nos dejais desamparados
Fuera de nuestras tierras y regiones?
Desta manera suelen ser pagados
Los servicios con malos galardones:
Tened mancilla destos desdichados
Que quedan en terribles confusiones;
Llevados hasta ver otras riberas
Que no sean de gentes carniceras.»

Dios sabe lo que cada cual sentia
Con hecho tan crüel y tan malino;
Mas Aguirre de nada se dolia
Siempre con un furor luciferino,
Que toda piedad aborrecia;
Y así fué prosiguiendo su camino,
Y por se condoler mató á Palomo,
Y otro quiero nombrar y no sé cómo.

Caminan pues aquestas compañías
Ya sin hacer parada ni reporte,
Sin dar seguridad las tirantías
Al apartado dellas ni al consorte;
Y al cabo de buen número de días
Las ondas vieron de la mar del norte;
Y creyendo venir siempre por rio
Habia hecho dél grandé desvío.

Viendo que por la mar van navegando,
Por agua dulce daban todos grita;
Mas el salso licor iban cortando,
Y así pesada sed los necesita
Ir con velas y remos demandando
La tierra de la isla Margarita,
Donde con estas penas y porfías
Tardaron en llegar catorce días.

Acercándose ya mala vulpeja
Al rancho descuidado y al cordero,
Primerb la verán en piel de oveja,
Después un falso lobo carnicero:
¡Oh cuán gran tempestad se le apareja,
Cuánta calamidad y desafuero
Al pueblo y á la tierra circunstante
De tan acerbos males ignorante!

Antes pues que saltasen en el puerto,
Por los ministros de piedad ajenos
El buen Sancho Pizarro quedó muerto,
Valcazar y Guiral ni más ni menos.
Pagó á Guiral habelle descubierta
Conjurios contra él, aunque no llenos,
Otros cuatro mataron juntamente
Por ser al malo sospechosa gente.

Ansimismo mandó la bestia fiera
Que vivo Pero Alonso no quedase,
Mas el ejecutor crüel espera
A que con mas rigor se lo mandase;
Ordenándolo Dios de tal manera
Que para mal de Aguirre se guardase,
Porque viendo sazón y coyuntura
Procuró buscar tierra mas segura.

Pues lleno de temores y confuso,
Una noche haciendo centinela
A poner mar en medio se dispuso
En una muy pequeña canoeta,
Con un indio maestro de aquel uso
Que á tierra lo llevó de Venezuela
Y en el pequeño palo mal cavado
Se vido muchas veces anegado.

Con mas seguridad del mar se fia
Que de estar entre gente tan maldita,
Y el riesgo de la mar en que se via
El otro no menor le facilita,
Huyendo del traidor al quinto dia
Después que ya tomó la Margarita,
Donde por os contar cosas de espanto
Conviene que hagamos nuevo canto.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo.

Aquel que de gobierno tiene mano
No cumple que se crea de lijero,
Porque no todos tienen pecho sano,
Ni cuanto dicen sale verdadero:
Guárdese del que tiene mas cercano,
Y mucho mas y mas del extranjero,
Y pues debajo de sanas apariencias
Suelen venir cubiertas pestilencias.

Y suelen encarnar en el inerte
Que mal inconvenientes asegura;
Y si se recatara desta suerte
Quien tenia la tal judicatura,
Por ventura huyera de la muerte
Y su pueblo de tanta desventura,
Como le sucedió de la llegada
De gente tan bestial y desalmada.

Era perpetua gobernadora
Desta isla do va furia rabiosa,
Aquella nobilísima señora
Doña Aldonza Manrique, generosa,
De mucho mas honor merecedora
Y para gobernar mas alta cosa;
Tenia pues entonces el gobierno
Don Joan de Villandrando su buen yerno.

Para tomar Aguirre pues el puerto
Haciales el tiempo diferente;
Mas los autores deste desconcierto
Echaron do pudieron cierta gente:
El mal que malos tienen encubierto
Mal lo puede hacer el inocente;
Pero no convenia ser ajeno
De cautelosos trances cualquier bueno.

Salió por adalid Diego Tirado
De los soldados que salieron fuera,
A quien si horcas vieran estrado
Ninguna sin justicia se hiciera:
Al buen gobernador dió su recado
Haciendo relacion no verdadera;
Pues á su salvo pudo dar aviso,
Mas este mal cristiano nunca quiso.

Dada la relacion de su venida
Con el premeditado fingimiento,
Y declarando ser gente perdida
Falta de agua y falta de sustento;
Pidióle proveyesen de comida,
Prometiéndole pagar á su contento
En preseas que mas á gusto fuesen,
Y algunas les mostró porque las viesen.

Diciendo, que harán matalotaje
De aquello que les fuese conveniente,
Porque ya por estar en buen paraje
Se querian partir incontinentemente,
En continuacion de su viaje
Hasta Nombre de Dios derechamente;
Pues en Pirú los mas dejaban prendas,
Repartimientos, casas y haciendas.

Como gentes allí son enseñadas
A socorrer paupérrimos soldados
Que de descubrimientos y de entradas
Suelen llegar allí desbaratados;
Todos se convidaron con posadas,
Diciendo que serán agasajados
El señor capitán y compañía
Con toda la posible cortesía.

Y así luego don Joan con buen semblante
Subió con los acaudalados á caballo,
Por traer al Aguirre por delante
Para servillo mas y regalallo;
Mantenimiento llevan abundante.
Sin consentir vendello ni comprallo:
Via la perdición que se seguía,
Y el maldito Sinon nada decía.

Entre tanto que Milo revolvia
A dar cuenta de los engaños hechos,
Desembarcó la mala compañía,
Ascondidas las armas y pertrechos;
Porque toda la gente que venia
Asegurase mas sus buenos pechos,
Llegóse pues en desastrada hora
Esta gente leal á la traidora.

Con gran urbanidad hablan con ellos
Manifestando sanas intenciones:
Aguirre se holgó mucho de vellos,
Mas no para dar justos galardones;
Pues luego hizo señas de prendellos
A sus descomedidos marañones
Y como de los tales no se esquivan
Facilmente prendieron cuantos iban.

Al pueblo parten luego los traidores,
A su Dios y á su rey falsos perjuros,
Hicieronse de todos poseosores
Inquietando todos los seguros.
No os confiéis así, gobernadores,
A quien cumple mirar males futuros,
Y es bien en las provincias apartadas
Que vivan las justicias recatadas.

Aguirre va mostrando su braveza
Mala, crúel, bestial, tonta, beoda,
Por toda parte cunde su vileza
Los lugares mas limpios mas enloda.
Tomó las llaves de la fortaleza,
Señor se hizo de la isla toda,
Mandó poner en ella con prisiones
Al don Joan y á mujeres y varones.

A este sin ventura caballero
Con áspera prision le hizo pago,
Y en los demás el lobo carnicero
Cada dia hacia gran estrago:
Debió ser engendrado de Cerbero
Y en las tormentas del averno lago;
Segun que de piedad tuvo penuria,
Su madre debía ser alguna furia.

Al tiempo destes torpes desatinos,
En la provincia de Maracapana
Estaba frai Francisco Montesinos
Con cien hombres de gente baquiana,
Debajo pretensiones y desinos
De ir á la conquista de Guayana;
Y como tales cosas inquiria
Aguirre supo desta compañía.

Este traidor feroz y diligente,
En la bestialidad de su porfia,
Deseaba juntar aquella gente
Con la demás traidora que tenia,
Y señaló por hombre suficiente
Para hablalles á Martin Monguía,
El cual fué por la mar adonde estaba
Con cartas del tirano que llevaba.

Monguía, que se vido con soltura
Y en alta mar con velas y con remos,
A diez que lleva dijo: « gran locura
Será, señores míos, si volvemos:
Pues es modo bestial y maldad pura
La vida y el camino que traemos.»
Parecióles su dicho nada feo
Por ser aqúeste mismo su desseo.

Llegó Monguía pues muy diferente
Del traidor mandamiento que llevaba,
Y al fraile Montesinos y á su gente
Dió luego cuenta de lo que pasaba:
También le dió con un cierto presente
La carta del tirano que llevaba
Tan loca, tan bestial, tan atrevida,
Que fué de todos ellos bien reida.

Todos los mas enormes desatinos
Parece que en su carta los abarca,
Porque promete dones peregrinos
Y al fraile de hacello partriarca;
Mas no fué *mentis inops* Montesinos,
Por ser como lo es hombre de marca,
Y así luego curó probar la mano
En dalle sobresaltos al tirano.

Tenia con la gente mal avío
Para bien ofender tales guerreros,
Mas hizo recoger en un navío
Los unos y los otros compañeros:
Metieron ansimismo de buen brio
Algunos indios muy buenos Becheros,
Y así partió desde Maracapana
Para la Margarita que es cercana.

Aguirre gran contento recebia
Cuando deste navio vió la frente,
Teniendo por muy cierto ser Monguía
Y el fraile que venia con su gente:
Llegó la nao pues donde queria;
Y echó fuera los indios prestamente,
Acudieron á su recibimiento
Frustrados de su loco pensamiento.

Pues los indios con flechas herboladas
Comenzaron allí su duro juego
Con dos, ó tres, ó cuatro rociadas,
A las ondas del mar huyendo luego;
Do no los alcanzaban las espadas
Ni podian dañar tiros de fuego,
Y dado salutífero rocío
A nado se volvian al navío.

Desde el cual la caterva de Monguía
Hablando con la gente del tirano
Con levantadas voces le decia:
« Desamparad aquese mal cristiano,
Huid abominable compañía,
A la bestia crúel dalde de mano,
Dejad á tan perversa criatura
Y cesen los extremos de locura.»

Aguirre, como se halló burlado,
De manos y de piés vuelve hiriendo,
Y con furores de endemoniado,
Que tal estaba él segun entiendo,
Maldice cielo y tierra y lo criado,
Acá y allá la cara revolviendo,
Lanzando vivo fuego por los ojos
Por ver donde descargue sus enojos.

Diciendo: « ¿ Quién cogiera la persona
De aquel reverendísimo soldado
Para poder hacelle la corona
Con bracamarte fino y amolado!
Fraile hecho ministro de Belona,
Monguía hecho fraile y ordenado.
¡ Oh mal traidor, ladrón, facineroso!
¿ Tan presto te tornaste religioso? »

« ¡ Oh sucios fugitivos como ciervos!
Huelgome que seamos arrieros,
Estended bien los encogidos nervios,
Que yo recogeré vuestros gargueros;
Porque de vuestras carnes coman cuervos,
Y en las cabezas crien avisperos.
¡ Locos, tontillos, vanos y livianos!
Y ¿ pensais escaparos de mis manos? »

« Aunque el traidor Monguía se remonte,
Acá quedan espíritus malinos
Que sabrán dō fijais el horizado,
Cuáles sendas llevais y qué caminos.
Descubrirán las matas en el monte
A los que se tornaron montesinos,
Que el mejor de vosotros es mas malo,
Y así do quier que vais hay sogá y palo.»

El fraile, como vido tanta gente
De parte la tirana competencia,
Con arcabuceria tan potente
Que resistiera muy mayor potencia,
Determinó partir incontinentemente
A dar razon á la real audiencia
De la Española, donde ya sabia
Que el inelito Cepeda presidia:

En estas partes hombre señalado,
Por ser en sus gobiernos escelente,
Varon en todas ciencias estremado,
No con menos extremos de valiente
El cual con su valor acostumbrado,
Habida relacion del delincuente,
Por ir á castigar tan malos hechos
Convocó gentes y juntó pertrechos.

Fué brevemente gente recogida,
Todos á voluntad de quien los lleva;
Mas al tiempo que estaban de partida,
A la real audiencia vino nueva
Cómo la muy crúel y mala vida
En muerte semejante hizo prueba;
Y pues ya se quedó Joan de Cepeda,
Volvamos al Aguirre donde queda.

El cual desde la mar volvió bramando;
Lanzando por los ojos vivo fuego
Al triste pueblo vino, y en llegando
A los presos alcaldes mató luego;
Y entre ellos al don Joan de Villandrando,
Sin se vencer de lástima ni ruego;
Otros mató también, y otros espanta
Con sogas y cordel á la garganta.

Vereis temblar mujeres y varones
Viendo de desventura tal amago,
Y tan encarnizadas sin razones
Que turcos no hicieran mas estrago:
Noches y dias hay lamentaciones,
Ojos de cada cual hechos un lago,
Y por estos crúeles pareceres,
Ansimismo pasaban las mujeres.

Ejemplo puede ser la sin ventura
Ana de Rojas, que ninguno fuera
Tan torpe ni tan mala criatura,
Que todo buen respeto no tuviera
A su belleza, gracia y hermosura,
Sino quien tan bestial y malo era:
Aqueste la miraba de mal ojo,
E yo diré la causa del enojo.

Huia con la mas gente traidora
El alférez mayor dicho Villena,
Huésped para su mal desta señora,
Que sin lo merecer llevó la pena.
Este para huir halló su hora
Por no le parecer tal vida buena:
A ella, que tembló des que lo vido,
Aguirre pidió cuenta del huído.

Ella como podía se escusaba,
Amortiguados róseos colores,
Que ya parece ser adivinaba
El fin á que venian los traidores:
Hincada de rodillas les rogaba
No descarguen en ella sus furores;
Mas el protervo, sobre malos malos,
Mandó que se la pongan en un palo.

Acude la vil gente que traia,
Fácil á todos vientos y mudable,
Colgáronla del arte que decia,
Sin haber quien le ruegue ni le hable:
Llegados pues, el arcabuceria
Descarga en la triste miserabile.
¡ Anatematizados sean pechos
Que concibieron tan enormes hechos!

¡ Bajo, bestial, crúel y vil alarde,
Villanaje soez mas que villano!
¿ Es posible que tanto furor arde
En detestable corazón humano?
Pero Dios me defienda, libre y guarde
De quien él ha dejado de su mano;
Pues lo mas malo juzga por facecia,
Y todo bien postpone y menosprecia.

Al fin la muy querida y regalada,
Que solia burlar del mal vestido,
A cuya devocion la mas honrada
Y el mas cabal estaba convertido,
¡ Oh secretos de Dios! vereis ahorcada.
Dolor inmenso para quien la vido
Otro tiempo gozar pomposa vida,
Viendo su muerte ser tan abatida.

Vereis dolorosísimo gemido
Por toda la familia que tenia:
Lloran los hijos, llora su marido,
Que ternisimamente la queria,
Y el lobo carnicero que lo vido
Dijo: « pues vos tenedle compañía,
Que cuando dos personas bien se quieren
Gran contento les es si juntos mueren. »

Tumulto de demonios inhumano,
De Dios y de su rey mal enemigo,
Poco tardaron en echalle mano
Sin otra causa mas de la que digo;
Y al viejo grave, trepidante, cano,
En los descubrimientos mas antiguo,
Le cortaron el hilo de la vida
A fin de que buscarse su querida.

Demás de muchas muertas de cristianos
Asoló casas, destruyó haciendas,
Y murió Martín Pérez á sus manos,
Que contra él soltaba ya las riendas:
Hizo matar tres frailes franciscanos
Por hacelles á todos meter prendas;
Y ganaron con él aquesta loa
Un viejo Paniagua y Figueroa.

Fray Andrés de Valdés, mi buen amigo,
No se libró de los mortales daños,
Pues uno fué de tres frailes que digo
Cargado de vejez y largos años,
De pobres peregrinos gran abrigo,
Ajeno de cautelas y de engaños,
Y así dolió su mal acabamiento
Sin osarse mostrar el sentimiento.

Como vuelta del fraile recelaba
Que le decían ir por mas potencia,
Barcos y bergantines aprestaba
Con gran solicitud y diligencia;
Y el miserable pueblo deseaba
Ver fuera tan terrible pestilencia,
Pues nadie tuvo de su salvamento
Seguridad un punto ni momento.

Segun el que condenan á que muera,
Que el resto del vivir en Dios convierte,
Y está todos momentos en espera
De las ejecuciones de la muerte:
Con tal inquietud vivió cualquiera
En tanto que duró tan mala suerte:
Al comer, al dormir, bajos y altos
Estaban con trescientos sobresaltos.

Porque veáis las cosas cómo andan
Donde las tiranías prevalecen,
Y á cuántas desvergüenzas se desmandan
Los que con tales fiebres adolecen:
¡Oh, felices las tierras donde mandan
Reyes, y santas leyes se obedecen,
Que cierto la tal es en esta vida
Dádiva santa mal agradecida!

Pues el bestial con un sangriento hipo,
De la sed infernal nada distinto,
Escribió cartas á su rey Filipo,
Hijo del invencible Carlos quinto:
No con la discrecion del sabio Edipo,
Pues por disparatadas no las pinto,
Razones emanadas de su saco
Y charlatanerías de bellaco.

Después que con aplausos y gran grito
Sacaron sus secuaces mil traslados,
Para sus bergantines los incita
Do luego se metieron los soldados;
Y en esto dejaré la Margarita
Y á todos sus vecinos asolados:
El mas rico tan pobre mendicante,
Que no se vido cosa semejante.

Los unos y los otros lamentaban
Porque cosa que preste no les queda,
Y los mas remediados mas estaban
En lo mas abatido de la rueda:
Entre ellos finalmente se trataban
Pedazuelos de hierro por moneda,
Así que los desechos de rincones
Entonces fueron los preciados dones.

Mas el sumo Señor de tierra y cielo
Remedió sus trabajos y pobreza,
Con enviales luego su consuelo
Y descubrir allí suma riqueza
De perlas, que, segun yo lo nivelo,
Deben de ser en muy mayor grandeza
Que en el tiempo que tengo declarado
En otra parte deste mi tratado.

Ya por aquellos mares comarcanos
Melchior Maldonado mete prendas,
Diego Nuñez Beltrán y sus hermanos
Entablan potentísimas haciendas:
El mariscal Miguel de Castellanos
A la fortuna tiene por las riendas,
Y otros siguen también prósperos lances
Y don Luis de Leiva los alcanca.

Resucita la gala y el arreo
Y toda cobardía se destierra,
Tornado ha la justa y el torneo,
Soldados y perrechos para guerra:
Hágales Dios el bien que yo deseo,
Que cierto quiero bien aquella tierra,
Pues por allí gasté mi primavera
Y allí tengo también quien bien me quiera.

Pero dejémoslos meter las manos
En aquellos riquísimos ostiales,
Sacando de las conchas bellos granos
De perlas transparentes orientales;
Pues quiero perseguir estos tiranos
Por ver en qué pararon tantos males,
Y porque los letores tengan cebo
Acabáremoslos con canto nuevo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la Isla Margarita por Burburuata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la: Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento.

Así como tumulto de repente
Es causa de confusas turbaciones,
Así su venidero mal se siente
Lo hacen menos buenas prevenciones,
Donde cada cual anda diligente
Antes que lleguen las ejecuciones
Como tiro que vistes venir claro
Que procurais hacelle buen reparo.

Fueran pues por la gente marañona
Los pueblos de la costa destruidos,
Si por el que mi verso ya pregona
No fueran con aviso socorridos;
Pero por la bondad desta persona
Vivian todos ellos advertidos,
Estaban vigilantes donde quiera,
Y el Pero Alonso y ellos en espera.

Al tiempo pues que del leon nemeo
El padre de Fueton se despedía,
Y del ilustre resplandor febeo
Imagen de la Virgen se vestía;
Aguirre lleno de su mal deseo
Partió con su dañada compañía,
Traidora, desleal, falsa, perjura,
Y siempre pertinaz en su locura.

En cuál de dos caminos se desvela:
O irse por la mar mas adelante,
O por la tierra desde Venezuela
Ir al reino que está poco distante:
Y á escoger el Cabo de la Vela,
Hacia su partido mas pujante;
Porque tomara copia de dineros,
Navios y con ellos marineros.

Fué negocio de muy mucha importancia
Para quien en la costa residía,
Por haber por allí gran abundancia
De vagabundos y gente baldía:
Y estos acuden á la mas ganancia
Sin saber el fiel de quien se fia,
Por ser así de malos como buenos
Malos de conocer pechos ajenos.

Y aunque es cierto que no prevaleciera,
O muerto de los suyos ó de extraños,
Primero que en tal punto se pusiera
Hiciera por la costa grandes daños:
Mas Dios lo proveyó de tal manera
Que presto fenecieron sus engaños,
Pues en las elecciones del camino
Escogió lo que menos le convino.

Llegó con sus soldados al paraje
De la Burburata, y el armada
Quiere que por allí haga viaje
A este nuevo reino de Granada:
Saltan en tierra, hacen homenaje
De llevar adelante su jornada,
Derribando contrarios estandartes
Hasta señorear indianas partes.

Como de los pasados desatintos
Y la ferocidad de su venida
Estaban avisados los vecinos,
Los pies pusieron todos en huida:
Por pueblos, valles, sendas y caminos
Se daba grande trueno y estampida,
La fama publicaba nada menos,
Antes los mas vacíos hizo llenos.

Los nublados llegaban muy oscuros
Y con preñeces grandes los efectos,
Eran de recelar males futuros
Y así los recelaban los discretos:
Sobresaltábanse los mas seguros,
Perdian el sosiego los quietos,
Y en breve fué la nueva derramada
Por este nuevo reino de Granada.

Es la ciudad de Mérida postrera,
Do el dicho nuevo reino se termina;
En saber tales nuevas la primera,
Y la que por aca las encamina:
De la dicha ciudad entonces era
Capitan Pero Bravo de Molina,
Cuyo valor, esfuerzo y fuerte mano
Deseaba dar fin del mal tirano.

Estando pues el Bravo con denuedo
De ir á resistir á los traidores,
Habló luego con Trejo y con Sauzedo,
Soldados arriscados, guerradores,
Y díjoles: «pospuesto todo miedo,
Estas cartas llevad á los oidores
Porque nos va, señores, en la ida
Las honras, las haciendas y la vida.

»Acordaos que sois de nacimiento
De padres buenos, nobles y leales,
Y que cosas que fueren de momento
No conviene liar sino de tales:
Camino es de gran desabrimiento,
Mas fácil para hombres tan cabales,
Cuyo valor, soltura y lijereza
Sabrán bien allanar el aspereza.»

Ellos le respondieron: «bien sentimos
El grandísimo riesgo que corremos;
Pero para servir al rey nacimos,
Y en su real servicio moriremos.
Desde este punto nos apercibimos,
Y el curso que mandáis abreviaremos.»
Agradeciélos Bravo la respuesta,
Por ser tan comedida y tan modesta.

Aderezáronse las buenas guías
Y atravesando van prolija sierra:
Allanan tropezones, valentías,
Sin les poner temor indios de guerra:
Al fin en breve número de días
Llegaron do de paz era la tierra,
Y luego con la misma diligencia
Las cartas presentaron en audiencia.

Tuvieron esta nueva por aceda,
Y, según el sonido, por gran plaga,
Francisco de Villafañe y Grajeda,
Y el buen Melchior Pérez de Arteaga,
A quien entre los buenos desta rueda
Deseo que mi pluma satisfaga;
Mas aunque sean los loores buenos
Lo mas que se dijere será menos.

Despedidos aquestos mensajeros,
El bravo capitán y cortesano
A gran prisa juntó los compañeros
Que tenía sujetos á su mano,
Con deseo de ser de los primeros
En quebrantar las fuerzas del tirano:
Llegáronse pues veinte valerosos,
No menos del empresa codiciosos.

El uno dellos fué Joan de Morales,
Pedro Gaviria, Márquez y Reinoso,
Ruedá y Luna, personas principales,
Caravajal, mancobo valeroso,
Perestebán Cerrada y otros tales,
Fuertes en cualquier trance riguroso;
Esteban Sanchez Albarracín era
Deseoso de ir en la bandera.

Al cual por ser un mozo desbarbado
Le mandó el capitán que se quedase;
Porque por ser lugar recién poblado
Había de quedar quien lo guardase;
El caballo tenía ya ensillado
Y mandóle que lo desensillase;
Mas él sin respetar mando ni ruego
Encima del caballo saltó luego,

Diciendo: «yo también tengo dos manos
Y tan amigas de sus pareceres,
Que quieren mas alancear tiranos
Que quedarse por guarda de mujeres;
Y allí vereis si son golpes livianos
O mis puntas picadas de alfileres.»
Holgóse Bravo de lo que decia,
Y de llevar tan buena compañía.

Caminaba las noches y los días
Doblando muchas veces las jornadas,
Con deseo de ver las valentías
Que decían las gentes asombradas,
Encareciéndole ser compañías
En terribles encuentros muy usadas,
Por ser el vencedor en mas tenido
Cuanto mas es la fuerza del vencido.

No quiere descansar ociosa hora,
Ni la tiene su via prosiguiendo;
Si pasando los rios se demora,
Parece que se estaba deshaciendo;
Pero dejallo hemos por agora
A nuestro nuevo reino revolviendo,
El cual de tales nuevas y recado
Andaba todo muy alborotado.

El caso requería diligencia,
Porque descuido fuera temerario,
Y así los tres oidores del audiencia
Proveyeron el orden necesario.
Hacen hacer de gentes apariencia
Poniéndolas en listas y sumario,
Nombrando para tales ordenanzas
Hombres dignos de tales conlianzas.

Por general de todos fué nombrado,
Bastantísimo para la jornada,
El inclito señor adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Que como general ejercitado
La nombrada fué bien empleada,
Como quien siempre tuvo por oficio
Aventajarse en el real servicio.

Fué Gonzalo Suárez señalado
Por capitán de gente de á caballo,
Hombre bastante diestro y esforzado,
Leal y fidelísimo vasallo.
En itálicas guerras es cursado,
Y aunque sus hechos de presente callo,
Cuando se trate deste reino nuevo
Cumpliré, Dios mediante, lo que debo.

Insigne capitán de infantería
Fué Gregorio Suárez el de Deza,
Que según su valor y valentía
Donde quiera pudiera ser cabeza.
Con tal presteza cual se requería
Las cosas necesarias adereza
Diciendo: «vida con honor adquiere
Aquel que por servir á su rey muere.»

Al viejo Garcí Arias Maldonado
Otra capitania se comete,
El cual de nuevas fuerzas alentado
A las soberbias armas arremete.
Y así como diestrísimo soldado
Saltó luego con pica y coselete,
Diciendo con briosísimos ardores,
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores.

Acuden pues á la real bandera
Una gran lealtad con desengaño
De hombres tan cabales, que cualquiera
Pudiera deshacer pérfido daño :
Pero García Ruiz , que alcalde era .
El buen Miguel Holguin, Joan de Avendaño ;
Sigue con gran valor leal desino
Bartolomé Camacho y Pero Niño.

Un Diego Montañés acudió luego,
Paredes Calderon y otro Paredes,
Y aquel claro Rincon llamado Diego
Por á Velandia pluma que bien puedes,
Y á Rodrigo Suárez Savariego,
Pues son varones dignos de mercedes,
Y á Miguel Sanchez, Joan Rodríguez Parca
Cada cual de su rey fiel amarra.

Cuando gente por Tunja se hacia
De la que nunca supo ser ociosa,
La clara Santa Fe menos dormia,
Que cierto la tenia valerosa.
Y así de fortaleza y bizarría
Nunca jamás se vido mejor rosa :
Lucidas armas, jóvenes galanes,
Insignes y admirables capitanes.

Ondean los penachos, lucen mallas,
Convocan los soldados á bandera
Céspedes y los dos viejos Olallas,
Y aquel fuerte varon Joan de Ribera :
Usados á rencuentros y batallas
Y excelentes varones donde quiera,
Siendo también iguales al socorro
Los capitanes Orejuela y Zorro.

No quiso libertarse de las bregas,
Antes á ellas mas se determina,
El que hoy es mariscal Fernán Vanegas,
Lanchero y Andrés Vazquez de Molina.
Las nuevas que venian eran ciegas,
Porque la nueva cuanto mas camina
Tanto mayor se hace por do pasa,
Sin señalalle término ni tasa.

Esperábase pues el duro Marte
Por todos estos hombres principales,
Nombrando cada cual en su estandarte
Ministros necesarios y oficiales ;
Y con seguridad en toda parte
De gentes sanas . buenas y leales,
Porque el olor de cosa diferente
Aqueste nuevo reino no consiente.

Es demás desto grande su aspeza
Y sus defensas bien acomodadas,
Por las fortalecer naturaleza
De peñoles y sierras levantadas ;
Inespugnable es la fortaleza
De que son rodeadas sus entradas,
Pues ya sea peon , ya caballero,
Ha de venir á él por contadero.

No criara tirano furibundo
Ni leña de que salga tal candela,
Aqui no hay quien ande vagabundo
Ni junta de baldios que mal huelta :
Si le llamas ciudad al nuevo mundo,
Llamad á este alcázar que la vela,
Pues será de traicion y vida ancha
Para siempre jamás libre de mancha.

Esto se mostrará por esperiencia
Agora y en los siglos venideros,
Pues no menos será la descendencia
Que fué la lealtad de los primeros :
En servir á su rey gran advertencia,
Eso me da mestizos que herederos ;
Y el que pensare ver contrario efeto
Digamos ser inicu su conceto.

Estando pues el reino de manera
Que Aguirre no hallara mal recado,
Monroy trajo la nueva cómo era
El y su gente ya desbaratado ;
Y así quiero volver donde me espera
A contar el rencuento deseado ;
Y para rematallo con mas gusto
Haremos del injusto canto justo.

CANTO SETIMO ,

Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la Justicia que
y otros se hizo, con el cual se remata ansimismo esta historia,
primera parte de las elegias.

Quien á delitos feos se desmanda,
Lo que tiene por claro le es oscuro,
Y aquello que juzgó por cosa blanda
Se le tornó rigor crúel y duro ;
Porque quien cerca del peligro anda
Riesgo notorio toma por seguro ;
Y es cierto que quien malos pasos trae
Hace lazos y hoyos en que cae.

Asi donde pensaban los tiranos
Hacer de mas potencia su partido,
Allí hallaron belicosas manos
Fiel consorcio , fuerte y escogido,
Que dieron fin á hechos inhumanos
Y al desinio bestial desvanecido,
Aunque se castigaron los traidores
Con harta mas modestia que rigores.

Pues cuando se tomó Burburuata,
Que estaba como dije sin gentio,
La gente desleal de quien se trata
Tomaron en sus puertos un navio,
No con copia de oro ni de plata,
Porque de vinos era su carguio ;
Pero tomaron buena artillería,
Cosa que muy al caso le hacia.

Acostumbrando siempre las usadas
Insolentes y feos crúeldades,
Aguirre mató dos á puñaladas
Por no querer seguir sus vanidades ;
Andaban desvergüenzas derramadas,
Muy estendidas deshonestidades
Con algunas mujeres afligidas
Que estaban por los montes escondidas.

Para poder pues ir á los lugares,
Cuyos robos y sacos pretendia,
Tomaron muchas bestias caballares
En que poder llevar artillería ;
Quemaron casas , buertas y lugares
Y cuanto por delante se ponía ;
Y con este rigor sin resistencia
Llegaron al lugar de la Valencia.

Entraron las soberbias compañías
Tirando por las calles tiros vanos,
Por estar de vecinos ya vacías,
Y ellos y sus mujeres muy lejanos.
Mas no sé por qué tratos ó qué vias
Cayó don Julian entre sus manos,
Y fué de su desgracia lo mas negro
Prendelle la mujer y suegra y suegro.

Allí buscó también quien se escapase
Pedrarias no queriendo mas seguillo,
Y al Julian mandó se lo buscase
Y diese orden para descubrillo,
Si acaso no queria que pasase
La mujer y los hijos á cuchillo ;
Y como su decir era havello
Buena maña se dió para prendello.

El pobre que se vido prisionero,
Hincado de rodillas le decia,
Que pues era leal y caballero
Huyese de hacer tal villanía,
En entregar al lobo carnicero
Oveja que de tanto mal huía ;
Y pues buscaba buenos y leales
Fuese favorecido de los tales.

Y respondióle : « yo, señor, me muevo
A hacer lealtad no quisiera,
Mas hacer lo contrario no me atrevo
Por tener en rebén mi compañera :
Y bien entenderéis que , si no os llevo,
La despedazará la bestia fiera ;
Será pues muy menor inconveniente
Morir vos solo que morir mi gente. »

Teniendo pues Pedrarias conocida
La voluntad contraria de su ruego,
Le dijo : «No peneis en mi partida,
Si con ella pensais ganar el juego.
El me ha de quitar allá la vida ;
Mejor será que vos me mateis luego ,
Llevalde mi cabeza por agora :
Quizá libertareis esa señora.»

Por la causa que tengo ya contada ,
Era de lo llevar codicia tanta ,
Que luego con los filos del espada
Comenzó de cortalle la garganta.
Mas como vido sangre derramada
La furia de su brazo se quebranta ,
Y al miserable con sangrienta mano
Llevó sobre sus hombros al tirano.

Al maestro mayor del desconcierto
La víctima ya dicha se presenta ,
Y por le parecer que estaba muerto
De la venganza hizo poca cuenta :
Curáronlo después con tal concierto
Que se pudo librar de la tormenta
De la canalla vil y mal tirano ,
Y á este reino vino bueno y sano.

Puestos pues los vecinos en aprieto
Ausentes de sus casas y en huida ,
A la ciudad de Baraquecíneto
El campo del traidor hizo partida ,
De cosas necesarias al efecto
Toda su gente bien apercebida ;
Y la gente leal también se llega
Y para su defensa se congrega.

En este territorio ya contado
Y poblaciones que le son sujetas
Era gobernador Pablo Collado ,
A quien llamaba yo Pablo Faldetas ,
Por ser un hombre mal ejercitado
Entre los atambores y trompetas ,
El cual andaba, ya vista la cosa,
Para poner los piés en polvorosa.

Mas entendida ya por trujamanes
La fuerza de contrarios estandartes ,
Acudiéronle luego capitanes
Ejercitados en guerreras artes,
Que recelando vueltas y desmanes
Dejaron las tenencias de sus partes
Vino de los primeros con su seña
El mariscal Gutierre de la Peña.

Anduvo Terepaima luego listo
Recogiendo gran copia de valientes
Y como principal y mas bien quiso
Determinó hablar á los presentes :
«Buenos amigos míos, habeis visto
En cuán poco nos tienen estas gentes ;
Y cómo cuatrogatos entran dentro
Sin recelar zozobra ni recuento.

» Paréceme ser justo que se prendan
Estos atrevidos cristianos,
Sin que se dé lugar á que desciendan
De nuestras altas sierras á los llanos ,
Para que todos ellos comprehendan
Cómo también acá tenemos manos ;
Que la ventaja ya la vemos presta ,
Pues tenemos las piedras y la cuesta.

» Ya veis á Joan Rodriguez dónde asoma
Con siete moconies ó vasallos ;
Mas yo le haré presto que no coma
Ni le valgan los piés de sus caballos :
Dejémoslo llegar bajo la loma
Para poder mejor señorearlos ;
Espías en lo alto para vellos ,
Y al tiempo de bajar demos en ellos.»

De la suerte que veis se concertaron
Robusta juventud y los de canas ,
Y aquel término todo rodearon
Con flechas, dardos, piedras y macanas.
Los nuestros a la loma se llegaron
Sin recelo de gentes comarcanas :
Pasan por ella pues, y en descendiendo
El mundo se hundía con estruendo.

De parte donde estaban escondidos
Salen con gran furor compañías largas ,
Dan saltos, gritos, voces y bramidos ,
Flechas, piedras y tiros van á cargas :
En piernas, pechos, rostros son heridos ,
Sin poder reparar con las adargas ;
Si por aquí no hay reparo cierto ,
Por acullá les dan en descubierto.

Así como por tiempos acontece
Con la fuerza del austro proceloso ,
Que el aire se condensa y escurece
Formándose ruido temeroso ,
Y con aquel ruido luego crece
El áspero granizo riguroso ,
Dejando los repechos y collados
Aquella tempestad embarazados ;

Acuden á romper tiranas redes
El capitán Ruiz, fuerte guerrero ,
Y el buen Diego Garcia de Paredes ,
De paternas virtudes heredero :
Soldados trae dinos de mercedes
Otro buen capitán, dicho Romero ,
Porque cada cual destos le traía
La gente de caballo que podía.

Quiso también juntar allí su gente ,
Al servicio del rey aficionado,
Joan Rodriguez Suárez, el valiente ,
Capitán valeroso y esforzado :
Mas no le sucedió felicemente
En medio del camino comenzado ,
Por intentar él, diestro y animoso ,
Camino grandemente peligroso.

Era pues este, Dios le dé su gloria ,
Capitán en Caracas de indios fieros ,
Usados á salir con la victoria
De grandes y magnánimos guerreros ,
Y él hizo hechos dignos de memoria
Ayudado de pocos compañeros ,
Y agora no quisiera hacer falla
Al tiempo que se diese la batalla.

Y porque sus deseos se cumpliesen
Y los efectos dellos se llegasen ,
Mandó que solos siete los siguiesen ,
Y los otros soldados se quedasen ;
Con que del nuevo pueblo no saliesen ,
Antes con gran cuidado lo velasen ;
Y dicho lo que mas les convenia ,
Con siete de caballo hizo via.

En abreviar jornadas importuno ,
Sin ponérsele cosa por delante ,
Y de términos tímidos ayuno ,
Caminó por la sierra circunstante ;
Pero muy poco vale la de uno
Donde fuerza de muchos hay pujante .
Atravesando pues iba la sierra ,
Poblada de feroz gente de guerra.

Su derrota guió por Terepaima ,
El imperio del cual es absoluto ,
Hasta los términos de Barataima
Y otro cacique no menos astuto ,
Que dicen proceder de Paraima ,
Y allí suelen llamar Guaicamacuto ;
Aquestos dos con otros aliados
De su venida fueron avisados.

Así fueron las flechas que caían
Encina del cristiano caballero ,
Y aquesto visto , todos revolvían
Pugnando cada cual de ser primero ;
Pero cómodamente no podían
Por haber de pasar por contadero ,
Y por las partes diestras y siniestras
Había cantidad de gentes diestras.

Las furias de los indios mas cercanos
Andaban de temor tan apartadas ,
Que los quieren tomar vivos á manos ,
Mas no lo consentían las espadas :
Las cuales pocos golpes daban vanos ,
Pues hendían cabezas y quijadas ,
Y con esfuerzo de ventura falto
Procuraban volver á lo mas alto.

Terepaima con cierta confianza
De le salir á bien lo comenzado,
Tiró de dura palma larga lauzo,
Y á Carpio traspasó por el costado:
Faltóle de vivir el esperanza,
Del caballo cayó desalentado,
Con el cuerpo mortal la tierra mide,
Y el alma de las carnes se despidie.

Súarez por los indios se metía
Con impetuosísimos furoros,
Y á los otros que restan les decia:
«Ea, mis compañeros y señores:
Que hoy, segun que vemos, es el dia
Do conviene mostrar vuestros valores.»
Hacia tales cosas el Súarez
Que le hacian francos los lugares.

El mancebo Fajardo de Guevara
También iba haciendo maravillas,
No cesa, no reposa, nunca para,
Rompiendo por las impías cuadrillas;
Mas de las infinitas una jara
Le traspasó las armas y ternillas:
Andaba todavía muy esperto,
Mas á cabo de poco cayó muerto.

En este mismo punto se desmanda
Un escuadron de gente bien armado
A cercar el caballo de Miranda,
Que estaba casi muerto de cansado;
Y no teniendo fuerzas de su banda,
De quien allí poder ser ayudado,
Una larga macana se adereza
Que le hizo pedazos la cabeza.

Con tan vivo calor el sol ardia,
Que los humanos cuerpos abrasaba:
Aquel ardor mortal los afligia,
Y la terrible sed los fatigaba:
Remedio de su daño no se via,
Socorro de Dios solo se esperaba;
Y estaban ya los vivos de manera
Que cada cual de vida desespera.

Aunque de indios hay muchos sin vidas,
Acudian por puntos á nubadas,
Y en lo alto mujeres prevenidas,
Que de flechas también iban cargadas
Y en vasos cantidad de sus bebidas
Para tales calores apropiadas:
Mientras los unos andan en el juego
Los otros en beber toman sosiego.

Mas el beber de la salvaje gente
Eran tragos mortales en nosotros,
Faltándoles vigor que los aliente
Y los lijeros huellos de sus potros;
Ni les daba lugar la sed ardiente
Para poder hablar unos con otros:
Flaca la resistencia que se prueba,
Porque siempre venia gente nueva.

Llegaron pues algunas ordenanzas,
Cuyos cuerpos y caras van pintadas,
Con grandísimo número de lanzas
De puntas muy agudas y tostadas:
Prometiéndose ciertas esperanzas
De dar fin á las guerras comenzadas;
Guacamacuto guia la hilera
Y á los otros habló desta manera:

«Apartaos afuera, moconies,
En tan flacos rencuentros ocupados;
Dejadnos estos pocos de cories,
Comeré de sus carnes á bocados.
Quitalles hemos ya los boreguies,
Los cosetes y sayos estofados.»
Estos entre los otros se entremeten
Y con lozanos bríos arremeten.

Enristradas las puntas penetrantes
Con impetu feroz arremetieron,
No siendo poderosos ni bastantes
A resistir la fuerza que pusieron:
Y así mataron todos los restantes,
A Joan Rodriguez no, que no pudieron,
El cual se derribó de su caballo,
Y fué porque no pudo meneallo.

De si solo haciendo la reseña
Necesidad le hace que despierte,
Tomando por espaldas una peña
Que fué detenimiento de su muerte;
Y con aquel amparo les enseña
De cuánto valor es su brazo fuerte:
De cuando en cuando del lugar salia,
Y hecho mucho daño se volvía.

Por cierto no serán cuentos inciertos
Si por verdades ciertas os declaro,
Tener delante tantos indios muertos
Que casi le servian de reparo:
Pues sus indios ladinos descubiertos
Contaron lo que cuento muy al claro,
Y también cómo antes que muriese
Le decian los indios que se fuese.

Pero ya lamentaba su pecado
Al tiempo que decian de la ida,
El pecho, segun dicen, traspasado
Y en los postreros trances de su vida:
Quedóse pues enbiesto y arrimado
El alma de las carnes despedida,
Y aunque van que no se meneaba
De temor ningun indio le tocaba.

El fuerte capitán, leal vasallo,
Murió con los intentos que llevaba;
Por cuya causa quiero ya dejallo
Para decir que cuando se esperaba,
Con escogidos veinte de á caballo,
Pero Bravo llegó con furia brava;
De muchos dellos dije ya los nombres
Y no me acuerdo de los otros nombres.

Al tiempo que llegó donde queria
Halló como con otros diez varones
El gobernador Pablo se huía
De los incorregibles marañones:
Bravo dijo lo mal que lo hacia,
Y á los demás les dió reprehensiones,
Diciéndoles defiendan con la lanza
Las tierras que les dan en confianza.

Estar como lo via muy doliente
Por disculpa le dió Pablo Collado,
Mas después que del reino vido gente
No se mostraba tan acobardado;
Y así hizo volver incontinente
En busca del traidor desacatado,
Nombrando á Bravo para mas honrallo
Por capitán de gente de á caballo.

Al tiempo que lo tal acontecia,
Y el Collado volvía mas brioso,
Gutierre de la Peña no dormía,
Ni Paredes andaba de reposo:
Pues cada cual la gente recogía
Por término sagaz y valeroso;
Y en parte y en lugar acomodado
Tenían por el rey campo formado.

Sabiendo que el Aguirre ya venía
Con todos sus pertrechos y guerreros,
A lo espiar salió Diego García
Con obra de cuarenta compañeros.
Para contar la gente que traía
Y cuánta cantidad de arcabuceros,
Pusiéronse en lugar tan oportuno
Que todos los contó sin faltar uno.

Las centinelas puestas en lo alto,
Viendo que se pasaron las reseñas,
Y su servicio de defensa fallo
A la gente leal hicieron señas:
Salióse luego para hacer salto
El buen Diego García de las breñas;
Tomó bestias y tiros ya cargados,
Y bienes que dejaron rezagados.

El buen acertamiento deste hecho
Al Aguirre le fué muy mal aceto,
Y mas en no poder haber provecho
De los que lo pusieron en efeto:
Llegó con estas furias y despecho
A la ciudad de Baraquinetto,
Donde halló las casas y posadas
De todo morador desocupadas.

Llegado, de las suyas hizo luego
Aquel digno de mas que mala muerte,
Pues por todas las casas puso fuego,
Y en un corral de tapias hizo fuerte;
Y para ser en todo mas que ciego
A don Joan de Corella se convierte,
Diciendo: «vos en toda la jornada
Nunca hecistes cosa señalada.

»Es pues mi voluntad que metais prenda,
Y para que esta sea conocida,
Por vuestra mano quiero que se encienda
La iglesia, sin que sea socorrida;
Y así digo que nadie la defienda,
So pena de perder luego la vida;»
Y el caballero vil, torpe, nefando,
Lleno de vil temor cumplió su mando.

¡Qué gran merecimiento si muriera
Por no hacer tan grave sacrilegio!
Pero cumpliólo él como si fuera
() cosa de virtud ó mando regio:
Muy contenta quedó la bestia fiera
Y su sceleratísimo colegio;
Desventurado fué tu nacimiento
Pues que tanta maldad te da contento.

Viniendo pues Collado con el Bravo
Y aquella valerosa compañía,
Huyó del campo dellos un esclavo
Siguiendo la tiránica porfía:
Su pecho no lo sé mas hecho clavo,
Pues dijo mas de aquello que sabia,
Diciéndoles venir copia de lanzas
Del reino con grandísimas pujanzas.

Al Aguirre pesóle grandemente
Por los que dijo ser recién llegados,
Y no sé si deciros á su gente
Por estar como él todos dañados:
Anduvo por el fuerte diligente
Hablando y animando sus soldados,
Diciendo que serán (si se dan maña)
Señores del Pirú y de Nueva-España.

Llegados estos hombres principales
Al campo por el rey allí formado,
Hizo confirmaciones de oficiales
Este gobernador Pablo Collado;
Que como valerosos y leales
Acudió cada cual á su cuidado:
Salió por general en la reseña
El mariscal Gutierre de la Peña.

Antiguo nombramiento ya tenia
De maese de campo suficiente
El fuerte capitán Diego Garcia,
Que el cargo gobernó bastantemente;
Y el capitán Ruiz también regia.
Que del gobernador era teniente;
No nombro los demás en el historia
Porque dellos me falta la memoria.

Hechas todas aquestas elecciones,
Collado despachó do las hallasen
Firmadas muchas cartas de perdones
A cuantos á su campo se pasasen;
Diciendo no perdiesen ocasiones,
Y su vida y honor asegurasen:
Con ellas los tiranos insolentes
De términos usaron indecentes.

Tres que tenían pecho mas sincero
Desampararon luego la bandera:
El uno fué Rangel, otro Guerrero,
Huyóse después dellos Talavera;
Y aun hallo por indicio verdadero
Que pudiera huir el que quisiera,
Mas no sabré pintaros con vocablos
Aqueste frenesí de los diábolos.

Los nuestros ya pasaban de doscientos,
Y por mas á favor poder valerse
Hacían recoger mantenimientos
Porque el traidor no pueda proveerse,
Estando ya muy falto de alimentos
Y sin recurso donde rehacerse;
Y así perseverantes en sus yerros
Se comían los asnos y los perros,

Tres arcabuces solamente hallo
Entre leales para la tormenta:
Mas habia doscientos de á caballo,
Hombres de bien para cualquiera afrenta;
Que cada cual sabia meneallo
Y que los mas pasaban de cincuenta,
Cuya cordura daba gran seguro
Para poder vencer el trance duro.

El tirano, sin otros compañeros,
Sabemos claramente que tenia
Ciento y setenta y seis arcabuceros,
Destrisimos á toda puntería:
Desesperados, malos, carníceros,
Con otra cierta mas artillería;
Corrianlos los nuestros hasta el fuerte
En saliendo á hacer alguna suerte.

A todos los llamaban al servicio
Del rey con el perdon que prometían;
Mas obstinados en su maleficio
Con las fumosas balas respondían:
Y envejecidos en tan mal oficio
A la bestia soez obedecían
En responder sin miedos ni recatos
Torpezas, desvergüenzas, desacatos.

Quien mas á la venida los incita
Todos sabemos ser aquel soldado,
Que cuando se tomó la Margarita
Huyó de la bandera del malvado;
Y vino por la costa dando grita
Diciendo se velasen con cuidado:
A este como quien lo conocia
Aguirre solamente respondia.

«¡Oh Pero Alonso, dulce compañero!
Y ¿piensas escaparte de mis redes?
Por vida de tu rey, que si no muero,
De hacerte crecidas las mercedes,
Con estirarte bien ese garguero
Y tapiarte después entre paredes;
Y allí te hartarás de dar pregones
De las bulas que dices y perdones.»

También el Pero Alonso respondia:
«Anda, bellaco, vil, de torpe vida;
Que yo te digo que esa profecía
Muy presto la verás en tí cumplida:
Llegando se te va tu triste día
Y el fin de tan enorme despedida,
Cairán tus sanguinosos estandartes,
Y tú te partirás por cinco partes.»

Dado ya fin á su razonamiento
Con cólera de justa deslealtanza,
La gente del traidor ayuntamiento
Alentada de vana confianza,
Renegaban de tanto sufrimiento
Por selles peligrosa la tardanza;
Y así determinó la vil canalla
De dar á los leales la batalla.

Cualquiera por su parte representa
Bravos y feroces movimientos,
Jurando de la dar sanguinolenta,
Por ser ellos crüeles y sangrientos;
Era pues por el año de sesenta
Con mil y un año mas sobre quinientos:
En aquesta sazón y coyuntura
Vimos estos extremos de locura.

Vispera de Simon y Judas era
Cuando salen del fuerte los traidores,
Campéase la sérica bandera,
Tocábanse guerreros atambores.
En su concierto va cada hilera,
Todos ellos ajenos de temores
Los cuerpos, las cabezas reparadas
Con cotas, coracinas y celadas.

Con espadas de raso coloradas
Una bandera negra va pendiente:
Como señales ya determinadas
Para no reservar cosa viviente,
Ni mujeres paridas ni preñadas,
Ni la sinceridad del inocente:
El capitán obsceno y los obscenos
De mortales enojos iban llenos.

Salir desta manera les cumplia
 Por haber ido cien arcabuceros
 A buscar de comer antes un día ;
 Lo cual sabiendo nuestros caballeros
 Acometieronles por cierta via
 En caballos lozanos y lijeros
 Creyendo que pudieran ser vencidos
 Mejor que juntos siendo divididos.

Camina pues por donde les decia
 Un indio que tenían presas hechas ,
 Mas ellos viendo la caballería
 Se metieron por partes mas estrechas ;
 Y como ya la noche se venia
 Hicieron apagar todas las mechas :
 Debieron de hacer estos conciertos
 Para no ser por ellas descubiertos.

Por tener estos fuera del cercado ,
 Con el escuridad velan sobre ellos ,
 Y el resplandor de Febo ya llegado
 Trabajan los leales de rompellos :
 Aguirre destas cosas avisado,
 Vino con los demás á socorrellos ,
 Y armado de celada y coselete
 La gloria y vencimiento se promete.

Ansimismo parece que convino
 Al Aguirre tomar yegua lijera ,
 De la cual por ventura se previno
 Por alcanzar alguno si buyera :
 Y á todos cuantos van por el camino
 Dicen que les habló desta manera ,
 Estando los beodos insolentes
 De la boca del sucio muy pendientes :

« Hoy, marañones míos , es el día
 En que cumple que vuestra mano diestra
 De su grandé valor y valentía
 A los contrarios dé patente muestra ;
 Pues segun el negocio se nos guía
 La victoria tenemos ya por nuestra ,
 Que todos son pastores y gañanes
 Y fallos de sagaces capitanes.

» Bien veís la gran ventaja que tenemos,
 Cuán principal el arcabuceria ,
 Pues la voluntad dellos no sabemos
 Y creo que son todos de la mia :
 Y así de muchos dellos reharemos ,
 Bastantemente nuestra compañía :
 Acudimos ha luego tanta gente
 Que haremos ejército potente.

» Vencidos estos pocos de villanos
 Y hecho nuestro campo mas pujante ,
 El reino nos llevamos en las manos ,
 Sin que cosa se ponga por delante ,
 Por ser aquellos pocos haquianos
 Gentecilla soez y mal andante ,
 Pues toda la demás gente valía
 Hace cuenta que toda será mia.

» Entrando lo haremos todo llano
 Sin soltar de las manos ocasiones ,
 Y allí porné gobierno de mi mano
 Dejándolo debajo marañones.
 Con ditados de nombre soberano
 Y permanecederas sucesiones,
 Esto mismo haré por Quito y Lima
 Y todo cuanto cae por encima.

» Pues ¿ quién podrá decir que mis prendados
 Teman lanzas , adargas ni paveses ,
 Siendo por muchas vias obligados
 A padecer millones de reveses ,
 A trueco de las rentas y ditados
 De grandes, duques, condes y marqueses ?
 A ellos pues , á ellos , marañones ,
 A ellos , mis fortísimos leones. »

Ningun descuido tienen los leales
 Al tiempo que él mostraba su cuidado ,
 Antes aquellos hombres principales
 A los demás habian esforzado ;
 E ya con el socorro de los tales
 A todos les habló Pablo Collado ,
 El cual de lo pasado diferente
 Me dicen que les dijo lo siguiente :

» Señores , puesto caso que de Marte
 Yo conozco tener poca pericia ,
 A lo menos sé bien que en cualquier arte
 De ciencia literal ó de milicia
 Lleva mucho quien lleva de su parte
 La razon, el derecho y la justicia ,
 La cual suele ser tal y tan potente
 Que al mas cobarde hace mas valiente.

» Y así coligireis destas razones
 Que suele pelear con lanza blanda
 Quien sigue sus autojos y pasiones
 Sobre maldad fundando su demanda ,
 Y ser lleno de grandes confusiones
 El áspero camino por do anda ,
 Y el edificio de tan mal cimicento
 Suélelo derribar cualquiera viento.

» Pues ¿ qué mayor justicia pretendemos
 Que esta de quien hoy somos defensores ,
 Ó qué mayor maldad que la que vemos
 En estos atrevidos malhechores ;
 Y que los enemigos que tenemos
 A Dios y al rey y á todos son traidores ?
 Ellos detienen sola su nequicia ,
 Nosotros la verdad y la justicia.

» Vienen quemando templos, heredades,
 Deshonrando doncellas y casadas :
 Sin frenos usan deshonestidades ,
 Sin riendas ensangrientan las espadas ;
 Matan los religiosos , los abades ,
 Las mujeres paridas y preñadas ,
 Jura siempre la gente fementida
 De nunca perdonar cosa nacida.

» Nosotros procuramos las enmiendas,
 Y á castigar delitos nos movemos ,
 Honra de Dios, del rey, y dulces prendas
 De hijos y mujeres defendemos ,
 Los granjeados bienes y haciendas ,
 Descansos y quietud que poseemos ,
 Y para poder ir á mas recado
 Habemos confesado y comulgado.

» Pues , señores , con tal prevenimiento,
 Con derecho y justicia tan notoria ,
 Quien veamos en este rompimiento
 No terná por muy cierta la victoria :
 Vamos, vamos sin mas detenimiento,
 Que Dios nos quiere dar aquesta gloria :
 Trabaje cada cual lo que pudiere ,
 Y haga él lo que por bien tuviere. »

Con vistosas posturas y lozanas
 Se compusieron luego los jinetes ,
 El juvenil ardor las viejas canas ,
 Aunque faltos de cotas y de almetes ;
 Mas todos ellos con tan buenas ganas
 Como si fueran fiestas y banquetes ,
 Sin miedo van á las contrarias balas
 Divisos en dos cuernos ó dos alas.

Con gran concierto marcha la reseña
 Y al tirano los pasos encamina :
 La derecha Gutierre de la Peña ,
 La izquierda Pero Bravo de Molina ,
 Y por su parte cada cual enseña
 No ser ayuno desta disciplina ;
 Van pues con el recato necesario
 Todos ellos en busca del contrario.

Mas un Diego Gonzalez , lusitano ,
 Acometió sin término ni tasa ;
 Aguirre que lo vió tan cercano
 Dijo : « no le tireis, que se nos pasa. » —
 « Mentis, responde, como mal cristiano ,
 Que no soy yo de tan bellaca masa. »
 Revuelve su caballo mas al sesgo,
 Y al fin del escuadron salió sin riesgo.

De la parte leal incontinente
 La yegua del Aguirre fué herida ,
 Él y ella cayeron juntamente ;
 Mas por entonces no perdió la vida ,
 Porque llegó gran cuerpo de su gente
 Para lo levantar de la caída :
 Díjoles : « ved quién fué , mis marañones ,
 Y convidámelo con perdigonos.

Andaba de los suyos por dejallo,
Segun que pareció, Diego Tirado
Batió luego las piernas al caballo,
Huyendo del consorcio rebelado.
Diciendo: «viva el rey, el rey mi gallo,
El rey es mi señor, yo su criado,»
Y recibido bien del que mandaba
Volvió contra la parte que dejaba.

A la furia mortal hacen entrego
Cuando el sol por zenit se les subia,
Hervia militar desasosiego,
Entró mayor calor del que solia:
Quemaba todo hierro como fuego,
Tanto que mano ya no lo sufría:
Rompen las voces la region del viento,
Anda trabado duro rompimiento.

Dispara cargas furia presurosa
De parte de la gentes alteradas,
Hizo nublo la pólvora fumosa
Con unas y con otras rociadas:
Mas ¡oh cosa de ver miraculosa!
Que las balas salian muy cansadas;
Pues solo del peligro descubierta
El caballo de Bravo cayó muerto.

A parte mas estrecha se retira
El traidor que los suyos bien anima;
Mas los leales con su justa ira
La quebrada rodean por encima:
El tiro fulminoso que se tira
A nadie mata, hierre ni lastima:
Llegan las balas flacas y dolientes
Por estar los cañones muy calientes.

Aguirre, viendo ya su mala suerte
Y el impetu de tal caballeria,
Poco á poco se va acia su fuerte,
Y en sus alcances va Diego Garcia:
Viéndose pues cercano de la muerte,
Al tirano la gente le huia,
Y aquellos que no fueron los menores
Decian: «viva el rey, mueran traidores.»

Algunos le quedaron todavia,
Que no huyeron todos de repente,
Y con aquellos pocos aquel dia
El fuerte defendió como valiente;
Pero como la noche se venia,
Se le vino también toda su gente:
Al fin á pertinaces en sus males
Necesidad les hizo ser leales.

Aguirre procurando de salvarse,
A la mar intentaba de volverse;
Mas en el fuerte viendo rodearse
Y no hallar montañá de meterse,
Pura necesidad le hizo darse
Sin muestra ni señal de defenderse:
No duda que su vida se concluya,
Pero con muerte de una hija suya.

¡Oh bestia de las bestias mas nociva!
¡Sevisimo rigor de pestilencia!
Dime, ¿qué furia tan cruel te priva
De todo cuanto puede ser clemencia?
¿Qué pierdes en dejar tu hija viva?
¿Qué ganas en usar desa demencia?
Al fin se le llegó con gesto fiero,
Diciendo: «muere tú, pues que yo muero.»

La moza le responde: «padre mio,
Mejor nueva pensé que se me diera.
¿Qué mal, qué sinrazon, qué desvario
He cometido yo para que muera?
Mejor lo haga Dios, y en él confío
Que no moriré yo desta manera:
Este pago me dais, este marido
Por lo mucho que siempre os he servido.

«Cristianas gentes son entre quien quedo,
Y á quien no daré causa de discordia:
Mostrar con mujer flaca tal denuedo
No es animosidad sino vecordia:
¿Desdichada de mí, pues que no puedo
En mi padre hallar misericordia!
No mas, señor, tened vuestra derecha.»
Responde: «nada, hija, te aprovecha.

»Pasa por donde pasan los mortales,
Dése fin á la gente pecadora,
Acáhense los malos con sus males,
Mi dia se llegó, llegue tu hora:
No quiero que te digan los leales
La hija del traidor, ó la traidora.»
Y para colmo de sus malos hechos
Dióle de puñaladas por los pechos.

Viendo tan infernales pareceres
Al tiempo que cortó la verde malva,
Huyeron del cercado las mujeres
Y con ellas fulana de Torralba,
Porque en ellas en estos menesteres
No se hiciese semejante salva.
Quedóse pues el mal aventurado
De todo punto ya desamparado.

Entró para buscar algun despojo
Un Ledesmica luego por el fuerte,
El cual con sobrecejo de mal ojo
A mirar al Aguirre se convierte,
Diciendo: «¡pese á mí con el gorgojo!
Y ¿tú nos has traído desta suerte?
Juzgárame por bajo y apocado
Si en ti tuviera yo medio bocado.»

Los que cumplian tales mandamientos
Todos debian de venir beodos:
Aguirre con soberbios movimientos
Dijo, viendo hablar por tales modos:
«Solo bastaba yo para quinientos
Si de vuestra manera fueran todos:
Llegáame por acá, tontillo pobre,
Veréis cómo sé yo batir el cobre.

Entró luego tras él Diego Garcia,
Y con él un Galindo y un Guerrero,
Consortes de la mala compañía,
Y cada cual en males el primero;
Destos dos cada uno le decia:
«Matemos este lobo carnicero.»
Aguirre dijo: «y pues, malos nocivos,
¿Por ventura pensais de quedar vivos?»

»Señor maese de campo, mi derecho
Guarde vuestra merced como á cualquiera,
Que yo cristiano soy, y en tal estrecho
Tengo de confesar antes que muera;
E yo declararé de lo mal hecho
El que corrió conmigo la carrera.»
Los otros: «¡ah señor Diego Garcia!
Acabémolos ya, que desvaria.»

Al fin que como tanto le rogasen
Aquellos á quien esto mas agrada,
A estos les mandó que le tirasen,
Y al uno que tiró dijo ser nada;
Mas como mas de veras apuntasen,
Cayó la bestia mala traspasada
Sin alcanzar aquello que pedía:
Parece ser que no lo merecía.

Concluyó la maldad, é yo concluyo
Con decir que en memoria desta cosa
Su cabeza llevaron al Tocuyo,
Una ciudad de gente valerosa,
Que goza del triunfo como suyo,
Y hacen siempre fi esta generosa
A los felices san Simon y Judas,
Por ser miraculosas sus ayudas.

Cada año con pregon regocijado
Celebran del triunfo la memoria,
Y en toda la provincia y obispado
A Dios y á estos santos dan la gloria:
Y en este mismo dia señalado
Acabé de escribir la tal historia,
Que hizo, por ser largos los escesos,
Ansimismo prolijos mis digresos.

Luego mandó prender Pablo Collaño
A muchos de los impios tiranos,
Y al Figueroa ya conmemorado,
Matador de los frailes franciscanos,
Por su mandado fué descuartizado
Y puesto por caminos comarcanos:
Viendo con tal rigor arder la fragua
Huyóse por entonces Paniagua.

A la ciudad de Mérida camina
De personas algunas socorrido ;
Mas luego Pero Bravo de Molina
Mandó con gran rigor ser inquerido :
Hallado, por sentencia determina
Ser por cuatro caminos dividido ,
Y con solicitud y diligencia
Ejecutaron luego la sentencia.

La muerte à doña Inés no se perdona
Aunque su matador ya se huía,
El cual pudo llegar hasta Pamplona
Do el buen Ortun Velasco residía,
Una valerosísima persona
En cuanto pide buena hidalguía :
A questo capitán maravilloso
Hizo justa justicia del Llamoso.

Allí se le llegó la postrer hora
Por el enorme hecho cometido ,
Y la muerte vengó desta señora ,
Amigo del Ursúa conocido ,
Haciéndose justicia vengadora
En pueblo que fundó su muy querido :
Pueblo fundado por Ursúa , digo ,
Donde Llamoso padeció castigo.

Otros muchos trajeron al audiencia
Del nuestro nuevo reino de Granada,
Con los cuales usaron de clemencia
Tanta , que ya sobró de moderada ;
Pero dejemos esta pestilencia
Que hizo muy prolija mi jornada,
Por concluir aquí mi flaco Marte
De sus elegías la primera parte.

Y no creo será menos gustoso
El segundo volumen que prometo ,
Si Dios me proveyere de reposo ;
Porque cierto me traen inquieto
Movimientos de tiempo proceloso ,
A quien forzosamente me sujeto ;
Pues querer y poder no van a una
En los acoceados de fortuna.

Sal, mi fiel escritura
Donde te vea la gente ,
Que si Dios te da ventura ,
Será del invicto diante
Liciana la moledura.

Quizá no serán los niños
Los que te harán regalos ;
Porque por tan anchos senos
Donde hay disfavor de males
Hay también favor de buenos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES
POR JUAN DE CASTELLANOS.